

DIEGO OLSTEIN

BREVE HISTORIA DEL PRESENTE







BREVE HISTORIA DEL PRESENTE



DIEGO OLSTEIN

BREVE HISTORIA DEL PRESENTE

Traducción de
ROC FILELLA

RBA

Título original inglés: *A Brief History of Now. The Past and Present of Global Power.*

© del texto: Diego Olstein, 2021.

Publicado bajo licencia exclusiva por Springer Nature Switzerland AG, 2021.

© de la traducción: Roc Filella Escola, 2023.

La traducción de esta edición ha sido publicada bajo licencia de Springer Nature Switzerland AG.

Springer Nature Switzerland AG no se hace responsable de la fidelidad y precisión de la traducción.

© de los mapas y los gráficos: Diego Olstein.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2023.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2023.

REF.: ONFI687

ISBN: 978-84-1132-346-8

DEPÓSITO LEGAL: B 3559-2023

EL TALLER DEL LLIBRE • PREIMPRESIÓN

Impreso en España – *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PARA IRIT, CON AMOR Y GRATITUD POR LAS DÉCADAS PASADAS
Y POR LAS DÉCADAS VENIDERAS.

לעירית, באהבה ובתודה על העשורים שמאחורינו ולפנינו



CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Dos colinas, dos valles y cuatro regímenes globales	11
<i>Lista de ilustraciones</i>	15

PRIMERA PARTE

EL LIBERALISMO IMPERIALISTA (1851-1914)

1. Todos fuimos británicos	21
2. Dos parejas de gemelos en una gira mundial	46
3. La primera globalización y la britanización	79
4. Tres casos excepcionales	85

SEGUNDA PARTE

LA ERA DEL NACIONALISMO Y SOCIALISMO (1914-1973)

5. El «Gran Brexit» (1914-1945)	97
6. Una Revolución Comunista Global	110
7. Un mundo seguro para la democracia	135
8. Cuando nos convertimos en americanos o soviéticos (1946-1973)	150
9. El auge global de los Estados-partido antihegemónicos	235



TERCERA PARTE
LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL (1968-2003)

10. Los procesos revolucionarios	269
11. 1968: una revuelta global	274
12. 1989: una revolución global	304
13. La conversión en ciudadanos globales	324

CUARTA PARTE
EL CONTRAGOLPE ILIBERAL (A PARTIR DE 2003)

14. 2003: la sacudida de la hegemonía mundial de Estados Unidos	349
15. 2007: la sacudida de la globalización neoliberal	372
16. El colapso. Vuelta al nacionalismo	386
17. Una vorágine de cambios tecnológicos y ecológicos	403

VISIÓN DE CONJUNTO: PATRONES GENERALES
EN MEDIO DE ACONTECIMIENTOS COMPLEJOS

Breve recapitulación de acontecimientos complejos	415
Patrones generales: correspondencias quíntuples	417
Última mirada al pasado: trayectorias globales que han cristalizado en cuatro regímenes globales	431
1850-2020: cuatro regímenes globales	434
Una mirada al presente, ¿y al futuro?: patrones generales y algunas cuestiones candentes	440
<i>Breve glosario de términos básicos</i>	455
<i>Agradecimientos</i>	475
<i>Notas</i>	477
<i>Para seguir explorando la breve historia del presente</i>	517
<i>Índice de nombres y materias</i>	519



INTRODUCCIÓN

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ? DOS COLINAS, DOS VALLES Y CUATRO REGÍMENES GLOBALES

Hoy, cuando parece que estamos resurgiendo de la crisis de una pandemia mundial, van retomando protagonismo seis tendencias globales que han estado en nuestra conciencia durante los últimos años:

1. Los crecientes retos a los que se enfrenta la economía global interconectada.
2. Las inciertas perspectivas de la hegemonía mundial de Estados Unidos.
3. El desplazamiento de la democracia liberal debido al autoritarismo y la democracia iliberal.
4. El incremento de la desigualdad socioeconómica.
5. Los transformadores avances tecnológicos.
6. El cambio climático.

Cada uno de estos procesos y sus mutuas sinergias están creando velozmente un mundo muy distinto ante nuestros propios ojos. Sin embargo, estas seis importantes cuestiones, lejos de ser nuevas, tienen una larga trayectoria. Las fluctuaciones en la globalización económica, el auge y la caída de las hegemonías mundiales, las oleadas crecientes y remitentes de la democracia, la ampliación y el estrechamiento de las brechas socioeconómi-

cas, la innovación tecnológica que avanza a paso acelerado y el cambio climático provocado por los seres humanos han seguido caminos que se pueden rastrear hasta el presente, al menos desde que emergió la economía global industrial hacia mediados del siglo XIX. Desde aquel entonces hasta hoy, la tendencia general de estos fenómenos tendría este aspecto:



DIAGRAMA 1. *Breve historia del presente.*

Es decir, nuestro momento actual pertenece a una secuencia de dos olas, o colinas, de globalización económica (1851-1914 y 1973 en adelante) que coincidieron con dos órdenes mundiales hegemónicos (basados, respectivamente, en las hegemonías británica y estadounidense), asentados en dos avances tecnológicos fundamentales (la Revolución Industrial y la Revolución de la Información). Estos dos montículos surgieron a la vez que proliferaban los regímenes democráticos (las llamadas Primera y Tercera Olas de Democracia), así como las crecientes desigualdades socioeconómicas. Por otro lado, el período intermedio (1914-1973), el primer valle del gráfico, ha sido testigo de la desglobalización económica, la ausencia de una hegemonía mundial indiscutible, avances tecnológicos que han revolucionado en menor grado la economía, un creciente número de regímenes no democráticos, así como una reducción de las desigualdades socioeconómicas. Algunas de las características de este primer valle tienen notables elementos en común con las

situaciones que estamos viviendo en estos momentos. Entretanto, los devastadores efectos ambientales de la economía industrial global acumulados a lo largo de todo el período han causado graves daños al medioambiente y provocado el cambio climático.

Gracias a la claridad panorámica que nos ofrece el paisaje de dos colinas y dos valles, podemos darnos cuenta de que, durante los dos últimos siglos, las sociedades locales de todo el mundo han estado sujetas a tendencias similares. Esto fue así porque las mismas fuerzas guiaron esas tendencias en todas partes. Llamaremos a esas fuerzas rectoras «régimen global». Cada uno de estos regímenes globales se ha basado en supuestos fundamentales sobre cuál es el modelo deseable de sociedad y economía y cómo se debe distribuir el poder en la misma. Durante cada colina y cada valle, ha regido otro régimen global. El *liberalismo imperial* lo ha hecho en la primera colina (1851-1914). En la era que se extiende desde 1914 hasta 1973, lo ha hecho la combinación de *nacionalismo* y *socialismo*. La *globalización neoliberal* es el régimen que empezó a gestarse en 1968 y predominó hasta el 2003, y que se corresponde con la segunda colina. Actualmente nos encontramos en una ladera, sumidos en un *contragolpe iliberal* que, aún sin terminar de cuajar como un régimen coherente, presenta varios rasgos distintivos.

Cada una de las cuatro partes de esta *Breve historia del presente* se ocupa de uno de estos regímenes globales, ofreciendo una imagen general a vista de pájaro, convincente y cautivadora, de los muchos desarrollos que se mueven en direcciones múltiples, inesperadas, retorcidas e indómitas, características del caótico despliegue de la historia. Sin embargo, por imparable que sea esta conmoción duradera e ininterrumpida de acontecimientos y desarrollos, también visualizaremos las tendencias y patrones que aportan un orden esclarecedor oculto en el aparente caos. Bienvenidos a bordo, y abróchense los cinturones.



LISTA DE ILUSTRACIONES

DIAGRAMAS

Diagrama 1: Breve historia del presente	12
Diagrama 2: Jugando al Catch-22 con los imperios de la pólvora	50
Diagrama 3: La «Gran Compresión»	260
Diagrama 4: Los pilares del orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial y el del mundo neoliberal	389
Diagrama 5: El modelo lineal frente al sinérgico	425
Diagrama 6: Ciclos de la hegemonía global y los regímenes políticos	428
Diagrama 7: Cuatro regímenes globales: 1850-2023	434
Diagrama 8: Los pilares de los cuatro regímenes globales	438
Diagrama 9: Ciclos de la hegemonía global y los regímenes políticos	452
Diagrama 10: Las formas cambiantes de las estructuras sociales	465

TABLAS

Tabla 1: Los imperios de la pólvora: del conservadurismo a la derrota; de la derrota al reformismo; del reformismo a la revolución	58
Tabla 2: Las fases de la Divergencia Americana	72

Tabla 3: De las revoluciones moderadas a las largas guerras civiles	128
Tabla 4: Las potencias marítimas hegemónicas del mundo frente a la contrahegemonía continental	172
Tabla 5: Las trayectorias de Rusia y China comparadas: Fase 1	225
Tabla 6: Las trayectorias de Rusia y China comparadas: Fase 2	230
Tabla 7: Las trayectorias de Rusia y China comparadas: Fase 3	309
Tabla 8: Los orígenes sociales del posneoliberalismo	392
Tabla 9: Desigualdades socioeconómicas entre las sociedades	467

MAPAS

Mapa 1: El Imperio británico en 1918	23
Mapa 2: Dos parejas de gemelos en una gira mundial	47
Mapa 3: Los cinco imperios de la pólvora euroasiáticos	48
Mapa 4: Tipo de colonias en las Américas	65
Mapa 5: El reparto de África	74
Mapa 6: Los dos frentes durante la Primera Guerra Mundial, al este y al oeste de las Potencias Centrales	102
Mapa 7: Regímenes políticos durante la década de 1930: democracias, no democracias, colonias	134
Mapa 8: Estados-partido antihegemónicos en las décadas de 1930 y 1940: por reacción, por dirección, por imitación	145
Mapa 9: Dos hegemonías mundiales sucesivas frente a una sola y perdurable contrahegemonía	165
Mapa 10: Imperios marítimos y continentales regidos por sistemas de gobierno centralizado frente a imperios limitados por su ubicación geográfica central y sus sistemas de gobierno centrífugo	210

Mapa 11: Oscilaciones geopolíticas de Japón: prohegemónica; antihegemónica; prohegemónica	212
Mapa 12: El orden contrahegemónico soviético de 1945-1989	223
Mapa 13: Nacionalismo y socialismo en América Latina	242
Mapa 14: Nacionalismo y socialismo en Oriente Medio	247
Mapa 15: Nacionalismo y socialismo en África	255
Mapa 16: La esfera antihegemónica: los Estados-partido del Tercer Mundo	257
Mapa 17: Las esferas antihegemónicas y contrahegemónicas liquidadas por golpes militares y/o reformas neoliberales	270
Mapa 18: Regímenes políticos durante la década de 1990: democracias y no-democracias	345
Mapa 19: Regímenes políticos durante la década de 2020: democracias, no-democracias y democracias iliberales	402
Mapa 20: Desigualdad socioeconómica entre las sociedades	469



PRIMERA PARTE

EL LIBERALISMO IMPERIALISTA
(1851-1914)





I

TODOS FUIMOS BRITÁNICOS

HEGEMONÍA BRITÁNICA. ¿A QUIÉN LE IMPORTA?

Estadio Lusail, Catar, 18 de diciembre de 2022. Durante setenta minutos, la selección nacional argentina ha estado dominando por completo la final de la Copa del Mundo de Fútbol, con un resultado de dos a cero a su favor. La selección nacional francesa, que defendía el título de campeona de 2018, parecía ausente. ¿Es que el equipo se sentía abrumado por el imponente juego de los argentinos? ¿Estaban algunos de sus jugadores enfermos de gripe? La realidad es que dos de sus principales estrellas ya habían abandonado el terreno de juego y habían sido sustituidas por otros dos jugadores. Todo apuntaba a que, transcurridos otros veinte minutos de sosegada asimetría, el árbitro daría por terminado el partido con el final esperado y así el equipo albiceleste sería coronado nuevamente como campeón del mundo.

Pero ocurrió que ese partido tan tranquilo, sin incidentes y casi aburrido se convirtió en la final de la Copa del Mundo más intensa, apasionante e imprevisible de todos los tiempos. Ángel Di María, la estrella argentina, fue retirado del campo, redibujando así el equilibrio de poder entre los equipos. En el minuto 79, uno de los sustitutos franceses, Kolo Muani, se adentró peligrosamente en el área argentina. Unos segundos después, el árbitro pitó penalti. Kylian Mbappé alojó el balón dentro de la portería argentina. Justo un minuto después de esto, lo volvió a hacer. Ahora disparando el balón en volea desde la esquina iz-



quierda del área al lado derecho de la portería. A falta aún de diez minutos, el marcador señalaba dos a dos, un resultado que al final obligó a ir a una prórroga de treinta minutos a los ahora decaídos y angustiados jugadores argentinos.

Se disputó un intenso duelo entre las dos mejores selecciones nacionales del campeonato y entre dos de los mejores futbolistas del planeta. Ojo por ojo, diente por diente, Lionel Messi marcó a los diecisiete minutos de la prórroga; Mbappé reaccionó diez minutos después. El balón podría haber entrado en cualquiera de las dos porterías en los increíbles últimos tres minutos. Al final, el colosal enfrentamiento alcanzó su mayor emoción con los lanzamientos desde el punto de penalti. En esta circunstancia, Dibu Martínez, el portero argentino, ganó el partido para Argentina junto con Messi, Dybala, Paredes y Montiel, que acertaron en sus respectivos lanzamientos desde los once metros.

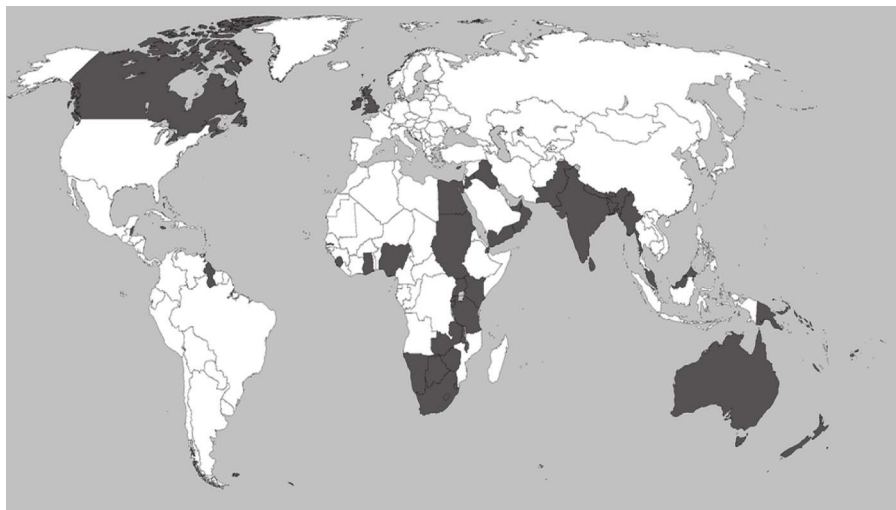
Para la mayoría de los aficionados, no había más que hablar: Argentina lo había vuelto a hacer. El mejor jugador del mundo y su equipo habían ganado la vigésimo segunda Copa del Mundo.

Un aficionado a la historia habría añadido que, como en 1978, con Mario Alberto Kempes, y en 1986, con Diego Armando Maradona, Argentina se proclamó campeona del mundo por tercera vez, ahora liderada por Lionel Andrés Messi.

Otro aficionado de mentalidad global habría situado estos éxitos entre las cinco Copas del Mundo que ganaron los brasileños, las cuatro de los italianos y los alemanes, las dos de los franceses y los uruguayos y la única de los españoles y los ingleses.

Llegados a este punto, un aficionado de mentalidad global e histórica tal vez habría considerado: ¿cómo demonios un pasatiempo con el que en el siglo XIX se entretenían los alumnos de las escuelas públicas inglesas llegó a cautivar los corazones y las mentes de casi la mitad de la población mundial, a la que cada cuatro años hacía sentarse a ver el desarrollo de la Copa del Mundo?¹ Para responder esta pregunta, es necesario que comprendamos la hegemonía británica.

Cualquier introducción al Imperio británico al uso afirma que en su mejor momento territorial, tras la Primera Guerra Mundial, abarcaba más de una cuarta parte de la superficie del planeta y gobernaba a más de una quinta parte de la población mundial. No era el primer imperio —el primero fue el español— donde nunca se ponía el sol, pero sí el más extenso que jamás existió. Era incluso más que esto: una potencia hegemónica con poder militar, económico y un atractivo cultural que traspasaba sus fronteras imperiales, sin dejar intacto rincón alguno. Esto es lo que ocurrió con la adopción del fútbol. Gran Bretaña dominaba los mares, sus empresas tendieron vías férreas en todos los continentes y los trabajadores británicos retaban a los locales con ese juego suyo. Con la confianza derivada de un trenzado de poder militar, económico y atractivo cultural, la hegemonía equivale a convertirse en el principal modelo a seguir. Su éxito despierta el deseo de colaborar, imitar o ambas cosas. El secreto del éxito de Gran Bretaña fue desatar dos revoluciones gemelas: la industrial y la democrática.



MAPA 1: *El Imperio británico en 1918.*

La Revolución Industrial fue una trascendental revolución tecnológica, económica y social. Las transformaciones radicales que provocó convirtieron los rápidos cambios en estas áreas en una característica permanente del mundo moderno. Desde un punto de vista político, la Revolución Democrática le dio el derecho al voto progresivamente a sectores cada vez más amplios de la sociedad; y desde un punto de vista social, redujo la brecha entre los privilegiados y los no privilegiados, ampliando poco a poco el acceso a mejor vivienda, alimentación, sanidad, educación y tecnología a grupos progresivamente más numerosos de la sociedad. En realidad, ambas «revoluciones» consistieron en unos procesos graduales que se desarrollaron continuamente a un ritmo acelerado. Como tales, estas revoluciones se convirtieron en permanentes: la revolución industrial permanente y la revolución democrática permanente. Además, se produjo una potente sinergia entre estas dos «revoluciones graduales». El aumento de la productividad gracias a la industrialización hizo posible la democratización social. Esta, a su vez, se reflejó en la subida de los salarios y el estímulo de la innovación tecnológica, que al reducir los costes de la mano de obra, aceleró aún más la industrialización.

Hacia mediados del siglo XIX, en ninguna otra parte esta sinergia tenía mayor fuerza que en Gran Bretaña. La sinergia, unida a las condiciones geopolíticas favorables después de derrotar a Napoleón, fue la que catapultó a esta sociedad hacia la hegemonía mundial. Además, no dejaba de crecer el atractivo ideológico que en todo el mundo generaban las ideas emergentes de los principios del «libre comercio» y la «ventaja comparativa» (o la determinación británica de imponerlos por la fuerza). Con esta serie de principios y la armada más poderosa de la historia mundial, Gran Bretaña se abrió paso por todas las regiones del mundo y formas de gobierno: los regímenes constitucionales de Europa occidental, los imperios de la pólvora de Eurasia, las colonias africanas y asiáticas y las repúblicas oligárquicas de América Latina. De este modo, la primera poten-

cia hegemónica del planeta también articuló la primera globalización industrial de la economía mundial.

La hegemonía mundial británica, la globalización económica bajo su administración y la britanización cultural —es decir, la difusión de la cultura británica por todo el mundo, como lo ejemplifica la adopción del fútbol en todo el globo— florecieron en su mayor parte durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, por el camino de Gran Bretaña merodeaban tres saqueadores: una Alemania recién unificada (1871), su rebelde antigua colonia, Estados Unidos, y las ideas desafiantes del comunismo. Alemania y Estados Unidos no se sometieron a las ideas del libre comercio y la ventaja comparativa. En su lugar, protegieron a sus industrias para alcanzar al líder. A finales del siglo XIX estaban consiguiendo lo que se habían propuesto. En cuanto a la provocadora ideología del comunismo, no parecía que fuese por entonces una grave amenaza, lo cual explica la enorme sorpresa que supondría en cuestión de años.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

La Revolución Industrial fue una gran transformación tecnológica que reconfiguró la economía y la sociedad. Desde una perspectiva tecnológica, la Revolución Industrial es sinónimo de invención, mejoría y aplicaciones de los molinos hidráulicos y el motor de vapor. La base del motor de vapor consistía en transformar el calor en movimiento. Desde la Antigüedad, se aprovechaban las corrientes del viento y el agua para impulsar a los barcos y mover los molinos. Sin embargo, la mayor parte del trabajo lo realizaban los músculos de los seres humanos y los animales. El nuevo motor trajo consigo el cambio drástico del músculo por la fuerza del vapor. Todo lo que se necesitaba, además del ingenio creativo, era una fuente de energía para generar el vapor que moviera el pistón y este transformara la fuerza en el movimiento deseado.

En la Inglaterra deforestada, esa fuente de energía era el carbón, que abundaba en el subsuelo. Pero su extracción requería bombear agua subterránea. Esta tarea la realizaba una bomba impulsada por un motor de vapor (la máquina de Newcomen o máquina de vapor atmosférica). Se estableció un círculo virtuoso: una bomba mejor exigía un motor de vapor también mejor y juntos posibilitaban la extracción de más carbón para alimentar a más bombas o motores de vapor. Los pistones de ese número exponencialmente creciente de motores movían otras máquinas, al tiempo que las aplicaciones también se multiplicaban. Las primeras y más destacadas fueron los telares y los trenes. La trayectoria del motor de vapor en las aplicaciones de su invención y sus ramificaciones también sentó el precedente en los siglos venideros en lo referente a la investigación y el desarrollo para lograr mayores avances tecnológicos.²

Esta revolución tecnológica trajo consigo una revolución económica que equivalía al crecimiento sostenido de la productividad laboral. Los músculos de los mismos obreros que en su día movían las herramientas ahora manejaban máquinas que progresivamente consumían mayores cantidades de energía y fabricaban un número cada vez mayor de productos diversos: más vestidos, telas, sombreros, bicicletas, cerámica y un largo etcétera que pronto abarcaría casi todos los productos manufacturados. Y todos ellos eran transportados por trenes y barcos de vapor cada vez más grandes y potentes.

El efecto secundario del crecimiento sostenido de la productividad fue el crecimiento económico sostenido. Hasta entonces, la productividad dependía en su mayor parte de disponer de más productores. Y de ahí que fueran más las personas que compartían mayor cantidad de productos (el crecimiento económico), situación que impedía el crecimiento económico per cápita. El crecimiento económico preindustrial fue de la mano del demográfico, dejando a la población en el mismo nivel de ingresos y riqueza. En materia económica, el avance que supuso la Revolución Industrial fue el crecimiento económico soste-

nido per cápita. El crecimiento de la riqueza dejó atrás al crecimiento demográfico. Y gradualmente, después de los golpes devastadores que la Revolución Industrial asestó en sus inicios a la clase obrera, favoreciendo la concentración extremadamente desigual de la riqueza, hubo más ingresos y prosperidad para la mayoría. En este sentido, la Revolución Industrial, a medio y largo plazo, es la encarnación del «efecto derrame».* Desde entonces las ganancias acumuladas tanto en los ingresos como en las riquezas personales marcan la diferencia entre los niveles de vida actuales y los de las primeras décadas de la industrialización o la era preindustrial.

¿QUÉ PIRÁMIDE?

Este «efecto derrame», a su vez, es una de las formas en que la Revolución Industrial revolucionó la sociedad. Con el paso del tiempo, el efecto acumulativo de la riqueza industrial filtrándose en una sociedad generará un estrato de trabajadores en mejores condiciones de vida que, junto con los profesionales, administradores, tenderos y empleados, ampliarán sistemáticamente una emergente clase media. El crecimiento sostenido de esta clase media transformará la perenne estructura piramidal de la sociedad en una estructura social que se asemeja a la forma de un rombo (véase más adelante, *Breve glosario de términos básicos*, págs. 455-474).

Sin embargo, el primer efecto social revolucionario de la Revolución Industrial fue la aparición de una nueva pirámide social polarizada, junto a la que siempre había existido. En esta nueva sociedad industrial piramidal, una minoría de capitalistas industriales descansaba sobre la amplia base que le proporcionaban los trabajadores de la industria sin mucho estrato

* Teoría económica que propone reducir los impuestos a las grandes fortunas y a las empresas para estimular la producción. (*N. del t.*)

medio amortiguador que suavizara las fricciones. Esta pirámide social era formalmente similar a la tradicional, en la que una reducida aristocracia terrateniente se asentaba sobre la amplia base de quienes trabajaban los campos. La meteórica duplicación de la población de Gran Bretaña, que entre 1780 y 1851 pasó de trece a veintisiete millones de habitantes, fue suficiente para sostener las dos pirámides, en lugar de aquella única pirámide social basada en la economía preindustrial.³

Con la coexistencia ahora de dos sociedades paralelas, la perenne pirámide agrícola y la incipiente pirámide industrial, ¿qué sociedad es preferible? ¿La tradicional en la que la riqueza surgía de los músculos que araban las tierras de la aristocracia? ¿O la industrial moderna donde la riqueza crece manejando las máquinas de las fábricas de los capitalistas? Estas preguntas son la quintaesencia del ¿bueno para quién? o ¿para beneficio de quién? Y, dado que la opinión de los trabajadores rurales e industriales no contaba mucho, la titánica batalla de intereses enfrentó a los aristócratas terratenientes contra los capitalistas industriales, empezando por el Reino Unido.

Una formulación concreta de esta confrontación es la siguiente: ¿queremos enriquecernos vendiendo las cosechas o los productos manufacturados? Bueno, ¿y por qué no vender unas y otros? Parece posible, y quizá deseable, disfrutar de ambas fuentes de ingresos. Sin embargo, cuanto más ganemos con lo que cosechemos, menos ganaremos con lo que fabriquemos. Pero ¿por qué ha de haber este juego de suma cero entre los objetivos de los aristócratas terratenientes y los de los capitalistas industriales? La razón es que cuanto más caro sea el pan, más se enriquece el aristócrata. Sin embargo, un pan más caro supone salarios más altos para que los trabajadores puedan comer y alimentar a sus familias. Y subir los salarios supone reducir los beneficios del capitalista industrial. Y lo mismo cabe decir en sentido inverso. El pan barato permite unos salarios más bajos, con lo que los capitalistas amplían el margen de beneficio, un incremento que reinvertirán en sus empresas, que no dejan de crecer. Pero el pan

más barato dará menos que ganar a la aristocracia terrateniente. El juego de suma cero está servido.

En crudo contraste con muchas sociedades, este furibundo conflicto se resolvió pacíficamente en el Reino Unido en el Parlamento. En 1846, tanto la Cámara de los Comunes como la Cámara de los Lores (más sorprendente en este caso) votaron la derogación de las Leyes de los Cereales que desde 1815 imponían restricciones y aranceles al grano importado.⁴ El efecto de tal decisión, unido a la brusca reducción de los costes del transporte —consecuencia de la industrialización del transporte—, supuso la ruina de la agricultura británica y el florecimiento de su industria. De todo el mundo empezaron a llegar alimentos de primera necesidad, en un periplo que los productos manufacturados británicos recorrían en sentido opuesto. De este modo, Gran Bretaña dio su salto adelante hegemónico en el ámbito económico, como lo había dado en el militar en 1815. En 1851, Gran Bretaña se aclamó a sí misma mostrando al mundo su habilidad y su valentía en la Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de todas las Naciones en Hyde Park, Londres, alcanzando así también la hegemonía cultural. Entonces y casi durante los siguientes cien años... todos fuimos británicos, o quisimos serlo.

LA «GRADACIÓN INDUSTRIAL»

La nueva sociedad piramidal compuesta por capitalistas y obreros se impuso a la antigua agrícola, primero en Gran Bretaña y después en todo el mundo. Al mismo tiempo, la nueva sociedad piramidal trasladó su epicentro de los campos a las fábricas y del pueblo a la ciudad; también en este caso primero en Gran Bretaña y a continuación en todo el mundo. Ese cambio fue una revolución geográfica que forzó una migración masiva, la aparición de un nuevo tipo de asentamiento humano —la ciudad industrial— y el declive del que siempre había sido el asentamiento humano: el pueblo.

Durante cinco milenios de una sociedad piramidal tradicional perenne, había ciudades en que vivía en torno al cinco por ciento de la población total. Estas ciudades milenarias acogieron a los terratenientes aristócratas, con sus gobernadores y sacerdotes en la cúspide y sus múltiples sirvientes —administradores, mercaderes, artesanos y esclavos— en la base. Pero la mayor parte de la riqueza se generaba en los campos. Con la Revolución Industrial, el grueso de la producción pasó a las ciudades industrializadas. La ciudad dejó de ser la beneficiaria disociada de la producción rural y se convirtió en el propio centro de la producción industrial. Había nacido un nuevo tipo de ciudad, un nuevo tipo, sin duda, de asentamiento humano: la ciudad industrial.

Así pues, la Revolución Industrial conlleva cuando menos cuatro revoluciones interrelacionadas: la tecnológica, la económica, la social y la geográfica. Las cuatro dimensiones fueron revolucionarias en su alcance, de ahí que se las llame también «la gran transformación»⁴. Pero la Revolución Industrial no fue revolucionaria porque avanzara con rapidez; se desplegó a lo largo de un siglo de transformaciones graduales en Gran Bretaña, más o menos a partir de 1760 y hasta alrededor de 1870. Revolucionaria en cuanto a sus transformaciones radicales, gradual en su ritmo: así fue la «gradación industrial».

Desde entonces hemos estado viviendo en una permanente Revolución Industrial que ha producido, entre otras cosas, el motor de combustión interna, la electrificación, la energía atómica, las energías renovables y sus propias alternativas posindustriales. A esta expansión en el tiempo hay que sumar otra en el espacio. Todos fuimos británicos, o quisimos serlo: Europa occidental, Norteamérica, Europa oriental, América Latina, Asia oriental, África... cada región, a su vez, desempeñó su papel para convertir la Revolución Industrial en global.⁶

Con ello, las tecnologías y las economías cambiaron en todo el mundo, las sociedades de pirámide perenne entraron en competencia con las nuevas sociedades piramidales industriales de

todo el planeta. En algunos casos, esto allanó el camino a las sociedades en forma de rombo; en otros, no. Y en todas partes, el tipo predominante de asentamiento humano pasó a ser la ciudad industrial y posindustrial a expensas del pueblo durante los dos últimos siglos. En este sentido, aún estamos viviendo en la gradación industrial, este conjunto de procesos graduales que alumbraron cambios revolucionarios.

No cabe extrañarse de que, cuando los perennes patrones tecnológicos, económicos, sociales y geográficos fueron desplazados por otros nuevos, se diera una dinámica similar de desplazamiento de lo permanente por lo revolucionario en el ámbito político. El autoritarismo perenne tuvo que ceder terreno para ampliar la democratización en el tiempo y el espacio.

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

La inminente llegada de la sociedad y el régimen democráticos suponía otra gradualidad. En los tiempos de la puesta en marcha de la gradación industrial, Gran Bretaña no estaba gobernada por un régimen democrático ni era una sociedad democrática. Es verdad que el autoritarismo monárquico como tal había sido desplazado desde los días de la Revolución Gloriosa (1688) y el Parlamento, gracias al Acta de Unión (1707) y las Actas de Unión (1800), pasó a convertirse en el Parlamento de Gran Bretaña y el Parlamento del Reino Unido, respectivamente. El crecimiento de esta monarquía constitucional parlamentaria y de la vía gradualista que llevó a ella convirtió a Gran Bretaña en modelo para los liberales. En este sentido, los liberales del mundo eran británicos o querían serlo. Aparte de ser el modelo hegemónico, Gran Bretaña era cualquier cosa menos democrática. Políticamente, solo entre el tres y el cinco por ciento de los ingleses podía votar, un porcentaje que era aún menor en el caso de los escoceses y los irlandeses. En lo social, la sociedad británica era manifiestamente jerárquica, con unos

supuestos privilegios en el vértice de la pirámide y la deferencia fluyendo en sentido ascendente.

La gradación democrática consiste en la superación de estas dos situaciones: la voz en política restringida solo a un grupo minúsculo y el complejo de privilegio-sumisión. Políticamente, la gradación democrática conllevó progresivamente el derecho al voto masculino entre 1832 y 1918. Cuando terminó la Primera Guerra Mundial, se concedió el derecho al voto a todos los hombres de veintiún años o mayores. La misma Acta de Representación del Pueblo de 1918 concedía el derecho al voto a las mujeres mayores de treinta años que tuvieran propiedades propias. Diez años después, se reconocieron los mismos derechos al voto a las mujeres y los hombres de veintiún años o mayores, sin restricción alguna debida a la posesión de propiedades. Ciento veintiocho años después de las Actas de Unión (1800), todos los ciudadanos británicos tenían derecho a votar. En 1969, tal derecho se extendió al grupo de edad de entre dieciocho y veintiún años.⁷

En lo que a lo social se refiere, la gradualidad democrática redujo la brecha entre los privilegiados y los no privilegiados, permitiendo el acceso a una vivienda, una alimentación, una sanidad, una educación y una tecnología mejores a segmentos cada vez más amplios de la sociedad. A medida que la democratización avanzaba, la sumisión social menguaba, allanando así el camino a la creciente reivindicación e incluso al desafío abierto de la tradicional deferencia.

LAS «REVOLUCIONES SINÉRGICAS»

El hecho de englobar las transformaciones tanto políticas como sociales, gracias a la gradación democrática, se ajusta perfectamente al carácter dual del gradualismo industrial, con su lado tecnológico yendo de la mano de sus transformaciones sociales y geográficas. Por ello, además de su simultaneidad y su natu-

raleza gradual, se considera que las revoluciones Industrial y Democrática son «revoluciones gemelas».⁸ Y, en efecto, otras similitudes acuden a la mente. Como en el caso de la gradación industrial, hasta hoy la democrática ha demostrado tener un carácter expansivo duradero en el tiempo y en el espacio. En lo que atañe al tiempo, ha ido abarcando más y más circunscripciones electorales. Y en lo que al espacio se refiere, cada vez más y más estados la han ido adoptando, hasta acabar por ser, entrado el siglo XXI, el principal tipo de régimen político y de forma de vida social del globo.

Además de que se las considere gemelas, las revoluciones Industrial y Democrática también pueden verse como «revoluciones sinérgicas», puesto que su relación contiene un bucle de retroalimentación. El aumento de la productividad que la industrialización trajo consigo hizo posible la democratización social. Con la bajada de los precios y la subida de los salarios, segmentos cada vez más numerosos de la sociedad pudieron disponer de una vivienda, una sanidad, una educación y una tecnología mejores. Además, como bien se sabe, el cliente siempre tiene razón, por lo que, con el aumento del consumo, el poder adquisitivo de esos consumidores empezó a convertirlos en poderosos actores sociales. Sus exigencias fueron tenidas en cuenta cuando las empresas analizaron los bienes y los servicios cuya demanda iba a ir en aumento. Y, al revés, la democratización social derivada de la subida de los salarios estimuló la permanente innovación tecnológica destinada a reducir aún más los costes de la mano de obra, con lo que la industrialización se aceleró.

Al mismo tiempo, la aparición de la nueva sociedad piramidal de habitantes urbanos debido a la Revolución Industrial fomentó la asociación de personas con idénticas preocupaciones existenciales. Esas personas organizaron asociaciones profesionales, sindicatos y partidos políticos. Las consiguientes agendas y demandas poco a poco hicieron incursiones en el ámbito público —hasta entonces terreno de unos pocos pri-

vilegiados—, exigiendo tener voz en la toma pública de decisiones. Y, por otro lado, los ciudadanos con derecho a voto eran una fuerza laboral con estudios y más comprometida; este mejor capital humano iba a la par del capital físico y financiero acumulado por la industrialización. Así que la sinergia actuó de nuevo y aportó una mano de obra más productiva al ciclo en permanente crecimiento de la productividad industrial.

Por tanto, en virtud de las revoluciones sinérgicas, los antiguos súbditos de los regímenes autoritarios fueron ascendiendo a la condición de consumidores y ciudadanos de unas sociedades y unos Estados gradualmente democratizados. La industrialización puso en marcha la democratización política y social. A su vez, la democratización avivó la industrialización. Esta fue la espiral sinérgica que hizo fuertes a la economía, el ejército, la sociedad y el atractivo cultural de Gran Bretaña, una fuerza que la catapultó hacia la hegemonía mundial. La próxima vez que el lector vea un partido de fútbol, se dará cuenta de que lo hace debido a las revoluciones sinérgicas que convirtieron a Gran Bretaña en el jefe supremo del mundo.

GEMELOS NO IDÉNTICOS

Las revoluciones gemelas, además de semejanzas, también tienen diferencias. El sistemático avance de la industrialización no estuvo acompañado de una constante democratización. En múltiples casos, la progresión democrática se detuvo ante una reacción autoritaria. Cada una de las tres revoluciones tecnológicas posteriores (la Segunda Revolución Industrial, la Revolución de la Información y la Revolución de la Inteligencia Artificial) desbancó a las anteriores tecnologías, los sistemas de organización, la producción y la actitud social, en general. Por su parte, la Primera Ola de Democracia fue innovadora en el sentido de que estableció un nuevo tipo de régimen político. Sin

embargo, las otras dos olas de democracia, aparte de reemplazar a otros regímenes políticos o de ampliar la democratización, en muchísimos casos se limitaron a restaurar la democracia donde había flaqueado. Las olas de industrialización no tuvieron tal propiedad restauradora. La segunda ola de industrialización nunca tuvo nada que ver con traer de nuevo la fuerza del vapor una vez que quedó obsoleta.

Otra importante diferencia entre los gemelos guarda relación con la ubicación. La Revolución Industrial fue exclusivamente británica al principio; en cambio, la Revolución Democrática entró en erupción en diversos lugares casi al mismo tiempo. Cuando la gradualidad democrática de Gran Bretaña ya estaba en marcha, estallaron auténticas revoluciones —las democráticas— en las trece colonias británicas de Norteamérica (1776) y en Francia (1789). La Revolución Americana (1776-1783) se liberó de la monarquía autoritaria británica en su fase más temprana de la democratización gradual. Los colonos de las Trece Colonias no disfrutaban siquiera de una representación marginal que en Inglaterra la aristocracia terrateniente consiguió al inicio de la Guerra Civil inglesa (1642-1649) y la Revolución Gloriosa (1688).

Esta fue la exigencia original de los patriotas americanos: «Ningún impuesto sin representación». Cuando el conflicto entre la monarquía parlamentaria británica y los patriotas se intensificó, lo mismo ocurrió con las exigencias. La Revolución Americana acabó por establecer una nueva entidad política: los Estados Unidos de América, con un nuevo régimen político —una república— y una nueva constitución basada en la división de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, además del principio de la representación. Asentada en esta sólida base, la Revolución Democrática americana siguió expandiéndose en el ámbito político a caballo de las olas democráticas, de modo parecido a la trayectoria británica.

En lo político, el derecho al voto alcanzó a todos los ciudadanos varones en 1870 (Decimoquinta Enmienda), a todos los

ciudadanos en 1920 (Decimonovena Enmienda) y a los ciudadanos más jóvenes (de dieciocho años o más) en 1971 (Vigesimosexta Enmienda). Pero en 1965, fue necesario sancionar la Ley de Derecho al Voto para impedir la discriminación racial de los votantes, subrayando así la singularidad americana como sociedad post-*apartheid*. A la par que creció el número de electores, un número creciente de ciudadanos también consiguió gradualmente acceso a una vivienda, una alimentación, una sanidad, una educación y una tecnología mejores. La progresiva posibilidad de defender las opiniones propias que abre la democratización social se refleja perfectamente en la historia americana con la emergencia del Partido Demócrata y su victoria electoral en 1828. Con ella, la joven república dejó de ser dominio exclusivo de la élite socioeconómica ilustrada. Desde entonces, segmentos cada vez más amplios de la sociedad han continuado defendiendo sus ideas en los escenarios más importantes de la vida pública y en los mercados.

El otro caso crucial y genuinamente revolucionario para la Revolución Democrática fue la Revolución Francesa (1789). Una vez más, el desencadenante de esa revolución fueron las exigencias impositivas de la monarquía. Eran unos impuestos directamente relacionados con los gastos que para los franceses generó su apoyo decisivo a los patriotas de la Guerra Revolucionaria americana. En última instancia, aquellas exigencias acabaron, visto el precedente de la Guerra Civil inglesa, con la decapitación del rey. Y, como en los casos de las revoluciones democráticas de Gran Bretaña y Estados Unidos, a esta le siguió una gradual expansión en los ámbitos político y social: ampliación del derecho al voto y mejora de las condiciones de vida. La singularidad del caso francés como la apoteosis de la Revolución Democrática es la generalizada movilización del conjunto de la sociedad y su aprovechamiento para fomentar un proyecto político.

Dicho proyecto fue un imperio francés: europeo, quizá global, resultante en la entronización de Francia como jefe hege-

mónico del mundo. En este caso, ¿qué acontecimiento deportivo hubiera estado viendo la mitad de la población mundial en 2022? ¿El campeonato mundial de petanca? La exhaustiva movilización se logró mediante el reclutamiento militar universal, la *levée en masse*. Recordemos que la Revolución Democrática convirtió a los súbditos en ciudadanos. Los ciudadanos adquieren derechos, pero también tienen obligaciones, incluida esta nueva: defender lo que la revolución les ha conseguido e impedir que la aristocracia terrateniente, asentada en lo más alto de la pirámide social, ya fuera en casa o en el extranjero, les arrebatara sus derechos recién conseguidos. En agudo contraste, ¿qué gobernante autocrático europeo (de donde fuera) que estuviese en su sano juicio proveería armamento y formación militar a esas multitudes de súbditos? Estos ocupaban la base de la pirámide social y el monarca debía mantenerlos a raya en beneficio de sus colegas aristócratas propietarios de las tierras.

Esta es la evidente diferencia que está en la base del excepcional éxito francés durante las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas. Mediante su democratización —concretamente, dando acceso a las masas—, el ejército francés, la *Grande Armée*, llegó a estar integrado por medio millón de soldados o más, quizá hasta seiscientos ochenta mil. Sus enemigos, los aristócratas terratenientes y los profesionales juntos, ni siquiera podían acercarse a igualar ese número. La suma de las fuerzas de Austria y Prusia, por ejemplo, era de ochenta y un mil hombres al principio del conflicto. Siendo todo lo demás (la tecnología militar, la logística, la táctica, la estrategia, el grado de motivación) más o menos igual, la diferencia numérica se tradujo en una larga serie de victorias francesas hasta que el «General Invierno», el crudo invierno ruso, cambió por completo la situación en 1812 al diezmar al descomunal ejército francés en las praderas de Rusia y reducirlo a solo cien mil efectivos.⁹

Y, lo que es más importante, este acentuado contraste entre los ejércitos también marca el advenimiento de la política de

masas. Cinco mil años de una disposición ininterrumpida que garantizaba el cuasi monopolio en la propiedad de la tierra, el mando militar y la toma de decisiones públicas, en manos de la aristocracia terrateniente acomodada en la cúspide de la pirámide social, llegaban al principio de su fin. Primero la Revolución Francesa y después el Imperio francés —imponiendo regímenes republicanos, motivando a sus admiradores a abolir monarquías u obligando a sus enemigos a adoptar algunas de sus innovaciones— desencadenaron la participación ciudadana en el ámbito público. El número de electores no cesaría de aumentar.

UN EXPERIMENTO CON SINERGIA

El despliegue de la Revolución Democrática en Francia y en Estados Unidos también pone de relieve las fuerzas multiplicadoras de las revoluciones sinérgicas, tal y como catapultaron a Gran Bretaña a la hegemonía mundial. Desde el final de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), Francia había sido el pretendiente a la hegemonía global, afanándose en llenar el vacío hegemónico dejado por la derrota de la Unión Ibérica, los imperios globales de España y Portugal, bajo el cetro de un mismo rey (1580-1640). Francia nunca estuvo más cerca de alcanzar este objetivo, presente desde hacía ciento cincuenta años, como durante las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas. La Revolución Democrática, con el advenimiento de la política de masas, la ciudadanía y el voto universal, dio a Francia una potente ventaja al acabar por abrirse camino y tomar la delantera respecto de quienes durante mucho tiempo habían sido sus enemigos.

Sin embargo, toda la ventaja que este más que atrevido caso de democratización generó no solo fue incapaz de sobreponerse al «General Invierno», sino que tampoco pudo con la incipiente sinergia de la industrialización y la democratización que estaba

despegando en Gran Bretaña por entonces. No fue hasta después de veinticinco años de largas Guerras Revolucionarias y Napoleónicas (1792-1815), cuando Francia entró en su revolución industrial. Para entonces, la abolición de la servidumbre, la igualdad legal en el nuevo régimen jurídico enmarcado por el Código de Napoleón y el nuevo mercado nacional sin aranceles internos —todo ello fomentado por la Revolución Francesa— aplicaron fácilmente sus fuerzas a la inminente llegada de la industrialización. Sin embargo, para hacerse con la hegemonía mundial, ya era demasiado tarde.

No obstante, Francia pasó a ser un socio importante en el orden mundial hegemónico británico, en particular después de la unificación de Alemania en 1871. Como tal, pese a que su poderío político y militar quedó atrás, al igual que su poder económico-financiero, la cultura francesa disfrutaba de un estatus hegemónico en múltiples ámbitos, como los de la planificación urbana, la arquitectura, la literatura, la moda y la gastronomía. Así lo demostró la Exposición Universal celebrada en París en 1855 —solo anticipada por la Gran Exposición de Hyde Park, en Londres—. En efecto, actualmente en torno a la mitad de la población mundial sigue el Tour de Francia, una cantidad de aficionados que aumentaría si incluyéramos otras carreras ciclistas, un invento francés que data de 1868.¹⁰ En lo que al fútbol se refiere, la Copa del Mundo de la FIFA y la Eurocopa de la UEFA fueron instituidas, respectivamente, por los franceses Jules Rimet y Henry Delaunay. Otra cosa son los resultados. Ni la selección nacional inglesa ni la francesa tienen los registros más impresionantes. Tales honores corresponden a Brasil, Italia y Alemania. Hasta la hegemonía mundial tiene sus limitaciones.

Una falta similar de sinergia se observa en la potencia hegemónica del futuro. La Revolución Democrática americana cambió el destino de las Trece Colonias, pero no las impulsó a que ocuparan el escenario hegemónico. Es verdad que Estados Unidos pasó a ser un modelo para el futuro del hemisferio oc-

cidental. Junto con la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas, la Revolución Americana inspiró a los patriotas latinoamericanos que, entre 1810 y 1820, derrotaron al gobierno colonial, crearon repúblicas y esbozaron constituciones siguiendo las huellas del modelo estadounidense.¹¹ Pero para una auténtica posición hegemónica mundial, la Revolución Democrática debía ir acompañada de la industrialización. Estados Unidos tuvo que esperar hasta 1813 para lanzar esa sinergia. Ocurrió cuando Francis Cabot Lowell regresó de Gran Bretaña con el diseño de los telares mecánicos almacenados en su memoria, con el firme propósito de copiarlo en Massachusetts. Con el éxito de esta experiencia, la Revolución Industrial había empezado.¹² En este caso, la sinergia no llegó tarde. La hegemonía mundial se alzaba imponente en el horizonte para Estados Unidos.

OTRA PAREJA DE GEMELOS: EL LIBRE COMERCIO Y LA VENTAJA COMPARATIVA

Una de las múltiples consecuencias de las revoluciones sinérgicas es el auge del libre comercio. Como sistema económico, el libre comercio simplemente establece que todos deben disfrutar de la libertad de comerciar con todos los demás sin restricciones, limitaciones, aranceles, subvenciones, impuestos ni cualquier otro obstáculo ni imposición que distorsione ese intercambio. Tal posibilidad, formulada con todo entusiasmo por los economistas británicos Adam Smith y David Ricardo, estaba tan lejos de la realidad como seguramente podría haberlo estado con anterioridad a la puesta en marcha de las revoluciones sinérgicas, una época caracterizada por «el cuasi-monopolio». El comercio mundial estaba dominado por los imperios marítimos europeos. Estos cumplían religiosamente con los principios del mercantilismo ideado para sellar el comercio con las colonias exclusivamente en beneficio de sus monopolios. El contrabando era la única

forma de sortear estas barreras, pero por mucho que hubiera (y lo había), no era más que una barraca de feria.

Todo esto empezó a cambiar drásticamente con el estallido de la Revolución Americana que, en 1783, acabó por echar a los británicos del juego del cuasi-monopolio. Ante tal tesitura, la actitud británica fue: si ya no podemos jugar al monopolio, ¿por qué vamos a dejar que otros lo hagan? La estructura mercantilista del comercio era suficientemente dura. Daba por supuesto un juego de suma cero entre los monopolios, en el que las ganancias de cualquiera gracias al comercio con las colonias suponían las pérdidas de todos los demás. Sin embargo, por brusco que fuera ese juego, mucho peor era quedar expulsado de él por completo como le ocurrió a Gran Bretaña con la pérdida de las Trece Colonias. La conclusión británica no tardó en llegar: si perdimos nuestro monopolio allí, ¿por qué los demás no han de perder también sus monopolios con sus colonias? «¡Libre comercio!» se convirtió en el clamor británico.

Pero la reivindicación del libre comercio de los británicos no era una simple cuestión de igualdad de condiciones. No era meramente una actitud de: «Antes todos jugábamos al monopolio, pero dado que ya no podemos seguir haciéndolo, ahora todos debemos jugar al libre comercio». Mucho más que esto, la reivindicación británica del libre comercio fue un movimiento oportunista cuyo objetivo era sacar provecho de su ventaja crucial: la industrialización. La organización mercantilista del comercio mundial se basaba en que cada metrópoli se beneficiara de sus colonias. Disponer el mundo de acuerdo con el principio del libre comercio siendo la única potencia equipada con la industrialización significaba que Gran Bretaña podía beneficiarse de todas las colonias, no solo de las suyas. En realidad, no solo de todas las colonias, sino también de sus respectivas metrópolis. Y no únicamente de los imperios marítimos globales, sino también de aquellas partes del mundo por entonces inalcanzables para las metrópolis europeas: los imperios

de la pólvora euroasiáticos, y la mayor parte del continente africano. La pérdida de Gran Bretaña de su cuasi-monopolio mercantilista en relación con sus colonias se transformó en un beneficio británico de un cuasi-monopolio global impuesto desde la lógica del libre comercio. Con Gran Bretaña en tal posición aventajada, gracias a la industrialización, ¿qué les quedaba a los demás? En tres palabras: la ventaja comparativa.

El principio de la ventaja comparativa establece que una sociedad marcha mejor si produce y exporta los productos para los que está mejor posicionada de acuerdo con su dotación de factores —la tierra y el medioambiente, la mano de obra, el capital— e importa todos los demás. Además, el resultado de la suma de la producción de sociedades empleadas en el libre comercio y la práctica del principio de la ventaja comparativa siempre será mayor que su producción combinada si estas mismas sociedades son autosuficientes o autárquicas. ¿No le convence al lector? El economista inglés David Ricardo (1772-1823) se lo demuestra matemáticamente.

En su famoso ejemplo, Ricardo considera una economía mundial consistente en dos países, Portugal e Inglaterra, que elaboran dos productos de idéntica calidad. En Portugal se puede producir vino y tela con menos mano de obra de la que sería necesaria para las mismas cantidades en Inglaterra. Sin embargo, los gastos relativos de fabricar estos dos productos son distintos en cada país. En Portugal, se necesitan noventa horas de trabajo para producir una unidad de tela y ochenta horas para una unidad de vino. En Inglaterra son necesarias cien y ciento veinte horas, respectivamente. Por tanto, Inglaterra podría dedicar cien horas de mano de obra para producir una unidad de tela o en su lugar producir $5/6$ unidades de vino. En comparación, Portugal podría dedicar noventa horas de mano de obra a producir una unidad de tela o en su lugar $9/8$ unidades de vino. Entonces, Portugal posee una ventaja absoluta para la producción tanto de tela como de vino gracias a su productividad superior. Inglaterra, en este ejemplo hipotético

extremo, está en absoluta desventaja. Necesita doscientas veinte horas de trabajo para producir una unidad de tela y una de vino, mientras que en Portugal estas mismas cantidades se producen en ciento setenta horas de trabajo. Sin embargo, la ventaja comparativa de Inglaterra está en la producción de tela, en la que su desventaja respecto a Portugal es menor: cien horas por unidad frente a las noventa de Portugal, comparado con las ciento veinte horas por unidad de vino frente a las ochenta horas de Portugal.

Si los dos países producen tela y vino, Inglaterra necesitará doscientas veinte horas de trabajo para producir una unidad de cada producto y Portugal, ciento setenta horas para hacer lo mismo. Después de trescientas noventa horas de trabajo, habrá dos nuevas unidades de tela y dos nuevas unidades de vino en el mundo. Por el contrario, si estos dos países se atienen al principio de la ventaja comparativa, Inglaterra puede dedicar sus doscientas veinte horas de mano de obra a producir 2,2 unidades de tela, mientras que Portugal puede dedicar sus ciento setenta horas a producir 2,125 unidades de vino. De acuerdo con el principio de la ventaja comparativa, con esta división del trabajo y la especialización que conlleva, se obtiene un beneficio neto de 0,2 unidades de tela y 0,125 unidades de vino. ¡Los dos países salen ganando!¹³

Es posible que ambas afirmaciones sean verdad. Sin embargo, la prosperidad que tal principio anuncia se consigue a un enorme precio. La realidad es que la aplicación de este principio perpetúa y justifica la división mundial del trabajo y, por consiguiente, la división mundial del capital y el poder. En resumen, este principio, basado en ecuaciones matemáticas, justifica y congela el *statu quo* jerárquico en el que se encuentran las sociedades del mundo. Para decirlo sin rodeos, una sociedad especializada en la producción de vino, dado que dispone de tierra, un clima adecuado, una mano de obra barata pero poco capital, acoge con entusiasmo el principio de la ventaja comparativa para seguir produciendo vino indefinidamente.

A una sociedad que fabrica tejidos manualmente, sin telares mecánicos, lo mejor que se le puede aconsejar es que deje de hacerlo y, en su lugar, se concentre en una actividad que se ajuste mejor a su dotación de factores, por ejemplo, en cultivar algodón. En tal caso, tendría sentido que ese algodón fuera hilado y tejido donde estén situados los telares. A su vez, una sociedad industrializada debería centrarse en fabricar esas telas, no en cultivar algodón. ¿Les suena a los lectores? ¡Evidentemente! Suena exactamente igual que el Acta de Derogación de las Leyes de los Cereales (Gran Bretaña, 1846; véase más arriba, pág. 29).

Las consecuencias de aplicar el principio de la ventaja comparativa tienen dos caras. Por un lado, y siguiendo el ejemplo anterior, los trabajadores agrícolas quedaron atrapados en un ciclo de trabajo en los viñedos con escasa inversión de capital, baja tecnología, poca productividad, salarios bajos y poca capacidad de consumo. Por otro lado, los trabajadores artesanales textiles, que hasta entonces ganaban salarios medios, fueron degradados al nivel de trabajadores agrícolas, ya que la especialización los había obligado a producir algodón. Y, por último, la creciente productividad de la industria, unida al incremento de mercados para el libre comercio, impulsó la acumulación de capital, el desarrollo tecnológico, una productividad aún mayor, la subida de los salarios y una mayor capacidad de consumo. Cada uno de estos tres diferentes desarrollos se perpetuaron en virtud de la fe en el principio de la ventaja comparativa y su práctica, que asignaba tareas específicas a las diferentes sociedades. Y así se creó una división mundial del trabajo. Esto aconteció no en teoría ni en demostraciones matemáticas; esto es lo que realmente ocurrió en la práctica: Portugal ejemplifica el primer desarrollo, la India el segundo, Gran Bretaña el tercero. Así es como nació la sociedad estratificada en tres niveles (véase más adelante, *Breve glosario de términos básicos*, págs. 455-474).

Esta pareja adicional de gemelos, el libre comercio y la ventaja comparativa, aportaron el apoyo filosófico y científico a la

dirección ya en curso conseguida con la riqueza y el poder acumulados gracias al despliegue de las revoluciones sinérgicas. Tal apoyo consistía en formular una visión o una idea del mundo, así como un conjunto de políticas concretas. Esas ideas recomendaban una división mundial del trabajo que asignara especializaciones a las diferentes partes del globo. Las políticas intentaban derribar cualquier barrera que obstruyera el libre flujo del comercio. Juntas, estas ideas y políticas contribuyeron a organizar el mundo en una escala jerárquica de riqueza y poder con un rango de desigualdad que jamás había existido a lo largo de toda la historia.

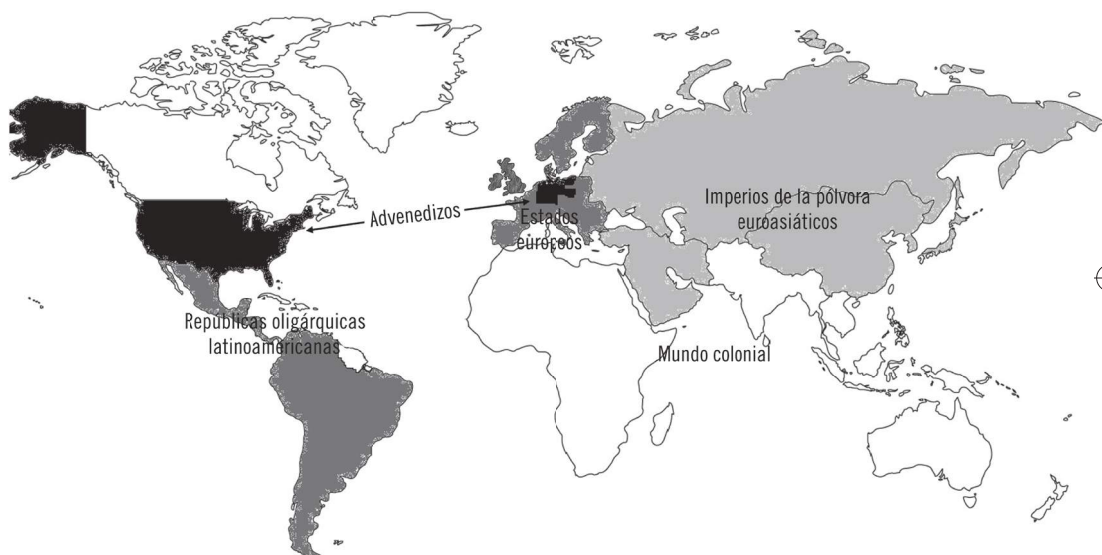
DOS PAREJAS DE GEMELOS EN UNA GIRA MUNDIAL

EN EUROPA COMO EN CASA

¡Se marcharon! Hacia mediados del siglo XIX, las dos parejas de gemelos de la potencia hegemónica mundial —las revoluciones Industrial y Democrática; las doctrinas del libre comercio y la ventaja comparativa— hicieron una gira por el mundo que lo transformó de raíz e hizo que todos fuéramos británicos. Al otro lado del canal de la Mancha, se daban las circunstancias apropiadas para asegurar una diligente imitación y acomodación al modelo que Gran Bretaña había iniciado, señalando la dirección hacia el futuro. Como Gran Bretaña, Europa occidental llevaba ya un par de siglos dedicada a la investigación científica y las innovaciones tecnológicas. Como en Gran Bretaña, los salarios de los trabajadores eran suficientemente altos para dar un impulso decisivo a la producción mecanizada. Como en Gran Bretaña, el subsuelo estaba repleto de grandes cantidades de carbón utilizable como una energía que los diferentes países se podían permitir. Estas tres realidades demostraron ser suficientes para que en el continente se adoptara la industrialización.

El crecimiento económico se disparó: las vías férreas y los trenes, los barcos de vapor y los puertos, las fábricas y los bancos se expandieron frenéticamente entre 1850 y 1870. Al crecimiento económico le siguieron unas profundas transformaciones sociales: el auge de las ciudades y la aparición de una

nueva pirámide social. Gran Bretaña se convirtió en el modelo deseado para Europa occidental. En un acto indicativo de la sutil fortaleza del poder blando,* Francia, patria de la doctrina mercantilista, redujo sus aranceles. El liderazgo ideológico británico se tradujo en el establecimiento de los acuerdos de libre comercio entre Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Países Bajos. De la mano de la hegemonía británica, la industrialización y el libre comercio habían llegado a Europa occidental para quedarse.¹

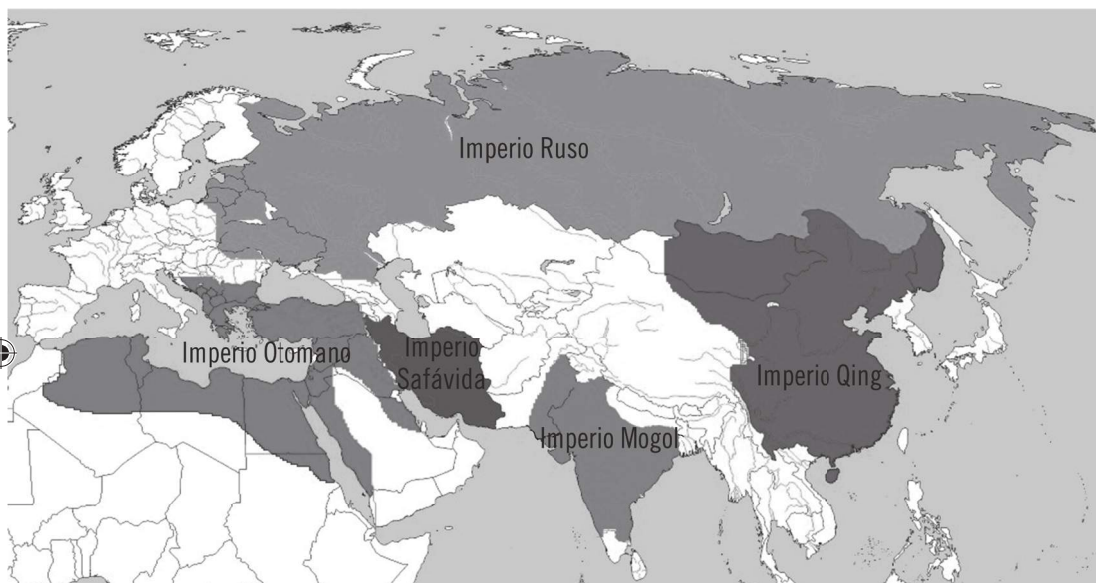


MAPA 2: *Dos parejas de gemelos en una gira mundial.*

* Término que se usa en relaciones internacionales para referirse a la capacidad de un actor político, por ejemplo un Estado, para incidir en las acciones o intereses de otros actores, sirviéndose de medios culturales e ideológicos, además de los diplomáticos. (*N. del t.*)

LOS IMPERIOS DE LA PÓLVORA JUGANDO AL CATCH-22*

Los resultados de la gira de los gemelos fueron diferentes en el resto de Eurasia. Entre el mar Báltico y el océano Pacífico, los cinco imperios de la pólvora —el ruso, el otomano, el safávida, el mogol y el chino— reaccionaron con extremo conservadurismo a las innovaciones fomentadas por los gemelos.²



MAPA 3: *Los cinco imperios euroasiáticos de la pólvora.*

La causa fue que los imperios de la pólvora se encontraban en las antípodas de las revoluciones gemelas y su espiral sinérgica. Aquellos imperios dependían de los excedentes de la gran cantidad de súbditos campesinos que ocupaban irremediabilmente la parte inferior de su sociedad piramidal. Un régimen autorita-

* Catch-22 se refiere a una paradoja que la persona no puede eludir debido a reglas o limitaciones contradictorias. El término lo acuñó Joseph Heller, que así tituló una de sus novelas en 1961. (N. del t.)

rio con un zar, un sultán, un sah o un emperador a su cabeza protegía los intereses de la aristocracia terrateniente especializada en artes militares. La conquista de más tierras y personas era su forma de seguir ampliando su poder económico y militar. Tal estructura estaba completamente en línea con la disposición socioeconómica-política perenne que cristalizó con la emergencia de Estados, reinos e imperios desde hace más o menos cinco mil años. Una estructura, sin embargo, que fue modificada con el fomento de una revolución militar que se tradujo en la adopción de las armas de pólvora, a las que estos imperios deben su nombre genérico.

Esta revolución militar fue la que permitió que el Imperio otomano supusiera una amenaza para Europa, por ejemplo, sitiando la ciudad de Viena en 1529 y 1683. También posibilitó que el Imperio chino, en la década de 1520, contuviera a las carabelas portuguesas y, en 1556, frustrara los intentos españoles de hacerse con el poder, tal y como habían hecho en Tenochtitlán (la capital del Imperio azteca conquistada por los españoles en 1521). Despreocupados de las ambiciones globales europeas que sus revoluciones militares consiguieron reducir, los imperios de la pólvora continuaron su ciclo repetitivo de desarrollo imperial haciéndose con los excedentes de la economía agrícola y expandiéndose mediante la conquista. Pero este patrón aparentemente interminable estaba destinado a cambiar tras las revoluciones sinérgicas que rompieron drásticamente el equilibrio del poder. Una vez que la Revolución Industrial dio con nuevas fuentes de energía y desató la productividad y la innovación, la pólvora sola no podía entorpecer el camino del expansionismo global europeo ni a su líder hegemónico en particular.³

Esta transformación revolucionaria del equilibrio del poder planteó un dilema tipo Catch-22 a todos los imperios de la pólvora. Si querían mantener a raya el expansionismo global europeo, tenían que industrializarse. Pero si la industrialización era ineludible, con ella despertarían a la gemela democratiza-

ción. Su perdurable estructura económica-social-política y autoritaria-aristocrática-agrícola correría peligro. Al final tal disposición acabaría, derrotada por la poderosa sinergia de los gemelos conocidos, por implantar una economía nueva y una pirámide social de ciudadanos a los que progresivamente se reconocería el derecho al voto y participarían en la política de masas. Era un riesgo muy serio para cualquier zar, sultán, sah o emperador. La alternativa estaba clara: juega tus cartas, haz lo que mejor sabes hacer, mantén intacto el modelo inmemorial. La estabilidad interior estará garantizada si se mantienen las viejas costumbres. Pero esa estabilidad se conseguiría al elevadísimo precio de un riesgo más que probable: todos los imperios de la pólvora serían sobrepasados por el poder europeo industrializado y democratizado, y lo más seguro es que tal acoso proviniera de la potencia hegemónica.



DIAGRAMA 2: *Jugando al Catch-22 con los imperios de la pólvora.*

Y esto es lo que realmente pasó: cada uno de los cinco imperios de la pólvora apostó por el camino de la estabilidad interior. Con ello se hacían necesariamente vulnerables a los proyectos expansionistas europeos debido a las brechas tecnológica, económica y social generadas por las revoluciones sinérgicas. Entre 1853 y 1856, británicos y franceses unieron sus fuerzas y

fueron al rescate interesado del Imperio otomano y derrotaron al ejército ruso en la Guerra de Crimea. Las incursiones rusas en los Balcanes cesaron y las aspiraciones imperiales rusas de tener salida propia al mar Mediterráneo quedaron aparcadas definitivamente. Por su parte, el Imperio otomano vio cómo su destino estaba en manos de las potencias europeas, no en las suyas.

No fue tan rápida la campaña británica para rescatar al Imperio iraní de la dinastía Kayar, sucesora de los safávidas. En este caso, cuando llegaron los británicos, el Imperio ruso ya había conquistado toda la región del Cáucaso (Daguestán, Georgia, Armenia y gran parte de Azerbaiyán). Sin embargo, una vez más, la presencia británica detuvo la expansión de Rusia y contuvo su influencia en la franja septentrional del país. De nuevo, otro imperio de la pólvora se dio cuenta de que la potencia hegemónica mundial le había arrebatado su destino. Para Gran Bretaña, asegurar su presencia en el sur de Irán era sumamente importante, porque al otro lado de la frontera este, se extendía la Joya de la Corona, la India.

El caso más decisivo de intervención británica fue claramente el de Asia meridional, la India británica. La Compañía Británica de las Indias Orientales (CBIO) comenzó a adentrarse en las tierras del Imperio mogol ya en 1608 y progresivamente invadió gran parte de su territorio. Su Estado sucesor, el imperio Maratha (1674-1818), fue derrotado en un primer momento por la CBIO en 1775 y, definitivamente, en 1818. En todos los casos de confrontación militar, los gemelos revolucionarios resultaban vencedores, aunque se enfrentaban a estados muchísimo mayores y a unas sociedades que optaban por seguir con sus costumbres de siempre. El último enfrentamiento importante tuvo lugar entre 1857 y 1859 durante una gran revuelta contra la CBIO. Considerada como la primera guerra de independencia en la India actual, esta rebelión masiva puso en jaque al gobierno de la CBIO y, de hecho, terminó con él en Asia meridional. La Corona británica disolvió la Compañía Británica de las Indias Orientales

y estableció el Raj británico o gobierno directo desde la metrópoli en 1858. La India británica acabó por abarcar los actuales estados de Pakistán, India, Bangladés, Birmania (Myanmar) y Sri Lanka.

Pero los gemelos revolucionarios no estaban solos al establecer un apogeo global para Gran Bretaña. El otro par de gemelos —las doctrinas del libre comercio y de la ventaja comparativa— era tan fuerte como las revoluciones sinérgicas. Un escenario ficticio lo demostrará al tiempo que ilustra el destino de otro imperio de la pólvora que apostó por el conservadurismo: la China de la dinastía Qing.

Imaginemos. El día 3 de junio de 2039, el USS Rentz, una fragata de misiles guiados de la Armada de Estados Unidos, intercepta a una embarcación con más de trescientos kilos de cocaína de contrabando. El fuego hunde a la embarcación y su carga de diez millones de dólares hasta las profundidades del océano Pacífico; a los traficantes se les deja en libertad. Una vez en casa, los cárteles de la droga colombianos apelan a su gobierno para que exija a Estados Unidos una compensación. El gobierno acepta la demanda. Sin embargo, el gobierno norteamericano es inflexible y reivindica sus derechos de soberanía, control comercial y guerra contra las drogas. La reacción del gobierno colombiano es enviar una fuerza expedicionaria de dieciséis barcos de guerra. En la primavera de 2040, estallan las Guerras de la Cocaína. Gracias a la superioridad tecnológica, una pequeña fuerza colombiana se impone al ejército mucho mayor de Estados Unidos. En 2042, el Tratado de San Francisco no solo garantiza indemnizar a los cárteles de la droga, sino que también abre cinco puertos para el libre comercio y la extraterritorialidad para Colombia, además de cederle la isla de Alameda.

Parece completamente inverosímil, ¿verdad? Pues esto es casi con toda exactitud lo que ocurrió hace dos siglos en China. El intento Qing de detener el comercio británico del opio desencadenó una serie similar de reacciones que culminaron con

la Primera Guerra del Opio (1839-1842). Como consecuencia de ello, el llamado Reino del Medio —el Imperio chino—, que hasta entonces únicamente estaba dispuesto a aceptar la contribución tributaria de otros países, se abrió a la fuerza al libre comercio.

Con los imperios ruso y otomano atónitos por la Guerra de Crimea, Irán y China a merced de Gran Bretaña, y la India gobernada directamente por esta, parece que las lecciones para sortear el Catch-22 quedan demostradas con toda claridad: imita o perece. Los imperios de la pólvora se dieron cuenta del precio de su desafortunada apuesta y enseguida intentaron aplicar medidas correctoras. Si querían contener la expansión de los europeos y, además, no sufrir una derrota a sus manos, no tenían otra alternativa que modernizarse siguiendo los principios de las revoluciones sinérgicas. Pero tampoco aquí las soluciones eran fáciles. En este dilema del Catch-22 en el que estaban atrapados los imperios de la pólvora, toda solución, cualquiera que fuese, provocaba un problema de mayor envergadura.

¿Eres un imperio de la pólvora que deseas convertirte en posible competidor militar de las potencias industriales? ¡Pues industrialízate! y de paso sométete a las grandes transformaciones que tal proceso impone. Como consecuencia de todas las derrotas militares importantes, los regímenes intrínsecamente autoritarios de los imperios de la pólvora comenzaron a modernizarse mediante reformas de arriba abajo. Pero como anuncia el dilema, estos intentos de afrontar las amenazas exteriores con reformas interiores derivaron en el desplome final de los imperios de la pólvora, con sus regímenes autoritarios arrancados de raíz, de abajo arriba. Una vez que los autócratas entreabrieron las compuertas de la reforma, la corriente revolucionaria era ya imparable.

A raíz de la Guerra de Crimea, el zar Alejandro II «el Libertador» en 1861 liberó a los siervos, campesinos que habían sido adscritos a la tierra que trabajaban; puso en marcha proyectos de industrialización en las principales ciudades financiados por inversiones extranjeras directas, permitió cierto grado de auto-

gobierno con la creación de consejos locales (*zemstvo*); aprobó la enseñanza universal y prohibió las levas. Esta exigua serie de reformas puso en marcha a las fuerzas sinérgicas de la industrialización y la democratización, aunque fuera a esta reducida dosis. En última instancia, los resultados serían, efectivamente, revolucionarios, pues el régimen autoritario zarista fue desplazado primero por una revolución liberal (marzo de 1917) y después por una de signo comunista (noviembre de 1917), más o menos con medio siglo de retraso.⁴

La Guerra de Crimea también aceleró la reorganización o *Tanzimat* del Imperio otomano puesta en marcha en 1839. Se puso al servicio de la modernización del imperio toda una serie de reformas, entre ellas, el derecho a la vida, el bienestar y los derechos de propiedad de los súbditos imperiales; la reorganización de los sistemas económico, judicial, militar y educativo; y la fundación de un Banco Central, la Bolsa, la sanidad, los sistemas académico y escolar, además de oficinas de correos, telégrafos, ferrocarriles y transbordadores. Resultado del conflicto armado de 1856, un edicto de reforma imperial garantizaba la constitución de los Consejos Provinciales, en los que se podían votar las oportunas decisiones.

Esta oleada de reformas alcanzó su punto crucial en 1876, cuando el imperio pasó a ser una monarquía constitucional con un auténtico parlamento, la Asamblea General del Imperio Otomano. No obstante, en 1878 el sultán Abdul Hamid II suspendió la Constitución y el Parlamento. Este intento de dar marcha atrás disparó la Revolución de los Jóvenes Turcos (julio de 1908), la cual restauró la Constitución y puso en marcha la política de partidos. Como en el caso del Imperio ruso, la Primera Guerra Mundial también enterró definitivamente al Imperio otomano. En noviembre de 1922, la Gran Asamblea de Turquía abolió el imperio. Un año después, fue declarada formalmente la República de Turquía.⁵

Tranquilizada por el equilibrio de poder entre Gran Bretaña y el Imperio ruso, que neutralizaba el riesgo de la invasión ex-

tranjera, la dinastía Kayar de Irán persistió en sus políticas conservadoras. En ese sentido, el caso iraní contrasta agudamente con los cambios y las reformas observados en los imperios de la pólvora ruso y otomano como consecuencia de la derrota militar y ante la perspectiva de otras futuras. Sin embargo, en Teherán no todos estaban dispuestos a ver que potencias extranjeras se adueñaban del imperio con el consentimiento de la dinastía marioneta. En 1905, la desafección por la servil dinastía Kayar desencadenó la Revolución Constitucional iraní. Manifestaciones multitudinarias exigían la creación de un Majlis, o parlamento. En 1906 se celebraron las primeras elecciones. Los ciento cincuenta y seis miembros del Parlamento representaban ante todo a la clase comerciante de Teherán. El Majlis funcionaba como una asamblea constitucional que transformó a Irán en una monarquía asimismo constitucional. A partir de entonces, el sah quedaba sometido al imperio de la ley y era coronado por el pueblo.

Pero enseguida se produjeron las reacciones británica y rusa. En 1907, formalizaron la partición del país en la Entente Anglo-Rusa y apoyaron el bombardeo del Parlamento y, en 1908, la supresión de la revolución. El descubrimiento de petróleo ese mismo año hizo aumentar el interés británico por el país. De inmediato se fundó la Compañía Petrolífera Anglo-Persa, hoy conocida como British Petroleum (BP). A partir de 1925, el régimen autoritario se mantuvo tutelado y bajo una nueva dinastía, la Pahlevi. Fue la dinastía que había de llevar a cabo las reformas que la modernización exigía —la tecnológica, la económica, la financiera, la sociocultural, la militar y la administrativa—. Pero, políticamente, el régimen seguía siendo autoritario. Después de un intento fallido de derrocarlo en 1953, la Revolución Islámica de 1979 acabó con él y estableció la República Islámica.⁶

La constitución del Raj británico en el Asia meridional liquidó cualquier imperio de la pólvora local que quisiera y pudiera tomar la senda reformista después del fracaso conservador. Como mucho, unos quinientos sesenta y cinco estados princi-

pescos quedaron fuera del gobierno directo de Gran Bretaña, pero fueron sometidos al tutelaje británico. En consecuencia, quienes dieron los pasos encaminados a introducir las reformas modernizadoras fueron los británicos, y no ninguna dinastía local como sucedió en los imperios de la pólvora. Se estableció un sistema educativo inglés, se introdujeron códigos y procedimientos judiciales basados en la ley inglesa y se construyó la cuarta red ferroviaria más extensa del mundo. La construcción masiva de carreteras, puertos y líneas de telégrafo mejoraron los transportes y la comunicación.

Al mismo tiempo, el Raj británico no se libró del patrón persistente de la paradoja del Catch-22: «conservadurismo = derrota militar desde fuera; reformismo = colapso del régimen desde dentro». En 1885, miembros politizados de la recién emergente clase media con estudios fundaron el Congreso Nacional Indio. Reformas y represión, zanahoria y garrote, apertura y cierre de compuertas de diques: se intentó todo ello. Para agosto de 1947, el Raj británico fue sustituido por el Dominio de la India, el Dominio de Pakistán y (en 1948) la República de la Unión de Birmania. Después, los dos dominios pasaron a ser la República de la India (1950), la República Islámica de Pakistán (1956) y la República Popular de Bangladés (1971).

Pero el Asia meridional también es indicativo de otro patrón. Evidentemente, es peor ser una colonia de otro país que un superviviente imperio de la pólvora reformista. Completamente vulnerable a los planes de una potencia imperialista, el sur de Asia se convirtió en una de las sociedades más pobres de nuestro mundo contemporáneo. Esta misma ecuación —es decir, no supervivencia/existencia de un imperio de la pólvora = estatus colonial = abandonado completamente a merced de los proyectos de la potencia imperialista = sociedad más pobre del mundo— también rigió el destino del África subsahariana (véase más abajo, pág. 78). Dejada a disposición de la empresa imperial británica, Asia meridional fue el principal laboratorio para los gemelos del libre comercio y la ventaja comparativa. La in-

dustrialización provocó un espectacular incremento de la productividad y la consiguiente disminución de los precios de las telas. Con el aparatoso aumento de la eficacia de los barcos de vapor y de la prolongación de las vías ferroviarias, los costes del transporte se desplomaron. La suma de los efectos de estas dos tendencias obligaría a los fabricantes textiles del sur de Asia a dedicarse a las exportaciones agrarias: la mano de obra fue sacada de los telares para enviarla a los campos de algodón. La desindustrialización del Asia meridional fue la otra cara de la moneda de la industrialización de Gran Bretaña.⁷

China se salvó del estatus colonial y solo fue obligada a conceder unos pocos protectorados, pero sucumbió a los gemelos del libre comercio y la ventaja comparativa. Antes de la gira mundial de los gemelos, la India y China juntas producían el ochenta por ciento de los productos manufacturados del mundo. Cuando se inició esa gira, tal porcentaje fue progresivamente superado por las economías industrializadas del Atlántico Norte, encabezadas por Gran Bretaña. Pese a ello, y como se observa en todos los casos previos, la derrota militar no solo provocó pérdidas, humillación y agravios sino también, como era de esperar en este punto... ¡reformas! Las sucesivas derrotas en las Guerras del Opio (1839-1849 y 1856-1860) desencadenaron la emergencia del Movimiento de Autofortalecimiento en la China de la dinastía Qing. El objetivo de esta serie de reformas, aplicadas entre 1861 y 1895, era conseguir la modernización económica y militar sin una reforma social y política. Se intentaba, en resumen, separar a los gemelos revolucionarios. Se adoptaron las armas de fuego, las máquinas y los conocimientos científicos y técnicos europeos. Se construyeron industrias militares, arsenales y astilleros navales. Se permitió a los comerciantes lanzar proyectos industriales, la explotación de las minas, la navegación a vapor y la comunicación telegráfica, todo bajo la supervisión imperial.

La derrota a manos de los japoneses durante 1894-1895 puso en evidencia las limitaciones de estas reformas. Siguió un

intento de acelerar el paso durante la Reforma de los Cien Días (1898), cuya única consecuencia fue despertar una respuesta reaccionaria y violenta liderada por la emperatriz Dowager Cixi. Pero, una vez más, las compuertas no consiguieron sellar el torrente de cambios económicos y sociales y sus consiguientes exigencias políticas. En octubre de 1911, la Revolución Republicana China entró en su fase definitiva. En febrero de 1912, abdicó el último emperador. El sempiterno orden socioeconómico llegó a su fin en su inmutable epicentro y nació la República de China.⁸

TABLA 1. *Los imperios de la pólvora: del conservadurismo a la derrota; de la derrota al reformismo; del reformismo a la revolución.*

	Conservadurismo	Conquistas o capitulación	Reformismo	Revolución
India mogol	sí	Imperio británico 1773-1858		
China Qing	sí	Guerras del Opio 1839-1842 1856-1860	Movimiento de Autofortalecimiento 1861-1895	1911
Persia safávida	sí	Conquista afgana 1722 Control británico-ruso	Dinastía Pahlevi 1925	1979
Imperio otomano	sí	Capitulaciones 1838-1856	<i>Tanzimat</i> 1839-1876	1908
Imperio ruso	sí	Derrota en la Guerra de Crimea 1853-1856	Zar Nicolás I 1861	1917

Por todas sus destacadas singularidades, Japón sirve de ejemplo final del consistente modelo de los imperios de la pólvora conservadores que la gira global de las dos parejas de gemelos re-

volucionó. Aunque gobernado por un emperador, Japón no era un territorio imperial. El uso de las armas de fuego introducidas en 1543 disminuyó drásticamente durante el shogunato Tokugawa (1603-1867), que en su mayor parte transcurrió en paz. De ahí que Japón no fuera un imperio de la pólvora. No obstante, incluso en Japón el conservadurismo llegó a su fin debido a una amenaza extranjera, aunque no fue la de la potencia hegemónica mundial del momento, sino la de la futura.

Casi quince años después de ser testigo de la Primera Guerra del Opio librada en el mar de la China Oriental, el gobierno japonés, como todos los imperios de la pólvora, seguía viviendo de acuerdo con sus políticas conservadoras. Sin embargo, cuando el Escuadrón de las Indias Orientales de Estados Unidos se adentró en la bahía de Edo (Tokio) en 1853 y disparó munición de fogeo, el gobierno nipón estaba mejor posicionado para responder que el chino lo estuvo anteriormente, en 1839. Japón, casi sin la menor vacilación, simplemente se rindió. En 1854, se firmaron tratados desiguales con Estados Unidos y Gran Bretaña, y más adelante con varias potencias occidentales para asegurar el «libre comercio». Estas imposiciones exteriores acabaron con las políticas aislacionistas y conservadoras. Obligado a abrirse desde el exterior, Japón llevó a cabo una completa reforma desde dentro, bajo un régimen conocido como la Restauración Meiji (1868-1914).

Al ceder pacíficamente, Japón consiguió no solo evitar la confrontación sino en realidad servir de fascinante contrapunto al modelo general. En el ámbito nacional, el país continuó con la industrialización con rapidez y eficacia. En el exterior, se alió con Gran Bretaña para vigilar atentamente Asia oriental, en consonancia con los objetivos que los británicos tenían para la región. Este movimiento dual quedó expresado con el eslogan del régimen: «País rico, ejército fuerte». La rica economía fue impulsada directamente por el Estado. Se suprimieron los aranceles regionales. Se construyeron sistemas ferroviarios y telegráficos, con la dirección de ingenieros japoneses. La suma de

ambos movimientos se tradujo en la creación de un gran mercado nacional. Para abastecer el desarrollo y mantenimiento de estas infraestructuras, se crearon industrias japonesas sufragadas por el Estado. Los ministros del Interior y de Industria diseñaron una política industrial dirigida a importar tecnología moderna desde el Occidente industrializado. En Europa occidental, la tecnología era rentable debido a los elevados salarios: una única inversión en una máquina puede ahorrar mucho en sueldos. En cambio, en el Asia meridional, los bajos salarios no permitían que la tecnología fuera rentable. ¿Por qué invertir tanto capital en tecnología si es más barato que los obreros hagan el mismo trabajo manualmente? En Japón, como en el sur de Asia, los salarios eran bajos. Pero también, como Occidente, Japón aspiraba con firmeza a industrializarse. Y, a diferencia del Asia meridional, no era una colonia británica.

Así pues, el gobierno japonés importaba tecnología occidental con el fin de rediseñarla para adaptarla a su economía de salarios bajos. Para reducir los costes, las máquinas se hacían de madera, no de metal, y las impulsaban los músculos humanos para aprovechar los bajos salarios y ahorrar carbón. Estas adaptaciones posibilitaron que Japón se convirtiera en la máquina de hilado del algodón de menor coste en los inicios del siglo xx, en competencia con la India, China y Gran Bretaña. Las ganancias de este ventajoso comercio se invertían en la importación de maquinaria y materias primas. Con una y otras, Japón puso en marcha una auténtica revolución industrial favorecida por la reducción de las importaciones desde las economías beligerantes durante los años de la Primera Guerra Mundial. A la par que la industrialización, se creó un ejército fuerte. En 1895 Japón derrotó a China, dejando claro que el equilibrio de poder de la región había cambiado. Diez años después, Japón reivindicó su dominio de Corea y amplió sus ambiciones en Manchuria con una inapelable derrota de Rusia.

Las limitaciones de las reformas unidas a las derrotas militares provocaron la desaparición en todas partes de los imperios

de la pólvora. En cambio, el éxito en la adopción y adaptación de las revoluciones sinérgicas, sumado a las victorias militares, convirtió a Japón en un imperio marítimo industrializado. Paradójicamente, el éxito, y no el fracaso, fue lo que condenó al Imperio japonés. El rechazo británico (y, de modo más amplio, el global) a que Japón formara parte del exclusivo club de los imperios marítimos industrializados al finalizar la Primera Guerra Mundial, hizo que este país chocara con las mismas potencias ante las que capituló en 1853. En esta fase más tardía (1941-1945), Japón sí se unió, a su singular manera, a la disyuntiva que la gira global de las dos parejas de gemelos abrió ante todos los regímenes euroasiáticos: revolucionarse o perecer, o revolucionarse y perecer.⁹

Pocas cuestiones históricas han llamado tanto la atención como el ascenso de las sociedades europeas occidentales en el escenario global y, en particular, frente a las sociedades con las que comparte la masa continental de Eurasia. La idea de una «Gran Divergencia», concretamente entre Inglaterra y China, y, en un sentido más amplio, entre Europa occidental y el resto de Eurasia, pasó a ser un importante relato explicativo. En resumen, la Gran Divergencia explica que el despegue de Europa occidental por encima del resto de Eurasia se basa en una larga serie de factores entrelazados; entre ellos, los legados del pasado feudal, un subsuelo rico en carbón, la combinación del comercio marítimo con la potencia naval, la colaboración entre los empresarios y los Estados y, por último, pero igualmente importante, la explotación de los esclavos africanos y los recursos americanos.¹⁰

La idea de una gira mundial de dos parejas de gemelos añade a esta interpretación que la Gran Divergencia no fue una historia exclusivamente económica, sino también sociopolítica. Las ventajas económicas y sociales generadas por las revoluciones sinérgicas y las ideas y políticas asociadas a ellas fueron aprovechadas inmediatamente por las potencias industrializadas bajo la hegemonía británica contra los imperios de la pólvora. En su mayor

parte, y con la significativa excepción del Imperio mogol, estos imperios eran impenetrables para las potencias europeas industrializadas antes de la era industrial. En cambio, hacia mediados del siglo XIX, casi toda Eurasia estaba metida en una red de «libre comercio» donde regía el principio de la ventaja comparativa. Es decir, con la peculiaridad de que estos grandes imperios de la pólvora no entraron libremente en esta red, sino obligados por el poder militar y en condiciones adversas. La idea de una gira global de las dos parejas de gemelos también pone de manifiesto que la divergencia era «grande», no solo por su calado sino también por su alcance global, pues afectaba también al destino de las Américas y África.

LA DIVERGENCIA AMERICANA

Las dos parejas de gemelos —las revoluciones Industrial y Democrática; las doctrinas del libre comercio y la ventaja comparativa— se encontraron en toda Eurasia con imperios de la pólvora, a los que retaban a la revolución o a perecer, con lo que no hacían más que se revolucionaran y perecieran. En el hemisferio occidental, por otro lado, estas dos parejas de gemelos se encontraron con repúblicas. Esta diferencia de regímenes políticos es indicativa de una divergencia mayor aún que la Gran Divergencia. Esta discrepancia refleja la «Mayor Divergencia», es decir, las trayectorias divergentes de los hemisferios oriental y occidental. Alejados desde el final de la Edad del Hielo, hace unos once mil años, las historias de los dos hemisferios discurrieron por separado, como dos mundos aparte. Sin embargo, es interesante observar que estos mundos aparte siguieron procesos socioeconómicos notablemente similares.

Las sociedades de cazadores y recolectores de los orígenes fueron sustituidas por sociedades agrícolas tras domesticar a los animales y cultivar las plantas, en lo que se conoce como la Revolución Agrícola. Los crecientes asentamientos de estas co-

comunidades sedentarias derivaron en el establecimiento de aldeas y ciudades. Las ciudades que se hacían con un territorio o que sometían a otras con el suyo crearon reinos. Los reinos que conquistaban a otros reinos se erigían en imperios. Una multitud de imperios que estabilizaba inmensas extensiones de tierra protegía y explotaba las redes comerciales de larga distancia. Los descomunales imperios y las redes comerciales de larga distancia abarcaban casi por completo los dos hemisferios. Tal «hemisferización», una especie de globalización a escala hemisférica, se produjo en Eurasia en los inicios de nuestra era. Probablemente, esa «hemisferización» estaba a punto de materializarse en las Américas cuando llegaron los europeos e iniciaron su conquista a principios del siglo xvi, deshaciendo esa integración y apropiándose de este mundo aparte para sumarlo al suyo. Con ello se produjo un proceso de integración distinto, a escala global, es decir, una globalización.

Fue también durante el siglo xvi cuando surgieron los imperios de la pólvora en la mayor parte de Eurasia. Eran máquinas centralizadas del Estado impulsadas por el imponente poder del fuego. En Europa reciben el nombre de monarquías absolutas. Distinguir las con un nombre distinto se puede justificar por las importantes diferencias entre estos regímenes autoritarios y sus equivalentes euroasiáticos. En Eurasia, los imperios de la pólvora se erigieron principalmente con los ingresos derivados de los impuestos a la agricultura. El abismo piramidal entre una aristocracia terrateniente y un campesinado explotado era crucial. Ampliar la base fiscal por medio de la expansión territorial era el camino al crecimiento económico y el empoderamiento político, así como una forma de reafirmar las exigencias de una soberanía universal basada en las creencias tradicionales o los textos sagrados. En Europa occidental, por el contrario, la clase media capitalista, posicionada entre el vértice (los aristócratas terratenientes) y la base (los campesinos) de la pirámide social, era prominente. Mediante sus actividades comerciales y financieras, podía concentrar el capital y finan-

ciar a las monarquías absolutas con sus impuestos y créditos. Juntos, los capitalistas y las monarquías absolutas establecieron y ampliaron unos imperios marítimos que alcanzaron dimensiones realmente globales. La investigación científica y el desarrollo económico impulsaron también a los imperios globales, a la vez que estos favorecían a una y otro.

Ocurrió que las Américas fueron el primer objetivo de esta expansión global europea. Las colonias fueron el *modus operandi*. Pero no todas las colonias eran iguales. Los españoles tomaron posesión de las zonas más densamente pobladas, ricas, urbanizadas y políticamente organizadas, donde se extendían los imperios azteca e inca y la civilización maya. Estos enclaves, con su riqueza, en particular la inmensa cantidad de plata en los actuales México y Bolivia, y la mano de obra local disponible, provocaron la ambición al tiempo que suministraron los recursos para un estricto control imperial. De encuentros entre colonos y oriundas del territorio nacieron sociedades étnicamente mixtas, conocidas en la literatura como «colonias mixtas».

En cambio, la zona escasamente poblada que más tarde se convirtió en la Norteamérica británica, carente de recursos de valor claramente identificables, mantuvo bajos los beneficios y las motivaciones para evolucionar hacia una administración imperial centralizada. Esta última circunstancia, conocida como la actitud de «benigna negligencia» de la Corona británica hacia sus colonias, allanó el camino para que prosperaran iniciativas locales y autónomas por parte de los colonos europeos. Viviendo con sus propios medios en una zona apenas poblada, estos asentamientos habitados mayoritariamente por colonos europeos formaron un tipo de colonias conocido como «asentamientos puros».

Los colonos europeos, en cambio, se inclinaban mucho menos por establecerse en la franja tropical americana que circundaba la cuenca caribeña, con el sur de Norteamérica (actual sur de Estados Unidos) al norte y la Sudamérica septentrional al sur (actual noreste de Brasil). En este trecho de las Américas, las potencias atlánticas europeas establecieron economías basa-

das en las plantaciones, aprovechando las condiciones climáticas y unos diez millones de esclavos traídos de África, además de las múltiples generaciones de sus hijos esclavizados hasta un determinado momento (dependiendo del lugar) durante el siglo XIX. Este tipo de asentamientos constituían las llamadas «colonias de plantaciones».¹¹



MAPA 4: *Tipo de colonias en las Américas.*

Por consiguiente, para cuando las revoluciones gemelas sinérgicas se estaban gestando, la Divergencia Americana ya había echado a andar con la emergencia de la clara triple diferenciación arriba reseñada. Como uno de los epicentros de la Revolución Democrática estaba en la Norteamérica británica, dicha diferenciación se hizo todavía más profunda. Las Trece Colonias alcanzaron su independencia gracias a que se separaron de la emergente potencia hegemónica mundial, el Imperio británico, confiando en el apoyo de las potencias en declive, Francia y España. Se estableció la primera república independiente del he-

misferio occidental. Era una república de pequeños propietarios rurales y habitantes de la ciudad, con una aristocracia terrateniente concentrada en los estados del sur. Su independencia se reafirmó enfrentándose a Gran Bretaña por segunda vez en 1812. Su democratización arraigó más profundamente a partir de la década de 1820, durante la era jacksoniana.

En América Latina el camino a la descolonización invirtió la ecuación de Norteamérica. El decadente Imperio español fue expulsado del hemisferio con el apoyo de la emergente potencia hegemónica global. Con ello, América Latina entró en la esfera de influencia hegemónica o el «imperio informal» británico. Las nuevas repúblicas siguieron enmarañadas en su red mientras duró esa hegemonía, de modo que su independencia era nominal. De puertas adentro, la mayoría de estas repúblicas se desgarraron por las continuas luchas internas. Es imposible encontrar aquí ninguna de las características de la Primera Ola de Democracia. Al contrario, eran estas unas sociedades polarizadas en las que la élite gobernante mandaba de pleno sobre los recursos económicos, la tierra, las minas y el trabajo. Eran unas repúblicas oligárquicas. En estas circunstancias, las Américas estaban a punto de conocer a las dos parejas de gemelos que seguían con su gira mundial.

Imperios de la pólvora en Eurasia, repúblicas en las Américas. Por muchas que fueran las diferencias que marcaba la Gran Divergencia Americana, el hemisferio occidental, tanto como Eurasia, se enfrentaba a las mismas preguntas que planteaban las dos parejas de gemelos que se paseaban por el globo: ¿industrializarse y hacer la revolución, o no? ¿Abrirse al libre comercio y explotar la ventaja comparativa, o no? Estas preguntas se abordaron y resolvieron en Norteamérica de modo distinto a como se hizo en América Latina, circunstancia que supuso el último momento definitivo del prolongado proceso de la Divergencia Americana.

¿Qué probabilidades hay de que una antigua colonia-nueva república (o una parte de ella) quiera industrializarse, de-

mocratizarse, abrirse al libre comercio y/o escoger una ventaja comparativa? Volvamos a lo básico: los principales incentivos de la industrialización son los salarios altos y una fuerte concentración del capital. Si la mano de obra es demasiado cara, se pueden reducir los costes con máquinas o aumentando la productividad del trabajador (rendimiento por hora). De esta forma, las máquinas se convierten en prolongaciones de los obreros. Poseer máquinas exige invertir por adelantado sirviéndose del capital acumulado o del crédito que se pueda conseguir. A su vez, para construir la máquina y que funcione, hay que disponer, respectivamente, de hierro y de depósitos de carbón.

Para la democratización, las dos condiciones más propicias son el crecimiento de las ciudades y la existencia de una clase media. Las instituciones democráticas, ya se basen en la toma directa de decisiones o en la representación, se desarrollan en tupidas redes de interacción. En este sentido, para grupos numerosos de personas, los enclaves ciudadanos son mucho más favorables que los rurales. Quince mil o quince millones de habitantes concentrados dentro de los límites de una ciudad están mucho más interconectados que esas mismas cantidades de personas dispersas en extensísimas zonas rurales. Una clase media robusta entre los polos sociales de las élites en el punto superior y los plebeyos en la inferior suaviza las consiguientes tensiones de los crudos contrastes sociales. La represión o contención de los pobres, así como el ataque a la élite y su rechazo, se pueden reemplazar por una configuración sociopolítica más equilibrada si una clase media actúa de amortiguador. Los ejemplos históricos de regímenes democráticos avalan estas abstracciones: Atenas y Roma, Venecia y Amberes, Londres y París.

La disposición a abrirse al libre comercio depende de hasta qué punto le interesa a la clase gobernante. Tomemos la versión corta del test sobre libre comercio: ¿hay algo mejor y más barato que puedas y quieras comprar en el extranjero? ¿Tienes algo

que puedas ofrecer al extranjero —especialmente si tu posible comprador no te pusiera ningún obstáculo—? Si ambas respuestas son afirmativas, todos ganáis. Os interesa el libre comercio. ¿Alguna respuesta negativa a las preguntas anteriores? Entonces, es posible que el libre comercio no te interese. El test sobre la disposición a especializarse en la ventaja comparativa es aún más corto: ¿puedes ofrecer algún bien con el que despuntas? Si la respuesta es afirmativa, puedes estar dispuesto a sacarle el máximo provecho. ¡Bienvenido a la ventaja comparativa! ¿No lo ves tan claro? Tal vez tengas que poner mayor empeño en procurarte lo que necesites, porque no tienes nada que ofrecer a cambio a tus proveedores.

Teniendo en cuenta esta trayectoria de la Divergencia Americana tal como ha evolucionado hasta ahora, antes de la gira mundial de la pareja de gemelos, vamos a evaluar dónde se sitúa cada tipo de antigua colonia (posteriormente república) frente a las preguntas de estos test. Las «colonias de plantaciones» son un caso claro: ¿es cara la mano de obra? No; el mayor gasto de esta mano de obra de bajo coste es su compra y su subsistencia básica. ¿La concentración del capital es alta? No se necesita mucho capital si el coste de la mano de obra es tan bajo. La mejor forma de invertir los beneficios del capital es en la expansión extensiva (cultivar más plantaciones en terrenos nuevos), en otros canales o en bienes de consumo ostentosos. Una sociedad basada en unas plantaciones a cargo de esclavos es tan polarizada como puede serlo una sociedad. Los puntos gravitacionales de tales sociedades son las plantaciones, por lo que el desarrollo urbano es secundario. Sea lo que sea que se cultive en estas plantaciones (por ejemplo, azúcar, algodón, tabaco, arroz o añil), es el producto que genera una ventaja comparativa y que el propietario quiere vender sin restricciones, para comprar la mayor parte de todo lo demás en el extranjero. Cuando las plantaciones conocieron a la pareja de gemelos, dijeron: ¿revoluciones sinérgicas? ¡No! ¿Libre comercio y ventaja comparativa? ¡Sí!

Las colonias del tipo «asentamiento puro» están en el otro extremo del espectro. Con abundante tierra sin cultivar y mucha demanda de trabajadores, los salarios de la mano de obra no coaccionada eran relativamente altos. Para recortar ese gasto, el capital acumulado en las colonias, en lugar de enviarlo a la metrópoli, se invertía en la mecanización para aumentar la productividad del obrero. Sin unos productos exclusivos claros para la exportación, las colonias de asentamiento puro se especializaron en la manufactura de bienes y el comercio. Espacios urbanos como Boston, Filadelfia y Nueva York eran los centros neurálgicos de tales actividades en los que florecía una clase media. Por tanto, cuando los asentamientos puros conocieron a la pareja de gemelos, dijeron: ¿revoluciones sinérgicas? ¡Sí! ¿Libre comercio y ventaja comparativa? ¡No!

En cambio, las «colonias mixtas» dependían extremadamente de una mano de obra coaccionada. La extorsión de las poblaciones locales y mixtas (mestizas) mantenía unos salarios bajos. Sin el claro incentivo de aumentar la productividad del trabajador y con el capital acumulado exportado a las metrópolis y empleado en un consumo ostentoso, la industrialización no era prioritaria. Aunque la urbanización era importante en centros administrativos como México, ciudades con puerto como Lima y centros mineros como Potosí, la polarización social en esos lugares era de igual magnitud que en el ámbito rural. Estas colonias eran lo que más se aproximaba a hacer que la leyenda de El Dorado fuera una realidad. Su producto estrella para la exportación era la plata, seguido del oro y las esmeraldas. Políticamente, después de la emancipación, las colonias mixtas producían resultados también mixtos. Pasaron a ser repúblicas, pero unas repúblicas autoritarias. En lo que a la economía se refiere, las nuevas repúblicas continuaron con su exportación de productos. Es decir, tuvieron poco de revoluciones sinérgicas y casi todo de libre comercio y ventaja comparativa.

Por consiguiente, la triple trayectoria de las colonias condicionó profundamente cómo se recibía a la pareja de gemelos en

las Américas. A su vez, estas diferentes acogidas profundizaron aún más la Divergencia Americana. La Norteamérica británica gravitaba hacia la estructura «democratización-industrialización-proteccionismo-diversificación económica». En cambio, América Latina y el Caribe se inclinaban hacia la estructura «autoritarismo-exportación de minerales o productos agrícolas-libre comercio-ventaja comparativa». Estas trayectorias divergentes se confrontaron en dos de las mayores guerras jamás vistas en el hemisferio americano: la Guerra de Secesión en Estados Unidos (o Guerra Civil americana; 1861-1865) y la Guerra de la Triple Alianza en Sudamérica (1864-1870).

Dadas sus estructuras socioeconómicas y políticas, once estados del sur de Norteamérica —la Confederación— hubieran preferido el plan «autoritarismo-exportación mineral/agrícola-libre comercio-ventaja comparativa». Estas economías dependían de las exportaciones de productos agrícolas que cultivaban y recolectaban trabajadores esclavos. El algodón era el principal producto de exportación después de que en 1873 se empezara a usar la desmotadora, una máquina que separaba rápidamente las fibras de algodón de las semillas. La importación de todos los demás bienes, sobre todo desde Gran Bretaña, se hacía preferiblemente sin aranceles. Un régimen autoritario puede mantener en orden tal disposición polarizada de la economía y la sociedad. Tan fuertes eran estas motivaciones que los once estados sureños optaron por separarse de la Unión, aunque fuera al precio de la que sigue siendo la guerra más dramática de la historia de Estados Unidos. Sin embargo, la economía basada en la exportación de productos agrarios de la Confederación no podía competir, a medio plazo, con la economía industrializada de la Unión. La estructura «democratización-industrialización-proteccionismo-diversificación económica» prevaleció en Estados Unidos. Los estados derrotados del sur, al igual que los recién emergentes estados del Medio Oeste y el Oeste, pasaron a ser parte de la economía de la Unión o se quedaron aislados.

Paraguay, por el contrario, dadas sus estructuras socioeconómicas y políticas, hubiera preferido la estructura «democratización-industrialización-proteccionismo-diversificación económica». Tal perspectiva suponía un reto para los gigantes países exportadores de productos agrícolas con los que compartía fronteras: Brasil y Argentina. Además, ese plan iba en detrimento de la potencia hegemónica mundial, Gran Bretaña, el principal consumidor de productos agrícolas y el mayor proveedor de productos manufacturados de la zona. Entre 1864 y 1870, Brasil, Argentina y Uruguay, apoyados por Gran Bretaña, aplastaron a Paraguay. El industrializado Paraguay fue capaz de hacer frente a sus gigantes vecinos apoyados por la potencia hegemónica durante más de cinco años, para después sucumbir en una guerra de la que aún hoy no se ha recuperado. En términos norteamericanos, sería como si el estado de Connecticut hubiera sido abandonado a su suerte para luchar contra la Confederación y si Gran Bretaña hubiese aplicado su latente inclinación a apoyar al cliente exportador de productos agrarios y comprador de todo lo demás. La estructura «autoritarismo-exportación mineral/agrícola-libre comercio-ventaja comparativa» se impuso definitivamente en América Latina.

El choque entre el Norte industrializado y el Sur exportador de productos agrícolas se tradujo en la derrota de este último en la Guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1865). El resultado fue exactamente el contrario en la Guerra de Paraguay (1864-1870), en la que los países exportadores de productos agrícolas —Argentina, Brasil y Uruguay— devastaron al industrializado Paraguay. El prolongado despliegue de la Divergencia Americana quedó definitivamente cerrado.

TABLA 2. *Las fases de la Divergencia Americana.*

	Precolombina	Colonial	Guerra de Independencia	Poscolonial
Anglo-América	Menor densidad de población de cazadores-recolectores, hortelanos, y sociedades agrícolas	Carente de recursos de valor; sin mano de obra local; sin estructuras administrativas locales. Sin centralización. Resultado: colonia marginal y autónoma	Contra la hegemonía en auge (Gran Bretaña) apoyada por las potencias derrotadas (Francia y España)	Pugna entre el modelo nuclear y el periférico, ganada por el modelo nuclear (1861-1865)
América Latina	Mayor densidad de población de sociedades agrícolas que evolucionaron hacia imperios	Recursos locales de valor; mano de obra local; estructuras administrativas locales; centralización; Resultado: colonia valiosa bajo control estricto	Contra la potencia derrotada (España) con el apoyo de la emergente hegemónica (Gran Bretaña)	Pugna entre el modelo nuclear y el periférico, ganada por el modelo periférico (1864-1870)

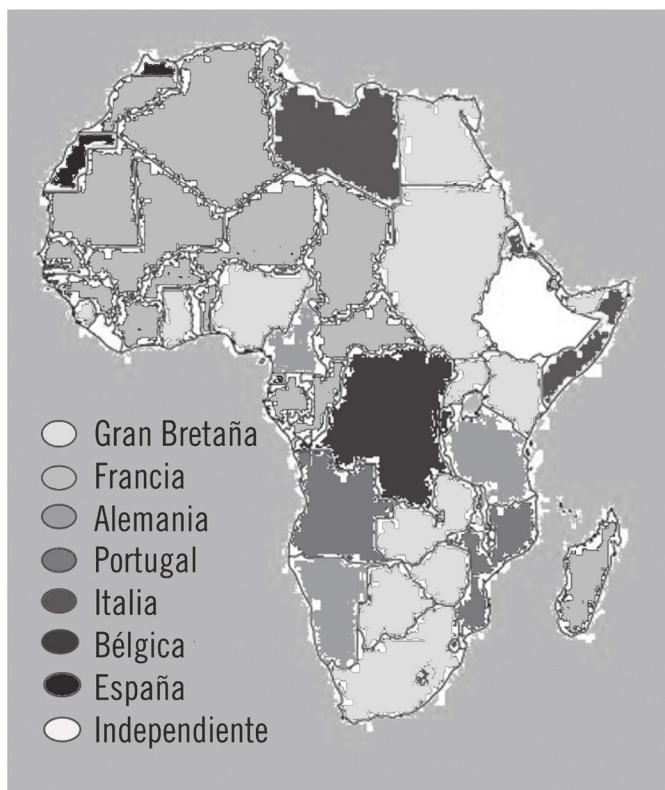
EL REPARTO DE ÁFRICA

La llegada de la pareja de gemelos al África subsahariana se produjo una vez que Europa occidental ya imitaba a Gran Bretaña. Por tanto, la gira no estaba dirigida por Gran Bretaña en solitario, sino también por Francia y Alemania, con la participación de Bélgica, Portugal, Italia y España. Hacia 1880, solamente un diez por ciento, más o menos, del continente africano estaba bajo dominio europeo. En 1914, ese porcentaje había subido al noventa por ciento. El desarrollo de la quinina fue para África lo que las lanchas cañoneras y las ametralladoras habían sido para los imperios de la pólvora: los medios para traspasar una frontera anteriormente inexpugnable. Únicamente Etiopía, el primer Estado no occidental en derrotar a uno occidental (Italia, en 1895-1896), valiéndose de su parcial industrialización, escapó del reparto de África.

Con medios diplomáticos entre los Estados europeos y con el uso del poder militar contra las sociedades africanas, el continente quedó dividido en colonias. En total, una ristra de colonias británicas se extendía por la mitad oriental de África, desde Egipto en el norte hasta la Colonia del Cabo en el sur, solo interrumpida por la colonia alemana de Tanganika (los actuales estados de Ruanda, Burundi y Tanzania). Otra colonia alemana, Namibia, flanqueaba el territorio británico al oeste. Asimismo, las colonias portuguesas de Angola y Mozambique flanqueaban la ristra británica al oeste y al este, respectivamente. La mitad noroccidental del continente pasó mayoritariamente a manos de los franceses, dispuesta en dos federaciones coloniales: África Occidental Francesa y África Ecuatorial Francesa. Como ocurría con el grupo inglés, el francés tenía en su interior dos colonias alemanas: Kamerun (el actual Camerún y parte de Nigeria) y Togolandia (el actual Togo y el este de Ghana).

Cuatro colonias británicas a lo largo del golfo de Guinea (Gambia, Sierra Leona, Nigeria y Costa de Oro, es decir, la actual Ghana), además de tres portuguesas (Guinea Portuguesa,

Santo Tomé y Príncipe, y Cabo Verde) y dos españolas (el Sáhara Español y Guinea Ecuatorial), también quedaban incluidas en el que, en todo lo demás, era el grupo francés de África occidental. Y, al revés, los franceses tenían algunas posesiones en la mitad oriental del continente, en lo que hoy son Yibuti, Madagascar, las Comoras y algunas otras islas del océano Índico. Por último, e igualmente importante, en el mismísimo corazón de África y rodeada de colonias de todas las potencias anteriores salvo España, la colonia del Congo se concedió al rey belga Leopoldo II como propiedad privada suya en la Conferencia de Berlín de 1884.



MAPA 5: *El reparto de África.*

Esta conferencia fue la piedra clave del esfuerzo diplomático europeo de repartir África sin enfrentamiento militar. Una confrontación que, efectivamente, se evitó a cualquier precio, incluso cuando el choque parecía inminente. En este sentido, el caso más importante fue cuando Francia diseñó un eje que fuera de oeste a este (zona gris claro del mapa), desde el océano Atlántico al mar Rojo y el océano Índico, necesariamente en colisión con el eje norte-sur diseñado por Gran Bretaña (zona gris oscuro del mapa), que iba desde Egipto y el mar Mediterráneo hasta el cabo de Buena Esperanza, donde se juntan las aguas de los océanos Atlántico e Índico.

El 18 de septiembre de 1898, el mariscal de campo sir Herbert Kitchener y el mayor Jean-Baptiste Marchand fueron los protagonistas del incidente de Fachoda, ocurrido a orillas del Nilo Blanco, en el actual Sudán del Sur. Acordaron como buenos caballeros esperar a que se tomara una decisión diplomática en Londres y París. Como era de esperar, la potencia hegemónica mundial mostró a su principal socio el camino de salida. En un orden hegemónico mundial británico, el eje de norte a sur de África quedó completo. El eje francés de oeste a este dejó de ser un objetivo. Consecuencia de una política de riesgo calculado, en 1904 se selló la alianza estratégica entre estas dos potencias: la *Entente Cordiale*. Es interesante comparar este desenlace del reparto de África con el reparto de Asia británico-ruso descrito más adelante y conocido como el Gran Juego (véase más abajo, pág. 166). Esa disputa por toda Asia desde el Imperio otomano en el oeste, hacia el este, a través de Persia y subiendo hasta Afganistán, también se dirimió en una Entente establecida una vez que, en 1907, se llegó a un acuerdo sobre las zonas de influencia al norte y el sur de un eje acordado.

Pero, una vez tomada esta estratégica decisión entre los colonizadores de mayor poder, el control de las crecientes tensiones con la tercera potencia, Alemania, ejemplificó de nuevo la prevalencia de la diplomacia. Alemania cuestionó el control francés sobre Marruecos y, cabe suponer, también pretendía

contrarrestar la supremacía naval británica reservándose parte de la costa marroquí. El conflicto estuvo a punto de estallar en 1905 y de nuevo en 1911. Sin embargo, en ambos casos, las situaciones se trataron y resolvieron mediante conferencias internacionales. Alemania aceptó un protectorado francés en Marruecos a cambio de añadir una parte del África Ecuatorial Francesa (la actual República del Congo) al Kamerun alemán (la actual República de Camerún). Las potencias europeas consiguieron sortear el conflicto a expensas de las sociedades africanas, que nada pudieron decir sobre su propio destino.

Excepto, claro está, cuando se mantuvieron firmes en la defensa de sus derechos. En esos casos el camino de la solución no era la diplomacia sino el poder militar. Así ocurrió cuando, en 1874, el Alto Comisionado para el Imperio Británico de Sudáfrica, sir Henry Bartle Frere, entregó un ultimátum al rey zulú instándole a que se rindiera. Tras la caída del rey Cetshwayo, se puso en marcha una campaña militar en la zona de la actual provincia KwaZulu-Natal (o Zululandia), en Sudáfrica. Cinco meses después, el reino zulú dejó de ser independiente. Al cabo de casi veinticinco años, en el extremo opuesto del eje británico que recorría África de norte a sur, el mismo mariscal de campo Kitchener, de camino a resolver el incidente de Fachoda que veíamos antes, se enfrentó a Mahdiah (el régimen del Mahdi o redentor mesiánico del Sudán actual) en 1898. Las fuerzas anglo-egipcias aniquilaron a un potente ejército de treinta mil hombres gracias a las ametralladoras Maxim. Posteriormente, Sudán fue sometido al gobierno británico.

Pero, en 1899, esas campañas militares asimétricas se acabaron para los británicos. Ese año, la República Sudafricana (o República de Transvaal) y el Estado Libre de Orange, los estados de los bóeres, es decir, los descendientes de los colonos neerlandeses, declararon de nuevo la guerra a Gran Bretaña. Después de dos rondas de guerra convencional, en la cual los británicos llevaban las de ganar, los bóeres recurrieron a la táctica de la guerra de guerrillas. Una vez más, fue sir Herbert

Kitchener quien tomó el mando aplicando una estrategia de «tierra quemada». Esta táctica incluía el confinamiento de la población civil en campos de concentración, donde murieron unos cincuenta mil de los ciento cincuenta mil confinados. Los bóeres se rindieron en 1902, obteniendo a cambio la promesa de un futuro gobierno autónomo —una promesa que se materializó en 1910 con la creación de la Unión Sudafricana—. Para Gran Bretaña, este fue el conflicto más duradero, caro y sangriento desde su ascenso a la hegemonía mundial en 1815. La potencia hegemónica mundial, el supuesto adalid del liberalismo, quedó desacreditada como jamás lo había estado.

Las Guerras de los Bóeres no fueron las únicas en las que la población civil era un objetivo deliberado en Sudáfrica. El pueblo herero era una sociedad de pastores que habitaba en la actual Namibia. Después de que los alemanes ocuparan las tierras de pasto, los herero se rebelaron en 1903, dando muerte a unos sesenta colonos germanos. La revuelta fue disuelta en una campaña genocida de masacres, hambrunas, envenenamiento de las aguas (con la consiguiente muerte de sed) y el trabajo hasta fallecer en campos de concentración. En 1908, la mayor parte de la población herero, estimada entre veinticuatro mil y cien mil personas, quedó eliminada.

Estos fueron algunos de los casos de enfrentamiento como consecuencia del reparto de África y las campañas de rigurosa represión sostenida por parte de las potencias coloniales europeas contra las sociedades locales. La Rebelión Maji Maji en Tanganica (1905-1907), la Rebelión de Bambatha en Natal (Sudáfrica, 1906), el Levantamiento Chilembwe en la actual República de Malaui (1915) y la Guerra Anglo-Somalí en el Cuerno de África (1900-1920) son otros ejemplos de la temprana resistencia previa al estallido de los movimientos independentistas después de la Segunda Guerra Mundial.¹²

Así pues, el patrón recurrente en el reparto de África consistía en que las potencias europeas evitaban confrontaciones entre ellas al tiempo que mantenían campañas militares asimétri-

cas contra las sociedades locales, con golpes devastadores. La singularidad de este modelo destaca cuando se sitúa en el contexto mayor de la gira de las dos parejas de gemelos. Enfrentados a ellas, a los imperios de la pólvora euroasiáticos se les dejó que maniobraran dentro de los límites de la paradoja irresoluble del Catch-22: «revolucionar o perecer; revolucionar y perecer». A las repúblicas americanas, forzadas por sus trayectorias coloniales y de lucha por la emancipación, se les dejó que maniobraran dentro de los límites de la Divergencia Americana: «democratización-industrialización-proteccionismo-diversificación económica» o «autoritarismo-libre exportación de minerales y productos agrarios-ventaja comparativa». África, por el contrario, no tuvo ninguna posibilidad de maniobrar. Fue engullida por el poder imperialista de los Estados dirigentes en proceso de industrialización. Como en el caso del Asia meridional ya expuesto, las colonias subordinadas a las decisiones tomadas por las metrópolis estaban en peores condiciones que los imperios de la pólvora y las antiguas colonias-nuevas repúblicas. La ecuación «no supervivencia/existencia del imperio de la pólvora = estatus colonial = abandonadas por completo a merced de los planes de la potencia imperialista = la sociedad más pobre del mundo» vale por igual para el África subsahariana como para el sur de Asia. Con la salvedad de que el África subsahariana ya entró en la gira mundial como la región más pobre del globo. Finalizada la gira, seguía siéndolo. Pero ahora también estaba subordinada a las decisiones que tomaran las metrópolis y sometida a la explotación por parte de estas. El trabajo de la población se destinaba a una economía de exportación agrominera que proporcionaba a las potencias coloniales europeas, por ejemplo, aceite de palma, cacao, caucho, diamantes y oro.



LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN Y LA BRITANIZACIÓN

¡Allá que se fueron y allá que llegaron! En más o menos ochenta años yendo por todo el mundo, las dos parejas de gemelos cambiaron la faz del globo hasta el punto de dejarlo irreconocible. Desencadenaron la primera globalización industrial. Hay argumentos válidos en favor de unos inicios anteriores de la globalización, es verdad. Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano circunnavegaron el globo entre 1519 y 1522. Sir Francis Drake encontró un paso aún más accesible para ese mismo empeño en 1578. Desde 1566, la Flota de Indias española conectó la metrópoli con sus colonias de la orilla opuesta del Atlántico. Poco después, cristalizó un comercio triangular completamente desarrollado que conectaba la Europa atlántica, África occidental y las Américas. En 1571, los españoles establecieron en Manila un núcleo comercial y poco después inauguraron el Galeón de Manila, con el que se abrió una ruta comercial entre China y México. Por primera vez, la conjunción de estos dos circuitos oceánicos hizo posibles las conexiones globales.

También es verdad que el cargamento que se transportó a través de estas rutas comerciales durante los siglos coloniales del XVI al XVIII cabría en unos pocos buques de carga Chinamax (con un tonelaje de peso muerto de cuatrocientos mil). Sin embargo, esto no debe poner en entredicho la validez del temprano inicio de la globalización, alrededor de 1571. Son unos albores que no hay que medir en términos cuantitativos, sino cualitati-



vos. Un test rápido de la imaginación del lector lo explicará claramente: ¿imagina el lector un *Far West* sin *cowboys* con sus caballos y su ganado? ¿Imagina la Pampa argentina sin los gauchos haciendo lo mismo para al final del día cenar asado? ¿Puede imaginar California y Chile sin bodegas? ¿Costa Rica y Colombia sin café? ¿Suiza y Bélgica sin chocolate? ¿Italia sin salsa de tomate? ¿Irlanda, Alemania, Rusia... sin patatas? ¿Europa en general sin tabaco? Lo más probable es que le sea imposible imaginarlo, porque la temprana globalización reubicó muchos animales, plantas y gérmenes patógenos. Y, además, propició nuevos encuentros humanos: los europeos y africanos se encontraron con los americanos por primera vez.

Y, sin embargo, con todo el debido respeto a esta temprana globalización, si tuviéramos que reconocerla tal y como la conocemos hoy, esto es, por unas estrictas medidas cuantitativas, entonces sí, la globalización contemporánea ha sido forjada por la gira global de las dos parejas de gemelos. Porque fue solo gracias a las obras de las fábricas industrializadas, el consumo democratizado, los barcos de vapor y las vías ferroviarias, las líneas de telégrafo y la Unión Postal Universal, las agencias de noticias, el libre comercio establecido a nivel global y la ventaja comparativa implementada a nivel local, como la economía y la sociedad mundiales pasaron a integrarse en una unidad que trabajaba casi en tiempo real. El flujo de información y comunicación unidas a un transporte asequible posibilitó que los precios convergieran en todo el mundo. Esto significa que el precio de un determinado producto, pongamos por caso los plátanos, pasó a ser más o menos el mismo en cualquier parte del globo, sin que nada tuviera que ver el hecho de que en un determinado sitio abundaran, por ejemplo, en Costa Rica, y en otro casi no existiesen, por ejemplo, en Canadá.

Tal uniformidad de los precios se debió a la drástica caída de los costes del transporte gracias a la industrialización, la eliminación de los aranceles según los preceptos del libre mercado y el incremento del consumo como resultado de la democratiza-

ción social. En estas circunstancias, en 1913 el volumen del comercio global como parte proporcional del PIB mundial alcanzaba casi el diez por ciento, un nivel al que no volvería a llegar hasta la década de 1970. Y la parte proporcional de la inversión extranjera como porcentaje del PIB mundial llegó casi al veintitrés por ciento en 1913, una cifra que tampoco se repitió hasta la década de 1990.¹

Al concluir la gira mundial de la pareja de gemelos, la globalización del mundo había alcanzado el mismo nivel que el actual, pero, evidentemente, para cantidades menores en los flujos de todo lo que se comercializaba y sin los avances tecnológicos en la comunicación, la información y el transporte de finales del siglo xx. Como hoy, también entonces la globalización volvió a entretenerse con una asombrosa homogeneidad sociocultural. En la actualidad, podemos ir en coche a un centro comercial, comprar los productos de las marcas que prefiramos, sea para nuestro consumo o para regalarlos, y regresar al coche para viajar por la autopista en dirección al aeropuerto. Después de un vuelo intercontinental, recogeremos el equipaje en un aeropuerto parecido al que dejamos hace solo, digamos, unas diez horas. Iremos de nuevo en coche por una autopista similar. ¿Olvidamos comprar algo? Paramos un momento en el centro comercial suburbano más cercano. Después, llegamos a nuestro destino. El viaje ha terminado. La única pregunta es: ¿salimos de casa o hemos llegado a casa? Es difícil decirlo ante tantas cosas que, pese a las distancias, se repiten en enormes espacios. Este es el tipo de homogeneidades que la actual globalización ha propiciado.

Desde la Antigüedad, los historiadores se refieren a toda tendencia importante de homogeneización sociocultural a lo largo y ancho de vastos espacios añadiendo el sufijo *-ización* al nombre de la potencia hegemónica que la promueve. Así, un viajero de Londinium en la Britania romana viajaba por caminos empedrados y navegaba cruzando las aguas del Mediterráneo hasta Leptis Magna en la actual Libia, sin encontrar otra diferencia

que dejar el foro de una ciudad (con su «cardo» o calle principal, su hipódromo, su teatro, su gimnasio y sus baños) y llegar a otra en la que también se comunicaba en latín. A esto nos referimos con el nombre de «romanización». *Urbi et orbi* (ciudad y mundo). Las ciudades del mundo romano, efectivamente, compartían un sólido punto de referencia en lo que se refería a su cultura y materialidad por todo un espacio inmenso, sin que importaran las distancias. Y si hoy se habla de la homogeneización como «americanización», ¿no podemos decir que la primera globalización industrial derivó en una «britanización»?

Tres de los principales gemelos que se hicieron con el mundo fueron, sin duda, británicos: la industrialización, el libre comercio y la ventaja comparativa. El cuarto —la democratización— fue británico, pero también —e incluso más— francés y americano. Como la romanización y la americanización, la britanización cambió la geografía humana en todo el mundo, a ritmos variados dependiendo del lugar, pero en todos los casos siguiendo el modelo británico de migración masiva de los asentamientos rurales a las ciudades industriales y/o portuarias. Estas ciudades, conectadas por el ferrocarril con los centros de extracción de materias primas, tienen estaciones de tren parecidas, muchas de ellas diseñadas y construidas por ingenieros y obreros británicos que en su tiempo libre jugaban al fútbol. Y por las ciudades portuarias, llegaban a Gran Bretaña materias primas de todo el mundo, al tiempo que, en el viaje de vuelta, desde la «fábrica del mundo» se enviaban productos manufacturados. En el proceso de intercambio, la lengua inglesa emergió como la principal lengua global.²

Con el comercio y la comunicación, también llegaron las transferencias tecnológicas, elementos culturales materiales y modos de vida en lo referente tanto a las actitudes hacia la política, la ley, la filosofía y la economía, como a las costumbres cotidianas sobre la moda, el tiempo libre y la alimentación. Todos fuimos británicos, o queríamos serlo. Es verdad que, en los tiempos de la primera globalización industrial y la hegemo-

nía británica, no había nada que se pudiera comparar a la ubicuidad global de McDonald's, KFC o Burger King. La gastronomía no era, precisamente, una de las virtudes británicas más relevantes. Pero pensemos en la empanada de Cornualles, llena de ternera y cebolla, verduras ralladas y aderezada con sal y pimienta. ¿Qué diferencia hay entre esta empanada y la *samosa* (empanada india) que se puede encontrar en cualquier punto situado entre el Cuerno de África y Birmania? ¿Y la empanada de carne argentina y sus variedades por toda América Latina? ¿Y el pastel de cordero o ternera recubierto de puré de patata (*Shepherd's pie*) se puede distinguir del «pastel de papa» tan popular desde Nicaragua a Chile?

Incluso cuando hoy vamos en coche al aeropuerto, en lugar de subirnos al tren que lleva al puerto, podemos fijarnos en si el automóvil que tenemos delante y va tan despacio lleva la placa con la L. En este caso, nuestra tácita britanización debe alertarnos de que quien conduce ese coche está aún aprendiendo a hacerlo (L = *learning driver*). Y lo mismo ocurre desde Tel Aviv a Guwahati o Singapur. Este ejemplo adicional refleja la britanización en acción mediante otra costumbre cotidiana dentro del antiguo Imperio británico, en sus antiguos territorios y los que fueron sus protectorados y sus colonias. Y tales prácticas cotidianas de alcance global nos llevan de nuevo al punto de partida: al momento en que nuestros ojos, y los de la mitad del planeta, estaban pegados a la pantalla para enterarse de quién era el nuevo campeón mundial de fútbol. Ahora entenderá el lector cuántas cosas más había detrás de las escenas de la Final de la Copa del Mundo de la FIFA.

Pero, pese al éxito de la gira mundial de la pareja de gemelos, la expansión de la globalización económica y el alcance de la britanización cultural, la potencia hegemónica mundial no se libró de la oposición y las protestas. Por una vez, la Guerra de los Bóeres (véase más arriba, pág. 77) fue una contienda perjudicial para los británicos no solo en el aspecto militar sino también en el económico, fundamentalmente porque socavó su po-

sición de potencia hegemónica mundial que presumiblemente llevó a todos los países a los más elevados niveles de progreso y libertad. Además, en 1873, la economía mundial integrada que dirigía Gran Bretaña comenzó a experimentar una recesión global que duraría o reincidiría, dependiendo de la parte del mundo, hasta 1896. El optimismo exagerado por la naciente economía industrial mundial y varios de sus componentes esenciales, como las redes ferroviarias que no dejaban de extenderse y los puertos con sus dársenas y almacenes, provocaron la deflación de las bolsas de Europa y Estados Unidos. El pánico económico liquidó la producción en las economías industrializadas, a lo que siguió la recesión. Como resultado de ello, la demanda de productos de todo el mundo, así como sus precios, bajaron. De ahí que los proveedores de materias primas también padecieran. Pero tales efectos no fueron tan nocivos en ninguna otra parte como en Gran Bretaña, cuya estructura global del libre comercio y la ventaja comparativa se afrontó con políticas proteccionistas como consecuencia de la recesión, conocida en su día como la «Gran Depresión». La hegemonía mundial británica superó con resiliencia los daños de aquella mala guerra y esa mala recesión. Pero su liderazgo económico empezó a flaquear, y aún le aguardaban más problemas.³

TRES CASOS EXCEPCIONALES

A lo largo de su gira mundial, las dos parejas de gemelos no cosecharon más que éxitos. Con la zanahoria y el garrote, por consentimiento o coerción, en asociación o por la fuerza bruta, por cualquier medio, el mundo entero se abrió al libre comercio. Porque en un mundo de libre comercio, ¿quién tendría la mejor ventaja comparativa que la principal economía industrializada? Pero toda regla tiene excepciones, y el éxito global de la gira mundial de las dos parejas de gemelos no era diferente. Los ganadores de las medallas de plata y bronce en las Olimpiadas de la industrialización estaban convencidos de que para que las cosas mejoraran bastaba con negarse a ceder el paso a las ideas del libre comercio y huir del canto de sirenas de la ventaja comparativa.

Estos casos excepcionales fueron Alemania y Estados Unidos. En 1850 la industrialización en los estados alemanes iba por detrás de la de Gran Bretaña y de los primeros que adoptaron a las dos parejas de gemelos: Francia, Bélgica y Países Bajos. Pero en 1900, Alemania se había convertido en una destacada economía industrial en Europa. Esa meteórica transición fue obra del trato diferencial que los estados alemanes primero y el Imperio alemán después de la unificación en 1871 dieron a las parejas de gemelos. Se permitió que llegaran las revoluciones sinérgicas; a las ideas y políticas de los gemelos, en cambio, se les prohibió con firmeza su entrada. En su lugar, se puso en marcha una firme política proteccionista para asegurar que la

incipiente producción industrial nacional no fuera barrida por importaciones más baratas. Según el sistema proteccionista, la única ventaja auténtica es industrializarse. Y la forma de conseguirlo era protegiendo a las recién creadas industrias nacionales mediante barreras comerciales. Estas barreras permitirían que las pequeñas industrias crecieran y se convirtieran en industrias robustas de pleno derecho antes de que cualquier enfrentamiento económico con las extranjeras que se habían establecido antes las ahogara.

Como antes había ocurrido en Gran Bretaña, más o menos a partir de la década de 1830, empezó a erigirse en los estados alemanes una duplicidad de sociedades piramidales, una rural, la otra urbana. Las mejoras en la agricultura se tradujeron en el aumento de la producción de alimentos, con lo que los trabajadores rurales quedaron liberados para integrarse en las emergentes industrias textiles y metalúrgicas de las ciudades. La sempiterna pirámide aristocracia-campesinado estaba ahora acompañada de otra emergente en la que los capitalistas ocupaban el vértice, y los proletarios, la base. Sin embargo, había un importante contraste con Gran Bretaña. Ahí, el juego de suma-cero entre la aristocracia y los capitalistas se resolvió a favor de los segundos por la derogación de las Leyes de los Cereales (véase más arriba, pág. 29). Sin embargo, en los estados alemanes se logró una situación de «todos ganan» aplicando la fórmula del «centeno y hierro». Tal fórmula consiste en un esfuerzo concertado de ambas clases dirigentes basado en una división regional del trabajo. La aristocracia terrateniente del norte, particularmente de Prusia, aportaba los alimentos. El núcleo industrializado del oeste, en particular la cuenca minera del Ruhr que posteriormente se anexionó Prusia, hacía que avanzara la industrialización. La explotación de las minas de carbón de la Alta Silesia llevó la industrialización también al este del país.

Esta colaboración estuvo acompañada de la creación de una unión económica, conocida como *Zollverein* (Unión Aduanera de los Estados Alemanes), en 1834. Tal unión eliminó las barre-

ras comerciales entre sus estados miembros. Con la existencia de una red ferroviaria que no dejaba de extenderse, se creó un gran mercado nacional en el que las industrias contaban con una salida directa de sus productos para el consumidor. La industrialización, pues, se desplegó protegida del exterior y alimentada desde dentro. En 1866, el *Zollverein* incluía a la mayoría de los estados alemanes. En 1871, y después de la derrota infligida a Dinamarca, Austria y Francia, esta unión económica pasó a ser también política y su resultado fue la emergencia del Imperio alemán.

En ese punto de logros económicos y políticos, Alemania empezó a ponerse a la altura de Gran Bretaña como líder de la Segunda Revolución Industrial. Esta nueva fase de la industrialización destaca por el desarrollo del motor de combustión interna y el uso del petróleo como su fuente de energía, además de la producción de materiales sintéticos, la electrificación y la innovación en las tecnologías de la comunicación (es decir, el telégrafo, el teléfono y la radio). Estos avances fueron dirigidos a aprovechar nuevas fuentes de energía derivadas de las innovaciones de base científica logradas por los científicos y los ingenieros. Con menos recursos de carbón que las otras economías occidentales europeas en proceso de industrialización, y con las mejores instituciones de investigación científica, Alemania poseía el mayor incentivo y estaba en la mejor posición para tomar el mando en esta segunda ola.

Además, la «ventaja del atraso» también jugó a favor de Alemania. Según este principio, todo el que llega tarde a cualquier tipo de proceso innovador tiene la posibilidad de saltar directamente al extremo más avanzado de ese proceso, precisamente por haberse retrasado. Este fue claramente el caso de la industrialización de Alemania, en la que se pudo evitar multitud de ejercicios de ensayo y error, callejones sin salida y prácticas menos eficaces. Además, la industrialización germana destacó por estar fomentada por una elevada concentración de capital conseguida por el sistema del consorcio (*Konzerne*). Este sistema se

basaba en la fusión de múltiples empresas bajo una misma dirección. Su lógica es muy similar a la del *Zollverein*. Lo que el *Zollverein* hizo por la integración de los mercados, el *Konzerne* lo hizo por la concentración del capital. Y, en efecto, consorcios como los de Daimler, BASF, Siemens, Bayerischen Motoren Werke (BMW) y muchos otros invirtieron grandes cantidades de capital en los nuevos sectores líderes: la química, los motores y la electricidad.

Al final, Alemania crio a sus propias parejas de gemelos: la de «centeno y hierro», que fomentó la estrecha colaboración entre la aristocracia terrateniente y los capitalistas, y la de «proteccionismo y *Zollverein*», que protegía a las pequeñas industrias de los peligros del exterior y las proveía de un mercado desde el interior. «Menos carbón y más investigación» constituía el adecuado incentivo y la mejor posición para innovar. «Atraso y *Konzerne*» aceleraba el proceso de industrialización y aportaba capital concentrado para fomentarlo. Pero ¿qué suponía para la hegemonía mundial que Alemania se convirtiera en la economía industrial líder? ¿En qué situación dejaba a Gran Bretaña como potencia hegemónica mundial? Bien, esta última aún seguía gobernando una cuarta parte de la masa continental y una quinta de su población. Pero esto equivalía a un notable desequilibrio entre trayectorias económicas que avanzaban hacia la paridad casi total entre el Imperio británico y el Imperio alemán y la inmensa disparidad de sus respectivos controles sobre el globo. Este desequilibrio iba a hundir a la hegemonía mundial y al orden global que había establecido.¹

La historia económica de Estados Unidos durante este período se asemeja mucho a la de Alemania en estos mismos aspectos. Estados Unidos dio una parecida bienvenida a las parejas de gemelos: la industrialización y la democratización fueron bienvenidas; el libre comercio y la ventaja comparativa fueron desechados. Una fórmula de «trigo y hierro» era la espina dorsal de una división regional de la mano de obra entre la Costa Este industrial y el Medio Oeste agrícola. El proteccionismo

unido a la articulación de un gran mercado nacional protegía y alimentaba a las industrias incipientes. La ventaja del atraso combinada con el objetivo de la innovación tecnológica y la concentración del capital dinamizaron la industrialización. En todo esto, Alemania y Estados Unidos eran gemelos.

Sin embargo, no eran gemelos idénticos. La diferencia más destacada era que Estados Unidos estaba en plena expansión territorial a escala continental. La apertura de extensas tierras de frontera, empezando con la compra de Luisiana en 1803, puso a su alcance terrenos baratos que posibilitaron un gran incremento demográfico. En solo veinte años, la población casi se duplicó (pasando de nueve millones seiscientas mil personas en 1820 a diecisiete millones en 1840). Es interesante que la mayoría de los inmigrantes procedían de los estados alemanes.² Pero las tierras mantuvieron sus bajos precios y la cantidad de agricultores y granjeros pasó de veinte a veintidós y a treinta y dos millones entre 1860, 1880 y 1905, respectivamente.³

Esta diferencia crucial entre estos gemelos no idénticos, Alemania y Estados Unidos, explica el agudo contraste entre las fórmulas «centeno y hierro» y «trigo y hierro». No se trata simplemente de preferir un cereal u otro. Al contrario, subraya el poderoso papel que la aristocracia latifundista, los *junkers* (señoritos) prusianos, como principales terratenientes y productores agrícolas, desempeñaron en el caso alemán, frente a la preeminencia de los capitalistas americanos sobre los pequeños propietarios agrícolas de su fórmula «trigo y hierro». De ahí que, aunque la integración agrícola-industrial y la división regional del trabajo eran similares, las fuerzas sociales dirigentes que orientaban los procesos eran distintas: la aristocracia terrateniente en Alemania, los capitalistas en Estados Unidos, una diferencia derivada de la disponibilidad de tierras.

La crucial importancia de la disponibilidad de tierras y su impacto en la trayectoria histórica estadounidense inspiró al historiador Frederick Jackson Turner a escribir en 1893 su famoso ensayo *La frontera en la historia americana*. En él, Tur-

ner hacía una interpretación general de la historia americana no como una imitación o continuación incompleta de la vía europea, sino como una experiencia genuinamente revolucionaria. Turner defendía que las características más destacadas de la política, la economía y la cultura americanas, como la libertad, la democracia, el talante emprendedor y la inventiva, eran consecuencia de una frontera abierta. El mecanismo de expansión geográfica constante garantizaba una sociedad uniformemente dinámica, próspera e igualitaria. Sin embargo, frente a esta visión tan optimista, Turner manifestaba en su ensayo una preocupación muy importante: hoy (escribió en 1893) la frontera no existe. Para entonces, Estados Unidos ya había agotado el continente. Sus asentamientos ya recorrían todo el camino hacia el Oeste hasta las costas del Pacífico.⁴

La solución a lo que preocupaba a Turner no se hizo esperar más. En julio de 1898, Estados Unidos se anexionó Hawái. En agosto de 1898, finalizó sus campañas de invasión de Cuba, Puerto Rico, Guam y las Filipinas. De paso se enfrentó y derrotó al Imperio español. En este sentido —el de escoger a los enemigos para la confrontación imperial al servicio de la expansión global—, los gemelos no idénticos alemanes y americanos no podían ser más diferentes. Exactamente los mismos días de abril de 1898 en que el presidente William McKinley lanzaba sus ataques a las últimas posesiones imperiales españolas, el káiser Guillermo II firmaba la primera Ley Naval. En esta, Alemania se comprometía a construir una armada capaz de enfrentarse a la Armada Real británica. El objetivo de este plan estratégico, conocido como Plan Tirpitz, era disuadir a Gran Bretaña de bloquear el ascenso de Alemania como potencia mundial. El resultado, sin embargo, fue una escalada armamentista. La consecuencia, una bomba de tiempo de magnitud global, y su reloj ya no se detendría.⁵

Por último, había otro desestabilizador del orden hegemónico mundial británico —no un oponente tangible con sus propias parejas de gemelos, sino más bien un espectro—. Un fan-

tasma que crecía en casa, en la de Gran Bretaña y en la de sus seguidores en proceso de industrialización. Era el fantasma del comunismo. En 1848, en Londres, en la preparación del segundo congreso de la Liga Comunista, la existencia de tal espectro se desveló en las primeras líneas del *Manifiesto comunista*, que empieza con la famosa declaración de que «La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases». Así ha sido, continúa la tesis, desde la Antigüedad hasta el presente. Pero el principal cambio del período contemporáneo era la sustitución de la pirámide perenne de la aristocracia terrateniente y los trabajadores rurales en sus distintas variantes (el hombre libre y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el señor y el siervo) por una nueva pirámide ocupada por capitalistas y obreros, o «la burguesía y el proletariado». Esta nueva dicotomía, se dice en el *Manifiesto*, había simplificado el antagonismo de las clases y agravado las hostilidades. Además, dada la constante innovación tecnológica que la Revolución Industrial trajo consigo —«la constante revolución de la producción»—, «la incertidumbre y agitación» caracterizan y singularizan a este período al punto que «todo lo que es sólido se funde en aire».

A esta turbulencia de la nueva fase histórica generada por las dos parejas de gemelos hay que añadir la creación de «ciudades enormes». Ciudades que habían «rescatado a una parte considerable de la población de la ignorancia de la vida rural». La concentración de los obreros industriales urbanos los animó a unirse en asociaciones permanentes y, en última instancia, en un partido político revolucionario. Y es en este momento cuando el fantasma se hace real: una amenaza real para el orden hegemónico cuyo objetivo manifiesto es «el derrocamiento forzoso de todas las condiciones sociales existentes».

Karl Marx y Friedrich Engels, los autores del *Manifiesto comunista*, subrayaban el papel fundamental de la industrialización. Sin embargo, eran perfectamente conscientes de los gemelos sinérgicos. En su opinión, el Estado moderno, la creación de

la Revolución Democrática, era «un comité para administrar los asuntos comunes de toda la burguesía». Además, también eran conscientes de las ideas y políticas de los gemelos: el libre comercio, la «única libertad inadmisible», se presentaba como el instrumento para facilitar «la explotación desnuda, descarada, directa y brutal» revestida de «ilusiones religiosas y políticas», una de las cuales podía ser, sin duda, la ventaja comparativa. En consecuencia, no perdieron de vista la gira mundial de estas dos parejas de gemelos ni la escala global de la nueva economía sociopolítica emergente: «La necesidad de un mercado en permanente expansión para sus productos acosa a la burguesía de toda la superficie del globo. Tiene que meterse en todas partes, asentarse en todas partes, establecer conexiones en todas partes».⁶

Engels, en sus *Principios del comunismo*, ya había formulado la clara visión del alcance global de este futuro orden global: «... la gran industria ha puesto en contacto mutuo a todos los pueblos de la Tierra, ha fusionado todos los mercados en un solo mercado mundial... todo lo que ocurra en los países civilizados tendrá repercusiones en todos los demás países... La consecuencia es que si los trabajadores de Inglaterra o Francia se liberan hoy a sí mismos, con ello ha de arrancar la revolución en todos los otros países —una revolución que, antes o después, ha de lograr la liberación de sus respectivas clases trabajadoras—. El curso de tal revolución iba a someter al régimen político con el dominio directo de la clase trabajadora en Inglaterra, donde esta ya constituía la mayoría de la población. Pero, dado que «la gran industria ya ha puesto a todos los pueblos... en tal estrecha relación mutua que ninguno es independiente de lo que les ocurre a los demás», no sería posible que esta revolución se produjera solo en un país. Se entendía que la revolución comunista era «una revolución universal y... tiene un alcance universal». «Se ha de producir de forma simultánea... en Inglaterra, América, Francia y Alemania... tendrá un potente impacto en los otros países del mundo».⁷

¿Conquistaría el fantasma las mentes y los corazones de la mayoría inglesa, la clase trabajadora? Con el Imperio británico controlando más de una cuarta parte de la masa continental, una quinta parte de la población mundial y el orden hegemónico global, ¿una revolución comunista que sacudiera a este mismísimo epicentro supondría una revolución comunista global?

¡TODOS A BORDO! BIENVENIDOS AL TREN GLOBAL

Al resumir su visión de la Gran Divergencia entre la sociedad occidental europea y la asiática, el historiador André Gunder Frank utilizó la metáfora de un tren. En él, Europa utilizaba su dinero extraído de las Américas para adquirir un billete de tercera clase en el tren económico asiático; después, Europa se enriqueció y fue capaz de alquilar todo un vagón. Pero no fue hasta el siglo XIX cuando Europa consiguió desplazar a las economías asiáticas de la locomotora. En efecto, al ser la industrialización el componente fundamental de la divergencia, pocas metáforas podían ser más apropiadas que la del tren. Otra metáfora ferroviaria cabe para la gira mundial de las dos parejas de gemelos.

Los gemelos hegemónicos —las revoluciones Industrial y Democrática; las doctrinas del libre comercio y la ventaja comparativa— viajaron por el mundo subidas a un tren cuya locomotora era Gran Bretaña. En los vagones de primera clase, iban sentados los aliados en proceso de industrialización de Europa occidental; en los vagones de segunda categoría, los Estados independientes (los imperios de la pólvora de Eurasia y las repúblicas oligárquicas de América Latina); y en tercera clase, iban las colonias del Asia meridional y de África. A medida que este tren viajaba, algunos pasajeros —los trabajadores e intelectuales comunistas— soñaron con apartar al ingeniero del tren y hacerse con el asiento del maquinista. El ingeniero, seguro y sin mayores esfuerzos, los mantuvo fuera de la locomotora. Sin embargo, se quedó

consternado al darse cuenta de que, a unos ochenta kilómetros (es decir, años) después de partir, discurrían, al este y al oeste, unas vías paralelas a las suyas. Una rápida mirada hacia atrás reveló que dos locomotoras, Alemania y Estados Unidos, cuando menos tan potentes como la suya o más, se aproximaban con rapidez amenazando con darle alcance... en cualquier momento.

SEGUNDA PARTE

LA ERA DEL NACIONALISMO Y SOCIALISMO (1914-1973)



EL «GRAN BREXIT» (1914-1945)

UNA INTERACCIÓN GLOBALMENTE COMPLICADA

El 13 de julio de 2016, en el palacio de Westminster, la reina Isabel II nombró a Theresa May primera ministra del Reino Unido. Solo cuatro semanas antes, los británicos habían emitido sus votos en el referéndum sobre la permanencia o no del Reino Unido en la Unión Europea (UE). A primera hora de la mañana, casi la mitad de los votantes (el 48,1 por ciento) se quedaron atónitos al enterarse de que la campaña en favor del abandono de la UE había surtido efecto. En cuestión de horas, el primer ministro David Cameron anunció su dimisión. El Reino Unido inició su camino de salida de la UE. Este Brexit se materializó a principios de 2021, generando ondas sísmicas por todo el Reino Unido, la Unión Europea, el Atlántico Norte y en todo el globo. Sus resultados se siguen sucediendo y sus repercusiones continúan siendo objeto de debates y especulaciones: ¿el Reino Unido estará mejor o peor como consecuencia de esta ruptura? ¿Qué impacto tendrá esta separación para la Unión Europea? ¿Cómo afectará a la economía global? Gran parte de todo ello sigue siendo incierto.

Mucho mejor conocidos son los resultados de otro Brexit. Un Brexit mayor. El «Gran Brexit». Es decir, el proceso por el que Gran Bretaña desapareció del escenario hegemónico en un mundo para cuya creación tanto había hecho. Anteriormente, su liderazgo hegemónico había sido tan motivador que, más

tarde o más temprano, la mayoría de las sociedades del mundo también quisieron industrializarse. Gran Bretaña asimismo llevó la iniciativa en la llegada de la democratización y la emergencia de la política y la sociedad de masas. De repente, un mundo acostumbrado a regímenes autoritarios perennes durante unas ciento sesenta y seis generaciones pasó a abrazar la política de masas aún sin ser necesariamente democrático. Las revoluciones sinérgicas que hicieron de Gran Bretaña la potencia hegemónica se fueron generalizando progresivamente y se extendieron por todo el globo. De este modo, el mundo del siglo XIX que fraguó la Gran Divergencia fue desplazado por el del siglo XX, caracterizado por sus múltiples intentos de convergencia.

Los intentos de hacer converger los derechos y las condiciones de vida de los pasajeros de los vagones de segunda y tercera clase, y la convergencia de casos hegemónicos de locomotoras que avanzaban veloces por el este y el oeste de la vía principal, produjeron un cambio en el curso del «tren global». El mismo se alejaba rápidamente de la hegemonía británica y se dirigía hacia el Gran Brexit provocado por los tres casos excepcionales. En una intrincada y convulsa serie de desarrollos, Alemania, la Revolución Comunista Global y Estados Unidos acabaron con la hegemonía británica y la primera globalización industrial que había creado.

Para empezar, y como si siguieran el contundente principio de la carta de Chéjov,* las armas cargadas durante la carrera armamentística anglo-alemana iniciada en 1898 se dispararon en 1914. Luego, el grado de movilización sin precedentes exigido por la Primera Guerra Mundial se tradujo en una intervención hasta entonces desconocida del Estado en la sociedad y la economía. Los éxitos de Alemania en el frente oriental facilitaron el estallido de una revolución comunista en Rusia, que dio

* Según este principio, todo elemento del relato ha de ser necesario e insustituible y, de no ser así, hay que eliminarlo. (*N. del t.*)

a luz a un nuevo tipo de régimen político inspirado precisamente por el Estado movilizador de la Primera Guerra Mundial. De esta forma, el Estado movilizador que surgió como respuesta a las condiciones de guerra total pasó a ser el prototipo del Estado-partido antihegemónico, un tipo de estrategia política que trascendía la dicotomía democrático-no democrático. El primer Estado-partido antihegemónico de este tipo, la Rusia bolchevique, empezó por seguir los *Principios del comunismo* de Friedrich Engels (1847) con el objetivo de llevar a cabo una revolución comunista global —un objetivo en el que fracasó—. No obstante, este intento fallido acabó por hacer de los Estados-partido antihegemónicos un tipo de estrategia política de alcance global. La reacción fue la aparición por todas partes de regímenes autoritarios a partir de los primeros años de la década de 1920, en un intento por contener la democratización política y social. El resultado fue el dramático fin de la Primera Ola de Democracia, que había alcanzado su punto culminante en torno a 1922 con unos veintinueve regímenes democráticos en Europa, las Américas, Nueva Zelanda y Japón.

El fracaso de Alemania en el frente occidental fue tan decisivo para el desarrollo del Gran Brexit como lo fueron sus éxitos pasajeros en el oriental. Es verdad que el resultado del intento germano de enfrentarse frontalmente a la hegemonía británica fue una derrota, y en noviembre de 1918, Alemania se rendía a los Aliados. Sin embargo, los choques con Alemania debilitaron gravemente el control de Gran Bretaña sobre su imperio formal e informal. Además, esta devastación que Europa se infligió a sí misma posibilitó que Estados Unidos emergiera como posible nueva potencia hegemónica que llevaba consigo otras reglas para un orden mundial. El período wilsoniano, los breves años de intervención global americana entre 1917 y 1919, había ofrecido al mundo una visión nueva basada en el principio de autodeterminación, necesariamente contrario al orden imperial. De momento, Estados Unidos renunció a su posible posición hegemónica en aras de su querida tradición aislacionista. Pero no

estaba preparado para abandonar su nueva función de centro neurálgico económico. La Primera Guerra Mundial había provocado que Estados Unidos pasara de ser un país deudor a ser el mayor acreedor del mundo y, como tal, el líder económico mundial. De ahí que, cuando la economía estadounidense se estrelló en 1929, la economía global, creada progresivamente por la hegemonía británica durante ochenta años, también se derrumbara. Además, la depresión desencadenada en Wall Street fue decisiva para allanar el camino que llevaría a Adolf Hitler al poder. Alemania estaba dispuesta a un segundo asalto antihegemónico, esta vez reactivada como un Estado-partido antihegemónico. Con la Segunda Guerra Mundial, concluyó el proceso del Gran Brexit. En treinta años (1914-1945) los tres advenedizos hicieron que el «tren global» descarrilara de forma progresiva e insistente. A partir de entonces, los vagones se dispusieron según un nuevo orden.

LA DISPUTA FRONTAL DE LA HEGEMONÍA

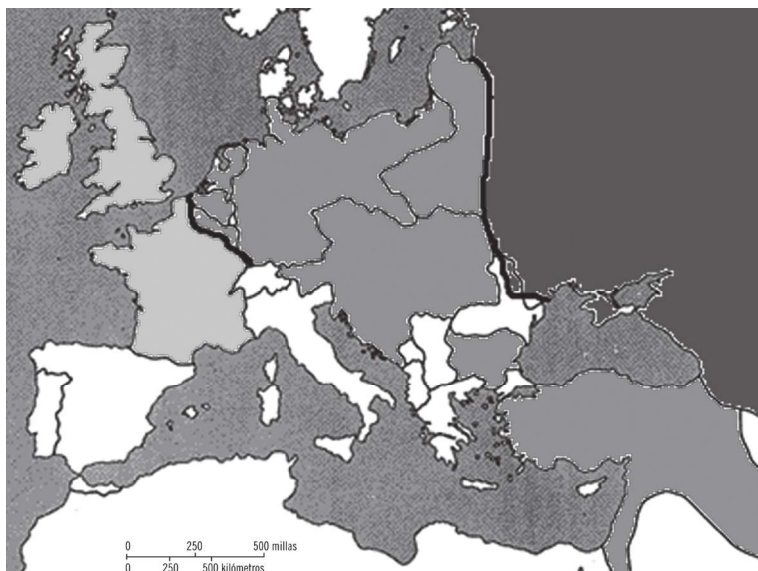
El punto de partida de cualquier relato sobre la Primera Guerra Mundial es Sarajevo. Allí fue donde el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, y su esposa Sofía, duquesa de Hohenberg, fueron asesinados por un nacionalista serbio. Las ciudades mucho más tranquilas de Hamburgo, Bremen o Kiel son puntos de partida menos probables para la guerra, pero no menos adecuados. En efecto, fue en esos puertos donde la recién construida Flota de Alta Mar Imperial Alemana estaba atracada. En última instancia, fue esta flota la que llevó a Gran Bretaña a unirse a la Triple Entente y a sumar sus fuerzas a las de sus durante tanto tiempo enemigos: Francia y Rusia. Solo la construcción de esa armada germana expulsó a los británicos de su histórica alianza con Prusia. Y por una buena razón. Es posible que Gran Bretaña no se pudiera permitir que Alemania se hiciera con la hegemonía continental en Europa

gracias a que su economía y su ejército eran los que mayor fuerza tenían. Pero, desde luego, no se podía permitir que Alemania tuviera una poderosa armada capaz de cuestionar su supremacía marítima. Tal posibilidad significaba asumir el riesgo de dejar que Alemania se convirtiera en la potencia hegemónica global. Gran Bretaña se incorporó a la *Entente Cordiale* y más tarde a la guerra porque, de otro modo, corrían peligro los mares por los que fluyó la primera globalización.

El doble magnicidio perpetrado el 28 de junio de 1914 puso a los dos conjuntos de aliados en marcha hacia una colisión militar sin precedentes. Por un lado, estaba la Triple Entente —Gran Bretaña, Francia y Rusia—, a la que se unieron Italia, Rumanía, Grecia, Japón y, lo más importante, Estados Unidos. En el campo contrario, a Alemania y Austria-Hungría —conocidas como las Potencias Centrales— se sumaron el Imperio otomano y Bulgaria. Dado el alcance global de los imperios europeos, la guerra se extendió más allá de Europa, por África, los países de la costa del Pacífico y de los océanos Índico y Atlántico. Dado el aprovechamiento que las poderosas potencias hacían de las revoluciones sinérgicas, que ahora ambos bandos dominaban, como bien lo ejemplifica la producción industrializada de armamento y de planes militares nacionales, el resultado de la conflagración fue la muerte de unos diez millones de combatientes.

El día 28 de julio, exactamente un mes después del magnicidio de Sarajevo, Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. El 29 de julio, Rusia ya había movilizado tropas a lo largo de sus fronteras con Alemania y el Imperio austrohúngaro. Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto. Menos de cuarenta y ocho horas después, Alemania declaraba la guerra a Francia e, inmediatamente después, invadió Bélgica. El 7 de agosto, Rusia invadió Prusia Oriental. En tres días y a los once desde que se declaró la guerra, se abrieron dos frentes al este y al oeste de las Potencias Centrales. El frente oriental se extendía desde el mar Báltico hasta el mar Negro, con una longitud de más de mil seis-

cientos kilómetros. Las fuerzas alemanas, austrohúngaras, búlgaras y otomanas se encontraban al oeste de esta línea; las rusas y las rumanas, al este. El frente occidental discurría desde el mar del Norte hasta la frontera de Francia con Suiza, una línea de unos setecientos kilómetros. El ejército francés, el británico y posteriormente el estadounidense estaban al oeste de esta línea; los alemanes, al este.



MAPA 6. *Los dos frentes, al este y al oeste de las Potencias Centrales.*

Estos dos frentes representaban la materialización de la deliberada estrategia de la alianza franco-rusa, establecida ya en 1891 —una estrategia por la que Alemania quedaba literalmente aprisionada entre dos frentes paralelos—. El jefe del Estado Mayor alemán, el general conde von Schlieffen, explicaba en 1905 que este sería sin duda el escenario de una guerra futura con Francia. Según él, el ejército alemán había planeado una línea de defensa en la frontera oriental y utilizaría el grueso de su potencia en una rápida conquista de París, venciendo la re-

sistencia francesa a través de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En efecto, así fue como el ejército alemán enfocó la guerra en agosto de 1914, salvo que Holanda quedó al margen.

El Plan Schlieffen se equivocó en varios de los presupuestos que había señalado: en el este, el ejército ruso pudo movilizarse mucho más rápidamente y con mayor fuerza de lo que se esperaba. En el oeste, la resistencia belga era más resiliente de lo que se había previsto, la Fuerza Expedicionaria Británica fue muy efectiva y el sistema ferroviario francés demostró ser decisivo para llevar reservas y provisiones a los campos de batalla. Como consecuencia de todo esto, el avance alemán quedó paralizado el 15 de septiembre de 1914, tras la batalla del Marne, y poco después empezaron a cavarse las primeras trincheras en el frente occidental.

Después de detener el avance alemán hasta las afueras de París y de su retirada, el frente occidental se convirtió en una «guerra de trincheras». Es decir, las líneas de fuego se convirtieron en un complejo de trincheras en el que las tropas se resguardaban de la artillería y los embates enemigos con recursos como minas, ametralladoras y alambradas y que contaba con aprovisionamiento regular por medio del ferrocarril. En 1915 la incapacidad del ejército alemán de conseguir avanzar en el oeste lo llevó a fortalecer sus esfuerzos para lograr conquistas en el este. El frente oriental, que en sus orígenes Alemania había imaginado como defensivo, pasó a ser ofensivo y muy dinámico. De ahí derivaron ofensivas y contraofensivas a partir de mediados de 1916, en un avance permanente y sostenido de las Potencias Centrales a expensas de Rusia y Rumanía. A finales de ese año, las Potencias Centrales empujaron al ejército ruso a una línea que discurría entre Riga y Ternopil, pasando por Jakobstad, Dunaburg (la actual Daugavpils, en Letonia), Baranovichi, Pinsk y Dupno.

La guerra de trincheras en el oeste y los rápidos avances hacia el este representaron el teatro bélico continental de una confrontación que en última instancia se resolvió en el mar. El ascenso de la alianza franco-rusa en la Triple Entente con la

incorporación de Gran Bretaña en 1907 implicaba que, en caso de guerra, Alemania tendría que enfrentarse no solo a la pinza que representaba tener a Francia y a Rusia a uno y otro lado, sino también al estrangulamiento por el asedio marítimo británico. Este escenario marítimo también se materializó con el inicio de las hostilidades. Durante el primer año de guerra, las fuerzas navales británicas y sus aliados ocuparon muchas de las aisladas colonias alemanas, entre ellas, Samoa, Micronesia, Qingdao, Nueva Guinea Alemana, Togo y Camerún. Por su parte, la Armada alemana saqueó el océano Índico, donde hundió o capturó a treinta barcos mercantes o de guerra, bombardeó Madrás y Penang y destruyó un repetidor de radio en las islas Cocos. El Escuadrón Alemán de Asia Oriental atacó el puerto de Tahití, se enfrentó a la Armada Real británica frente a la costa central de Chile y finalmente fue derrotado cerca de las islas Malvinas, en el Atlántico Sur.

Pero el círculo interior de esta impresionante diversidad de combates navales estaba en los mares en derredor del continente europeo: el mar Negro, donde las flotas otomana y rusa no cejaban en sus batallas navales y bombardeos de las costas; el mar Mediterráneo, donde la Triple Entente, como un objetivo de suma importancia, intentó sin éxito derrocar al Imperio otomano tomando Estambul a través de Galípoli; el mar Báltico, defendido por la flota rusa hasta la caída del régimen zarista que transformó a este mar en un lago alemán; y, lo más importante, el Atlántico Norte y el canal de la Mancha, por un lado, y el mar del Norte, por otro. En sendas partes, las fuerzas alemanas y británicas, respectivamente, impusieron el sitio marítimo a sus enemigos. El bloqueo británico en el mar del Norte fue de suma eficacia, porque dejó a Alemania desconectada del comercio con ultramar y sus recursos. Este bloqueo siguió activo hasta el final de la guerra, pese a una serie de intentos alemanes por romperlo, sobre todo en la batalla de Jutlandia (1916). El fracaso en conseguirlo indujo a Alemania a concentrarse en su propio asedio de las islas Británicas ya activo desde

1915. A principios de 1917, este bloqueo se tradujo en una guerra submarina sin límites, incluidos ataques a barcos neutrales sin previo aviso. Con la intención de reducir el apoyo americano a los Aliados y maniatar al ejército estadounidense, Alemania intentó incitar a México a que declarara la guerra a Estados Unidos para, con la ayuda germana, recuperar los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona. El telegrama con el que se proponía tal intento —el Telegrama Zimmerman— fue interceptado por los británicos y contribuyó a acelerar la declaración de guerra contra Alemania por parte de Estados Unidos.

Si el callejón sin salida fue la característica de las batallas terrestres en el frente occidental, los bloqueos marítimos mutuos desarrollaron un papel esencial en decidir el resultado de la guerra. Por un lado, el bloqueo británico en el mar del Norte privaba a Alemania de los suministros básicos. Por otro lado, el asedio alemán en el Atlántico Norte y el canal de la Mancha, basado en ataques indiscriminados de los submarinos, acabó por llevar a Estados Unidos a incorporarse a la contienda, inclinando el equilibrio entre las coaliciones rivales. El 11 de noviembre de 1918, a las once de la mañana (11/11/11:00), se hizo efectivo un armisticio dando así fin al conflicto. Durante más de cuatro años, había sido la guerra total —una Guerra Total que reconfiguró el funcionamiento de los Estados.¹

EL GRAN HERMANO MAYOR

La britanización fue esencialmente obra de una pareja de gemelos: la industrialización y la democratización. El Gran Brexit, al que dio pie la Primera Guerra Mundial, dio a luz a un nuevo hermano: el Estado de Guerra Total. Este llegó en circunstancias bélicas para imponerse a sus dos hermanos gemelos como el Gran Hermano. Después de la primera batalla del Marne (1914), el Plan Schlieffen había fracasado. Alemania no gana-

ría la guerra rápidamente. La prolongación del conflicto lo convirtió en una guerra total que exigía a todos los beligerantes de importancia movilizar por completo a su economía y a su sociedad. El motor de esta movilización sostenida y exhaustiva realizada durante más de cuatro años era el Estado. Con ello el Estado pasó a ser un Estado de Guerra Total —concretamente, un Estado definido por «la centralización política, la reglamentación económica y el control del pensamiento»—. Este hermano superior puso bajo sus alas a las dos parejas de gemelos. La industria quedó sometida al control del Estado. La democratización, entendida como la llegada de una política de masas, se manifestó en el reclutamiento universal compensado por medidas de bienestar social.

Los gobiernos responsables de los Estados de Guerra Total acumularon y centralizaron el poder como nunca lo habían hecho. Tenían la potestad de reclutar para el esfuerzo bélico que ellos dirigían casi a cualquier miembro de la sociedad. Se servían de la economía para sus necesidades y objetivos. Alimentaban una mentalidad nacionalista para justificar todo lo anterior y lo conseguían con una mezcla de propaganda, manipulación de la información y censura. Las voces políticas discordantes eran silenciadas. La política de partidos fue marginada. En resumen, los gobiernos de los Estados de Guerra Total intentaban movilizarlo todo y a todos sin que nadie los vigilara ni les pidiera cuentas. Los Estados de Guerra Total intentaron equilibrar esta ecuación de control y demanda sinigual asumiendo también la tarea del bienestar social. En diferentes grados, en los países beligerantes las relaciones entre el Estado, la economía y la sociedad se transformaron hasta el punto de que eran irreconocibles.

El Estado movilizó al conjunto de la sociedad. Tal leva implicaba poner al servicio del ejército a casi todo hombre que estuviera en las debidas condiciones físicas. Asimismo las mujeres fueron movilizadas para realizar los trabajos de producción que los reclutados habían abandonado. Toda la economía también fue movilizada por el Estado. Los recursos estratégicos,

como las minas de carbón y hierro; las infraestructuras, como los ferrocarriles, las carreteras y los puertos; el transporte y los sistemas de comunicación, como las flotas mercantes y las líneas telegráficas, pasaron todos a manos del Estado. La producción agrícola e industrial quedó subordinada al Estado, no a las demandas del mercado.

En los países beligerantes, los dirigentes políticos se unieron a los industriales con objeto de diseñar planes para la producción futura. Con el objetivo de llevar a cabo esos planes, se prohibieron las huelgas de los obreros. Al mismo tiempo, sin embargo, la propia administración llegó a acuerdos con los sindicatos que garantizaban unas mejores condiciones para los obreros y sus familias. Además, en un intento compensatorio dirigido a una sociedad totalmente empleada en el esfuerzo de la guerra, los Estados de Guerra Total también pusieron mayor empeño en el bienestar social. Se incentivaron sin restricciones las políticas proactivas referentes a la vivienda, la educación y la sanidad pública. Estas recompensas materiales se complementaron con medios ideológicos. Los Estados de Guerra Total divulgaban mucha propaganda de apoyo al esfuerzo bélico. En este sentido, cobró protagonismo una ideología colectivista, el nacionalismo, que también tomó las riendas de la política comercial, enterrando a la otra pareja de gemelos de los días de la britanización: el libre comercio y la ventaja comparativa. En su lugar, se impuso un esfuerzo autárquico para sostener al país con la explotación de los recursos nacionales mediante el empeño colectivo de sus miembros, un esfuerzo que siguió vivo al finalizar la Primera Guerra Mundial.²

UNA EXTRAÑA PAREJA

No todos los estados beligerantes estaban igualmente preparados para pasar a ser Estados de Guerra Total. Como el Gran Hermano de las dos parejas de gemelos, no es de extrañar que

los Estados de Guerra Total consiguieran un mayor control sobre Gran Bretaña, Francia y Alemania, donde la industrialización y la política de masas ya habían dado sus frutos en gran medida. En Rusia, un imperio de la pólvora atormentado por el Catch-22, las tardías reformas para su modernización demostraron ser insuficientes para sostener a un Estado de Guerra Total. En febrero de 1917, una revolución derrocó al zar Nicolás II y, en su lugar, se estableció un gobierno provisional. Sin embargo, este gobierno, dirigido por Aleksandr Kérensky, estaba decidido a continuar la guerra a pesar de su impopularidad. Un número cada vez mayor de bolcheviques se manifestaba con el lema «Abajo la guerra».

Vladimir Lenin aprovechó la oportunidad de regresar a Rusia de su exilio en Suiza. El gobierno alemán aprovechó la suya para infiltrarlo en Rusia, junto con otros treinta y un activistas, para que se hiciera cargo de lo que allí estaba ocurriendo. El objetivo de Lenin era que los bolcheviques tomaran el poder en Rusia. La pretensión de Alemania era que los bolcheviques cumplieran la promesa de «dejar la guerra». La asociación benefició a ambos. El 16 de abril de 1917, Lenin y sus camaradas comunistas exiliados llegaron de nuevo a Rusia después de cruzar Alemania en un «tren sellado» desde Zúrich hasta Sassnitz, a orillas del mar Báltico. Un ferri hasta Helsinki y un tren hasta la Estación de Finlandia en Petrogrado culminaron el viaje. El 7 de noviembre (25 de octubre según el calendario juliano), los bolcheviques ya se habían hecho con el poder. Poco después, Alemania lanzó su ofensiva en el este, donde inmensos territorios de Ucrania, Finlandia y el Cáucaso fueron añadidos a sus previas ganancias territoriales en Polonia y las provincias bálticas. El 3 de marzo de 1918, casi un año después de que partiera el «tren sellado», los gobiernos alemán y bolchevique firmaron un tratado de paz en Brest Litovsk.

Pese a su antagonismo, dos de los tres casos excepcionales, rivales de la hegemonía británica —la Alemania imperial y la Revolución Comunista Global—, habían colaborado con éxi-

to, una cooperación que supuso una recompensa temporal para el ejército germano en ambos frentes y un logro duradero para el comunismo. El Tratado de Brest Litovsk liberó al ejército alemán de su posición flanqueada por Francia y Rusia, al sacar a este último país de la guerra y así concentrar sus esfuerzos exclusivamente en el frente occidental. El 21 de marzo, renovó allí sus ofensivas. Pero, cuatro meses después, los Aliados, ahora con la ayuda de los estadounidenses, empezaron a lanzar sus contraofensivas terrestres, aunque sin conseguir derrotar al ejército alemán. A las once horas del día once del undécimo mes de 1918, la guerra terminó. Alemania había sido estrangulada desde el mar, más que aplastada en los campos de batalla, dando motivos a muchos para creer en el mito de una «puñalada por la espalda», es decir, apuntando a una traición doméstica como culpable de la derrota. El armisticio firmado ese día entre Alemania y los Aliados en el frente occidental también invalidaba el Tratado de Brest Litovsk firmado nueve meses antes. Sin embargo, este mismo armisticio no pudo invalidar la revolución bolchevique a cuya llegada contribuyó la debacle zarista en el frente oriental.³

UNA REVOLUCIÓN COMUNISTA GLOBAL

Karl Marx y Friedrich Engels, los padres fundadores del auto-proclamado «comunismo científico», consideraban que la Revolución Comunista Global era la frontera inalcanzada por los gemelos sinérgicos. En su opinión, la Revolución Industrial tuvo tanto éxito en el modo de tratar las necesidades materiales de la humanidad que la única tarea pendiente era una revolución comunista que condujera a una auténtica democratización. Es decir, que el conjunto de la sociedad compartiera los frutos de las fuerzas productivas desatadas por la industrialización. Este, pensaban, era el necesario remedio racional a los estragos irracionales de la superproducción y la destrucción parcial de las fuerzas productivas cada vez que la burguesía caía en una crisis comercial. Las crisis se producían al saturarse los mercados habituales. Los mercados nuevos que se podían conquistar eran limitados. La sociedad no toleraría a la larga la destrucción de la superproducción para superar las crisis comerciales. Entonces, las condiciones restrictivas resultantes de la propiedad de las fábricas en manos de unas pocas familias serían desmanteladas una vez que la sociedad reclamara para sí estos medios de producción.

Marx y Engels consideraban que esta trayectoria era inevitable, científicamente previsible e históricamente demostrable. Representaba un paso más en la materialización de la optimista idea de progreso y mejora de la humanidad. Este diagnóstico científico hacía prever que la Revolución Comunista estallara

donde los gemelos sinérgicos estaban en lo más alto de su poder, es decir, en Gran Bretaña, Francia y Alemania. Tal análisis científico determinaba una condición necesaria adicional: para que la Revolución Comunista triunfara, también tenía que ser global, exactamente como lo era la economía capitalista. Se podía dar por sentado que estos dos requisitos se cumplirían si dicha revolución acaeciera en Gran Bretaña. Una revolución comunista en el propio seno de la potencia hegemónica mundial con su sólida base industrial, con una cuarta parte del planeta bajo su mando directo y otra gran parte que completaba su imperio informal, se convertiría de inmediato en global. Pero nada de todo ello sucedió. La previsión de una revolución comunista en la cuna de las revoluciones sinérgicas nunca se hizo realidad. En cambio, la britanización fue desplazada por el Gran Brexit como resultado de la Primera Guerra Mundial que, a su vez, desencadenó, efectivamente, el estallido de una revolución comunista, pero en Rusia.

Sin demasiada presencia de las revoluciones sinérgicas gemelas a su disposición, Vladimir Lenin, líder del Partido Bolchevique de Rusia, recurrió en su lugar al Gran Hermano. Lenin ajustó a este vástago de la Primera Guerra Mundial, el Estado de Guerra Total, para que fuera el instrumento que hiciera realidad la Revolución Comunista Global. Su estancia en Rusia después de su llegada, con el apoyo de Alemania, en 1917, fue breve. El gobierno provisional lo acusó de ser un agente provocador alemán. Pero Alemania no solo fue decisiva para que Lenin regresara a Rusia. Alemania, en particular el Estado alemán de Guerra Total, fue una inspiración fundamental para su visión de cómo un Estado puede comandar la economía y la sociedad. Desde su renovado exilio, ahora en Helsinki, Lenin escribió *El Estado y la Revolución*, donde establece una diferencia entre dos fases del comunismo. El Comunismo sin Estado se definía como una fase final en algún momento del futuro. Pero inmediatamente después de la revolución planeada, lo siguiente era una Dictadura del Proletariado. Por

tal Lenin entendía un régimen político en que una clase social, los obreros industriales, ostenta el poder del Estado para acabar con otra clase social: la burguesía. La vieja burocracia sería reemplazada por otra nueva que pondría toda la economía bajo su control.¹

Estas ideas preliminares se convertirían en el llamado comunismo de guerra. Como en el caso de los Estados de Guerra Total, cuando en 1918 se estableció el comunismo de guerra, otra fatídica contienda estaba en marcha. Era la Guerra Civil rusa, en la que se enfrentaron el Ejército Rojo comunista y el Ejército Blanco, formado por una deslavazada coalición de anticomunistas apoyada por los aliados de la Primera Guerra Mundial. Este conflicto se prolongó hasta mediados de 1923, se cobró más de un millón de vidas² y se sumó a la enorme devastación de Rusia iniciada por la Primera Guerra Mundial. En el mismísimo inicio de esta conflagración, el Estado fue rebautizado como República Socialista Federativa Soviética de Rusia y fue proclamado constitucionalmente como un régimen de partido único. El Partido Comunista, un cuerpo centralizado y disciplinado de seiscientos mil efectivos, pasó a ser la nueva burocracia que dirigía el Estado. Y el Estado administraba todas las industrias, los excedentes agrícolas, las finanzas, las infraestructuras y el comercio exterior de forma centralizada. Tal estructura se legitimaba con el control por parte del partido de las noticias, las instituciones educativas y científicas, las editoriales, la literatura y las artes.³

Este nuevo régimen político debe mucho más al voluntarismo, el oportunismo y la determinación de Lenin de aprovechar la crisis de la Primera Guerra Mundial que a las ideas de Marx y Engels. No representa el cumplimiento de la prognosis «científica» de Marx, sino más bien la combinación de los efectos del Catch-22 sufridos por un imperio de la pólvora agravados por la Primera Guerra Mundial, unida al modelo del Estado de Guerra Total que la contienda había generado. De hecho, Lenin descartó a sabiendas el primer requisito para que se pro-

dujera una revolución marxista, es decir, una economía industrializada completamente desarrollada. Pero, precisamente por esto, Lenin se aferró con firmeza a la segunda condición: el alcance global de la revolución. Si se pretendía que la Revolución Comunista arraigara en Rusia, solo sería posible recurriendo a sociedades adicionales, en particular a las plenamente industrializadas. De ahí que el omnipresente partido tenía que cumplir una misión crucial más, esta vez en el extranjero: crear la república internacional soviética.

UN ÉXITO SORPRENDENTE

El éxito de la revolución bolchevique tuvo un impacto global. El nuevo Estado soviético estimulaba, fomentaba y atraía como un potente imán a fuerzas revolucionarias de todas partes. Sin demora, a principios de marzo de 1919, fue fundado en Moscú el Comintern o Tercera Internacional Comunista. Ya en 1864, se había fundado una Primera Internacional, con el objetivo de reunir a todas las fuerzas revolucionarias, en la que Marx y Engels desempeñaron un papel fundamental, pero en 1876 se disolvió debido a los desacuerdos irreconciliables entre comunistas y anarquistas. En 1889 se creó una Segunda Internacional, que igualmente se disolvió en 1916 debido a las divisiones internas; en este caso, los choques entre los socialistas contrarios a la contienda y los socialistas patrióticos favorables a ella, en plena Primera Guerra Mundial.

En cambio, en 1919, el Comintern quedó bien anclado por el éxito de una primera revolución comunista que se proponía ser global. Para Lenin, hacer que se expandiera la Revolución Comunista no solo era un precepto doctrinario. Era una urgente necesidad para sobrevivir a los demoledores asaltos de la coalición anticomunista nacional e internacional. Para los comunistas internacionales, la Unión Soviética era el trampolín para lanzar intentos revolucionarios. Esta convergencia de mo-

tivaciones e idénticas ideas políticas se tradujo en una multiplicidad de intentos revolucionarios en Finlandia (1918), Baviera (1918-1919), Berlín (enero y marzo de 1919), Hungría (marzo-julio 1919), el norte de Italia (1919-1920), Sajonia y Hamburgo (1923) y Bulgaria (1923). Pero todos ellos fracasaron.

Mongolia fue la única excepción. Allí, en 1921, en medio de la Guerra Civil rusa, el Ejército Rojo, con la ayuda de unidades mongoles, se impuso al gobierno del barón Ungern von Sternberg, un general lugarteniente blanco. El único y exclusivo éxito comunista en Mongolia en 1921 dio origen a la emergencia de un Estado-partido antihegemónico al fallecer el Bogd Khan en 1924. El Partido del Pueblo, con los auspicios soviéticos, proclamó la República Popular de Mongolia. A la consolidación del nuevo régimen le siguió en 1928 la expropiación de las propiedades de la nobleza y los monasterios, la creación de granjas estatales para diversos cultivos y la colectivización de rebaños y manadas. El Estado también inició una modesta industrialización de los productos agrícolas y animales. Se nacionalizaron el transporte, las comunicaciones, el comercio nacional y extranjero, los bancos y las finanzas.⁴

Sin embargo, en 1937, la ayuda soviética se convirtió en una ocupación de pleno derecho. Ante el expansionismo japonés, la URSS desplegó tropas en Mongolia. Por entonces, el Estado antihegemónico de Mongolia se transformó en un satélite autoritario soviético que purgó y desmovilizó al Partido del Pueblo, adoptó al Ejército Rojo como nueva columna vertebral y reajustó su economía de acuerdo con las directrices y necesidades de la Unión Soviética. De esta forma, la República Popular de Mongolia acabó por anticipar y prefigurar a los Estados satélite que formaron el bloque soviético al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

A la par que la Revolución Comunista Global fracasaba, la Unión Soviética consiguió sin proponérselo exportar no su revolución, sino su régimen político inspirado por el Estado de Guerra Total. La duplicidad y el solapamiento del partido y el

Estado; la movilización de algunos grupos sociales para eliminar otros; la orientación de una idea colectivista que define lo colectivo (por ejemplo, la clase, la nación o la raza) y sus objetivos; el propósito de transformar sustancialmente la economía, la sociedad y la posición del Estado en el orden mundial; todas ellas son características destacadas de esta estrategia política emergente: el Estado-partido antihegemónico.

Los Estados-partido no son ni autocracias autoritarias ni regímenes democráticos, sino dictaduras que adoptan la política de masas para movilizar a la población en su afán por empoderarse a través de la industrialización. A partir de la década de 1920 y durante el siglo xx, los Estados-partido antihegemónicos se expandieron por todo el globo. Algunos emergieron reaccionando contra la Unión Soviética mientras que otros directamente guiados por ella o, al menos, imitándola. En fin, los Estados-partido antihegemónicos tuvieron su propia gira mundial con estaciones en un Estado europeo occidental, un imperio de la pólvora y una de las repúblicas oligárquicas de las Américas.

POR REACCIÓN ADVERSA

En el Imperio ruso, la Primera Guerra Mundial llevó el dilema del Catch-22 a su límite. El intento de mantener un Estado de Guerra Total sin la firme base de las revoluciones sinérgicas provocó el estallido de una revolución más radical cuyo objetivo era hacer realidad la industrialización y la democratización en tanto que política de masas, de forma más rápida y drástica. Se creó un Estado Comunista de Guerra para conseguir estos objetivos. Entre los otros beligerantes, la secuencia de la Primera Guerra Mundial, el consiguiente Estado de Guerra Total y la inspiración de la Revolución Comunista de Rusia sacudió con fuerza sus economías y sociedades.

Italia fue uno de estos escenarios. Allí, la retirada del Estado de Guerra Total supuso el inmediato naufragio de la actividad

económica y el despido de los trabajadores de la industria. Para quienes seguían trabajando, la inflación desbocada erosionó sus sueldos. Los sindicatos reaccionaron con huelgas y la ocupación de las fábricas. En las zonas rurales, los campesinos organizados por los sindicatos se apropiaron de las tierras. El Partido Socialista cambió su postura reformista anterior a la guerra por otra revolucionaria. De ahí que los años 1919-1920 pasaran a ser conocidos como el *biennio rosso*, el bienio rojo. El clamor era: «*Fare come in Russia!*» (Hacer como en Rusia).⁵

La perspectiva de una coalición de obreros y de campesinos provocando otra revolución comunista se alzaba imponente en el horizonte italiano. En estas circunstancias, se llevó a cabo una huelga preventiva con la movilización de una amplia coalición social alternativa. Esta coalición compuesta de empresarios industriales, terratenientes, la clase media baja y pequeños propietarios fue movilizada por el Partido Fascista fundado en 1921. Su objetivo principal y más urgente era la represión de los obreros y los campesinos.

En 1923, el rey Víctor Manuel III entregó el poder al líder fascista Benito Mussolini. A continuación, el Partido Fascista experimentó un proceso de centralización mediante el establecimiento del Gran Consejo Fascista (1922) y el despido de los jefes del partido a nivel local (1924). En 1924, los partidos de la oposición fueron efectivamente eliminados. La dictadura de un Estado-partido quedó sancionada por la ley en 1928. La pertenencia al partido se convirtió en requisito obligado para acceder a la función pública. De este modo se produjo un solapamiento entre las instituciones del Estado y el partido gobernante. Además, cuando las organizaciones del partido aplicaron la política del Estado, se puso en evidencia la duplicidad de las instituciones del Estado y el partido. Por ejemplo, el movimiento de los jóvenes fascistas ejercía funciones educativas y culturales; un órgano consultivo del partido —la Cámara de los Fascios y las Corporaciones— funcionó desde 1939 como la cámara baja de la legislatura.

Este régimen, con el mayor poder que le otorgaba la duplicidad del Estado y el partido, fue interviniendo cada vez más y más en la economía. El resultado fue la emergencia de un «Estado corporativo». Esa economía política consistía en intentar acabar con el conflicto entre el capital y el trabajo mediante la intervención y el control del Estado. Al mismo tiempo, se aplicó una política autárquica en todo lo referente al comercio, las finanzas y el desarrollo de una industria pesada. Estas características reminiscentes de los Estados de Guerra Total iban encaminadas, efectivamente, hacia la guerra.

Insatisfecho por los resultados de la Primera Guerra Mundial, el Estado-partido antihegemónico fascista fomentó una política exterior militante con el objetivo de expandirse por la cuenca del Mediterráneo y por África. Con esta idea en mente, Etiopía fue conquistada durante 1935-1936, se apoyó al Movimiento Nacional de Francisco Franco durante la Guerra Civil española de los años 1936-1939 y Albania fue atacada en 1939. Por entonces, la Italia fascista quedó enredada en la Segunda Guerra Mundial, lo que certificó su deceso en 1943.

Surgido como una reacción al peligro de una revolución comunista en Italia, el régimen fascista representaba la aparición del segundo Estado-partido antihegemónico ya en el año 1923. Por segunda vez, los mecanismos del Estado y del partido se solaparon para movilizar a una amplia coalición guiada por unas ideas colectivistas cuyo propósito era transformar la economía, la sociedad y la posición del Estado en el orden mundial.⁶

GUIADOS DIRECTAMENTE

Antes incluso del estallido de la Primera Guerra Mundial, el dilema del Catch-22 alcanzó sus límites en el Imperio chino. Las derrotas en las Guerras del Opio (1839-1942 y 1856-1860) desencadenaron reformas que llevaron a la revolución. En 1911, la Revolución de Xinhai derrocó a la dinastía Qing (que ostenta-

ba el poder desde 1644) e instauró la República China en 1912. Como ocurrió en Rusia cinco años después, la revolución llevó a la creación de un gobierno provisional. Sun Yat-Sen, el revolucionario líder «Padre de la Nación», fue elegido presidente provisional por los representantes de las provincias reunidas en asamblea en Nankín. Sin el desencadenante de la Primera Guerra Mundial, no hubo, como en el caso de Rusia, ninguna revolución comunista que derribara al gobierno provisional. Sin embargo, estaba en ciernes una guerra civil entre el régimen incipiente y los restos del antiguo. Un compromiso político la evitó momentáneamente. Yuan Shikai, el presidente de la dinastía Qing, fue entronizado como segundo presidente provisional, desplazando al líder revolucionario Sun Yat-Sen. Pero el compromiso estaba condenado al fracaso, pues las partes perseguían objetivos opuestos. Shikai pretendía restaurar el imperio y lo hizo brevemente entre diciembre de 1915 y marzo de 1916. El objetivo de Sun Yat-Sen, por el contrario, era ratificar la república como trampolín para la modernización. La colisión fue breve (de julio a septiembre de 1913) y se saldó con la victoria de Yuan Shikai y el exilio de Sun Yat-Sen.

Con la muerte de Shikai en 1916, la República de China se adentró en la era de los Señores de la Guerra. Este período, caracterizado por la fragmentación del país y el control de sus múltiples regiones por diferentes grupos militares, se prolongó hasta 1928. En esas circunstancias, Sun Yat-Sen regresó a la política guiado directamente por los mejores maestros de demostrada solvencia en la movilización de masas. En 1923, la Unión Soviética prometió ayudar a la unificación nacional de China. Poco después, empezaron a llegar a China los consejeros soviéticos para ayudar en la reorganización y consolidación del partido de Sun Yat-Sen, el Kuomintang, según los principios del Partido Comunista de la URSS. Los consejeros también ayudaron al Kuomintang a crear un instituto político para formar a los propagandistas en las técnicas de movilización de masas. Uno de los lugartenientes de Sun Yat-Sen, Chiang Kai-shek,

fue enviado a Moscú para que, durante varios meses, recibiera formación militar y política. En 1924, Chiang Kai-shek se convirtió en sucesor de Sun Yat-Sen como líder del Kuomintang, en 1927 suprimió el Partido Comunista Chino y en 1928 pasó a ser el unificador de toda China.

Entre 1923 y 1928, la Unión Soviética ayudó a establecer en China un gobierno nacionalista de derechas. Pese a las irresolubles discrepancias ideológicas, el Kuomintang, una vez asumido el poder en 1928, se dispuso a articular un Estado-partido antihegemónico en China. El régimen dependía de una serie de instituciones, tanto del partido como del Estado, cuyo objetivo era conseguir la centralización. De este modo, el Consejo Legislativo Central, el Departamento de Organización Central y la Junta de Planificación Central pasaron a ser supervisados por la Oficina Central del Partido dirigida por el Comité Ejecutivo Central. El Estado-partido antihegemónico montado por el Kuomintang se asentaba sobre una coalición social apoyada por la clase media urbana y por los chinos adinerados del exterior. Esta concentración del poder se estructuró de modo que reafirmara la soberanía de China y aspirando a transformar al país en una potencia industrial. Estos objetivos estaban entrelazados y se complementaban en su propósito de modificar el lugar de China en la división mundial del trabajo y el poder.

El plan industrial de Chiang Kai-shek fue el primer intento de concebir un plan de desarrollo económico integrado basado en la captación de capital extranjero para industrializar una China rural. Sin embargo, debido a la depresión económica de la década de 1930, las inversiones extranjeras en China fueron muy escasas, de manera que la estrategia de desarrollo ideada se frustró. En consecuencia, el desarrollo económico siguió sin ninguna estrategia concreta ni coherente, a pesar de haber estado centralizado por el Consejo Económico Nacional. Esta institución, contando con la colaboración de la Sociedad de Naciones, fomentó una serie de reformas de la sericultura que mejoraron la industria de la seda, una de las industrias expor-

tadoras más importantes; inició proyectos de control de las inundaciones y la conservación del agua; construyó carreteras y redes ferroviarias e introdujo la aviación civil; comenzó un programa de desarrollo de los campos de petróleo y las minas, además de planificar una planta hidroeléctrica y un programa de electrificación del país; y promovió la educación pública para facilitar el desarrollo económico. Estos avances económicos se interrumpieron en julio de 1937 con el estallido de la guerra con Japón.⁷

POR IMITACIÓN

Al igual que China, México fue durante siglos una sociedad rural polarizada entre los señores terratenientes y los campesinos carentes de tierras. También como en el caso de China, un régimen autoritario, aunque al mando de un dictador, no un emperador, mantenía a las masas a raya en beneficio de la aristocracia propietaria de las tierras. Como China, en el siglo XIX México fue arrollado por la gira global de las dos parejas de gemelos que abrieron el país de par en par al libre comercio y el intercambio desigual. Sin embargo, a diferencia de China, México no fue obligado a tomar tales medidas, sino que estas complacían a la élite gobernante, que colaboró de buena gana y se benefició de ellas. No obstante, cuando estos beneficios aumentaron y surgieron nuevas oportunidades de enriquecimiento para la élite mexicana, el descontento creció a la vez que las nuevas expectativas. Después de treinta años de «Porfiriato», la dictadura de Porfirio Díaz, la élite mexicana estaba resentida por su nepotismo y su corrupción.

En 1910, con la convocatoria de otras elecciones amañadas, una revolución derrocó al dictador. Como en 1911 en China, derrotar al régimen fue algo relativamente fácil, ya que ambos regímenes carecían de mayor apoyo. Sin embargo, establecer un nuevo régimen estable fue mucho más difícil de conseguir.

En México, como en China, solo se produjo después de una larga guerra desde 1913 hasta 1920. A semejanza de la era de los Señores de la Guerra en China, este conflicto fragmentó el país, con diferentes facciones regionales luchando por constituir un gobierno centralizado que rigiera para todos, o, cuando menos, preservara la autonomía regional. La Guerra Civil mexicana, normalmente conocida como la Revolución Mexicana, fue la más devastadora jamás librada en el hemisferio occidental, con el saldo de la muerte de alrededor de un millón y medio de personas. Se desarrolló simultáneamente y con conexiones con la Primera Guerra Mundial, la revolución bolchevique, la Guerra Civil rusa y el desarrollo del Estado-partido antihegemónico soviético.

En 1917 la violencia remitió y un problemático compromiso pasó a ocupar el primer plano. Por un lado, un Congreso Constitucional aprobó la notablemente progresista Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que allanó el camino para la reforma de la propiedad de la tierra, la protección de los obreros organizados, la expropiación a los inversores extranjeros y la supresión de la doctrina de Iglesia católica de la enseñanza pública. Por otro lado, el presidente electo, Venustiano Carranza, en realidad no tenía intención de llevar a cabo ninguna de estas reformas. Ese punto muerto se prolongó durante casi veinte años.

En 1934, Lázaro Cárdenas consiguió la nominación oficial para la presidencia dentro del partido gobernante, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Las promesas incumplidas de la Revolución Mexicana se unieron a la inspiración soviética para posibilitar la emergencia del primer Estado-partido antihegemónico de América Latina. Antes incluso de asumir la presidencia en diciembre de ese año, Cárdenas consolidó una amplia coalición social compuesta por asociaciones de campesinos, obreros organizados, oficiales del ejército y soldados. Confian-do en este amplio apoyo, pudo dismantelar los centros de poder en los que hasta entonces había confiado el PRM. Plutarco

Elías Calles, presidente entre 1924 y 1928 y figura dominante entre bastidores (el Jefe Máximo) hasta la elección de Cárdenas, fue obligado a exiliarse. Cientos de miembros del gobierno y el ejército relacionados con el antiguo dirigente fueron cesados y se entregaron armas a los campesinos para que controlaran a los caciques locales.

Posteriormente, el sistema de hacienda en manos de la tradicional clase terrateniente fue parcialmente desmantelado por una reforma de la propiedad de la tierra que distribuyó cerca de cien millones de hectáreas de tierra entre unas ochocientas mil familias de campesinos. Más adelante tuvo lugar un proceso de colectivización mediante la formación de doscientos veintiséis campos comunitarios («ejidos») en los que unas treinta y cinco mil personas sembraban algodón, cereales y otros cultivos. Estos proyectos internos estaban estrechamente relacionados con la política económica exterior, ya que el apoyo gubernamental a los «ejidos» también pretendía reducir la necesidad de importar productos básicos. En este sentido, más destacable fue la nacionalización de las empresas petroleras británicas y estadounidenses en 1938, cuya negativa a acatar la decisión del Tribunal Supremo sobre un conflicto laboral se consideró un desafío a la soberanía nacional. Se creó Petróleos Mexicanos (PEMEX), una empresa nacional. Con ese mismo espíritu, un plan centralizado de seis años (plan sexenal), de inspiración soviética, puso en marcha reformas agrarias, laborales, educativas y sanitarias, además de proyectos de electrificación.⁸

EL FRACASO, LA MADRE DE LA IMPROVISACIÓN

Para comprender la inspiración soviética de los «ejidos» y los planes sexenales mexicanos, hay que seguir el rastro del comunismo global y del comunismo de guerra. La Revolución Comunista Global seguramente no se podía llevar a cabo a partir solamente del único éxito del Comintern en Mongolia. En ese

caso, la Unión Soviética no pudo ser salvada por las esperadas y fracasadas revoluciones comunistas en las economías industriales avanzadas. Entretanto, a nivel nacional, en 1921 el comunismo de guerra alcanzaba sus límites. Desde 1918, el Ejército Rojo había sido abastecido y empleado con éxito durante la Guerra Civil rusa. En octubre de 1922, el Ejército Rojo salió victorioso de este conflicto. Sin embargo, la pesada carga que supuso para la sociedad rusa provocó en 1921 levantamientos de los campesinos, huelgas de los obreros y hasta un motín de los soldados y marineros del propio Ejército Rojo contra el régimen comunista. El destino del comunismo de guerra empezaba a parecerse peligrosamente al del Estado de Guerra Total, cuyo final fue la caída del régimen zarista y la del gobierno provisional en marzo y noviembre de 1917, respectivamente.

En aquella ocasión, Lenin supo canalizar el extendido descontento ofreciendo paz a los soldados y marineros, pan a los obreros de las ciudades y tierra a los campesinos: «¡paz, pan, tierra!» fue por entonces el grito de guerra bolchevique. Más de tres años después, nada de todo ello estaba en manos de sus supuestos beneficiarios. Rusia, efectivamente, abandonó la Primera Guerra Mundial, pero se metió de lleno en su propia guerra civil. La hambruna, no el pan, hacía que los obreros urbanos abandonaran las ciudades y, aunque la tierra fue garantizada inmediatamente después de la revolución bolchevique, su producción pronto fue requisada para aprovisionar a las tropas.⁹

Y así, intentando evitar el destino de los dos regímenes anteriores, en 1921 el gobierno bolchevique cambió radicalmente el curso de su régimen al reemplazar el comunismo de guerra por una Nueva Política Económica (NEP). En el núcleo de esta metamorfosis, estaba la reducción del control de la economía por parte del Estado, lo que supuso la aplicación de un modelo económico mixto. En este nuevo modelo, se aceptaron de buena gana la propiedad privada en el interior y la inversión extranjera con el fin de reactivar la naciente industria soviética. En los campos se dejaron de requisar los cereales, una costum-

bre que fue sustituida por un sistema de impuestos que permitía a los agricultores el libre comercio con el resto de su producción. Tras esta liberalización, los mercados despertaron y la producción se disparó, alcanzando rápidamente un incremento del cuarenta por ciento.¹⁰

La NEP, que casi coincidió con el fin de la Guerra Civil rusa, consiguió estabilizar la economía soviética y situar de nuevo la productividad en los niveles anteriores a la Primera Guerra Mundial. Ahora, sin embargo, la tierra estaba en manos de los productores y las industrias eran propiedad del Estado y estaban administradas por los soviets. Por fin, se cumplió la promesa de «paz, pan, tierra». Parecía que la revolución de los obreros y los campesinos estaba logrando sus objetivos. La revolución bolchevique fue estabilizada gracias a la NEP y las preocupaciones por la supervivencia del régimen quedaron atrás. Y, sin embargo, cuando el país empezaba a estabilizarse, en 1928, el nuevo líder soviético, Iósif Stalin, dio el «Gran Giro», sustituyendo la NEP por una economía planificada centralizada. «Si no está roto, no lo arregles»: ¿por qué alterar una economía que funcionaba bien?

La respuesta es que los logros de la NEP solo abordaban una cara del dilema del Catch-22 que la Unión Soviética heredó del Imperio ruso (véase más arriba, pág. 115). La revolución bolchevique y su estabilización con la NEP dejaron atrás los temores a una amenaza doméstica para el régimen. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con la otra cara del dilema: el peligro de ser militarmente derrotado por los países industriales. La Unión Soviética, como antes el Imperio ruso, seguía siendo vulnerable a las potenciales amenazas procedentes de estos países. Para ocuparse de este peligro heredado del Imperio zarista, la URSS siguió los pasos de la decadente pero entonces innovadora potencia hegemónica, Gran Bretaña, y se industrializó. Tal industrialización daría también solución a una disonancia fundamental: según el «comunismo científico», un régimen comunista debía asentarse en una sociedad industrial avanzada, no en una

rural atrasada. Y esta fue la razón de que la NEP, aunque no había quebrado, fuera reemplazada por la planificación estatal centralizada al servicio de una rápida industrialización. Para que esto fuera posible, había que abastecer debidamente a los trabajadores de las ciudades. Con objeto de asegurar tal abastecimiento, era necesario que la productividad rural aumentara sin riesgos. Para alcanzar este objetivo inmediato, el Estado expropió las tierras de cultivo privadas para convertirlas en campos colectivos llamados koljoses, *kolkhozy*. Tal colectivización del campo se llevó a cabo a la vez que una rápida industrialización en las ciudades, y todo ello orquestado por un plan quinquenal centralizado.

Estos son los campos y granjas y el plan que inspiraron los «ejidos» y los planes sexenales en México. Estos son los campos, el plan y el modelo para una economía centralizada que inspiraría a muchos Estados-partido antihegemónicos en todo el globo. En oposición a este alcance global y en asombrosa contradicción con los principios fundadores del comunismo, la Revolución Comunista Global fue manifiestamente degradada por Iósif Stalin a una revolución comunista nacional con el nuevo lema de «Socialismo en un solo país».

EL CARRUSEL DE LA REVOLUCIÓN

La Primera Guerra Mundial fue un factor destacado en el descarrilamiento del «tren global» y el inicio del Gran Brexit. La Revolución Comunista Global no lo fue tanto. Sin embargo, la conformación de la Unión Soviética estableció un modelo de régimen movilizador con una actitud revisionista hacia el orden hegemónico mundial. El Estado-partido antihegemónico que surgió de la Revolución Comunista rusa (1917-1922) se convirtió en punto de llegada de las otras dos importantes revoluciones que se habían producido previamente en el siglo xx: la mexicana (1910-1940) y la china (1911-1937).

Estas tres grandísimas sociedades, basadas en gran medida en economías agrarias y gobernadas por regímenes autoritarios, estaban desconcertadas por las transformaciones que las revoluciones sinérgicas les llevaron desde fuera. Tales impactos desencadenaron importantes revoluciones que, con todas sus singularidades, tenían importantes elementos comunes subyacentes. Estos elementos comunes resultaron en una secuencia completa de trayectorias similares. En primer lugar, el punto de partida fue el problema planteado por los gemelos sinérgicos y las reformas llevadas a cabo para afrontarlos o ajustarse a ellos. A ello seguía el derrocamiento del régimen autoritario gobernante liderado por una fuerza política moderada tras las reformas insatisfactorias. Luego, el intento de las fuerzas políticas afectas al viejo régimen de revertir la situación, por un lado, y por el otro, el envalentonamiento de las fuerzas políticas radicales ante la inestabilidad política propicia para fomentar una revolución social. Dicha polarización provocó guerras civiles devastadoras que dividieron a cada uno de estos tres países. Cada uno de los bandos importantes en la conflagración intentaba reunificar todo el país bajo su mandato. Las fuerzas minoritarias se esforzaban en consolidarse en sus respectivas regiones. Mientras tanto, las fuerzas extranjeras intervenían contra las más radicales. Por último, las prolongadas y devastadoras guerras civiles acabaron con la victoria militar y la reunificación del país al mando de un Estado-partido antihegemónico. Esta secuencia de elementos comunes equivale a decir que hubo un patrón general compartido por las tres revoluciones de principios del siglo xx: el Carrusel de la Revolución.

Rusia y China, dos imperios de la pólvora atrapados en el dilema del Catch-22, entraron en una fase de reformas modernizadoras tras las derrotas militares por las potencias industrializadas (Gran Bretaña y Francia). México, una república oligárquica que por propia voluntad se rindió al libre comercio y la ventaja comparativa, también introdujo reformas similares. Con la puesta en práctica de reformas modernizadoras, estos tres

regímenes autoritarios levantaron las compuertas del control político y abrieron la posibilidad de hacer demandas. Las élites políticas lamentaban que un gobernante autócrata se hiciera con el monopolio del poder; las élites económicas se quejaban de su desplazamiento por el nepotismo doméstico y los inversores extranjeros; los obreros y campesinos se dolían de su prolongada explotación. Tal multiplicidad de agravios acumulados hizo que estallaran las revoluciones. Al principio, las revoluciones políticas derrocaban y reemplazaban a los regímenes autoritarios: el zar, el emperador, el dictador. Las fuerzas radicales se sentían fuertes gracias a la desatada inestabilidad que les permitía proponerse revoluciones sociales, mientras que las fuerzas reaccionarias se organizaban para eliminar esos cambios y restituir regímenes autocráticos. La consecuencia fueron unas guerras civiles a gran escala que desgarraban a todos estos grandes países para convertirlos en enclaves fraccionados. Las fuerzas dirigentes pretendían reunificar sus países bajo su mandato; las fuerzas minoritarias intentaban aferrarse a las que eran sus tierras.

Al final, en Rusia se impuso la fuerza radical dirigente: los bolcheviques. Su victoria se asentó en un comunismo de guerra al mando de un Estado-partido antihegemónico inspirado por el Estado de Guerra Total que surgió de la Primera Guerra Mundial. En China, la fuerza políticamente revolucionaria, el Kuomintang, consiguió imponerse siguiendo las orientaciones de la Unión Soviética y formó su propio Estado-partido antihegemónico. Entretanto, la fuerza más radical de China, el Partido Comunista Chino, aceptó la demanda soviética de suspender su intento de revolución social. Por un lado, tal exigencia refleja la transición de la URSS desde su fracasada intención de convertirse en el epicentro de la Revolución Comunista Global a su sorprendente éxito como Estado-partido antihegemónico diseminador de ese nuevo tipo de régimen político. Por otro lado, esta aquiescencia por parte del Partido Comunista Chino pospuso una dimensión fundamental de la Guerra Civil china: la

confrontación entre los bandos moderado —el Kuomintang— y radical —el Partido Comunista Chino—. Cuando la ocupación japonesa terminó (1945), China se metió de lleno en esta parte pendiente de su guerra civil durante el período de 1945-1949.

Tanto en México como en China, el bando moderado se impuso en la guerra civil y reunificó el país, eliminando algunas de las fuerzas radicales faccionarias y alcanzado acuerdos con otras. Esos acuerdos, reflejados por la ratificación de una constitución radical y el nombramiento de presidentes moderados, se tradujeron en un compromiso bloqueado. El bloqueo fue resuelto con el establecimiento de un Estado-partido antihegemónico en México presidido por Lázaro Cárdenas (1934-1938). Las disposiciones radicales de la Constitución finalmente se abordaron con medidas ejecutivas asimismo radicales. Un Estado-partido antihegemónico había emergido en México. El Carrusel de la Revolución había cruzado el océano.

TABLA 3. *De las revoluciones moderadas a las largas guerras civiles.*

	México	China	Rusia
Revolución	1910	1911	1917
Guerra civil	1913-1920	Se evita al principio 1926-1937 1945-1949	1917-1923

EL OTRO CARRUSEL: LA REACCIÓN

Pero el Carrusel de la Revolución no era el único que giraba. Cualquier intento de eliminar este carrusel ponía en marcha otro, el Carrusel de la Reacción. Un buen Carrusel de la Reacción debía calibrar su velocidad y su fuerza para hacer descarrilar la rotación del Carrusel de la Revolución. El descontento y desasosiego públicos que generaban demandas populares eran contenidos por respuestas reaccionarias en las que el ejército se convirtió en el árbitro principal de la ley y el orden, utilizando la fuerza bruta. Tras las intervenciones militares, se establecieron regímenes autoritarios con el objetivo de eliminar cualquier riesgo de que la sociedad quisiera montarse en el Carrusel de la Revolución. De hecho, el Carrusel de la Reacción superaba en fuerza y velocidad al Carrusel de la Revolución en la mayoría de las sociedades la mayor parte del tiempo y se hizo globalmente con la victoria.

Una rápida vuelta por el mundo muestra el recorrido completo del Carrusel de la Reacción durante las décadas de 1920 y 1930. Dejando de lado el núcleo del Atlántico Norte compuesto por quienes fueron los primeros en adoptar las revoluciones sinérgicas, y los estados que no salieron derrotados en la Primera Guerra Mundial (Gran Bretaña, Irlanda, Bélgica, Francia, Suiza, Países Bajos, Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia), el resto del continente europeo cayó en espiral en el Carrusel de la Reacción, con los golpes de Estado llevados a cabo por los regímenes autoritarios establecidos por el ejército en la península ibérica (España y Portugal), la península de los Balcanes (Albania, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia y Rumanía) y los estados recién establecidos como consecuencia de la primera conflagración mundial (Polonia, Lituania, Hungría, Estonia y Letonia).¹¹

Los imperios de la pólvora que habían sido atrapados en la dinámica compartida de «modernizar y perecer del Catch-22» siguieron diversas trayectorias. Rusia y China representan ca-

sos extraordinarios en los que la colisión de los carruseles de la Revolución y la Reacción provocaron prolongadas guerras civiles que terminaron con la victoria de la revolución. Los otros imperios de la pólvora no se subieron al Carrusel de la Revolución, sino que, en sincronía con la tendencia global, lo hicieron al de la Reacción. En este sentido, Irán es un caso claro, pues un golpe de Estado militar allanó allí el camino para los cincuenta y cuatro años de régimen autoritario de la dinastía Pahlevi. Rusia en el norte y Gran Bretaña desde el sur se habían repartido sus zonas de influencia iraníes ya en 1907, después de suprimir la Revolución Constitucional iraní. En este sentido, no corrieron peligro alguno durante los felices días de la Entente anglo-rusa. Pero en otros muchos sentidos, la Revolución Comunista también desbarató tal componenda.

Como consecuencia de la Revolución Comunista y el estallido de la Guerra Civil rusa, el ejército británico hizo incursiones en Rusia desde Irán. Y al revés, el Ejército Rojo entró en el norte de Irán y contribuyó a establecer una república soviética en la provincia de Guilán. A finales de la década de 1920, esta república socialista soviética persa estaba preparando la toma de Teherán. En estas circunstancias, el comandante en jefe del ejército persa, Mohammad Reza Pahlevi, dio un golpe de Estado con la ayuda de Gran Bretaña, sustituyó la ineficaz monarquía Kayar y marchó al norte para acabar con la República Soviética de Guilán. Al regresar en 1923, Reza Pahlevi pasó a ser primer ministro y, en 1925, fue coronado emperador —sah— de Persia. El Carrusel de la Reacción se había impuesto al Carrusel de la Revolución.¹²

La emergencia del autoritarismo en el antiguo Imperio otomano es más compleja. Tras los desventajosos tratados impuestos por los Aliados a la Sublime Puerta (el gobierno del Imperio otomano) al término de la Primera Guerra Mundial, en 1919 estalló la Guerra de la Independencia turca y, en 1922, emergió la República de Turquía. En 1923, el mariscal de campo que llevó al ejército turco a la victoria, Mustafá Kemal Ata-

türk, el padre de los turcos, se convirtió en el primer presidente de la República, inaugurando veinticinco años de un régimen autoritario. Como el sah Reza Pahlevi hizo por Irán, Mustafá Kemal Atatürk puso en marcha en Turquía un programa progresivo de reformas cuyo objetivo era alcanzar a los países europeos occidentales, pero con un gobierno autoritario a la cabeza. Se fomentaron las industrias, se construyeron infraestructuras, se establecieron sistemas educativos y fueron abolidas antiguas costumbres —como la de que las mujeres se taparan la cara con un velo—. Mientras esto ocurría en la parte de Anatolia del antiguo Imperio otomano, las viejas posesiones de este en el Levante quedaron sumergidas bajo una variante del autoritarismo, la variante colonial, cuando Gran Bretaña y Francia dividieron Oriente Medio con el término eufemístico de «mandatos» —legítimamente sancionados por la Sociedad de Naciones—, estableciendo los mandatos de Palestina, Siria y Mesopotamia. Esta misma variante colonial de autoritarismo continuó rigiendo el destino del Asia meridional, el Sudeste Asiático y África, eso sí, sin el eufemismo de «mandato». En aquellas latitudes, las posesiones imperiales eran lisa y llanamente denominadas colonias.

Japón siguió su trayectoria de contrapunto entre los imperios de la pólvora. La Primera Guerra Mundial supuso una oportunidad adicional para mostrar el éxito industrial y militar japonés. Sin embargo, pese a su contribución a los esfuerzos militares de los Aliados y sus ganancias imperialistas en el océano Pacífico y la costa de China a expensas, respectivamente, de Alemania y China, las potencias occidentales negaron a Japón el rango de igual entre iguales. La propuesta japonesa de una cláusula sobre la igualdad racial en la Conferencia de Paz de París, así como su exigencia del control de China, fueron rechazadas. Así Japón fue alienado por las potencias aliadas hegemónicas, mientras que domésticamente atravesaba los años turbulentos de la posguerra. Manifestaciones públicas continuas durante 1919 y 1920 exigían el sufragio universal mascu-

lino, finalmente reconocido en 1925. El emergente movimiento obrero insistía en sus exigencias económicas y sociales, mientras que los recién organizados partidos socialista y comunista tenían como objetivo, respectivamente, la reforma y la revolución.

En estas circunstancias internacionales y nacionales, en Japón empezó a cobrar fuerza un Estado-partido antihegemónico reaccionario. Al igual que en otros regímenes autoritarios, fue el ejército el que tomó las riendas en la escena política, mientras la oposición de izquierdas y los sindicatos obreros fueron disueltos por la fuerza. Pero, a diferencia de otros regímenes autoritarios, toda la sociedad japonesa fue movilizada. No lo fue por un partido de masas como en la Italia fascista, sino por el ejército. Una movilización, sin embargo, que, como en esa Italia, contaba con el apoyo de los empresarios industriales y los terratenientes y fue canalizada en campañas de conquista, empezando con la invasión de Manchuria (1931) y China (1937). Y después, las conquistas en el exterior fomentaron aún más la movilización en el interior. La Ley de Movilización General del Estado de 1938 nacionalizó industrias estratégicas y los medios de comunicación, permitió el reclutamiento de civiles como mano de obra para las industrias estratégicas y estableció el Movimiento de Movilización Espiritual Nacional, a cargo de los ministerios del Interior y de Educación, con el propósito de arengar y adoctrinar al país en guerra. En 1940, el primer ministro Fumimaro Konoe creó la Asociación Política de Asistencia al Régimen Imperial, como el único partido político permitido; todos los demás partidos fueron disueltos. Por entonces, Japón se había convertido en un Estado-partido antihegemónico reaccionario de pleno derecho.

Como en los casos de Rusia en Europa y China en Asia, México representó un Carrusel de la Revolución excepcional en América Latina. México aparte, las repúblicas oligárquicas que gobernaban por encima de unas sociedades polarizadas siguieron la tendencia autoritaria global. Durante la década de

1920, en muchas repúblicas oligárquicas de América Latina se aprobaron leyes para introducir importantes reformas políticas y sociales destinadas a ensanchar la base de participación en las elecciones y mejorar el bienestar social de las clases trabajadoras.¹³ Las oligarquías gobernantes estimaron que las compuertas de la reforma se abrían demasiado deprisa y en exceso, por lo que el Carrusel de la Reacción fue mandado a girar por toda América Latina durante la década de 1930, en perfecta sincronía con la tendencia autoritaria global. Los golpes militares depusieron a un gobierno reformista tras otro. Esto inauguró en la región un *modus operandi* que sobreviviría durante la mayor parte del siglo xx: gobiernos reformistas depuestos por la fuerza militar.¹⁴

El autoritarismo es imperecedero. El sistema de unos pocos que gobiernan en beneficio de unos pocos se remonta a la formación del Estado hace unos cinco mil años. Pero el autoritarismo que surgió en los años veinte y treinta del siglo xx era de un tipo completamente distinto. Surgió como respuesta al *tour* global de las revoluciones sinérgicas, es decir, una vez que el genio de la democratización y la política de masas ya había salido de la botella. La humanidad había vivido miles de años en sociedades rurales piramidales. Durante milenios, la «Gran Cadenina del Ser», una visión del mundo que establece una jerarquía natural que parte de Dios al rey, del rey a la aristocracia y, finalmente, a los súbditos había regido los destinos de las sociedades.¹⁵ La gira global de la pareja de gemelos puso fin a esos presu-

puestos. Las incipientes sociedades piramidales urbanas no eran tan proclives a aceptar las jerarquías y las disparidades sociales. Al contrario, estaban equipadas con toda una diversidad de visiones del mundo que iban desde el liberalismo y el nacionalismo al comunismo y el anarquismo. Estas nuevas circunstancias requirieron un nuevo tipo de autoritarismo. A partir de entonces, la primera tarea del autoritarismo era neutralizar la política de masas y desmovilizar a la sociedad, de modo que cada uno se

ocupara de sus cosas y desertara del ámbito público. Tal parálisis política de la sociedad era lo más parecido a introducir de nuevo en la botella al genio de la política de masas. Solo así es posible el gobierno de unos pocos en beneficio de unos pocos, pero no sin proclamar su legitimidad mezclando diversos elementos en distintas combinaciones de «la Gran Cadena del Ser» y las modernas visiones ideológicas del mundo. Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, la primera ola de este nuevo tipo de autoritarismo, sumado al autoritarismo colonial preexistente y en proceso de expansión, regía sobre la mayor parte de las sociedades del mundo.



MAPA 7: Regímenes políticos durante la década de 1930: democracias (en negro), no democracias (en gris), colonias (en blanco).

UN MUNDO SEGURO PARA LA DEMOCRACIA

Y así fue como poco después de que Woodrow Wilson clamara con ánimo idealista desde los aislacionistas y aislados Estados Unidos de América a favor de la guerra contra Alemania para hacer del mundo un lugar «seguro para la democracia», los Estados del mundo de hecho giraron en torno a uno de los dos carruseles. La mayoría de ellos acabaron con un gobierno autoritario o un Estado-partido antihegemónico. Por errónea que fuera la percepción wilsoniana, no fue esa la contribución de Estados Unidos a la ruina de la hegemonía mundial británica. La percepción wilsoniana que sí quebrantó la hegemonía británica fue el principio de autodeterminación. Con la Primera Guerra Mundial acercándose a su fin, el presidente estadounidense promovió un nuevo orden mundial basado en «catorce puntos». Siete de ellos se referían a pueblos específicos que tenían derecho a tener su propio país o decidir sobre su tipo de gobierno. El principio general subyacente en estas siete cláusulas era la autodeterminación: el derecho de los pueblos a determinar su destino reclamando la formación de los Estados entre cuyos límites viven.¹

El idealismo representado por el principio de autodeterminación estaba profundamente enraizado en la experiencia estadounidense, cuyo propio punto de partida fue este: la decisión de los patriotas de determinar su destino exigiendo la formación de Estados Unidos. Tanto en 1776 como en 1918, la preferencia norteamericana por la autodeterminación resultó ser muy

desfavorable para Gran Bretaña. Esta vez, en el marco de la Primera Guerra Mundial, esa preferencia tenía un alcance global. El principio de autodeterminación auspiciado por el presidente estadounidense no solo cuestionaba la propia base de la hegemonía británica, sino que también representaba un auténtico punto de inflexión de proporciones históricas.

Durante cinco mil años, la historia de la formación del Estado se rigió en general por un principio: el pez grande se come al pequeño. Los primeros Estados en emerger a partir de alrededor del año 4000 a. C. fueron las ciudades-Estado de Mesopotamia, pero ninguno de sus gobernantes logró hacerse con una red urbana completa, hasta que un faraón egipcio lo consiguió a lo largo de las riberas del río Nilo hacia el año 3100 a. C. Había nacido un reino. A continuación, las ciudades-Estado y los reinos se entretejieron en redes comerciales, diplomáticas y militares, facilitando así que el alcance del mando fuera aún mayor: el imperio. Sargón el Grande había entrado en los libros de historia como fundador del primer imperio, el Imperio acadio, en el año 2250 a. C., que abarcaba toda la antigua Mesopotamia y se acercaba a las orillas del mar Mediterráneo. En esa región siguió una larga sucesión de imperios; otra extensa lista de imperios surgió globalmente siguiendo una secuencia similar en múltiples regiones del mundo. Imperios nuevos sucedían a los antiguos. Si durante el proceso se producía algún retroceso centrífugo hacia reinos, ciudades-Estado o señores de la guerra locales, a la larga, los imperios acababan por imponerse.

En general, la regla de oro que acabamos de considerar funciona: imperios de menor extensión son desplazados por imperios mayores. De modo que la historia política del mundo era la de una cantidad de imperios cada vez menor cuyos territorios no dejaban de crecer al apropiarse de partes cada vez mayores de los continentes. En los tiempos inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, la mayor parte del planeta estaba bajo el mando de un puñado de imperios, con el preeminente Imperio británico, que poseía una cuarta parte de la masa

continental del globo. Si tal dinámica se hubiera mantenido como en los cinco mil años anteriores, no podríamos sino esperar una cantidad aún menor de imperios en territorios aún mayores o, tal vez, incluso que se cumpliese el ideal de un único imperio universal.

Pero, en su lugar, lo que ocurrió tras la Primera Guerra Mundial fue la puesta en marcha de una dinámica completamente nueva en la historia política del mundo; concretamente, la fragmentación política bajo los auspicios del principio de autodeterminación. En tan solo un siglo, el mundo pasó de ser un puñado de imperios al mando de la mayor parte de la masa continental del planeta (salvo la mayoría del hemisferio occidental, que consiguió independizarse del mando imperial en 1820, y unas pocas excepciones como Liberia, Etiopía, Afganistán y Tailandia), a ser un mundo fragmentado en casi doscientos estados. Lo que la Revolución Democrática hizo por la historia mundial de la política nacional —acabar con el perpetuo autoritarismo— la autodeterminación wilsoniana lo hizo por la historia mundial de la política internacional: acabar con la historia perpetua de una cantidad progresivamente menor de imperios de extensión progresivamente mayor.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, y durante cierto tiempo, los imperios derrotados pagaron la factura de la autodeterminación. El territorio amasado por las tres Potencias Centrales se convirtió en siete Estados-nación (Alemania, Austria, Hungría, Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia y Turquía) y tres mandatos (Palestina, Siria y Mesopotamia). Los restos del vencido Imperio ruso también fueron fragmentados en cuatro estados (Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania). Los imperios aliados vencedores, Gran Bretaña y Francia, de momento siguieron creciendo. Pero algo negativo asomaba en su horizonte. En el segundo asalto, tras la Segunda Guerra Mundial, serían ellos quienes tendrían que pagar el precio de la autodeterminación a una escala global, justo como lo hicieron los imperios derrotados en la Primera Guerra Mundial a escala europea.

Ese fatídico destino del orden mundial imperial era más grave de lo que cabía esperar: en el contexto de 1918, la autodeterminación como expresión del idealismo americano también pretendía ser una alternativa atractiva al idealismo propio de los principios del comunismo y las expectativas de una Revolución Comunista Global. Si la segunda se comprometía a la igualdad social para todos, el principio de autodeterminación prometía garantizar la libertad del dominio imperial y la condición de Estado en igualdad de condiciones a todas las comunidades nacionales. El principio de autodeterminación se convirtió en un éxito global. Durante el resto del siglo xx, el mundo fue testigo del surgimiento de ciento veintitrés estados nuevos, pasando de cincuenta y siete en 1914 a ciento noventa y seis en 2017. Esto refleja claramente la emergencia de una nueva potencia hegemónica, Estados Unidos, para la cual la autodeterminación figuraba entre las prioridades de su agenda. Pero, al alimentar las expectativas de los pueblos dominados por el autoritarismo colonial en todo el mundo sin concederles la autodeterminación con la suficiente prontitud, estos mismos pueblos acabaron por abrazar los principios del comunismo. De hecho, para muchos pueblos del mundo estas dos agendas opuestas se hicieron sinérgicas más que mutuamente excluyentes, dando a luz a una nueva pareja de gemelos —nacionalismo y socialismo—, que en diversas combinaciones fomentaron el surgimiento global de Estados-partido antihegemónicos. Durante el resto del breve siglo xx, muchos de estos nuevos estados conformados fueron gobernados por Estados-partido antihegemónicos que fusionaron ideales antes considerados como competidores.

¡ES LA ECONOMÍA, ESTÚPIDO!

Transgredir un principio de cinco mil años sobre la política mundial y reemplazarlo por uno nuevo fue el primer acto decisivo de la que se perfilaba, aunque con ciertas dudas, como la

futura potencia hegemónica. Pero Estados Unidos, como naciente potencia hegemónica, desbancó a la hegemonía británica de una forma más prosaica: haciendo saltar por los aires los cimientos de la primera globalización industrial. Los primeros años posteriores a la Primera Guerra Mundial son ampliamente conocidos como los «rugientes años veinte», los «locos años veinte», los «felices años veinte», y se asocian estrechamente con un rápido crecimiento económico, la prosperidad (por ejemplo, el crecimiento del PIB por encima del cuatro por ciento), la innovación tecnológica (por ejemplo, la radio, el automóvil, el teléfono y la red eléctrica) y la efervescencia cultural (por ejemplo, el jazz, el cine, el art déco y la moda). Pero todo esto se levantaba sobre la inestable base de un sistema de crédito blando (a largo plazo y con un interés bajo).

Todo empezó en los pasados años de guerra. En aquellos días, Estados Unidos había estado concediendo créditos a los Aliados, unos créditos con los que estos podían mantener el esfuerzo de la guerra total. Al finalizar la contienda, llegó el momento de empezar a devolver los préstamos. Para ello, Gran Bretaña y Francia confiaban en los pagos de compensación que Alemania les debía basándose en el Tratado de Paz de Versalles. Para saldar tal exigencia, ahora le tocaba a Alemania obtener préstamos provenientes de Estados Unidos.

Así que el ciclo económico resultante que se impuso en los tiempos posteriores a la Primera Guerra Mundial consistía en que el sistema bancario de Estados Unidos concediera préstamos al gobierno alemán, que utilizaba tales fondos para pagar las reparaciones a Gran Bretaña y Francia, con objeto de que estos dos países, a su vez, devolvieran al sistema bancario estadounidense la deuda generada por la guerra. Entretanto, este ciclo financiero facilitó la reactivación de la producción y el comercio internacional hasta alcanzar e incluso superar los niveles previos al conflicto. La economía globalmente integrada de la primera globalización industrial, la que creó la pareja británica de gemelos, parecía que había vuelto y estaba en plena

marcha. Con la salvedad de que esta vez la bonanza global descansaba, en muy gran medida, en los créditos concedidos por los bancos estadounidenses.

Allí fue donde el Martes Negro asestó su golpe, y lo hizo con fuerza. El 29 de octubre de 1929, la Bolsa de Nueva York quebró. Las inversiones altamente especulativas realizadas en los «locos años veinte» habían más que sextuplicado la media industrial del Dow Jones. Porque, a pesar del crecimiento del mercado de valores, el de la economía real no había superado el seiscientos por ciento en diez años. Hacia mediados de 1932, cuando la media industrial del Dow Jones tocó fondo, tenía tan solo un valor del once por ciento respecto al de antes del Martes Negro. A continuación se produjo un colapso económico. Unos cinco mil bancos de Estados Unidos cayeron en la bancarrota. Las inversiones se evaporaron. La producción cayó casi a la mitad. El desempleo se disparó. Al mismo tiempo se hundió el mercado de consumo. Y todo ello se produjo a la vez en una caída en espiral. La economía de Estados Unidos había entrado en su depresión más dura.

La naciente potencia económica no entró en depresión sola. Las bolsas y los mercados financieros se desplomaron en todo el globo de forma inmediata. Gran Bretaña no era diferente en modo alguno. El 20 de septiembre, la Bolsa de Londres quebró, a lo que siguió la espiral descendente de las finanzas, la producción, el empleo y el consumo. El resultado fue el desmantelamiento de la economía global que la gira mundial de las dos parejas de gemelos había generado gradualmente durante aproximadamente ochenta años. Con la brusca parada de las inversiones y el comercio internacionales, las economías nacionales y coloniales se enfrentaban a una reorganización fundamental de sus estructuras. Los principios rectores del libre comercio y la ventaja comparativa ya no servían, porque la demanda global incluso de productos ventajosos había caído drásticamente. En estas circunstancias, las economías de exportación agrícola-mineras de todo el mundo, cuyas exportaciones de materias

primas cayeron como resultado de la depresión, se vieron ante la necesidad de industrializarse con el fin de reemplazar sus importaciones desde los países industrializados. Estos cambios económicos que apostaban por la industrialización tuvieron importantes repercusiones sociales y políticas. Las oligarquías terratenientes a cargo del modelo de exportación agraria y minera perdieron terreno político y un nuevo liderazgo favorable a la industrialización comenzó a destacar de modo significativo apoyado por multitudes de trabajadores. Con esta transformación a nivel nacional en evolución casi simultáneamente en todo el planeta, no cabe sorprenderse de que las consecuencias para la economía global fueran importantes. Un mundo de unas economías cada vez más autosuficientes y encerradas en sí mismas equivalía al declive de la economía globalizada.

Por último, pero sin restarle importancia, la «Depresión Global» desatada por el *crack* de la Bolsa de Nueva York se sumó a los perjuicios que ya sufría la hegemonía británica al alimentar el surgimiento del quinto Estado-partido antihegemónico de la primera ola. Este provocó la Segunda Guerra Mundial, que siguió cavando la tumba de la hegemonía británica, hasta alcanzar sus dimensiones finales.²

EL CAMBIADOR DE JUEGO

Como ocurrió en Rusia, la derrota militar provocó la revolución social en Alemania. En 1917 la progresiva derrota de Rusia en la Primera Guerra Mundial trajo consigo la caída del régimen zarista, la formación de un gobierno provisional y el estallido de la Revolución Comunista. En Alemania se produjo una secuencia similar después de su derrota en noviembre de 1918. El káiser abdicó, fue declarada una república al mando de un gobierno provisional y se inició una revolución comunista en muchos lugares del país, desde Kiel al norte hasta Múnich al sur, donde en abril de 1919 fue proclamada la República

Soviética Bávara. Pero, en agudo contraste con la trayectoria rusa, en mayo de 1919, la Revolución Comunista alemana terminó. La reacción del Partido Socialdemócrata (SPD, por sus siglas alemanas), que allí estaba al mando del gobierno provisional, fue sacar a la calle no solo al ejército para acabar con la revolución, sino también a los Freikorps (cuerpos francos). Los Freikorps eran unidades paramilitares reaccionarias compuestas por veteranos de la guerra que se regían por motivaciones antirrevolucionarias, nacionalistas y racistas.

En agosto de 1919, la República Alemana se consolidó con la adopción de la Constitución de Weimar. Parecía el momento oportuno para disolver a los hasta entonces útiles Freikorps. El 20 de febrero de 1920, el gobierno ordenó la disolución de dos de los más importantes. El resultado fue, al cabo de un mes, un golpe de Estado que puso al gobierno contra las cuerdas, lo desbancó y lo puso en fuga. El gobierno de Berlín había caído ante un golpe militar. La reacción popular fue una huelga general que paralizó el país durante seis días, acabó con el golpe y devolvió al legítimo gobierno a Berlín. Sin embargo, los Freikorps habían llegado para quedarse, el gobierno ya no se metió con ellos, y su espíritu iba a contribuir significativamente al auge del movimiento nazi.

Como en Italia durante el *biennio rosso*, la situación en Alemania después de la guerra provocó protestas organizadas de los trabajadores y planes para hacerse con el poder, incluso después de la obligatoria disolución de la Revolución Comunista en 1919. Como inmediata secuela del golpe militar de 1920 y hasta 1923, los levantamientos revolucionarios brotaron por toda Alemania, de oeste a este. En marzo de 1920, los consejos de obreros (*soviets*) locales del Ruhr tomaron el poder en varias ciudades destacadas con la ayuda del Ejército Rojo de esta región. Un mes después, fueron derrotados y disueltos por el ejército y, sí, por los Freikorps. En octubre de 1923, se produjeron levantamientos comunistas fallidos en Sajonia, Turingia y Hamburgo. Por entonces, los Freikorps

habían crecido hasta convertirse en una fuerza política: el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP), dirigido por Adolf Hitler. Inspirado en la Marcha sobre Roma de Mussolini un año antes, Hitler intentó un golpe de Estado en Múnich para sobrepasar el poder del gobierno de Berlín. El intento fue sofocado, Hitler, encarcelado, y el NSDAP, marginado durante todo el tiempo en que la economía de Alemania se seguía recuperando mediante los préstamos americanos que recibía desde 1924. Este apoyo económico sacó a Alemania del frenético girar de los carruseles de la Revolución y la Reacción, mientras iban llegando los préstamos. El Martes Negro (en noviembre de 1929) dejaron de hacerlo. Los carruseles volvieron a girar a toda velocidad durante otros tres años hasta que, como solía suceder, se impuso el reaccionario. En 1933, Alemania se convirtió en un Estado-partido antihegemónico reaccionario.

Como ocurría en Italia, en Alemania el Estado-partido antihegemónico se asentaba en una coalición compuesta por terratenientes y pequeños propietarios agrícolas, empresarios industriales, la clase media urbana y una parte de la clase obrera, que como clase organizada fue sistemáticamente reprimida. Sin embargo, a diferencia de Italia, en el caso de Alemania no existían restricciones a la concentración del poder. En julio de 1933, todos los partidos políticos menos el NSDAP fueron prohibidos, y las elecciones celebradas en noviembre de 1933 derivaron en un Estado-partido. Arriba, y con la adopción del título de Führer, Hitler incorporó la autoridad presidencial a sus prerrogativas como canciller después de que, en 1934, falleciera Paul von Hindenburg. Abajo, los nazis instituyeron a nivel local unos gobernadores especiales del Estado. Por último, el ejército pasó también al mando de los nazis. Esta centralización del poder por el partido, unida a la continuidad de las instituciones y el servicio civil, dio lugar al desarrollo de instituciones paralelas que, mediante la competencia y el solapamiento entre sí, como en el caso del líder juvenil del Reich con el ministro de

Educación, o el líder de las SS del Reich con el ministro de Defensa y el ministro de Economía, o el *Waffen Schutz Staffel* * y el ejército, maximizaron el monopolio del Estado sobre la violencia ejecutada por el complejo SS-Gestapo-SD.

La política económica hasta 1936 recordaba al «Estado corporativo» de Italia: supresión de los sindicatos, reducción del desempleo y control de los salarios. Con la salvedad de que la política autárquica puesta allí en práctica fue sustituida en Alemania por una política de acuerdos comerciales favorables con los Estados-nación de los Balcanes y Sudamérica como proveedores de materias primas y destinatarios de créditos para comprar productos industriales alemanes. En 1936 se puso en marcha un plan cuatrienal cuyo objetivo era la agricultura autosuficiente, la industria y unas mejores infraestructuras. La economía planificada centralizada se consolidó aún más cuando empezó la Segunda Guerra Mundial. Alemania fue el único estado occidental que consiguió acabar con el desempleo entre 1933 y 1938. Durante estos mismos años, el régimen nazi llevó a cabo una agresiva política expansionista que, en 1939, se convirtió en política de guerra. Partiendo de la destrucción del orden hegemónico mundial tal como se recompuso en el Tratado de Versalles, esta política continuó con la incorporación de los Estados-nación y los territorios habitados por personas que hablaban alemán. Y acabó siendo una política aún más expansionista que pretendía hacerse con el continente europeo o todo el globo.³

* La rama de combate de las SS del Partido Nazi, compuesta por hombres de la Alemania nazi, además de voluntarios y reclutados de las zonas ocupadas o no ocupadas. (N. del t.)



MAPA 8. *Estados-partido antihegemónicos en las décadas de 1930 y 1940: por reacción, por dirección, por imitación.*

SEGUNDO ASALTO

La Segunda Guerra Mundial fue muy diferente de la primera, pero, al mismo tiempo, muy similar. La Gran Guerra destacó por ser estática y defensiva; la Segunda Guerra Mundial, por ser un conjunto de rápidas campañas de conquista. En la Primera Guerra Mundial se enfrentaron sobre todo ejércitos enemigos; en la Segunda Guerra Mundial, el objetivo deliberado eran las poblaciones civiles y las infraestructuras. De modo que los medios y los escenarios eran notablemente distintos, pero algunos de los objetivos eran asombrosamente parecidos. Por segunda vez, Alemania intentó reivindicar su lugar en el orden mundial, y esto suponía asociarse con Gran Bretaña o enfrentarse a ella. Cuando la potencia hegemónica mundial convino en apaciguar la situación pero sin colaborar, las dos potencias chocaron de frente de nuevo después de una interrupción de veinticinco años. Por segunda vez, Alemania partía atrapada entre Fran-

cia y Rusia en el continente y frenada en el mar por Gran Bretaña como ocurrió en 1914. A partir de estos puntos de partida comunes, algunas semejanzas evolucionaron.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1939, Alemania ya se había anexionado Austria y había ocupado los Sudetes, Bohemia y Moravia (la actual República Checa), y entre 1940 y 1941, se sumaron a los esfuerzos militares alemanes los Estados nacionales surgidos de las antiguas regiones del desaparecido Imperio austrohúngaro —Hungria, Rumanía, Croacia y Bosnia—, Eslovaquia y Bulgaria. Así pues, se trataba de una copia casi exacta de la formación geopolítica de las Potencias Centrales de la Primera Guerra Mundial, con la importante excepción de la neutralidad de la República de Turquía, la cual surgió del desplome del Imperio otomano. Una vez más, esta formación, ahora bajo el gobierno nazi, se enfrentó a las perspectivas de un frente oriental que, desde el mar Báltico al mar Negro, formaba una línea de mil seiscientos kilómetros, y un frente occidental que discurría desde el mar del Norte hasta la frontera francesa con Suiza, con un total de seiscientos kilómetros. Se diseñó una especie de Plan Schlieffen cuyo objetivo, una vez más, era neutralizar la frontera oriental y emplear el grueso del poder militar de Alemania en una rápida toma de París.

Esta vez, la aquiescencia rusa se logró efectivamente por medios diplomáticos, estableciendo una colaboración entre una pareja aún más extraña (véase más arriba, pág. 138). El 23 de agosto de 1939, los ministros de Asuntos Exteriores nazi y soviético firmaron el Pacto Ribbentrop-Mólotov, con el que acordaban la no agresión mutua y la división de los territorios que iban desde el mar Báltico al mar Negro. En consecuencia, la Unión Soviética ocupó Estonia, Letonia y el sur de Finlandia, la mitad oriental de Polonia y algunas partes de Rumanía y, por una enmienda posterior, también Lituania. Alemania conquistó en un mes la mitad occidental de Polonia, lo que decidió a Francia y Gran Bretaña a declarar la guerra. Fue una declara-

ción casi sin consecuencias, pues no se produjo ninguna acción importante hasta que llegó la hora de que Alemania volviera a tomar la iniciativa. A partir de mayo de 1940, el ejército alemán encerró rápidamente a los ejércitos francés y británico en Bélgica después de entrar por sorpresa en el norte de Francia a través del macizo de las Ardenas. Lo siguiente fue la rápida toma de París el 14 de junio. Aunque con variaciones, el Plan Schlieffen había demostrado ser acertado treinta y cinco años después de su concepción y veintiséis después de que se intentara por primera vez.

A continuación, se abordó la amenaza naval que suponía Gran Bretaña. En este mismo sentido, la Segunda Guerra Mundial fue una mezcla de lo nuevo y lo viejo en comparación con la primera. La novedad destaca durante la Batalla de Inglaterra con el papel decisivo de las fuerzas aéreas, la Luftwaffe y la RAF. La recurrencia está representada por los ataques submarinos alemanes que hundieron unos catorce millones y medio de tonelaje bruto hasta las profundidades del océano Atlántico. Gran Bretaña resistió de nuevo el asalto alemán. Esta vez, sin embargo, a pesar de todas las pérdidas sufridas, la guerra de submarinos no fue suficiente para convencer a Estados Unidos para que entrara en la conflagración. Tal paso solo se dio después del ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. El Japón de la era Showa había sido excluido del club imperial occidental, por lo que se convirtió en un Estado-partido antihegemónico y, en consecuencia, había cambiado de bando en las alianzas globales. Esta vez Japón puso en marcha sus ambiciones imperiales en Asia bajo la bandera de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» y se alió con las potencias del Eje.⁴

Alemania apoyó inmediatamente el ataque japonés declarando la guerra a Estados Unidos con la esperanza de que Japón abriera un frente oriental contra la Unión Soviética, que la Alemania nazi había invadido implacablemente en junio de 1941, llegando hasta las afueras de Leningrado, Moscú, Stalin-

grado y Bakú. Con París bajo el gobierno nazi y Japón como parte del Eje, esta vez era Rusia la que se quedaba atrapada por sus dos flancos, no Alemania. Pero, disuadido por anteriores derrotas ante los soviéticos en 1939 y concentrado en su avance hacia el sur, Japón nunca abrió este frente contra la URSS. Tampoco las campañas de la tercera potencia del Eje resultaron favorables para la posición de Alemania.

El objetivo de Italia, que había firmado el «Pacto de Acero» con Alemania en 1939, era la cuenca mediterránea oriental. Conquistó Albania en 1939, fracasó en su intento de ocupar Grecia en 1940 y sufrió un importante revés en el norte de África en 1941. El fallido intento de derrotar a los británicos en Egipto acabó con la retirada del ejército italiano a su baluarte en Libia. Para hacerse con el frente mediterráneo, Alemania acudió a rescatar a Italia. En la primavera de 1941, la víspera de la invasión de la Unión Soviética, Grecia fue conquistada y se reanudó el ataque al Egipto británico. Durante los dos años siguientes, las potencias del Eje siguieron presionando en todos los frentes: la Unión Soviética, la cuenca mediterránea y el Sueste Asiático, sitiando a todo el hemisferio oriental, aunque perdiendo fuerza progresivamente.

En la primavera de 1943, se produjo el cambio de sentido casi simultáneamente en los tres escenarios de la guerra, con la victoria estadounidense en la campaña de Guadalcanal, en el Pacífico, la aniquilación por parte de los Aliados de la presencia del Eje en el norte de África y, lo más importante, la victoria soviética en Stalingrado. Durante los dos años siguientes, los Aliados avanzaron gradualmente, pero de forma sistemática. Italia se rindió en septiembre de 1943, con la salvedad de que los nazis mantuvieron el norte de la península italiana ocupado hasta el final de la guerra. Alemania, en contraste con los tempranos éxitos de la concepción de Schlieffen, acabó, no obstante, atrapada entre los estadounidenses y los soviéticos, y se rindió en mayo de 1945. También Japón terminó bajo la pinza americano-soviética, pero su rendición en agosto de 1945 fue

consecuencia de las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki. La Segunda Guerra Mundial había terminado y, con ella, la hegemonía británica.⁵

ADIÓS AL TREN GLOBAL

El «tren global» de las dos parejas de gemelos del que tiraba una locomotora llamada Gran Bretaña finalmente descarriló en 1945, después de una serie de golpes asestados por los tres casos excepcionales. Dos rondas de guerra total contra coaliciones lideradas por Alemania, la pérdida del liderazgo financiero y la Gran Depresión que partió de Wall Street, el nuevo horizonte político abierto por el principio de la autodeterminación establecido por Estados Unidos, la naciente potencia hegemónica, y el inspirador modelo de organización política —el Estado-partido antihegemónico— que la fallida Revolución Comunista Global ofreció a todo el planeta: todo ello condujo al Gran Brexit. Un nuevo mundo feliz despuntaba en el horizonte. Un nuevo mundo feliz en el que cada sociedad se dedicaría a poner en marcha su propio tren nacional. La posibilidad de progresar parecía ahora abierta para todos. ¿Pero progresar sobre los rieles de un tren? ¿O sería mejor moverse en automóviles en lugar de trenes? ¿Es decir, en automóviles americanos?

CUANDO NOS CONVERTIMOS EN AMERICANOS¹ O SOVIÉTICOS (1946-1973)

LAS SERIES MUNDIALES

Se dice que el fútbol es un juego de caballeros que practican los brutos y que el rugby es un juego de brutos que practican los caballeros. Ambos enmarcan la corta lista de los seis deportes más populares del mundo: el primer puesto para el fútbol; el sexto, para el rugby. Entre estos dos, destaca otro par de origen británico y práctica global: el críquet y el tenis.² Sin embargo, ninguno de ellos figura en la lista de los deportes más populares de Estados Unidos. Al parecer, los americanos prefieren en primer lugar la «Serie Mundial». En esta serie, la palabra *mundial* solo se refiere a los campeones de la Liga Americana y Nacional de los equipos de béisbol que únicamente existen en Estados Unidos y Canadá. En segundo lugar, o primero, dependiendo de cómo se miren las clasificaciones, está el fútbol, es decir, el fútbol americano. La Liga Mundial de Fútbol Americano (NFL por sus siglas inglesas), en su día una filial de la Liga Nacional de Fútbol Americano, era más ambiciosa en su alcance geográfico que la «Serie Mundial». Incluía equipos de Alemania, Países Bajos, España y Reino Unido, además de los de Estados Unidos y Canadá. Pero solo duró, con algunas interrupciones y reanudaciones, desde 1991 hasta 2007. La Liga Nacional de Fútbol Americano actual consta de treinta y dos equipos, todos con base en Estados Unidos.

Es revelador que el críquet y el béisbol pertenezcan a la misma familia de juegos en los que se utilizan palos y pelotas. Su semejanza es comparable con la del rugby y el fútbol (americano), cuyo nombre induce a confusión respecto a lo que el resto del mundo llama fútbol (y los americanos *soccer*). Mientras todos nos convertíamos en británicos, los americanos se reivindicaban, no solo «alterando» los tipos de deporte existentes, sino también creando otros completamente nuevos, sobre todo el baloncesto, un juego ideado por ellos y popularizado en todo el mundo. Al contrario que Inglaterra, Estados Unidos ha sabido preservar un claro liderazgo en el deporte que ha difundido por todo el mundo. Desde el final de la Guerra Fría, el equipo de baloncesto de Estados Unidos ha sido el habitual medallista de oro en los Juegos Olímpicos, salvo por una sonada derrota frente a Argentina en 2004.

La escena deportiva estadounidense revela tres cosas acerca del lugar del país en el mundo. Primera, los americanos rechazaron la hegemonía británica desde el principio y exigieron con determinación su independencia política, económica y cultural. Segunda, la pasión por los deportes de origen local refleja la inclinación histórica de Estados Unidos hacia el aislacionismo. Tercera, la hegemonía mundial de Estados Unidos que surgió y se desarrolló a partir del final de la Segunda Guerra Mundial era diferente de la británica que la precedió, no solo por el tipo de deportes más populares, sino en otros muchos sentidos.

El secreto del éxito que catapultó a Gran Bretaña a su posición fue la puesta en marcha de las revoluciones sinérgicas gemelas: la industrial y la democrática. El nacimiento de Estados Unidos en 1776 es un ejemplo primigenio de la Revolución Democrática y, cien años después, la Revolución Industrial despegó con fuerza en la nueva nación —con tal rapidez que en 1916 la producción industrial de Estados Unidos ya había sobrepasado la de todo el Imperio británico—³. Así que la naciente potencia hegemónica del siglo xx había incorporado completamente y pasado a liderar las revoluciones sinérgicas, requisito previo

para proponerse alcanzar la hegemonía mundial. Asimismo, después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos recibió con los brazos abiertos a los otros gemelos de la hegemonía mundial: las ideas y las políticas del libre comercio y la ventaja comparativa. La adopción de ambas tuvo lugar después de una larga trayectoria de políticas proteccionistas aplicadas por Estados Unidos. A partir del *Report on the Subject of Manufactures* (1791) (Informe sobre el tema de las manufacturas) de Alexander Hamilton, se aplicaron políticas proteccionistas intensificadas después de la Guerra de Secesión (1861-1865) y a raíz de la Gran Depresión (1929). Pero el paso del proteccionismo al libre comercio fue un signo destacado de que se había conseguido el estatus de potencia hegemónica mundial: dejemos que todos compitamos libremente y que prevalezcamos nosotros, la potencia hegemónica mundial.

Sin embargo, las dos parejas de gemelos que impulsaron la hegemonía mundial británica durante el siglo XIX —las revoluciones sinérgicas y su pareja de ideologías y políticas—, aunque necesarias para mantener la hegemonía durante el siglo XX, no eran suficientes. Había que esperar más innovaciones de la potencia hegemónica mundial, vanguardia de la economía, la tecnología, la política y la cultura. Además, las diferentes trayectorias históricas de Gran Bretaña y Estados Unidos, así como sus dispares circunstancias globales, incitaban a adoptar sistemas hegemónicos distintos. La combinación de estos factores explica la emergencia de un nuevo estilo hegemónico mundial liderado por Estados Unidos.

HEGEMONÍA E IMPERIO: GRAN BRETAÑA

Gran Bretaña pasó a ser la potencia hegemónica mundial del siglo XIX tras haberse expandido como imperio global durante tres siglos. El establecimiento de Jamestown, Virginia, en 1607 marcó el éxito del inicio de la colonización británica de Norte-

américa, que se tradujo en la consolidación de las Trece Colonias. Asimismo, la fundación de Terranova en 1610 representó los inicios de lo que, en 1841, se había convertido en la Provincia Unida de Canadá. La colonización de las islas de San Cristóbal, Barbados y Nieves fue la punta de lanza de la presencia británica en el Caribe a partir de la década de 1620. Veinte años antes de la Revolución Americana (1776), los británicos consiguieron reafirmar su presencia en la India cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales estableció su capital en Calcuta (1757) y nombró a su primer gobernador-general. Cien años después del estallido de la Revolución Americana, la reina Victoria fue coronada, en 1876, como emperatriz de la India.⁴

Cuando finalmente las Trece Colonias se perdieron y pasaron a manos de los patriotas americanos en 1788, ya se estaba trabajando para empezar la colonización de Australia. El Tratado de Waitangi, firmado en 1840 entre la Corona británica y los jefes maoríes, dejaba Nueva Zelanda bajo la soberanía británica. En 1872, un levantamiento de las descontentas tribus maoríes fue reprimido y aniquilado completamente.⁵ En 1874, el Tratado de Pangkor facilitó el control británico sobre los gobernantes malayos, exactamente cincuenta años después de que los holandeses cedieran a los británicos parte de su control de la península malaya en las Indias Orientales Neerlandesas (la actual Indonesia).⁶ En 1884, Holanda, Alemania y Gran Bretaña acordaron repartirse la isla de Nueva Guinea. En ese mismo año, en la Conferencia de Berlín, se abordó la competencia europea por colonizar África: el reparto de África (véase más arriba, pág. 77). Al inicio de la conferencia, más o menos el diez por ciento de África estaba bajo el control colonial europeo. En 1914, menos del diez por ciento de África quedaba fuera de este dominio. Gran Bretaña se llevó la mayor parte, que después, en 1919, amplió con la adquisición de las colonias alemanas como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. En definitiva, Gran Bretaña se quedó con la mayor parte de la mitad oriental del continente africano, desde Sudáfrica a Egipto.

to, así como las zonas más pobladas de la mitad occidental, en el litoral del golfo de Guinea (Nigeria, Camerún, Costa de Oro y Sierra Leona). Por último, también tras la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña amplió sus dominios en Oriente Medio. A sus posesiones en el sur de la península arábiga, el golfo de Omán y el golfo Pérsico, sumó en 1919 el Creciente Fértil en forma de mandatos de la Sociedad de Naciones sobre Palestina, Transjordania y Mesopotamia. Jamestown en 1607, Jerusalén en 1917: trescientos diez años empleados en la configuración de un imperio global con anterioridad o a la par de su ascenso como potencia hegemónica mundial.

Para Gran Bretaña, gobernar una quinta parte de la masa y la población continentales era una condición necesaria pero insuficiente para llegar a ser la potencia hegemónica mundial. El resto del mundo quedaría fuera de su alcance a menos que se entrelazara con el imperio informal de Gran Bretaña, convencido por el atractivo de su liderazgo económico, tecnológico y cultural o, si no, por su implacable poder militar. Este último quedó demostrado por la derrota de sus oponentes más acérrimos. El primero y más importante de esta lista fue el Imperio francés, arrasado en la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y destruido hacia el final de las Guerras Napoleónicas (1803-1815). La Guerra de los Siete Años dismanteló el Imperio francés en Norteamérica y la India, cuyas posesiones se las incorporó el Imperio británico. El objetivo de la revancha napoleónica fue, en primer término, entorpecer las comunicaciones entre Gran Bretaña y su Joya de la Corona (India), tomando momentáneamente Egipto en 1798. Después de este fracasado intento y a partir de 1803, Napoleón ocupó con éxito la Europa continental hasta que una amplia coalición europea, liderada y financiada por Gran Bretaña, precipitó su derrota en 1815.⁷ En ese punto, el archienemigo más duradero de Gran Bretaña se convirtió en aliado. Aquel mismo año, la resentida antigua colonia, Estados Unidos, ratificó el Tratado de Gante, que acabó con la segunda ronda de conflictos armados con Gran Bretaña: la guerra de 1812. Este tratado mar-

có el inicio de la más estratégica de todas las alianzas, entre la potencia hegemónica del siglo xix y la que iba a convertirse en la potencia hegemónica mundial en el siglo xx.

Con estos dos antiguos enemigos apaciguados y alineados, Gran Bretaña se embarcó en la creación de su imperio informal, es decir, su dominio de otros Estados y sociedades sirviéndose de su dependencia económica, la interferencia en sus decisiones políticas, la influencia cultural y, si era necesario, el recurso a la violencia, pero sin que se convirtiera en ocupación permanente.⁸ Los Estados de Sudamérica recién independizados fueron el primer y principal ejemplo, con la habitual dinámica de sus élites gobernantes asociándose de buena gana con la potencia hegemónica mundial. Salvo alguna excepción, como sucedió con la Confederación Argentina dirigida por Juan Manuel Rosas, quien, a partir de 1845, puso en marcha una política económica proteccionista en lugar de sumarse al libre comercio propiciado por Gran Bretaña. La respuesta fue un bloqueo naval a Argentina durante cinco años y la navegación de las flotas mercantes británicas y francesas por los ríos de este país, violando su soberanía. Este episodio constituye el primer caso en que los antaño enemigos acérrimos disfrutaran de su cordial entendimiento o *Entente Cordiale*.⁹ Este episodio de proteccionismo, que en América Latina era una excepción a las políticas de libre comercio, en el caso de China era la norma. En ese país, los mercaderes británicos no tenían la opción de comerciar con manufacturas competitivas, ya que el Reino Medio (es decir, China) no las quería aceptar. En su lugar, los mercaderes británicos se dedicaron al tráfico de drogas ofreciendo opio. La posición china en contra del libre comercio, o el tráfico de drogas, era firme y desencadenó en su momento una diplomacia de lanchas cañoneras. Después de las dos rondas de las Guerras del Opio (1839-1842; 1856-1860), el Imperio chino gravitaba, muy a su pesar, hacia el imperio informal británico (véase más arriba, pág. 111). Y, sí, la Segunda Guerra del Opio fue también una expedición de británicos y franceses asociados.

La hegemonía mundial británica era el fruto maduro de tres siglos de expansión imperial. Desde sus modestos orígenes durante el siglo XVI, buscándose la vida arrebatando los tesoros y los territorios que no estaban al alcance de los españoles, Inglaterra y las otras potencias atlánticas —Portugal, Francia y Países Bajos— derrotaron finalmente a España y acabaron con su poder global hacia mediados del siglo XVII (1648; el final de las guerras de los Treinta Años y los Ochenta Años es un buen punto de inflexión para el estudioso). Durante el siglo y medio siguiente, Gran Bretaña cultivó con éxito su imperio al tiempo que sometía (a Portugal) o derrotaba (a Países Bajos y Francia) a las otras potencias atlánticas con las que había colaborado para desplazar a España. Como líder único e indiscutible al mando del mayor imperio marítimo —y más aún con un creciente imperio informal impulsado por las dos parejas de gemelos—, Gran Bretaña, a partir de 1815, tras las Guerras Napoleónicas, estaba firmemente en su camino de hacer realidad su perdurable vocación imperial y hegemónica. En 1851, la hegemonía mundial británica se celebró en la Gran Exposición de Londres.

HEGEMONÍA E IMPERIO: ESTADOS UNIDOS

Esta mezcla de imperio formal e informal fomentada por las dos parejas de gemelos que reflejaban y asentaban con mayor fuerza la hegemonía mundial británica también estuvo presente en el surgimiento y el desarrollo de Estados Unidos. Y, sin embargo, la potencia hegemónica del siglo XX combinó esta mezcla a su modo particular. Un aspecto esencial es que la hegemonía mundial estadounidense no empezó levantando un gran imperio global, sino tomando la iniciativa en el desmantelamiento parcial de otro, el británico. Este momento fundacional se convirtió en el sello distintivo de la experiencia de Estados Unidos: el anticolonialismo se convirtió en valor supremo, alma,

espíritu y mente de la nación en proceso de desarrollo. Más aún, el anticolonialismo estadounidense fue ejemplar para la mayoría de otros americanos más allá de Estados Unidos, que emprendieron su propio camino hacia la emancipación poco después (1810-1822), incluso tan tarde como en 1898. Aun globalmente, los pueblos del mundo gobernados por media docena de imperios coloniales europeos que se afanaban en conseguir su propia emancipación se inspiraron en el anticolonialismo estadounidense. Sin duda, el disparo que inició la Revolución Americana se escuchó en todo el mundo y su eco perduró durante dos siglos después de apretar el gatillo.¹⁰ Y con este seductor mensaje anticolonial destinado a un mundo uncido en el yugo del colonialismo, Estados Unidos ya mostraba el camino al futuro, ejercía el liderazgo con su ejemplo, y con ello señalaba su propio potencial hegemónico mundial.

Pero la nación anticolonial pasó muy pronto a establecer su propio imperio. La misma Guerra Revolucionaria que puso en marcha la primerísima descolonización moderna, simultáneamente y en paralelo animaba a la conquista de los territorios de los americanos nativos al este de los montes Apalaches.¹¹ De hecho, parte de la motivación de los patriotas en la Guerra Revolucionaria era anular la prohibición de expandirse hacia el Oeste impuesta por la Proclamación Real (1763). Así que el mismo Tratado de París que puso fin a este conflicto no solo reconocía la independencia y soberanía de Estados Unidos, sino que trasladó su frontera occidental desde los Apalaches hasta el río Misisipi. La compra de Luisiana (1803) a Napoleón duplicó el tamaño de Estados Unidos y llevó la frontera occidental hasta las Montañas Rocosas. La anexión de la República de Texas (1845) en detrimento de México, la incorporación del Territorio de Oregón (1846), partido por vía diplomática con Gran Bretaña, y —«¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!»¹²— la cesión mexicana de su tercio más noroccidental (1848) completaron la expansión hacia el Oeste. Estos logros diplomáticos frente a las grandes potencias y las victorias milita-

res sobre México fueron siempre a la par de la desposesión y el desplazamiento de las sociedades nativas, que sufrieron abrumadoras derrotas militares. Setenta años después de que el disparo revolucionario se oyera en todo el mundo, se había asentado un imperio continental que se extendía desde el Atlántico al Pacífico.

Tal éxito continental parecía que había materializado el «Destino Manifiesto», la idea de que las especiales virtudes del pueblo estadounidense y sus instituciones no solo debían regir en Norteamérica, sino en todo el hemisferio occidental. Por otro lado, este logro iba unido a la inquietud que despertaba la conciencia de que la «frontera americana» —el espacio abierto en dirección hacia el Lejano Oeste, que promovía la libertad, la democracia, el individualismo y el espíritu emprendedor (véase más arriba, pág. 90)— acabaría al llegar a las orillas del Pacífico. Y de ahí que Estados Unidos se embarcara en un imperialismo marítimo a finales del siglo xix. La compra de Alaska al Imperio ruso en 1867 supuso la primera vez que la expansión de Estados Unidos no se producía en un territorio contiguo a sus fronteras. Esa adquisición también señaló una inversión adicional en la costa del Pacífico, pues el recién incorporado Departamento de Alaska no solo expandía la ribera del Pacífico, sino que también servía de puente a unas sesenta islas, las islas Aleutianas, como puntos de parada cruciales de camino a Asia. La isla de Midway, en el Pacífico, ocupada por Estados Unidos ese mismo año, extendió aún más esta plataforma logística. Esta nueva tendencia expansionista alcanzó su cénit en 1898, el año en que Estados Unidos se convirtió en imperio marítimo global con la anexión del archipiélago hawaiano y la conquista a España de las Filipinas y la isla de Guam en el océano Pacífico, así como Cuba y Puerto Rico en el mar Caribe. Dos años después, las islas de Samoa Occidental pasaron a ser un protectorado americano. Y así, Estados Unidos entró en el siglo xx como un imperio continental y marítimo que además alimentaba a su imperio informal.

Las semillas del imperio informal de Estados Unidos ya se sembraron en 1823, cuando el presidente James Monroe advirtió de que cualquier otro esfuerzo de los países europeos por controlar algún Estado independiente de América del Norte o del Sur sería considerado como «la manifestación de una disposición hostil hacia Estados Unidos». En la década de 1840, esta declaración había evolucionado y pasó a ser conocida como la Doctrina Monroe. Es interesante que, como la Guerra Revolucionaria hizo antes, la Doctrina Monroe mezcla el anticolonialismo y el imperialismo.¹³ La dimensión anticolonial se muestra claramente en su texto: ¡Las Américas para los habitantes de las Américas! No para las potencias europeas. Y por esto, los patriotas de América Latina manifestaban su gratitud.¹⁴ La dimensión imperialista, o, más exactamente, la dimensión imperialista no formal, está en su subtexto: ¡Las Américas para los Estados Unidos de América! Bloquear el acceso imperial de las potencias europeas al hemisferio occidental facilitó el desarrollo de un imperio informal de Estados Unidos en dicho hemisferio.

Gran Bretaña, la potencia hegemónica mundial, podía aceptar razonablemente tales perspectivas, pues lo que le interesaba era bloquear cualquier intento de los países europeos de recuperar sus posesiones coloniales en las Américas. Y, desde luego, su Armada Real era el único instrumento posible para poner en práctica esta doctrina. De modo que las aspiraciones de poder europeo en las Américas quedaron limitadas mientras los aliados estratégicos surgidos del Tratado de Gante (1814) —Gran Bretaña y Estados Unidos— delimitaron tácitamente sus respectivas zonas de influencia en el hemisferio occidental. México y la mayor parte de América Central eran para Estados Unidos; Sudamérica, para Gran Bretaña; y la cuenca del Caribe siguió siendo un hueso duro de roer y objeto de polémicas. De ahí que, cuando los británicos tomaron las islas Malvinas, rebautizadas como Falklands, de las Provincias Unidas del Río de la Plata (la actual Argentina) en 1833, Estados Unidos, pese a

la Doctrina Monroe, guardó silencio. Lo mismo hizo durante el bloqueo y la campaña naval antes mencionados contra la pro-teccionista Argentina durante 1838 y hasta 1850 (véase más arriba, pág. 155).¹⁵ En cambio, Estados Unidos no se quedó callado cuando con Napoleón III de Francia conquistó México en 1862. En cuanto terminó la Guerra de Secesión estadounidense (1865), el presidente Andrew Johnson exigió la evacuación francesa, impuso un bloqueo naval y suministró armas y munición a la insurgencia mexicana liderada por Benito Juárez.

Casi hasta el final del siglo XIX, Estados Unidos se abstuvo de interferir en las actividades de Gran Bretaña en Sudamérica. Así fue hasta que en 1895 se produjo una disputa territorial entre Venezuela y Gran Bretaña, que quería ampliar su colonia de la Guayana Británica hacia el oeste en detrimento del país sudamericano. Esta vez, Estados Unidos sí se interpuso en el camino de los británicos imponiendo su arbitraje. Tal mediación, sin embargo, acabó por conceder la mayor parte del territorio en disputa a Gran Bretaña.¹⁶ No obstante, fue un momento fundacional para la reivindicación por parte de Estados Unidos de su zona de influencia. Tal reivindicación cobró mayor importancia con la guerra contra España, con la que Estados Unidos sumó un imperio marítimo al continental y expandió su imperio informal en el hemisferio occidental. Desde entonces, Estados Unidos ha intervenido activamente en operaciones diplomáticas, militares, encubiertas y directas en toda América Latina; la lista de unas setenta intervenciones de este tipo es demasiado larga para enumerarla.

En los albores del siglo XX, Estados Unidos acumulaba muchos de los atributos que hicieron de Gran Bretaña la potencia hegemónica del mundo: revoluciones sinérgicas de pleno derecho y la combinación de un imperio global y otro informal. Sin embargo, Gran Bretaña había competido por la cúspide global durante tres siglos, mientras que Estados Unidos fue ambiguo sobre tal aspiración desde el principio. Para empezar, Estados Unidos estaba inmerso en su dualidad antimperialista/imperia-

lista. El antimperialismo de su guerra revolucionaria difícilmente encaja con el imperialismo de la Frontera Americana, el Destino Manifiesto y el levantamiento de un imperio entre el Atlántico y el Pacífico. El antimperialismo explícito de la Doctrina Monroe, decidido a cuidar de la independencia de sus nuevas socias, las repúblicas de América Latina, contrastaba con el imperialismo implícito de esta misma doctrina al delimitar el hemisferio occidental como su exclusiva esfera de influencia. Además, más allá de esta crucial dualidad antimperialista/imperialista, la Doctrina Monroe (incluso en su sentido imperialista) era de un alcance demasiado restrictivo —únicamente el hemisferio occidental— para resultar verosímil a la que iba a ser la potencia hegemónica mundial.

Tal limitación autoimpuesta está relacionada con dos condiciones adicionales que distinguen la trayectoria estadounidense respecto de la británica. En primer lugar, cuando Estados Unidos había cumplido las necesarias condiciones para pasar a ser un imperio global, el mundo ya estaba repartido en gran medida por los imperios globales europeos, y una potencia hegemónica mundial indiscutible estaba en lo más alto de este orden. Si a Estados Unidos le interesaba reorganizar la distribución llevada a cabo por los imperios globales y enfrentarse directamente a la potencia hegemónica mundial, tendría que seguir una trayectoria no muy distinta de la de Alemania. Como en el caso alemán, Estados Unidos ya tenía una economía proteccionista que le llevó a superar la producción industrial y las ambiciones de expansión naval de Gran Bretaña como instrumento necesario para el imperio y el comercio globales.¹⁷ Pero Estados Unidos no emprendió el camino de confrontación como hiciera Alemania. En su lugar, como alternativa a la división imperial del globo, articuló y fomentó su propia visión hegemónica al abordar uno de los últimos lugares importantes que quedaban por conquistar: China. Mientras las potencias imperiales europeas y Japón se preparaban para repartirse China, como habían hecho con África hacía una década (véase más arriba, pág. 153),

Estados Unidos lanzó e impuso con éxito la Política de Puertas Abiertas (1899-1900). Según tal política, ninguna potencia extranjera ocuparía territorio chino ni reemplazaría a la administración china. Al contrario, el libre comercio con China se garantizaría por igual a todas las partes interesadas. La mitad antimperialista de la dualidad americana influyó en la Política de Puertas Abiertas: no habría más conquistas imperiales. Sin embargo, dicha política también ilustra un elemento emergente de la incipiente hegemonía mundial americana: el imperio informal mediante la imposición del libre comercio.

Esta vía alternativa, expresada en la idea de la Política de Puertas Abiertas, refleja no solo el componente antimperialista de la dualidad americana, sino también su creciente confianza en su poder económico. Como le ocurrió a Gran Bretaña cuando se convirtió en el «taller del mundo», la idea del libre comercio equivale a decir «permitamos a todos competir libremente en el mercado mundial y dejemos que solo nosotros, la economía industrial de mayor potencia, prevalezcamos en él». Esta decisión americana formulada al final del siglo XIX era indicativa de la base sobre la que se sustentaría su hegemonía mundial en el siglo XX.

Pero el carácter restrictivo de la Doctrina Monroe, circunscrita exclusivamente al hemisferio occidental, y la articulación de la Política de Puertas Abiertas en China no fueron simples productos de un mundo que las potencias europeas ya se habían repartido. Al contrario, la segunda condición que daba pie a la restricción imperialista y a una actitud de no enfrentamiento con Europa procedía directamente de una idea nuclear en el manejo de los asuntos exteriores desde el propio nacimiento de Estados Unidos. En su discurso de despedida de 1796, George Washington, el primer presidente norteamericano, sentó las bases de la política exterior estadounidense para los siguientes ciento cincuenta años. En este documento, urgía a Estados Unidos a extender las relaciones comerciales a todos los países, al mismo tiempo que mantenía con ellos la menor conexión política posible. Aler-

taba específicamente a Estados Unidos de que se mantuviera alejado de los prolongados conflictos entre los países europeos.¹⁸ Con este contundente consejo, el padre fundador convirtió el no intervencionismo en el sello distintivo de la política exterior estadounidense. Los sucesores de Washington siguieron en esta línea. En medio de las Guerras Napoleónicas en las que se desangraban mutuamente el «tirano de la tierra» (Francia) y el «tirano del océano» (Gran Bretaña), el presidente Thomas Jefferson había declarado en su discurso inaugural de 1801 que uno de los principios esenciales de Estados Unidos era «paz, comercio, amistad sincera con todas las naciones, sin implicarse en alianzas con ninguna».¹⁹ Esta idea y hasta las propias palabras resonaron hasta 1941, cuando manifestantes estadounidenses llevaban carteles contra la guerra por las calles en los que se leía «SIN IMPLICARSE EN ASUNTOS EXTRANJEROS».²⁰

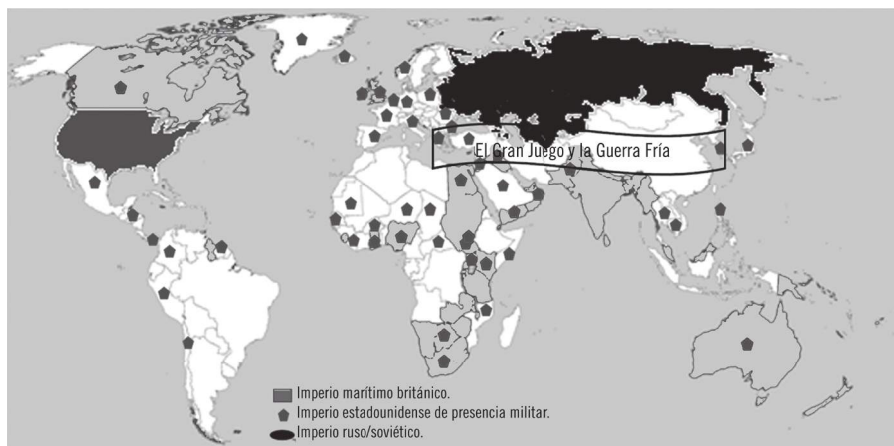
«Sin implicarse en asuntos extranjeros» se conoce mejor como el aislacionismo americano, la actitud habitual de Estados Unidos en política exterior no solo en plena guerra mundial entre Francia y Gran Bretaña en los primeros años del siglo XIX (las Guerras Napoleónicas), sino también durante el desarrollo de las primeras fases de la Primera y la Segunda Guerra Mundial en la primera mitad del siglo XX. A los dos años de estallar la Primera Guerra Mundial, el presidente Woodrow Wilson triunfó electoralmente por segunda vez con el eslogan: «Nos mantuvo alejados de la guerra». Hicieron falta el anuncio alemán de su política bélica de ataques submarinos ilimitados y un telegrama alemán secreto interceptado que incitaba a México a atacar a Estados Unidos para convencer a Wilson de que dejara de vanagloriarse de su neutralidad y entrara en guerra en abril de 1917. Dieciocho meses después, Estados Unidos deshizo el atasco en que se encontraba la guerra. Se había convertido en la nueva potencia hegemónica mundial: liderazgo económico, tecnológico y militar, así como atractivo cultural —un imperio tanto formal como informal—. Lo tenía todo para convertirse en la nueva potencia hegemónica mundial —todo salvo vocación y voluntad—.

En 1919, Woodrow Wilson fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz por establecer y promover la Sociedad de Naciones (SDN) como la primera organización internacional destinada a mantener la paz mundial. Pero el Senado estadounidense rechazó unirse a la SDN, de modo que volvió a la no involucración, el no intervencionismo y el aislacionismo.²¹

Napoleón había dirigido la revancha (1779-1815) tras la derrota francesa en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Hitler había hecho lo propio después de la debacle del Reich en la Primera Guerra Mundial y su humillación en el Tratado de Versalles. Cuando, en la década de 1930, empezaron a asomar nubarrones negros en el horizonte, el Congreso estadounidense se entregó activamente a proyectar el aislacionismo americano. Entre 1935 y 1939, el Congreso aprobó, y Franklin D. Roosevelt firmó, cuatro diferentes «actas de neutralidad» que prohibían la venta de armas y material de guerra a ninguna de las partes beligerantes, los préstamos a los Estados en guerra y el transporte en barcos americanos de pasajeros o artículos a los países enfrentados. Con esta última ley en particular, el Congreso estaba preparado para evitar una implicación similar a la de la Primera Guerra Mundial, cuando los ataques submarinos alemanes precipitaron la intervención de Estados Unidos. Sin embargo, Roosevelt consiguió incluir en esta ley la enmienda *cash and carry* (pagar y llevárselo), que permitía a los Aliados pagar en efectivo y transportar su propio material de guerra. Además, en septiembre de 1940, firmó un acuerdo ejecutivo con Gran Bretaña conocido como el acuerdo de «destruidores por bases», que no requería la aprobación del Congreso, y por el que intercambiaba cincuenta destructores de la Armada estadounidense por contratos de arrendamiento para establecer bases militares estadounidenses en colonias británicas. Finalmente, en marzo de 1941, el Congreso aprobó un «Acta para Promover la Defensa de los Estados Unidos», por la que este país suministraría alimentos, petróleo y material bélico a los Aliados hasta que concluyera la guerra, por un valor de setecientos cuarenta y cin-

co mil millones de dólares actuales. Esta vez, la intervención directa de Estados Unidos en la conflagración mundial no fue consecuencia del uso de submarinos, sino de aeroplanos. La fuerza aéreo-naval japonesa atacó Pearl Harbor y después Japón y Alemania declararon la guerra a Estados Unidos, imponiéndole una activa implicación en asuntos extranjeros.²²

Únicamente la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias produjeron un cambio paradigmático en el legado de los Padres Fundadores y sus intérpretes en lo referente a las premisas fundamentales de la política exterior. La no implicación, el no intervencionismo, el aislacionismo y la limitación autoimpuesta al hemisferio occidental demostraron estar desfasados y ser inviables en el mundo del siglo xx, conectado más estrechamente y en el cual se disputaba la hegemonía mundial. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ya no podía volver al aislacionismo, sino únicamente mantener una implicación global y una hegemonía mundial. Con ello, la ascendencia del Destino Manifiesto y el expansionismo americano pasarían a primer plano y en un nivel completamente nuevo.²³



MAPA 9: *Dos hegemonías mundiales sucesivas frente a una sola y perdurable contrahegemonía.*

DOS SIGLOS DE RIVALIDAD... Y SIGUE LA CUENTA

Para conseguir la hegemonía mundial, Gran Bretaña necesitaba, primero, librarse de cualquier obstáculo, lo que consiguió con la contundente derrota de Francia y la estratégica alianza con Estados Unidos. Pero había más, pues existía otro poderoso oponente a la hegemonía mundial británica: el Imperio ruso. Los imperios atlánticos (Portugal, España, Países Bajos, Inglaterra y Francia) chocaron desde el principio por sus expansiones marítimas por los mares; en cambio, el Imperio ruso avanzaba solo y a toda velocidad por el continente asiático hasta el Pacífico. Solo entonces, con Vitus Bering entrando en el estrecho que hoy lleva su nombre (1728) y Mijaíl Gvózdev llegando a Alaska (1732), fue cuando el camino monopolista ruso hacia la expansión imperial territorialmente contigua encontró un obstáculo. Colisionó con la disputada ruta de la expansión marítima tomada por los imperios atlánticos. Esto supuso que las costas occidentales de Norteamérica no fueran cuestionadas solo por España y Gran Bretaña, como ocurrió en gran parte del hemisferio occidental, sino también por Rusia.

Además, la expansión rusa avanzaba no solo hacia occidente hasta el Pacífico sino también hacia el sur, a Asia central y más allá, por lo que Rusia y Gran Bretaña competían por posibles zonas de influencia. El objetivo de Gran Bretaña era contener al Imperio ruso impidiendo su acceso al océano Índico y el mar Mediterráneo mediante el apoyo de una línea de Estados amortiguadores que iba desde el Imperio otomano en el oeste, hasta el Emirato de Afganistán en el este, pasando por el Imperio persa, el Kanato de Jiva y el Emirato de Bujará. Muchas fueron las contiendas que se libraron por este motivo, entre ellas dos en Afganistán, dos en Punjab y Cachemira y la Guerra de Crimea.

Este enfrentamiento es conocido como el Gran Juego del siglo XIX (1830-1895). En esencia, se trataba de una confrontación geoestratégica global, pero también tenía componentes

ideológicos. Como potencia hegemónica mundial subida a la ola del progreso, Gran Bretaña era el autoproclamado adalid del liberalismo. Así pues, su acérrimo enemigo ideológico era el despotismo que se consideraba personificado en el de China (la enemiga de Gran Bretaña en las Guerras del Opio) y, en primer lugar y ante todo, en el de Rusia, la autocracia de mayor poder en Europa. Los principios de una monarquía parlamentaria que defendiera las libertades en todo el mundo —la libertad personal, la libertad de poseer propiedades, la libertad de emprender negocios, el libre comercio y los mercados libres— eran incompatibles con una autocracia omnipotente y basada en la institución de la servidumbre. Estas agudas diferencias en lo que se refería a la ideología, el régimen político y las instituciones económicas se acentuaron y destacaron de modo particular en los momentos en que la confrontación geoestratégica global alcanzó su cima.

Sin embargo, no todo eran cimas en esta confrontación. A pesar del carácter completamente irreconciliable de este enfrentamiento de principios, las disputas ideológicas podían ser suavizadas en favor de la conveniencia pragmática. De hecho, estos enemigos geoestratégicos e ideológicos compartían una interesante secuencia de colaboraciones en medio de sus enfrentamientos. Gran Bretaña había dejado de lado el distanciamiento ideológico durante las Guerras Napoleónicas para formar su coalición victoriosa con el Imperio ruso, una unión (además de otras como las de Prusia y Austria) con la que el esfuerzo bélico napoleónico quedó atrapado hasta ahogarse (1815). Pero después, en 1854, con la Francia posnapoleónica de su lado y embarcadas en la *Entente Cordiale*, se enfrentaron conjuntamente a Rusia en la Guerra de Crimea (véase más arriba, pág. 54), que fue seguida por confrontaciones adicionales del Gran Juego en Asia.

Pero, una vez más, con una nueva fuerza que ponía en peligro el equilibrio de poder en Europa continental, Gran Bretaña y Rusia reanudaron su colaboración después de dirimir sus di-

ferencias del Gran Juego en una serie de acuerdos en 1907. Esta vez, la amenaza procedía de Alemania, que, desde su unificación en 1871, era, en los inicios del siglo xx, la economía industrial más fuerte de Europa y aspirante al imperio global. La Entente anglo-rusa se dispuso a dejar atrapada a Alemania entre ambos países, como ya se había hecho con Francia un siglo antes. Y esta idea de imponer un doble frente a Alemania efectivamente se llevó a término durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la revolución bolchevique acabó con la Entente anglo-rusa. Cuando la Rusia comunista se retiró de la Gran Guerra, Gran Bretaña, junto con los Aliados e incluso con tropas alemanas, intervino en la Guerra Civil rusa, con el objetivo de derrocar al régimen.

Esta ocasión fue también el punto de partida en la relación entre Estados Unidos y la Rusia comunista. A partir de estos problemáticos inicios, la relación siguió desplegándose y deteriorándose aún más, porque Estados Unidos, al igual que antes Gran Bretaña, también se consideraba el adalid mundial del liberalismo. ¿Y qué podía haber más despótico que una dictadura comunista que no solo concentra el poder político, sino que también nacionaliza y colectiviza la propiedad privada? Es interesante, no obstante, que estos nuevos enemigos encontraran en su rival virtudes que quisieran emular. Lenin era un gran entusiasta de las técnicas de gestión industrial tayloristas, pero en un régimen de derechos de propiedad comunistas. Más tarde, la administración de Franklin D. Roosevelt manifestó su interés por la intervención del Estado en la economía, pero en un marco capitalista. Sin embargo, aparte de estos puntos de interés de unos y otros, en el fondo, la intervención de Estados Unidos en la Guerra Civil rusa inauguró una nefasta relación entre estos dos Estados, que pasaron a representar, como ninguna otra pareja, las alternativas globales del comunismo y el capitalismo.

Pero, con todo este conflicto de ideas irreconciliables, Estados Unidos —como antes Gran Bretaña— demostró una flexi-

bilidad pragmática cuando llegó el momento de unirse a la Unión Soviética para aplastar a la Alemania nazi. La Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias provocaron unos efectos de transformación radical. Por una parte, la guerra consumó el Gran Brexit que ya se había puesto en marcha con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Gran Bretaña, que había perdido importantes territorios de su imperio, recuperó algunos de ellos gracias a la intervención estadounidense, pero perdió credibilidad en todo su imperio informal, donde muchas élites gobernantes probritánicas dejaron de participar en el poder o cambiaron de orientación para sobrevivir. Por último, la guerra puso de manifiesto que Gran Bretaña ya no lideraba ninguna de las dos parejas de gemelos que la habían convertido en potencia hegemónica mundial. Su liderazgo había terminado.

Sin embargo, en el frente oriental, la URSS, aunque devastada desde el punto de vista económico y diezmada en el demográfico (la Unión Soviética perdió unos veintiséis millones de personas durante esa guerra),²⁵ emergió de la Segunda Guerra Mundial como una importante potencia militar, política e ideológica. Después de casi veinte años invocando el «socialismo en un único país» como su objetivo y su política, la Unión Soviética dirigió la creación de regímenes comunistas en toda Europa del Este. También en la Europa mediterránea —Francia, Italia y Grecia— el comunismo, en este caso liderado por los partidos locales, estaba haciendo avances. Lo mismo se podía decir de Asia, donde las fuerzas comunistas proclamaron la República Democrática de Vietnam (1945) y luchaban para alcanzar el poder en China. Además, con la agudización de la efervescencia anticolonial y antimperialista después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética era un modelo al que aspirar y un áncora a la que asirse. Quienes luchaban contra el colonialismo y el imperialismo hacían sus propias interpretaciones del comunismo, normalmente entretejiéndolo con el nacionalismo. Así pues, la Unión Soviética se mostraba como una nueva potencia hegemónica mundial potencialmente viable. Tenía a sus órde-

nes a un vasto imperio colonial, sostenido por un imperio informal —y representaba una visión ideológica globalmente atractiva—. Sin embargo, no llegó a ser un imperio marítimo y, pese a todos sus avances económicos y tecnológicos, su liderazgo era limitado y su atractivo cultural estaba circunscrito a quienes simpatizaban con sus ideales. Su estilo de vida era mucho menos atractivo que el americano y, aunque al principio algunos consideraban que era la ola del futuro, su tambaleante economía a partir de mediados de la década de 1950 indicaba que sus logros de mayor calado ya habían quedado atrás. Con ese balance inestable, sus perspectivas de ser una potencia hegemónica mundial eran improbables. Pero tal balance tenía suficiente fuerza para que la Unión Soviética reclamara su presencia como una sólida fuerza contrahegemónica capaz de oponerse a la potencia hegemónica mundial.

En estas nuevas circunstancias posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los enemigos del Gran Juego iban a la par en la carrera secular desde el mar Mediterráneo al océano Pacífico. Solo que esta vez el caballo que antaño lideraba la carrera, Gran Bretaña, estaba exhausto, mientras que el que se consideraba que iba a perder, Rusia, pese a sus heridas, quería y podía correr a toda velocidad. De aquí que, de haber tenido lugar una carrera entre Gran Bretaña y la Unión Soviética, el ganador de esta ronda de confrontación secular entre la potencia marítima y la potencia continental más poderosas hubiera sido, por primera vez, la continental. Gran Bretaña solo podía impedirlo convirtiendo esa carrera en una «carrera de relevos» y a condición de que la mayor potencia marítima, y reticente futura potencia hegemónica mundial, Estados Unidos, al final se comprometiera a intervenir en favor de la potencia mundial en declive. Y esto es, efectivamente, lo que ocurrió durante la segunda mitad del siglo xx: Estados Unidos vino a sustituir a la evanescente Gran Bretaña.

Ya antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se había convertido en la primera potencia indus-

trial del mundo. Pero el grado de devastación sin precedentes que Europa se infligió a sí misma con dos guerras mundiales catapultó a Estados Unidos hacia un liderazgo económico, tecnológico, militar y cultural indiscutible. La historia de la primera mitad del siglo xx en el Atlántico Norte se puede resumir como la fase en que, después de cuatro siglos de enfrentamientos por la hegemonía mundial, finalmente Europa se autodestruyó y, sin pretenderlo, coronó a Estados Unidos como la nueva potencia hegemónica mundial emergente.

Por consiguiente, cuando empezó a desplegarse una nueva ronda de enfrentamientos entre las potencias marítima y continental de mayor fuerza tras la Segunda Guerra Mundial, a Estados Unidos le llegó el turno de asumir el papel de líder en la confrontación con la Rusia comunista. Después de un período de pragmática colaboración para derrotar dos asaltos alemanes, el Gran Juego resurgió. Pero esta vez el «juego» era más grande y global, funesto para la supervivencia de la vida en el planeta Tierra, y conocido como la Guerra Fría.

Los dos juegos —Gran Juego y Guerra Fría— tenían muchas características comunes, sin duda. En particular, en el núcleo de cada uno de ellos, se ocultaba una estratégica lucha geopolítica disfrazada y aumentada a la vez como una batalla ideológica irreconciliable, aunque a veces el pragmatismo tendía puentes para salvar tal incompatibilidad. Sin embargo, la Guerra Fría fue avanzando en su mayor parte en una época de paridad de bombas atómicas y misiles balísticos entre las superpotencias en contienda. Estados Unidos había disfrutado del monopolio de las armas atómicas durante casi cinco años, pero optó por no llevar a cabo ataques preventivos. En 1949, la Unión Soviética había realizado la primera prueba de la bomba atómica. La paridad atómica hizo que esta guerra fuera «fría», porque una guerra de enfrentamiento «caliente», al estilo de la de Crimea entre Gran Bretaña y Rusia, era prohibitiva. A medida que avanzaba la Guerra Fría, las superpotencias llegaron a la temible fase de la DMA (Destrucción Mutua Asegurada).

Y, aunque estuvieron a punto de enloquecer durante la Crisis de los Misiles cubanos (1962), decidieron una tregua y dar marcha atrás hacia una distensión de las hostilidades. La acumulación de misiles atómicos, las guerras subsidiarias en Asia y Oriente Medio —a lo largo de las mismas líneas de fractura que el Gran Juego— y la intervención en la política nacional en todo el mundo fueron el sello distintivo de esta guerra global frenada por la presencia atómica.

TABLA 4. *Las potencias marítimas hegemónicas del mundo frente a la contrahegemonía continental.*

Potencia hegemónica mundial	Conflicto ideológico	Conflicto geopolítico	Colaboración pragmática
Gran Bretaña	Liberalismo contra despotismo (Rusia)	Gran Juego	Coalición contra la Francia napoleónica Coalición contra la Alemania imperial
Estados Unidos	Capitalismo contra comunismo (URSS)	Guerra Fría	Coalición contra la Alemania nazi

Pero para que esta competición de relevos se produjese, Estados Unidos tuvo que dejar de lado su tradicional inclinación al aislacionismo, la no implicación y el confinamiento hemisférico. La administración de Roosevelt estaba madurando y preparándose para tomar medidas. Gran Bretaña urgía a Estados Unidos para que interviniera. Y las intenciones y actuaciones soviéticas, tanto como la percepción, o falsa percepción, que se tenía de ellas impulsaron a Estados Unidos a actuar. Como decíamos antes, Estados Unidos reunía todos los ingredientes para convertirse en el líder del mundo. En el momento en que acabó su aislacionismo, nació una nueva potencia hegemónica

mundial. Sin embargo, con una potente contrafuerza, la URSS, cohabitando en el orden mundial, Estados Unidos tenía que ejercer su hegemonía en un mundo bipolar en el que solo algunas sociedades mundiales estarían dispuestas a seguir su marcha, o serían incitadas a que lo hicieran. En este sentido, la hegemonía mundial de Estados Unidos difería de la británica. Pero entonces, y pese a todo, ¿no hemos terminado todos siendo americanizados?

EL PALO Y LA ZANAHORIA: UN GARROTE DE CUATRO CABEZAS

La hegemonía mundial de Estados Unidos era diferente de la de su predecesora británica no solo por sus inicios obstinadamente reticentes y su obligada cohabitación con una potencia contrahegemónica de larga tradición que impuso un orden mundial bipolar. Lo que hacía distinto a Estados Unidos era, fundamentalmente, su estructura fundacional. A diferencia de Gran Bretaña, Estados Unidos carecía de un imperio global formal. Poseía un imperio continental, es verdad, pero era un imperio que evolucionó hasta convertirse en un Estado-nación compuesto por cincuenta estados, un distrito federal y cinco territorios (Puerto Rico, las Islas Vírgenes, Guam, Samoa Americana y las Islas Marianas del Norte). Las colonias marítimas adquiridas a través de la Guerra Hispano-Estadounidense se convirtieron en parte de Estados Unidos (Puerto Rico, 1989) o en su imperio informal (Cuba, 1902; Filipinas, 1946). Sin un imperio como tal a su disposición, fue, efectivamente, el imperio informal el que dio la sorpresa. Al poder militar no le siguió la colonización ni un gobierno estable, sino el establecimiento de bases militares con las que Estados Unidos abarcaba todo el mundo.

El acuerdo «destructores por bases» de Franklin D. Roosevelt con Gran Bretaña (véase más arriba, pág. 164) representaba un

momento profundamente simbólico y, además, concreto en la «carrera de relevos» y señalaba la transición de la antigua potencia mundial a la nueva. Al final de la Guerra Fría, en 1991, quedaban mil seiscientas bases militares estadounidenses repartidas por todo el mundo. Actualmente, Estados Unidos aún mantiene cerca de ochocientas bases militares en más de setenta países.²⁶

En 1944 hubo otro momento clave en la «carrera de relevos», cuando Roosevelt autorizó la creación de un servicio de inteligencia siguiendo el modelo del Servicio de Inteligencia Británico MI6 (siglas inglesas de Inteligencia Militar, Sección 6). La Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, Office of Strategic Services) estuvo muy activa durante las últimas fases de la Segunda Guerra Mundial, pero poco después fue desmantelada y, en 1947, sustituida por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, Central Intelligence Agency).²⁷ La CIA ayudó al imperio estadounidense de bases militares suministrando información no solo al ejército sino también al presidente y a otros responsables políticos. Para cumplir este objetivo, la organización dispone de oficinas que se dedican al análisis de fuentes abiertas (por ejemplo, los medios de comunicación, las publicaciones académicas), la información por medios tecnológicos (por ejemplo, el reconocimiento de satélites por imagen) y la investigación humana cerrada (es decir, los espías) en todas las zonas del mundo. Por último, más allá de su trabajo de espionaje, la CIA interviene en acciones encubiertas destinadas a inducir o provocar cambios políticos. En su historia abundan tales intervenciones.²⁸

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos mantuvo dos mil destacamentos militares en todo el mundo y, además, había lanzado bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto de 1945, respectivamente. La detonación de las bombas decidió la rendición incondicional de Japón y anunció al mundo y, en particular, a la Unión Soviética, que Estados Unidos tenía en exclusiva la posibilidad nueva e

inapelable de acabar con el mundo. Pero, sorprendentemente, ese monopolio finalizó muy pronto, cuando la URSS realizó la primera prueba de un arma nuclear. La nueva hegemonía mundial quedó limitada por el mundo bipolar de la Guerra Fría. Pero, a la vez que perdía su monopolio sobre las armas atómicas (otras potencias atómicas: Gran Bretaña, 1952; Francia, 1960; China 1964; Israel, no declarada; India, 1974; Pakistán, 1998; y Corea del Norte, 2007), Estados Unidos produjo más de setenta mil ojivas nucleares, más que las de todos los demás Estados nucleares juntos.²⁹

Asimismo, Estados Unidos poseía el conjunto más amplio de sistemas de lanzamiento de armas nucleares. Entre ellos, bombarderos de larga autonomía, misiles balísticos intercontinentales, submarinos nucleares y armas tácticas como artillería nuclear y municiones de demolición atómica especiales de uso personal. Todos los sistemas de lanzamiento contaban, por supuesto, con la ayuda de las bases militares de su imperio global.³⁰

También en 1949, diversos países europeos occidentales y norteamericanos firmaron el Tratado del Atlántico Norte, por el cual se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Tras la dominación comunista de Checoslovaquia y el bloqueo de Berlín por la Unión Soviética, una y otro durante 1948, Gran Bretaña impulsó esa alianza para «dejar a los rusos fuera, a los americanos dentro, y a los alemanes debajo».³¹ Los términos del tratado obligaban a sus miembros a considerar todo ataque armado contra cualquiera de ellos como un ataque a todos. Esta iniciativa británica fue su último gesto en la carrera de relevos. Por fin, Estados Unidos renunció a su tradicional «espléndido aislacionismo» y convino en pasar a ser un «imperio informal por invitación».

Basada en la colaboración transatlántica de la OTAN, la idea de una defensa colectiva para contener la amenaza comunista se aplicó a nivel global. En 1951, Estados Unidos sumó a Australia y Nueva Zelanda en un acuerdo de seguridad colectiva, el Tratado ANZUS, para la colaboración militar en países

ribereños del Pacífico.³² En 1954, los tres países se juntaron para sentar las bases de la Organización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO, por sus siglas inglesas) hasta 1977, cuando cesó sus operaciones. Tailandia, Filipinas, Pakistán, Pakistán Oriental (Bangladés a partir de 1971), Francia y Gran Bretaña también formaron parte de la SEATO.³² Desde 1955 hasta 1979, Pakistán, Irán, Irak, Turquía y Gran Bretaña formaron la Organización del Tratado Central (CENTO por sus siglas inglesas). Aunque fue Estados Unidos el que lo alentó, el tratado —también conocido como Pacto de Bagdad— no incluía entre sus miembros a este país. No obstante, Estados Unidos apoyó militar y económicamente esta alianza y participaba en su comité militar.³³

En 1955, transcurridos ya diez años desde el final de la Segunda Guerra Mundial, había un acuerdo de defensa colectiva liderado por Estados Unidos en cada rincón del globo. En la parte occidental del océano Pacífico, había tratados bilaterales con países que en su día fueron ocupados por Estados Unidos —Japón (1951) y Corea del Sur (1953)—. Bajando hacia el sur hasta Australia y Nueva Zelanda, el ANZUS se mantenía firme. Desde allí, cruzando el Sudeste Asiático y el océano Índico hasta llegar a Pakistán, regía la SEATO. Pakistán servía también como el punto más oriental de la CENTO, que seguía hacia occidente hasta Turquía, un país que, desde 1952, era miembro de la OTAN. Extendida por todo el continente europeo, el océano Atlántico y hasta la costa occidental de Norteamérica, la OTAN cerraba un círculo completo a lo ancho del planeta de acuerdos de defensa colectiva. Entretanto, en el hemisferio occidental, y en la mejor tradición de la Doctrina Monroe, la mayor parte de los países de América Latina firmaron, en 1947, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca o TRIAR (acrónimo español), en defensa del hemisferio.

El imperio de Estados Unidos descansaba sobre la combinación de una presencia militar global, el mayor arsenal y los más amplios sistemas de lanzamiento de armas apocalípticas, el largo alcance de sus operaciones de inteligencia secretas y organi-

zaciones para la defensa colectiva bajo su dirección. Con la amenaza y los golpes de su gran garrote, Estados Unidos proyectaba su poder desnudo, pero su hegemonía tenía mucho más que ver con una gran zanahoria: la gran zanahoria de su economía gigantesca.

UNA GRANDÍSIMA ZANAHORIA LLAMADA LA ECONOMÍA DE ESTADOS UNIDOS

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la economía de Estados Unidos representaba en torno a un tercio de toda la del mundo. Equivalía a la mitad de todos los productos manufacturados y poseía dos tercios de las reservas de oro mundiales: ¡un tercio, la mitad, dos tercios! Gran Bretaña nunca alcanzó tal supremacía; un país que en sus mejores momentos representaba más o menos el diez por ciento de la economía mundial. Lo más habitual era que, a partir de la plena industrialización de Alemania y Estados Unidos, Gran Bretaña supusiera alrededor del ocho por ciento de la economía mundial.³⁴ Varios factores explicaban el superlativo éxito económico de Estados Unidos. En términos absolutos, ya en 1916 poseía la mayor economía industrial de las existentes. La Primera Guerra Mundial catapultó aún más la economía estadounidense debido al crecimiento del PIB y a los daños que la guerra había causado a las economías europeas. En 1918, Estados Unidos ya se había convertido en el taller y el banco del mundo.

Este decisivo liderazgo económico se puede reconocer con claridad por la debacle económica global que tuvo lugar en aquel Martes Negro (29 de octubre de 1929) en Wall Street. A partir de esa fecha y hasta mediados de 1932, la media industrial del Dow Jones perdió el ochenta y nueve por ciento de su valor y el sistema financiero económico se desplomó. Poco después, sistemas financieros de todo el mundo colapsaron. Sin disponibilidad de crédito, la producción industrial disminuyó

bruscamente en todos los países. Sin producción industrial, la demanda de materias primas se esfumó en el mundo no industrializado. Sin trabajo, entre el veinte y el treinta por ciento —dependiendo del país— de la mano de obra no cobraba salario alguno. Y sin salarios, el consumo cayó en picado. La Gran Depresión de Estados Unidos provocó el hundimiento de la economía mundial.

La reacción del Senado estadounidense a la crisis llegó pronto, en junio de 1930, con la Ley de Aranceles Smoot-Hawley, que subía los aranceles de más de veinte mil productos importados; Estados Unidos había reaccionado a la crisis dándole la espalda a la economía mundial.³⁵ Los demás países siguieron el ejemplo. La economía global creada por las fuerzas gemelas de la Revolución Industrial y la Revolución Democrática y los principios del libre comercio y la ventaja comparativa había llegado a su fin.

Pero al terminar la Segunda Guerra Mundial, la economía de Estados Unidos había recobrado de nuevo toda su fuerza. En números absolutos, la producción industrial había aumentado de forma espectacular y de súbito como parte del esfuerzo de la guerra. En cambio, las economías de Europa, la Unión Soviética y Japón fueron completamente arrasadas por ese mismo conflicto armado. En esas condiciones, Estados Unidos asumió con firmeza el liderazgo global, cuyo objetivo ahora era rearticular la economía mundial que previamente había contribuido a dismantelar con su proteccionismo arancelario. Esta vez, la naciente potencia hegemónica mundial utilizó múltiples instrumentos nuevos, incluidas nuevas instituciones financieras globales, planes directos de inversión, la expansión de sus empresas nacionales por todo el mundo y un estilo de vida consumista.

En julio de 1944, casi un año antes de que terminara la guerra, la Conferencia Monetaria y Financiera de Naciones Unidas reunió a delegados de cuarenta y cuatro países en Bretton Woods, New Hampshire. Lo que el acuerdo de «destructores por bases» representó para la transición de la hegemonía militar mundial, Bretton

Woods lo representó para el inicio de una nueva hegemonía económica. Gran Bretaña y Estados Unidos, como socios principales, dirigieron la conferencia. La «carrera de relevos» en este ámbito consistió en fijar el precio de una onza (28,3495 gramos) de oro en treinta y cinco dólares americanos, copiando el papel que la libra esterlina tuvo antes del inicio del Gran Brexit. Una vez establecido el valor del dólar, la moneda de todos los países se ajustó al dólar americano, entronizándolo así como la reina de las monedas. El dólar pasó a ser «tan bueno como el oro» y garantizó a Estados Unidos una gran ventaja económica para los años venideros. Todo lo que necesitaba este país para cumplir con sus obligaciones en el extranjero era imprimir más billetes de dólar. En 1958, el valor de los dólares americanos acumulados en el extranjero sobrepasaba el de las reservas de oro de Estados Unidos, pero la impresión de nuevos billetes seguía satisfaciendo los compromisos comerciales de los americanos con sus socios en el extranjero.³⁶

El sistema de cambio monetario pretendía facilitar el comercio internacional. Para ello, Bretton Woods también creó el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) en 1945. El BIRD fue creado para financiar la reconstrucción de Europa. En 1960, la creación de la Asociación Internacional de Desarrollo (AID), que concedía préstamos a los países en proceso de desarrollo de todo el mundo, complementó el BIRD. El BIRD y la AID se unieron para formar el Banco Mundial (BM), que financiaba a un tipo de interés preferencial el desarrollo humano, las infraestructuras, la agricultura, la industrialización, la protección del medioambiente y la gobernanza.³⁷ Mientras que el primer objetivo del BM era prestar dinero para fomentar el desarrollo, el del FMI era promover la estabilidad de los tipos de cambio, la balanza de pagos y el flujo financiero. Recababa estadísticas, realizaba análisis, supervisaba las economías de los países miembros y exigía unas determinadas políticas.³⁸ Finalmente los préstamos del BM y la dirección del FMI aunaron fuerzas en 1947

para formular el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, en sus siglas inglesas). Este acuerdo, dirigido al libre comercio, promovía la reducción o eliminación de barreras comerciales como los aranceles aduaneros o las cuotas. El libre comercio y la ventaja comparativa fueron puestos una vez más en marcha en una nueva gira global.

Aunque todos los países miembros comparten la gobernanza del BM y el FMI, Estados Unidos desempeña un papel predominante en su dirección. El presidente del BM siempre ha sido un ciudadano de un estado europeo, pero Estados Unidos tiene el 16,73 por ciento del derecho de voto. Las oficinas centrales de ambas instituciones están en Washington DC. Cuando Pierre Charles L'Enfant trazó el plan urbano para la ciudad de Washington, D.C., en 1791, ubicó la Casa Blanca a dos millas del Congreso. Esa distancia supone una limitación práctica a la vez que un gesto simbólico para destacar la importancia de la separación entre los poderes ejecutivo y legislativo del gobierno. Las oficinas centrales del BM y del FMI, por el contrario, están apenas a dos manzanas de la Casa Blanca.

Cuando la Gran Depresión hizo estragos en 1929, el proteccionismo de Smoot-Hawley no fue la única contramedida destacada que se aplicó a Estados Unidos. Más lo fue el New Deal de Franklin D. Roosevelt. En esencia, esta nueva política se basaba en la intervención del Estado en la actividad económica, con el objetivo de alcanzar la recuperación de la economía aumentando el gasto público, ayudando a los necesitados y regulando el sistema financiero para evitar crisis futuras.³⁹ Las políticas de libre mercado alentadas por el BM, el FMI y el GATT le dieron la vuelta a la política proteccionista fomentada por Smoot-Hawley al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En cambio, Estados Unidos no solo mantuvo las políticas del New Deal domésticamente, sino que las amplió a una escala global apuntando a la recuperación económica mundial por medio de la asistencia y financiación estatal. Fue así como la nueva hegemonía mundial ofreció un New Deal global.

A partir de 1948 y durante los cuatro años siguientes, Estados Unidos puso en marcha el Programa Europeo de Recuperación, más conocido como el Plan Marshall, del que los países europeos occidentales recibieron más de trece mil millones de dólares americanos (el equivalente a casi ciento treinta y nueve mil millones de dólares de 2020). El objetivo de esta ayuda económica era aliviar a la Europa destruida por la guerra y contribuir a la recuperación de sus industrias. Además, impuso las regulaciones del libre comercio para establecer estrechos vínculos económicos transatlánticos. Si la idea de la OTAN era contener con medios militares la expansión comunista liderada por los soviéticos, el Plan Marshall pretendía impedir una ola de insurgencias comunistas endémicas mejorando la productividad, la prosperidad y el sindicalismo: un garrote de cuatro cabezas en las fronteras de Europa occidental, una inmensa zanahoria dentro de estas fronteras. Además, estas disposiciones también relanzaron la cooperación económica, política y militar entre los estados europeos occidentales, algo que, más adelante, demostró ser un punto de partida necesario para la posterior integración europea. Desde 1951 y durante los diez años siguientes, Estados Unidos siguió aportando aproximadamente siete mil millones de dólares al año a través de la Agencia de Seguridad Mutua, que en 1961 fue reemplazada por una Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID por sus siglas inglesas), aún activa hoy con un presupuesto de treinta y nueve mil millones de dólares.⁴⁰

De esta forma, la fundacional colaboración transatlántica se expandió globalmente como lo hicieron también las asociaciones militares. En los años inmediatos al fin de la guerra, Estados Unidos entregó generosos paquetes de ayuda a muchos estados asiáticos: Japón obtuvo dos mil cuatrocientos cuarenta millones de dólares; la China nacionalista (después de 1949, Taiwán) y Corea del Sur recibieron en torno a mil millones cada una; Filipinas, ochocientos tres millones; India, doscientos cincuenta y cinco millones; Indonesia, doscientos quince millones;

Pakistán, noventa y ocho millones; Israel, doscientos ochenta y dos millones; y el resto de Oriente Medio, ciento noventa y seis millones (cifras, todas ellas, en dólares de la época. El valor equivalente actual es casi diez veces superior).⁴¹

Las instituciones internacionales aportaban la estructura, la orientación, los incentivos y la vigilancia para una nueva economía articulada globalmente, basada una vez más en el libre comercio y la ventaja comparativa y un enfoque keynesiano, mientras que Estados Unidos facilitaba el capital inicial para reiniciar la economía global. Pero fue el sector privado de Estados Unidos el que hizo los mayores avances para abrir economías nacionales cerradas y proveerlas con inversiones extranjeras. En el fondo de este doble logro había una poderosa institución económica: la corporación multinacional.

Una corporación multinacional es una empresa económica compuesta por una compañía base y unidades subsidiarias en más de un país, pero todas ellas operando según el mismo sistema de los órganos dirigentes. De modo que, pese a su dimensión transnacional, una corporación multinacional tiene sus oficinas centrales, sus tecnologías de vanguardia, patentes, investigaciones y desarrollo, así como el grueso que componen su capital, sus accionistas y el destino de la mayor parte de sus ingresos y beneficios en un único país. Y ese país en el orden mundial de posguerra era, en la mayoría de los casos, Estados Unidos.

Terminología aparte, las empresas multinacionales fueron, ante todo y sobre todo, empresas estadounidenses. Pero su naturaleza transnacional abría mercados nacionales al operar como si fueran empresas locales. A pesar de ser en su mayor parte de capital estadounidense, disponían de la mano de obra más barata, las materias primas y las regulaciones más favorables que estas economías nacionales podían ofrecer. En otras palabras, en virtud de su declarado carácter multinacional, las corporaciones de Estados Unidos conseguían penetrar en las economías nacionales cerradas surgidas del proteccionismo propio de la era posterior a la Gran Depresión, llevando el libre

comercio, las ventajas comparativas y el flujo de inversiones extranjeras a un nivel sin precedentes. Las empresas multinacionales representaban el grueso de la inversión internacional y el comercio mundial.

Y con tal escala nunca antes conocida de inversión internacional fomentando la producción en serie y el comercio mundial, todo lo que se necesitaba eran ávidos consumidores con poder adquisitivo. En este sentido, también, Estados Unidos tenía algo que ofrecer al mundo: un estilo de vida en el que imperaba el consumismo. La economía estadounidense se enfrentaba al problema de que la producción pasara muy pronto a ser excesiva —es decir, que la producción fuera mayor que la demanda del consumidor—. El consumismo se convirtió en la respuesta para abordar este problema. En esencia, consistía en estimular la compra de bienes y servicios usando determinadas estrategias empresariales, la publicidad en los medios de comunicación y, más en general, la socialización hacia un estilo de vida en el cual el consumo es el sumun de la realización personal.

Una estrategia empresarial bien conocida para inducir al consumo era la obsolescencia planificada, el rediseño periódico de un determinado producto que deja obsoleto al diseño anterior y, por tanto, hace que pierda atractivo. La Ford Motor Company era famosa por la producción en serie del Modelo T. El modelo, lanzado en 1908 y que se siguió fabricando hasta la década de 1920, era un ejemplo primario del éxito que las líneas de montaje en serie tenían para producir un producto asequible. Pero la producción en serie por sí sola puede hacer que suban las ventas solo hasta que el mercado está saturado. Y aquí entra lo que hizo famosa a la General Motors: la idea de un modelo de diseño anual. Básicamente, se trataba de una intervención de cirugía estética anual en el cuerpo del mismo coche, con lo que se generaba una renovada demanda del consumidor. Esta fue la estrategia que posibilitó que la General Motors superara las ventas de la Ford en la década de 1930, una estrategia que, además, mejoró el consumismo en una sociedad que,

de otro modo, ya podría haber tenido cubiertas sus necesidades gracias a la producción en serie.⁴²

Para que la obsolescencia calara en el consumidor forjando el eslabón entre los productos recién diseñados y el atractivo, cuando no la satisfacción personal, las industrias recurrían a los poderes de la publicidad. La constante idea básica de la publicidad es que el destinatario del mensaje necesita un producto que satisfaga plenamente sus aspiraciones: belleza, salud, riqueza, estatus, matrimonio, felicidad, y muchas más, todas las cuales solo son accesibles si se compra ese producto que se anuncia. Una multiplicidad de medios de comunicación visuales o auditivos se apuntaron progresivamente a fomentar el consumismo, incluyendo anuncios en todas sus plataformas gráficas, vallas publicitarias, la radio y la televisión. La publicidad de los medios de masas consiguió inculcar con tanto éxito la ecuación «consumo = felicidad» que quedó profundamente incorporada a las relaciones sociales. Los padres a los hijos, los parientes a sus familiares, los amantes a sus parejas, los amigos a sus inseparables podían ofrecer satisfacción, felicidad y amor mediante el consumo. Hasta hoy, es la cantidad de gente que espera conseguir satisfacción, felicidad y amor lo que rige la demanda. Y una vez generada la demanda, las empresas harán lo imposible para satisfacerla e incluso ofrecer más. A los grandes almacenes que abrieron tras la Revolución Industrial en el siglo XIX, la explosión del consumismo en los Estados Unidos de posguerra añadió los centros comerciales con su cornucopia de bienes y entretenimiento, muchos de ellos auténticos iconos americanos, ¡literalmente de pies a cabeza! (zapatillas, vaqueros, camisetas y gorras de béisbol).⁴³

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había cambiado rotundamente de marcha no solo en el ámbito político, acabando con su ancestral aislacionismo que la Primera Guerra Mundial había agravado, sino también dándoles la vuelta a sus igualmente tradicionales políticas económicas proteccionistas, exacerbadas más todavía desde la Gran Depresión.

Una vez más, había llegado la hora de empujar cuanto fuera posible a la economía mundial hacia los libres mercados globales. El BM, el FMI y el GATT nacieron pensando en esta idea. Sin embargo, y al mismo tiempo, las políticas del New Deal (la intervención directa del Estado en la vida económica), cuyo objetivo original era sacar a la economía de la depresión, se seguían aplicando. Además, se ofreció una especie de New Deal global a muchos estados que inequívocamente estaban del lado de Estados Unidos en el mundo bipolar nacido de la Guerra Fría.

De todas maneras, y pese a la importancia de los capitales iniciales gubernamentales diseminados por todo el globo, fue la economía de Estados Unidos a través de sus empresas multinacionales la que trajo la mayor cuota de inversiones y comercio internacionales. A medida que otras economías nacionales cultivaban sus propias empresas multinacionales, fueron alcanzando progresivamente unos niveles de prosperidad consumista cuando adoptaron los componentes fundamentales del modelo estadounidense: la obsolescencia planificada, la omnipresente publicidad, consumo = felicidad, el centro comercial y los productos icónicos americanos. La zanahoria era tan grande y despertaba tanto deseo que era imposible no querer ir tras ella. Y así fue como el eslogan estadounidense de la era de la Gran Depresión «No hay mejor camino que el camino americano», que no había conseguido convencer al público local, terminó por cautivar a la población mundial durante la segunda mitad del siglo xx. ¡Esto es hegemonía!

UN SUEÑO SEDUCTOR LLAMADO EL SUEÑO AMERICANO

En agudo contraste con el caso británico, la hegemonía mundial de Estados Unidos no se basaba en un imperio global, sino en la poderosa combinación de un garrote de cuatro cabezas y de una más que llamativa zanahoria. Pero, como si esta feliz combinación no bastara para asegurar un claro liderazgo glo-

bal, Estados Unidos también confiaba en un sueño seductor, un auténtico imperio de la imaginación. Disneyland y Disneyworld con sus personajes, Hollywood con sus estrellas y películas de gran éxito, sus superhéroes de los cómics en la pantalla, sus humoristas, series de televisión, miniseries y comedias, creaban un confortable entorno de entretenimiento, de ánimo emocional, de soñar despierto y de fantasías manufacturadas. Durante las últimas cinco generaciones, la cultura de Estados Unidos ha introducido valores y conductas en los ciudadanos del mundo, desde la cuna a la tumba. Al mismo tiempo, productos idiosincrásicos de jazz y blues, rock and roll y música pop, metal y punk, y hip hop, han constituido una buena parte de las bandas sonoras de jóvenes y mayores de todo el globo, unas veces complementando y otras suplantando la música de su propio país.

En todo el mundo, las últimas cinco generaciones solo han sido más o menos conscientes de la medida en que la OTAN, el SEATO, el ANZUS, la CENTO, el TRIAR, el FMI y el GATT han conformado sus vidas. Sin embargo, para estas mismas generaciones, la conciencia individual ha sido moldeada por historias, recuerdos visuales y auditivos generados por Los tres chiflados, la Familia Addams, Batman, Gatúbela, Superman, La Mujer Maravilla, el Zorro, Indiana Jones, Mickey Mouse, el pato Donald, Dumbo, Bugs Bunny, Nemo, Woody, Buzz y tantísimos otros. Todos, sin que importe dónde residamos, hemos sido americanizados. Y esto también es hegemonía.

Este vasto imperio de la imaginación no solo es ficticio y artístico, sino también fruto de la creatividad científica y tecnológica. En Estados Unidos están las mejores universidades del mundo, en las que se realiza la mayoría de las investigaciones de vanguardia. Como tales, han aportado al mundo la mayor parte de los grandes avances científicos y las innovaciones tecnológicas cruciales durante la segunda mitad del siglo xx —por ejemplo, la fisión nuclear, la vacuna contra la polio, la estructura del ADN, la televisión, los ordenadores personales, Internet, los satélites GPS y el aire acondicionado—. Por su parte, el

mundo envía a muchos de sus mejores y más brillantes estudiantes y académicos a las universidades estadounidenses. Este fenómeno provoca una «fuga de cerebros» internacional y una «acogida de cerebros» norteamericana que sigue fomentando la investigación y el desarrollo creativos llevados a cabo en Estados Unidos.

De esta forma, las modalidades tangibles de la hegemonía mundial de Estados Unidos —la combinación del poder militar y económico y su traducción en influencia política— se complementan con los poderes ilusionantes de la imaginación, que generan múltiples versiones del sueño americano. Desde los sublimes ideales de la libertad y la búsqueda de la felicidad, a los prosaicos objetivos de tener una casa, un coche y otras fantasías del consumismo y la opulencia, Estados Unidos es el país con mayor número de inmigrantes: ¡casi cincuenta millones! Es decir, el veinte por ciento de todos los inmigrantes del mundo viven en este estado. Tal porcentaje equivale al total de los cinco países que siguen a Estados Unidos en número de inmigrantes (Arabia Saudí, Alemania, Rusia, Gran Bretaña y los Emiratos Árabes Unidos).⁴⁴

Asimismo, Estados Unidos es el país que más dinero recauda con el turismo internacional, con setenta y cinco millones anuales de visitantes, que se dejan unos doscientos seis mil millones de dólares. Una vez más, para igualar estas cifras, hay que sumar las de los siguientes cuatro países con mayores ingresos obtenidos del sector turístico (España, Tailandia, China y Francia).⁴⁵ Y muchas más personas de todo el mundo querrían viajar a Estados Unidos si pudieran, como inmigrantes o como turistas. La cultura estadounidense tiene tanta fuerza que incluso algo tan dudoso como la comida rápida atrae a quien pasa unos días en el país o sueña con conocerlo algún día.

Por su parte, la llegada de tan gran número y porcentaje de emigrantes, que suman más del catorce por ciento de la población estadounidense, se une con sinergia y fuerza al imperio americano de la imaginación. Todo un ejército de académicos,

investigadores, ingenieros, programadores, artistas, empresarios y trabajadores —todos ellos autoseleccionados por su impulso a hacer realidad el sueño americano y escudriñados por los Servicios de Ciudadanía e Inmigración de Estados Unidos— alimenta a este imperio de la imaginación con sus nuevos proyectos, ideas, iniciativas y diversidad cultural. Y por valiosa que sea esta sinergia, ni siquiera es la más importante.

LA PODEROSA SINERGIA DE LOS TRILLIZOS AMERICANOS

De hecho, en la misma medida en que dos parejas de gemelos habían hecho de Gran Bretaña la potencia hegemónica del siglo XIX, fueron unos trillizos —el garrote de cuatro cabezas, la gigantesca zanahoria y el sueño seductor— quienes se unieron en la tarea de incrementar el poder de Estados Unidos. Veamos cómo funciona la sinergia de estos trillizos. Pensemos, por ejemplo, en una poderosa corporación multinacional, International Telephone & Telegraph (ITT), como representante de la gigantesca zanahoria. Una modesta empresa de telefonía creada en 1920 se convirtió en un descomunal conglomerado mediante cientos de adquisiciones en el sector de la comunicación y otros durante más de cincuenta años. Esta empresa con base en Nueva York empezó con incursiones en Puerto Rico y Cuba, donde adquirió la Compañía de Teléfonos de Puerto Rico y la Compañía de Teléfono y Telégrafo cubano-americana y una mitad del derecho de la Compañía de Teléfono Cubana. Luego se fue a Europa, donde compró una serie de compañías telefónicas, empezando por la Telefónica de España. Después llegó una serie de empresas de electricidad y electrónica, entre ellas, la Compañía Fabricante de Teléfonos Bell de Bélgica, la francesa Compagnie Générale d'Electricité, la británica International Western Electric y la alemana Standard Elektrizitätsgesellschaft. Durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la cantidad de adquisiciones aumentó exponencialmente al incor-

porar no solo empresas subsidiarias internacionales del campo de las telecomunicaciones de todo el globo, sino también hoteles, comercios, empresas de alquiler de automóviles, compañías de seguros y recursos forestales.⁴⁶

Tal historia de abrumador éxito económico de la gigantesca zanahoria hizo aún más fuerte el garrote cuádruple con la aportación de una gran suma total de dólares tributarios, infraestructuras de comunicaciones y tecnologías punta al servicio del imperio de las bases militares, la CIA y los socios de Estados Unidos en las organizaciones de defensa colectiva. Del mismo modo, este éxito económico alimentó los sueños y las aspiraciones de muchas mentes brillantes que confiaban en hacer realidad el potencial de su talento y sus ideas. Este parece ser el caso, por ejemplo, de Charles Kuen Ko, el padre de «las comunicaciones por fibra óptica» y visionario de las comunicaciones submarinas transoceánicas con cables de fibra óptica. Kao era un ingeniero eléctrico y físico nacido en China (1933), profesor del University College de Londres. Inició sus trabajos pioneros en el centro de estudios de Standard Telephones and Cables, una empresa subsidiaria de ITT. En 1974 se incorporó a la ITT en Virginia; en 1982 se convirtió en el primer científico ejecutivo de la ITT y fue destinado principalmente al Centro de Tecnología Avanzada de Connecticut. Trabajó de profesor adjunto y fue miembro del Trumbull College de la Universidad de Yale. En 1986, Kao pasó a ser el director corporativo de investigaciones de la ITT.⁴⁷

Un sueño para unos, una pesadilla para otros. La presencia de ITT tuvo también gran importancia cuando el socialista Salvador Allende fue elegido presidente en Chile en 1970. Por entonces, la ITT poseía el setenta por ciento de la Compañía Chilena de Teléfono, tenía inversiones en el equipamiento, el ensamblaje y la fabricación de teléfonos, la impresión de guías telefónicas y las comunicaciones internacionales, y también dirigía hoteles. Es lógico que Harold Geneen, por entonces consejero delegado (CEO, por sus siglas inglesas) de ITT, comunicara

su preocupación al Departamento de Estado de norteamericano ante la perspectiva de la posible nacionalización de activos privados.⁴⁸ Durante tres años, la CIA organizó operaciones secretas para desestabilizar al gobierno elegido democráticamente de Allende, preparando el escenario para un golpe militar en 1973.⁴⁹ Tras aquel golpe de Estado, cuarenta mil dieciocho disidentes y sus familias fueron torturados, incluidos tres mil sesenta y cinco asesinados.⁵⁰ Pero ITT y las empresas multinacionales estadounidenses fueron puestas a salvo en Chile. Cada uno de los trillizos tiene su propia fuerza, pero es en su poderosa sinergia donde alcanzan su máximo poder. Hacedores de sueños y de pesadillas.

GRAN BRETAÑA: 20-ESTADOS UNIDOS: 34.

UN MODELO DISTINTO PARA LA HEGEMONÍA MUNDIAL

Así pues, ocurre, efectivamente, que, al igual que con las distintas pasiones deportivas, existen diferencias esenciales entre las hegemonías mundiales de Gran Bretaña y Estados Unidos. Para empezar, sus caminos fueron completamente distintos. Inglaterra y después Gran Bretaña se habían dedicado durante tres siglos a construir activamente un imperio global al tiempo que invadían, entorpecían, frenaban o derrotaban por completo a los otros imperios marítimos globales (el español, el portugués, el neerlandés, el francés) y al mayor de los continentales (Rusia). El Imperio británico resultante hacia el siglo XIX sirvió de amplio y sólido trampolín desde el que se lanzó la hegemonía mundial británica junto con la articulación de su imperio informal y su liderazgo económico, político, militar y cultural.

El camino de Estados Unidos hacia la hegemonía mundial fue notablemente distinto. Desde sus inicios y en toda su trayectoria, Estados Unidos evolucionó como un Estado imperialista antiimperialista. El control político acabó por cristalizar, no como un imperio formal, sino como la entidad militar de

mayor poder de la historia del mundo, con alcance y cobertura globales: un imperio de bases militares. El complejo industrial-militar suministraba a estas bases armas convencionales y atómicas, y los aliados americanos de todo el mundo aportaban terrenos, fuerzas, presupuestos y compromisos a través de organizaciones de defensa colectiva de base regional.

Su trampolín más fuerte y amplio era su gigantesca economía, no su imperio. En lo que a la economía se refería, Estados Unidos había abrazado, interiorizado y difundido a la pareja original de gemelos que llevó a Gran Bretaña al poder mundial en el siglo XIX. En Estados Unidos, la Revolución Industrial fue alentada sobre todo en los estados nororientales en medio de políticas proteccionistas; la Revolución Democrática evolucionó progresivamente a partir de la Guerra Revolucionaria antimonárquica. Estados Unidos acogió el libre comercio cuando pasó a convertirse en la potencia industrial líder en la segunda década del siglo XX. Luego lo restringió al estallar la Gran Depresión. Finalmente lo promovió globalmente una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. Esta misma cronología siguió su administración del principio de la ventaja comparativa.

Pero, aparte de superar a su maestra en su propio terreno, Estados Unidos también se puso al frente de la expansión del alcance de la Revolución Industrial estimulando la electrificación, el motor de combustión interna, las industrias químicas, las nuevas técnicas de producción en serie (por ejemplo, el taylorismo y el fordismo) y, finalmente, la energía nuclear. Estos avances en la producción industrial fueron a la par con la conversión del consumismo en un estilo de vida: «Consumo, luego existo». Progresivamente, se fueron multiplicando las sociedades de todo el mundo que querían adoptar este modo de vida. Estados Unidos no solo estaba preparado para señalar el horizonte de lo que podía esperarles, sino que realmente allanó el camino para llegar a ese punto. Cuanto mayor fuera el mundo consumista, mayor fuerza tendrían las demandas de los consumidores a la factoría y al banco del mundo.

Este consumismo global obligaba a fabricar productos tangibles, como neveras, televisores y coches, pero también bienes culturales, como música, películas y series de televisión. Todo ello cautivaba la mente y el corazón de millones de personas de todo el mundo desde su más tierna infancia y a lo largo de toda su vida. Probablemente, este imperio intangible de la imaginación ha estado americanizando el mundo más que cualquier otra cosa. En el primer capítulo, no fue fácil explicar la britanización (véase más arriba, pág. 105). No se podían demostrar fácilmente los vínculos entre el *shepherd's pie* (pastel de carne) y el pastel de papa o la *samosa* (plato indio) y la empanada. No hay que esforzarse mucho, en cambio, para mostrar que la idea de la americanización al parecer lleva viva desde 1901, imponiéndose con fuerza a partir de 1945, y, desde entonces, sigue en auge a través de los medios de comunicación, las universidades, la innovación tecnológica, las marcas famosas de casi todo y las cadenas de comida rápida.⁵¹ De hecho, la omnipresencia de la americanización se puede reconocer por la proliferación de sus múltiples sinónimos o metonimias: *Cocacolanization* (Cocacolanización), *Disneyfication* (Disneyficación), *Walmarting* (Walmarteo) y *McWorldization* (McMundialización).⁵²

Por otra parte, la britanización cultural del siglo XIX, si bien tuvo un alcance más modesto, transcurrió en una economía mundial decididamente globalizada. La Revolución Industrial liderada por Gran Bretaña creó un mercado de interdependencia global derivada de las vías ferroviarias; las rutas de los barcos de vapor acortadas con el canal de Suez y, posteriormente, el canal de Panamá; el telégrafo y su Unión Telegráfica Internacional; la Unión Postal Universal; y las agencias de noticias mundiales. Todo ello abarcaba gran parte del mundo en la década de 1870. De ahí que la hegemonía mundial británica no solo generara la britanización, sino también una globalización que, dejando aparte los elementos del volumen, la velocidad y la intensidad, se puede comparar con nuestro mundo actual. Estados Unidos, pese a toda la firmeza con que implantó la

americanización, lo hizo en un mundo dividido en dos partes por la Guerra Fría. El Imperio ruso con el que Gran Bretaña jugó al Gran Juego oscilaba entre la confrontación y la colaboración. Si las cosas se ponían feas, Gran Bretaña podía derrotar al Imperio ruso en el campo de batalla, como en efecto hizo en la Guerra de Crimea. En cambio, la Unión Soviética, sus satélites y los regímenes políticos de todo el mundo a los que ayudaba o motivaba bloquearon la posibilidad de un mercado mundial global. Después de la Segunda Guerra Mundial, ya no se produjeron fluctuaciones entre la confrontación y la colaboración; a lo más que se pudo llegar fue a una breve era de distensión. Y si las cosas empeoraran, eso supondría la destrucción mutua asegurada. Así que la globalización con la hegemonía mundial de Estados Unidos solo pudo emerger con el final del mundo bipolar de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética a partir de 1990.

La hegemonía británica estaba anclada en su imperio, que gobernaba a más del veinte por ciento del planeta y su población. La hegemonía de Estados Unidos dependía de su cuota del treinta y cuatro por ciento de la economía mundial. Las dos parejas de gemelos —las revoluciones Industrial y Democrática, y el libre comercio y la ventaja comparativa— nos convirtieron a todos en cierto grado en británicos, aunque fuera con una delgada capa de britanización. Y, desde luego, nos convirtieron en parte de un mundo globalizado. Los trillizos de la hegemonía mundial de Estados Unidos —el garrote de cuatro cabezas, la gigantesca zanahoria y el sueño seductor— fomentaron con fuerza la americanización hasta que se toparon con un muro. O tal vez deberíamos decir un telón: el Telón de Acero de Europa oriental y el Telón de Bambú del este y sudeste asiático. Estas barreras impidieron la articulación de una globalización de pleno derecho.

Pese a todas sus diferencias, estas dos potencias hegemónicas dirigieron el mundo hacia el futuro por la atracción y la emulación que despertaban y por las condiciones o las obliga-

ciones que imponían en sus actuaciones. Las dos siguen siendo indispensables para entender nuestro mundo y su trayectoria durante los últimos doscientos años. Además, debido a su cultura de raíces comunes, cuando Estados Unidos sucedió a Gran Bretaña se produjo un efecto acumulativo, una solución de continuidad, cuya expresión más clara fue el auge y crecimiento de la lengua inglesa como lengua global.⁵³

Pero entonces, dados los poderes sucesivos y acumulativos de las potencias británica y estadounidense que compusieron las hegemonías mundiales y, en particular, las impresionantes fuerzas —militar, política, económica, tecnológica y cultural— de Estados Unidos, ¿por qué los Estados-nación iban a negarse a seguir o a subordinarse a la dirección que marcaba la hegemonía mundial?

¿QUÉ HACER SI NO?

Muchos Estados-nación siguieron el liderazgo de la mayor potencia hegemónica mundial que jamás había existido: los Estados Unidos de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Pero muchos otros no podían o no querían subirse a ese automóvil e incluso se mantuvieron firmes en su decisión de no ceder a la poderosa sinergia de los trillizos estadounidenses: el garrote cuádruple, la gigantesca zanahoria y el sueño seductor. Tal incapacidad o negativa era consecuencia de las limitaciones, posibilidades y oportunidades que surgieron con la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría.

Recapitemos. Durante la segunda mitad del siglo XIX, un «tren global» del que tiraba una locomotora llamada Gran Bretaña hizo que las sociedades del mundo y la economía global se interconectarán más de lo que nunca lo habían hecho. Pero en los albores del siglo siguiente y ya en la década de 1920, los tres desafiantes advenedizos de la hegemonía mundial británica —Alemania, Estados Unidos y una revolución comunista global— habían estado entorpeciendo gravemente el avance del tren.

En 1945, estos tres intrusos, efectivamente, habían conseguido que el «tren global» descarrilara tras una concatenación de desarrollos globalmente compleja que incluyó dos guerras mundiales, la Gran Depresión producida entre una y otra y los carruseles de la Revolución y la Reacción. Gran Bretaña perdió su posición hegemónica mundial y estaba a punto de entrar en el proceso de perder su imperio. Además, la integración económica mundial por cuya creación tanto hizo Gran Bretaña era un caos y la Primera Ola de Democracia había concluido. Alemania, el líder de los advenedizos y principal responsable del descarrilamiento, fue conquistada y se hallaba en ruinas. De ahí que, al concluir la Segunda Guerra Mundial, solo dos fuerzas importantes permanecían en el *ring* para luchar por la hegemonía: Estados Unidos y lo que quedaba de la Revolución Comunista Global después del fracaso del Comintern y la adopción del «socialismo en un único país»: la Unión Soviética. La alianza entre estas dos fuerzas no duró mucho más que los cuatro años que estuvieron unidas contra la Alemania nazi y el Japón de la era Showa. La rendición incondicional de las potencias del Eje pronto se tradujo en la separación de los antiguos aliados y su caída en una Guerra Fría y un orden mundial bipolar.

Y así emergió un nuevo mundo feliz bipolar en el que no había solo una potencia hegemónica mundial —Estados Unidos— que mostraba el camino hacia el futuro, sino también un Estado contrahegemónico —la Unión Soviética—. Este último delimitó su propia esfera de control (es decir, el Bloque Oriental) e influencia (los regímenes comunistas de todo el mundo), pero también ofrecía un camino alternativo para todos los regímenes no comunistas. En esta estructura bipolar, las sociedades y los Estados del mundo encontraron espacio para maniobrar con proyectos nacionales y sociales dirigidos a transformarse por sí mismos para alcanzar a las economías desarrolladas, al tiempo que intentaban afirmar su presencia en la división mundial del trabajo, el capital y el poder. En este quehacer, los Estados-nación de todo el mundo se inspiraron en los avances lleva-

dos a cabo por Gran Bretaña y sus revoluciones sinérgicas: la industrialización y la democratización. Pero desecharon a los otros gemelos: las ideas y políticas del libre comercio y la ventaja comparativa. En su lugar, los Estados-nación del mundo se fijaron en las ideas y políticas de los advenedizos hegemónicos que triunfaron: Estados Unidos y la Unión Soviética. Los principios de la autodeterminación y el socialismo fomentados, respectivamente, por Estados Unidos y la URSS se convirtieron en los nuevos gemelos ideológicos y políticos que recorrieron el mundo desde 1946. Esta pareja de gemelos creó un nuevo escenario en la política, la económica y la sociedad global.

La autodeterminación fue fundamental para el mundo colonial, ya que allanó el camino de la independencia política. Pero la autodeterminación también incitaba a Estados anteriormente independientes a que reafirmaran su soberanía. En ambos casos —independencia y soberanía—, la autodeterminación implicaba proyectos políticos hechos a medida nacional. En cambio, en sus orígenes, el socialismo pretendía ser un proyecto internacional. Su finalidad era que los trabajadores del mundo, dirigidos por la Internacional, se unieran y prosperaran. Sin embargo, la amarga experiencia de la Primera Guerra Mundial demostró que la lealtad nacional prevalecía sobre la unidad de clase. Los obreros luchaban en el frente por sus países y no por su clase social. A raíz de esta experiencia, las ideas del socialismo fueron nacionalizadas en la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista. La transición estalinista al «socialismo en un único país» en 1926 nacionalizó el socialismo incluso en el epicentro de la que en su día pretendió ser una revolución comunista global. En resumen, para la primera ola de Estados-partido antihegemónicos, tanto reaccionarios como revolucionarios, la nación (o la raza, en el caso de la Alemania nazi) se convirtió en el sujeto de alguna variante de socialismo.

Esta amalgama de nacionalismo y socialismo generada por la primera ola de Estados-partido posteriores a la Primera Guerra Mundial pasó a ser un legado esencial que adoptaron los Esta-

dos-partido antihegemónicos de la segunda ola, después de la Segunda Guerra Mundial. Junto a esta amalgama, también se siguió la estrategia de duplicar instituciones solapadas del Estado y del partido con objeto de movilizar a la sociedad desde dentro para enfrentarse al orden mundial exterior. Durante los treinta años que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial, esta combinación fue adoptada y aplicada por muchos de los antiguos imperios, repúblicas y colonias sobre los que Gran Bretaña había impuesto el libre comercio en el siglo XIX. Es decir, una vez que el «tren global» del que había tirado la locomotora británica finalmente descarriló en 1945, esos vagones de segunda y tercera clase de la cola pretendían convertirse en sus propias locomotoras y viajar por sus propias vías. Así lo hicieron motivados por el nuevo horizonte político de la autodeterminación que dibujaba la naciente hegemonía mundial americana, tanto como por el atractivo modelo para la organización política y la transformación económica que ofrecía la contrahegemonía de la Unión Soviética.

De modo que, en lugar de la metáfora del «tren global», este segundo episodio de la hegemonía mundial está representado mejor por los múltiples esfuerzos nacionales de construir sus propios ferrocarriles, con el tren de la potencia contrahegemónica —la URSS— incentivando estas empresas, al tiempo que su propia locomotora tiraba de cuantos vagones podía secuestrar. En estas circunstancias, y a diferencia del «tren global» con Gran Bretaña de maquinista, la locomotora hegemónica —Estados Unidos— tan solo conseguía tirar de algunos vagones del mundo, aquellos que podían y querían. Con todo, en su condición de locomotora hegemónica, hizo cuanto pudo para enganchar el máximo de vagones, incluso a aquellos reticentes, sirviéndose de su zanahoria, su garrote y su sueño.

En efecto, de igual modo que el relevo del orden hegemónico británico por un mundo bipolar americano-soviético dejó espacio para que las sociedades y los Estados del mundo promovieran proyectos nacionales y sociales transformadores, la

Guerra Fría también se tradujo en constantes intervenciones de las superpotencias en todo el mundo para influir, ayudar, dirigir o hacer fracasar esos proyectos. Con todo el espacio que los Estados y las sociedades de todo el mundo ganaron para maniobrar de forma independiente —con proyectos nacionales y sociales destinados a reivindicar la soberanía y poner al día su economía—, a la larga las intervenciones hegemónicas, en particular las de Estados Unidos, prevalecieron. Esta dualidad de «capacidad nacional de libre maniobra frente a la intervención exterior de las superpotencias» derivó en una secuencia en dos fases en el destino de los regímenes políticos de muchos Estados. Al principio, debido a la inexistencia de una potencia hegemónica mundial indiscutible, se formó una nueva ola de Estados-partido antihegemónicos. A continuación, esta segunda ola de Estados-partido antihegemónicos fue dismantelada y reemplazada por una nueva ola de dictaduras autoritarias apoyadas por intervenciones dirigidas por Estados Unidos.

Treinta años después de salir de sus propias estaciones de tren nacionales, estos proyectos destinados a ponerse al día con los Estados-nación más desarrollados se quedaron cortos en sus objetivos económicos y fueron eliminados o transformados políticamente. Por aquel entonces, este nuevo mundo feliz de las ideas y políticas nacionales y socialistas se había quedado desfasado y pronto fue sustituido por una nueva aparición del libre comercio y la ventaja comparativa. A mediados de la década de 1970, estaba a punto de renacer una nueva era de globalización y hegemonía. Esta segunda ronda iba a crear un mundo neoliberal global.

DE GUERRA EN GUERRA HASTA LA GUERRA FRÍA

La Segunda Guerra Mundial es muy diferente de la Primera no solo por sus destacadas características militares —una muy dinámica frente a la otra en su mayor parte estática; la guerra

total frente a la guerra de trincheras—, sino también por sus consecuencias. La Primera Guerra Mundial fue el desencadenante original de la emergencia de los primeros Estados-partido antihegemónicos, y de la perturbación tanto del orden hegemónico como de la economía integrada globalmente. Sin embargo, al concluir esa contienda, la globalización económica se restauró solo momentáneamente. Los Estados-partido antihegemónicos, en cambio, habían llegado para quedarse, primero en la Unión Soviética y la Italia fascista, más tarde en la Mongolia comunista y la China del Kuomintang y el México cardenista. Con la acometida de la Gran Depresión de 1929, los lazos económicos globales se cortaron de forma más drástica. Entonces apareció el Estado-partido que cambió las reglas del juego: la Alemania nazi, y el orden hegemónico entró en su situación terminal con el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La consecuencia inmediata de este conflicto, en contraste con la del anterior, fue la asombrosa desaparición de la mayor parte de los Estados-partido antihegemónicos. La apertura del teatro de operaciones en Asia en 1937 supuso el final de la China del Kuomintang como Estado-partido antihegemónico efectivo, a raíz de la invasión japonesa. Dicha ocupación también puso a la República Popular de Mongolia bajo el control soviético y dejó de ser un Estado-partido antihegemónico para convertirse en un satélite autoritario controlado directamente por la URSS. Al otro lado del Pacífico, el Estado-partido antihegemónico de México, gobernado desde 1934 hasta 1940 por el Partido de la Revolución Mexicana de Lázaro Cárdenas, llegó también a su fin en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. El presidente Manuel Ávila Camacho, sucesor de Cárdenas, se alineó con fuerza con Estados Unidos y reanudó las relaciones con Gran Bretaña. Este cambio de política exterior coincidió con una reestructuración interna del partido gobernante. Con la purga de los cuadros militantes del partido de Cárdenas y su sustitución por una burocracia conservadora, Ávila Camacho consiguió desmovilizar a la sociedad mexicana. Por último y sobre

todo, la derrota militar en la Segunda Guerra Mundial supuso el colapso de la Italia fascista, la Alemania nazi y el Japón de la era Showa. En resumen, la segunda conflagración mundial acabó con todos los Estados-partido antihegemónicos que habían surgido tras la Primera Guerra Mundial, excepción hecha de la Unión Soviética.

La Primera Guerra Mundial se selló con una serie de tratados que los aliados vencedores impusieron en la Conferencia de Paz de París en 1919. Gran Bretaña conservó su posición hegemónica, Francia siguió alineada con ella por interés propio y Estados Unidos continuó con su reticencia a participar en la hegemonía mundial y cedió el paso a sus aliados europeos. El Tratado de Saint-Germain repartió el Imperio austrohúngaro entre los Estados que lo sucedieron, el Tratado de Sèvres dividió el Imperio otomano y el Tratado de Versalles se ocupó del destino del principal advenedizo de la hegemonía británica: Alemania fue obligada a desarmarse, a hacer sustanciales concesiones territoriales y a pagar cuantiosas reparaciones.

En cambio, no hubo tratado de paz al finalizar la Segunda Guerra Mundial y, a diferencia de la Primera, el estado aliado del este —la Unión Soviética— siguió en la guerra hasta el final, salió de ella como vencedor y tuvo su propia agenda de posguerra. Tres conferencias juntaron a los líderes de la desplazada potencia hegemónica mundial (Gran Bretaña), la emergente potencia mundial (Estados Unidos) y la emergente potencia contrahegemónica (la URSS) para hablar del orden posbélico en Teherán (noviembre de 1943), Yalta (febrero de 1945) y Potsdam (julio de 1945). Como ocurrió al terminar la Primera Guerra Mundial, el asunto fundamental era qué hacer con el principal destructor del anterior orden mundial: Alemania. En contraste con 1918, en 1945 no hubo acuerdo entre los Aliados en lo que se refería a las reparaciones alemanas, el núcleo del Tratado de Versalles. Esta vez la Unión Soviética exigió enérgicamente compensaciones, mientras que Estados Unidos no mostró menor determinación en demandar, en su lugar, una completa

reconstrucción de Alemania. Las semillas de la Segunda Guerra Mundial se pueden encontrar en la Cláusula de Culpabilidad del acuerdo de Versalles, que responsabilizaba completamente a Alemania del estallido de la Primera Guerra Mundial y, por tanto, la obligaba a pagar las reparaciones. Del mismo modo, la falta de claridad y acuerdo entre los Aliados en lo que atañía a Alemania, su responsabilidad y su reconstrucción, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, sembró las semillas de la Guerra Fría.

En esta discrepancia, como en otras muchas que se pusieron en evidencia en las últimas fases de la guerra y sus consecuencias inmediatas, la Unión Soviética defendió que fue el Ejército Rojo el que se enfrentó al ochenta y cinco por ciento de la *Wehrmacht* (las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi) y fue el pueblo soviético el que sufrió el mayor número de bajas (unos veinticuatro millones del total aproximado de sesenta millones de muertos durante la guerra). En cambio, para el presidente norteamericano, Harry S. Truman, que era muy consciente del estatus hegemónico mundial de su país, dado su poder militar y económico sin parangón posible, no había razón para que Estados Unidos no recibiera el ochenta y cinco por ciento de lo que quería en todos los asuntos importantes. Estas opuestas hojas de balance contable defendidas por los dos mayores accionistas se mezclaban con el recelo mutuo, la confrontación ideológica y unas relaciones hostiles, y pavimentaron el camino de la siguiente ronda del perdurable conflicto entre la mayor potencia marítima y la mayor potencia continental del mundo. Esta vez dicha confrontación se llamó la Guerra Fría y consistió en un orden mundial en que dos esferas separadas —una al oeste del «Telón de Acero» guiada por una ideología liberal, una economía capitalista y regímenes democráticos; la otra al este de aquel muro imaginario, gobernada por regímenes comunistas— siguieron divididas en un conflicto latente pero persistente. Este conflicto y la consiguiente competencia, que estuvo punteada de incidentes auténticamente bélicos (aunque no

la guerra directa entre las dos superpotencias), fueron la base de casi todo lo que ocurría globalmente bajo el sol.

En general, la Guerra Fría se desplegó en cinco fases principales. Comenzó en Europa poco después de la Segunda Guerra Mundial por medios diplomáticos, políticos, económicos y tecnológicos. Después, al final de la década de 1940, el epicentro de la Guerra Fría se volvió hacia Asia. Allí emergió como «guerra caliente» con un conjunto de conflictos subsidiarios en serie en China, Corea, Vietnam e Indonesia, durante los veinticinco años siguientes. A principios de la década de 1960, la Guerra Fría había entrado en una tercera fase en la que se había intensificado y extendido globalmente, hasta el punto de que en 1962 una crisis en ebullición llevó a las superpotencias al borde de la guerra nuclear. Este funesto episodio, la Crisis de los Misiles cubanos, contribuyó a suavizar las tensiones durante casi veinte años: las décadas de 1960 y 1970. Este cuarto período fue bautizado como *détente* (relajación). En una última quinta fase, se reanudó la confrontación directa a partir de 1979 y continuó hasta el desplome de los regímenes comunistas de Europa del Este (1989) y la extinción de la Unión Soviética (1991).

El primer asunto que provocó divisiones entre los Aliados de la Segunda Guerra Mundial fue el destino de Polonia. Había dos gobiernos polacos enfrentados. Uno, nacionalista y antisoviético, estaba exiliado en Londres; el otro tenía su base en Polonia, en la ciudad de Lublin. Este contaba con la defensa inquebrantable de la Unión Soviética, cuyo líder, Iósif Stalin, imaginaba a Polonia como un Estado amortiguador amigo que bloqueara el paso por el que Alemania había invadido Rusia en las dos guerras mundiales. Al finalizar la guerra, había surgido toda una zona de amortiguación que incluía no solo a Polonia, sino también a Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, donde también se establecieron regímenes comunistas tras la ocupación soviética. En cuanto a la cuestión de Alemania y las reparaciones, el país fue dividido en cuatro sectores (el británico, el francés, el estadounidense y el soviético) con el acuer-

do de que cada aliado tenía derecho a exigir reparaciones en su zona de control.

En 1949, habían emergido dos Estados alemanes: la República Federal de Alemania al oeste y la República Democrática Alemana al este, cada uno gravitando hacia su respectiva esfera de influencia. En este punto, era evidente que estaban cristalizando como rivales, la del oeste bajo las alas del Plan Marshall (1948) y la OTAN (1949) y la del este coordinada por la Cominform (Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros, 1947, que sucedió a la disolución del Comintern en 1943), el Comecon (Consejo de Ayuda Mutua Económica, 1949) y el Pacto de Varsovia (tratado de defensa colectiva del Bloque Oriental firmado en 1955, tras la incorporación de la República Federal de Alemania a la OTAN). La rivalidad bipolar fue definida desde la posición de Estados Unidos como «el apoyo [a] los pueblos libres... que se resisten al intento de sometimiento por minorías armadas o presiones externas». Desde la perspectiva de la Unión Soviética, la misma dicotomía se entendía como el choque de un bloque «imperialista y antidemocrático» con otro «antiimperialista y democrático».⁵⁴

Entretanto, dos mensajes contradictorios de Estados Unidos a la Unión Soviética activaron la Guerra Fría en Asia. En Potsdam (julio de 1945) Estados Unidos comprometió a la Unión Soviética a entrar en el teatro de la Guerra del Pacífico. En Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945), Estados Unidos no solo redujo las ganancias potenciales de la URSS en el teatro del Pacífico, sino que también la disuadió de cualquier pretensión de paridad militar e idéntica posición en el orden mundial. Sin embargo, con su previo avance militar a través de Manchuria, la Unión Soviética consiguió la división de la península coreana. La República Popular Democrática de Corea gobernada por un régimen comunista se estableció en el norte; la República de Corea emergió en el sur. La partición de Corea en dos Estados opuestos alimentó un conflicto latente y a punto de explotar. Además, los soviéticos entraron de nuevo en el teatro

del Pacífico por la puerta trasera. Desde finales del siglo XIX, Estados Unidos había fomentado con éxito una Política de Puertas Abiertas con China con el fin de evitar que el milenario país fuera ocupado por alguna potencia colonial o dividido entre varias de ellas (véase más arriba, pág. 162). Cuando Japón lo intentó, Estados Unidos apoyó a la República de China, un apoyo que continuó durante la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, también ayudó al Kuomintang contra el Partido Comunista en la siguiente Guerra Civil china (1945-1949). Pero, en octubre de 1949, desayunó con la noticia de que un nuevo régimen comunista gobernaba ahora en China, es decir, la República Popular China. A partir de este momento, el país más extenso y el más poblado, que además compartían una de las fronteras más largas del mundo, eran comunistas.

Tal conjunción, sin duda, inquietaría a cualquier mente preocupada por las teorías del efecto dominó —es decir, la hipótesis de que un régimen comunista lleva a otro y a otro—. Este era el caso de Kim Il Sung, el líder norcoreano que, en junio de 1950, cruzó el paralelo 38 que dividía la península Coreana en dos Estados y transformó la Guerra Fría en una caliente. El rápido avance de su ejército hacia el extremo meridional de la península se detuvo cuando las fuerzas de Naciones Unidas, dirigidas y financiadas por Estados Unidos, cambiaron el sentido de la batalla y la llevaron hacia el norte. Pero justo cuando las fuerzas de la ONU tenían a la vista el territorio de China, el ejército de este país hizo que dieran marcha atrás. Unos años después de que estallara la guerra, los enemigos quedaron empantanados en torno a la línea de salida (el paralelo 38). En 1953 se firmó un armisticio. Después de pagar una factura de unos cuatro millones de vidas, las dos Coreas estaban devastadas.

No pasó mucho tiempo hasta que las chispas prendieron de nuevo la Guerra Fría cuando el pueblo de Vietnam pugnaba por conseguir la autodeterminación. Sí, esta era la autodeterminación que Woodrow Wilson anunció al mundo en 1918 y que Ho Chi Minh fue a pedirle, sin éxito, en Versalles. Pasaron

unos treinta y cinco años y en 1954 fue el éxito militar vietnamita el que llevó a Francia, la potencia colonial, a la mesa de negociación en una conferencia internacional celebrada en Ginebra y, muy poco después, a dejar Vietnam, Laos y Camboya. Vietnam quedó dividido provisionalmente en el paralelo 17, con su parte septentrional, gobernada por el victorioso Partido Comunista, y la parte meridional, que debía celebrar elecciones en los dos años siguientes para decidir su régimen. Aquellas elecciones nunca se celebraron y, en su lugar, Estados Unidos impuso y sostuvo un régimen autoritario durante diez años. Con la resistencia en auge y el régimen autoritario flaqueando, Estados Unidos puso en marcha su intervención militar en 1964. De ahí derivaron otros diez años de hostilidades: la Guerra de Vietnam, un conflicto que arrasó Vietnam, Laos y Camboya y, además, sumó una cuenta de nada menos que tres millones y medio de vidas.⁵⁵ Esta vez no se volvió al punto de partida (el paralelo 17). En su lugar, la República Socialista de Vietnam unificó las mitades del norte y el sur con un régimen comunista.

La implicación en el lejano Vietnam preocupó al presidente Lyndon B. Johnson desde el principio, mientras la desafección pública con esa guerra iba en aumento.⁵⁶ Otra cosa era tener de vecino a un emergente régimen comunista, exactamente a ciento cuarenta y cinco kilómetros. Desde la independencia de Estados Unidos, se habían mantenido estrechas relaciones comerciales con Cuba. Thomas Jefferson pensaba que Cuba era «lo más interesante que jamás se pudiera añadir a nuestro sistema de Estados» y dio órdenes al secretario de Guerra de Estados Unidos de «a la primera oportunidad, tomar Cuba».⁵⁷ En 1854 un documento conocido como Manifiesto de Ostende exponía las razones para que Estados Unidos comprara Cuba, dejando explícito que declararía la guerra a España si se negaba a vender la isla.⁵⁸ La guerra contra España, efectivamente, se inició en 1898 y condujo a la independencia de Cuba del moribundo imperio colonial y a su nueva dependencia de la emergente potencia de Estados Unidos (véase más arriba, pág. 90). Esta de-

pendencia se prolongó hasta 1959, cuando una revolución liderada por Fidel Castro y Che Guevara acabó con el gobierno de «nuestro hijo de puta» (Fulgencio Batista).⁵⁹ Una fallida invasión de Cuba orquestada por la CIA llevó a los revolucionarios a buscar la protección soviética, que llegó en 1962 en forma de instalaciones de misiles. Estos fueron descubiertos por un avión de reconocimiento americano, a raíz de lo cual se estableció un bloqueo naval para evitar que la Unión Soviética siguiera entregando misiles atómicos a Cuba. Con esa entrega en ruta acercándose a la línea de bloqueo, la Guerra Fría estuvo a punto de convertirse en una guerra atómica. Tal posibilidad se evitó con un acuerdo por el que todas las armas de ataque soviéticas de la isla fueron desmanteladas y Estados Unidos se comprometió públicamente a abstenerse de otra invasión. Además, acordó en secreto desmantelar sus misiles balísticos de alcance medio desplegados en Turquía.

La Crisis de los Misiles cubanos tuvo la paradójica consecuencia de incrementar la carrera de armas nucleares entre las superpotencias, al mismo tiempo que establecía el tono para facilitar que las tensiones del peligro de un Armagedón atómico aminoraran. En vísperas de la crisis, el saldo del poder atómico era de siete mil doscientas cabezas nucleares de Estados Unidos frente a quinientas soviéticas. Diez años después, el equilibrio había pasado a ocho mil cuatrocientas frente a dos mil cuatrocientas. Veinte años después de la crisis, las superpotencias casi alcanzaron la paridad en el número de cabezas nucleares acumuladas: once mil frente a diez mil.⁶⁰ Por otro lado, se abrieron nuevas vías de comunicación entre las superpotencias, empezando por un «teléfono rojo», una línea roja directa entre Washington D.C. y Moscú. Este paso inicial de disposición a las conversaciones en un momento de urgencia para evitar crisis futuras se amplió más tarde con interacciones directas que se tradujeron en la firma de tratados destinados a limitar las armas estratégicas: las Conversaciones para la Limitación de las Armas Estratégicas o, por sus siglas inglesas, SALT I (1972)

y SALT II (1979, pero que no se llegó a ratificar). En resumen, la crisis acabó en este paradójico principio de «si quieres la paz [la distensión], prepárate para la guerra» (*Si vis pacem, para bellum*, Vegecio, *De re military*, siglos IV o V).

Al mismo tiempo, la crisis había mostrado tanto la determinación de las superpotencias a intervenir en los asuntos interiores de Estados de todo el mundo como los límites de las intervenciones. Pero, en la misma medida en que se entendía que los esfuerzos para lograr la distensión estaban destinados a alejar el peligro de una guerra nuclear, la competencia entre las superpotencias para ampliar sus respectivas porciones de este mundo bipolar continuó. Si Nikita Krushev fomentó la influencia y el apoyo soviéticos a todos los Estados-nación recién independizados hasta inmediatamente antes de la crisis de los misiles cubanos, Yuri Andrópov quería que la Unión Soviética siguiera apoyando las causas revolucionarias de todo el mundo hasta llevar a la fase de distensión de la Guerra Fría hasta su triste final. Huelga decir que Estados Unidos nunca tuvo reparos en entrometerse en asuntos internos de todo el mundo, llevando consigo la espada de doble filo de la ayuda y la influencia antes, durante y después de la fase de distensión de la Guerra Fría. En efecto, la presencia de las dos superpotencias, la hegemónica y la contrahegemónica, el orden mundial dual que establecieron y los controles y equilibrios que cada una imponía a la otra posibilitaron que los estados y sociedades del resto del mundo intentaran sus propios proyectos de cambios nacionales y sociales. Entonces surgió un doble y delicado equilibrio. Por un lado, estaba el equilibrio en el grado de libre maniobrabilidad que cada Estado-nación podía permitirse antes de que sus acciones enfurecieran a una de las dos superpotencias y desembocaran en la intervención de la misma. Así lo ilustra el caso cubano, en el cual la creación de un régimen revolucionario provocó una intervención dirigida por la CIA contra dicho régimen. Por otro lado, había un equilibrio adicional: el grado en que una de las superpotencias podía fomentar sus políticas en otro país antes

de acometer acciones por parte de la superpotencia enemiga, como demostró la dinámica de la Crisis de los Misiles cubanos que siguió a la intervención dirigida por la CIA. Este doble equilibrio describe gran parte de lo que sucedió en el período de hegemonía mundial de Estados Unidos en un orden mundial bipolar.

DEL LADO CORRECTO DE LA POTENCIA HEGEMÓNICA MUNDIAL

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Italia, Alemania y Japón estaban asolados y en pleno caos. Desde el principio del siglo xx, estos tres Estados-nación se habían propuesto promover su lugar en el orden mundial hegemónico liderado por Gran Bretaña. Sin embargo, cada uno adoptó una estrategia distinta. Para Alemania, la estrategia era el enfrentamiento directo, en el que fue de derrota (1914-1918) en derrota (1939-1945). La estrategia de Japón fue primero asociarse con los británicos (1914-1918), con el consiguiente desengaño por los evidentes escasos frutos de esa exitosa asociación, y después enfrentarse directamente contra la coalición hegemónica mundial de la potencia hegemónica antigua y la emergente —Gran Bretaña y Estados Unidos— y sus socios —Francia y Países Bajos—. Si la asociación aportó a Japón unos beneficios insatisfactorios, el enfrentamiento supuso su completa destrucción (1941-1945), representada por el lanzamiento de sendas bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki por Estados Unidos. Italia optó por el vaivén en las dos guerras mundiales, alternando la confrontación y la asociación con el orden hegemónico mundial. Formó parte de la Triple Alianza con Alemania y Austria-Hungría, aunque permaneció neutral hasta 1915, cuando cambió de bando en favor de la Triple Entente de Gran Bretaña, Francia y Rusia. Pero, como en el caso japonés, los italianos se sintieron decepcionados por lo que las potencias

dominantes les entregaron como recompensa al finalizar la Primera Guerra Mundial. De ahí que, con una actitud de revancha comparable a la de sus nuevos socios, la Italia fascista formara parte del Eje Roma-Berlín-Tokio, con la Alemania nazi y el Japón de la era Showa, y se enfrentara directamente al orden mundial hegemónico durante la Segunda Guerra Mundial hasta julio de 1943. Entonces cambió de bando de nuevo: Benito Mussolini fue arrestado brevemente (y liberado por un comando alemán), el rey Víctor Manuel III se rindió a los Aliados y los alemanes intervinieron para detener a las fuerzas aliadas en Italia hasta el mismísimo fin de la guerra.

Italia, Alemania y Japón compartían su punto de llegada en 1945 —la destrucción y el colapso—, pero también algunas características fundamentales de sus trayectorias previas. En lo referente a los asuntos internos, todos ellos consiguieron la unificación y centralización políticas cuando el juego estaba ya muy avanzado, en la década de 1860, y llegaron tarde a la competencia por conseguir un imperio global. Durante, más o menos, un milenio (962-1808), tanto Italia como Alemania fueron las sedes de dos instituciones políticas que se atribuían la soberanía universal: el Papado y el Sacro Imperio Romano Germánico, respectivamente. El conflicto entre estas instituciones (cada una reivindicando el poder universal), sumado a la multiplicidad de ciudades-Estado y principados ricos y poderosos y las posteriores intervenciones y conquistas por otros imperios (el español, el francés, el austríaco), impidió que emergiera una monarquía unificada y centralizada —tal como evolucionó en Portugal, España, Inglaterra, Francia y Rusia— o una confederación republicana, como sucedió en las provincias holandesas. Todos estos sistemas de gobierno unificado se lanzaron a construir un imperio global a la vez que a sus procesos de centralización política interior. Las potencias marítimas atlánticas lo hicieron a través de los océanos; Rusia lo hizo en el ámbito continental a lo ancho de Eurasia. Cuando Italia y Alemania se convirtieron en Estados unificados y cen-

tralizados en 1871, la mayor parte del globo ya estaba repartido entre las potencias imperiales, dejando poco espacio para construir un imperio global. Tal agravio alimentó la postura antihegemónica que Italia y Alemania adoptaron en las dos guerras mundiales, en particular Alemania, una potencia industrial líder.



MAPA 10. *Imperios marítimos y continentales regidos por sistemas de gobierno centralizado frente a imperios limitados por su ubicación geográfica central y sus sistemas de gobierno centrífugo.*

Aunque en un contexto completamente distinto, Japón también sufrió el «agravio del camino bloqueado al imperio» como consecuencia de su prolongado proceso hasta lograr su centralización doméstica, así como por su aislamiento autoimpuesto. Durante casi mil años (1185-1868), Japón fue gobernado por dictadores militares, o *shoguns*, supuestamente nombrados por los emperadores. Estos *shoguns* regían el país a través de su *bakufu*, o pirámide de lealtades entre los señores medievales (*daimyōs*) y *samuráis* desde el rango inferior al superior hasta llegar al *shogun*, situado en el vértice.⁶¹ A partir de 1600 y durante los siguientes doscientos sesenta años, en Japón mandó el

shogunato Tokugawa, pues todos los *shoguns* eran miembros del clan Tokugawa. El poder estaba repartido entre este clan, que tenía su base en Edo (el actual Tokio), y los *daimyōs* y *samuráis* de las provincias, que dirigían una administración independiente manteniendo su lealtad al *shogun*. Este régimen impuso en 1635 las leyes de Aislamiento, o *Sakoku*, que limitaban duramente el comercio y los contactos con el mundo exterior. El aislamiento acabó violentamente a punta de cañón cuando el comodoro Mathew Perry, con un escuadrón de cuatro naves, apareció en la bahía de Edo en 1853 (véase más arriba, pág. 59). Abierto a la fuerza al comercio exterior, Japón se adaptó con rapidez y determinación. Se transformó en una economía en proceso de industrialización, una sociedad que iba trasladándose a las ciudades, un Estado que miraba al exterior con el fin de establecer su propio imperio, todo ello bajo un régimen político moderno y centralizado. Este cambio radical que empezó en 1868, conocido como la Restauración Meiji, provocó la modernización de Japón y su fortalecimiento. Como una economía recién industrializada, Japón enfocó la reivindicación imperial mediante la colaboración con la hegemonía mundial, que no produjo los beneficios esperados al término de la Primera Guerra Mundial. En consecuencia, como potencia industrial de pleno derecho y segura de sí misma, en el segundo asalto Japón recurrió a la confrontación directa. El Imperio japonés, entonces conocido como la «Esfera de Coprosperidad», ocupó cuanto pudo de Corea, amplias franjas de la China oriental, la totalidad del Sudeste Asiático, Taiwán, las islas Filipinas y el archipiélago indonesio hasta las islas Salomón (véase más arriba, pág. 147). En agosto de 1945, todo esto acabó, con importantes zonas del país en ruinas, como también les ocurrió a sus socios del Eje.



MAPA 11. *Oscilaciones geopolíticas de Japón: prohegemónica (hasta 1930); antihegemónica (1930-1945); prohegemónica (a partir de 1945).*

Por último, Italia, Alemania y Japón no solo compartían algunas características fundamentales de sus trayectorias anteriores —concretamente, la ausencia de una política expansionista exitosa debido a una tardía centralización política que se tradujo en acometidas antihegemónicas— y su punto de llegada en 1945: la destrucción y la caída del régimen. También compartían algunos rasgos de sus trayectorias ulteriores. En 1945, los tres Estados empezaron su era posterior a la Segunda Guerra Mundial bajo la ocupación de Estados Unidos. Alemania fue dividida en cuatro zonas de ocupación, repartidas entre el control estadounidense, británico, francés y soviético. En mayo de 1949, las administraciones americana, británica y francesa se fusionaron para formar la República Federal de Alemania, que siguió ocupada hasta mayo de 1955. La política de ocupación original preveía la desindustrialización de Alemania. Esta política, sin embargo, fue rectificada pronto, cuando empezó a evolucionar la Guerra Fría poniendo de manifiesto la necesidad de una Alemania aliada fuerte.⁶² La ayuda económica del Plan Marshall, unida al apoyo político a la administración de la conservadora Unión Democrática Cristiana al mando de Konrad Adenauer hasta 1963, allanó el camino para el *Wirtschaftswunder* o milagro económico alemán. Con la introducción de una

moneda nueva (el marco alemán), la eliminación del control de los precios, el recorte drástico de las tasas de impuestos marginales y el control de la inflación, la productividad de la economía germana creció a un ritmo medio anual del ocho por ciento durante la década de 1950 y del 4,4 por ciento en la de 1960.⁶³ Alemania se convirtió una vez más en la fuerza motriz de la economía europea.

La ocupación de Japón también fue duradera, desde 1945 a 1952, y de modo parecido se divide en dos períodos con el inicio de la Guerra Fría como punto de inflexión. Al igual que en Alemania, al principio se impuso un enfoque punitivo. Tal actuación incluía juicios por crímenes de guerra, el desmantelamiento del ejército y la confrontación con las élites políticas, con el emperador a la cabeza, imponiendo una nueva Constitución y atacando a la élite económica al redistribuir las tierras de las que eran propietarios los ricos terratenientes y acabar con los *zaibatsu* o conglomerados de grandes empresas. Pero el triunfo del comunismo en China (1949) hizo que Estados Unidos cambiara su objetivo y fomentara el fortalecimiento de la economía japonesa. Otro episodio de la Guerra Fría, la Guerra de Corea (1950-1953), proporcionó la oportunidad de alcanzar esa meta transformando Japón en el principal centro de intendencia para las fuerzas de Naciones Unidas. En este contexto y con la administración del conservador Partido Liberal dirigido por Shigeru Yoshida, las empresas importantes formaron de nuevo grandes conglomerados (*keiretsu*). La industria japonesa se reactivó. Estaba en marcha un milagro económico nipón y Japón se convirtió, otra vez, en el centro neurálgico industrial de Asia.⁶⁴

Por último, aunque igualmente importante, Italia se enfrentó a una secuencia similar de ocupación y recuperación, con la salvedad de que la primera no se prolongó tanto ni la segunda fue tan contundente. Tras la invasión y el posterior armisticio en 1943, se estableció un gobierno militar aliado, que rigió hasta la firma del Tratado de Paz Italiana en 1947. Cuando se pro-

dujo la invasión aliada, el régimen fascista que participó en la confrontación antihegemónica se había desplomado, por lo que esta ocupación no tuvo ninguna fase punitiva. En su lugar, el esfuerzo de Estados Unidos se concentró en marginar al Partido Comunista y a los sindicatos que incidían en el sistema político. La intromisión de la CIA en las elecciones de 1948 lo consiguió, al entronizar en el poder al conservador Partido Demócrata Cristiano dirigido por Alcide de Gasperi hasta 1953. Como en Alemania, el Partido Demócrata Cristiano era la principal fuerza política en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, pero en Italia se las arregló para seguir en el poder hasta 1994.⁶⁵ Como ocurrió en Alemania y Japón, también en Italia se produjo un sustancial crecimiento económico conocido en su época como *il miracolo economico*: un crecimiento medio del PIB del 5,8 por ciento entre 1951 y 1963, seguido de una media anual del cinco por ciento entre 1964 y 1973.⁶⁶

En resumen, estos tres Estados, que tan solo diez años antes fueron gobernados por regímenes dictatoriales que provocaron la mayor y más dramática confrontación antihegemónica, se convirtieron, en el nuevo contexto del orden mundial bipolar posterior a la Segunda Guerra Mundial, en regímenes democráticos sólidamente integrados como pilares fundamentales de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Como tales, se unieron a la más amplia coalición hegemónica mundial liderada por Estados Unidos, que incluía a los recientes enemigos de aquellos tres Estados: las democracias británica y francesa. Estos dos aliados de Estados Unidos no fueron destruidos en la medida en que lo fueron las potencias del Eje. Además, fueron los principales beneficiarios de las ayudas americanas mediante el Plan Marshall, con unas cuotas del veintiséis y el dieciocho por ciento del total de las aportaciones, respectivamente.⁶⁷ Después de unos cinco años de austeridad, sus economías experimentaron un crecimiento espectacular y una sustancial subida del nivel de vida. Estos años se conocen en Gran Bretaña como la *Golden Age* (edad de oro) y en Francia como *Les Trente Glo-*

rieuses (Los treinta años gloriosos) o la *révolution invisible* (la revolución invisible, 1946-1975).⁶⁸

Los Estados de la península ibérica siguieron un camino similar. Durante la guerra, se mantuvieron neutrales, pero estaban gobernados por los regímenes autoritarios de António Salazar y Francisco Franco con toda su parafernalia fascista. Para Portugal, como fiel aliado británico, la incorporación a la esfera hegemónica se produjo sin sobresaltos. Se benefició de las ayudas del Plan Marshall y fue miembro fundador de la OTAN en 1949. En cambio, la España franquista había estado respaldada sin paliativos por las potencias del Eje y, durante los años de guerra, mostró muchas características propias de un Estado-partido antihegemónico reaccionario. En consecuencia, Estados Unidos primero aplicó una política de aislamiento. Pero como veíamos en el «cambio de posición» de Estados Unidos respecto a Alemania y Japón, cuando en el horizonte asomaba la Guerra Fría, la España autoritaria fue también aceptada por la potencia hegemónica mundial en 1953. En ese camino, aunque fuera unos años más tarde (1959-1974), «el milagro español» estaba en marcha. Todos los demás países europeos, fueran aliados de Estados Unidos durante la guerra (Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Islandia, Noruega, Dinamarca, Grecia y Turquía) o neutrales (Irlanda, Suecia, Suiza), estuvieran gobernados por regímenes democráticos (Irlanda, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Islandia, Noruega, Dinamarca, Suecia y Suiza) o por regímenes autoritarios (Grecia y Turquía), también se pusieron del lado de la potencia hegemónica mundial y disfrutaron de condiciones similares.

Esta bonanza económica global patente en todos los países nombrados, a la que se suele denominar «Edad de oro del capitalismo», era la gigantesca zanahoria aportada por la potencia hegemónica mundial a través de su keynesianismo global de múltiples capas incluyendo: 1) estructuración de un orden económico mundial estable, basado en las instituciones acordadas en Bretton Woods; 2) erección de un modelo de intervención es-

tatal en la economía combinado con políticas de bienestar financiadas por el Estado que fueran un ejemplo que los distintos países pudieran seguir y adaptar a sus circunstancias; 3) aportación inicial de capital para la rápida reconstrucción económica; 4) liderazgo en avances tecnológicos que mejoraran la productividad y la diversificación económicas; y 5) generación de una gran demanda para su ingente mercado doméstico así como sus necesidades militares y geopolíticas, en particular, el control de la Guerra Fría con sus violentas explosiones, tales como la Guerra de Corea.⁶⁹

La segunda característica común, tanto de las potencias del Eje como de los Aliados occidentales de Estados Unidos al finalizar la Segunda Guerra Mundial, fue la pérdida de sus respectivos imperios. Las potencias del Eje los perdieron en el proceso de sus derrotas militares durante la guerra. A los aliados occidentales les ocurrió lo propio en el proceso de descolonización, poco después del fin de la guerra y a lo largo de los veinte años siguientes. También en este mismo sentido, Estados Unidos, la potencia hegemónica mundial, había mostrado el camino a sus socios. La visión wilsoniana de la autodeterminación, que se aplicó solo de forma selectiva al continente europeo al finalizar la Primera Guerra Mundial (véase más arriba, pág. 197), ahora se llevaba a cabo a nivel global. Con todo, la consecución de la autodeterminación por parte de las sociedades coloniales no iba necesariamente en detrimento de las antiguas potencias imperiales. Siguiendo el ejemplo de la potencia hegemónica mundial, estas aceptaron el imperio informal como su principal instrumento de dominación, desplazando así su histórico gusto por el imperio clásico.

En 1949, Gran Bretaña creó la actual Commonwealth británica para incluir no solo a las colonias donde se asentaron británicos (Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, el Estado Libre Irlandés y Terranova), como quedó constituida en 1931, sino también a todos los dominios coloniales anteriores que crecieron tras la descolonización para convertirse en esta-

dos soberanos.⁷⁰ Francia desarrolló su propia política del garrote y la zanahoria con sus antiguas colonias de África. Conocida como la *Françafrique*, el objetivo de esta serie de políticas poscoloniales era preservar el acceso a materias primas estratégicas y a los mercados locales como en los tiempos de las colonias. Los regímenes africanos que se mostraban amistosos se llevaron las zanahorias; los que se negaban a cooperar, los garrotes. Desde 1960, Francia ha intervenido militarmente en más de treinta ocasiones en África, donde su ejército está presente al menos en diez países. Los aliados de la potencia hegemónica mundial no solo se las arreglaron para conservar sus antiguos imperios mediante estas configuraciones neocolonialistas. También sucedió que los antiguos enemigos de la emergente potencia hegemónica mundial —Japón y Alemania— consiguieron fomentar su dominio regional sustituyendo los medios militares por el poder económico. Con la excepción de los estados comunistas del este asiático (la República Popular China, Corea del Norte y Vietnam), la economía de Japón llegó a dominar la que en su día fue la Esfera de Coprosperidad. Asimismo, el intento fallido de Alemania de dominar Europa mediante su conquista pasó después a materializarse parcialmente gracias al papel preponderante que desempeña en la Unión Europea.

La fase fallida de la hegemonía británica después de la Primera Guerra Mundial dejó una economía devastada que cayó en picado en la Depresión Global y generó un agrio debate sobre el imperio. La fase ascendente de la hegemonía estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial inauguró una época de economía boyante, el entierro de los imperios clásicos y la aparición de pujantes imperios informales. Estas tres circunstancias dieron a luz a la Esfera Hegemónica, hecha a imagen y semejanza de la potencia hegemónica mundial.

DEL LADO EQUIVOCADO DE LA POTENCIA
CONTRAHEGEMÓNICA

La Unión Soviética fue el primer Estado-partido antihegemónico y el único que sobrevivió de todos los de la primera ola de Estados de este tipo (véase más arriba, pág. 99). Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, estuvo debatiéndose entre la fortuna y la desgracia. Por un lado, desde el punto de vista demográfico, físico y económico, el país estaba devastado; por otro lado, su fuerza militar, política e ideológica se encontraba a una altura que no tenía precedentes. Esta mezcla brindó la oportunidad de revisar la política de «Socialismo en un único país» que Stalin había adoptado en 1926 y que renunciaba al intento de exportar la Revolución Comunista más allá de las fronteras de la Unión Soviética. El resultado de esta reconsideración también fue una mezclanza. Por una parte, los movimientos comunistas insurgentes que libraban guerras civiles para conseguir el poder fueron abandonados o eliminados, como ocurrió en España, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, y en Grecia como consecuencia inmediata de esta. Además, se disuadió a los comunistas que pretendían tomar el poder en países donde su partido tenía gran influencia, como en Italia y Francia. Por otra parte, la mayoría de aquellos países ocupados por el Ejército Rojo donde en su día se levantaba el Imperio ruso —Estonia, Letonia y Lituania— fueron incorporados a la Unión Soviética, mientras que en aquellos también ocupados por el Ejército Rojo, pero fuera del alcance del antiguo imperio —Rumanía, Bulgaria, Checoslovaquia y la parte oriental de Alemania—, los partidos comunistas locales que respondían a las órdenes de Moscú fueron entronizados en el poder. Este fue también el destino de Polonia, una gran parte de la cual perteneció al Imperio ruso antes de 1914. Este doble sistema de establecimiento de regímenes comunistas al servicio de la Unión Soviética, al tiempo que se bloqueaba la toma del poder por el comunismo donde no le convenía a su

política exterior, representaba, de hecho, la reafirmación de la estrategia del «Socialismo en un único país». Por segunda vez, se arrinconó la visión fundacional de una revolución en todo el mundo que llevaría a un orden mundial comunista (véase más arriba, pág. 196). La postura antihegemónica comunista contra el orden mundial capitalista fue sustituida por el atrincheramiento de la Unión Soviética y su propio imperio informal como una esfera contrahegemónica. Es decir, era un ámbito cerrado en sí mismo decidido a rechazar la gran zanahoria de la potencia hegemónica mundial, luchando contra su garrote cuádruple y bloqueando con desespero su sueño seductor, al mismo tiempo que alentaba a sus propios trillizos contrahegemónicos.

En los treinta años que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial (1945-1975), la Unión Soviética pasó por diversas vicisitudes que se pueden resumir señalando unos cuantos cambios importantes. Si tuviéramos que economizar y elegir solo una transición importante de este período, destacaríamos el paso del totalitarismo al posttotalitarismo. Con Stalin en el poder, la Unión Soviética fue un Estado totalitario dirigido por un líder reverenciado y por un solo partido de masas que movilizó por completo a la sociedad y la economía para proceder a su transformación. Para ello se servía del adoctrinamiento ideológico mediante los medios de comunicación de masas controlados por el Estado, la educación formal (por ejemplo, la escuela) e informal (por ejemplo, el movimiento juvenil), la vigilancia masiva y el uso omnipresente del terror. Tras la Segunda Guerra Mundial, estas características se afianzaron aún más, gracias al mérito atribuido a Stalin y al Partido Comunista de haber vencido a la Alemania nazi y a que los esfuerzos de reconstrucción exigían una gran movilización canalizada principalmente hacia el desarrollo de la industria pesada y la energía. La firmeza con que Stalin ejercía el poder no acabó hasta su muerte en 1953. Este acontecimiento marca el inicio de la fase posttotalitaria del régimen

soviético. En esta fase, pese al intento de controlar la sociedad tan estrechamente como fuera posible, el jefe del Estado no era tan reverenciado (de hecho, se eliminaría el culto a la personalidad), el partido único perdió terreno entre las masas, y sus cuadros y burócratas se entregaron a disputas partisanas. ¿Los resultados? Menor empuje y capacidad de movilizar a la sociedad y la economía y, al mismo tiempo, menor intensidad del uso de la vigilancia y el terror; y asimismo el cese del adoctrinamiento en una ideología que estaba perdiendo su atractivo.⁷¹

Si pasamos a una explicación menos conceptual y más descriptiva de estos treinta años, podemos distinguir dos transiciones: la transición entre el gobierno de Stalin (hasta 1953) y Krushev (1953-1964), y la de Krushev a Brézhnev (1964-1982). Estos tres períodos se conocen como las fases del último estalinismo, el intento de reformas y la reacción a las reformas, respectivamente. En 1956, Nikita Krushev empezó a denigrar a Stalin, su gobierno personal y el culto a la personalidad, además de denunciar las atrocidades y los crímenes cometidos por este dictador. La amplia diversidad de reformas incluía el fin del terror provocado por la policía política, cierta descentralización de la economía planificada, con la devolución del poder a las autoridades regionales y simultáneamente el fomento de un sistema de participación en la política del gobierno local, y una mínima liberalización en la censura de las actividades artísticas e intelectuales. Estas reformas, que terminaron con fracasos en la producción agrícola y la política exterior, supusieron la sustitución de Krushev en 1964 por un contragolpe personificado en Leonid Brézhnev. Este eliminó la mayor parte de las reformas, reemplazó el reformismo por el conservadurismo y terminó, involuntariamente, allanando el camino para la desaparición de la Unión Soviética. La URSS tuvo su propia metáfora del tren que los amargados ciudadanos contaban en secreto: en el momento en que el tren soviético se detuvo, Stalin ejecutó al maquinista, acusado de sabotaje; Krushev trajo al se-

gundo maquinista desde el campo de prisioneros pero el tren seguía inmóvil; finalmente, Brézhnev ordenó que las cortinas de todas las ventanillas se cerraran y declaró: «¡Ahora el tren se está moviendo!».

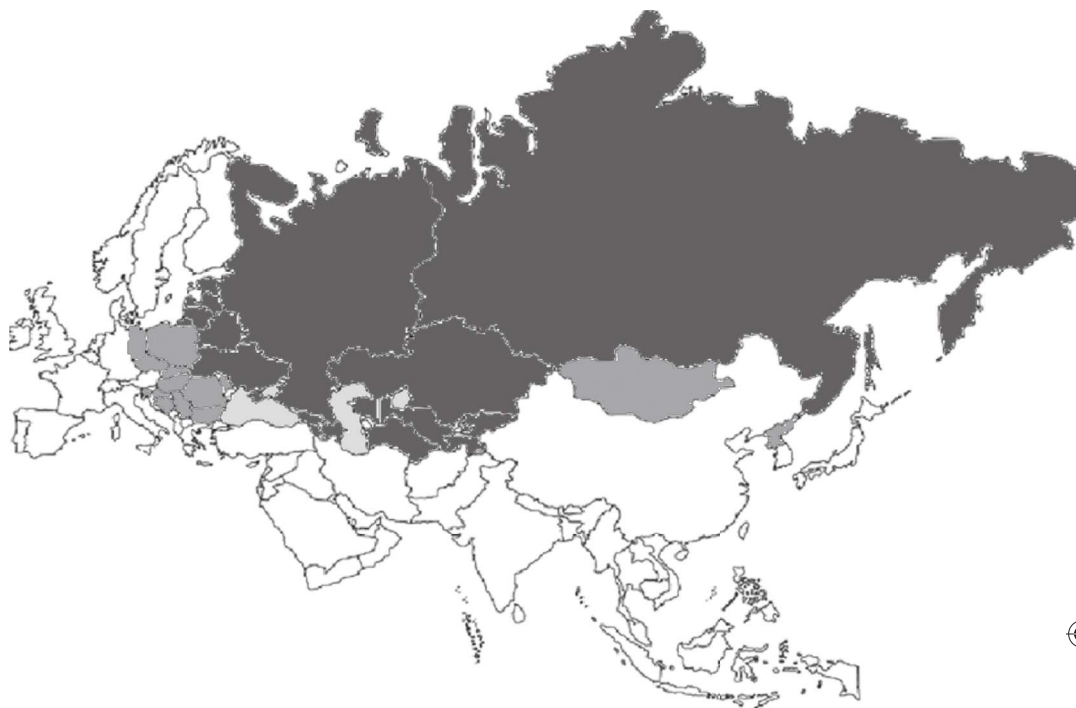
Pero con todos los problemas del tren, el fortalecimiento de la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial quedó claramente atestiguado por la emergencia del Bloque Oriental —su propio imperio informal en un feliz nuevo mundo global de imperios informales—. En 1948, se completó la creación de este bloque, logrado mediante la formación de Estados de partido único comunistas según el modelo y con el control de la Unión Soviética. Como tales, estos Estados comunistas de partido único no intentaban reivindicar su papel en el orden mundial, sino que eran fruto de la conquista, la ocupación y la tutela de la URSS. Estos Estados-partido no estaban sustentados por una amplia coalición social, sino por el ejército soviético. Su objetivo no era resituarse a sus Estados-nación en la división mundial del trabajo y el poder, sino seguir las directrices de Moscú como parte integral de la esfera contrahegemónica. Su parecido con los Estados-partido antihegemónicos es solo formal, debido a que tomaron como modelo al régimen soviético, un Estado-partido. Sin embargo, en el fondo, estos Estados comunistas de partido único eran diametralmente opuestos a los Estados-partido antihegemónicos, que destacaban por ser revisionistas y dados a la movilización de la sociedad. Estos Estados comunistas del Bloque Oriental eran simples regímenes autoritarios. Su velado carácter autoritario se ponía en evidencia, una y otra vez, cuando la movilización social obligaba a que el poder real que escondían aquellos regímenes saliera con decisión a la luz.

Tras la muerte de Stalin (1953), en la República Democrática Alemana se produjo un levantamiento generalizado contra el régimen comunista. Los tanques del Grupo de Fuerzas Soviéticas de Alemania lo reprimieron con violencia.⁷³ Tres años después, estalló una revuelta en Hungría. Esta vez un nuevo

gobierno depuso al comunista y sacó a Hungría del Pacto de Varsovia. La revuelta húngara se convirtió en una auténtica revolución. Doce divisiones del Ejército Rojo invadieron el país para unirse a las cinco que ya se hallaban estacionadas allí. En cuestión de dos semanas, la Revolución Húngara, la resistencia al imperio informal soviético y el intento de escapar de la esfera contrahegemónica, había concluido.⁷⁴

Esta supresión por la fuerza hizo que las revueltas antisoviéticas fueran improbables hasta 1968. En enero de ese año, un político reformista, Alexander Dubček, fue elegido secretario del Partido Comunista de Checoslovaquia. Sus reformas, destinadas a reducir el control de la economía planificada y el gobierno de un único partido, en la llamada Primavera de Praga, no gustaron a la Unión Soviética. En agosto, dos mil tanques y un contingente de doscientos mil soldados del Pacto de Varsovia acabaron con las reformas.⁷⁵ Tuvieron que pasar más de diez años para que se produjera un segundo intento de oposición. En 1981, Solidaridad, un movimiento de base formado por los sindicatos, osó llevarlo a la práctica en Polonia. Esta vez, el comandante en jefe del Ejército Popular Polaco, Wojciech Jaruzelski, intervino para formar el Consejo Militar de Salvación Nacional. Fue como si el ejército polaco hubiera aprendido las lecciones de los levantamientos anteriores y con una especie de golpe de Estado militar preventivo hubiera señalado a Moscú: «No es necesario que vengáis por aquí, nos las arreglaremos solos».

La mayoría de los Estados-partido del Bloque Oriental encubrían dictaduras militares que se quitaban la máscara ante movilizaciones sociales y políticas que exigían cambios. Solo Yugoslavia y Albania (y, en cierta medida, Rumanía) supieron desligarse del tutelaje soviético y reivindicar su independencia en el orden mundial. De modo que representaban un tipo comunista de Estados-partido antihegemónicos.



MAPA 12. *El orden contrahegemónico soviético de 1945-1989.*

Aparte del imperio informal de la Unión Soviética en Europa central y oriental, la esfera contrahegemónica soviética se amplió aún más con los regímenes comunistas que emergieron en Corea (1945), China (1949) y Vietnam (1954). Sin embargo, los tres eran Estados-partido antihegemónicos comunistas independientes, cuyo grado de alianza con la Unión Soviética fue fluctuando con el paso del tiempo.

LA UNIÓN SOVIÉTICA Y CHINA

Desde la gira global de los gemelos sinérgicos, los efectos del dilema del Catch-22 sobre los imperios de la pólvora —modernizarse o morir, modernizarse y morir— se habían estado agudizando (véase más arriba, pág. 117). El Imperio chino se desplomó en 1911; el ruso, en 1917. Estos dos antiguos imperios de la pólvora fueron reemplazados por Estados-partido antihegemónicos. La Unión Soviética, el primero de todos los Estados-partido de este tipo, a pesar de la devastación que sufrió durante la Segunda Guerra Mundial, había emergido como una potente fuerza antihegemónica en un orden mundial bipolar. El destino del Estado-partido antihegemónico de China liderado por Chiang Kai-shek y su partido Kuomintang fue completamente distinto. La comparación de estas dos trayectorias subraya algunas similitudes circunstanciales y diferencias cruciales.

Inicialmente, en ambos países la revolución y la creación de un Estado-partido antihegemónico derivó en una guerra civil. Pero, a diferencia de Rusia, en China las fuerzas nacionalistas del Kuomintang y el Partido Comunista Chino lucharon codo con codo contra los aristócratas terratenientes o señores de la guerra en una campaña conocida como la Expedición del Norte (1926-1928). Solo después de esta victoria en una primera guerra civil, el Kuomintang se obstinó en perseguir al Partido Comunista Chino, al que puso al borde de la extinción en la década de 1930. En segundo lugar, al igual que en la Unión Soviética, a la guerra posrevolucionaria de China le siguió un reto hercúleo adicional: el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Japón invadió China en 1937 y, como ocurrió en la URSS tras la invasión alemana en 1941, las fuerzas invasoras demostraron ser imparables. Sin embargo, en contraste con el teatro de la guerra en la Unión Soviética, en China no hubo cambio de suerte en ningún momento y el ejército japonés mantuvo siempre su posición de poder y control. Inca-

paz de organizar una resistencia efectiva a la invasión japonesa, el Kuomintang fue apartado de sus bases de poder político en la región del delta del Yangtzé. En cambio, los comunistas resistieron detrás de las líneas japonesas, por lo que se ganaron el apoyo popular. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, estalló en China una segunda guerra civil, esta vez entre el decadente Estado-partido antihegemónico chino gobernado por el Kuomintang y el emergente segundo Estado-partido antihegemónico chino liderado por el Partido Comunista. En esta situación, las trayectorias de la Unión Soviética y China se asemejaban más: el imperio de la pólvora más extenso y el de mayor población del siglo XIX, respectivamente, pasaron a ser los Estados-partido más poderosos al mando de partidos comunistas del siglo XX. Y seguirían más similitudes.

TABLA 5. *Las trayectorias de Rusia y China comparadas: Fase I.*

RUSIA	CHINA
Ambos imperios de la pólvora derrotados por Gran Bretaña y Francia	
<i>Guerra de Crimea (1853-1856)</i>	<i>Guerras del Opio (1839-1860)</i>
Ambas derrotas militares dieron pie a reformas insuficientes para ponerse a la altura de los enemigos. Posteriores derrotas militares acabaron en revoluciones antimonárquicas	
<i>La Primera Guerra Mundial desencadenó una revolución liberal (febrero de 1917). El gobierno provisional fue derrocado por una revolución comunista (octubre de 1917)</i>	<i>Derrotas consecutivas a manos de Japón y las potencias occidentales alentaron una Revolución Republicana que creó la República de China (enero de 1912)</i>

RUSIA	CHINA
La guerra civil	
<i>Después de la Revolución Comunista, una guerra civil enfrentó a los comunistas contra los anticomunistas (1917-1923)</i>	<i>Después de la revolución republicana, republicanos y comunistas se enfrentaron a los señores de la guerra en una guerra civil (1926-1927). Posteriormente, los republicanos eliminaron a los comunistas. Se evitó una guerra civil entre unos y otros gracias a su colaboración durante la invasión japonesa (1937-1945). Al término de la Segunda Guerra Mundial le siguió una guerra civil entre republicanos y comunistas (1945-1949)</i>
El régimen comunista	
<i>En 1917, en el antiguo Imperio ruso se estableció un régimen comunista que se consolidó al finalizar la guerra civil en 1923</i>	<i>En 1949, al término de la guerra civil, se estableció un régimen comunista en la antigua República de China</i>

El 1 de octubre de 1949, Mao Zedong anunció la fundación de la República Popular China. Este segundo Estado-partido anti-hegemónico en China se ocupó más en concentrar el poder y en reprimir a los opositores, era mayor en términos geográficos y más inflexible en su mando sobre la sociedad y la planificación económica. Como ocurrió en Rusia después de la Revolución Comunista, el problema más candente en una sociedad abrumadoramente rural era la suerte de los campesinos sin tierra. Al concluir la guerra civil, el régimen comunista chino transfirió la propiedad de la tierra a los campesinos pobres, con lo que se ganó su apoyo e hizo de ellos la columna vertebral social del régimen emergente. Desde 1947 hasta 1952, el sector agrícola vivió un proceso de reforma agraria en el que se redistribuyó el

cuarenta por ciento de la tierra cultivable entre trescientos millones de campesinos. Se calcula que fueron ejecutados entre ochocientos mil y en torno a dos millones de terratenientes. Esta radical reorganización de la distribución de la tierra concedió al noventa por ciento de la población rural la propiedad del 90,8 por ciento de la tierra cultivable.⁷⁶

Pero, como en el caso de las primeras fases de la Unión Soviética, lo que se pretendía no era simplemente la igualdad en la sociedad rural. En realidad, el objetivo era liberar a esa sociedad del dilema del Catch-22, al que llevaba enfrentada desde los días de la gira global de la pareja sinérgica de gemelos, y convertirla en una sociedad industrial. La reforma agraria iba dirigida a evitar el peligro de que el descontento social provocara inestabilidad y alteraciones del orden. De hecho, en el caso de la Unión Soviética, fue su rápida industrialización la que le permitió imponerse en la Segunda Guerra Mundial y soslayar el dilema del Catch-22 que había provocado la caída del Imperio ruso en medio de la primera conflagración mundial. En cambio, en China fue el fallido intento del Kuomintang de industrializar al país lo que posibilitó el éxito militar japonés durante la Segunda Guerra Mundial y la destrucción del Estado.

Ahora bien, en China el Estado-partido antihegemónico comunista estaba decidido a industrializarse. A partir de los logros parciales de sus predecesores —el Kuomintang y la ocupación japonesa—, todas las industrias fueron nacionalizadas. La nacionalización fue seguida de una política económica desarrollista basada en el Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua firmado con la Unión Soviética en 1950. (Este tratado sustituyó a otro anterior que habían firmado Stalin y Chiang Kai-shek). Según se establecía en él, diez mil especialistas soviéticos se desplazaron a China y cincuenta mil ingenieros, aprendices y estudiantes lo hicieron desde China a la Unión Soviética, unos y otros con la misión de llevar a cabo una extraordinaria transferencia de tecnología. Resultado de estos intercambios, fue la construcción de doscientos cincuenta pro-

yectos industriales y el traspaso de miles de diseños. Sin embargo, el eje de la política industrial de Mao era su idea de un Gran Salto Adelante, su segundo plan quinquenal, que se desarrolló entre 1958 y 1962. La secuencia del plan recuerda la lógica del primer plan quinquenal de la Unión Soviética (véase más arriba, págs. 124-125): para que los obreros industriales puedan hacer que funcionen las fábricas, hay que proveerlos de todo lo que les hagan falta, empezando por alimentarlos. Con el fin de garantizar esta provisión, la productividad rural debe aumentar y no se la puede poner en peligro. Para lograr este objetivo intermedio, en China, como previamente en la Unión Soviética, se colectivizaron las tierras privadas. Y al igual que en la URSS, y a una escala aún mayor, los resultados fueron catastróficos para la población rural. En la Unión Soviética, murieron de hambre entre seis y siete millones de personas en 1933, pero en la Gran Hambruna China de 1959-1961, la funesta factura ascendió a entre quince y cincuenta y cinco millones de víctimas.⁷⁷

El objetivo, como en la Unión Soviética, era alcanzar e incluso sobrepasar a la potencia hegemónica mundial, la actual y la anterior, respectivamente. En 1957, Krushev pretendía superar la economía de Estados Unidos en quince años, mientras que el objetivo de Mao era superar la de Gran Bretaña.⁷⁸ Ninguno de los dos sueños se hizo realidad. Además, y a diferencia del primer plan quinquenal de la Unión Soviética (1928-1932), el principal proyecto de fomento de la industrialización de China fue también un completo fracaso. De hecho, durante ese período la economía china se contrajo. En lugar de los proyectos industriales a gran escala llevados a cabo por la Unión Soviética, la idea de Mao era una industrialización a pequeña escala dirigida por las comunas del pueblo sin la interferencia (es decir, sin la experiencia técnica) de profesionales sospechosos de ser propensos a fomentar la estratificación de clases. De este modo, la industrialización evolucionaría a la vez que la construcción de una sociedad comunista. El Estado realizó grandes

inversiones. Las personas de las comunas quemaron sus muebles, puertas y árboles para fundir en los hornos caseros contruidos a tal efecto sus ollas, sartenes y cualquier otro objeto de metal que pudieran encontrar. El arrabio (la materia prima de la industria del hierro y el acero), producto de esa fundición, no tenía casi ningún valor.⁷⁹

En la Unión Soviética, los trastornos provocados por el primer plan quinquenal, incluida la obligada colectivización, la hambruna resultante de 1932-1933 y las crecientes críticas dentro del Partido Comunista (reales e intuitas), fueron algunos de los desencadenantes de la Gran Purga (1936-1938). En ella, Stalin, mediante su servil policía secreta (NKVD), ejecutó a entre novecientas cincuenta mil y un millón doscientas mil personas: antiguos pequeños agricultores (*kulaks*), miembros y líderes del Partido Comunista, comandantes y comisarios del Ejército Rojo y personas de otros países residentes en la Unión Soviética.⁸⁰ En China, el Gran Salto Adelante no solo fue una tremebunda tragedia humana, sino también un colosal fracaso económico. En esas circunstancias, Mao abandonó la presidencia y se mantuvo al margen de las decisiones políticas. Pero después de una breve ausencia, hizo su triunfal regreso en 1966 lanzando su Gran Revolución Cultural Proletaria. Esta nueva empresa, en realidad, era una purga masiva de los miembros ordinarios del Partido Comunista Chino que —según Mao temía y en algunos casos con razón— no lo respetaban y lo marginaban. Como en el Gran Salto Adelante, la llamada de Mao consistía en que las acciones surgieran de abajo en vez de tener su origen en profesionales como ocurría en la Unión Soviética. De modo que Mao apeló a la generación joven de los miembros del partido, que pasó a ser la Guardia Roja, para purgar al Partido Comunista de sus miembros mayores y también a los obreros, militares y profesionales —todos ellos sospechosos de revisionistas— y a las minorías étnicas. Unos treinta y seis millones de personas fueron perseguidas, de las cuales entre un millón y medio y tres millones fueron asesinadas. Esta segunda

gran iniciativa de Mao también acabó en destrucción, desorden, contracción económica y caos.⁸¹

En 1971 la Revolución Cultural había terminado. En 1976 falleció Mao. Poco después, Deng Xiaoping empezó a destacar como nuevo líder indiscutible. A diferencia de Krushev, sucesor de Stalin, Deng Xiaoping nunca denigró a Mao ni denunció los crímenes y atrocidades que había cometido. A lo sumo, se atrevió a afirmar que: «Mao acertó en un setenta por ciento y se equivocó en un treinta». La crítica radical de Krushev a Stalin (1956) acabó por costarle su puesto al cabo de ocho años y terminó en una reacción conservadora que estancó a la Unión Soviética e incubó su colapso. En cambio, la crítica comedida de Deng Xiaoping a Mao se tradujo en la sostenibilidad de su programa de reformas que, en los años siguientes, transformarían China hasta el punto de dejarla irreconocible. Esto suponía una contundente diferencia en las trayectorias de estos Estados gigantes que, por otro lado, compartieron tantísimas cosas en su evolución histórica —primero como enormes imperios de la pólvora y después como Estados-partido comunistas antihegemónicos que implementaron sus propias versiones del «Socialismo en un único país», es decir, la combinación de socialismo y nacionalismo.

TABLA 6. *Las trayectorias de Rusia y China comparadas: Fase 2.*

RUSIA	CHINA
Ambos regímenes comunistas se propusieron alcanzar a las potencias industriales. Su secuencia común tiene una brecha de unos treinta años debida a la fecha en que emergió cada régimen: 1917 frente a 1949 (véase más arriba la tabla 5: Las trayectorias de China y Rusia comparadas - Fase 1)	
<i>Colectivización de las tierras y comunas centralizadas</i>	<i>Colectivización de la tierra y de las comunas populares</i>
<i>Industrialización: Primer programa quinquenal (1928-1932)</i>	<i>Industrialización: Gran Salto Adelante (1958-1962)</i>

RUSIA	CHINA
Resultados desastrosos	
Muertos de hambre en 1933: entre 6 y 7 millones de víctimas	1959-1961: La Gran Hambruna: entre 15 y 55 millones de muertos de hambre
Miedo del líder a las críticas (reales o intuidas)	
1936-1938: Gran Purga	1966-1971: Gran Revolución Cultural Proletaria
Transición del liderazgo a la muerte del líder	
La actitud de enfrentamiento de Krushev provocó el fracaso de las reformas (1956-1964)	El enfoque pragmático de Deng Xiaoping supuso el éxito de las reformas (1980-1989)

LOS TRILLIZOS CONTRAHEGEMÓNICOS:
PODEROSOS PERO NO TANTO

La comparación con los trillizos de la hegemonía mundial de Estados Unidos —el garrote de cuatro cabezas, la gigantesca zanahoria y el sueño seductor— dejaba en evidencia el poder mucho menor de los trillizos contrahegemónicos de la Unión Soviética. Sí, también poseía su propio gran garrote, pero este no tenía cuatro cabezas. La URSS no poseía un imperio global de bases militares y no tenía más fuerzas armadas que las desplegadas en su vasto territorio y en el de sus países satélites de Europa del Este. La Unión Soviética tenía su propia agencia de inteligencia: la MGB desde 1946 hasta 1953 y la KGB desde 1953 a 1990. Sin embargo, estas agencias se ocupaban sin descanso del espionaje interno para enfrentarse a los enemigos domésticos, fueran reales o imaginarios. Es verdad que el espionaje internacional también se practicó ocasionalmente y con éxito como, en el caso más destacable, el robo del secreto de la bomba atómica. Pero incluso este éxito refleja la necesidad de seguir

desde atrás y alcanzar a la potencia hegemónica mundial en lugar de ponerse a la cabeza. Sin embargo, en determinadas ocasiones, y en campos específicos, la Unión Soviética tomó la delantera, como en el más emblemático caso del lanzamiento del *Sputnik* (1957), el primer satélite artificial de la Tierra, que pilló por sorpresa a la CIA. Pero lo que realmente diferenciaba a los dos organismos de inteligencia era el alcance global de las operaciones ocultas de la CIA para derrocar o aupar regímenes políticos de todo el mundo que estuvieran, respectivamente, en contra o a favor de Estados Unidos. Eso no lo podían conseguir la MGB ni la KGB más allá de su ámbito directo de influencia.⁸³ La Unión Soviética tampoco disponía de un sistema de defensa colectiva para cada rincón del globo, sino solo para su zona inmediata de influencia: el Pacto de Varsovia. En última instancia, lo que hacía que el garrote de la URSS fuera grande, aunque no de cuatro cabezas, era su arsenal nuclear, que tenía a la potencia hegemónica mundial cautiva de la locura de la DMA (Destrucción Mutua Asegurada).

Tampoco había una zanahoria descomunal que la Unión Soviética pudiera ofrecer. La URSS terminó la Segunda Guerra Mundial como una fuerza militar potente que había ampliado su territorio de modo significativo. Sin embargo, al finalizar la guerra, la Unión Soviética estaba devastada. Se estima que veinticuatro millones de soldados y civiles soviéticos perecieron en la contienda, una pérdida de vidas mayor que la de cualquiera de los países combatientes. La contienda también provocó graves pérdidas materiales en todo el extenso territorio que había estado incluido en la zona de guerra. Más o menos, una cuarta parte de los recursos de la capital del país había sido destruida, y la producción agrícola e industrial en 1945 fue muy inferior a los niveles de antes del conflicto. En estas circunstancias, la Unión Soviética forzó a los países de Europa del Este ocupados a que la proveyeran de maquinaria y materias primas. Esta disposición equivalía a una especie de «Plan Marshall al revés», en el que el flujo de recursos desde Europa

del Este a la Unión Soviética fue aproximadamente de entre quince mil y veinte mil millones de dólares en los primeros diez años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La URSS se reconstruyó rápidamente después de la guerra. Sin embargo, sus planes quinquenales de la posguerra se centraban en la industria del armamento y la industria pesada, a expensas de los bienes de consumo y de la agricultura. De modo que, si diez años después de la contienda la producción de acero duplicaba la de 1940, la de muchos bienes de consumo y productos alimentarios era menor que la de finales de la década de 1920.⁸⁴ No había muchas zanahorias para tentar a los seguidores, ni tampoco un sueño seductor por el que vivir.

En lugar del sueño seductor que ofrecía Estados Unidos, la Unión Soviética ofrecía un espejismo engatusador. En este sentido, la diferencia está entre una aspiración que se puede hacer realidad —al menos en cierta medida y para algunos— y una ilusión óptica vista de lejos e imposible de materializarse. La ideología comunista había ofrecido a pueblos de todo el mundo y durante generaciones el sueño deseable de una sociedad sin clases ni explotación: una sociedad en la que cada uno de sus miembros contribuye según sean sus posibilidades y recibe según sean sus necesidades. Esta tentadora visión, primero formulada por escrito, supuestamente la debía materializar su líder, el Sol de las Naciones, Iósif Stalin. Los inocentes niños de la Unión Soviética agradecían alegremente al camarada Stalin su infancia feliz, para después, en su madurez, darse cuenta de la cruda realidad. Los defensores de Stalin en Europa se decepcionaron cuando los tanques soviéticos entraron en Budapest (1956) y Praga (1968). Más estalinistas de todo el mundo se desencantaron después del colapso de la Unión Soviética (1991). Un espejismo solamente se puede ver de lejos. A medida que el horizonte se aproxima, el espejismo se desvanece y únicamente sigue seduciendo a los estalinistas enceguecidos.⁸⁶

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial y durante los veinte años siguientes, el espejismo se adivinaba en un

horizonte lo suficientemente alejado como para conseguir cautivar a muchos. A personas de todo el mundo les había impresionado el rápido crecimiento económico de la Unión Soviética antes de la guerra, particularmente durante la Gran Depresión, y su rápida recuperación después. Incluso entre los economistas de Estados Unidos, las expectativas eran que la Unión Soviética y su economía planificada superaran a la economía estadounidense en lo referente a su producto interior bruto. El premio Nobel Paul Samuelson preveía que así iba a suceder entre 1984 y 1997. No cabe, pues, sorprenderse de que la economía planificada centralizada o, cuando menos, algunas de sus características, como la nacionalización de los sectores estratégicos de la economía y el agrupamiento de sus objetivos y programas económicos en períodos de cinco años, se convirtieran en modelo inspirador en todo el mundo. Además, la URSS alentaba a sus seguidores no solo con su ejemplo sino también, en algunos casos, aportando ayudas generosas. Y así ocurrió que, en medio del proceso de descolonización tras la Segunda Guerra Mundial, los movimientos de liberación de todo el mundo se acogieron a una determinada interpretación del socialismo mezclado con el nacionalismo, en su lucha por emanciparse de los viejos imperios. Estados-nación más antiguos hicieron intentos similares, para zafarse de las garras de los imperios informales.

EL AUGE GLOBAL DE LOS ESTADOS-PARTIDO ANTIHEGEMÓNICOS

PERÓN, EVITA Y LA PATRIA SOCIALISTA

La víspera del 17 de octubre de 1945, miles de trabajadores se dirigieron espontáneamente a la Plaza de Mayo de Buenos Aires. Iban a exigir la liberación del coronel Juan Domingo Perón. Durante los dos últimos años, con las competencias propias del secretario de Trabajo de un gobierno militar, Perón había aprobado una serie de decretos sobre las indemnizaciones, la jubilación y las condiciones laborales que favorecían a la clase trabajadora. Los miembros de la Junta Militar, nerviosos ante el mayor poder que Perón y las organizaciones de los trabajadores iban adquiriendo, le presionaron para que dimitiera, una dimisión a la que después siguió su encarcelamiento. Pero esta serie de medidas no surtió el efecto deseado por la Junta Militar. En una semana, la amplia movilización de los trabajadores en la capital del país y localidades cercanas se tradujo en la liberación de Perón y su arrollador regreso a la escena política.

A continuación, se inició una campaña electoral muy disputada. Todos los partidos políticos importantes, incluidos el conservador y el comunista, situados en los extremos derecho e izquierdo del espectro político, gravitaban hacia la Unión Democrática, una coalición activamente fomentada por Estados Unidos. Según esta coalición, el electorado debía escoger entre la democracia o el «nazi-peronismo». Para Perón y sus defensores, la elección era «Braden o Perón», en referencia a Spruille

Braden, el embajador de Estados Unidos en Argentina y secretario de Estado adjunto de Harry S. Truman para el hemisferio occidental. El día de las elecciones, 24 de febrero de 1946, Juan Domingo Perón obtuvo el cincuenta y seis por ciento del voto popular y ganó las elecciones en veintidós de las veintitrés provincias. Su mandato presidencial, prolongado al ganar las siguientes elecciones en 1952 y después interrumpido por un golpe militar en septiembre de 1955, cambió de raíz la historia de Argentina.

En el ámbito nacional, el régimen de Perón fomentó el desarrollo de Argentina mediante la industrialización de su economía. Desde el siglo XIX, la élite gobernante había estado gestionando una economía sumamente rentable basada en la exportación de su producción agrícola. La mitad de la producción de Argentina, en especial la de carne y cereales, la compraba Gran Bretaña, que también transportaba la mayor parte de las exportaciones e importaciones del país sudamericano. En este contexto, el transporte, el almacenamiento, la distribución, los precios, los salarios y las condiciones laborales escapaban al control del gobierno argentino. La Depresión Global a partir de 1929, con la radical disminución de la importación por parte de Gran Bretaña, puso en entredicho el modelo agroexportador argentino. Además, el estallido de la Segunda Guerra Mundial diez años después, hizo que se fueran las flotillas mercantes del Atlántico Sur. Los servicios de las compañías británicas, estadounidenses, españolas y suecas cesaron por completo.

Estas nuevas circunstancias exigían el desarrollo de industrias locales que sustituyeran las importaciones perdidas y la construcción de una flota mercante argentina para dar salida a las exportaciones. De modo que las restricciones globales sembraron por necesidad las semillas de una industrialización que sustituyera la importación, es decir, el desarrollo de industrias locales para suministrar los productos antes importados de las economías avanzadas. Estas semillas germinaron, con la dirección de Perón, y pasaron a ser una política económica de pleno

derecho y que reforzó el apoyo popular al régimen. Una vez más, como observamos en los casos de la Unión Soviética y la China comunista, la industrialización exigía el traspaso de recursos del sector agrícola al industrial. Pero en el caso de Argentina, el régimen de Perón no arruinó la producción agrícola. Al contrario, invirtió decididamente en tecnología agraria, con el resultado de una mayor producción. La aplicación de una dura política tributaria a las exportaciones de estos productos se convirtió a su vez en la principal fuente de financiación de la industrialización.

El primer plan quinquenal argentino se puso en marcha en 1947, con el objetivo de someter al control del Estado las infraestructuras del transporte y la comunicación, además de fomentar la industrialización. Una vez compradas a sus antiguos propietarios extranjeros, las compañías de teléfonos y ferrocarril fueron nacionalizadas. La construcción de una flota mercante empezó con la compra de los barcos italianos, alemanes, suecos y franceses que estuvieron atracados en puertos argentinos durante la Segunda Guerra Mundial. Además, se creó una compañía aérea nacional. Los controles del transporte fueron de la mano del desarrollo de las industrias del acero, la construcción naval, la aeronáutica y las industrias ligeras. A su vez, la promoción de estos sectores dependía de una política energética que llevó a la nacionalización y el estímulo de la industria del petróleo, la construcción de plantas hidroeléctricas y la elaboración de un plan de energía nuclear. Estos avances, además de contribuir a la economía, también suponían un importante fortalecimiento de las fuerzas militares de tierra, mar y aire.¹

En cuanto a la política exterior, y en plena Guerra Fría entre la potencia hegemónica mundial y la contrahegemónica, Perón formuló su «Tercera Posición», es decir, «ni capitalista ni comunista», como una forma de desembarazarse de ambas superpotencias y relacionarse con los estados situados fuera de su esfera de influencia directa. En otros países, también se acabó por adoptar este mismo sistema. Así lo hicieron Josip Broz Tito

con la creación de un movimiento no-alineado en la Yugoslavia socialista, Jawaharlal Nehru en la India, Sukarno en Indonesia, Gamal Abdel Nasser en Egipto y Kwame Nkrumah en Ghana. Pero para el régimen de Perón, tal posición llegó demasiado tarde. En 1955, Perón fue destituido por un golpe militar en un ciclo en que alternaban dictaduras militares y regímenes democráticos escasamente eficaces hasta 1983. Una represión sistemática de las dictaduras militares acabó con las aspiraciones peronistas de nacionalismo y socialismo. Sin embargo, en todo el globo se produjeron intentos de muchos estados que acabaron uniéndose en torno al movimiento no-alineado. Este movimiento generó la fusión de un «Tercer Mundo», es decir, un tercer bloque global en medio del orden mundial bipolar creado por las potencias hegemónica y contrahegemónica mundiales.

EL ENTRAMADO DE NACIONALISMO Y SOCIALISMO EN LAS REPÚBLICAS OLIGÁRQUICAS DE AMÉRICA LATINA

El régimen de Perón en Argentina presenta similitudes importantes con un régimen simultáneo situado al norte, en Brasil, dirigido por Getulio Vargas. Para empezar, Perón y Vargas adquirieron poder político en el marco de un régimen autoritario. En el caso de Vargas, la acumulación de poder se produjo en la época de su régimen autoritario proclamado como el *Estado Novo* (1937-1945). No obstante, en 1950 Vargas consiguió encumbrarse a través de unas elecciones democráticas e impulsado por el *Partido Trabalhista Brasileiro*, que él fundó en 1945 para movilizar a los trabajadores urbanos. De modo que ambos líderes supieron crear una amplia base social de apoyo y ganaron legitimidad con unas elecciones democráticas, pese a los intentos militares de impedirlo. En segundo lugar, una vez en el poder, ambos regímenes intentaron la industrialización mediante la nacionalización de recursos e infraestructuras, así como la sustitución de importaciones, con el objetivo de trans-

formar las economías basadas en las exportaciones agrícolas de los dos países. Esta transformación se produjo al tiempo que se protegían los intereses de la clase obrera cambiando el equilibrio de poder entre el capital y el trabajo, a favor del segundo.

Por último, en 1954, con la amenaza de un inminente golpe militar, Vargas se suicidó. Perón fue destituido por el ejército un año después. En ambos casos, siguieron dictaduras militares que se prolongaron durante varias décadas. El resultado fue que estas transformaciones económicas y sociales se recortaron y se puso en marcha un ciclo político de alternancia entre la dictadura militar y los regímenes democráticos de mermada eficacia. El *Partido Trabalhista Brasileiro* emergió de nuevo en el poder desde 1961 hasta 1964, cuando una dictadura militar más dura, que se prolongó más de veinte años (1964-1985), acabó con su gobierno. En Argentina, el Partido Peronista estuvo prohibido durante quince años. Una revocación parcial de esta prohibición en 1970 llevó de nuevo al poder al Partido Peronista y facilitó que Perón regresara del exilio. El 24 de marzo de 1976, un golpe de Estado militar acabó con el gobierno de Isabel, la viuda de Perón. Le siguió una criminal dictadura militar de ocho años (1976-1983).

Estas experiencias comparables de regímenes populares apoyados por partidos de masas y dispuestos a transformar sus economías y sociedades, al tiempo que abrazaban determinadas formas de nacionalismo y socialismo, se extendieron mucho más por las repúblicas de América Latina. En Guatemala, Jacobo Árbenz asumió la presidencia en 1951 después de su victoria electoral como candidato del Partido de Integridad Nacional. Un año después, la Asamblea Nacional aprobó una ley de reforma agraria, por la que la tierra propiedad de los grandes terratenientes que no se cultivaba fue redistribuida entre los campesinos (unas quinientas mil personas, que sumaban una sexta parte de la población) y se recompensaba a los primeros de acuerdo con el valor que ellos mismos habían declarado a Hacienda ese mismo año. A pesar de la justicia social y las me-

jas económicas que trajo esta importante reforma, o tal vez debido a ellas, la American United Fruit Company, una gran empresa terrateniente cuyos beneficios anuales duplicaban los del gobierno guatemalteco, incitó al Departamento de Estado norteamericano a que interviniera. En 1954, la CIA planeó un golpe que derrocó a Árbenz, derogó la reforma agraria e hizo que Guatemala siguiera un camino de violencia política, guerra civil y represión masiva durante los casi cuarenta años siguientes (1960-1996).²

En Bolivia, el Movimiento Nacionalista Revolucionario llegó al poder después de una revolución en 1952. El líder del movimiento, Víctor Paz Estenssoro, impulsó una radical reforma laboral, la enseñanza en las zonas rurales y la nacionalización de las minas de estaño más grandes del país. Paz Estenssoro fue destituido por una junta militar en 1964.³ En 1959, una revolución de consecuencias muchísimo más trascendentes llevó a Fidel Castro y sus Organizaciones Revolucionarias Integradas al poder en Cuba. El régimen revolucionario cubano comenzó como otro caso de una mezcla de nacionalismo y socialismo, con una característica reforma agraria y la intervención del Estado en la economía, pero un fallido golpe organizado por la CIA en 1961, al estilo del que acabó con Árbenz, enredó al régimen en el marco de la Guerra Fría. Al concluir ese año, Fidel Castro había anunciado su alianza con el comunismo marxista-leninista (véase más arriba, págs. 206). En 1962, la élite gobernante de la República Dominicana y la administración de Johnson en Washington D. C., oyeron la alarma de «otra Cuba»: el Partido Revolucionario Dominicano liderado por Juan Bosch se impuso en las primeras elecciones después de los treinta años de dictadura autoritaria y criminal de Rafael Leónidas Trujillo (1931-1961). La redistribución de la tierra y la nacionalización de compañías extranjeras estuvieron en la agenda de su breve mandato, que fue liquidado en 1963 por un golpe militar apoyado por la CIA. Un golpe de Estado de signo político opuesto, dirigido por el Gobierno

Revolucionario de las Fuerzas Armadas de Perú en 1968, aupó al poder a un general, Juan Francisco Velasco Alvarado, que se movió entre la reforma agraria, la nacionalización de múltiples empresas e infraestructuras y una política de sustitución de importaciones. Al mismo tiempo, en política exterior, Perú pasó a asociarse con Cuba y la Unión Soviética. En 1975, un golpe militar depuso al general Velasco.⁴ Casi simultáneamente, en el vecino Chile, Salvador Allende aplicaba políticas interiores y exteriores muy similares, aunque en este caso se trataba de un presidente que había llegado al poder a través de unas elecciones legítimas en 1970, pero fue igualmente destituido por un golpe militar en 1973 (véase más arriba, págs. 189-190).⁵

De esta manera, la emergencia del régimen de Perón marca la apertura de una fase en la historia de América Latina. En esta fase, se juntaron determinadas formas de nacionalismo y socialismo para apoyar las políticas de nacionalización, la industrialización por sustitución de importaciones, las economías planificadas centralizadas y la redistribución de la riqueza. El objetivo de estas políticas era liberarse de las ataduras de las oligarquías terratenientes que sufrían las repúblicas latinoamericanas, aspirando a alcanzar al mundo industrializado, reivindicar su autodeterminación y mejorar su posición en el panorama global. Esta fase se puso en marcha en un momento en que la potencia hegemónica mundial tenía puesta la atención en otra parte, en Europa y Asia, y no en su «patio trasero». Las administraciones estadounidenses consideraban que los regímenes nacionalistas y socialistas de América Latina representaban una amenaza para sus intereses exacerbada además por el contexto de la Guerra Fría, de ahí que fueran eliminados por dictaduras militares apoyadas por Estados Unidos. Y así se fraguó una alianza infame entre el líder del mundo libre y un amplio grupo de regímenes autoritarios latinoamericanos.



MAPA 13. *Nacionalismo y socialismo en América Latina: justicialismo, Argentina 1946-1955; Partido Trabalhista Brasileiro, Brasil 1951-1954; Árbenz, Guatemala, 1951-1954; Movimiento Nacionalista Revolucionario, Bolivia 1952-1964; Organizaciones Revolucionarias Integradas, Cuba 1959-; Partido Revolucionario Dominicano, República Dominicana 1963; Frente Popular, Chile 1970-1973.*

En la literatura sobre el tema, esta fase se suele presentar como la edad del populismo clásico latinoamericano. En ella, los gobiernos estaban en manos de líderes carismáticos apoyados por

amplias coaliciones que intentaban introducir reformas sociales mediante la intervención política, la regulación económica, el aumento del gasto público y la propiedad estatal de infraestructuras y el sector productivo. Las raíces históricas de esta modalidad de gobernanza se atribuyen al legado común de las experiencias de la colonización y la independencia. El legado colonial está representado por el modelo de exportación minera o agrícola, consistente en la exportación de materias primas y la importación de bienes manufacturados, un modelo perpetuado por el gobierno de la aristocracia terrateniente. El legado de la independencia está representado por la figura de los «caudillos», los poderosos líderes carismáticos que, tras el vacío político debido al desplome de los imperios coloniales, dirigieron las nuevas naciones. Asimismo, el legado del clientelismo, el mecanismo del *quid pro quo* que repartía favores económicos a cambio de apoyo político, profundamente enraizado desde los tiempos coloniales, se puede identificar como la fuente de prácticas recurrentes en regímenes populistas. Pero, a pesar de todos estos verosímiles linajes latinoamericanos del fenómeno, lo cierto es que después de la Segunda Guerra Mundial, muchos regímenes políticos entretejieron nacionalismo y socialismo en todas partes del mundo. Una larga lista de casos adicionales de todo el mundo deja claro que, más allá de las idiosincrasias regionales de América Latina, este fenómeno fue genuinamente global.

EL ENTRAMADO DEL NACIONALISMO Y EL SOCIALISMO EN LAS COLONIAS RECIÉN EMANCIPADAS DE ORIENTE MEDIO

En Oriente Medio, desde el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta la década de 1970, emergieron cinco principales casos de nacionalismo y socialismo: Irán (1951-1953), Egipto (1956-1970), Siria (1958-1979), Libia (1969-2011) y Argelia (1963-1970). Esta nueva gira global, puesta en marcha por la

Argentina de Perón y el Brasil de Vargas, no solo recorrió toda América Latina sino regiones más alejadas. Para visualizarlo mejor, podemos comparar el régimen de Perón con el del coronel Gamal Abdel Nasser de Egipto (véase más arriba, pág. 238). Al igual que Perón, Nasser llegó al poder por primera vez mediante un golpe militar (1952). Pero en 1956 su gobierno quedó legitimado por un referéndum público que reflejaba el amplio apoyo popular con que contaba. De la movilización social no se encargó un partido político de gran dinamismo —como hizo el Partido Justicialista de Perón—, sino que esta función la desempeñaron agitaciones y manifestaciones populares organizadas primero por la Junta de Liberación, después por la Unidad Nacional y, finalmente, por la Unión Socialista Árabe. Además, el apoyo social también se conseguía mediante un sindicato estrictamente controlado, la Confederación de Trabajadores Egipcios, y otras asociaciones profesionales en manos del Estado —un papel parecido al que la federación laboral, la Confederación General de Trabajadores, desempeñó en Argentina—. Pero la concentración del poder se logró con una ampliación impresionante de los aparatos del Estado, es decir, la burocracia y las fuerzas del orden. Esto se reflejó en los gastos del gobierno en ejército y en seguridad, que pasó del 18,3 por ciento del presupuesto de 1954-1955 al 55,7 del de 1970.

Esta mezcla de una mayor maquinaria del Estado apoyada por los sectores sociales movilizados cumplía la función de poner en práctica medidas destinadas a alcanzar el desarrollo económico: una reforma agraria (iniciada ya en 1952) que en 1961 expropió a los grandes terratenientes una séptima parte de todos los terrenos cultivados, la cual se repartió entre pequeños propietarios y campesinos sin tierras; la decisión de construir la gran presa de Asuán, que permitiría cultivar la gran zona entre El Cairo y Alejandría; y la formación del Complejo de Hierro y Acero de Helwan (1954). Al mismo tiempo, la evacuación de las tropas británicas del canal de Suez (1954) acabó en la nacionalización de dicho canal, mientras que la invasión conjunta

de ingleses, franceses e israelíes (1956) se tradujo en la nacionalización de las propiedades extranjeras. Estos pasos iniciales se convirtieron en 1960 en un auténtico plan quinquenal (1960-1965), que incluía la nacionalización de los bancos privados, las inversiones y las fábricas extranjeras.

Al comparar los regímenes de Perón y de Nasser, se observa fácilmente una serie de semejanzas y diferencias. Ambos dirigentes llegaron al poder gracias a su participación en un golpe militar. Los dos consiguieron ser las figuras más aclamadas de los regímenes impuestos por esos golpes de Estado. Los dos legitimaron su presidencia mediante el sufragio universal. Una vez en el poder, ambos aplicaron políticas económicas y sociales similares —por ejemplo, la nacionalización, las reformas en los derechos de propiedad y planes quinquenales—, destinadas a transformar a sus países para situarlos a la altura del mundo industrializado. Por otro lado, Nasser confió primero y ante todo en el ejército, que apoyó su régimen a lo largo de toda su trayectoria y la de sus sucesores hasta la Primavera Árabe de 2011. En cambio, Perón fue apoyado por un partido político y fue destituido por el ejército. Los ejércitos que cuestionaban el régimen de Nasser, en cambio, eran extranjeros —el británico, el francés y el israelí—, lo cual reflejaba la diferencia entre un país como Argentina, que había vivido la descolonización a principios del siglo XIX, y un país como Egipto, donde esta era aún un proyecto en marcha en la década de 1950. Pero, a pesar de estas diferencias, es muy revelador que la política exterior de la Tercera Posición de Perón («ni capitalista ni comunista») se convirtiera en la brújula del movimiento de países no alineados liderado por Nasser a partir de 1961.

La estrategia de Estado-partido antihegemónico fue exportada de Egipto a Siria durante 1958-1961, con la creación de la República Árabe Unida, y a Irak, después de la revolución de 1958 y durante su política de unión árabe a partir de 1963-1964. En ambos países se puede observar una serie paralela de medidas sobre la centralización del poder y el desarrollo econó-

mico y una decidida política exterior. Al igual que en Egipto, también en Siria e Irak el Estado incrementó enormemente su funcionariado; en el caso de Siria, se pasó de los treinta y cuatro mil a los doscientos cincuenta y un mil empleados del Estado entre 1960 y 1975. Una reforma agraria, con las consiguientes expropiaciones a la élite terrateniente, redistribuyó en torno a una quinta parte y casi la mitad de la tierra cultivable, respectivamente, en Siria e Irak, y el resto lo administraban directamente el Estado y el partido mediante un consejo municipal, una rama del partido, la Unión del Campesinado, e incluso los funcionarios del Ministerio de Agricultura, que daban instrucciones sobre los tipos de cultivo y los sistemas que había que emplear para su recolección y distribución. Asimismo, el Estado supervisaba programas de industrialización y nacionalización de las industrias con el fin de reemplazar la importación de productos duraderos y ponerse al día con la producción de hierro, acero y más adelante de maquinaria. Sin embargo, la principal diferencia con Egipto es que un partido bien estructurado, el Partido Baaz (Partido del Renacimiento o la Resurrección), desempeñó un papel fundamental. La singularidad de este partido, a diferencia de las muy diversas características observadas hasta aquí, es su confianza en el apoyo de un determinado grupo religioso y étnico concentrado en algunas zonas del país. Este fue el caso de la minoría alauita del litoral de Siria a partir de 1966 y el de la minoría suní de la región situada entre Bagdad y Tikrit en Irak.

Todos estos casos de entramado del nacionalismo y el socialismo en Oriente Medio evolucionaron bajo el paraguas ideológico más amplio del panarabismo, la reivindicación de la unidad de los árabes desde Irak a Marruecos como una sola nación. Aún en Oriente Medio, pero fuera del alcance del panarabismo, mientras en Egipto la revolución empezaba a dar sus primeros pasos, en Irán ya estaba en marcha una importante transformación en direcciones similares. Allí, en 1951, Mohammad Mossadegh llegó a primer ministro de la monarquía

MAPA 14. *Nacionalismo y socialismo en Oriente Medio: el Irán de Mossadegh (1951-1953); el Egipto de los «oficiales libres» (1952-1970); el Irak de los «oficiales libres» (1958-1963-1979); la Siria del Partido Baaz (1958- 1970); la Libia de los «oficiales libres» (1969-2011).*

la CIA y el MI6 llevaron a cabo un golpe de Estado que condujo a la sustitución de Mossadegh por un general iraní, Fazlollah Zahedi, quien, como cabía esperar, restituyó la industria del petróleo a sus antiguos propietarios.⁶

En cambio, los regímenes panarabistas no fueron derrocados por intervenciones extranjeras, sino que experimentaron transformaciones drásticas llevadas a cabo desde el interior. El Estado-partido antihegemónico de Egipto se convirtió en un régimen autoritario al mismo tiempo que Anwar el-Sadat, sucesor de Nasser, se alineaba con Estados Unidos en 1976. En Siria, Hafez al-Assad transformó el régimen del Partido Baaz en un gobierno autoritario cuando tomó el poder en 1970 después de un golpe de Estado. También en Irak el régimen del Partido Baaz fue cambiado por otro autoritario cuando Saddam Hussein se hizo con el poder en 1975, un régimen que procedió a la purga de los líderes y cuadros del partido, a aterrorizar a la sociedad y a alinearse con Estados Unidos y su coalición hegemónica. Sí, por extraño que parezca desde una perspectiva más reciente, así es como Saddam Hussein comenzó su carrera política.

Las repúblicas latinoamericanas experimentaron con la fusión de nacionalismo y socialismo al cabo de unos ciento cincuenta años de su descolonización. Las de Oriente Medio hicieron lo propio después de solo quince años. Muchas de las colonias de Asia meridional, Sudeste Asiático y África pasaron directamente de la descolonización al entramado de nacionalismo y socialismo.

TRANSICIÓN DIRECTA: DE LA DESCOLONIZACIÓN A LA FUSIÓN DE NACIONALISMO Y SOCIALISMO EN EL ASIA MERIDIONAL, EL SUDESTE ASIÁTICO Y ÁFRICA

La independencia de la India en 1947 es el punto de inflexión a partir del que evolucionaron los nuevos Estados-nación de Asia y África. La circunstancia política más notable de la India desde su independencia fue la estabilidad de su democracia parla-

mentaria. Sin embargo, desde que Gran Bretaña transfirió el poder al Congreso Nacional Indio (CNI), todos los cuarenta y dos años de independencia, salvo tres, hasta 1981, los sucesores del CNI —el Partido del Congreso y el que lo siguió: el Partido del Congreso (I), de Indira Gandhi— gobernaron en Nueva Delhi. Por consiguiente, el de la India es un caso particular de Estado-partido antihegemónico sustentado por un régimen democrático. Su peculiaridad se debe, en gran medida, a la singular coalición social en que se asentaba el régimen. Hasta aquí, los Estados-partido antihegemónicos presentados dependían de una coalición de obreros y campesinos, o una coalición de empresarios industriales, grandes propietarios de tierras, la clase media baja y pequeños propietarios públicos. En el caso de la India, a estos tipos de coalición autoexcluyentes se suma un tercero. Este se caracteriza por el papel crucial que desempeña la clase media como piedra angular de la coalición social, cuyo poder y éxito atrajo progresivamente, por un lado, a los terratenientes y los empresarios industriales y, por otro, a grupos débiles y despreciados (por ejemplo, los intocables o los musulmanes). La preeminencia del Partido del Congreso y la coalición social que llevaba a su espalda posibilitaron la sostenibilidad de la democracia parlamentaria —en lugar de una «democracia popular» o el rechazo manifiesto de la democracia—, sin tener que recurrir a las medidas represivas que habitualmente tomaban los Estados-partido antihegemónicos. Los partidos de la oposición de la izquierda y la derecha, regionales o nacionales, laicos o religiosos, actuaban con total libertad. La principal razón del fracaso de la oposición fue la falta de alternativas efectivas, particularmente en las elecciones parlamentarias de la Unión. Se celebraban comicios justos, existían la libertad de prensa, la independencia judicial y un servicio civil no politizado. Sin embargo, en cuanto el futuro monopolio del Partido del Congreso estuvo en juego, como en 1975, cuando un tribunal declaró a Indira Gandhi culpable de abusos durante su última campaña electoral, el gobierno estableció un esta-

do de «emergencia nacional». Se prohibieron los partidos políticos, los derechos civiles quedaron en suspenso y la prensa fue sometida al control del conglomerado monopolista gubernamental en todo lo referente a las noticias y su interpretación. Cuando en 1977 se restableció la democracia, el Partido del Congreso fue derrotado por primera vez en las sextas elecciones generales. Desde entonces el Partido del Congreso (I), aunque seguía siendo el partido político más destacado, perdió su exclusividad como partido de gobierno y fue derrotado otra vez en las novenas elecciones generales (1989), en 1996, en 1999 y recurrentemente desde entonces. Asimismo, desde 1989 no ha habido gobiernos del partido del Congreso en la mayoría de los estados de la Unión. La erosión de la posición del Partido del Congreso como cabeza del Estado-partido antihegemónico indio se relaciona simultáneamente con la transformación de la política económica y la de asuntos exteriores que lo definen.

El Estado-partido antihegemónico indio, en consonancia con esta estrategia política, mantuvo en sus manos «el alto mando de la economía». El gobierno ha sido el productor/proveedor dominante o monopolista de equipamiento militar, hierro y acero, barcos, ingeniería pesada y productos fundidos, energía de todas las fuentes, radiodifusión y telecomunicaciones, y transporte ferroviario y aéreo. Empresas del sector público producen automóviles, cemento, productos electrónicos y elementos de almacenaje, entre otras cosas. Esta estructura económica se desarrolló a partir de 1951 mediante sucesivos planes quinquenales elaborados por la Comisión de Planificación del gobierno indio. Su objetivo era la industrialización de la India mediante una política de sustitución de importaciones, al mismo tiempo que se impedía la concentración de la riqueza y los medios de producción, aspirando a garantizar la justicia social y económica a todos los ciudadanos. A su vez, la política proteccionista también les convenía a las empresas industriales privadas, que prosperaban en el marco de una economía mixta

con la competencia extranjera neutralizada. Cuando el Partido del Congreso comenzó a aplicar políticas de liberalización a partir de la segunda mitad de la década de 1980, iniciando el proceso de desplazamiento del Estado del «alto mando de la economía», eso selló el destino del Estado-partido antihegemónico indio.

La mayor preocupación de la política exterior de la India ha sido y es Pakistán. El conflicto entre ambos motivado por la región de Cachemira se sumó al contexto de la Guerra Fría, las hostilidades chino-indias y la tensión chino-soviética. La característica de mayor peso de la política exterior india en medio de estas situaciones ha sido el «no alineamiento». En el ámbito de la Guerra Fría, Pakistán pasó a ser aliado de Estados Unidos en la década de 1950. Como era previsible, la India, aunque formalmente no alineada, reforzó su relación con la Unión Soviética. Aunque el no alineamiento demostró ser efectivo durante la Guerra Chino-India (1962), ocasión en que la India, con el apoyo tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética, favoreció su relación con Moscú, como refleja el tratado de amistad y cooperación indo-soviético (1971). Apoyándose en ese tratado, la Armada india reivindicó su posición en el golfo de Bengala frente a la marina estadounidense durante la Tercera Guerra Indo-Pakistaní (1971). Tal postura reflejaba la posición antihegemónica india ante la posición predominante de Estados Unidos en el océano Índico. En resumen, con el apoyo de la Unión Soviética, el Estado-partido antihegemónico indio desarrolló una formidable capacidad militar, no solo con fines de autodefensa sino también para conseguir un papel predominante en el Asia meridional a expensas de la potencia hegemónica.

Este mismo patrón de transición directa del gobierno colonial al de un Estado-nación regido por un Estado-partido antihegemónico, inaugurado con la descolonización de la India, fue observado en gran parte de África. El año de la independencia de la India, 1947, fue también el año de la fundación de la Con-

vención para la Unidad de Costa de Oro dirigida por Kwame Nkrumah y con el objetivo de conseguir de inmediato el autogobierno. Su sucesor, el Partido de la Convención Popular, fundado en 1949, consiguió imponerse después de una victoria arrolladora en las elecciones para la asamblea legislativa, con la administración británica, en 1951. Cuando Ghana alcanzó la independencia, en marzo de 1957, el partido de Nkrumah ejerció un liderazgo indiscutible validado por las elecciones presidenciales de 1960 (en las que Nkrumah obtuvo el noventa por ciento de los votos) y sellado constitucionalmente en 1964, al establecerse Ghana como un Estado-partido. A partir de 1958, la oposición fue silenciada con la aplicación de la Ley de Detención Preventiva, por la que el régimen pudo detener y encarcelar a varios cientos de opositores. Por otro lado, el Partido de la Convención Popular movilizó a la sociedad mediante las instituciones del partido (al que estaba afiliado un quince por ciento de la población), desde los órganos centrales, pasando por las unidades regionales y locales, y con el complemento de organizaciones como el Consejo Nacional de la Mujer de Ghana, la organización juvenil Jóvenes Pioneros, el movimiento sindical y el Consejo de Agricultores Unidos de Ghana. En 1963, se anunció que todos los cadetes aspirantes a servir como oficiales del ejército debían solicitar la afiliación al partido. En 1964, se anunciaron planes para la introducción de comisarios políticos en el ejército. Pero estos intentos de fortalecer la posición del partido dentro de las filas del ejército fracasaron. Este mismo ejército fue el que acabó con el Estado-partido antihegemónico de Ghana en 1966 mediante un golpe de Estado que impuso una dictadura militar.⁷

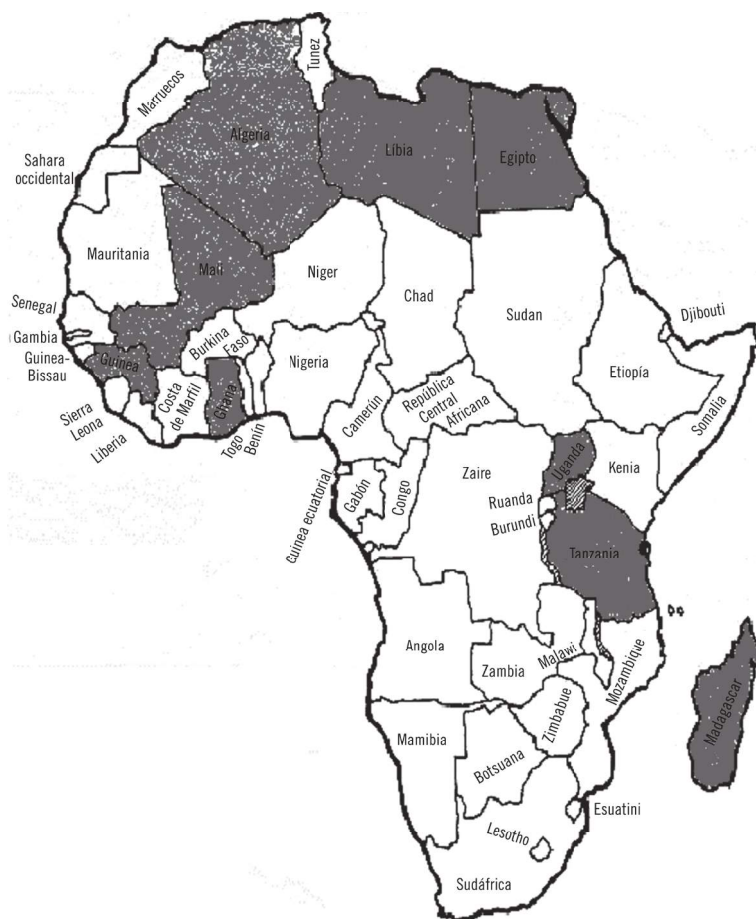
Desde su primera administración de 1951, aún con el gobierno británico, Nkrumah elaboró diez diferentes planes de desarrollo, cuatro de los cuales se pusieron en práctica en su totalidad. La administración colonial británica inició en 1951 el Plan Decenal para el Desarrollo Económico y Social de la Costa de Oro, con el fin de sosegar la agitación anticolonial,

por un lado, y, por otro, aumentar la producción de materias primas agrominerales que la industria metropolitana necesitaba. Sin embargo, el mayor poder de Nkrumah derivado de las elecciones de ese mismo año llevó a reformular el programa de desarrollo. El incremento de la productividad agrícola, principalmente del cacao y las semillas de comino (del tipo de productos tradicionales de las economías coloniales), solo era el objetivo inmediato y preliminar y la meta estratégica era la industrialización. El programa de industrialización fue concebido de modo que en sus primeras fases dependiera del capital extranjero, salvo en sectores estratégicos como el suministro de electricidad, el transporte ferroviario y el acero. La futura nacionalización de las empresas privadas se compensaría de acuerdo con un compromiso recogido en la Constitución y que era de obligado cumplimiento para todo gobierno. En este marco general, el segundo plan de desarrollo quinquenal, el primero para Ghana independiente programado para 1959-1964, tenía como objetivo aumentar la cosecha de la industria del cacao, habilitar grandes extensiones de tierra para plantaciones de caucho y bananeros e incrementar la cosecha de cereales con el riego y los fertilizantes. El siguiente plan de desarrollo de siete años, programado para 1964-1971 pero interrumpido en 1966 por el golpe militar, tenía como objetivo producir productos domésticos que sustituyeran a los productos básicos que hasta entonces se importaban y, al mismo tiempo, intentar fomentar la manufactura y el procesamiento de los productos agrícolas y mineros antes de su exportación. En lo que a resultados se refiere, los esfuerzos por modernizar la agricultura, con la creación de cooperativas dirigidas por el Consejo de Cooperativas Agrícolas Unidas de Ghana, reunieron unas ochocientas setenta cooperativas y ciento veintitrés granjas estatales con un total de miembros de quince mil trescientos y veinte mil, respectivamente, en 1965. Considerando que por entonces más del setenta por ciento de la producción ghanesa estaba en manos del pequeño propietario que se dedicaba al cultivo de

subsistencia, es evidente la escasa probabilidad de que se lograra lo que se pretendía. En el sector industrial, el programa demostró ser demasiado ambicioso y, en consecuencia, se abandonó en 1961. Después de esta experiencia, el énfasis del plan de siete años estaba en fabricar materias primas locales, mientras las inversiones en infraestructuras, electricidad e industrias pesadas fracasaban, con la consecuencia de una cuantiosa deuda externa.

La financiación de los intentos de industrialización pone de relieve la dimensión internacional del Estado-partido antihegemónico de Ghana. Nkrumah, en sus esfuerzos por industrializar el país, pedía continuamente ayuda al bando socialista. La Unión Soviética y su incorporado Bloque Oriental concedieron a Ghana créditos a devolver en doce años con un interés del dos-tres por ciento. China ofreció préstamos que incluían un período de gracia libre de interés. Simultáneamente, Nkrumah se acercó también a los países occidentales para financiar sus planes de desarrollo. Esta doble orientación hacia el bloque comunista y las potencias occidentales para negociar las ayudas y el apoyo es una de las principales características de los Estados-partido antihegemónicos de los países periféricos en el contexto de la Guerra Fría. En el caso de Ghana, esta doble orientación se convirtió en una espada de Damocles. El cuantioso endeudamiento de Ghana coincidió con la caída del precio del cacao. Pese a que el bloque comunista garantizó a Ghana una moratoria de tres años en el pago, la ampliación de los créditos y una mayor importación de cacao, los acreedores hegemónicos condicionaron las ayudas adicionales a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Este acuerdo incluía recortes en el gasto del gobierno, eliminación de los subsidios a las empresas propiedad del Estado, bajar el precio del cacao, renunciar al monopolio de la Línea Naviera de Ghana (la *Black Star Line*), la reducción del comercio con el bloque socialista y la creación de un clima más liberal para las inversiones occidentales. Dos días después de que el ministro de Eco-

nomía hiciera público el rechazo de estas reformas, el ejército acabó con el Estado-partido antihegemónico de Ghana.⁸



MAPA 15. *Nacionalismo y socialismo en África: Argelia 1954-1988, Frente de Liberación Nacional; Guinea 1958-1984, Parti Démocratique de Guinée; Mali 1960-1968, Union Soudanaise du Rassemblement Démocratique Africain; Tanzania, 1964-1985, Unión Nacional Africana de Tanganica; Uganda 1966-1971, Congreso Popular de Uganda; Madagascar, 1975-1982, Avant-garde de la Révolution Malgache, Consejo Supremo.*

EL ENTRAMADO DE NACIONALISMO Y SOCIALISMO
EN EL MUNDO: EL AUGE GLOBAL
DE LOS ESTADOS-PARTIDO ANTIHEGEMÓNICOS

Cada región visitada en esta gira global siguiendo los pasos del entramado de nacionalismo y socialismo más allá de las esferas hegemónica y contrahegemónica muestra claramente sus propias características. Además, cada estado tenía su propia idiosincrasia e incluso cada uno de los regímenes que ocupaban el poder pasó por fases distintivas. Sin embargo, destacan algunos elementos comunes subyacentes. Todos estos regímenes mostraban una doble dependencia de las instituciones del Estado y de un partido político. Tal circunstancia iba unida a la movilización de la sociedad y la economía inspirada por unas ideas colectivistas que, apoyadas en el nacionalismo y el socialismo, se proponían transformar estas sociedades y economías para alcanzar al mundo industrializado y mejorar su posición dentro del orden mundial.

Estos regímenes evolucionaron de formas similares en varios sentidos. Sus trayectorias comenzaban con una fuerza política opuesta al régimen político imperante. En algún punto de su desarrollo, estas fuerzas políticas se convierten en un partido bien organizado, un movimiento de masas y, al final, en el régimen gobernante (aunque no necesariamente en este orden). Una vez con el poder del Estado en la mano, estos partidos pasaban de la marginalidad política en el anterior régimen político a situarse en el mismo centro del poder. Además, una vez conseguido este, los aparatos del Estado y las organizaciones del partido acumulaban y concentraban el poder, imponiendo la unidad interna. Una manera de conseguirlo fue desarrollando políticas conciliadoras entre las clases sociales con el fin de formar una amplia coalición social. Otra manera era la represión de los disidentes para así eliminar a la oposición. Estas medidas derivaban de la ideología colectivista preponderante o se justificaban con ella, un brebaje hecho con algunas ideas

nacionalistas y socialistas. También la política económica y social emanaba de estas ideologías colectivistas. Tal política consistía en un conjunto persistente de medidas que habitualmente incluía la reforma agraria, la nacionalización, el proteccionismo económico, la industrialización por sustitución de importaciones, la planificación central, los planes quinquenales y los programas de redistribución de la riqueza. Estas medidas se aplicaron con el objetivo final de ponerse a la altura del mundo industrializado, reconfigurando para ello la estructura social doméstica y mejorando la posición del país en el orden mundial. Estos son los elementos comunes subyacentes presentes en los ejemplos anteriores y en otros múltiples casos.⁹



MAPA 16. *La esfera antihegemónica: los Estados-partido del Tercer Mundo.*

Esta es la tendencia global consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y desarrollada durante los treinta años siguientes en el contexto del mundo bipolar de la Guerra Fría con sus esferas hegemónica y contrahegemónica. Por ello, no cabe sorprenderse de que la globalización económica, críticamente dañada por

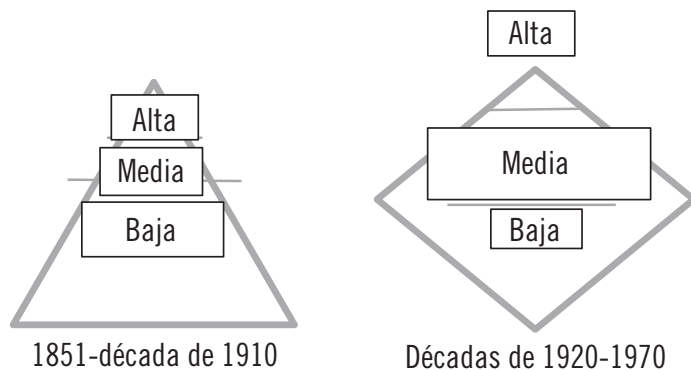
la depresión mundial de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, se recuperara muy lentamente. Con las nacionalizaciones, la industrialización sustitutiva de las importaciones y el proteccionismo dirigiendo las políticas de muchos estados ajenos al mundo bipolar de la Guerra Fría, solo quedaba espacio para una lenta reglobalización de la economía mundial.

DE PIRÁMIDES A ROMBOS

Durante el período entre la Gran Depresión (1929) y mediados de la década de 1970, los Estados de todo el mundo habían adoptado un decidido intervencionismo de sus economías. Así ocurrió con la expansión del keynesianismo global dentro de la esfera hegemónica, la consolidación de la esfera comunista contrahegemónica y la eclosión de los Estados-partido antihegemónicos en el resto del mundo. Tales circunstancias limitaron la relativa desglobalización de la economía mundial y coincidieron con la reducción de la desigualdad socioeconómica dentro de los Estados-nación y entre ellos.

En el seno de los Estados-nación, se produjo un giro significativo cuando las estructuras sociales que, en sentido metafórico, se asemejaban a una pirámide —con la mayoría de los habitantes en niveles bajos de la sociedad y una reducida élite privilegiada en el vértice—, fueron reemplazadas por otras en forma de rombo, en las que unas clases medias considerablemente más numerosas constituían el grueso de la población y unos grupos más reducidos de las élites y clases bajas ocupaban las filas más altas y las inferiores, respectivamente (ver más abajo, págs. 258 y ss.). Por ejemplo, antes de 1929, el uno por ciento de las personas más ricas de Estados Unidos acumulaba el cuarenta y cinco por ciento de la riqueza del país y la clase alta situada en el escalón del diez por ciento más alto poseía el ochenta por ciento. En Europa, las cifras eran aún más extremas: en los escalones más altos, el uno y el diez por ciento

acumulaban, respectivamente, el sesenta y cinco y el noventa por ciento de la riqueza de sus sociedades. Estas estructuras sociales piramidales se transformaron drásticamente en otras en forma de rombo en 1970, cuando el uno por ciento de las personas más ricas solo poseía un ocho por ciento de la riqueza del país, mientras que el cuantioso resto estaba repartido entre una amplia clase media.¹⁰ La parte de la riqueza que poseían los escalones más altos de la sociedad disminuyó drásticamente en todo el mundo y fue redistribuida entre una clase media que crecía a toda velocidad.¹¹ Mucho más drástica fue la caída de la riqueza de los escalones más ricos de las sociedades que pasaron a regímenes comunistas, como la Unión Soviética y el Bloque Oriental, China, Corea del Norte, Vietnam y Cuba, donde la propiedad privada fue expropiada, nacionalizada y colectivizada. Las estructuras sociales piramidales de larga tradición en estas sociedades que, antes de la revolución, se dedicaban en su mayor parte a la agricultura fueron transformadas tras las revoluciones en estructuras en forma de rombo donde el grueso de la población compartía unas condiciones altamente igualitarias. Una minoría de los disidentes expropiados y eliminados a la fuerza ocupaba la parte más baja y una élite gobernante, el punto más alto. Por último, también en todo el Tercer Mundo, la emergencia de Estados-partido antihegemónicos llevó a una reducción de la desigualdad socioeconómica, aunque las medidas intervencionistas no fueran tan radicales como en los regímenes comunistas ni las fuentes de riqueza disponible a la que se podía cargar impositivamente fueran tan amplias como las que contribuyeron a estrechar la brecha de la desigualdad en la esfera hegemónica. Con todo, y a pesar de los diferentes grados de reducción de la desigualdad económica nacional, esta representaba una tendencia global, a la que se bautizó como la «Gran Compresión».¹²

DIAGRAMA 3. *La «Gran Compresión».*

La razón de esta transición de la pirámide al rombo fue el intervencionismo del Estado y una relativa desglobalización. Fuera en forma de keynesianismo global dentro de la esfera del orden hegemónico, de comunismo en la esfera contrahegemónica o siguiendo las recurrentes políticas redistributivas adoptadas por los Estados-partido antihegemónicos del Tercer Mundo, en todos los casos la intervención del Estado posibilitó la redistribución de la riqueza y los ingresos. El keynesianismo global lo consiguió con la política fiscal y laboral y la creación del Estado de bienestar. Los impuestos progresivos hicieron que los ricos pagaran mucho más, hasta un noventa por ciento en el caso del tipo impositivo más alto en Estados Unidos con el New Deal de Franklin D. Roosevelt (1929). Ni siquiera durante los años de Richard Nixon (1969-1974) bajó del setenta por ciento. Al mismo tiempo, los salarios aumentaron significativamente, no solo en términos absolutos sino también en relación con la ganancia de capital. En cuanto al Estado de bienestar, los países crearon servicios de educación y sanidad, vivienda pública y sistemas de seguridad social para los ciudadanos, lo cual, a su vez, generó mucho empleo; por ejemplo, en la extracción de fuentes naturales como las minas, infraestructuras como los servicios públicos y el transporte e industrias en muy diversas áreas.

Estas generosas prestaciones y la más amplia reducción de la desigualdad económica fueron consecuencias de la Gran Depresión, las guerras mundiales y la Guerra Fría. Una forma de interpretar la Gran Depresión, aparte de la explicación al uso del «estallido de la burbuja» financiera (véase más arriba, pág. 373), es observar el asombroso índice de desigualdad socioeconómico en su víspera. Con entre el ochenta y el noventa por ciento de la riqueza concentrada en las manos de solo el diez por ciento de los más ricos, era imposible generar suficiente demanda de bienes y servicios. En otras palabras, la Gran Depresión fue una crisis de falta de demanda debida a que gran parte de la población había perdido poder adquisitivo. De ahí que la solución a la crisis fuera redistribuir la riqueza para estimular la demanda y, de este modo, conseguir que la economía creciera de nuevo.¹³ Esta redistribución de la riqueza fue obra del keynesianismo global y su corolario: el desarrollo del Estado de bienestar. En cuanto a las guerras mundiales, la forma en que estas redujeron la desigualdad socioeconómica fue la pura devastación que supusieron. Tal destrucción de las empresas y la riqueza impactó desproporcionadamente a los ricos que las poseían, de modo que el campo de juego económico quedó mucho más nivelado. Por esta razón, los conflictos mundiales se incluyen en la lista de los «grandes niveladores» de la desigualdad socioeconómica.¹⁴ La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría motivaron aún más el desarrollo de los Estados de bienestar. Al margen de la crisis de la demanda que estalló en 1929, los Estados de bienestar también fueron una forma de compensar a las poblaciones que padecieron los tremendos sufrimientos causados por la Segunda Guerra Mundial, sin que por ello los países dejaran de movilizarlas ni estas dejaran de cumplir sus órdenes y hacer aún más sacrificios. Además, cuando la Guerra Fría tomó forma, los Estados de bienestar aportaron una alternativa al señuelo comunista de una sociedad igualitaria en el contexto de una Europa desolada después de la Segunda Guerra Mundial y en la que los partidos de extrema izquier-

da estaban al alza y gozaban de mucho prestigio. En efecto, era necesario que una alternativa en forma de Estado de bienestar se extendiera a los miembros menos privilegiados de la sociedad si se pretendía que se distanciaran del sueño del comunismo —un experimento de ingeniería social que solo resultó ser una pesadilla *a posteriori*—. Por lo que se refiere a los Estados-partido antihegemónicos del Tercer Mundo, ocuparse de la desigualdad de sus sociedades era también una de las prioridades de sus agendas. En muchos casos, estas agendas, para empezar, fueron las que los auparon al poder. Su actuación consistió en implementar políticas como las reformas agrarias y fiscales, la subida de los salarios, la vivienda pública, los servicios de educación y sanidad, los sistemas de seguridad social y una amplia diversidad de planes sociales.

Es interesante observar que la metáfora del paso de unas estructuras sociales en forma de pirámide a otras en forma de rombo también cabe aplicarla a los cambios en curso en los niveles de desigualdad entre los Estados-nación. En tiempos de la hegemonía global británica, la estructura socioeconómica de la sociedad global estaba dispuesta como una pirámide con las colonias, los mandatos y los protectorados de África y Asia en la base, los imperios europeos en el vértice y los desmoronados imperios de la pólvora euroasiáticos y las repúblicas oligarquías latinoamericanas en algún punto intermedio. Cuando el Gran Brexit se consumó tras dos guerras mundiales y le siguió el despliegue de la descolonización, a esta pirámide global se le dio la forma de rombo. La mayoría de las sociedades de todo el mundo se afanaban en conseguir o reafirmar la soberanía política al tiempo que aplicaban estrategias económicas diseñadas para ponerse a la altura de los países industriales de la cima de la pirámide. De este modo, se reconfiguró la sociedad global en una estructura de rombo. Además, los principales países industrializados, por su parte, quedaron sumamente desolados durante las guerras mundiales y perdieron sus imperios, con lo que contribuyeron a que la brecha entre los Estados-nación se estrechara.

La transición de pirámides a rombos en el seno de las sociedades fue impulsada por el intervencionismo del Estado y la relativa desglobalización, y lo mismo cabe decir de la reducción de la brecha de la desigualdad entre las sociedades. Así ocurrió de forma más evidente en todo el Tercer Mundo, concretamente, en las antiguas colonias, mandatos y protectorados, algunos de los antiguos imperios de la pólvora y las repúblicas oligárquicas de América Latina. La combinación de las nacionalizaciones de los recursos naturales y las infraestructuras con políticas proteccionistas emparejadas con la industrialización de sustitución de importaciones, tal como hacían los Estados-partido antihegemónicos, ocasionó el bloqueo de la integración económica global y la reducción de la brecha socioeconómica con los países plenamente desarrollados de la esfera hegemónica. Estos efectos se pueden ver claramente en las tendencias observadas desde el desmantelamiento de estos Estados antihegemónicos. En el ámbito doméstico, el PIB per cápita había invertido el curso de un crecimiento sostenido a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 y había llegado al estancamiento en América Latina a partir de los años ochenta y al desplome en África a niveles anteriores a los de los sesenta. Respecto a las desigualdades entre estas regiones y la principal economía mundial, desde la desaparición de los Estados-partido antihegemónicos, la brecha entre el PIB per cápita entre Estados Unidos y Oriente Medio, el Asia Meridional, América Latina y África aumentó progresivamente un ciento cincuenta y cuatro, un ciento noventa y seis, un doscientos seis y un doscientos siete por ciento entre la década de 1960 y 2014.¹⁵

En la esfera hegemónica, la reducción de las desigualdades dentro de cada país y entre países se consiguió con el keynesianismo global. A partir de las ayudas de Estados Unidos para la reconstrucción de Europa y Japón, y con la creación de instituciones financieras y comerciales internacionales (el FMI, el BM, el GATT) que estrecharon las relaciones comerciales, este paradigma económico articuló una integración mutuamente benefi-

ciosa en toda la esfera hegemónica. Los países industrializados relanzaron y mejoraron sus economías industriales. Aunque los Estados-nación de la esfera hegemónica también llevaron adelante políticas intervencionistas con firmeza, dado que su objetivo era la integración económica, dirigieron su industrialización hacia la exportación, frente a la industrialización de sustitución de importaciones de los Estados-partido antihegemónicos. Esta estrategia orientada a la exportación posibilitó la especialización industrial y la integración práctica en una división internacional del trabajo. Esto contrasta con las políticas de sustitución de importaciones aplicadas en todo el Tercer Mundo, que fueron fundamentales para poner en práctica proyectos de industrialización, el abastecimiento de los mercados domésticos y la reducción de la brecha socioeconómica con las economías de la esfera hegemónica. Sin embargo, a la larga, las políticas de sustitución de importaciones, con las que los países pretendían diversificar su producción para reemplazar ampliamente las importaciones, no consiguieron crear industrias que compitieran de modo sostenible sin la firme postura intervencionista de los Estados-partido antihegemónicos. Por último, en la esfera contrahegemónica, fue la economía planificada centralizada la que propició una formidable industrialización y la reconstrucción después de la Segunda Guerra Mundial en la Unión Soviética y el Bloque Oriental y, por el contrario, la completa ruina de la economía china, en todos los casos con unos enormes costes humanos.¹⁶

El colapso de la hegemonía global británica y la emergencia global de Estados Unidos coincide con un auge global del intervencionismo del Estado, una relativa desglobalización de la economía mundial y la reducción de las desigualdades socioeconómicas dentro de los Estados-nación y entre ellos. Esta es la triple tendencia que caracterizó de forma más destacable el período 1945-1976, en el que la hegemonía global de Estados Unidos estaba limitada por la esfera contrahegemónica comunista y por los Estados-partido antihegemónicos del Tercer Mun-

do. Los Estados de cada uno de estos tres bloques aplicaron diferentes estrategias tanto hacia dentro como hacia afuera de ellos: el keynesianismo global, la economía planificada centralizada o el nacionalismo económico. Cada una de estas estrategias, además, producía efectos redistributivos en sus sociedades y contribuía a cerrar las brechas socioeconómicas entre los países. Sin embargo, a las puertas de la segunda mitad de la década de 1970, la marea estaba a punto de cambiar. Una nueva serie de conmociones económicas y políticas provocaría que se detuviera de forma abrupta esa transición de pirámides a rombos y al final cambiara de sentido para pasar de rombos otra vez a pirámides.



TERCERA PARTE

LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL (1968-2003)



LOS PROCESOS REVOLUCIONARIOS

E PLURIBUS UNUM (DE MUCHOS, UNO)

Las hegemonías mundiales británica y estadounidense difieren en muchos sentidos. Una forma de resumir esto es señalando la «paradoja de la globalización-hegemonía»: mucha globalización con limitada hegemonía frente a mucha hegemonía con limitada globalización. Durante el siglo XIX, Gran Bretaña lideró una globalización económica de pleno derecho con una menor cuota en la economía global y un grado limitado de britanización. Después del compás de espera de 1914-1945, la economía de Estados Unidos y el estilo de vida estadounidense hicieron que su presencia se sintiera en todo el mundo, pero la globalización posterior a la Segunda Guerra Mundial tuvo un alcance limitado. Tal repercusión acotada fue consecuencia de la consolidación de la esfera contrahegemónica soviética y la emergencia y el desarrollo hasta proporciones globales de la esfera antihegemónica a lo largo del Tercer Mundo. Mientras estas dos esferas se mantuvieran con firmeza en su sitio, parecía que la economía mundial articulada por Estados Unidos podía prosperar de modo eficaz únicamente dentro de la esfera hegemónica. Pero, en 1968, estas tres esferas —hegemónica, contrahegemónica y antihegemónica— fueron sacudidas en su base y tuvieron que someterse a importantes transformaciones que, en cuestión de treinta años, darían rienda suelta al alcance de la globalización eco-

A partir de 1968, los Estados-partido antihegemónicos en auge como consecuencia inmediata de la Segunda Guerra Mundial fueron derribados uno tras otro durante más de una década. Una oleada de regímenes autoritarios los había reemplazado, provocando auténticos desastres entre los líderes, los activistas, los simpatizantes, los votantes y los legados de los Estados-partido antihegemónicos del entramado del nacionalismo y el socialismo. A su vez, muchos de estos regímenes autoritarios, así como otros preexistentes, allanaron el camino al establecimiento de



MAPA 17. *Las esferas antihegemónicas y contrahegemónicas liquidadas por golpes militares y/o reformas neoliberales.¹*
(Compárese con los mapas 13-16 anteriores y los 18-19 posteriores).

regímenes democráticos que empezaron a aparecer a partir de la década de 1970 y siguieron haciéndolo hasta la de 1990. En cuanto a la esfera contrahegemónica comunista, con el ascenso de Nikita Krushev al poder en 1954, la fractura entre la Unión Soviética y China se abrió por completo hasta 1968 y, en 1972, había reorientado a China hacia la colaboración con Estados Unidos. Las posteriores reformas nacionales llevadas a cabo en cada uno de esos Estados comunistas —que empezaron en China en 1979 y, menos de una década después, en la URSS— los transformaron, a ellos y a la mayoría de los países satélite de la segunda, de tal modo que, en la década de 1990, eran irreconocibles.

Entretanto, los cambios de gran calado también estaban en ciernes en el ámbito hegemónico. La «edad de oro» del capitalismo, aquel período de múltiples «milagros económicos» (1946-1973), se estaba acercando a su agitado final. Con la puesta en entredicho del keynesianismo global, profundamente arraigado y con carta de ciudadanía durante casi treinta años como la forma de regir la economía y la sociedad, una antigua-nueva alternativa conocida como neoliberalismo ganó terreno con rapidez. En la década de 1990, una serie de avances en informática, sistemas de comunicación y automatismo habían transformado la economía y la sociedad hasta el punto de que era difícil reconocerlas.

Estos treinta años de profundas transformaciones globales fueron impulsados por múltiples choques locales: revueltas y guerras, reformas y revoluciones e innovaciones tecnológicas. 1968 quedó marcado en todo el mundo como un año de protestas de jóvenes insatisfechos con el nuevo mundo feliz bipolar. En 1973, estalló una guerra regional —la Guerra de Yom Kippur o Guerra del Ramadán— que se desarrolló como otro conflicto subsidiario más en el contexto de este orden bipolar, salvo porque desencadenó una importante crisis económica global de proporciones transformadoras que acabó por destornar al keynesianismo en el mundo. En 1978, a Mao Zedong le

sucedió en el poder el líder anteriormente represaliado Deng Xiaoping, que pronto iba a iniciar unos cambios que atravesaron en cascada las fronteras de China. Entre abril y junio de 1982, se libró una guerra en el Atlántico Sur, en la que Argentina recuperó durante dos meses y medio sus islas Malvinas y después Gran Bretaña aseguró la posesión de sus Falkland Islands, los nombres con los que, respectivamente, argentinos y británicos llamaban a las mismas islas, situadas a setecientos kilómetros de la costa continental del país sudamericano y a doce mil ochocientos del europeo (véase más arriba, págs. 159-160). Este conflicto militar limitado y presumiblemente independiente tuvo, sin embargo, tremendas implicaciones globales al salvar las perspectivas de éxito del neoliberalismo, por un lado, y, por otro, pasar la página sobre los regímenes autoritarios.

En 1985, se produjo un cambio generacional en el liderazgo de la Unión Soviética que personificó el ascenso de Mijaíl Gorbachov. Poco después, comenzaron las reformas transformadoras políticas (*glasnot*) y económicas (*perestroika*). Estas reformas provocaron sucesivamente en 1989 y 1991 la desaparición del Bloque Oriental y de la Unión Soviética. El nuevo mundo feliz bipolar había llegado a su fin. Otro mundo feliz pasó a ocupar el primer plano, un mundo global y neoliberal. Con el declive de los Estados-partido antihegemónicos de todo el Tercer Mundo y el desplome del contrahegemónico comunista, la esfera hegemónica amplió su alcance global. A partir de 1991, como ilustró la Primera Guerra del Golfo, la hegemonía mundial de Estados Unidos dejó de ser limitada. Un consistente solapamiento entre el dominio de una potencia hegemónica mundial y una economía mundial globalmente integrada se hizo realidad, como en los días de la primera globalización liderada por Gran Bretaña. La paradoja «globalización-hegemonía» había terminado.

Además, con estos trascendentales cambios políticos y socioeconómicos, a la vez se cernían importantes avances en la información y la comunicación. Los efectos combinados de

estas nuevas tecnologías —la comunicación por satélite, los sistemas informáticos e Internet— y la adopción de las nuevas ideas y políticas del neoliberalismo por la mayoría de los Estados-nación habían creado en 1991 una economía global que funcionaba en tiempo real y que también fomentaba el desarrollo de una sociedad global, una cultura global, así como una multitud de respuestas a ellas. Entonces fue cuando se hizo oficial: la globalización tal como hoy la conocemos había empezado.

1968: UNA REVUELTA GLOBAL

Durante más de dos décadas, el nuevo mundo feliz que había surgido después de la Segunda Guerra Mundial había estado experimentando un crecimiento demográfico y económico que se sumaba a la creciente igualdad social dentro de las sociedades y entre ellas. El crecimiento demográfico, conocido como la explosión demográfica (en términos ingleses menos académicos, el *Baby Boom*), representa el crecimiento de la población mundial de unos dos mil doscientos a tres mil quinientos millones de personas entre 1945 y 1968.¹ El crecimiento económico, conocido como el «Largo Auge» (ídem, *Long Boom*) se situó entre el cinco y el seis por ciento anual (frente al entre el dos y el tres por ciento anual desde entonces).² La creciente igualdad social durante estas décadas se conoce como la «Gran Compresión» y convirtió las estructuras sociales piramidales en rombos. La suma de estas tres principales tendencias se consolidó en vísperas de 1968, cuando la cohorte de jóvenes mejor alimentada y con más estudios de la historia mundial hasta ese momento alcanzó la mayoría de edad. Aquella generación había disfrutado de niveles de bienestar superiores a los de cualquier otra anterior en lo referente a la vivienda, la alimentación, la sanidad y la enseñanza. Además, por encima de estas necesidades fundamentales, la primera generación que alcanzaba la mayoría de edad en este nuevo mundo feliz también había desarrollado una cultura juvenil de moda y diseño, así como una cultura pop y de consumismo, elucubraciones ideológicas y nuevos estilos de vida.

Pero no todo era de color rosa en este excitante nuevo mundo feliz. Probablemente la que primero se dio cuenta de ello y lo evaluó fue precisamente esta generación privilegiada que llegaba a la mayoría de edad. Dejando de lado la riqueza, la moda, la cultura pop y el consumismo, el nuevo mundo feliz era también el mundo de la Guerra Fría, que abría la exasperante y latente perspectiva de la Destrucción Mutua Asegurada (DMA). La guerra nuclear era un escenario verosímil que esta generación había interiorizado con los simulacros de emergencia en la escuela, una experiencia inevitablemente inquietante que arrojaba dudas sobre la viabilidad de ese nuevo mundo feliz de color rosa. Los episodios de tensión durante la Guerra Fría, como la Crisis de los Misiles cubanos, demostraron que las tensiones podían agravarse rápidamente y llevar a políticas de alto riesgo. Pero, aun en el caso de que no se alcanzaran esas proporciones apocalípticas, el orden mundial que ofrecía la Guerra Fría era suficientemente inquietante por sus guerras indirectas e intervenciones militares.

En 1964, Lyndon B. Johnson, presidente de Estados Unidos, agravó la limitada intervención del difunto John F. Kennedy en Vietnam y la convirtió en una auténtica guerra. Pero, pese a todo el devastador poder del gran garrote de cuatro cabezas de la potencia hegemónica mundial, la víspera del Año Nuevo vietnamita de 1968, la Fiesta del Nuevo Año Lunar, el Ejército Popular de Vietnam del Norte y el Vietcong (o Frente de Liberación Nacional de Vietnam, enraizado en el sur del país) habían puesto en marcha una gran ofensiva militar contra el Ejército de la República de Vietnam y las fuerzas armadas de Estados Unidos, ambos bajo el control de Vietnam del Sur. Tal intento del bando comunista acabó en una derrota militar, pero las ondas expansivas de la ofensiva sacudieron a todo el mundo, mostrando la determinación de la revolución vietnamita de enfrentarse a la potencia hegemónica mundial. Poco antes, el 9 de octubre de 1967, el comandante Ernesto Che Guevara —líder de la Revolución Cubana y de los fallidos intentos revolu-

cionarios en Congo y Bolivia— fue ejecutado por el ejército boliviano ayudado por la CIA. En los meses siguientes, Che Guevara se convirtió en un icono global de gran poder de inspiración que cautivó la imaginación de los jóvenes. Las injusticias percibidas en latitudes lejanas de todo el Tercer Mundo pronto se mezclaron con las que se vivían en las sociedades de la mismísima esfera hegemónica: la privación del voto a la juventud, la desigualdad de género, la represión de gais y lesbianas y, en Estados Unidos, la segregación de los estadounidenses negros. Simultáneamente, una serie de protestas contra las injusticias y los regímenes autoritarios que las administraban estalló a lo ancho del Tercer Mundo. Finalmente, la esfera contrahegemónica comunista no fue una excepción a esa tendencia. La protesta contra los regímenes comunistas autoritarios apoyados por el ejército soviético también estaba a punto de estallar.

Y así fue como una generación que acababa de alcanzar la mayoría de edad en medio de un bienestar material, una relativa paz y la estabilidad política, una generación ajena a las adversidades de las anteriores, que sufrieron dos guerras mundiales y una depresión económica global, equipada con las herramientas intelectuales de que la dotaban unos sistemas de enseñanza generalizada desde el preescolar hasta la universidad e informada por los pujantes medios de comunicación de masas, que convirtieron al mundo en una aldea global, se adueñó de las calles de todo el mundo para exigir el cambio. En Estados Unidos, activistas pacifistas, estudiantes, movimientos feministas y *hippies* protestaban sin desfallecer contra la Guerra de Vietnam en Washington D.C., en los centros de las ciudades, en los campus universitarios, mediante movilizaciones y manifestaciones, piquetes y ocupaciones, marchas y sentadas, algunas de las cuales eran reprimidas sin más consideraciones por las fuerzas de seguridad y hasta con consecuencias fatales. Simultáneamente, se protestaba contra la Guerra de Vietnam en toda la esfera hegemónica de Europa a Japón, así como en América Latina. Estas protestas en todo el mundo coincidieron

con exigencias de carácter local, algunas de las cuales habían ido cuajando durante décadas hasta alcanzar el paroxismo en 1968.

En Estados Unidos, sobre todo, fueron los movimientos reivindicativos de los derechos civiles los que lideraron las huelgas y las marchas contra un régimen segregacionista, conocido por el eufemismo «separados pero iguales», al que estaban sometidos los estadounidenses negros. Los movimientos que habían ido emergiendo a partir de 1954 alcanzaron el punto de ebullición en 1968, en medio de disturbios en más de ciento cincuenta ciudades estadounidenses tras el magnicidio del que fue víctima Martin Luther King Jr. Por entonces, la administración del presidente Johnson finalmente reconoció que Estados Unidos estaba «avanzando hacia dos sociedades, una negra, una blanca, ‘separadas y desiguales’» (informe de la Comisión Kerner, nombrada por Johnson para que analizara las causas de los disturbios raciales). En medio de las revueltas, se firmó una segunda Ley de Derechos Civiles. Ese mismo año, César Chávez, líder de la Asociación de Campesinos Nacionales creada en 1962 para defender los derechos de los agricultores, muchos de ellos de origen latino y filipino, organizó el primero de sus «ayunos espirituales» como preparación para la campaña de desobediencia civil de los campesinos.³ También en 1968, grupos para la Liberación de las Mujeres, que durante cierto tiempo fueron ganando relevancia, ocuparon el primer plano al centrar sus críticas en las normas y los roles sociales sexistas en el Concurso de Miss Belleza Americana.

De manera similar, en toda Europa occidental, las protestas contra la Guerra de Vietnam se convirtieron en el grito contra el orden mundial hegemónico liderado por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, y asimismo contra el orden socioeconómico y político de los propios países. El Gordo y el Flaco, Los tres chiflados, La familia Addams dejaron de ser graciosos cuando los bombardeos en racimo devastaban Vietnam. La ternura de la perra Lassie, con la que se crió y de la que

se enamoró la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial, fue sustituida por los horrores de Lazy Dog, una bomba de racimo que formaba parte de los siete millones y medio de toneladas que Estados Unidos dejó caer en Indochina (frente a los dos millones y cuarto que soltó en toda la Segunda Guerra Mundial). En cuestión de una sola generación, la bandera de las barras y las estrellas pasó de ondear orgullosa en los balcones de la agradecida Europa occidental, desde los días de la liberación de la ocupación nazi y durante el desarrollo del Plan Marshall, a ser quemada en 1968, de una ciudad a otra, por una nueva generación de europeos.

En marzo de ese año, los estudiantes italianos habían ocupado todas sus universidades salvo una, exigiendo el cambio dentro y fuera del campus. En Alemania, los estudiantes reclamaban una reforma curricular en las universidades, así como una sociedad más democrática, un debate público doméstico sobre el pasado reciente del país y la mejora de las condiciones de vida en el Tercer Mundo. En mayo de 1968, el movimiento de los sindicatos de estudiantes y obreros alcanzó su momento crítico, con la movilización de ochenta mil manifestantes en Bonn, la capital del país, en contra de la nueva Ley de Emergencia alemana. Esta ley, cuyo objetivo era limitar los derechos constitucionales básicos en un estado de emergencia, fue aprobada, pese a ello, por el Bundestag, un hecho que marcó el principio del fin del movimiento estudiantil. Pero fue en Francia, en mayo de 1968, donde se alcanzó el paroxismo con las exigencias de los estudiantes, que desencadenaron una gran revuelta en Europa occidental. Al principio, los estudiantes exigían tener voz en la administración de sus instituciones y su plan de estudios. La intervención policial en la Universidad de la Sorbona se tradujo en enfrentamientos masivos, en los que cincuenta mil personas tomaron parte en las luchas callejeras contra la policía antidisturbios. Unos diez millones de trabajadores se unieron pronto a los estudiantes ocupando las fábricas, poniéndose en huelga y multiplicando por diez el número de personas que protestaban

en todas las calles de París, estimadas en unas cuatrocientas y quinientas mil. El presidente Charles de Gaulle tuvo que recurrir a una amplia movilización de las tropas durante tres semanas, el control de los medios de comunicación y la cooptación de varios sindicatos de trabajadores para sembrar la división e imponer el orden.

En junio se creó en Gran Bretaña la *Revolutionary Socialist Student Federation* (Federación de Estudiantes Socialistas Revolucionarios). Los creativos eslóganes icónicos de las paredes de París, como *Pouvoir à l'imagination* (La imaginación al poder) y *Soyez réalistes, demandez l'impossible* (Sed realistas, exigid lo imposible), fueron reemplazados por la sistematización de una agenda estratégica: «oposición al control de la educación por la clase gobernante, apoyo a todas las luchas antiimperialistas y solidaridad con los movimientos de liberación nacional, oposición al racismo y el control de la inmigración, y el poder de los trabajadores como única alternativa al capitalismo». ⁴ En julio siguió una serie de ocupaciones de centros educativos. En agosto, el movimiento por los derechos civiles en Irlanda del Norte organizó una marcha en demanda de tales derechos, la primera de las muchas que vendrían después. Una de ellas, en Derry, en octubre, fue violentamente disuelta con el resultado de más de cien heridos. Otra marcha en 1972, también en Derry, les costó la vida a catorce manifestantes. Este «Domingo Sangriento» desató la violencia de *The Troubles*, el Conflicto Norirlandés, la irregular guerra de baja intensidad que se prolongó hasta 1998. ⁵

Más allá del Atlántico Norte, estallaron grandes movimientos de protesta en todo el mundo. En Japón, la revuelta de 1968 encarnó un modelo y una secuencia similares a los descritos más arriba. En junio, los estudiantes levantaron barricadas en la Universidad de Tokio y en la Universidad Nihon (que representaban alrededor del diez por ciento de toda la población de estudiantes universitarios de Japón) para frenar la entrada de la policía y crearon los «Consejos universitarios de lucha conjun-

ta» (*Zenkyōtō*), que exigían mayor libertad académica y personal. Las raíces del proceso recuerdan las de las sociedades del Atlántico Norte. Primero, el crecimiento económico supuso que se matricularan más alumnos en las universidades —se pasó del ocho por ciento de los graduados en enseñanza secundaria en 1960 al veinte por ciento en 1968—. Esto ocasionó un examen de ingreso mucho más difícil y tensiones por la subida del precio de la matrícula. En resumen, era la versión japonesa de la omnipresente protesta contra la «Educación de Producción en Serie». ⁶ Pero, una vez más, como en otras sociedades, lo que empezó como exigencias de reforma de las instituciones académicas creció hasta abarcar objetivos políticos de mayor calado, como en las protestas contra el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutuas entre Estados Unidos y Japón, la oposición a la Guerra de Vietnam y el fomento de una revolución social. Esta radicalización llevó a los estudiantes más allá de los campus. En Japón, los *Zenkyōtō* colaboraron con la Liga de Ciudadanos por la Paz en Vietnam (*Beheiren*), con la campaña contra el tratado de cooperación y seguridad americano-japonés y con los sindicatos obreros. Pero, al mismo tiempo, esta radicalización alejó a muchos de los estudiantes implicados en los movimientos, inhibió un mayor apoyo social e indujo al gobierno a acabar por la fuerza con las protestas. En 1969, el activismo de los estudiantes empezó a decrecer y en 1970 estaba casi acabado por completo. ⁷

En Pakistán, se produjo una consecuencia opuesta y extraordinaria en toda la ola global de protestas de 1968, con los estudiantes y los trabajadores que consiguieron derrocar al régimen dictatorial de Ayub Khan. Establecido en 1958, el régimen iba a celebrar su «Década de Desarrollo». Fue una década de un crecimiento anual medio del PIB de más del cinco por ciento. Sin embargo, tal crecimiento fue de la mano de desigualdades en la distribución de la riqueza y los ingresos. En consecuencia, la Federación Nacional de Estudiantes decidió celebrar en su lugar la «Década de Decadencia» de Khan. En

octubre, se multiplicaron las protestas en Karachi, Rawalpindi y Peshawar, a las que siguió una espiral de brutal represión por las fuerzas de seguridad y una creciente movilización masiva de los estudiantes. Los ciudadanos se sumaron a las protestas, organizando diversos boicots, como negarse a pagar los billetes de autobús y tren. Poco después, una oleada de huelgas y marchas paralizó la economía. Los obreros industriales organizaron *gheraos*, es decir, el cercado de fábricas y talleres. Los enfrentamientos se extendieron a las zonas rurales, donde los campesinos atacaron y dieron muerte a terratenientes, prestamistas, ladrones de ganado y oficiales de policía. Esta violencia provocó mayor represión por parte del gobierno. Después de imponer la ley marcial en el país, Khan fue objeto de duras críticas por los intelectuales y los periodistas. La movilización no dejó de aumentar desde noviembre de 1968 hasta marzo de 1969, con constantes marchas, sentadas, folletos y otras publicaciones, documentales y canciones de protesta. En contraste con todos los escenarios de protestas masivas antes mencionados, estos movimientos comunitarios de Pakistán fueron aprovechados por una fuerte oposición, el Partido del Pueblo Pakistání. Este partido socialista democrático fue fundado y dirigido por Zulfikar Ali Bhutto, la primera persona en ocupar el cargo de primer ministro electo, tras una revuelta masiva que, a diferencia de lo que era habitual, provocó un cambio de régimen.⁸

También en México hubo un partido de capital importancia conocido por el contradictorio nombre de Partido Revolucionario Institucional (PRI). Sin embargo, lejos de ser el que promoviera las protestas sociales y se aprovechara de ellas como en Pakistán, era, por el contrario, el partido contra el cual se protestaba. Después de permanecer en el poder desde 1929, el PRI seguía perpetuándose aún al frente de un Estado-partido. Al igual que en Pakistán, este régimen autoritario que gobernaba desde la cima de una sociedad polarizada social y económicamente también pretendía publicitarse mediante celebraciones.

Con el objetivo de ponerle una bonita cara internacional a aquellas inquietantes realidades de autoritarismo y flagrante desigualdad, el PRI de México se estaba preparando para celebrar los Juegos Olímpicos en octubre de 1968. Al mismo tiempo, y de nuevo como en Pakistán, un gran movimiento estudiantil pasó a ocupar el primer plano con sus protestas, violentamente reprimidas por el Estado. En vísperas de esos Juegos, las fuerzas de seguridad masacraron a cientos de manifestantes (se calcula que hubo entre trescientos y cuatrocientos muertos) en la Plaza de las Tres Culturas de la Ciudad de México. La consecuencia fue una represión generalizada de la oposición por parte del Estado, conocida como la Guerra Sucia mexicana, en la que nada menos que tres mil personas desaparecieron y fueron ejecutadas sin juicio previo.⁹

Otra «guerra sucia» latinoamericana —la de Argentina— provocó la desaparición y ejecución sumaria de unas treinta mil personas. El punto de partida de esa guerra fueron las protestas populares que comenzaron en mayo de 1969. La evolución del proceso llevaba entretejidos algunos de los aspectos observados en las trayectorias pakistaní y mexicana. Como ocurrió en Pakistán, las protestas ganaban fuerza con el paso del tiempo y gravitaron sobre un popular partido de la oposición y un líder carismático. Entre 1969 y 1972, unas dieciocho grandes protestas repartidas por todo el país acabaron por provocar el colapso de la dictadura militar y la vuelta al poder de un partido popular, en este caso el de Perón, exiliado desde 1955 (véase más arriba, pág. 245). Sin embargo, este resultado tuvo una vida muy corta. En 1976, una nueva dictadura militar más resuelta y extremista tomó de nuevo el poder y, mediante una guerra sucia como la de México, pero diez veces mayor, diezmó la sociedad civil llevando a cabo un politicidio (la aniquilación sistemática de los adversarios políticos).¹⁰ También en Pakistán, un golpe militar llevó al poder de nuevo a una dictadura militar en 1977, de modo que estas dos trayectorias similares arribaron al mismo punto de llegada.

Al mismo tiempo, la esfera contrahegemónica también se convirtió en un escenario en el que se exigían más libertades y se produjeron manifestaciones, protestas y huelgas. En enero de 1968, el líder reformista Alexander Dubček fue elegido primer secretario del Partido Comunista de Checoslovaquia. Con él se puso en marcha una serie de reformas destinadas a ampliar los derechos civiles, como la libertad de expresión, de prensa y de movimiento, así como cierto grado de democratización y la descentralización parcial de la economía. Tales reformas no eran sino el principio de la implementación de un programa político llamado «socialismo con rostro humano». Las nuevas medidas abrieron la esfera pública al flujo de opiniones sobre cómo se debería dirigir la economía, cuáles eran los riesgos que la liberalización suponía en el ámbito nacional y en el extranjero y cómo había que reconsiderar el pasado con ojos críticos. El Partido Comunista de Checoslovaquia, por su parte, pretendía consolidar la dirección de los cambios con la celebración de un congreso que incorporaría el programa de reformas a sus estatutos y elegiría a un nuevo Comité Central.¹¹

El optimismo, el entusiasmo y la efervescencia sociocultural derivados de estas reformas y sus perspectivas pronto se extendieron fuera de las fronteras de Checoslovaquia. Durante todo el mes de marzo de 1968, en todos los principales centros académicos, ciudades y pueblos polacos, estudiantes, intelectuales y obreros llevaron a cabo una serie de protestas y huelgas. Todas ellas fueron reprimidas por el Estado a finales de abril. Tras esta represión, el régimen autoritario del Partido Obrero Unificado Polaco puso en marcha una campaña contra los estudiantes y los intelectuales. También se fomentó una campaña antisemita que provocó la expulsión de unos quince mil judíos.¹² Aunque ajena al tutelaje soviético, también en la Yugoslavia comunista, en junio de 1968, se produjo una oleada de protestas estudiantiles que llegó a muchas de sus ciudades. Como en todas partes, los estudiantes exigían más libertad y una práctica económica factible para su futuro a la vista del creciente desem-

pleo. Una mezcla de represión y de cooptación también acabó con estas protestas.¹³ Pero la represión más drástica y contundente en Europa oriental se produjo en Checoslovaquia. En agosto, unos doscientos mil soldados y dos mil tanques del Pacto de Varsovia invadieron el país, acabando así con la Primavera de Praga y sus reformas mediante la simple y llana intimidación.¹⁴

Esta visión global de las protestas, revueltas, exigencias de reforma o revolución masivas durante 1968, aunque señala algunos epicentros destacados de la esfera hegemónica, la contrahegemónica y el Tercer Mundo, no es en modo alguno exhaustiva. Hubo otros muchos lugares de todo el mundo donde se produjeron protestas similares. Sin embargo, basta para concluir inequívocamente que 1968 fue el año de las revueltas globales. La mayoría de esos estallidos se debieron en la misma medida a las consecuencias de las condiciones de vida de cada estado y a los sucesos que los medios de comunicación de masas se encargaron de difundir, desencadenar y/o destacar. Este ambiente de una revuelta global estuvo presente en todas las sociedades implicadas. Para una nueva generación de *baby boomers* que se crio durante el Largo Auge y la Gran Compresión de la desigualdad, las expectativas estaban al alza. Las expectativas de poder disfrutar de las comodidades conseguidas por las economías industriales completamente industrializadas, o economías que parecían estar en el proceso de convertirse en tales. Unas expectativas, al margen de estas condiciones materiales, de avanzar en la conquista de las libertades y los derechos individuales y colectivos. Unas expectativas de que tal abundancia y bienestar material, así como las libertades y los derechos, estarían garantizados sin que importaran la raza, la etnia, el género, las preferencias sexuales o el lugar del planeta.

A corto plazo, en el ámbito nacional, la Revuelta Global de 1968 acabó, en su mayor parte, por no tener un horizonte político claro. De hecho, un violento rechazo reaccionario puso el poder en manos de gobernantes de derechas —fuera en elecciones democráticas, mediante nombramientos a dedo en las dic-

taduras o por uso directo de la violencia donde la respuesta fue imponer nuevas dictaduras—. En el ámbito internacional, el impacto de la Revuelta Global fue más constructivo. El peligro doméstico que estas revueltas suponían para los gobiernos implicados a ambos lados de la bipolaridad de la Guerra Fría había contribuido a la disposición de las superpotencias a reducir las fricciones entre ellas y llegar a una distensión. De manera que a partir de 1969, se hicieron esfuerzos para aminorar las tensiones, promover el diálogo e iniciar negociaciones sobre el control de las armas. Tal actitud llevó a acuerdos bilaterales entre Estados Unidos y la Unión Soviética en 1972 (SALT I) y 1979 (SALT II) y una declaración multilateral en 1975 (los Acuerdos de Helsinki), cuyo objetivo era mejorar las relaciones entre las esferas hegemónica y contrahegemónica. Pero fue a la larga cuando la Revuelta Global de 1968 dejó su mayor impronta. El hecho fue que las libertades y los derechos que formaban parte de las expectativas de 1968 iban a convertirse en una agenda política resiliente durante las décadas siguientes, con el objetivo primordial de que tales libertades y derechos fueran iguales para todas las personas del mundo, cualesquiera que fuesen su raza, etnia, género, orientación sexual y país de origen. Y esta es la razón de que las revueltas globales de 1968 fueran relevantes en su momento y lo hayan seguido siendo hasta hoy mismo.¹⁵

1973, LA GUERRA DE YOM KIPPUR O DEL RAMADÁN

Una de las excepciones a las revueltas globales de 1968 fue la sociedad israelí. Allí, los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto estaban en plena efervescencia tras el juicio al criminal nazi Adolf Eichmann en Jerusalén en 1961. Además, la intensificación del asedio por parte de Egipto con un bloqueo naval de los estrechos de Tirán, la movilización de fuerzas de este país a lo largo de la frontera con Israel, la expul-

sión de Gaza y el Sinaí de los observadores de Naciones Unidas y la incitación carismática de Nasser a todo el mundo árabe a una guerra que aplastara a Israel durante 1967 generaron un ambiente de profundo temor, en el que se entretreñían trágicos recuerdos y la supuesta perspectiva de una inminente aniquilación. Este oscuro panorama provocó que la sociedad israelí reaccionara con júbilo cuando en, junio de 1967, su ejército derrotó en cuestión de seis días a los de Egipto, Siria y Jordania. Después de la consternación y la movilización colectivas, las únicas marchas de los jóvenes israelíes en 1968 fueron los desfiles militares para celebrar aquella victoria. Pero, en 1973, a la abrumadora victoria israelí de 1967 le siguió la venganza árabe.

El 6 de octubre de 1973, en Yom Kippur (Día del Perdón), el día más sagrado del calendario judío, fuerzas conjuntas de Egipto y Siria atacaron Israel por sorpresa. Durante tres días, los invasores llevaron la iniciativa y avanzaron hacia la península del Sinaí de oeste a este y, a través de los altos del Golán, de este a oeste. Al tercer día de guerra, con el ejército israelí ya movilizado en su totalidad, la doble ofensiva árabe fue detenida y obligada a dar marcha atrás. Al cabo de solo una semana, la artillería israelí bombardeaba las afueras de Damasco. Una semana después, las fuerzas israelíes habían cruzado el canal de Suez avanzando hacia el sur y el oeste en dirección a la ciudad de Suez. El 25 de octubre, Estados Unidos y la Unión Soviética impusieron conjuntamente un alto el fuego, porque consideraron que era lo adecuado para mantener el orden mundial bipolar estable. El posterior proceso de paz (1977-1978), que normalizó las relaciones entre Egipto e Israel, fue la consecuencia más trascendental de esta guerra para la región. Sin embargo, este conflicto regional tuvo otras muchas repercusiones y consecuencias para la escena global.

Con el estallido de la guerra, Estados Unidos organizó un puente aéreo para abastecer al ejército israelí, de modo que pudiera enfrentarse a los ejércitos de Egipto y Siria, equipados por la Unión Soviética. Como respuesta, los miembros árabes

de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) multiplicaron por cuatro el precio del petróleo y declararon el embargo de este a Estados Unidos y después lo extendieron a otros países (Canadá, Japón, Países Bajos, Gran Bretaña, Portugal, Rodesia y Sudáfrica), lo cual desencadenó una crisis energética global, una recesión global, una crisis global de la deuda y, en última instancia, una reforma de la economía mundial y las sociedades de todo el planeta.¹⁶ El efecto inmediato de esta primera «crisis del petróleo» fue la subida de los precios, que pasaron de tres a doce dólares el barril, y la inestabilidad del suministro regular de petróleo.¹⁷ A medio plazo, las repercusiones de esta crisis energética acabaron con el Largo Auge, la Gran Compresión, el keynesianismo global y el entramado de nacionalismo y socialismo en todo el mundo. En resumen, la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, que la Revuelta Global de 1968 ya había cuestionado y sacudido por razones sociales, en 1973 se veía empujada hacia su final por razones económicas.

El «Tren Global» de la hegemonía británica utilizaba el carbón como combustible. Los automóviles de la hegemonía de Estados Unidos consumían petróleo. Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, la producción estadounidense de petróleo representaba casi dos tercios de la producción global. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la cuota estadounidense había superado los dos tercios, y Estados Unidos cubrió de forma independiente todas sus propias necesidades hasta 1955. Pero, a partir de este pico, la producción estadounidense de petróleo fue bajando en las dos décadas siguientes, cuando su producción se había reducido un dieciséis y medio por ciento a pesar de la demanda creciente. El resultado que cabía esperar fue que aumentara la dependencia de las importaciones de petróleo extranjero. Entre 1970 y 1973, las importaciones estadounidenses de petróleo crudo casi se duplicaron, alcanzando seis millones doscientos mil barriles diarios en 1973. Al mismo tiempo, las economías más sólidas de la esfera hegemó-

nica de Europa y Japón dependían completamente del suministro de petróleo de Oriente Medio.¹⁸

Con este telón de fondo, los miembros árabes de la OPEP tomaron de nuevo «el arma del petróleo», multiplicando por cuatro su precio y declarando el embargo a los países que apoyaran a Israel. Como era de esperar, estas economías tuvieron que pagar una doble factura como consecuencia de los dos movimientos del «arma del petróleo». Con el petróleo cuatro veces más caro, los precios de todos los productos y servicios que de algún modo dependían de él —es decir, casi todos— se dispararon. Si la subida de los precios llevó a una mayor inflación, la escasez de petróleo y su inestable suministro redujeron la productividad. Con ello, toda la economía y las perspectivas de crecimiento económico se desaceleraron.¹⁹ Fue entonces cuando el brillante Largo Auge llegó a un nuevo y sombrío destino: la estanflación, es decir, el lento crecimiento de la economía (estancamiento) y un elevada subida de los precios (inflación).

Pero las crisis económicas tienen tanto ganadores como perdedores. El arma del petróleo no demostró ser eficaz, cuando menos a corto plazo, porque Israel se impuso en la guerra de octubre de 1973 y no se retiró a la Línea del Armisticio de 1949 como se pedía.²⁰ Sin embargo, dicha arma demostró definitivamente que era sumamente provechosa. En octubre de 1973, para los países de la OPEP, la exportación de petróleo empezó a generar muchos más dólares que antes. El término acuñado para estas ganancias adicionales fue «petrodólares». A nivel regional, estos mayores beneficios permitieron que Arabia Saudí financiara grupos e instituciones afines con su interpretación fundamentalista del islam suní, conocido como wahabismo. Esta financiación posibilitó la proliferación de sacerdotes y escuelas religiosas que alimentaron a cohortes de creyentes dispuestos a luchar contra infieles y herejes. Las repercusiones de este proceso se manifestarían a escala global en las décadas siguientes.²¹

Pero, primero, estos petrodólares se apresuraron a asaltar el mundo, en particular el Tercer Mundo, en busca de posibili-

des de inversión. Desde 1974 hasta 1981, los miembros de la OPEP acumularon cuatrocientos cincuenta mil millones de petrodólares. Parte de ellos se invirtió en valores del Tesoro de Estados Unidos u otros mercados financieros de las economías sólidas de la esfera hegemónica. Sin embargo, debido a la recesión de estas economías, muchos de los petrodólares fluyeron a través de los bancos comerciales de Estados Unidos y Europa como préstamos a los países del Tercer Mundo.²² Estos estados tenían la imperiosa necesidad de préstamos generados por los petrodólares para financiar sus importaciones de... ¡petróleo! Además, se los animaba a solicitar préstamos de bajo interés para fomentar monumentales proyectos de infraestructuras.

Préstamos de bajo interés... pero no de interés *fijo*. Cuando la Reserva Federal de Estados Unidos dio un giro de ciento ochenta grados a su política de bajo interés en 1979, las economías del Tercer Mundo se vieron ahogadas por la deuda exterior. Esta secuencia de acontecimientos es la que marca el inicio de la crisis de endeudamiento en la que los países del Tercer Mundo quedarían sumidos en las décadas siguientes. Luego, cualquier programa de alivio de la deuda elaborado por las instituciones financieras internacionales, el Banco Mundial y el FMI, iba acompañado de unas determinadas condiciones. Concretamente, había que eliminar cualquier rastro del entramado de nacionalismo y socialismo. De esta forma, esa crisis económica generó perdedores y vencedores adicionales inesperados.

Otro actor que inesperadamente se benefició con la crisis energética fue la Unión Soviética y su esfera contrahegemónica, ya que el elevado precio del petróleo dio un respiro a su estancada economía. En las décadas de 1960 y 1970, la economía soviética se tambaleaba por falta de flexibilidad para aprovechar los nuevos avances tecnológicos, por lo que progresivamente fue dependiendo más y más de la extracción y exportación de petróleo y gas. Cuando el precio de estos se disparó durante la crisis de la energía, la economía soviética, al igual que la de otros países exportadores de petróleo, parecía estar

en pleno auge. Las exportaciones de petróleo pasaron de ciento once millones de toneladas antes de la crisis a ciento ochenta y tres millones al final de la década. Los ingresos derivados del petróleo y el gas pasaron de menos de diez mil millones (en dólares americanos de 2011) a unos consiguientes trescientos mil y cuatrocientos mil millones en menos de una década.²³ Con ello, los salarios y, por tanto, el consumo experimentaron un aumento. Las importaciones occidentales llegaban para atender la creciente demanda de tecnologías para la fabricación de automóviles, fibra sintética y productos adicionales para el consumidor. La Unión Soviética se integró más activamente en el comercio internacional con países de la esfera hegemónica, en particular Alemania Occidental como consumidora de gas natural, y Japón como consumidor de petróleo. Al mismo tiempo, el control soviético de su esfera contrahegemónica se intensificó, esta vez a diferencia de 1968, no con sus tanques de guerra, sino con tanques de combustible subvencionado.

La subvención de combustible posibilitó que las economías pertenecientes al Bloque Oriental siguieran funcionando. Subvencionar el combustible le permitió a la URSS mantener el control sobre ellas. La exportación de petróleo sacó a la Unión Soviética de su larga recesión, estimulando el comercio exterior y el consumo interior. En cuanto al comercio, uno de los productos en demanda por la Unión Soviética era forraje y pienso para su ganado. Y en lo que al consumo se refiere, uno de los productos derivados de esta importación fueron los embutidos vendidos en tiendas estatales a precios subvencionados por aquellos días de bonanza. Así fueron, a corto plazo, los tiempos de la crisis energética tal como se vivieron en la Unión Soviética. A medio plazo, en cambio, el declive de la exportación de energía, a finales de los años ochenta del siglo pasado, tuvo como consecuencia no solo que se agotaran los productos en las tiendas, sino también el desgaste de las economías del Bloque Oriental y, en definitiva, el inminente colapso de la Unión Soviética.²⁴

Así pues, en los tres mundos que vivieron la Guerra Fría, la crisis del petróleo de 1973 tuvo un enorme impacto. Generó estanflación en la esfera hegemónica, provocó el endeudamiento en todo el Tercer Mundo y facilitó una victoria pírrica a la potencia contrahegemónica. Estos efectos fueron expandidos por una segunda crisis petrolera en 1979. Esta vez, el precio del petróleo crudo aumentó más del doble en un año como consecuencia de una reducción de la producción. La razón: la Revolución Islámica de Irán (1978-1979). Desde 1905, junto con los otros imperios de la pólvora, la sociedad persa había estado batallando por acabar con su gobierno autocrático. El primer intento terminó en 1908, cuando el gobernante autócrata Mohammad Ali Sha, apoyado por los imperios ruso y británico, lo reprimió. La autocracia se afianzó aún más tras el golpe militar de Reza Khan en 1921, que entronizó a la dinastía Pahlevi durante casi los siguientes sesenta años. Hacia la mitad de ese período, el sah, Mohammad Reza Pahlevi, cesó a un popular primer ministro, Mohammad Mosaddegh, con la ayuda de Estados Unidos y Gran Bretaña (véase más arriba, págs. 246-247). En definitiva, y excepción hecha de estos sobresaltos, Irán se mantuvo como un país estable con el control de un autócrata al que apoyaban las potencias hegemónicas que extraían su petróleo. Pero entonces, en febrero de 1979, después de más de un año de marchas, manifestaciones, huelgas y protestas, millones de personas se congregaron en las calles de Teherán para dar la bienvenida al ayatolá Ruhollah Jomeini, un especialista (*Mujtahid*) en la ley musulmana (*Sharia*) exiliado durante más de catorce años. Al instante, y después de luchas armadas callejeras, se aprobó una constitución republicana teocrática e Irán se convirtió en una república islámica.

En pocas semanas, la esfera hegemónica había perdido a un aliado, y su economía, a un proveedor esencial de petróleo.²⁵ Esto suponía un cambio político trascendental, en el que el régimen autoritario del sah iraní fue reemplazado por un Estado-partido antihegemónico. El apoyo de Estados Unidos al dicta-

dor iraquí Saddam Hussein en su guerra contra la República Islámica (1980-1988) evidenció su inutilidad después de casi ocho años de punto muerto, desgaste y cientos de miles de muertos.²⁶

A la vez que la Revolución Islámica de Irán, otra transformación política fundamental iba avanzando poco a poco en la China comunista exactamente durante los mismos días de 1978-1979. Sin embargo, en este caso, el cambio fue en sentido diametralmente opuesto. Un Estado-partido antihegemónico, aunque sin abandonar el poder, estaba a punto de cambiar la que era su naturaleza para convertirse en un régimen autoritario prohegemónico.

1978, DENG XIAOPING SIGNIFICA «SOCIALISMO CON CARACTERÍSTICAS CHINAS»

Otra excepción a las revueltas globales de 1968 fue la sociedad china, pero por razones muy diferentes de las de Israel. En este caso, se debió a que el movimiento masivo de los estudiantes conocidos como los «Guardias Rojos», que ya había llegado a la cima en 1966 y a lo largo de 1967, fue eliminado por completo por el ejército chino, llegando al punto de marginación en verano de 1968. Dicho de otro modo, el movimiento masivo de los estudiantes en China precedió, anunció y, para muchos, también inspiró lo que iba a llegar durante la Revuelta Global de 1968. En este sentido, la relación entre la Revolución Cultural China de 1966 —y el papel fundamental que en ella representaron los estudiantes— y la Revuelta Global de 1968 fue un caso asombroso de mala traducción. En esencia, los «Guardias Rojos» fueron un movimiento masivo de estudiantes manejado desde arriba por Mao Zedong con el fin de eliminar del Partido Comunista Chino a sus miembros más antiguos, así como a los trabajadores, los militares, los profesionales —todos ellos sospechosos de «revisionismo», es decir, de no seguir la línea del

partido de acuerdo con Mao— y las minorías étnicas (véase más arriba, pág. 229). Para los ojos acríticos de los estudiantes de todo el mundo, las imágenes que aparecían en televisión de las marchas de «Guardias Rojos», los actos vandálicos y los ataques violentos representaban una revuelta contra la autoridad institucionalizada de los funcionarios del gobierno, los profesores de las universidades y, más en general, de una generación mayor más conservadora que custodiaba a los «cuatro viejos» (las viejas costumbres, la vieja cultura, los viejos usos y las viejas ideas). Según ellos, era urgente que esas generaciones mayores fueran reemplazadas por una nueva generación preparada para revolucionar la sociedad y la cultura. Cuando Mao cosechó los frutos de las purgas y acabó de aterrorizar a la sociedad en general, un momento antes de que China cayera en el más absoluto caos, los «Guardias Rojos» fueron eliminados por la fuerza. Sin embargo, por entonces, una imagen romántica de ellos quedó integrada en la mente de muchos estudiantes de todo el mundo que aspiraban a llevar «la imaginación al poder».²⁷

Uno de estos revisionistas expulsados fue Deng Xiaoping, un veterano revolucionario que participó en la Larga Marcha (1934-1935), fue secretario general del Partido Comunista en la década de 1950 y desempeñó un papel fundamental en el intento de ocuparse de las catastróficas consecuencias del Gran Salto Adelante de Mao (1957-1960, véase más arriba, pág. 229). Esta acción lo puso bajo la mira de los «Guardias Rojos». Fue enviado a la Fábrica de Tractores de la región de Xinjiang, en la provincia rural de Jiangxi, a trabajar como cualquier otro obrero. En 1974, fue rehabilitado por el primer ministro Zhou Enlai, que lo nombró viceprimer ministro. Sin embargo, con el fallecimiento de Enlai en enero de 1976, Deng fue cesado otra vez de su puesto. Su segundo regreso tuvo lugar tras la muerte de Mao (septiembre de 1976) en julio de 1977, esta vez para convertirse en el líder de la República Popular China. En diciembre de 1978, durante el Tercer Pleno del XI Congreso del Comité Central del Partido Comunista de China, Deng tomó

las riendas del poder. Enseguida se pusieron de manifiesto las razones de su previa represión constante por la vieja guardia del partido, pues Deng Xiaoping tomó el rumbo hacia una completa renovación de la imagen de China.

Si la Revuelta Global de 1968 fue famosa por sus lemas y esloganes (véase más arriba, pág. 279), las reformas de Deng Xiaoping no lo fueron menos: «*Kai fang!*» (abrirse), «No existe una contradicción básica entre el socialismo y la economía de mercado»,²⁸ «No importa que el gato sea negro o blanco siempre que cace ratones»,²⁹ «Dejemos que primero algunos se hagan ricos»³⁰, «Hacerse rico es magnífico».³¹ Todas estas frases revelan la que después se conoció como «Teoría Deng Xiaoping» —que el propio Deng definía como una continuación, no un rechazo, del «pensamiento de Mao Zedong»— y su reforma en la práctica, una «Reforma [que] es la segunda revolución de China».

¡*Kai fang!* (abrirse) parece un lema que se explica por sí mismo. Había llegado la hora de que una economía autárquica se abriera a la economía mundial para las inversiones, el comercio y la transferencia de tecnologías. Esta apertura fue posible gracias a que «no existe una contradicción básica entre el socialismo y la economía de mercado». En la práctica, esto significaba que al principio se evitó la contradicción porque la economía de mercado china que se abría al mundo se circunscribió a determinados lugares, las llamadas «zonas especiales». En 1979, se crearon las cuatro primeras zonas económicas especiales en cuatro ciudades de las provincias de Cantón y Fujian. En 1984, se abrieron más zonas de este tipo en otras catorce ciudades costeras. En 1988, la isla de Hainan pasó a ser la mayor zona económica especial, al mismo tiempo que se ampliaban las ya existentes. Este proceso gradual de expansión en más regiones nunca se detuvo. No ha hecho sino acelerarse, de modo que China se ha transformado en un país donde el libre comercio ya no tiene nada de particular. «No importa que el gato sea negro o blanco siempre que cace ratones». Es decir,

¿qué importa si es comunismo o capitalismo si funciona?³² «Dejemos primero que algunos se hagan ricos» fue verdad no solo en las zonas económicas especiales, sino también en el campo. El sistema rural de las comunas comunistas fue desmantelado progresivamente y a los agricultores se les dio libertad para administrar sus tierras y vender sus productos en el mercado. La producción agrícola aumentó y los agricultores se enriquecieron lo suficiente para estimular el desarrollo industrial con su demanda de productos manufacturados. Posteriormente, a finales de la década de 1980, la industria propiedad del Estado inició un proceso de privatización. Primero, las empresas se reestructuraron en sociedades anónimas. Después, gran parte de las acciones se concedió a los administradores de las empresas. Por último, se fomentó que los obreros vendieran sus pocas acciones. «Hacerse rico es magnífico».³³

Estos cambios trascendentales reconfiguraron China completamente. Además, la apertura y el crecimiento de la economía china coincidieron con la estanflación en la esfera hegemónica, el endeudamiento en todo el Tercer Mundo y un renovado rigor en la esfera contrahegemónica. Todos estos elementos estaban a punto de encajar, provocando una fenomenal transformación que reestructuró por completo el mundo. Pero para que así fuera, eran necesarios otros desarrollos cruciales.

1982: LA GUERRA DE LAS ISLAS MALVINAS/FALKLAND

La sociedad argentina no fue una excepción a la Revuelta Global de 1968, aunque las protestas sociales no estallaron hasta 1969. Una prolongada puja entre las fuerzas revolucionarias y las reformistas por un lado y, por otro, las conservadoras y reaccionarias, dieron lugar a una criminal dictadura militar en 1976. En 1982, y en medio de la crisis económica, la Junta Militar estaba totalmente desacreditada. Con el objetivo de ganar legitimidad, los generales intentaron imitar un Estado-partido

antihegemónico enfrentándose a una potencia hegemónica, pretendiendo con ello movilizar a la sociedad desde dentro. El 2 de abril de 1982, un desembarco anfibio tomó posesión de las islas Malvinas. Se produjo el efecto esperado. Explotando el persistente agravio que suponía la usurpación de la soberanía argentina sobre las islas por parte de Gran Bretaña (véase más arriba, pág. 272), la dictadura consiguió movilizar a su favor a la opinión pública. Pero el efecto no duró mucho. El 5 de abril, la primera ministra Margaret Thatcher encargó a una fuerza naval que recuperara las islas. El 1 de mayo, empezó el asalto británico de las islas por mar y aire. El 2 de mayo, la «Dama de Hierro» ordenó que se torpedeara el crucero ARA General Belgrano de la Armada argentina, hundiendo el barco y, de paso, también las negociaciones para evitar la guerra. El 14 de junio, la Guerra de las Malvinas había terminado y las islas volvieron a ser de nuevo propiedad de Gran Bretaña.³⁴ Poco después, en Buenos Aires estallaron protestas masivas. En cuestión de días, el régimen militar argentino se derrumbó. Esa caída marcó la llegada a América Latina de la Tercera Ola de Democracia —que se había iniciado en la cuenca mediterránea (Portugal, 1974; Grecia, 1974; y España, 1977; véase más arriba y más adelante, pág. 402).

Las repercusiones políticas en Gran Bretaña no tuvieron menos consecuencias. La Dama de Hierro debía su apodo no a su determinación en el conflicto del Atlántico Sur, sino a sus políticas internas. Con el fin de atajar la inflación, que había alcanzado el veintisiete por ciento antes de su nombramiento en 1979, Thatcher puso en marcha una política monetarista, ralentizando el suministro de dinero, aumentando los tipos de interés y reduciendo los gastos en servicios sociales como la vivienda y la educación. Estas políticas monetaristas, que perjudicaban a los menos favorecidos, se podían justificar y se han justificado como una cura dolorosa pero necesaria de una dolencia inflacionaria. Sin embargo, tal argumento apenas se podía sostener ante la generosa política fiscal de la primera minis-

tra, que favorecía a los ricos a expensas del resto de la sociedad. La Dama de Hierro puso en marcha una serie de reformas regresivas que redujeron significativamente la participación fiscal de las personas con mayores ingresos y cargaron a la población en general con impuestos más elevados y nuevos; por ejemplo, el impuesto sobre las ventas y el «impuesto de capitación», respectivamente.

Si los verdaderos objetivos de las políticas monetarias de un modo u otro estaban ocultos, las políticas fiscales arrojaron sobre ellos una luz muy clara. La administración de Thatcher pretendía eliminar las protecciones sociales que aportó el keynesianismo global a través del Estado de bienestar y la intervención del Estado en la economía. Este es el principal legado de Margaret Thatcher: los activos de propiedad estatal, es decir, los financiados con fondos públicos, fueron liquidados de una de dos maneras. Todo activo que tenía un valor evidente, como la National Freight Corporation, British Aerospace, British Rail, Associated British Ports, Rolls Royce Aircraft Engines, British Airports Authority, British Petroleum, British Steel y varios servicios públicos de agua, energía, comunicaciones por cable e inalámbricos, fueron vendidos a inversores y corporaciones privados a precios sustancialmente reducidos. Todo lo que se consideraba un pasivo más que un activo (pozos de carbón, minas y plantas de fabricación) se cerró.

En 1981, la aplicación de algunas de estas políticas había logrado reducir la inflación a en torno al diez por ciento, aumentar el desempleo a más de tres millones de personas por primera vez desde la Depresión Global de la década de 1930 y reducir el índice de popularidad de Thatcher al veintitrés por ciento, el más bajo que jamás había registrado un primer ministro en Gran Bretaña. Y en respuesta a eso, la Dama de Hierro declaró: «A quienes ansían que se cumpla ese eslogan favorito de los medios, el giro en U [es decir, revertir las políticas antes mencionadas], solo les puedo decir una cosa: giren si quieren. La dama no es partidaria de hacerlo». Y, de hecho, como Mayo

del 68 y Deng Xiaoping antes que ella, Margaret Thatcher era famosa por sus dichos. Eran diferentes de las vaguedades de los eslóganes franceses de mayo, pero se asemejaban a las afirmaciones de Deng Xiaoping en el sentido de que estaban estrechamente relacionados con políticas concretas. Por ejemplo, sus recortes de impuestos para los ricos fueron resumidos con estas palabras: «(...) Cuanto más grande es la porción que se queda el gobierno, menos pastel queda a disposición de todos». En cuanto a la desinversión de los gastos públicos y el dismantelamiento del Estado de bienestar, acuñó la frase: «El problema del socialismo es que al final te gastas todo el dinero de otras personas». Y refiriéndose al vaciamiento de los activos acumulados por el trabajo intergeneracional de toda una sociedad a través de su privatización, así como a la carga frontal contra el apoyo social prestado por instituciones del Estado como las escuelas, las universidades, los hospitales, los servicios públicos y las pensiones, se limitó a decir: «Eso que llamamos la sociedad no existe: hay hombres y mujeres individuales y hay familias». En 1982, este decidido plan de transformación provocó un índice de popularidad muy bajo para Thatcher en vísperas de su campaña de reelección. Dijo ella: «Es posible que, para ganar una batalla, la tengas que lidiar más de una vez». En su caso, el camino para imponerse en su batalla electoral interna pasó por su victoria militar en las islas Malvinas.

Al son de «Dios salve a la Reina» y «¡Gobierna Britania, Britania gobierna las olas!», el regreso de la victoriosa armada a los puertos de Gran Bretaña llenó los corazones de los británicos del patriotismo de las glorias pasadas después de haber vencido a un ejército especializado en eliminar a su propia ciudadanía. Bajo las alas de este ambiente triunfalista, el Partido Conservador liderado por Thatcher ganó los comicios de 1983, la victoria electoral más decisiva, y el Partido Laborista obtuvo los peores resultados desde 1918. Así de pletórica, la Dama de Hierro estaba preparada para batallar por su agenda económica una vez más y vencer. «Tuvimos que luchar contra

el enemigo externo en las Falklands. Pero siempre hemos de ser conscientes del enemigo interior, que es mucho más difícil de combatir y más peligroso para la libertad», dijo en un discurso en 1984.³⁵ En 1985, había cerrado veinticinco minas de carbón que no eran rentables, allanando así el camino del cierre de ciento cincuenta minas más a lo largo de la década siguiente.³⁶ Las industrias privatizadas empezaron a mostrar mejores rendimientos.³⁷ La inflación bajó de su pico del veintisiete por ciento en 1979 a tan solo un cuatro en 1987, a la temprana recesión de los años ochenta le siguió un crecimiento económico de una media anual del cuatro por ciento y, en consecuencia, el desempleo se redujo a menos de la mitad en 1989, llegando al 1,6 por ciento.³⁸ Con la década de 1980 llegando a su fin, esta nueva fase de la historia de la economía británica fue apodada «el milagro económico británico».

El «espíritu Falkland», como a Thatcher le gustaba referirse a esa bonanza, posibilitó que fuera reelegida no una sino dos veces (en 1987 fue elegida por tercera vez). En este largo período, sus políticas tan ampliamente repudiadas en sus orígenes acabaron por llevar a una eclosión económica o (y este es un asunto controvertido)³⁹ a coincidir con ella. De este modo, sus políticas, o el *thatcherismo*, consistentes en los recortes de impuestos regresivos, la desinversión de servicios sociales, la desregulación, la privatización y flexibilización de los mercados laborales, se convirtieron en modelo a seguir a escala global, un modelo económico alternativo tanto al *keynesianismo* mundial como, poco después, incluso al comunismo soviético.

1985: GORBACHOV SIGNIFICA *GLASNOST* Y *PERESTROIKA*

Tampoco la sociedad soviética estuvo exenta de la Revuelta Global de 1968. Sus efectos la impregnaron a través de la represión de la Primavera de Praga y la consiguiente Doctrina de Brézhnev. Esta doctrina formulaba una determinación política enfocada a

la intervención por la fuerza en cualquier régimen comunista de la esfera contrahegemónica, dondequiera que se produjera algún intento de reforma, apertura o liberalización, para asegurar que un país socialista siempre lo siguiera siendo. Este fue el último movimiento hacia el anquilosamiento debido a un liderazgo dispuesto a revertir la breve intención reformista del mandato de Nikita Krushev (véase más arriba, pág. 230). Lo siguiente fue una era de estancamiento, el «estancamiento brezhneviano», caracterizado por una economía fallida incapaz de ocuparse de las crecientes necesidades de bienes de consumo (por ejemplo, alimentos, ropa, vivienda), una censura asfixiante que reprimía la creatividad y una nostalgia por la espantosa era estalinista.

Esta lamentable situación se vio agravada posteriormente por el paso del régimen soviético a una gerontocracia, el gobierno de los viejos, es decir, un gobierno oligárquico ejercido por unos líderes de más edad que la mayoría de la población adulta. Leonid Brézhnev tenía cincuenta y ocho años cuando pasó a ser el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1964 y gobernó hasta su muerte, a los setenta y cinco años, a pesar de que, desde 1973, su deteriorada salud le impedía cumplir debidamente con sus obligaciones. Después de fallecer en 1982, su sucesor, Yuri Andrópov, antiguo presidente de la KGB, fue nombrado a los sesenta y ocho años y ejerció el poder hasta su muerte, poco más de un año después. Quien le siguió, Konstantín Chernenko, tenía setenta y tres años cuando asumió el poder y gobernó durante los trece últimos meses de su vida. En este punto, se hizo evidente que la paralización y la gerontocracia estaban hundiendo a la Unión Soviética con rapidez extrema. Finalmente, en 1985, llegó la tan necesaria alternativa representada por el nombramiento de una figura joven del PCUS para el cargo más importante, con la consiguiente ruptura del sistema conservador responsable del estancamiento.

El joven nombrado fue Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y tres años, miembro de pleno derecho del PCUS desde 1952. Por entonces, como estudiante de la Facultad de Derecho de la Uni-

versidad del Estado de Moscú, Gorbachov era muy amigo de Zdeněk Mlynář. Ambos eran comprometidos marxistas-leninistas a quienes cada vez les preocupaba más el régimen estalinista. Tuvieron la oportunidad de contribuir con entusiasmo en la implementación de una serie de reformas políticas y económicas durante el llamado «deshielo de Krushev» (véase más arriba, pág. 230). Pero también tuvieron que ser testigos de que esas reformas le costaron a Krushev que los partidarios de la línea dura del partido lo apartaran del poder. En 1968, Zdeněk Mlynář pasó a ser el secretario del Partido Comunista Checoslovaco y como tal vivió la Primavera de Praga y escribió *Hacia una organización política democrática de la sociedad*, un manifiesto que abogaba sin reservas por la necesidad de combinar las reformas políticas y económicas.⁴⁰ En 1985, Gorbachov, por entonces miembro de pleno derecho del Comité Central del PCUS, puso el rumbo para reemplazar la gerontocracia y el estancamiento con la *glasnost* y la *perestroika*.⁴¹

La *glasnost* —que significa literalmente «apertura y transparencia»— se refería a la necesidad de un sincero diálogo abierto sobre la desoladora situación de la Unión Soviética, poniendo para ello sobre la mesa los asuntos y problemas relevantes y proponiendo soluciones verosímiles y factibles. Tal propuesta implicaba la posibilidad de cierta crítica al liderazgo, las políticas y las instituciones del Estado. Su propia experiencia y el fracaso de Krushev le habían enseñado a Gorbachov que las reformas se encontrarían con la resistencia de los funcionarios del partido. De modo que con la *glasnost* pretendía romper el cerco del partido y ganarse a la sociedad civil soviética. Sin embargo, no estaba claro, ni mucho menos, cuánta libertad de opinión, expresión y comunicación de masas realmente se permitiría en una sociedad que realmente nunca había disfrutado de ella. El resultado de esta tensión entre las posibilidades y las limitaciones generó una situación muy ambigua y difícil de sortear.⁴²

La *perestroika* (literalmente, «reestructuración») se refería a la necesidad de reconfigurar y ajustar el sistema económico

para satisfacer mejor las necesidades de la población. La idea era ceder cierto espacio para el desarrollo de un mercado en medio de la economía planificada soviética. Tal entramado de dos principios económicos no era nuevo para el sistema soviético, dada la anterior experiencia con la Nueva Política Económica de Lenin (véase más arriba, pág. 123). De hecho, al igual que los líderes que hicieron época de los que hablamos más arriba, Gorbachov también tenía sus máximas. Una memorable dice: «El mercado llegó con el alba de la civilización y no es un invento del capitalismo. [...] Si lleva a mejorar el bienestar de las personas, no existe contradicción con el socialismo».⁴³

A partir de 1987, una nueva ley —la Ley de Empresas del Estado— permitió que las empresas públicas, a condición de que primero hubieran cumplido los pedidos del Estado, determinaran los niveles de producción basándose en la demanda de los consumidores y de otras compañías. Para obtener el permiso, la empresa en cuestión debía ser autosostenible. Cada empresa pública se responsabilizaba de su propio balance de ingresos y gastos sin que el Estado interviniera para mejorar los saldos negativos de las que no fueran rentables.

A las empresas del Estado se les proporcionó otro par de herramientas para conseguir que sus saldos fueran positivos: se les dio libertad para comerciar con socios extranjeros y crear compañías conjuntas con inversores de otros países. Por último, las empresas ya no tenían que estar dirigidas por funcionarios del Estado sino por trabajadores elegidos por sus compañeros. Un año después, se dio un paso más, con una nueva ley sobre las cooperativas que permitía montar empresas privadas en los sectores de la manufactura, el comercio exterior y los servicios. Sesenta años después de que Stalin aboliera la Nueva Política Económica y a los treinta años de las reformas más moderadas de Kruschev, la propiedad privada volvió a la Unión Soviética. Al mismo tiempo, estas libertades empresariales también debilitaron el control absoluto de la economía por parte del partido.

Durante décadas, la Unión Soviética estalinista y la China maoísta habían seguido trayectorias paralelas, aunque con unos veinte o treinta años de diferencia. Ambas pasaron de la colectivización de la agricultura (1928 en la URSS/1947 en China) a la industrialización planificada (1928 en la URSS/1959-1961 en China); de las catastróficas hambrunas a la represión masiva como medida preventiva por parte de los líderes (1936-1938 en la URSS/1966-1968 en China); y del fallecimiento de los tiranos (1953 en la URSS/1978 en China) a la introducción de reformas por sus sucesores (1956 en la URSS/1979 en China). Pero entonces, las reformas en la Unión Soviética encontraron una resistencia insuperable que paralizó al país durante veinticinco años (véase más arriba, pág. 301). De ahí que, cuando Gorbachov terminó con el estancamiento, se reanudarán las trayectorias paralelas de la Unión Soviética y China, esta vez de forma sincrónica.

En China, las reformas de Deng Xiaoping fueron sinceras y abrieron la economía de par en par a la inversión y el comercio con otros países, en lo referente al exterior. En el interior, no se puso freno alguno a la emergencia de una clase capitalista. La *perestroika* de Gorbachov fue parcial, progresiva, cautelosa y dubitativa: la inversión y el comercio exteriores estaban mucho más regulados y no hubo un proceso de privatización que condujera a la aparición de una clase capitalista nacional. La *perestroika* acabó por servir más para perturbar la economía planificada del Estado que para aportar una alternativa que funcionara. En China, el crecimiento económico se disparó a una media sostenida de subida anual del PIB del nueve y medio por ciento, mientras que en la Unión Soviética, la tasa anual del PIB en los tiempos de la *perestroika* fue del -1,3 por ciento.⁴⁴ También la *glasnost* se llevó a la práctica con recelos similares. En cambio, en China, las políticas en este sentido eran claras. Las reformas políticas liberalizadoras simplemente no existieron. Y esta es la razón de que Gorbachov fuera tan popular entre los estudiantes chinos.

1989: UNA REVOLUCIÓN GLOBAL

Habían pasado veinte años desde la Revuelta Global de 1968 y la Primavera de Praga. En enero de 1989, activistas checos se reunieron para conmemorar el vigésimo aniversario de la muerte de Jan Palach, un estudiante que se había inmolado como protesta definitiva contra la represión de la Primavera de Praga. El recuerdo se intensificó hasta derivar en una serie de manifestaciones contra el régimen comunista. La «semana de Palach» fue reprimida con dureza por las fuerzas armadas. Sin embargo, vista en perspectiva, esa conmemoración del vigésimo aniversario de un incidente de la Revuelta Global de 1968 señaló el inicio de una revolución también global en 1989.

Una señal fue que, veinte años después de la Primavera de Praga, el nuevo líder de la Unión Soviética, en la Asamblea General de Naciones Unidas, dio a entender claramente que la Doctrina Brézhnev había concluido al anunciar una sustancial reducción de las tropas soviéticas en toda Europa del Este. Otra señal fue que, en lugar de apoyo militar, lo que Gorbachov ofrecía a su aliados era *glasnost* y *perestroika*. Parecía que ninguna de estas dos propuestas atraía a los dictadores comunistas, pero ambas les parecían atractivas a las sociedades.

Este fue claramente el caso de los trabajadores polacos organizados en torno al sindicato Solidaridad, a pesar de haber estado reprimido desde 1981 (véase más arriba, pág. 222). En otoño de 1988, el sindicato organizó una huelga que se prolongó hasta primeros de abril de 1989, fecha en que terminó des-

pués de dos meses de negociaciones. Los resultados de esas negociaciones no fueron solo algunos compromisos sobre las demandas económicas, sino también otros de mucho mayor calado, como la legalización de Solidaridad y el anuncio de unas futuras elecciones más o menos abiertas. Este avance hacia una transición pacíficamente negociada del autoritarismo comunista a la democracia se convertiría en el modelo de negociación de mesa redonda aplicado más tarde en Hungría y Bulgaria. Pero antes, el 4 de junio de 1989, Solidaridad consiguió una victoria abrumadora en los comicios, toda una señal de un cambio fundamental en la historia polaca. Poco después el país pasó por un breve reparto del poder entre Solidaridad y el Partido Comunista, lo que allanó el camino para que, en agosto, el sindicato se hiciera con todo el mando del gobierno polaco.

Exactamente este mismo lapso temporal, de mediados de abril al 4 de junio de 1989, enmarcó el dramático intento fallido de los estudiantes chinos de lograr un cambio en su país. Igual que en 1968, los estudiantes iban al frente de las protestas empujados por una mezcla similar de ideología y restricciones. En lo que a las ideas se refería, parecía que Deng Xiaoping había mostrado el camino a los estudiantes y los intelectuales: «*Kai fang!*» (abrirse). Si así debía ser en economía, lo mismo convenía a la política y la sociedad. Si la economía planificada era la culpable del desastroso Gran Salto Adelante y de la pobreza y el subdesarrollo consiguientes, su gemelo, un régimen político tiránico, debía de tener la culpa de la calamitosa Revolución Cultural y su legado de represión intelectual y estancamiento científico. Las ideas de las libertades, los derechos civiles y la democracia se extendieron por los campus de todas las universidades del país, dirigidas por profesores itinerantes que iban de una a otra y debatidas por grupos de estudio surgidos en cada una de ellas. «¡Abrirse!» se convirtió de súbito en «¡Abrirse en todas direcciones!»

Ya en 1986, esta corriente subterránea había crecido lo suficiente para empezar a reivindicar abiertamente reformas políticas en Hefei, Pekín, Shanghái, Nankín y otras once ciudades y un

total de ciento cincuenta universidades (de las mil dieciséis existentes). Pero estas primeras manifestaciones de descontento también hundían sus raíces en restricciones, preocupaciones y agravios concretos, además de los valores e ideales abstractos. A los estudiantes les angustiaba su futuro profesional y laboral. En una economía privatizada, las empresas ya no necesitaban emplear a estudiantes asignados por el Estado cuando se graduaban. El mercado laboral solo ofrecía opciones limitadas a los estudiantes, en particular a los especialistas en humanidades y ciencias sociales. Y cualesquiera que fuesen las oportunidades, daba la impresión de que un sistema político contaminado por el nepotismo, el favoritismo, la corrupción y el amiguismo las reservaba para sus favorecidos y bloqueaba el acceso a todos los demás.¹

Hu Yaobang, secretario del Partido Comunista en 1986, dejó que las protestas se fueran diluyendo sin necesidad de intervenir, lo cual se produjo en menos de un mes (12/1986-1/1987). Pero el descontento de los dirigentes del partido por la apocada actitud de Hu Yaobang frente a las protestas de los estudiantes le costó a este su puesto. Sin embargo, los estudiantes no olvidaron la paciencia y moderación de Hu Yaobang y se sintieron consternados por su dimisión y llegaron a pensar que, dos años después, fue la causa de su muerte repentina, el 15 de abril de 1989. Cuando la noticia se extendió, los estudiantes empezaron a reunirse en grandes cantidades para honrar su memoria y pedir la reactivación de su legado. En cuestión de días, las llamadas se convirtieron en la exigencia de reformas políticas fundamentales: las libertades, los derechos y la democracia. Al principio, el régimen comunista se mostró indeciso en su reacción, pasando del antagonismo a la conciliación; ¿podría ser que, a fin de cuentas, el sistema de «dejar que se diluyeran» de Hu Yaobang fuera acertado? En efecto, a finales de abril de 1989, las protestas estaban agonizando.²

Sin embargo, una visita de Estado programada de gran importancia dio a las protestas una nueva oportunidad de revivir. El «premier» soviético iba a visitar China después de veinte años

de desavenencias entre los dos países. La atención de todo el mundo se centró en aquella cumbre, que no pasó inadvertida a los movimientos estudiantiles. Al fin y al cabo, el invitado oficial era nada menos que el héroe de la *glasnost* y la *perestroika*. Así que los estudiantes se asentaron en el centro de donde iba a tener lugar la ceremonia de bienvenida, la Plaza de Tiananmen, esperando al jefe de Estado ruso y a la prensa mundial con una huelga de hambre. Por entonces, las protestas también se habían extendido a unas cuatrocientas ciudades de todo el país. Ahora, en vista del creciente enfrentamiento, el régimen reaccionó drásticamente declarando la ley marcial y movilizando a unos trescientos mil soldados hacia Pekín. Al cabo de dos semanas en que los manifestantes bloquearon el acceso a la ciudad a los vehículos del ejército, Deng Xiaoping y los dirigentes del partido decidieron acabar con las protestas.³ Durante la noche del 4 de junio, el Ejército de Liberación Popular dirigió sus tanques hacia la Plaza de Tiananmen y abrió fuego contra los manifestantes. Las protestas de la Plaza de Tiananmen pronto pasaron a ser la represión de la Plaza de Tiananmen y terminaron como la Masacre de la Plaza de Tiananmen, con un número estimado de víctimas mortales que osciló entre mil y diez mil, además de cuarenta mil heridos.⁴ La Diosa de la Democracia y la Libertad, una estatua de diez metros de altura que recordaba a la Estatua de la Libertad de Nueva York, fue destruida, como símbolo perfecto del fin de las esperanzas de democracia y libertad en la China comunista.⁵

Esta rotunda represión de China no detuvo la Revolución Global de 1989, aunque los dictadores consideraran y los ciudadanos temieran la posibilidad de una masacre como la de Tiananmen.⁶ Ya en junio, la transición negociada a la democracia en Hungría posibilitó la celebración, en la mayor plaza de Budapest, del solemne y multitudinario funeral de Imre Nagy, el primer ministro húngaro ejecutado en 1956 acusado de traición. El 23 de octubre de 1989, en el trigésimo tercer aniversario de la Revolución Húngara, se abolió formalmente el régimen comunista.

Entretanto, la retirada de la valla fronteriza entre Hungría y Austria permitió que unos treinta mil alemanes del este huyeran al oeste a través del país magiar. A principios de septiembre, empezaron las protestas en la ciudad de Leipzig, unas manifestaciones cada vez más concurridas, en las que a mediados de octubre participaron unas ciento veinte mil personas y trescientas mil después de la destitución del secretario general del Partido Socialista Unificado que había gobernado la República Democrática Alemana. Cuando las manifestaciones llegaron a Berlín el 4 de noviembre, medio millón de personas se juntaron en la Alexanderplatz. Cinco días después, los berlineses orientales estaban cruzando hacia la mitad occidental de la ciudad por diversos puntos de la frontera ya existentes y por otros improvisados abiertos a golpe de martillo y cincel. El Muro de Berlín se había desplomado. En menos de un año, Alemania se reunificó. Cerrando el círculo abierto en 1968, a mediados de noviembre de 1989, las manifestaciones contra el régimen comunista en Praga fueron una vez más reprimidas violentamente por las fuerzas armadas.

Con la salvedad de que ahora el mundo había cambiado. La bola de nieve de las manifestaciones siguió rodando esta vez durante la segunda quincena del mes, reuniendo a doscientos mil, después, quinientos mil y después, ochocientos mil manifestantes en la plaza Letná. Y cerrando el círculo de la Primavera de Praga de 1968, Alexander Dubček, depuesto en su día de su cargo de primer secretario del Partido Comunista, fue elegido presidente del Parlamento federal.

La Revolución Global de 1989 marchaba con fuerza y rapidez hacia la consumación. Sus estaciones siguientes fueron Bulgaria y Rumanía durante diciembre de 1989, Mongolia en 1989, Yugoslavia empezó a desmembrarse en 1991 y el régimen comunista de Albania llegó a su fin en 1992.

Pero su instancia definitiva fue el desmoronamiento de la Unión Soviética. Al principio, la unión se empezó a descoser por sus flecos. Las repúblicas bálticas —Estonia, Letonia y Li-

tuania— y Armenia declararon su independencia en 1991. Después, la URSS implosionó en su propio centro. A la vista del creciente separatismo, Gorbachov concibió un nuevo tratado que redefiniera a la Unión Soviética como una federación de estados independientes con un presidente, una política exterior y un ejército comunes. Cuando ya iba a firmarse ese tratado, en agosto de 1991, los dirigentes conservadores soviéticos intentaron un golpe de Estado que fracasó al cabo de tres días debido a la presión popular. Pero la posición de Gorbachov se hizo insostenible. El desgarrar separatista y la implosión en el centro siguieron agravándose otros cuatro meses. Las repúblicas que se declaraban independientes iban en aumento. Las instituciones soviéticas iban perdiendo poder progresivamente. Con el escaso poder que le pudiera quedar, el 26 de diciembre de 1991, el Soviet Supremo de la Unión votó su propia extinción y la de la Unión Soviética. Con ello se consumó la Revolución Global de 1989.⁷

TABLA 7. *Las trayectorias de Rusia y China comparadas: Fase 3.*

RUSIA	CHINA
Ambos regímenes se propusieron introducir reformas. Su secuencia común empieza con una brecha de veinticinco años basada en la fecha del comienzo de las reformas: 1956 frente a 1980. Veinte años de respuesta negativa y estancamiento en la URSS condujeron a la casi total sincronización de ambas secuencias. (véase más arriba la Tabla 6: Las trayectorias de Rusia y China comparadas - Fase 2)	
El resultado de los intentos de reformas económicas de Krushev (1956-1964) fue el «estancamiento brezhneviano», hasta el auge de Gorbachov con su <i>glasnost</i> y su <i>perestroika</i> . Se produjo una vacilante liberalización.	En 1980, Deng Xiaoping pone en marcha sus reformas, hasta que se asentaron plenamente y convirtieron a China en una economía capitalista de Estado. No hubo liberalización política comparable a la <i>glasnost</i> .

RUSIA	CHINA
Reacción social a las reformas	
Un intento desde arriba de apartar a Gorbachov del poder político para dar marcha atrás a sus reformas liberalizadoras	Los movimientos de base exigen la liberalización política
Tratamiento de estas reacciones por los regímenes comunistas	
El contragolpe a las reformas de Gorbachov fracasó (1989)	Brutal represión en la Plaza de Tiananmen
Resultados de las reformas	
Fin del régimen comunista en la URSS y el Bloque Oriental	El Partido Comunista se perpetuó en el poder

1968 y 1989 fueron los dos años cruciales en el desmantelamiento del orden global posterior a la Segunda Guerra Mundial, unos años que marcaron el principio y el final de ese proceso. Una sutil diferencia entre los dos es que en el primero se produjo una revuelta global, mientras que en el segundo tuvo lugar una revolución. Una destacada semejanza es su alcance y su impacto globales, aunque tal alcance se desplegara de forma distinta. La mayoría de las revueltas de 1968 se produjeron como respuesta a las situaciones locales en las esferas hegemónica, contrahegemónica y el Tercer Mundo. Algunas de estas situaciones eran comunes —la mezcla de reclamaciones y expectativas de la generación mejor alimentada—, mientras los medios de comunicación de masas contribuyeron a que los estallidos locales se contagiaran en otros enclaves. En cambio, las revoluciones de 1989 solo tuvieron lugar en la esfera contrahegemónica, las situaciones locales solo eran comunes con las de los países de ese entorno y el efecto contagioso de los medios también estuvo delimitado a él.

Pero, pese a todo, el impacto de estas revoluciones de 1989, aparentemente reducidas a la esfera contrahegemónica, en rea-

lidad fue global. Por un lado, se produjo un efecto indirecto en los regímenes comunistas de otras partes de África, Asia y América Latina. Además, la caída de la Unión Soviética no solo marcó el fin del comunismo específicamente como un tipo de régimen político, sino también, más en general, el del Estado-partido antihegemónico. La Unión Soviética fue el primer estado en que se implementó, en 1917, esta estrategia política de movilización desde dentro y confrontación hacia afuera, con un partido político y su ideología colectivista a la cabeza. Desde entonces, esa estrategia se había convertido en una tendencia global que alcanzó su pico durante el orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial (véase más arriba, pág. 201). De ahí que el fin de la Unión Soviética también representara el canto del cisne para los Estados-partido antihegemónicos de todo el mundo.

Mayor importancia aún tuvo que el impacto global de las revoluciones de 1989 condujera a la conclusión del orden que siguió a la Segunda Guerra Mundial, el cual se asentaba en la tensión de la Guerra Fría. Un nuevo orden estaba listo para emerger.

1991: LA RECONCILIACIÓN DE LA HEGEMONÍA Y LA GLOBALIZACIÓN

La desaparición definitiva de la Unión Soviética y su esfera contrahegemónica marcó el fin de la Guerra Fría. Precisamente la intensificación de la Guerra Fría fue la que aceleró la marcha de la Unión Soviética hacia su fin. 1989 fue también el año en que concluyó la invasión soviética de Afganistán después de casi diez años de guerra. No fue esta una intervención militar concentrada y breve, como ingenuamente esperaba Brézhnev al aplicar su doctrina de «una vez socialista, siempre socialista» (el Partido Comunista gobernaba en Afganistán desde 1978). En cambio, la intervención puso fin a la distensión y progresi-

vamente se convirtió en una guerra indirecta prolongada y de desgaste en la que Estados Unidos —junto con algunos de sus aliados, en especial Arabia Saudí y Pakistán— vio la oportunidad de pagar con la misma moneda de erosión económica, revés políticamente desmoralizador y sonada derrota militar por el efectivo apoyo soviético a Vietnam del Norte diez años antes.⁸ La guerra en Afganistán fue el eje de la Guerra Fría por medio de contiendas indirectas durante la década de 1980, que destacó por sus múltiples conflictos globales de ese tipo en todo el Tercer Mundo: en Etiopía-Eritrea, Angola y Mozambique; en Tailandia-Laos, Timor Oriental y Yemen; y en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, por nombrar algunos. Con todo, y pese a lo agotadoras de recursos que fueron las contiendas indirectas de la década de 1980, constituyeron únicamente uno de los frentes en la nueva ofensiva militar lanzada por la potencia hegemónica mundial, que propició el deterioro económico de la potencia contrahegemónica en un nivel completamente nuevo.

Según su Doctrina de Retroceso, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, recurrió a la estrategia de fomentar la producción militar de la Unión Soviética hasta su punto de ruptura.⁹ Con este fin, no solo se intensificaron las contiendas indirectas antes mencionadas, sino que, además, los misiles Pershing II estadounidenses que apuntaban a la Unión Soviética se utilizaron también en Europa occidental, se acumularon las armas convencionales y nucleares y se realizaron maniobras militares masivas en muy diversos escenarios. Una de estas simulaba un ataque nuclear, «Able Archer 83» (Arquero Capaz 83), y posiblemente fue lo más cerca que el mundo estuvo de una guerra atómica desde la Crisis de los Misiles cubanos de 1962.¹⁰ También en 1983, Reagan inició un nuevo programa llamado Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI, por sus siglas inglesas). Su objetivo era acabar con la situación de DMA (Destrucción Mutua Asegurada) que regía las relaciones estratégicas entre las dos superpotencias. Con el fin de salir de ese impás, el programa estaba destinado a desarrollar la capacidad de intercep-

tar y destruir cualquier tipo de misil balístico intercontinental que la Unión Soviética pudiera lanzar cuando aún se encontraba en pleno vuelo hacia su destino. Conseguir esa capacidad implicaba el despliegue sobre el terreno y en el espacio exterior de armas capaces de disparar láseres nucleares de rayos X, haces de partículas subatómicas y proyectiles, todo ello controlado por un sistema centralizado de superordenadores. El programa fue bautizado, acertadamente, como *Star Wars* (La guerra de las galaxias).

En cuanto se anunció el plan, los dirigentes soviéticos acusaron a Estados Unidos de perturbar la situación de DMA al negar a la Unión Soviética la posibilidad de contraatacar ante un primer golpe estadounidense (o de ser la primera en atacar). La preocupación que este programa provocaba en Gorbachov y la tremenda carga que el presupuesto militar suponía para la economía soviética se pusieron de manifiesto en la cumbre de Reikiavik de 1986. En esa reunión, Gorbachov llegó a proponer la prohibición de cualquier arma nuclear en diez años con la condición de que el SDI quedara confinado en los estudios de laboratorio solo durante ese tiempo. Reagan no lo aceptó y las negociaciones se estancaron. Al final, se firmó un Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio por el que quedaba eliminado todo tipo de misil de corto, medio y largo alcance (de quinientos a cinco mil kilómetros), tratado que se ratificó y ejecutó en 1987, 1988 y 1991, respectivamente. Sin embargo, aquello era demasiado poco y llegaba demasiado tarde. Para entonces, los costes de la «Segunda Guerra Fría» y los malos resultados de sus reformas habían provocado el desplome de la Unión Soviética.¹¹

A pesar del éxito que esta Segunda Guerra Fría supuso para la potencia hegemónica mundial, la Doctrina de Retroceso de Reagan contra el «Imperio del Mal» estaba en clara contradicción con sus políticas económicas, conocidas como «reaganomía». Pese a todo lo que predicaba sobre la reducción del Estado, Reagan dependió en gran medida de este para financiar la

dura competencia armamentista. Sin embargo, al mismo tiempo el objetivo primordial era bajar los impuestos. Los de las empresas se redujeron significativamente y los de los altos cargos pasaron del setenta al veintiocho por ciento. Consecuencia: el mayor déficit presupuestario de la historia de Estados Unidos. El segundo objetivo de la reaganomía fue la reducción de la inflación de dos cifras y, para ello, seguir subiendo los tipos de interés, que llegaron al diecinueve por ciento. Esto desencadenó la apreciación del dólar y automáticamente bajaron los precios de las importaciones y subieron los de las exportaciones. En esos años, entre 1979 y 1984, la economía de Estados Unidos enfiló sin darse cuenta el camino de la desindustrialización, que seguiría durante décadas —y hasta el presente— de la mano del incremento de la automatización y el traslado de la fabricación al extranjero o al sureste del país, donde no había tradición sindical.

Lo sorprendente era que la industrialización había colocado a Gran Bretaña en el camino que la llevaría a la hegemonía mundial más de dos siglos antes. En cambio, ahora, a punto de convertirse en la indiscutible potencia hegemónica mundial, Estados Unidos se embarcó en el desmantelamiento de su propia industria. Este proceso se observa con mayor claridad en la franja de tierra que parte de la costa nordeste, entre Massachusetts y Maryland, y continúa a través de los estados de los Grandes Lagos hasta subir hacia Iowa y Misuri. Estas grandes extensiones de tierra, antes conocidas como el Corazón Industrial, con enormes complejos de fábricas que durante décadas se habían estado herrumbrando, ahora fueron rebautizadas como el Cinturón del Óxido. En él, muchas ciudades, como Chicago, Buffalo, Detroit, Milwaukee, Cincinnati, Toledo, Cleveland, St. Louis y Pittsburg, sufrieron el desempleo y la pérdida de población debido al cierre de minas, talleres y fábricas, todo ello seguido de menos ingresos por la bajada de los impuestos y recortes en la educación y los servicios de bienestar, mientras aumentaban el consumo de drogas y la delincuencia.¹³

Pero entonces, si tan mal le iba a su economía ¿cómo es posible que Estados Unidos siguiera siendo la creciente e indiscutible potencia mundial? Era evidente que la moneda del gasto militar y los altos tipos de interés tenía otra cara. Una parte del gasto militar eran las inversiones en investigación y desarrollo. Cuando empezó la Guerra Fría, el Estado no había dejado de financiar las innovaciones tecnológicas. Cuando la Unión Soviética lanzó el *Sputnik* —el primer satélite artificial de la Tierra— en 1957, el presidente Dwight D. Eisenhower creó la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados (ARPA, en sus siglas inglesas). Esta agencia del Departamento de Defensa estadounidense colaboraba con las universidades, las empresas y otras agencias gubernamentales con el objetivo de ampliar las fronteras de la ciencia y fomentar la innovación tecnológica. Probablemente, la criatura más brillante de ARPA (rebautizada como DARPA en 1993, con la D de «defensa») fue ARPANET... la base de Internet.¹⁴ Pero hubo otras muchas criaturas brillantes, entre ellas: el Proyecto MAC (responsable de estudios innovadores sobre computación, sistemas operativos e inteligencia artificial); Multics (un sistema operativo informático que influyó en todos los posteriores sistemas operativos); Transit (el primer sistema de navegación por satélite y predecesor del Sistema de Posicionamiento Global [GPS]); Aspen Movie Map (un sistema hipermedia que facilitaba un recorrido virtual por la ciudad de Aspen, Colorado, y que preparó el camino para la realidad virtual); y Shakey the Robot (el primer robot móvil con fines generales y capaz de razonar sobre sus propios actos).¹⁵

Todas estas innovaciones en los campos de la información y la comunicación contribuyeron a una importante revolución tecnológica, la Revolución de la Información. Esta transformó por completo la economía y la sociedad gracias a la creciente capacidad de disponer, almacenar, difundir y asignar nuevas funciones a la información en todos los aspectos de la vida social. Con ello, la Revolución de la Información estaba creando una sociedad posindustrial que desbancó a la decadente indus-

trial. Durante los años de Reagan, los frutos de esta revolución tecnológica financiada por el Estado los recogió el sector privado, que los empleó en bienes con los que se pudiera comerciar, de modo que los ordenadores personales e Internet estuvieran cada vez más al alcance de la mayoría de las personas.¹⁶

Al igual que los gastos en defensa, los inclementes altos tipos de interés también tenían su cara buena. Los mismos altos tipos de interés que erosionaron la industria estadounidense al bajar los precios de las importaciones, subir los de las exportaciones y dejar de invertir en el sector industrial, resultó que también atrajeron a inversores extranjeros al sistema financiero de Estados Unidos. Por esta razón, a los altos tipos de interés se debe el de la actual «financiarización», término que se refiere al aumento del tamaño y la importancia del sector financiero respecto al conjunto de la economía. En vísperas de la reaganomía, el sector financiero representaba en torno al tres por ciento del producto interior bruto (PIB) de Estados Unidos; con la llegada de esta, se duplicó su parte del PIB.¹⁷ La desregulación del sector puesta en marcha por Reagan permitió a los bancos de depósito funcionar como bancos de inversión (tras la derogación de la Ley Glass-Steagall) y la creación de nuevos instrumentos financieros, como valores respaldados por hipotecas y derivados. De esta forma, la economía industrial estadounidense fue sustituida no solo por la nueva economía de la información sino también por la financiarización. Y entonces, como en otros muchos casos anteriores, los dos fenómenos en auge se enredaron en una sinergia en espiral que llevó a la bolsa de Estados Unidos a una subida estratosférica durante los diez últimos años del siglo xx y los diez primeros del xxi. Parte de las inversiones fue directamente a la moderna economía de la información en forma de acciones de empresas de alta tecnología y capital de riesgo que contribuyeron al lanzamiento de nuevas compañías. Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación posibilitaron el desarrollo de actividades financieras de alcance global.

De esta forma, el país que mantenía la hegemonía mundial llegó a la línea de meta de la Guerra Fría como la superpotencia militar ganadora y también como la potencia económica revalorizada. Posteriormente, la potencia hegemónica transformó el mundo entero en una economía global que funciona en tiempo real, facilitada por la apertura de las políticas económicas y articulada por las autopistas de la comunicación y la información. De paso, también condujo a la creación de una sociedad y una cultura globales, así como a multitud de respuestas sociales a ambas. 1991 es el punto en que se hizo oficial: la globalización tal como hoy la conocemos había empezado.

Ese mismo año, tras la invasión mal calculada de Kuwait por parte de Saddam Hussein, una incursión que le hizo pasar de aliado a enemigo de Estados Unidos, la potencia hegemónica pudo formar una coalición global a su mando compuesta por treinta y nueve países.¹⁸ La victoria militar sobre Irak en 1991 en la Primera Guerra del Golfo puso a prueba por primera vez al emergente nuevo orden mundial.¹⁹ El resultado fue una rotunda reafirmación de la hegemonía mundial de Estados Unidos, más firme y con mayor fuerza que nunca. En 1991, la hegemonía y la globalización se habían reconciliado por completo.

TODO ENCAJA EN SU LUGAR

Como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, había emergido un nuevo orden mundial. Era un mundo tripartito formado por la contienda entre las esferas hegemónica y contrahegemónica y el Tercer Mundo en busca de su propio camino. Los tres actores maniobraron en el espacio abierto por la mencionada contienda. Pese a todas las diferencias y peculiaridades entre cada uno de estos tres bloques y dentro de ellos, había una característica subyacente que sirvió de terreno común para las sociedades de todos: algún tipo de entrelazamiento entre el nacionalismo y el socialismo.

El componente socialista giraba en torno a alguna forma de redistribución de la riqueza y/o los ingresos entre el colectivo definido como nación, lo cual representa una visión nacionalista del mundo. El instrumento para poner en práctica ese entrelazamiento era el Estado —es decir, la institución por encima de las sociedades de los tres bloques: el Estado keynesiano en la esfera hegemónica, el Estado comunista en la esfera contrahegemónica y los Estados-partido antihegemónicos en el Tercer Mundo—. Cada una de estas modalidades individualmente y las tres combinadas dieron lugar al Largo Auge del crecimiento económico sostenido así como a la Gran Compresión de la desigualdad social dentro de las sociedades y entre ellas. Con esto parecía que este paradigma de «estatismo», concretamente el despliegue de un grado importante de control del Estado sobre la política económica y social, se había convertido en una segunda naturaleza y seguiría reinando en los años venideros. Y luego, en medio del cielo azul, empezaron a llegar nubarrones.

Las revueltas globales de 1968 se enfrentaron a la hegemonía mundial, una confrontación en la que destaca la brutal intervención de aquella en Vietnam, así como al autoritarismo que la potencia contrahegemónica impuso en todo su ámbito de influencia. Pero las revueltas globales de 1968 también cuestionaron el autoritarismo doméstico implícito en los mecanismos del Estado dirigidos por una generación mayor, con una actitud autoritaria que donde mejor se reflejaba era en los sistemas educativos. Las exigencias de mayores libertades y las protestas contra la masificación y la homogeneización iban a contracorriente del estatismo y el colectivismo que le era propio. Al mismo tiempo, las revueltas globales de 1968 también habían despertado las fuerzas latentes del privilegio y la reacción que durante años habían consentido un Estado intervencionista capaz de redistribuir ampliamente parte de su riqueza entre toda la sociedad. Ahora bien, con amplios y cada vez más numerosos sectores de la sociedad atemorizados por las revueltas globales de 1968, se abrió una ventana de oportunidad para

que estas fuerzas del privilegio y la reacción acometieran contra el intervencionismo del Estado en los asuntos económicos y sociales. El momento se hizo aún más propicio cuando el modelo económico se encontró con graves problemas derivados del embargo del petróleo en 1973 y la segunda crisis petrolera en 1979. Las credenciales del Largo Auge de los modelos estatistas habían desaparecido, sustituidas como fueron por la estanflación. La necesidad de abordar la sombría situación económica y la motivación para desplazar al Estado como agente de la redistribución de la riqueza se fusionaron en una serie de políticas que primero fueron ensayadas por las dictaduras del Tercer Mundo y después se intentaron poner en práctica en las democracias de la esfera hegemónica.

Esta serie de políticas vino a dismantelar el entrelazamiento socialista-nacionalista, pues ambos componentes fueron atacados frontalmente. La parte socialista de la ecuación se abordó bajando los impuestos, en particular a los ricos. Con una base fiscal disminuida, los consiguientes resultados fueron recortes en los gastos públicos tales como los de la educación, la sanidad, los programas sociales y las infraestructuras. El objetivo de encoger el Estado se reforzó aún más al poner recursos que había acumulado durante décadas —infraestructuras, servicios públicos, empresas— en manos de personas y corporaciones acaudaladas, un proceso conocido como «privatización». La posición de las personas y las corporaciones adineradas mejoró más aún gracias a otro proceso fundamental conocido como «desregulación», es decir, la eliminación o reducción de las reglas que limitaban las actividades empresariales; por ejemplo, las normas sobre préstamos, las condiciones laborales y las consideraciones medioambientales. Y así, el Estado perdió su función de perro guardián de la actividad económica.

La extensión de la desregulación a la esfera de la interacción con la economía mundial fue un ataque frontal al lado nacionalista de la ecuación. Los mercados de los países se abrieron a la importación de bienes y servicios y las inversiones financieras

extranjeras, mientras se dejaba que los tipos de cambio de las monedas nacionales fluctuaran con total libertad. De modo que los Estados perdieron el control de sus economías nacionales, las cuales pasaron a formar parte de una economía global y sus fluctuaciones.

Cuando estas impopulares políticas las aplicaban dictaduras del Tercer Mundo y generaban descontento y resistencia, la ley marcial y el terrorismo de Estado allanaban el camino para su implementación. Sin embargo, cuando quienes las aplicaban eran democracias de la esfera hegemónica, aquellas medidas no podían formar parte de su caja de herramientas. Entonces, ¿de qué instrumentos se sirvieron realmente?

Las dos democracias que se pusieron a la cabeza de la aplicación de este conjunto de políticas no fueron otras que la potencia hegemónica mundial histórica, Gran Bretaña, y la contemporánea, Estados Unidos. Como potencias hegemónicas, pasada y presente, se suponía que iban a tomar la iniciativa, y así lo hicieron. En Gran Bretaña, Margaret Thatcher estuvo a punto de perder su reelección debido a la impopularidad de sus políticas económicas. La coincidencia de que Argentina lanzara una operación militar convertida en una auténtica guerra en el Atlántico Sur en 1982 hizo que su patriotismo le diera la vuelta a su destino electoral. De modo parecido, Ronald Reagan estaba viviendo su índice más bajo de popularidad, que llegó a tan solo el treinta y cinco por ciento en su tercer año del mandato que inició en 1983. Entonces llegó la patriotería para estimular su popularidad.²⁰ En octubre de 1983, Estados Unidos puso en marcha la mayor campaña militar desde Vietnam e invadió Granada, una isla de unos trescientos cincuenta kilómetros cuadrados del mar Caribe, entonces con una población de noventa y seis mil personas y gobernada desde 1979 por un Estado-partido antihegemónico. La isla fue sometida en cuatro días. La «Operación Furia Urgente» había sido, efectivamente, urgente y un éxito rotundo. Ronald Reagan acabó el año con un índice de aprobación del cincuenta y cinco por ciento.

De modo que el apoyo conseguido a pesar de las impopulares políticas económicas y la extensión de los mandatos de Thatcher y Reagan acabaron por coincidir con una mejoría del rendimiento económico de Gran Bretaña y de Estados Unidos: la inflación empezó a disminuir y se inició el crecimiento de la economía. Ello dio pie a proclamar que el nuevo modelo era la necesaria sustitución del paradigma estatista. Además, por muy desdichados que los trabajadores se pudieran sentir con sus salarios congelados a tres dólares y treinta y cinco centavos la hora, la flexibilización del mercado laboral y la inseguridad en el empleo que generaba y el fracaso y la marginación de los sindicatos, hasta podían dar gracias por que su trabajo no hubiera sido automatizado, subcontratado o llevado fuera del país.²¹

En efecto, otros dos componentes fundamentales del conjunto de nuevas políticas era la subcontratación —el traspaso de una actividad hasta el momento realizada por una empresa a otra— y la instalación en el extranjero —la ubicación de una actividad empresarial en otro país—. ¿Y qué mejor momento cabía esperar para comenzar a enviar puestos de trabajo al extranjero que cuando el país más poblado del mundo abrió sus puertas hasta entonces cerradas a cal y canto a la economía mundial? Las reformas de Deng Xiaoping en China coincidieron con la reconfiguración de las economías de Estados Unidos, Gran Bretaña y, en general, de Europa occidental. Los empleos de manufactura fueron destinados a las zonas económicas especiales recién abiertas de las costas de China. En cambio, multitud de productos baratos fabricados en China, basados en una mano de obra local barata, fueron importados por los países occidentales, con lo que los precios de los bienes de consumo bajaron. Entretanto, la relación en otros tiempos hostil entre la esfera hegemónica y la China comunista empezó a convertirse en una relación económica simbiótica.

Por su parte, la Unión Soviética dirigida por Mijaíl Gorbachov pretendía reformar no solo su economía (como era el caso

de China) sino también su régimen político. Deng Xiaoping, al mando exclusivo del Partido Comunista Chino, supo aprovechar a todo el partido para fomentar las reformas económicas que tenía en mente. Gorbachov, consciente del recelo del Partido Comunista de la Unión Soviética de apoyar las reformas que imaginaba y sabedor de la suerte que corrieron las que anteriormente quiso introducir Nikita Krushev, intentó articular a la sociedad civil como contrapeso. Ni la *glasnost* ni la *perestroika* dieron los resultados esperados. Los regímenes satélite de la esfera contrahegemónica fueron abandonados a su suerte por la tambaleante URSS. En 1989, uno tras otro, todos fueron cayendo. En 1991, le llegó a la Unión Soviética la hora de desplomarse.

Con ello, el mundo bipolar de la Guerra Fría finalizó. Además, el modelo contrahegemónico, aunque solo fuera una quimera, desapareció a causa de la implosión. Supuestamente, quedó demostrado que el modelo del intervencionismo del Estado y la redistribución de la riqueza era erróneo y, como tal, ya no servía como un horizonte esperanzador. Dicho horizonte se vislumbró en un nuevo modelo que se alejaba cuanto podía de los males que acarrearón la caída del comunismo: la propiedad pública, el intervencionismo del Estado y la redistribución de la riqueza. En 1991, el nuevo horizonte al que se aspiraba estaba en pleno apogeo y se trataba de la nueva sinergia impulsada por la reducción del Estado, la Revolución de la Información y la financiarización.

Durante más de veinte años y desde la Revuelta Global de 1968, el nuevo mundo feliz del orden que siguió a la Segunda Guerra Mundial había pasado por múltiples turbulencias puestas en fila, como si de líneas de autobuses urbanos se tratara, con las siguientes paradas: 1968, 1973, 1978, 1982, 1985, 1989, 1991. Todas estas turbulencias tuvieron sus epicentros en diferentes regiones del mundo, pero sus efectos formaron ondas de magnitudes diversas que se extendieron por todo el globo. En torno a 1991, todo iba encajando en su sitio para que

emergiera un nuevo orden mundial. Las trayectorias divergentes del entrelazamiento del socialismo y el nacionalismo dirigido por el Estado en los Tres Mundos convergían ahora en variedades del nuevo paradigma que echaba raíces en todo el mundo globalizado. Un paradigma, un mundo surgido de muchos, *E pluribus unum*.

LA CONVERSIÓN EN CIUDADANOS GLOBALES

LAS REFORMAS NEOLIBERALES,
MÁS FUERTES QUE REVOLUCIONES

El nuevo paradigma que vino a desplazar el entramado del socialismo y el nacionalismo dirigido por el Estado, y que consistía en sacar al Estado del camino de un mundo corporativo con alcance global, pasó a ser conocido como «neoliberalismo». Era una nueva ola de liberalismo, la misma ideología que en el siglo XIX guio a Gran Bretaña como potencia hegemónica mundial. La misma ideología hegemónica hasta que el Gran Brexit la cuestionó, convirtiendo al Estado en protagonista y generando múltiples formas de estatismo. La misma ideología que había prosperado en ausencia de amenazas antihegemónicas durante el siglo XIX y que se replegó ante las amenazas contrahegemónicas y antihegemónicas surgidas en el siglo XX. La misma ideología cuyos principios básicos son el libre comercio y la ventaja comparativa. La misma ideología, con la salvedad de que ahora necesitaba afrontar y recortar la máquina del Estado, que había ido agrandándose durante casi un siglo.

El neoliberalismo añadía otra pareja de ideología y política: la economía de la oferta y el monetarismo, y ahí radicaba su novedad. Según la idea de la economía de la oferta, el crecimiento económico se genera con mucha mayor eficacia bajando los impuestos y reduciendo la regulación de la actividad económica. En estas condiciones, los proveedores de bienes y servicios po-

dían ofrecer mejores productos a precios más bajos, lo cual redundaba en más empleo y en beneficio para los consumidores. El monetarismo establece que la única intervención deseable del Estado en el mercado debe ser la del control por parte del banco central de la provisión de dinero a la economía. Tal provisión ha de ser moderada para evitar la inflación, porque cuanto más dinero vaya por ahí a la caza de bienes o servicios, más subirán los precios.

Esta lógica es la opuesta a la de la demanda practicada por el keynesianismo global. Según esta forma de ver la economía, que se impuso a partir de la Gran Depresión y siguió hasta la llegada del neoliberalismo, la función del Estado es garantizar una demanda de bienes y servicios suficiente para que la economía crezca. Tal demanda se producirá si el Estado la estimula siendo él mismo un importante consumidor y permitiendo que la población consuma redistribuyendo la riqueza mediante los impuestos y el bienestar social, e incluso imprimiendo más dinero cuando sea necesario.

En resumen, la pareja de gemelos del siglo XIX se encontró, a finales del siglo XX, con un par de ideologías y políticas más nuevas, que juntas formaban un paquete completamente desarrollado de estrategias económicas. Este paquete incluía bajar los impuestos, privatizar los activos propiedad del Estado, desregular y liberalizar la actividad económica en aras de un mundo corporativo más libre y unos consumidores también más libres, así como recortar los gastos sociales y públicos generados por la sociedad en general.

A partir de los primeros años de la década de 1970, el conjunto neoliberal de políticas inició su gira por el mundo como previamente lo había hecho la pareja de gemelos en el siglo XIX (véase más arriba, pág. 227). Primero, experimentos preliminares con las ideas y las políticas realizados por economistas neoliberales en sus torres de marfil se aplicaron a sociedades gobernadas por militares: en Chile, con la dictadura de Augusto Pinochet, y en Argentina, con la Junta Militar presidida por

Jorge Rafael Videla. Después, a finales de la década de 1970, el lanzamiento oficial del neoliberalismo como protagonista tuvo lugar en Gran Bretaña, Estados Unidos y China —es decir, en la anterior potencia hegemónica mundial, en la actual y en la que tal vez sea la futura—. De hecho, el neoliberalismo cobró tal fuerza dominante e inamovible en estos países que sus principios siguieron ahí pese a los cambios de gobierno. Cuando, en 1997, el Partido Laborista se impuso en Gran Bretaña después de casi veinte años de gobierno conservador, Tony Blair siguió fomentando políticas neoliberales. Cuando Bill Clinton llevó de nuevo al Partido Demócrata a la Casa Blanca en 1993, después de dos mandatos de Reagan seguidos de otro republicano de George H. W. Bush, las políticas neoliberales seguían dirigiendo la economía estadounidense. En su discurso inaugural de 1981, el presidente Reagan pronunció las memorables palabras: «(...) el gobierno no es la solución de nuestros problemas, el gobierno es el problema». Quince años después, cuando el presidente Clinton se dirigió al Congreso con el discurso sobre el Estado de la Unión, anunció de forma indeleble: «(...) la era del gran gobierno se ha acabado». Posteriores alternancias en el gobierno de estos dos sistemas bipartidistas no alteraron el curso neoliberal.

Asimismo, el sistema del Estado-partido de China había continuado e intensificado las políticas neoliberales inauguradas por Deng Xiaoping. Y el neoliberalismo se convirtió en estos países en una fuerza tan dominante e inamovible que sus principios llegaron a abarcar a todo el mundo, salvo algunas pocas excepciones (por ejemplo, Siria y Corea del Norte). La sinergia generada por las potencias hegemónicas mundiales pasada, presente y futura y el liderazgo asumido por la incuestionable potencia hegemónica mundial desde 1991 en pleno desplome de la esfera contrahegemónica, la derrota de los Estados-partido antihegemónicos del Tercer Mundo y la disposición de la mayoría de los Estados-nación a seguir el ejemplo dio a este nuevo paradigma un alcance global a una velocidad jamás vista. En tan solo diez años, los últimos del siglo xx,

el nuevo paradigma del neoliberalismo había tomado el mundo por asalto.

Estas transiciones de toda forma de entramado nacional-social con su intervencionismo de Estado —sea el keynesianismo global de la esfera hegemónica, el comunismo de la esfera contrahegemónica o una combinación ecléctica mediante Estados-partido antihegemónicos del Tercer Mundo— hacia el nuevo paradigma neoliberal supusieron una serie de cambios radicales en todos los ámbitos de la vida social. A pesar de todas las variables regionales y nacionales, destacaron varias tendencias generales. Empezando por el ámbito económico, un cambio fundamental fue el de la unidad referencial básica de la actividad. Como era de esperar, la unidad referencial más importante de la actividad económica en el entramado nacional-social era... el Estado-nación. Esta orientación doméstica fundamental tuvo consecuencias cruciales para las formas en que se producían y consumían los bienes y servicios. Las economías nacionales estaban diseñadas para cubrir la mayoría de las necesidades del Estado-nación, mientras que los mercados interiores constituían la principal salida de su producción. De esta manera, cualquier manufactura que se hubiera importado durante el primer reinado del libre comercio y la ventaja comparativa a lo largo del siglo XIX hegemónico británico se imaginaba —tras el Gran Brexit y a lo largo del siglo XX— que sería reemplazada por la producción de las crecientes industrias nacionales. A su vez, estas industrias sostendrían a una mano de obra nacional bien pagada capaz de consumir todo lo que se produjera en el país. Esta era la estructura básica de una economía de circuito cerrado a nivel nacional.

Sin embargo, en la década de 1990, la coronación del neoliberalismo supuso despojarse del soporte interior del entramado nacional-social, al desplazar al Estado-nación como principal unidad referencial de la actividad económica y adoptar la economía mundial como su unidad alternativa. Esta unidad económica alternativa, la economía mundial, se basa en la división

internacional del trabajo, es decir, un mundo en el que cada Estado-nación se especializa en cualquier cosa en la que sobresalga, en comparación con otros Estados. En este viejo/nuevo esquema económico, las antiguas ideologías y políticas de la ventaja comparativa y el libre comercio (véase más arriba, págs. 40 y ss.) se convirtieron de nuevo en el centro de atención. En resumen, la idea de producir todos los productos manufacturados, o la mayoría de ellos, en el propio país para el consumo doméstico fue desplazada por la vieja/nueva idea de que cada economía nacional debía exportar lo que mejor sabía hacer e importar el resto. De esta forma, una economía mundial de circuito abierto a nivel global desplazó en todo el mundo a las economías de circuito cerrado a nivel nacional.

Estas trascendentales transformaciones tuvieron enormes consecuencias. En lo que a la producción se refiere, las industrias consideradas no competitivas fueron cerradas y trasladadas a zonas del extranjero donde fueran rentables. En cuanto al consumo, los trabajadores despedidos de esas industrias fueron eliminados o marginados como consumidores del mercado interno, a menos que se las arreglaran para reconvertirse y colocarse en empresas situadas en el lado correcto de la ventaja comparativa de su economía. Porque, en efecto, muchos servicios e industrias que cumplían el principio de la ventaja comparativa prosperaron. La demanda de su producción dejó de limitarse al mercado nacional y la del mercado global seguía aumentando. Simultáneamente, quienes trabajaban en este tipo de actividades aumentaron sus posibilidades de consumo gracias a la subida del poder adquisitivo y también a que los bienes importados a tenor del libre comercio que cumplían el principio de la ventaja comparativa eran más competitivos y, por consiguiente, más económicos.

Y así ocurrió, por ejemplo, que los niños nacidos, más o menos, en los últimos veinte años del siglo xx (los llamados *millennials*) crecieron con muchos más juguetes que los hijos de la explosión demográfica de mediados de las décadas de 1950

y 1960 (los llamados *baby boomers*). Los primeros acumularon muchos juguetes, aunque fueran de corta vida, importados de China y a precios muy bajos, mientras que los segundos solo tuvieron una reducida colección, aunque duradera, de juguetes fabricados por las industrias de su país. Los adolescentes de la Generación Z acumulaban camisetas, sudaderas con capucha y zapatillas para cada ocasión, todas ellas fabricadas en Bangladés, Vietnam o Indonesia, mientras que los de la Generación X tenían muchos menos de estos productos, todos fabricados en sus industrias nacionales. La creciente disponibilidad de bienes y servicios que llegó con el libre comercio y la ventaja comparativa también tuvo un profundo efecto en el estilo de vida. Los valores, las actitudes y las prácticas, anteriormente frugales, se convirtieron en consumistas. Si el consumo masivo fue un rasgo distintivo de las clases medias en la esfera hegemónica desde el Largo Auge, la mayoría de las personas de la esfera contrahegemónica y las sociedades del Tercer Mundo destacaban por su frugalidad. Los cambios arrolladores provocados por la economía mundial de circuito abierto a escala global también animaron a todas las sociedades a unirse al estilo de vida de consumo masivo (al menos para algunos de sus miembros).

NEOLIBERALISMO SIGNIFICA MÁS DESIGUALDADES: LA «GRAN BIFURCACIÓN»

Para algunos, no para todos. Había una clara diferencia entre el proyecto de vida de quienes trabajaban en empresas que, en comparación con otras, estaban en ventaja y el de quienes no trabajaban en este tipo de empresas y, en consecuencia, estaban en paro, en empleos precarios o en una situación de decaimiento. Y esta es solo una de las múltiples fuentes de la creciente desigualdad socioeconómica generada por el paradigma neoliberal que llevó a la «Gran Bifurcación», es decir, el acelerado incremento de la desigualdad socioeconómica que se tradujo en

la polarización social. Una segunda fuente de la creciente desigualdad, incluso para quienes se encontraban en el lado correcto de la ventaja comparativa, tenía que ver con el efecto de bifurcación de la competencia global. Por un lado, las empresas habían estado compitiendo por hacerse con los mejores directores ejecutivos (CEO) y las personas de talento innovador capaces de abrir nuevos caminos, cuyos sueldos aumentaron desmesuradamente. Por otro lado, esta misma economía global había unido a los trabajadores de todo el mundo... en su competencia por encontrar trabajo. El resultado fue que sus salarios se mantuvieron en un nivel bajo debido a los reales o previstos traslados de las fábricas al extranjero, las subcontratas o la automatización de sus trabajos. Además, su poder adquisitivo dejó por completo de ser necesario, dado que ahora podían encontrarse consumidores potenciales en todo el mundo.

Por último, estos dos efectos de la competencia global se sumaron para producir otra sinergia. ¿Cuál es el mejor y más eficiente CEO si no el que mantiene bajos los salarios de los trabajadores? Entre 1978 y 2000, la brecha entre los ingresos de los CEO y los de los trabajadores en Estados Unidos, por ejemplo, aumentó en un factor de 13,75. Es decir, si en 1978 el salario medio de los CEO de compañías registradas en el S&P 500 era de un millón y medio de dólares, en 2000 había subido de golpe hasta los treinta millones seiscientos mil, mientras que los trabajadores pasaron de ganar cuarenta y ocho mil dólares en 1978 a cuarenta y ocho mil trescientos en 2000 (en dólares constantes). En otras palabras, si los CEO ganaban una media de treinta y una veces más que los trabajadores en vísperas del neoliberalismo, cuando este estaba en pleno apogeo, los CEO ganaban una media de 426,5 veces más que los trabajadores.² Estas dos fuentes de desigualdad se basan en los ingresos salariales. Por encima de este abismo, está la brecha adicional entre quienes tienen y quienes no tienen acceso a ingresos extrasalariales procedentes de los beneficios de las inversiones. Como cabe esperar, existe un claro solapamiento entre los niveles de

ingresos salariales más altos y la existencia de ingresos por inversiones que contribuye aún más a que la polarización social se convierta en una Gran Bifurcación.

Estas desigualdades galopantes derivadas de los viejos/nuevos gemelos ideológicos y políticos —el libre comercio y la ventaja comparativa—, que provocaron la sustitución de las economías de circuito cerrado por un comercio mundial de circuito abierto a nivel global, incluían también los efectos de los gemelos ideológicos y políticos más recientes que provocaron el declive de la función redistributiva del Estado: la contracción de la demanda estatal y el monetarismo. Al mismo tiempo que únicamente las empresas situadas en el lado correcto de la ventaja comparativa sobrevivían, los salarios de los CEO y de los trabajadores altamente cualificados se dispararon, los ingresos de los inversores financieros aumentaron y los impuestos bajaron —de forma espectacular para los grupos de ingresos más altos—. La razón es que la coronación del neoliberalismo supuso no solo desprenderse del componente nacional del entramado nacional-social, sino descartar también su componente social.

En medio de las reducciones fiscales y las políticas monetaristas, los Estados redujeron drásticamente su capacidad de redistribuir los ingresos y la riqueza y se alejaron de las que habían sido su función y su vocación durante décadas. De ahí que, a la división entre ganadores y perdedores generada por el paso de las economías de circuito cerrado de nivel nacional a una economía mundial de circuito abierto de nivel global, se sumara otra división, a menudo superpuesta, que separaba a los ganadores y perdedores resultantes de los recortes fiscales. Para los deciles superiores de la mayoría de las economías, la bajada de impuestos fue suculentemente enriquecedora. Sin embargo, la mayoría de los miembros de cada sociedad sintieron profundamente la retirada del Estado de bienestar mientras descendían en la escala social, siendo los pobres los más perjudicados. Como consecuencia de esta doble situación —la tran-

sición desde unas economías de circuito cerrado a nivel nacional a una economía mundial de circuito abierto a nivel global y el declive de la función redistributiva del Estado—, las diferencias de riqueza e ingresos en las sociedades se dispararon. Una gran brecha entre el decil superior —y en particular el más alto del uno por ciento— y el resto de la población de cada sociedad no dejó de agrandarse aún más.

Estas desigualdades derivadas de los principios básicos de la liberalización y la desregulación del comercio y las inversiones, así como de la reducción del papel del Estado al socavar su base fiscal, privatizar sus activos y limitar sus obligaciones con los ciudadanos, se agravaron todavía más por una emergente división tecnológica. Después de aparecer gradualmente a finales de 1947 —sí, otra «gradación», con la salvedad de que en este caso fue más rápida—, en la década de 1990, todos los poderes de una nueva revolución tecnológica se desataron por completo. Este nuevo avance tecnológico fue la Revolución de la Información, que consistió en el incremento de la disponibilidad, el almacenaje, la difusión y las funciones de la información en todos los aspectos de la vida social e hizo posible la transición desde la tecnología mecánica y electrónica analógica a la electrónica digital. Entre los pilares que definieron esta revolución, están los ordenadores digitales, la comunicación por satélite, el teléfono móvil e Internet. El total de la suma de estas innovaciones tecnológicas fue una revolución que transformó completamente el panorama económico. Como tales, estas innovaciones tecnológicas —junto, y a menudo solapándose, con los efectos del libre comercio y la ventaja comparativa y la economía del lado de la oferta y las políticas monetarias— provocaron su propia división social. En pocas palabras, quienes tienen acceso a las tecnologías de la comunicación y los instrumentos para procesar y apalancar la información obtenida están en mejores condiciones que quienes tienen un acceso limitado o ninguno y carecen de las destrezas para sacar el mejor provecho de su uso. Todas estas tres fuentes de desigualdad de ingresos y

de riqueza —el resurgimiento del libre comercio y la ventaja comparativa (las viejas ideologías y políticas), la aplicación de la economía de la oferta y el monetarismo (las nuevas ideologías y políticas) y la nueva revolución tecnológica— parece que se refuerzan mutuamente, y el resultado es una destacada polarización socioeconómica dentro de cada sociedad, una «Gran Descompresión» neoliberal, reflejo asimétrico de la Gran Compresión que el entrelazamiento de nacionalismo y socialismo trajo consigo.³ Tal es la dimensión doméstica de la Gran Bifurcación.

Pero el aumento de la desigualdad no fue simplemente una manifestación doméstica de la transición desde el entramado del nacionalismo y el socialismo al neoliberalismo. El abismo de la desigualdad también siguió agrandándose entre las sociedades, por algunas de las mismas razones. Este es claramente el caso de la división digital entre los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo. Al igual que en la primera globalización del siglo XIX, la emergencia de la globalización contemporánea guarda relación no solo con el indiscutible liderazgo de una potencia hegemónica mundial, sino también con un importante avance tecnológico dirigido por esa potencia. El motor de vapor y la Revolución Industrial hicieron eso mismo para la hegemonía mundial británica y la globalización del siglo XIX. La Revolución de la Información fue el adelanto tecnológico que se desarrolló junto con el alcance global de la hegemonía mundial de Estados Unidos y la globalización actual.

Al igual que entonces, se abrió y continúa abriéndose una gran brecha entre las economías que ya se habían embarcado en esta revolución y las que se quedaron atrás.⁴ Desde el estallido de esta nueva revolución tecnológica, existen grietas enormes que no dejan de ensancharse en lo que se refiere a los necesarios servicios, infraestructuras, equipamiento y capacidad para materializar las posibilidades de las revoluciones de la información y la comunicación. Estas brechas pueden ser tan amplias como la presencia frente a la completa ausencia de estas tecnologías

o algo menores, como las que se refieren a la calidad, fiabilidad y velocidad de las mismas. Por ejemplo, el cincuenta por ciento de toda la banda ancha por la que viaja la información se concentra en tan solo tres países —China, Estados Unidos y Japón— y el setenta y cinco por ciento, en solo diez.⁵ 2018 es el año de referencia en que el acceso a Internet alcanzó a la mitad de la población mundial. Pero esa mitad incluía en torno a un ochenta por ciento de la población de Europa y solo el veinte por ciento de la de África.⁶ Esta brecha digital global amplía las otras muchas que hay entre las sociedades en los ámbitos, por ejemplo, de la educación, la sanidad, la productividad y los sueldos.

Los efectos de la brecha digital global se han visto agravados por las dos parejas de gemelos ideológicos y políticos: el antiguo par del libre comercio y la ventaja comparativa y el nuevo par de la economía de la oferta y el monetarismo. Los efectos de la pareja más reciente, responsables del declive de la función redistributiva del Estado en el ámbito nacional, se extendieron por todo el globo a través de las imposiciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). En su intento de devolver los préstamos que en muchos casos databan del endeudamiento de los petrodólares de las décadas de 1970 y 1980 (véase más arriba, pág. 289), los países del Tercer Mundo habían recurrido a estas dos instituciones financieras internacionales fundadas en 1944 en Bretton Woods para fomentar el keynesianismo global (véase más arriba, págs. 179 y ss.). Sin embargo, en la década de 1980, el FMI y el BM se habían convertido en los principales instrumentos del neoliberalismo global. De ahí que sus paquetes de medidas urgentes se concedieran con condiciones, los llamados programas de ajuste estructural. Estos programas incluían la exigencia de equilibrar los presupuestos nacionales subiendo los impuestos y recortando el gasto del gobierno. Las implicaciones inmediatas de estos «planes de austeridad» fueron rotundos recortes en educación, sanidad y programas sociales y la eliminación de las subvenciones a bienes de consumo como el pan y el aceite.

Aparte de estos cambios internos, los programas de ajuste estructural también imponían cambios externos, sobre todo la reducción de las barreras comerciales y la desregulación del comercio exterior, abriendo así la puerta a la vieja pareja de gemelos. Así de largo era el camino que estos viejos gemelos del libre comercio y la ventaja comparativa habían recorrido desde los tiempos en que Gran Bretaña dominaba los mares. En aquellos días estos dos habían abierto el mundo al comercio y asignado las especializaciones regionales introducidas por el colonialismo, el imperio informal y las Guerras del Opio. La emergencia de la hegemonía mundial de Estados Unidos a partir de 1945 coincidió con la decadencia del colonialismo a medida que la nueva potencia hegemónica mundial forzaba la autodeterminación, que dio lugar a la creación de toda una serie de nuevos países independientes. El acceso de los viejos gemelos a estos nuevos estados así como a los más antiguos —la mayoría de los cuales se encontraban en pleno fomento de sus propias políticas de entramado del nacionalismo y el socialismo— se consiguió con la coronación de los regímenes autoritarios dispuestos a colaborar con la potencia hegemónica mundial para abrirse al libre comercio y ceder el paso a la ventaja comparativa. Pero entonces, tras la Tercera Ola de Democracia, el autoritarismo fue expirando progresivamente. El mundo se convirtió en un conjunto de estados independientes gobernados por regímenes democráticos. Con la exclusión del colonialismo y el autoritarismo —que antes habían abierto las puertas a los viejos gemelos liberales—, su papel lo desempeñaron con eficacia el FMI y el BM a través del endeudamiento y los programas de ajuste estructural. Algunas de las exigencias de estos programas eran la reducción de las barreras comerciales (¡bienvenido de nuevo, libre comercio!) y la orientación de las economías hacia la exportación (¡bienvenida de nuevo, ventaja comparativa!).

Esta nueva gira mundial de los viejos gemelos aumentó las desigualdades socioeconómicas entre las sociedades de la mano de las crecientes desigualdades socioeconómicas dentro de las

mismas. Una economía de circuito abierto de nivel global basada en los antiguos gemelos hizo que cada sociedad se especializara en lo mejor que podía exportar (ventaja comparativa) e importara el resto (libre comercio). Siguiendo estos principios, pronto asomó una división jerárquica mundial del trabajo basada en la cantidad de capital y poder acumulados por cada sociedad con sus correspondientes fuerzas tecnológicas y apalancamientos políticos. Las sociedades cuyas economías se asientan en el cuasi monopolio de determinados productos, es decir, los que solo pueden ser abastecidos por esta economía u otras pocas dada la cantidad de capital disponible y las tecnologías de vanguardia necesarias para su producción (por ejemplo, la información, la comunicación, el transporte, los productos farmacéuticos y las biotecnologías de última generación), ocupan el primer puesto de esta jerarquía global. En cambio, las sociedades que están en los últimos puestos de esta jerarquía global se caracterizan por una economía basada en materias primas y/o productos para los que existe una gran competencia, es decir, que muchas otras economías pueden suministrar (por ejemplo, telas, alimentos, muebles, juguetes). El margen de beneficio de estos productos, cuyos precios disminuyen debido a la competencia, es inferior al de aquellos bienes cuasi monopolistas, que no se enfrentan a esta. Estas condiciones tienden a perpetuar una escasa acumulación de capital y la carencia de tecnología en las economías productoras de mercancías y bienes competitivos, a diferencia de la elevada acumulación de capital y las tecnologías punta de las economías que los producen de forma cuasi monopolista.

El giro de estos círculos vicioso y virtuoso contribuye decisivamente al incremento de la desigualdad socioeconómica entre las sociedades. A mediados de la década de 1990, el balance comercial entre la esfera hegemónica de la época de la Guerra Fría y el Tercer Mundo, hoy habitualmente llamados el Norte Global y el Sur Global, arrojaba una diferencia de 2,66 billones de dólares anuales a favor de la primera. El balance general de

pagos entre el Sur Global y el Norte Global derivado de esta re-emergencia de los viejos gemelos a partir de 1980, incluyendo no solo el comercio, sino todos los flujos de pago en ambos sentidos, como el servicio de la deuda de Sur a Norte y la ayuda de Norte a Sur, asciende a veintiséis billones y medio de dólares transferidos del primero al segundo en 2016.⁷

Como ocurre con los niveles de desigualdades en el propio país, para dar con los precedentes de tales disparidades socioeconómicas entre las sociedades, es necesario remontarse a los tiempos anteriores a la Gran Compresión, a la primera globalización del siglo XIX, cuando Gran Bretaña y estos mismos gemelos de la ideología y la política se habían impuesto. El neoliberalismo fue capaz de desmontar la Gran Compresión provocada por el entramado del nacionalismo y el socialismo⁸. Su alternativa Gran Descompresión representa la Gran Bifurcación entre las economías en auge y las economías en declive. Después de veinte años de neoliberalismo —el nuevo paradigma global que sustituyó al posterior a la Segunda Guerra Mundial del entramado de nacionalismo y socialismo—, los ingresos medios de los ciudadanos que vivían en la potencia hegemónica del mundo eran unas nueve veces superiores a los de América Latina, veintiuna veces superiores a los de Oriente Medio y África, cincuenta y dos veces superiores a los del África subsahariana y setenta y tres veces superiores a los del Asia meridional. Asimismo, la brecha de la desigualdad socioeconómica entre el Norte Global y el Sur Global, medida por la media de ingresos per cápita, más o menos se ha triplicado desde 1960. Y la relación entre los ingresos per cápita entre los países más pobres y los más ricos pasó, entre 1960 y 2000, de 1:32 a 1:134.⁹

Esta tendencia a la progresiva desigualdad entre el Norte Global y el Sur Global tiene una excepción crucial y de enormes proporciones: China. Desde la apertura de la economía china en 1978, el PIB del país subió a un ritmo medio del 9,7 por ciento durante la primera década, del 10,1 por ciento du-

rante la segunda y del 10,5 por ciento durante la tercera. En conjunto, todo este crecimiento supone que el tamaño de la economía china pasó de menos de ciento cincuenta mil millones de dólares en 1978 a unos 8,2 billones en 2012.¹⁰ A un ritmo diez veces más rápido, realmente China ha estado experimentando su «Mayor Compresión de la Desigualdad» respecto al Norte Global, exactamente al mismo tiempo que la Gran Descompresión ha ido separando cada vez más al Norte Global del Sur Global. También esto fue fruto del neoliberalismo.

Y, sin embargo, esto es neoliberalismo con caracteres chinos. En esencia, en China, la transición de una economía de circuito cerrado de nivel nacional a una economía globalmente abierta se consiguió mientras el estatismo permanecía firme en su puesto, con la intervención tanto del Estado como del partido en el desarrollo económico. No obstante, esto no movilizó a la sociedad china como lo hizo el Estado-partido antihegemónico comunista de los tiempos de Mao durante la guerra civil, el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. A partir de la presidencia de Deng Xiaoping, la China comunista había abrazado el capitalismo y la integración en la economía global, eliminando a la vez el componente de la movilización desde dentro y la postura antihegemónica en asuntos exteriores. Con la desaparición de estas dos características, el Estado-partido comunista chino se convirtió en un régimen autoritario en el que la desigualdad socioeconómica nacional creció al ritmo más rápido del mundo, pasando en el coeficiente Gini (según el cual la perfecta igualdad es igual a cero y la máxima desigualdad es igual a uno) de 0,30 en 1980 a más de 0,5 a principios de la década de 2010. Es evidente, pues, que este régimen estatista ya no se dedica a redistribuir la riqueza y los ingresos. Aunque sí a proteger su interés económico. Como tal, el Estado chino no permitió que el FMI ni el BM —ni cualquier otra organización internacional— interfirieran en su economía. Por tanto, en China no se podía acceder a ningún plan de ajuste estructural. En

este sentido, la crucial y enorme excepción que representa China en realidad es la excepción que confirma la regla: el acceso restringido a los viejos gemelos previno su caída en la creciente brecha de la desigualdad socioeconómica entre los países. Todo lo contrario: China ha contribuido en gran medida a reducir esa brecha. Parece que el recuerdo de las Guerras del Opio no se ha borrado.

DE CRISOL A ENSALADERA

Esta Gran Bifurcación dentro y entre las sociedades es en gran medida, al margen de la brecha digital, la consecuencia de retirar al Estado de las dimensiones económica y redistributiva de la vida social. Junto con esa retirada, el Estado neoliberal reducido también se apartó de la esfera cultural. Más de dos siglos antes, la Revolución Democrática había transformado a los súbditos de las autocracias en ciudadanos de los Estados (véase más arriba, pág. 115). Desde entonces los Estados habían batallado para moldear a sus ciudadanos a su imagen y a su gusto, configurando sus identidades de manera uniforme, estandarizada y homogénea. Se indujo a todos los ciudadanos a usar la misma lengua, interiorizar los mismos valores, ideales, símbolos y una multitud de conductas que equivalían a toda una forma de vida compartida por el colectivo, la nación.¹¹ Este proceso de formación de identidad colectiva de arriba abajo propio de la Revolución Democrática se mejoró y actualizó, unido al crecimiento y al mayor poder del Estado, durante el reinado del estatismo. El entramado del nacionalismo y el socialismo abordó y fomentó un colectivo unificado en el ámbito nacional y cohesionado en el social.

La idea del crisol es la que mejor refleja este proceso de moldear un colectivo nacional y social uniforme, estandarizado y homogéneo en torno a una identidad compartida que abarca multitud de significados y comportamientos. Imagine-

mos un recipiente donde se mezclan muchas sustancias diferentes, hasta formar una solución homogénea, que se vierte en muchos moldes idénticos y... *voilà!* Las muchas sustancias diferentes se han convertido en una serie uniforme, estandarizada y homogénea de elementos que pertenecen a la misma categoría. Esta imagen simplifica lo que el intervencionismo del Estado supuso para la esfera cultural: la socialización de personas procedentes de diversas tradiciones nacionales, raciales, étnicas, religiosas, lingüísticas, de género, orientación sexual y/o socioeconómicas en un identidad colectiva homogénea firmemente interiorizada.

El esfuerzo por la homogeneidad fue tan minucioso que quedó muy poco espacio, o ninguno, para cualquier tipo de diversidad. A un niño zurdo se le ataba la mano izquierda a la espalda para que fuera como el resto en una clase de escritura para diestros. La simple idea de ser zurdo lo estigmatizaba como torpe, raro e imperfecto. Los días de la homogeneización del crisol estatista eran muy reconfortantes para quienes podían conformarse y estaban dispuestos a hacerlo. La homogeneidad generaba un sentimiento de pertenencia a un colectivo que funcionaba en el seno de una economía más o menos de circuito cerrado y en medio de diferentes grados de cohesión potenciada mediante la redistribución de los ingresos y la riqueza. Al mismo tiempo, era una propuesta muy dura para quienes no querían o no podían conformarse.

El neoliberalismo prescindió de muchos activos estatales —infraestructuras, plantas de servicios públicos, fábricas—, entre ellos el crisol. En su reducción del Estado, el neoliberalismo restó prioridad a la inversión en la creación de una identidad colectiva de unidad nacional y cohesión social. Ese fue el resultado cultural lógico de reducir el tamaño del Estado, ampliar el circuito económico a un nivel global y recortar las obligaciones estatales respecto a los ciudadanos rebajando la redistribución de los ingresos y la riqueza.

En el modelo neoliberal, no había espacio para individuos uniformes, estandarizados y homogéneos, ni en la práctica ni

en el espíritu. Al contrario, esos individuos pasaron a ser consumidores merecedores de la eficiencia, efectividad y la rendición de cuentas de un Estado que les cobraba impuestos para prestarles servicios. Estas personas eran también consumidores de las empresas que el Estado neoliberal dejó que crecieran y se expandieran. Y, como es bien sabido, el consumidor siempre tiene razón. Por tanto, toda preferencia individual que los consumidores pudieran tener debido a su procedencia debía ser facilitada. En una economía cada vez más global, de consumo masivo e impulsada por el mercado, estas preferencias individuales representan segmentos deseables a los que hay que apuntar, estimular y aprovisionar. De modo que la falta de un gigante homogeneizador conocido como el crisol estatista, unida al auge de los mercados globales que, por definición, son múltiples, y en medio de la identificación de un arcoíris de segmentos variados, idiosincrásicos y heterogéneos del mercado de consumidores, la diversidad se convirtió en hermosa. ¿Y quién querría descartar la colorida belleza de la diversidad?

En efecto, la sensación que iba cobrando cuerpo era que había que promover y mejorar la diversidad apartando por completo la idea del crisol, para que ocupara su lugar la metáfora de la ensaladera. En este caso, imaginemos un recipiente repleto de ingredientes muy distintos y revueltos, mezclados como una ensalada, y... *voilà!* Aquí tenemos la ensaladera compuesta de muchos ingredientes, cada uno de los cuales conserva sus propiedades específicas al tiempo que aporta al conjunto su color, su fragancia, su sabor y su toque exclusivos. Esta imagen ilustra los efectos de dejar a las personas en libertad de decidir cómo quieren socializarse y qué papel quieren asignar a los bagajes culturales propios de sus orígenes familiares y situaciones particulares. Al mismo tiempo, la estrategia de segmentación del mercado fomentada por las empresas potencia esta diversidad, lo que se traduce en el desaprendizaje de identidades colectivas homogéneas previamente interiorizadas.

Tan minucioso fue el esfuerzo por la diversidad que quedó poco espacio para la colectividad a escala nacional. Más bien, las identidades colectivas se apartaron del entorno nacional para construir comunidades basadas en el origen regional, racial, étnico, religioso, lingüístico, cultural, socioeconómico, de género, las preferencias sexuales y/o todo interés común del tipo que fuera. Una niña zurda podía escribir como quisiera en su clase de escritura, que ya no era exclusiva para diestros. Las actitudes que pudieran estigmatizar a una persona zurda se criticaban con severidad, despertando la conciencia de este sesgo discriminatorio, y la palabra «zurdo» fue sustituida, por ejemplo, por la expresión «habilidad manual especial». Y de ahí podía surgir una comunidad de personas con «habilidad manual especial». Se acabaron los tiempos de quienes podían y querían atenerse al crisol homogeneizador. El sentimiento de pertenecer a un colectivo nacional fue en declive. Pero, al mismo tiempo, era un proceso tremendamente liberador para todos los que no querían o podían cumplir con las exigencias del crisol, sino que deseaban prosperar en una ensaladera y eran capaces de hacerlo.

El proceso de desplazar las políticas de crisol y sus consecuencias homogeneizadoras en favor del modelo de la ensaladera y su individualismo combinado con la construcción de comunidades es otro ejemplo de cómo las transformaciones que arrancaron en 1968 encajaron en su lugar después de 1989. El antiautoritarismo y la antimasificación, componentes de la Revuelta Global de 1968, también representaban, en gran medida, un ataque al crisol, un instrumento fundamental de masificación basado en una idea autoritaria. Las libertades y los derechos, componentes de la agenda de 1968, y el objetivo de que todas las personas fueran iguales en todo el mundo, con independencia de cuáles fuesen su raza, etnia, género, preferencia sexual y país de origen, ganaron mucho terreno cuando el neoliberalismo desplazó al estatismo.

Sorprendentemente, el legado socio-liberal progresista, pluralista e inclusivo de la Revuelta Global de 1968 y el programa

económico-neoliberal regresivo, elitista y excluyente, acabaron por encontrar una base y una sinergia comunes para generar el nuevo paradigma cultural del multiculturalismo. Este paradigma se basa en una actitud positiva y decidida hacia la diversidad de culturas que emana de diferentes orígenes nacionales, entornos raciales, étnicos, religiosos o lingüísticos, identidades de género y orientaciones sexuales. Así lo ejemplifican las cambiantes formas en que los inmigrantes se relacionan con sus legados lingüísticos y culturales. En los tiempos del crisol del estatismo, los inmigrantes bautizaban a sus hijos con nombres locales y hablaban con ellos en la lengua del lugar, pese a su particular acento. En el entorno de la ensaladera, los inmigrantes bautizaban a sus hijos con nombres tradicionales de sus respectivas culturas y les hablaban en su propia lengua materna. De no hacerlo así, en una sociedad suficientemente multiculturalista, privarían a sus hijos de una identidad cultural primordial y no dejarían que aprendieran sin esfuerzo una lengua más. Los legados personal y comunal son importantes y una lengua adicional es un valioso activo en un mundo global. El sistema del crisol era adecuado en una economía de circuito cerrado de nivel nacional, pero esta ya no era la situación. Una economía de circuito abierto de nivel global se expone a la diversidad cultural en todo el mundo y, por tanto, lleva a acoger a la diversidad en casa. El presidente Bill Clinton, un *baby boomer* que alcanzó la mayoría de edad en plena revuelta de 1968 y llegó al poder poco después de 1989, formuló claramente esta dinámica en uno de sus discursos: «(...) Nuestra diversidad [dentro de Estados Unidos] puede ser una fuente de fuerza en un mundo que se va empequeñeciendo».¹²

En definitiva, el período de 1968-1989 creó una sinergia entre pérdidas (por ejemplo, un incremento de la desigualdad socioeconómica) y ganancias compensatorias (por ejemplo, el auge de la política identitaria y el empoderamiento de diversas comunidades). En el mejor de los casos, el mayor poder de diversos grupos identitarios favoreció la emergencia del multicul-

turalismo —es decir, la apertura y valoración de cada cultura y la disposición a formar parte de todas ellas—. Sin embargo, en el peor de los casos, este mismo empoderamiento de los diversos grupos de identidad podía empujar a las sociedades a que se dividieran en secciones tribalizadas. Estas posibilidades opuestas se planteaban en plena Gran Bifurcación, de ahí que existiera una tendencia a que la emergente clase media global bien acomodada se deleitara con la riqueza cultural que aportaba el multiculturalismo. Mientras tanto aquellos a quienes la Gran Bifurcación dejaba atrás se estancaron aún más en su propia comunidad identitaria a la vez que se alejaban de los demás (o les mostraban sin ambages su hostilidad).

LA TERCERA OLA DE DEMOCRACIA

El autoritarismo quedó también rezagado en la ola más trascendental de cambio de régimen en todo el mundo. Este cambio político masivo constituye la Tercera Ola de Democracia. Fue el giro global más decisivo hacia el establecimiento de regímenes democráticos. La ola partió del sur de Europa (Portugal, España y Grecia) a mediados de la década de 1970, continuó durante la de 1980 en toda América Latina (en 1978, solo Costa Rica y Venezuela eran unas democracias en paz y, en 1985, únicamente Cuba y Haití seguían siendo regímenes autoritarios) y el Pacífico asiático (Filipinas, Corea del Sur y Taiwán) y, en 1989, se fusionó con la Revolución Global de Europa del Este, para llegar a la Unión Soviética en 1991. Entre los años 1974 y 1991, más de sesenta países de todo el mundo pasaron a convertirse en regímenes democráticos. A partir de 1989, la ola también llegó al África subsahariana.



MAPA 18. *Regímenes políticos durante la década de 1990: democracias y no-democracias.*

El desplome de la Unión Soviética dio un nuevo impulso a la Tercera Ola de Democracia. El final del mundo bipolar de la Guerra Fría fue un momento hegemónico decisivo. Desaparecida la esfera contrahegemónica, parecía que los posibles nuevos intentos antihegemónicos estaban condenados al fracaso. La afirmación de la hegemonía mundial de Estados Unidos abarcó esta doble sincronización: por un lado, la hegemonía y la globalización se reconciliaron y, por otro, el (neo)liberalismo económico se alineó con la democracia política. La nefasta alianza estratégica demócrata-autoritaria de los tiempos de la Guerra Fría fue por fin exorcizada, y la potencia hegemónica mundial comenzó a configurar a los Estados de todo el mundo según su propia imagen y semejanza —sociedades que no solo aplicaron el principio de la autodeterminación liderado por Estados Unidos, sino que además estaban gobernadas por regímenes democráticos—. Fue una hazaña del idealismo estadounidense que la hegemonía mundial británica que gobernó colonias, mandatos, protectorados y colonias informales nunca soñó en conseguir.

En todo este proceso de cambio de estrategias, Estados Unidos terminó alineando sus prácticas políticas con sus principios. Finalmente sus preocupaciones y/o su retórica sobre democracia y derechos humanos se hicieron realidad. Estados Unidos transformó a muchos de sus antiguos aliados autoritarios, por ejemplo, Galtieri, Pinochet, Noriega, Saddam y Sukarno, en nuevos enemigos a los que directa o indirectamente se enfrentó y que acabó por destronar. Este patrón de transmutar amigos en enemigos se repetiría en el futuro para acosar a la potencia hegemónica mundial (véase más abajo, Al-Qaeda, págs. 349 y ss.).

Durante la década de 1990, el rastro del nuevo mundo feliz posterior a la Segunda Guerra Mundial se desdibujó hasta el punto de que parecía que se había borrado para siempre. Un nuevo mundo global neoliberal lo había desplazado por completo. Este era un mundo en el que, después de la Guerra Fría, la reafirmación de la hegemonía mundial y el alcance total de la globalización económica llegaron a corresponderse plenamente. Era un mundo en el que la potencia hegemónica global consiguió difundir los principios fundamentales del liberalismo por todas partes en forma de las antiguas y nuevas parejas de gemelos (libre comercio y ventaja comparativa; economía de la oferta y monetarismo), una prolongada Tercera Ola de Democracia y la liberación del individualismo y la identidad comunitaria. Era también un mundo situado en medio de una revolución tecnológica de gran poder transformador que dio a luz a una sociedad postindustrial y que sigue creciendo. Y era este un mundo en el que la desigualdad socioeconómica aumentó de forma espectacular dentro de las sociedades y entre estas. Todos estos resultados, a su vez, se convirtieron en puntos de partida de nuevos procesos que ahora mismo están poniendo en entredicho al mundo neoliberal global.



CUARTA PARTE

EL CONTRAGOLPE ILIBERAL (A PARTIR DE 2003)





2003: LA SACUDIDA DE LA HEGEMONÍA MUNDIAL DE ESTADOS UNIDOS

LA HEGEMONÍA Y LA GLOBALIZACIÓN RECONCILIADAS PERO EN DECADENCIA

El 11 de septiembre de 2001, el grupo terrorista islamista Al-Qaeda lanzó cuatro ataques coordinados contra Estados Unidos, causando unas tres mil víctimas mortales, hiriendo a otras seis mil personas y provocando daños materiales por valor de diez mil millones de dólares. Ante tal tragedia, los gobiernos, medios de comunicación y sociedades civiles de todo el mundo reaccionaron con manifestaciones de apoyo y solidaridad con Estados Unidos. La única potencia hegemónica mundial que había impulsado a la acción a una coalición global en 1991 al tiempo que se enfrentaba a Saddam Hussein, en 2001 se había ganado la simpatía de la opinión pública del mundo en ese oscuro momento de vulnerabilidad planeado por Osama Bin Laden. En tan solo diecisiete meses, las fuerzas estadounidenses estaban de nuevo en Irak con todo su potencial para enfrentarse una vez más a Saddam, salvo que, en esta ocasión, la justificación que se adujo no convencía, ni se contaba con el apoyo de todo el mundo. Súbitamente, el prolongado ascenso de Estados Unidos como la única e indiscutible potencia hegemónica global empezó a decaer. A partir de la invasión de Irak, parecía que la hegemonía mundial de Estados Unidos había perdido el rumbo, una crisis provocada por él mismo. Siguió un turbulento período de veinte años marcado por radicales cambios de agenda, desde

el neoconservadurismo de George W. Bush, pasando por el neoidealismo de Barack Obama, hasta el neonativismo de Donald Trump («*America first*» [América primero]).

La espiral descendente de la hegemonía mundial estadounidense por razones geopolíticas y diplomáticas se agravó con la Gran Recesión (2007-2009), la más grave crisis económica desde la Gran Depresión (1929-1933). Los efectos de la crisis se dejaron sentir en todo el globo hasta 2016 y afectaron de modo particular a Europa, donde Irlanda, Grecia, Portugal y Chipre se declararon en bancarrota. La Gran Recesión mundial se enfrentaba al único paradigma vigente, el neoliberalismo global, difundido a partir de finales de la década de 1970 y consolidado en la de 1990: «(...) el gobierno no es la solución de nuestros problemas, el gobierno es el problema», afirmó el presidente Reagan en 1981. «La era del gran gobierno se ha acabado», anunciaba con orgullo el presidente Clinton en 1996. Pero el «Consenso de Washington» sobre las políticas neoliberales había sido puesto en entredicho en su propio epicentro. Diez años después, ante el peligro de perder el control de la crisis económica, la solución al problema era... pues... la intervención del gobierno y el Estado, opinión que compartían republicanos y demócratas.

Para empezar, parecía que el problema era la «desregulación», es decir, la imposición de normas que favorecían al mundo empresarial. Con la irrupción de la Gran Recesión global, a pesar de la marginación preliminar del Estado como organismo regulador y su intervención en la economía y la sociedad, se recurrió de nuevo al estatismo para hacer que los contribuyentes pagaran la factura por la conducta corporativa irresponsable y desregulada.

Tal situación generó una de esas ocasiones trascendentales en que en el horizonte aparece un cambio de paradigma. Porque, ante las enormes pérdidas sufridas por las clases media y baja en Europa, Estados Unidos y otros lugares, el neoliberalismo solo podía ofrecer la misma medicina del *quid pro quo*:

nuevos préstamos de rescate... ¡a cambio de imponer más programas de austeridad! Así, cualquier reminiscencia de estructura social en forma de rombo a lo largo del mundo parecía abocado a ser erosionado otra vez, de manera que las estructuras sociales piramidales se agudizaran aún más. Estas situaciones dieron lugar a una ocasión crucial, cuando la Gran Bifurcación de las desigualdades socioeconómicas que avanzaban desde el auge del neoliberalismo —en la década de 1970 en el ámbito local y en la de 1990, en el global— adquirió una carga política y se convirtió en un conflicto frontal con la globalización neoliberal.

Durante como mínimo dos décadas, los felices ciudadanos de las democracias de la tercera ola —al igual que aquellos que vivían en sólidos regímenes democráticos— habían estado ejerciendo su derecho al voto, alternando los gobiernos, pero sin alterar radicalmente al que ejercía el poder. Los partidos gobernantes que se inclinaban más hacia la izquierda o la derecha modificaron ligeramente la gobernanza neoliberal, pero el curso de las políticas procorporativas que llevaron a la Gran Bifurcación permanecieron intactas. Con el inicio del siglo XXI, los niveles de frustración debida a la falta de cambios políticos importantes estallaron.

El grito que se oía en Argentina en 2001: «¡Que se vayan todos!» vino a expresar un sentimiento que no dejaba de expandirse por todo el globo. Para empezar, la primera región del mundo sometida obligatoriamente a las políticas neoliberales, América Latina, en los primeros años de la década de 2000, se embarcó en su «Marea Rosa», una vuelta radical posneoliberal al Estado intervencionista y las políticas redistributivas. En los inicios de la segunda década del nuevo siglo, la polarización socioeconómica mundial que supuso la Gran Bifurcación había alcanzado la madurez, personificada en el auge del viejo/nuevo tipo de fuerza política llamada en términos genéricos «populismo». Con esta etiqueta, movimientos sociales y partidos políticos se enfrentaron directamente, tanto desde el flanco derecho

como desde el izquierdo, a los principios fundamentales de la globalización neoliberal.

A partir de la década de 1990, de modo prominente, exhaustivo y mundial, la globalización neoliberal había ido reemplazando a las economías nacionales de circuito cerrado por una economía mundial de circuito abierto. Simultáneamente, el neoliberalismo, en todo el mundo y en grados distintos, provocó el desmantelamiento o la reducción de los mecanismos de equiparación de ingresos y riqueza. Por último, el reconfortante crisol de las visiones del mundo locales al uso fue desplazado por la alternativa ensaladera multicultural. En resumen, el estatismo, el nacionalismo y el socialismo fueron marginados drásticamente, cuando no por completo. No era, pues, de extrañar que, en el contragolpe al paradigma neoliberal, participaran múltiples agendas, cada una de las cuales buscaba recuperar su propia combinación de estos elementos viejos y perdidos mientras se adaptaba a las nuevas circunstancias.

Los movimientos y partidos beligerantes, incluso los partidos bien asentados que ahora fomentaban programas populistas, adquirieron un enorme poder gracias a los brillantes nuevos retoños de la Revolución de la Información: los teléfonos inteligentes y las plataformas sociales. Sin embargo, estos mismos instrumentos también empoderaron a los gobiernos y corporaciones con mucha mayor rapidez. Esto supuso una extenuante competencia entre los tres principales componentes del tejido social: los gobiernos, las corporaciones y la sociedad civil. Además, la propia Revolución de la Información pasaba por una rápida transformación crucial, conocida como la «Revolución Industrial 4.0», que se refiere a una serie completamente nueva de tecnologías a punto de tomar el mundo por asalto en muy diversos campos: la robótica, la inteligencia artificial, la nanotecnología, la computación cuántica, la biotecnología, el Internet de las cosas (IoT, por sus siglas inglesas), la impresión en tres dimensiones, las tecnologías inalámbricas de quinta generación (5G) y los vehículos totalmente autónomos.

Es evidente que la historia se ha acelerado. Cuando, en torno a 1851, cuajó la Revolución Industrial, cuando Gran Bretaña dominaba los mares e impulsó la creación de una nueva economía en el mundo, la población del planeta había alcanzado por primera vez los mil millones de personas y el comercio mundial casi su primer billón (de dólares estadounidenses de 2010). Al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos se había convertido en la potencia hegemónica mundial, la población del planeta se había duplicado y el crecimiento de la economía global se había multiplicado por cinco, hasta unos cinco billones de dólares. Desde entonces, hemos alcanzado los ocho mil millones de personas mientras que la producción de la economía mundial actual se acerca a los setenta billones. Esta es la razón de que los últimos setenta y cinco años se conozcan como la «Gran Aceleración». Y con esta aceleración siempre mayor, la incertidumbre —una condición existencial fundamental— se ha intensificado, provocando ansiedad sobre el presente y el futuro.

LA TAMBALEANTE HEGEMONÍA MUNDIAL DE ESTADOS UNIDOS

Gran Bretaña y Estados Unidos alcanzaron su cima como potencias hegemónicas fomentando un orden mundial y una globalización económica durante 1851-1873 y 1991-2001, respectivamente. Una de las fuentes de sus poderes sin parangón en el mundo fue la capacidad de sus tecnologías punta de las que nacieron, respectivamente, la Revolución Industrial y la Revolución de la Información. Pero otra característica fundamental que facilitó su ascenso a la hegemonía mundial a largo plazo fue su posición geográfica insular. Inglaterra primero y después Gran Bretaña (a partir de las leyes del Acta de Unión, 1707), protegidas en su día por el canal de la Mancha, evitaron múltiples invasiones que sus enemigos europeos continentales

intentaron o imaginaron. El rey Felipe II de España, que gobernaba la potencia hegemónica mundial, había fracasado en sus intentos en 1588, 1596 y 1597. Los futuros aspirantes a la hegemonía mundial se limitaban a hacer planes, sin atreverse a llevar a cabo una auténtica invasión de Gran Bretaña. Entre Luis XIV (el Rey Sol) y Napoleón, los franceses consideraron en vano tal movimiento hasta cinco veces (1708, 1744, 1759, 1799, 1803-1809). La «Operación León Marino», el plan de Hitler para la invasión de Gran Bretaña, tampoco se puso nunca en práctica.

A escala continental, más que isleña, Estados Unidos creció seguro de sí mismo aislado por el amortiguador que constituían las grandes extensiones de agua en medio de las que se encontraba. La inmensidad de los océanos Atlántico y Pacífico mantuvo a Estados Unidos protegido desde que se forjó la más estratégica de todas las alianzas, la alianza entre las dos hegemonías mundiales, tras la guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos de 1812-1815. Aquella guerra, en la que el Congreso de Washington D.C. fue incendiado y la defensa del fuerte McHenry inspiró los versos que se convirtieron en el himno de Estados Unidos, fue la última vez hasta el siglo XXI en que los ataques externos provocaron importantes daños al país. Después de 1815, la diversidad de amenazas en realidad había demostrado la improbabilidad de causar daños a los Estados Unidos continentales. Cien años después, Pancho Villa, el revolucionario mexicano, prendió fuego a Columbus, Nuevo México, en 1916, donde mató a seis soldados y diez residentes. Pero cuando un año después llegó a México el Telegrama Zimmerman (véase más arriba, pág. 105) desde la Oficina Alemana de Asuntos Exteriores, en el que se incitaba a México a recuperar sus territorios perdidos de Texas, Arizona y Nuevo México, se consideró que la posibilidad de lograrlo era nimia.¹

Aparte de esto, todo lo que Alemania pudo lograr durante la neutralidad de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial fue un par de actos de sabotaje en Nueva York y Nueva Jersey

para impedir el aprovisionamiento de material de guerra a las potencias aliadas. El mismo objetivo prevaleció durante la Segunda Guerra Mundial después de 1941, cuando los submarinos alemanes hundieron seiscientos nueve barcos.² Y 1941 fue efectivamente la principal fecha de la historia de los ataques en suelo estadounidense. El 7 de diciembre de ese año, la Armada Imperial japonesa lanzó un ataque sorpresa contra la base naval de Pearl Harbor de Honolulu, en el archipiélago de Hawái. El ataque provocó numerosas pérdidas de vidas humanas, con unos dos mil quinientos muertos y mil doscientos heridos, y sustanciales cantidades de material bélico destruido o dañado. Al día siguiente, el Congreso estadounidense declaró la guerra a Japón. Y, pese a todo, la norma de que el suelo continental de Estados Unidos era intocable no dejó de cumplirse. El mayor daño que las fuerzas japonesas lograron infligir al apuntar a los Estados Unidos continentales fue bombardear Dutch Harbor en la ciudad de Unalaska, en Alaska, como parte de su campaña sobre las islas Aleutianas, y enviar unos nueve mil globos de hidrógeno cargados con bombas incendiarias. Esta fue la primera arma transcontinental de la historia, pero de muy escasa eficacia, puesto que de los mil globos que se calcula que llegaron a Norteamérica, está documentado que se vieron o encontraron doscientos ochenta y cuatro y solo uno tuvo un efecto letal mientras cinco niños estaban jugando con él, tres meses y un día antes de que *Little Boy*, una bomba atómica, fuera arrojada sobre Hiroshima.³

Este destacado registro de intocabilidad secular desde 1815 por un estado que había participado en múltiples conflagraciones militares, incluidas las dos guerras mundiales y las guerras indirectas de la Guerra Fría, se rompió dramáticamente la mañana del 11 de septiembre de 2001. Los ataques terroristas de Al-Qaeda al World Trade Center, el Pentágono y otro fallido destinado a Washington D.C. acabaron con la vida de unas tres mil personas, hirieron a alrededor de otras seis mil y provocaron daños por un valor de unos diez mil millones de dólares.⁴

Los ataques terroristas de Al-Qaeda, como ocurre con todo tipo de terrorismo, sembraron y alimentaron el miedo en las mentes y los corazones de la población americana y de otras partes del mundo. Los atentados terroristas de Al-Qaeda también acabaron con la edad de la inocencia basada en el hasta ese momento bien asentado supuesto de la intocabilidad. Asimismo, estos ataques hicieron añicos en algunos sectores de la opinión pública estadounidense otra era de inocencia al darse cuenta de que «alguien en el mundo nos odia de verdad». Y, sin embargo, pese a todos los dolorosos agravios, pérdidas materiales y sensaciones y sentimientos de desconcierto, ninguna de estas consecuencias pudo siquiera acercarse a sacudir la indiscutible hegemonía mundial de Estados Unidos. El sentimiento de que «alguien en el mundo nos odia de verdad» enseguida fue superado por manifestaciones globales de simpatía y solidaridad de los gobiernos y las personas en general, con muy pocas excepciones. Y aunque no fuera posible recuperar del todo el supuesto de la intocabilidad, la mano dura y el largo brazo del poderío militar estadounidense se desplegaron enseguida para dar caza a los culpables.

Al cabo de menos de un mes de los ataques terroristas, el 7 de octubre de 2001, el poderío militar había convergido en Afganistán con la simpatía y la solidaridad mundiales. Era allí donde se escondía Osama Bin Laden, el líder de Al-Qaeda, y el régimen talibán al mando del país rechazó la petición de su extradición a Estados Unidos. Lo siguiente fue la «Operación Libertad Duradera», que llevaron a cabo fuerzas estadounidenses y británicas y terminó con el régimen talibán en cuestión de dos meses (17/12/2001). Inmediatamente, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas autorizó por decisión unánime, es decir, incluyendo el apoyo ruso y chino, la creación de una Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, una coalición de cincuenta y un países dirigida por la OTAN. Al igual que en la Primera Guerra del Golfo, Estados Unidos había confirmado su hegemonía mundial movilizando una coalición global con-

tra un enemigo aislado, sin que ni un solo país protestara por tal actuación, recelara de ella ni la discutiera.

Pero fue precisamente la nueva campaña contra el enemigo de la Primera Guerra del Golfo la que empezó a desarticular a la hasta entonces indiscutible autoridad de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial. El 19 de mayo de 2003, fuerzas conjuntas de Estados Unidos y Gran Bretaña invadieron Irak. El 1 de mayo, el presidente George W. Bush había declarado el fin de importantes operaciones de combate después de que el país fuera ocupado. Sin embargo, esta vez, algunos de los aliados más fieles de Estados Unidos, como Alemania, Francia y Canadá, se opusieron rotundamente a la invasión y ocupación del país, como lo hicieron, como en cierto modo era de esperar, importantes potencias mundiales como Rusia y China, que hasta entonces habían asentido con sentimientos encontrados ante la hegemonía mundial indiscutible estadounidense. Los supuestos posibles vínculos entre los atentados del 11 de septiembre y la invasión de Irak —del apoyo de Saddam Hussein al terrorismo y la urgencia de destruir sus armas de destrucción masiva— fueron ampliamente rechazados por gobiernos y sociedades de todo el mundo. Las protestas masivas contra la invasión de Irak y la consiguiente guerra se multiplicaron por todo el planeta. La sugerencia de que el mundo quedó dividido entre dos superpotencias, esta vez Estados Unidos y la opinión pública mundial, puede ser una hipérbole.⁵ Sin embargo, es evidente que la erosión de la indiscutible hegemonía mundial de Estados Unidos se inició en 2003.⁶

La hegemonía es el resultado del equilibrio y la sinergia entre la coerción y el consentimiento, el palo y la zanahoria. Estos dos factores fluctúan en una interacción del juego de suma cero, en el que cuanto más hay de uno, menores son la necesidad o disponibilidad del otro. Apoyarse en exceso en la coerción conlleva el riesgo de romper este equilibrio, con lo que se pierde la hegemonía, que es reemplazada por el poder sin más, lo cual favorece una lucha por el poder. Y no hay duda de que

este equilibrio empezó a romperse para la hegemonía mundial de Estados Unidos cuando el consentimiento y la colaboración multilaterales fueron desplazados por el unilateralismo del presidente George W. Bush en la toma de decisiones sobre la política exterior de su país. La toma de decisiones unilateral en la política exterior de Estados Unidos no era una característica nueva en sí y por sí misma; el unilateralismo estadounidense es de ancestral linaje. La novedad era el contexto internacional en el que se reivindicaba: el de las secuelas del 11 de septiembre. La política norteamericana en asuntos exteriores había sido unilateral mientras el aislamiento fue el objetivo, la práctica y el logro durante la mayor parte de su historia hasta 1941. Después, esa política desarrolló sus puntales unilaterales durante la época de la Guerra Fría, en la que los países recibían el mensaje de que si no estaban con Estados Unidos, estaban en su contra. Sin embargo, en 2001, sin aislacionismo ni Guerra Fría, el unilateralismo representaba una propuesta novedosa y desagradable, porque ¿a quién pueden gustarle las imposiciones unilaterales? Desde luego, no a los antiguos y potencialmente futuros adversarios: Rusia y China. Tampoco les gustó siquiera a algunos de los aliados más fieles, Alemania y Francia, que impulsaban la Unión Europea.

En este nuevo contexto, el unilateralismo era una interpretación particular y perjudicial por parte de Estados Unidos de la indiscutible hegemonía mundial, una idea según la cual la potencia hegemónica tenía la capacidad y el mandato de controlar y reconfigurar el mundo precisamente por su exclusiva posición de única superpotencia. Ante tal enfoque relacional jerárquico, de arriba abajo y de hechos consumados, el unilateralismo ya fue mal recibido en todos estos aspectos por la comunidad internacional. Dejando aparte los inconvenientes, el unilateralismo no fue aceptado por la administración de George W. Bush por casualidad ni error sino deliberadamente, con el fin de fomentar una agenda internacional que tenía poco atractivo para los posibles socios o colaboradores.

A partir de 2003, el unilateralismo como sistema fue de la mano de las ideas de «guerra preventiva» y cambio de régimen como objetivo último. La justificación de la guerra preventiva sería más o menos la siguiente: «Es mejor librar la guerra ahora para poder estar seguros de que será en territorio del enemigo, y así no dejar abierta la posibilidad de que tengamos que asumir otro ataque en nuestro propio terreno. Este tipo de guerra tendrá para nosotros ahora menos costes que los de un posible ataque en el futuro. Las víctimas inmediatas y concretas de una determinada guerra fuera de nuestro país nos preocupan menos que las potenciales víctimas de un posible ataque en nuestra propia casa».

Al igual que el unilateralismo, el objetivo definitivo del cambio de régimen no tenía nada de nuevo, pues ya se había planteado y conseguido muchas veces anteriormente mediante la política de asuntos exteriores de Estados Unidos. La novedad estaba en la preferencia por establecer regímenes democráticos, en contra de la práctica habitual de imponer regímenes autoritarios en la época de la Guerra Fría. La razón oculta de esta nueva visión sobre el cambio de régimen, que pasaría de autoritario a democrático, está en la presunción de que los regímenes democráticos no se enfrentan entre ellos. Por tanto, en el momento en que un régimen hostil es derrocado y reemplazado por uno democrático, el país en cuestión no volverá a combatir contra Estados Unidos.

Sin embargo, los razonamientos sobre el unilateralismo, la guerra preventiva y el cambio de régimen no tuvieron eco en la mayor parte de la comunidad internacional, ni siquiera en algunos de los aliados más incondicionales de Estados Unidos. En vísperas de la invasión de Irak, el servicio de inteligencia francés cuestionó los informes de la inteligencia estadounidense según los cuales Irak estaba desarrollando armas de destrucción masiva. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas nunca había aprobado explícitamente la invasión de Irak en 2003. La legalidad de la invasión había sido puesta en entredicho desde

muchas instancias a nivel internacional; por ejemplo, por la Comisión Internacional de Juristas, una comisión independiente de investigación creada por el gobierno de Países Bajos, y por el secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, quien afirmó que la guerra era ilegal.⁷

Desde entonces, los desmanes de las guerras de Afganistán e Irak siguen afectando a estos países hasta hoy mismo. Ambos estados y sus habitantes fueron devastados, con unos costes humanos tan altos como la muerte de entre ciento seis mil y ciento setenta mil civiles,⁸ trescientos sesenta mil muertos por causas relacionadas con la guerra⁹ y unos ciento treinta y cinco mil combatientes fallecidos¹⁰ en Afganistán, mientras que en Irak la factura en vidas humanas solo entre 2003 y 2006 ascendió a nada menos que entre ciento cincuenta y un mil y seiscientos un mil.¹¹ El Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) tiene registrados en torno a dos millones seiscientos mil refugiados fuera de su país de origen y a unos cuatro millones de desplazados en el propio país.¹² En Irak, ya en 2007, se calculaba que había cuatro millones cien mil personas desplazadas (un millón novecientos mil desplazados dentro del país; dos millones doscientos mil llegados de fuera como refugiados).¹³ Según algunas estimaciones moderadas, el coste económico que las guerras le han generado a Estados Unidos ha sido de entre setecientos treinta y ocho mil y novecientos treinta y dos mil millones de dólares en Afganistán y, en el caso de Irak, más de dos billones de dólares, quizá cerca de los tres. Un informe de finales de 2017 calculaba el coste conjunto de estas dos guerras, con sus respectivos efectos colaterales en Pakistán y Siria, en como mínimo 5,6 billones de dólares.¹⁴

Junto con estos elevados costes humanos y económicos, la primera consecuencia geopolítica de esta doble invasión de Irak y Afganistán fue pensar que era el almacén de un asedio militar de Irán, el más acérrimo adversario de Estados Unidos en la región desde la Revolución Islámica de 1979. La realidad era todo lo contrario. La destrucción del régimen de Saddam Hus-

sein supuso liberar a Irán de la influencia del guardián regional que lo había mantenido bajo control, por lo que el régimen había contado con el apoyo de Estados Unidos y sus aliados durante las décadas previas a su invasión de Kuwait en 1990. Además, el vacío generado por la aniquilación del régimen de Saddam se tradujo en el establecimiento de otro nuevo dirigido por la mayoría chií, una población vinculada por una identidad correligionaria con Irán. De Irak a Siria, y del Líbano a Yemen, Irán supo articular un amplio arco de solidaridades correligionarias y guerras indirectas contra sus enemigos más obstinados: Israel y Arabia Saudí, los aliados estratégicos de Estados Unidos en la región.

Con estos desalentadores resultados, en mayo de 2010 el presidente Obama declaró unilateralmente que la «Guerra contra el Terror» había terminado, en particular la guerra contra Al-Qaeda y sus adeptos terroristas.¹⁵ En consecuencia, en septiembre de 2010, terminaron oficialmente las operaciones de combate de Estados Unidos en Irak y las últimas tropas norteamericanas abandonaron el país en diciembre de 2011.¹⁶ Por entonces, en todo Oriente Medio se había puesto en marcha la Primavera Árabe —una oleada de protestas masivas contra gobiernos autoritarios—. La administración de Obama simpatizó con la situación porque favorecía el cambio de régimen: el paso del autoritarismo a la democracia. De modo que Obama, por acción u omisión, apoyó las protestas contra el autoritarismo. Por omisión, el fiel aliado de Estados Unidos en Egipto, Hosni Mubarak, fue abandonado a su suerte, en condiciones que propiciaron su derrocamiento por las protestas masivas con la aquiescencia del ejército. En Siria, Estados Unidos emprendió acciones destinadas a acabar con el régimen de Assad e instaurar un cambio; al cabo de cinco meses, la lucha no violenta en Siria degeneró en una auténtica guerra civil en agosto de 2011. Estados Unidos extendió su apoyo al Consejo Nacional Sirio, una coalición de fuerzas de la oposición cuyo objetivo era establecer un régimen democrático en el país, y desde entonces ha

estado ayudando militarmente a diversas fuerzas antigubernamentales.¹⁷

Sin embargo, la única fuerza contraria al gobierno que realmente puso en peligro el futuro de Assad fue el Estado Islámico, una organización que emergió tras la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y que prosperó en el vacío de poder generado por la retirada unilateral dirigida por Obama. La caída del régimen de Saddam Hussein y su sustitución por un gobierno chií impulsado por Estados Unidos desencadenó una reacción radical entre la minoría suní que gobernaba anteriormente. Estalló una guerra civil en la que el Estado fundamentalista suní, conocido como el Estado Islámico, se estableció en el tercio noroccidental de Irak con una escisión de Al-Qaeda aún más radicalizada en 2014. A finales de 2015, el Estado Islámico también había tomado la mitad oriental de Siria.

La «Guerra contra el Terror» demostró tener vida propia más allá de que cualquiera pudiera declararla concluida de forma unilateral. Y así, a partir de agosto de 2014, las fuerzas de Estados Unidos, esta vez a las órdenes del presidente Obama, intervinieron de nuevo en Irak, ahora enfrentándose al Estado Islámico. En 2018, el Estado Islámico fue derrotado en Irak.¹⁸ Gracias a una destacada intervención estadounidense y rusa, en marzo de 2019, el Estado Islámico había perdido también sus territorios en Siria. Sin embargo, sobrevivió al colapso de su estado geográfico inspirando una red global que se extendía por toda la mitad septentrional de África, Oriente Medio y Asia central y sudoriental.¹⁹ De modo que, veinte años después, la «Operación Libertad Duradera» (OLD), la campaña militar originalmente concebida contra el Afganistán gobernado por los talibanes, creció a la par que lo hacía la red del Estado Islámico para convertirse en una Operación Libertad Duradera global con secciones locales en el África transahariana, el Cuerno de África y las Filipinas. La «Guerra contra el Terror» y el terrorismo global islámico han estado dando vueltas durante los últimos veinte años. Por otro lado, los talibanes volvieron a os-

tentar el poder en Afganistán tras la apresurada retirada de Estados Unidos ordenada por el presidente Joe Biden, que concluyó en agosto de 2021.

A lo largo de los veinte primeros años del siglo XXI, la hegemonía mundial estadounidense fue sacudida. El recurso al unilateralismo alejó a los aliados de toda Europa y fomentó la hostilidad de rivales que hasta entonces se habían mantenido a raya, tales como Rusia y China. La opinión pública global pasó bruscamente de la solidaridad masiva con Estados Unidos a raíz de los atentados del 11/9 a la crítica sin paliativos contra sus políticas. La devastación de una parte importante de Oriente Medio, de Siria a Yemen y de Irak a Pakistán, debido a las guerras preventivas y los cambios de régimen, siguió alimentando estas críticas durante décadas. Al mismo tiempo, el fracaso en la Guerra de Afganistán, la más larga de la historia de las libradas por Estados Unidos, erosionó el prestigio y la credibilidad del poder militar inigualable de la potencia hegemónica global. Rusia fue la gran vencedora de la guerra en Siria, como Irán lo fue en la Segunda Guerra del Golfo. Rusia recuperó el poder para el régimen de Assad en la mayor parte de Siria. En lugar de un cambio de régimen, Rusia propició la continuidad. No obstante, la administración Trump manifestó su compromiso con la oposición en 2018 al anunciar una presencia militar abierta en Siria. Sin embargo, en el último giro de las políticas unilaterales zigzagueantes de Estados Unidos dentro y fuera de los diversos conflictos interrelacionados de Oriente Medio durante casi dos décadas, un año después, Trump ordenó la retirada de todas las tropas norteamericanas de Siria. Tal repliegue fue un evidente reconocimiento de que el rival regional de Estados Unidos, Irán, y/o su rival histórico, Rusia, contaban con la ventaja en ese conflicto.²⁰

Rusia tuvo que hacer un gran esfuerzo para reafirmar su presencia en Oriente Medio y conseguir que su política prevaleciera sobre la de Estados Unidos en Siria y sus alrededores. De hecho, la intervención de Rusia en Siria fue su campo de acción

de mayor alcance después de batallar durante veinte años para consolidar su presencia en su perímetro aledaño. Cuando la Guerra Fría se acercaba a su fin en la década de 1990, al parecer se garantizó a la Unión Soviética que la OTAN no interveniría más allá de Alemania.²¹ Con garantías o sin ellas, lo que en su día fue el Bloque Oriental de la esfera contrahegemónica soviética acabó por formar parte de la OTAN (Polonia, la República Checa y Hungría en 1999; Eslovaquia, Bulgaria y Rumanía en 2004). Además, en 2004, tres antiguas repúblicas soviéticas —Estonia, Letonia y Lituania— completaron su proceso de incorporación a la OTAN y otras dos —Georgia y Ucrania— se propusieron el objetivo de iniciar su propio proceso con el apoyo de Estados Unidos.

Con el ascenso en 2004 de un gobierno prooccidental en Georgia liderado por Mijaíl Saakashvili —la llamada Revolución Rosa que destituyó a Eduard Shevardnadze—, este país quiso establecer lazos más estrechos con la OTAN. En 2008, el presidente George W. Bush manifestó su disposición a incorporar a Georgia en la alianza. Sin embargo, casi veinte años después de la Guerra Fría, la Rusia de Vladimir Putin estaba de nuevo en pie. El otrora sumiso Estado satélite de la potencia hegemónica mundial que era Rusia después de la caída de la Unión Soviética bajo el mandato de Boris Yeltsin se había transformado: su aquiescencia ante la expansión de la OTAN se había esfumado. Por tanto, con las perspectivas de un miembro de la OTAN emergiendo en su frontera meridional de la cordillera del Cáucaso, la Rusia de Putin volvió a encender de nuevo el fuego de los primeros conflictos de la década de 1990 entre Georgia y dos de sus regiones que en los tiempos de la Unión Soviética habían sido autónomas: Osetia del Sur y Abjasia.²² El día 1 de agosto de 2008, los separatistas osetios y el ejército georgiano intercambiaron fuego de artillería.²³ Este enfrentamiento inicial anunció el estallido de la primera guerra europea del siglo XXI. En cuestión de días, el ejército ruso invadió Georgia por tierra, mar, aire y el ciberespacio al tiempo que abría un segundo fren-

te en Abjasia. El 12 de agosto, Nicolas Sarkozy, que por entonces presidía la Unión Europea, negoció un acuerdo de alto el fuego. Sin embargo, desde la ocupación de Osetia del Sur y Abjasia, Rusia no solo ha estado violando ese acuerdo²⁴ sino que —y esto es lo más importante— ha trazado una línea en la arena: «¡Ten cuidado OTAN! Aléjate de la esfera de influencia de Rusia». Y, efectivamente, la OTAN se alejó de Ucrania pese a que había puesto sus ojos en este país para el Plan de Acción para la Adhesión.²⁵

Sin embargo, el freno que se autoimpuso la OTAN no inhibió a la Unión Europea a la hora de extender un Acuerdo de Adhesión a Ucrania. En marzo de 2012, se inició este acuerdo entre la Unión Europea y Ucrania para fomentar la cooperación entre las partes en los ámbitos económico, político, social, cultural y de seguridad. Pero, al mismo tiempo que el proceso que debía haber concluido con la ratificación del acuerdo, Ucrania estaba negociando con Rusia su colaboración con la Unión Aduanera Euroasiática liderada por este país. La Unión Europea dejó claro que la adhesión había de ser a una o a la otra, desde luego no a las dos. El Estado y la sociedad ucranianos se encontraban entre la espada y la pared, con los principales partidos políticos y sus votantes partidarios de avanzar, en un sentido o en el otro, tanto en la integración regional como en el tipo de sociedad y Estado que Ucrania pretendía ser. Cuando el presidente Víktor Yanukóvich, partidario de la adhesión a Rusia, fue derrocado por un movimiento partidario de la integración en la Unión Europea, Putin intervino para trazar otra línea en la arena. En marzo de 2014, Rusia se anexionó Crimea mientras apoyaba a las fuerzas separatistas prorrusas de Donetsk y Lugansk, en la parte más oriental del país conocida como Donbas (en Ucrania) o Donbass (en Rusia). Estas fuerzas separatistas apoyadas por Rusia habían establecido las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk. Ucrania, por su parte, acabó con lo que consideraba tres territorios descontrolados y temporalmente ocupados.²⁶

Con ello, el mensaje de Rusia finalmente era: el Imperio ruso ha contado con su esfera de influencia durante siglos. La caída de la Unión Soviética fue la vulnerable excepción que posibilitó que la hegemonía mundial de Estados Unidos arrebatara extensas porciones de esa esfera en Europa oriental y la cuenca del Báltico. Se acabó. La Rusia de Putin se levantó de nuevo sosteniendo su esfera de influencia, una esfera contrahegemónica, como Rusia había sido capaz de hacer desde el siglo XIX en pleno auge de Gran Bretaña como potencia hegemónica mundial y durante la segunda mitad del siglo XX, al enfrentarse a la hegemonía de Estados Unidos (véase más arriba, pág. 219). Tanto era así, que no solo fue capaz de ampliar su esfera de influencia en Oriente Medio como fuerza principal en la Guerra Civil siria, sino también de dirigir una repetición de la confrontación, llamada en ocasiones la Nueva Guerra Fría contra Estados Unidos.²⁷

Visto a través de estas lentes, las guerras de Georgia, Ucrania y Siria se pueden entender como conflictos indirectos de este nuevo asalto, que también podría incluir un componente de carrera armamentista como en el pasado, así como una lucha mediática, informativa y cibernética —como sustituta de lo que en su día fue una batalla ideológica— y también económica. La retirada del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Medio por parte del presidente Donald Trump en febrero de 2019, y de Putin en julio de ese mismo año, representa la inauguración formal de una nueva potencial carrera armamentista nuclear. El golpe ruso más osado a los medios de comunicación, la información y la batalla cibernética es su interferencia en las elecciones presidenciales de 2016 destinada a perjudicar la candidatura de Hillary Clinton, animar a Trump y exacerbar las tensiones políticas dentro de la sociedad estadounidense. Es difícil evaluar el impacto de esta interferencia, pero es evidente la coincidencia entre su objetivo y el resultado de las elecciones. Dado el escaso margen de la victoria electoral de Donald Trump, por pequeño que fuera ese impacto, tuvo que haber ayudado a su

victoria.²⁸ En medio del lanzamiento ruso de las guerras indirectas del siglo XXI y su intromisión electoral, Estados Unidos ha confiado en las sanciones a personas, empresas y agencias gubernamentales rusas con perspectivas y resultados confusos.²⁹ Llamémosla «Nueva Guerra Fría» o no, la aparición de una reciente esfera contrahegemónica rusa representa un punto de referencia en el final de la hegemonía mundial estadounidense. Mientras Estados Unidos se estuvo autolesionando en sus «guerras contra el terror», otros importantes protagonistas mundiales no permanecieron inmóviles, sino que estuvieron aplicando sus propias agendas estratégicas. En febrero de 2022, Vladimir Putin, envalentonado por tal circunstancia, se embarcó en su «operación militar especial» más ambiciosa e invadió Ucrania. Una operación, sin embargo, que se ha convertido en una larga guerra que ha situado a Rusia en un callejón sin salida en el campo de batalla y la ha aislado gravemente en la escena mundial.

Rusia es el caso más destacado, y con una larga trayectoria, de un estado que se hace con su propia zona de influencia como una esfera contrahegemónica, pero no ha sido de ningún modo el único caso ni necesariamente el que ha supuesto un mayor reto. China es un segundo caso de desafío hegemónico que, aun sin haberse lanzado al ataque todavía, puede tener consecuencias mucho más drásticas. A diferencia de Rusia durante la Guerra Fría, China no poseía una esfera de influencia contrahegemónica a su mando fuera de sus fronteras. Al contrario, con la salvedad de Corea del Norte, China estaba encerrada en sus fronteras nacionales. El centro motor de la economía, la política y la demografía de China se extiende por la franja costera del Pacífico, que resulta que está rodeada por el dominio absoluto de Estados Unidos de este océano. Esto incluye la vigilancia y el control de los mares de la China Oriental y Meridional desde las bases navales y aéreas estadounidenses situadas en todo el arco de islas y penínsulas que va desde Hokkaido (Japón) en el norte, pasa por Corea del Sur y las Filipinas y sigue hasta Singapur

en el sur. El interior de China, más pobre y menos poblado, no tiene salida al mar. Sin embargo, desde la década de 1990, China invirtió sustancialmente en revertir estos dos tipos de limitaciones. En los mares de la China Oriental y Meridional, China disputó las fronteras marítimas y las islas, construyendo islas artificiales y una potente armada y explorando los depósitos de petróleo y gas natural.³⁰ En el frente continental alejado del mar, China desarrolló el Nuevo Puente Continental de Eurasia: una línea ferroviaria que cruza toda China del este al noroeste y atraviesa Kazajistán del suroeste hacia el nordeste, para conectar con el Puente Continental original: el ferrocarril Transiberiano ruso que une Asia con Europa. Con el tiempo, este proyecto creció hasta conectar por tierra más de doce ciudades chinas y nueve europeas: Lianyungang, en la provincia de Jiangsu, hasta Róterdam y Yiwu, en la provincia de Zhejiang, hasta Madrid, por ejemplo. Dados el coste del transporte ferroviario y su duración (un viaje de unas dos semanas), comparado con el marítimo y el aéreo, esta red ferroviaria no es necesariamente una propuesta económica rentable, pero no hay duda de que es una afirmación geopolítica de compromiso con el exterior.³¹

En 2013, el presidente chino Xi Jinping anunció este compromiso con todo lo que suponía para la inclusión del mundo en la «Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda». Esta estrategia global demuestra que, a diferencia de Rusia, China no pretende reafirmar una parte perdida de una esfera de influencia contrahegemónica, sino que aspira a la hegemonía mundial. La iniciativa consiste en construir infraestructuras de transporte para conectar el mundo, además de invertir más en el sector de la energía y otros.³² El «Cinturón de la Seda» se refiere a las redes terrestres cuyos puntos de partida y espina dorsal es el Nuevo Puente Continental de Eurasia. Sin embargo, el objetivo es construir una línea adicional hasta el golfo Pérsico y el sur de Asia. Esta última sección está relacionada directamente con el componente de «Ruta de la Seda» de la iniciativa. La «Ruta de

la Seda» consiste en líneas marítimas de navegación destinadas a dar autonomía oceánica a China. La estrecha colaboración de China con Pakistán permite que el gigante asiático sortee la circunvalación estadounidense de su línea costera del Pacífico con el acceso directo al océano Índico por el corredor económico chino-pakistaní hasta los puertos del mar Árábigo, empezando con el puerto de Gwadar, que ya está en funcionamiento. Para financiar esta visión colosal, que situaría a China como el pivote de una red afro-euroasiática y global, este país dirigió la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura en 2016, una posible alternativa al Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial fundados en 1944 bajo la dirección de Estados Unidos, por entonces en plena transición a su conversión en potencia hegemónica mundial (véase más arriba, págs. 163 y ss.).

Aquella transición había arrancado con determinación tras el ataque a Pearl Harbor en 1941, cuando Estados Unidos asumió una posición de liderazgo en una alianza global contra las fuerzas del nazismo, el fascismo y el imperialismo japonés. Sesenta años después, como consecuencia de los ataques de 2001, Estados Unidos se ha embarcado desde 2003 en un ataque unilateral contra un peligro distorsionado, un rival mal caracterizado y, en última instancia, un enemigo que, en gran medida, surgió y cobró forma *a posteriori* como consecuencia de la invasión de Irak. Al término de la Segunda Guerra Mundial en 1945, Estados Unidos se convirtió en la potencia hegemónica mundial. Mientras sigue la «Guerra contra el Terror» (iniciada en 2001), la posición de Estados Unidos como potencia mundial continúa erosionándose. Entre estos dos puntos en el tiempo, Estados Unidos como potencia hegemónica mundial vivió otros veinte años de enfrentamiento adverso, la Guerra de Vietnam (1955-1975), que sembró en todo el mundo serias dudas sobre las políticas, los valores y las credenciales militares del país. Esta experiencia motivó y alimentó la Revuelta Global de 1968, que a corto plazo puso en entredicho la función de Estados Unidos como potencia hegemónica global en un mundo

bipolar. Paradójicamente, a largo plazo, puso en marcha la transformación del orden posterior a la Segunda Guerra Mundial y la emergencia de un mundo globalizado neoliberal en el que Estados Unidos se erigió en la única e indiscutible potencia hegemónica global (véase más arriba, págs. 163 y ss.).

En resumen, las diferencias entre las consecuencias de 1941 y 2001 para la hegemonía mundial de Estados Unidos difícilmente podrían ser más duras. En el tiempo que media entre estas dos fechas, las repercusiones en cascada de la Guerra de Vietnam para la situación de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial —primero sacudida, después reafirmada— señalan que las consecuencias a largo plazo de la «Guerra contra el Terror» no han terminado, por tremendamente perjudicial que fuera el impacto inmediato. Con un presupuesto para defensa cuatro veces superior al del segundo país con mayores gastos militares —China—, quince veces superior al ruso y, de hecho, tan alto como la suma de los de las trece siguientes fuerzas armadas, Estados Unidos siguió ostentando la hegemonía militar mundial.³³ El gran garrote cuádruple con el que Estados Unidos proyectó su poder sin paliativos (véase más arriba, pág. 177) continuó en su sitio, con su imperio global de bases militares y el mayor arsenal con los sistemas más amplios de lanzamiento de armas apocalípticas. Sin embargo, el largo alcance de las operaciones encubiertas de su servicio de inteligencia destacó menos que en la época de la Guerra Fría y —más importante aún— su liderazgo en la defensa colectiva sufrió graves reveses durante las múltiples vicisitudes de la «Guerra contra el Terror». En consecuencia, su hegemonía mundial se fue debilitando. Sus rivales se fueron aproximando unos a otros, mientras sus aliados fueron empujados a alejarse. En este contexto, merece la pena recordar que un punto de inflexión en el ascenso de Estados Unidos como la incuestionable potencia mundial, pese al contratiempo de la Guerra de Vietnam, fue que China fuera apartada de la esfera de influencia de la Unión Soviética y tendiera a asociarse con Estados Unidos a partir de

1972 (véase más arriba, pág. 271). Actualmente, somos testigos de que el proceso se ha invertido, con China y Rusia cerrando filas para contrarrestar las presiones estadounidenses que han estado aguantando en sus esferas inmediatas —Europa oriental y el Cáucaso, en el caso de Rusia, y el océano Pacífico, en el caso de China—. Estas esferas gravitan hacia lo que parece haberse convertido en una colaboración estratégica entre Rusia y China. En cambio, los socios de Estados Unidos en Europa y Asia han sido llamados a valerse por sí mismos por el neonativismo de Trump. La invasión rusa de Ucrania ha revertido esa tendencia y ha conseguido el reagrupamiento y expansión (incorporación de Finlandia, petición de Suecia) de la OTAN bajo la égida de Estados Unidos.

La hegemonía mundial fue un acto de equilibrio que Estados Unidos realizó con suma eficacia anteriormente, desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, con su garrote de cuatro cabezas, su enorme zanahoria y su sueño seductor (véase más arriba, pág. 151). Hoy, sin embargo, la hegemonía mundial de Estados Unidos ha sido sacudida. Y no solo por sus políticas perjudiciales y zigzagueantes del unilateralismo, el neoidealismo y el neonativismo, sino también por el alto peaje impuesto por la «Guerra contra el Terror». Por muy altos que hayan sido los costes de las guerras asociadas con esta expresión, la economía de Estados Unidos se ha enfrentado a problemas mucho más graves que sacuden el segundo de los pilares que sostienen su hegemonía: la enorme zanahoria.

2007: LA SACUDIDA DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Mientras en la alta esfera geopolítica Estados Unidos estaba pasando de la cima de su función hegemónica mundial de la década de 1990 a un creciente inconformismo en la de 2000, en casa las familias estadounidenses no dejaban de endeudarse. En 1990, la relación entre la deuda de las familias y los ingresos personales disponibles ya alcanzaba el setenta y siete por ciento. Pero en 2007, la gráfica se desmadró al alcanzar el ciento veintisiete por ciento. La fuerza motriz de este creciente endeudamiento fue la compra de viviendas por quienes las iban a habitar (en torno a dos tercios de los compradores) o por inversores (el tercio restante). Las causas de este furor por comprar casas fueron el incremento de los préstamos hipotecarios, que se concedían incluso a prestatarios cuyas credenciales de solvencia para devolverlos eran poco fiables —las llamadas hipotecas de alto riesgo—, y una creciente burbuja inmobiliaria que disparó los precios mientras la oleada seguía. Estas hipotecas de alto riesgo se hicieron más seguras o fueron «titulizadas» al agruparlas en paquetes de inversión que incluían hipotecas sólidas, pero el porcentaje de las de alto riesgo creció sustancialmente y, entre 2004 y 2006, aumentó hasta representar alrededor de una quinta parte de todas las concedidas anualmente. En 2007, con el progresivo aumento de la tasa de morosidad de las hipotecas de alto riesgo, comenzó el impago de algunos de estos paquetes «titulizados». Los bancos que invirtieron fuertemente en estos paquetes «titulizados» se encontraban en una

situación muy arriesgada. Además, cuando el mercado hipotecario fue sacudido por esos impagos, la burbuja inmobiliaria estalló y el valor de las propiedades se desplomó, lo cual agravó aún más la crisis de este mercado. El valor de las propiedades hipotecadas bajó rápidamente y se hizo insuficiente para las cantidades de deuda contraída para comprarlas. Las hipotecas pasaron a ser «hipotecas sumergidas» (el valor de la propiedad es menor que la deuda contraída para comprarla). En octubre de 2007, cuando tanto las ventas domésticas como la media industrial del Dow Jones alcanzaban su pico, ya se estaban moviendo las ruedas de una importante crisis económica en Estados Unidos. Un año después, estas mismas ruedas rodaban totalmente fuera de control.¹

El gobierno y la Reserva Federal, que llevaban meses de guardia batallando por mantener la situación bajo control, habían ampliado los préstamos y las garantías a bancos en dificultades, como Bear Stearns Companies Inc., que se había salvado por los pelos. A principios de septiembre de 2008, ante las pérdidas conjuntas de la Asociación Nacional Federal Hipotecaria (Fannie Mae) y la Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios (Freddie Mac) —dos corporaciones patrocinadas por el gobierno especializadas en préstamos hipotecarios «titulizados»—, el gobierno las puso bajo su tutela para evitar que el mercado financiero se paralizara. Sin embargo, al cabo de una semana, cuando Lehman Brothers Holdings Inc. —una empresa privada, el cuarto de los mayores bancos de inversión de Estados Unidos— pidió ayuda, el gobierno federal se la negó. El banco Lehman se declaró en quiebra, la mayor en la historia de Estados Unidos. Ese día, el promedio industrial Dow Jones perdió un cuatro y medio por ciento de su valor. Los efectos empezaron a producirse en cascada.²

Muchas entidades financieras de peso, como Merrill Lynch Bank y American International Group Inc. (AIG), que habían utilizado las hipotecas para asegurar billones de dólares, se tambaleaban. Morgan Stanley y Goldman Sachs Group Inc. acertaron

al pasar de bancos de inversión a bancos comerciales, para poder acceder al crédito a través de la Reserva Federal. Otros como Washington Mutual, Inc. —la mayor asociación de ahorro y préstamo de Estados Unidos— e Independent National Mortgage Corporation (IndyMac) llegaron tarde y se desplomaron por completo. En marzo de 2009, una vez que el polvo del terremoto financiero se había asentado, en Wall Street el Dow Jones había perdido más de la mitad de su valor (un 53,4 por ciento). El aluvión de la crisis económica hizo difícil endeudarse y, con las inversiones descontroladas, el sector productivo fue el que pagó las consecuencias. El resultado fue que el desempleo más o menos se duplicó, alcanzando el diez por ciento, con una pérdida de en torno a ocho millones de empleos. El consumo disminuyó al tiempo que aumentaban los desahucios, que llegaron a los seis millones. Con todas estas tendencias a la baja y sincronizadas, la economía de Estados Unidos a finales de 2008 y durante todo 2009 sufrió la mayor recesión desde la Gran Depresión de 1929.³

Y lo mismo ocurrió en todo el mundo. La crisis económica contagió inmediatamente a la Eurozona cuando los paquetes de inversión «titulizados» se difundieron ampliamente por el sistema financiero global. Los bancos más importantes como HBOS, Royal Bank of Scotland, Bradford & Bingley, Fortis, Hypo Real Estate y Alliance & Leicester, de repente se encontraron todos en la misma situación. Las burbujas inmobiliarias estallaron, los índices bursátiles de toda la zona empezaron a bajar, la inversión se contrajo, el desempleo llegó a una media máxima del 11,6 por ciento en 2012, con Grecia y España a la cabeza con un veintisiete por ciento, y el consumo disminuyó.⁴ Finalmente, una economía global, cuyo núcleo desarrollado aguantaba los efectos combinados de la inversión y el consumo en picada, hizo que los efectos de la recesión resonaran, en diferentes grados, en todo el mundo. Con la grave caída del comercio internacional, China y la India vieron cómo se desaceleraba su crecimiento continuo. Corea del Sur y Australia evitaron en

cierta medida la recesión, pero no ocurrió lo mismo con Japón y Nueva Zelanda. Varias economías de Asia, América Latina y África también se vieron afectadas, aunque fuera en menor grado.⁵

La crisis económica y la consiguiente recesión fueron globales y afectaron profundamente al Norte Global, y lo mismo ocurrió con las medidas paliativas aplicadas por los gobiernos de todo el mundo. En este sentido, también fue Estados Unidos el que mostró el camino acudiendo sin demora al rescate de los bancos privados y las empresas productoras mediante el auxilio financiero estatal. El impacto mal calculado de la bancarrota de Lehman indicó al gobierno y a la Reserva Federal que auxiliar a las instituciones financieras y extender el rescate a las empresas era lo que convenía hacer para controlar la crisis económica. Apenas un día después de la quiebra de Lehman Brothers, la Reserva Federal se hizo cargo de AIG. De las finanzas hasta la fabricación, los tres grandes fabricantes de automóviles —General Motors, Ford y Chrysler— también contaron con el auxilio del gobierno y fueron rescatados. En total, varias agencias gubernamentales concedieron billones de dólares, tal vez entre once y 16,8 billones, para préstamos, compras y gastos directos. Asimismo, la Reserva Federal amplió la provisión monetaria y bajó los tipos de interés para afrontar la recesión.⁶ Los gobiernos y bancos centrales de todo el mundo se apresuraron a hacer lo mismo: los bancos fueron rescatados para contener la crisis económica —el Benelux se hizo cargo en parte de Fortis, el gobierno alemán acudió al rescate de Hypo Real Estate Holding y el gobierno británico fue el primero en aplicar un paquete de rescate de los bancos por valor de ochocientos cincuenta mil millones de dólares en octubre de 2008— ampliaron los planes de estímulo y bajaron los tipos de interés para hacer frente a la recesión.⁷

La descomunal ayuda del Estado destinada a rescatar a las corporaciones golpeadas por una crisis que ellas mismas provocaron y mitigar la consiguiente recesión consiguió contener la

crisis y asegurar la economía mundial. Sin embargo, la ambigua situación inmediatamente se puso en evidencia: ¿cómo se había llegado al punto en que estas instituciones financieras privadas dirigieran su capitalismo de casino cuando había ganancias, pero recurrieran al Estado cuando se encontraban con pérdidas? ¿No sería que el Estado actuaba de «Estado niñera», que acudía en ayuda de los necesitados? ¿Pero no era «Estado niñera» la expresión peyorativa escogida y que el mundo corporativo usaba para denigrar al Estado de bienestar? ¿Significaba esto que ayudar a la gente que trabajaba duro y vivía pobremente, la prestación de los servicios de sanidad y educación, los programas dirigidos a grupos con necesidades especiales... todo era un error; en cambio, acudir a rescatar a los adinerados financieros que jugaban con instrumentos económicos especulativos era lo correcto? ¿Por qué, entonces, de repente se hacía una llamada a la población para que pagara el precio de la crisis económica y la consiguiente recesión? ¿No sería que «no existía eso llamado sociedad»? (véase más arriba, págs. 350 y ss.). Y así ocurrió que una sociedad de contribuyentes pagaba con el dinero de sus impuestos el rescate financiero de las corporaciones mientras que a los miembros de esa sociedad se les ofrecía a cambio una nueva ronda de programas de austeridad que aseguraban más recortes al «Estado niñera».

En el fragor del momento, la reacción inmediata de los líderes neoliberales globales fue convertirse de repente en keynesianos globales. Sin embargo, la opinión pública no tenía estómago para tragarse esta mutación oportunista. En Estados Unidos hubo un estallido de protestas en más de cien ciudades. En un sentido más amplio, aparte del activismo de base y del debate de la Cámara de Representantes sobre la Ley de Estabilización Económica de Urgencia, por la que se destinaban setecientos mil millones de dólares de dinero público a corporaciones privadas, la opinión pública se opuso a la iniciativa.⁸ Y lo mismo hizo la Cámara de Representantes, pero una gran caída del Dow Jones (más de setecientos setenta y siete puntos, 1,2 billo-

nes en valor de mercado) y la presión que generó condujeron, cuatro días después, a una segunda votación cuyos resultados fueron los opuestos.⁹ En toda Europa se ofrecieron paquetes de rescate similares, acompañados de nuevas medidas de austeridad. Un matrimonio de conveniencia entre el keynesianismo y el neoliberalismo globales hizo que los ciudadanos de muchas economías desarrolladas sufrieran lo peor de ambos modelos: pagar más impuestos para obtener menos servicios públicos.

La crisis económica y la recesión globales —que se prolongaron durante los años 2008 y 2009 o hasta 2016, dependiendo del lugar y los sistemas de medición— destaparon sin la menor sombra de duda una situación fundamental de la economía mundial contemporánea y liberaron el potencial para un radical cambio de paradigma ideológico y político. La crisis financiera y la consiguiente recesión hicieron que el mundo fuera consciente, más que nunca, de la financiarización de la economía (véase más arriba, págs. 316 y ss.). A partir de la década de 1970, el sector financiero siguió creciendo en comparación con otros sectores de la economía gracias a la creación de «instrumentos de inversión» que obtenían dinero del dinero, y no de la producción o los servicios (no financieros). Estos «instrumentos/inversiones» dependían de la actividad financiera más fundamental, es decir, el préstamo. El préstamo de dinero por el sector financiero puede conllevar el potencial crecimiento económico para el prestatario, pero, para empezar, implica la certeza del endeudamiento. Dependiendo de las condiciones del préstamo, el destino del crédito y múltiples factores inciertos, el resultado para el prestatario puede ser, pues, el crecimiento económico o seguir endeudado. Si las ganancias de quien recibe el préstamo le permiten pagar los intereses y el capital de la deuda, conservando las ganancias, entonces el crédito genera crecimiento. Si, por el contrario, el endeudamiento se lleva consigo las ganancias económicas del prestatario por el servicio de su deuda con el sector financiero, entonces el crédito tiende una trampa de la deuda. En este caso, el sector financiero utilizó estos pagos del

servicio de la deuda para conceder nuevos préstamos al deudor ya endeudado y en dificultades de afrontar sus pagos. El endeudamiento se tornó así en un círculo vicioso.

El Tercer Mundo había vivido este círculo completo desde la crisis del petróleo que empezó en 1973. Por entonces, el sector financiero había recibido una inyección de dinero procedente de la subida de los precios del petróleo. De repente, un activo existente —el petróleo— valía cuatro veces más. Los petrodólares habían catapultado al sector financiero del Norte Global y hundido al Sur Global en una trampa de la deuda (véase más arriba, págs. 336 y ss.). A partir de la década de 1980, los ciudadanos del Norte Global también empezaron a experimentar la trampa de la deuda al pagar sus crecientes adeudos derivados de las tarjetas de crédito, los préstamos bancarios e hipotecarios, los estudios de sus hijos y sus vehículos. La disminución del poder adquisitivo como consecuencia del estancamiento de los salarios y el rápido incremento de los precios y servicios fundamentales (por ejemplo, la vivienda, los automóviles, la enseñanza y la sanidad) llevó al endeudamiento. Como en el caso de la subida de los precios del petróleo, el instrumento básico para el crecimiento del sector financiero y el endeudamiento fue la inflación de los precios de activos ya existentes.

En este sentido, un caso de suma relevancia es el del mercado de la vivienda. Según Zillow Home Value Index, el precio medio de la vivienda en Estados Unidos en 2019 era de doscientos veintinueve mil dólares. Ajustado a la inflación, en Estados Unidos el valor medio de la vivienda era de cuarenta y cinco mil cuatrocientos noventa dólares en 1940, noventa y siete mil setecientos cuarenta en 1970 y, en vísperas de la crisis financiera, doscientos veintidós mil seiscientos. Los valores de la vivienda se multiplicaron con creces en treinta y treinta y seis años, con una subida del ciento quince y el ciento veintiocho por ciento, respectivamente.¹⁰ Un caso de subida aún más vertiginosa de los precios de activos existentes fue el del mercado de valores. En 1979, el valor total de las acciones en Estados

Unidos representaba el treinta y cinco por ciento del PIB del país. En vísperas de la crisis financiera, el valor de las acciones representaba el ciento treinta y siete por ciento. Por entonces, en Estados Unidos la riqueza intangible de las acciones había superado en un treinta y siete por ciento a la economía real. En 2018, se situó en el ciento cuarenta y ocho y medio por ciento. En un centro financiero de larga tradición como era Suiza, en 2018 el valor del mercado de valores fue del 236,24 por ciento del PIB del país. Un centro financiero como Hong Kong ilustra esta realidad con cifras aún más crudas: el capital invertido en su mercado de valores representaba en 2018 un 1.052,15 por ciento de su PIB.¹¹

Pero la financiarización, más allá de inflar los precios de los activos existentes, se hizo cargo de la creación de valor mediante instrumentos cuyo valor deriva de otros activos, de ahí que se denominen derivados. Estos instrumentos son contratos en que se especifican las condiciones con que se realizarán los pagos entre dos partes por los activos subyacentes, tales como materias primas, acciones, bonos, índices de mercado, tipos de interés o divisas. Por ejemplo, un productor de mazorcas de cacao y una fábrica de chocolate pueden firmar un contrato sobre el precio de una determinada cantidad de mazorcas durante un tiempo dado. Supongamos que el 16 de septiembre de 2019, las partes firmaron que durante los dos años siguientes el productor venderá al fabricante tres mil kilos de mazorcas de cacao al mes por valor de dos mil doscientos cincuenta dólares los mil kilos. De esta forma, el productor de cacao sabe que, aunque el precio del cacao caiga en picado hasta los mil trescientos noventa dólares, como ocurrió en agosto de 2004, él está cubierto. El fabricante de chocolate, por su parte, sabe que, aun en el caso de que el precio de las mazorcas de cacao se dispare hasta los tres mil trescientos treinta dólares, como sucedió en 2010, él también estará cubierto.¹² Productor y fabricante se han asegurado mutuamente al reducir los riesgos (opuestos) ante posibles fluctuaciones de los precios.

Y, sin embargo, este tipo de instrumento derivado se puede usar, por otro lado, precisamente para asumir riesgos. Consideremos el caso del supuesto contrato firmado el 16 de septiembre de 2029 por el que se compra al productor de mazorcas de cacao diez mil kilos de su producto por tres mil doscientos cincuenta dólares los mil kilos. La propuesta puede ser tentadora para el productor, ya que en los últimos treinta años, el precio más alto del producto básico que ofrece fue de tres mil trescientos cincuenta dólares, un valor, además, que no se mantuvo mucho tiempo. Mientras, el comprador especula que, dados el crecimiento de la población y el cambio climático que se prevén para dentro de una década, la demanda aumentará, la oferta disminuirá y, por consiguiente, los precios romperán el techo anterior y serán más elevados. Tales perspectivas pueden interesar a otros inversores dados a asumir riesgos, cuyas expectativas pueden ser que lo más probable es que el 16 de septiembre de 2029 los mil kilos de mazorcas de cacao cuesten quizá cuatro mil quinientos treinta, cinco mil quinientos treinta, seis mil quinientos treinta o siete mil quinientos treinta dólares y, en consecuencia, es perfectamente sensato intentar conseguir este contrato por cuatro mil doscientos cincuenta, cinco mil doscientos cincuenta, seis mil doscientos cincuenta o siete mil doscientos cincuenta dólares, respectivamente.

El volumen de negocio de estos instrumentos financieros apenas asciende a 542,4 billones de dólares, según el Banco de Pagos Internacionales o, en opinión de algunos analistas, a los 1,2 billones. Si a ese rango se añaden unos 186,26 billones de dólares en depósitos, acciones y bonos (en 2017), se podrá empezar a visualizar cuál es el tamaño del sector financiero de la economía. Para verlo en su debida perspectiva, comparémoslo con el PIB global compuesto por todos los bienes y servicios producidos y prestados en 2018. Las estimaciones del Banco Mundial son de en torno a los ochenta y seis billones de dólares.¹³ Así se puede apreciar la notable cuña que separa la economía productiva tangible de la especulativa intangible. Esto es la

financiarización: un gigante económico que tiene su propia voz en la hegemonía mundial, la desigualdad socioeconómica, los regímenes políticos y la tecnología.

La buena noticia que la financiarización trae a la hegemonía mundial de Estados Unidos es que el grueso de los activos financieros está en la economía norteamericana y la mayor parte de la actividad económica se lleva a cabo en ese marco. La mala noticia para la hegemonía mundial de Estados Unidos es que la creciente economía financiera de este país va de la mano de una participación cada vez menor en la economía productiva global. Además, esta relación inversa de una participación al alza en la economía financiera mundial con una participación progresivamente a la baja en la economía productiva ya se observó durante el declive de la hegemonía global británica. La otra cara de esta tendencia es el plan estratégico 2025 *Made in China*, puesto en marcha en 2015. El objetivo de este plan es llevar a China más allá de su transformación durante las décadas de 1980 a 2010 en la «fábrica del mundo», para convertirla en pionera de las industrias de vanguardia, entre ellas, las tecnologías de la información, la inteligencia artificial, la robótica, la energía verde, el equipamiento aeroespacial y los dispositivos médicos, entre otras. Estos son los sectores a los que afectaron de modo particular los aranceles impuestos por Estados Unidos a China en 2018 y cuya consecuencia fue la actual guerra comercial entre la hegemonía mundial y la aspirante al puesto. El intento de Estados Unidos de impedir que Huawei, la empresa de telecomunicaciones china, suministre tecnologías 5G en todo el mundo es hoy el ejemplo más claro de esta confrontación que tiene visos de que se va a prolongar.¹⁴

En lo que a la desigualdad económica se refiere, el crecimiento de la financiarización infla la enorme cuña que destaca aún más la Gran Bifurcación entre aquellos que participan en la economía financiera y quienes solo lo hacen en la economía real. La gran indignación provocada por la crisis económica amplió la conciencia colectiva sobre el gigante de la financiari-

zación y, el 17 de septiembre de 2011, lo que los economistas llaman Main Street (pequeños negocios) empezó a mostrar su decisión de enfrentarse a Wall Street. Para entonces, había surgido un movimiento social que se había atrincherado en Zuccotti Park, en el distrito financiero de Manhattan, cuyo objetivo era denunciar el sistema financiero global y a las grandes corporaciones. El eslogan era: «Somos el noventa y nueve por ciento», aludiendo a la enorme brecha de la riqueza y los ingresos entre el uno por ciento más elevado de la curva y el resto. El programa incluía: endurecer las regulaciones de la industria bancaria, prohibir el comercio de alta frecuencia, detener a todos los «estafadores financieros» responsables del desplome de 2008, crear una comisión presidencial que investigara y enjuiciara la corrupción política, reducir la influencia de las corporaciones en la política y establecer un «impuesto Robin Hood», es decir, algún tipo de impuesto a los ricos en beneficio de los más pobres.¹⁵ El *modus operandi* consistía en ocupar espacios públicos para celebrar asambleas, debates, manifestaciones y marchas, insistiendo siempre en la importancia de la no violencia. En menos de un mes, había habido protestas del movimiento Occupy en más de seiscientas comunidades de todo Estados Unidos.¹⁶

Como antes ocurrió con la crisis económica, la recesión y también con las políticas mitigadoras, este movimiento alcanzó de inmediato proporciones globales al difundirse por todo el mundo a través de las redes sociales y unirse a otros movimientos y protestas locales ya existentes. El 9 de octubre de 2011, hubo protestas del movimiento Occupy en casi mil ciudades de ochenta y dos países. Este movimiento global se unió a movimientos locales ya activos desde los tiempos más duros de la crisis financiera y durante los de la recesión. Estos movimientos de origen local habían estado protestando contra las medidas de austeridad que desde 2009 habían recortado de nuevo los fondos destinados a la educación, la sanidad pública, las pensiones y otros servicios públicos. En 2012, había una progresiva con-

ciencia del movimiento Occupy, que fue ganándose el apoyo de la opinión pública global. Una encuesta realizada en veintitrés países por Ipsos, una empresa de estudios globales, demostró que el ocho por ciento de las personas entrevistadas estaba «muy familiarizado» con el movimiento, mientras que el treinta por ciento «estaba de algún modo familiarizado». Otra cuarta parte (el veinticuatro por ciento) «no estaba muy familiarizada» y una importante minoría del treinta y ocho por ciento posiblemente había oído hablar del movimiento pero «no sabía nada de él», o nunca había oído mencionarlo. Además, el veinte por ciento de las personas entrevistadas «simpatizaba mucho» con el movimiento y un tercio adicional simpatizaba «en cierto modo» con él, de modo que los simpatizantes sumaban más de la mitad de los entrevistados (el cincuenta y tres por ciento). Los detractores e indecisos suponían, cada uno de ellos, en torno a una cuarta parte de los que respondieron el cuestionario. Pero en algunos países el grado de simpatía era mucho más alto, por ejemplo, en Corea del Sur (sesenta y siete por ciento), Indonesia (sesenta y cinco por ciento), India (sesenta y cuatro por ciento), España (sesenta y dos por ciento), y otros muchos.¹⁷

Sin embargo, en 2012, el movimiento global Occupy comenzó a menguar. Aparentemente, no dio lugar a ningún cambio importante: no se persiguió a los «estafadores financieros», no se instituyeron los «Impuestos Robin Hood» y el endurecimiento de las regulaciones de la industria bancaria no era atribuible necesariamente a las protestas. Pero el movimiento sí que consiguió que las preocupaciones sobre la desigualdad social ocuparan un lugar central en el discurso público. Treinta y cinco años después de que iniciara su reinado el paradigma neoliberal, el lema de Occupy: «Somos el noventa y nueve por ciento» había identificado, definido y denunciado la Gran Bifurcación.¹⁸ Un movimiento global de protesta había puesto en entredicho los cimientos sociales, económicos y políticos del orden mundial.

Es posible que estos acontecimientos recuerden a otros comparables —aquellos de los años 1968-1969 (véase más arriba, pág. 271)—. A los veintitrés años del establecimiento del orden mundial después de la Segunda Guerra Mundial, los agravios y las aspiraciones de una nueva generación habían explotado para formar una ola global de protestas durante 1968. Aunque los cimientos del matrimonio entre el nacionalismo y el socialismo siguieron por entonces en su sitio, fue en ese momento cuando se sembraron las semillas del mundo neoliberal alternativo. Veintiún años después, en 1989, otra generación provocó otro estallido de protestas masivas. Aunque limitado a la esfera contrahegemónica, esta vez el estallido fue realmente revolucionario, en el sentido de que el bloque comunista desapareció y con ello el orden mundial del matrimonio del nacionalismo y el socialismo llegó a su fin en todo el globo. El neoliberalismo se hizo global y había reconciliado a la hegemonía y la globalización.

Y de nuevo, veintidós años después, una tercera generación salió a la calle para manifestar sus exigencias: una exigencias revolucionarias en unos pocos casos (véase más arriba, la Primavera Árabe, pág. 245), pero reformistas en su mayor parte. Algunos de estos movimientos consiguieron acabar con los regímenes políticos (por ejemplo, en Túnez, Libia y Yemen) o revitalizar a los partidos existentes (por ejemplo, Syriza en Grecia). Sin embargo, la mayoría de ellos no se tradujeron en significativos cambios políticos. Algunos de los movimientos eran exclusivamente locales (por ejemplo, el de los «Indignados» de España), otros tenían conexiones regionales (por ejemplo, la Primavera Árabe) y un importante movimiento, el de Occupy global, estaba coordinado a nivel mundial. El precedente más inmediato de este nivel de coordinación fue la manifestación global contra la Guerra de Irak en 2003. El Occupy global había reemplazado ese precedente con la creación de un movimiento que se mantuvo en el tiempo y no fue algo pasajero. De este modo, es posible que haya trazado un nuevo camino en el

que converge la sociedad civil global para afrontar los retos globales y hacer política globalmente. El movimiento de la Huelga del Cambio Climático, activo desde 2019, parece apuntar en este sentido. Sin embargo, a estas alturas, el impacto más evidente de las protestas de los primeros años de la década de 2010, y el de las crisis económicas que las desencadenaron, es el ataque a los cimientos del orden global neoliberal. Desde entonces, la fórmula mágica del neoliberalismo durante casi los últimos cuarenta años —reducir el papel del Estado en aras de las libertades de las corporaciones y las personas— ha estado en el punto mira de todo tipo de críticas.

EL COLAPSO. VUELTA AL NACIONALISMO

Antes incluso de la crisis financiera de 2007 y la posterior recesión global, algunas de las economías de Sudamérica llevaban ya enfrentándose a graves problemas desde 2002. La economía brasileña, la mayor de la región, se estaba desplomando bajo el peso de su enorme deuda pública que ahuyentaba a los inversores, circunstancia que no hacía sino empeorar la situación. Con la intención de retener a los inversores extranjeros, el gobierno brasileño se vio obligado a ofrecer tipos de interés más altos por sus inversiones. Para pagar estos altos rendimientos a los ambiciosos inversores, el gobierno acudió al Fondo Monetario Internacional (FMI) para solicitar préstamos. El FMI concedió a Brasil primero quince mil millones y después treinta mil millones de dólares. Los elevados tipos de interés no fueron lo único que sometía al país a estos grandes préstamos del FMI. También se sumaron las restricciones habituales: las medidas de austeridad. A solo dos meses de las elecciones presidenciales, la descontenta sociedad brasileña estaba lista para emitir su voto en octubre de 2002.¹

En medio de esta crisis, el valor de la moneda brasileña siguió cayendo y ello se sumó a la fuerte depreciación en que se encontraba desde 1999, cuando perdió más de una tercera parte de su valor. La devaluación del real de Brasil desencadenó de inmediato un importante problema para las economías de la región: con un real brasileño tan devaluado, las exportaciones desde Argentina, su principal socio comercial, también disminuyeron. Fue

una gota más que colmó el vaso de la economía argentina. De 1998 a 2002, la economía argentina se contrajo un veintiocho por ciento.² En consecuencia, el déficit nacional y la deuda externa siguieron aumentando, hasta tal punto que el FMI, como acreedor que era del país, exigió al gobierno argentino que aplicara medidas de austeridad adicionales.³ Se llevó a cabo una serie de recortes en el gasto público, los salarios de los funcionarios y las pensiones, pero no sirvió de nada. Insatisfecho con los déficits presupuestarios que se presagiaban, el FMI negó a Argentina una parte de trece mil millones de su préstamo y exigió que el presupuesto nacional se recortara un diez por ciento más.⁴ Cuando los preocupados argentinos empezaron a retirar su dinero de los bancos para convertir sus pesos argentinos en dólares —equiparados artificialmente uno a uno—, el gobierno congeló todas las cuentas para evitar una sobredemanda bancaria. Como consecuencia hubo disturbios y protestas masivas. En tan solo diecisiete meses, cuatro presidentes fueron obligados a dimitir. En abril de 2003, la contrariada sociedad argentina estaba también lista para emitir su voto.

Los candidatos Luiz Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner, ambos de izquierdas y contrarios a las medidas de austeridad, fueron elegidos presidentes, respectivamente, de Brasil y Argentina. El auge de estos líderes en las mayores economías de Sudamérica dio lugar a una subida en toda la región de las fuerzas de izquierdas, opuestas a la austeridad, que alcanzaron el poder. La Marea Rosa se puso en marcha. En los diez años siguientes, otros nueve países de la zona se sumaron a la marea.⁵ Atraída en diferentes grados por la anteriormente aislada República Bolivariana de Venezuela al mando de Hugo Chávez desde 1999, en la década de 2000, la Marea Rosa tomó Sudamérica al asalto. El laboratorio del neoliberalismo a principios de la década de 1970 se había convertido en su mausoleo en los albores del siglo XXI.

El camino de América Latina hacia el neoliberalismo estuvo pavimentado por el autoritarismo y el endeudamiento. Desde el

final de la Segunda Guerra Mundial y a lo largo de la década de 1970, la mayor parte de los países de la región experimentaron una u otra forma del matrimonio entre el nacionalismo y el socialismo. A finales de esta década, todos los regímenes que dirigieron tales experimentos habían desaparecido, derrocados por dictaduras militares apoyadas por Estados Unidos (véase más arriba, pág. 241). Como parte de sus relaciones cercanas con Estados Unidos, estas dictaduras fueron dotadas con enormes préstamos cuyos fondos emanaban de los petrodólares de las crisis del petróleo de 1973 y 1979 (véase más arriba, págs. 287 y ss.). Con el endeudamiento llegaron las condiciones impuestas por el FMI. Se apremió a los Estados para que aumentaran sus exportaciones con el fin de responder adecuadamente a sus deudas. Las exportaciones competitivas en cuestión eran los tradicionales productos agrícolas y minerales que habían caracterizado a las repúblicas oligárquicas latinoamericanas desde sus inicios. La industrialización por sustitución de importaciones nacionalizada y centralizada fue desplazada por el perenne modelo del libre comercio: «Exportar productos agrominerales e importar todo lo demás». Con las economías endeudadas incrementando las exportaciones de sus productos, no solo en América Latina sino en todo el mundo, los precios de estos productos en el mercado mundial fueron bajando de forma sistemática durante la década de 1980 y no se recuperaron del todo hasta el final de la década siguiente. Fue la época de la «gran depresión de los productos». Sin embargo, en 2003, con más de una década en una economía completamente globalizada, las condiciones habían cambiado sustancialmente. Por múltiples razones, como el crecimiento de la población mundial, el auge de las tecnologías de biocombustibles, la subida de China y su enorme necesidad de mercancías y los daños provocados por el cambio climático, la demanda de productos agrominerales despegó y sus precios comenzaron a subir como la espuma. Fue la «eclosión de los productos» de la década de 2000, que acabó con la «gran depresión de los productos» de las anteriores décadas de 1980 y 1990.

El momento de este cambio de los precios de los productos agrícolas y minerales demostró ser fundamental para la consolidación de la Marea Rosa. Con los impuestos a las exportaciones de productos agrominerales o los bienes producidos con ellos, muchos de los nuevos gobiernos de izquierdas de la década de 2000, opuestos a los llamados programas de austeridad, pudieron introducir una amplia diversidad de políticas y programas sociales para mejorar las condiciones de vida de sus empujadas y desfavorecidas poblaciones. Y así, el posneoliberalismo empezó a echar raíces en América Latina.

Sin embargo, no es fácil determinar los componentes del posneoliberalismo. Con sus inicios en la década de 1970 y su plena marcha en la de 1990, el neoliberalismo dismanteló el Estado intervencionista que había estado dirigiendo el entramado de nacionalismo y socialismo desde la Gran Depresión. La función del Estado intervencionista fue transferida al sector privado, toda una multitud de corporaciones. El nacionalismo fue desplazado por el globalismo, y el socialismo, por el capitalismo salvaje. Cuando el posneoliberalismo empezó a asomar en medio del auge de la Marea Rosa, los seis ingredientes, tanto los tres del orden posterior a la Segunda Guerra Mundial (1945-1973) —Estado intervencionista, nacionalismo y socialismo— como los tres

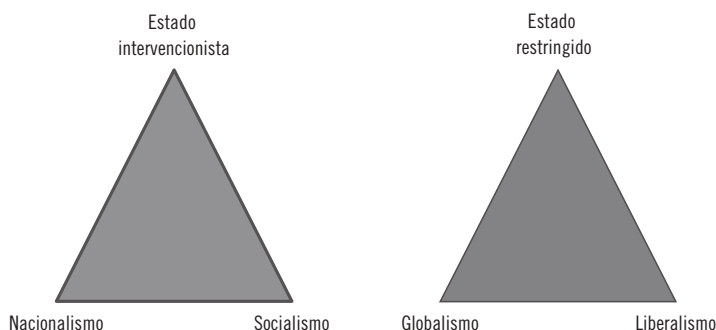


DIAGRAMA 4. *Los pilares del orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial y el del mundo neoliberal.*

del orden mundial neoliberal (de 1973 en adelante) —Estado restringido, globalismo y liberalismo— estaban sobre la mesa.

En el emergente orden posneoliberal, los diferentes gobiernos de la Marea Rosa tomaron, combinaron, equilibraron y decidieron de forma idiosincrásica entre un Estado más o menos intervencionista, entre el nacionalismo y el socialismo y entre el capitalismo social y el salvaje. Como ocurrió con el orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial, se aplicaron políticas de redistribución de la riqueza, además de algunas otras de nacionalización. La industrialización por sustitución de importaciones era escasa y definitivamente ya no hubo economías planificadas centralizadas. Pero como en el orden mundial neoliberal, la integración en la economía global era ineludible, como lo eran las garantías a las corporaciones. En cambio, ninguno de los gobiernos de la Marea Rosa imaginaba el nacionalismo y el globalismo como un juego de suma cero. Los ingresos de que dependían sus administraciones procedían de la economía global —una economía dispuesta a tomar los bienes y productos que la división mundial del trabajo había determinado que las economías de América Latina habían de proporcionar—. Este modelo de posneoliberalismo idiosincrásico, que con su capacidad creativa mezclaba elementos de los dos anteriores modos de gobernanza, llegó a la escena mundial en vísperas de la crisis financiera y la recesión globales.

Si en Sudamérica a la crisis financiera y la recesión les siguió una devastadora ronda de medidas de austeridad a comienzos de la década de 2000, en el resto del mundo, a causa de la crisis global, se adoptaron soluciones similares. De modo que en todo el planeta y a lo largo de la década de 2010, el posneoliberalismo global emergió de la misma forma que antes lo había hecho en Sudamérica. Sin embargo, en el resto del mundo, la marea no era necesariamente rosa, en el sentido de un tono suave del rojo que denota una inclinación hacia la izquierda. Todo lo contrario, muchos de los defensores del posneoliberalismo de todo el globo se decantaban por la derecha.

En América Latina, la globalización fue un requisito para que la Marea Rosa prosperara y el mercado global bendijo sus productos agromineros con unos precios elevados y con unas salidas. Al mismo tiempo, América Latina experimentó de manera prolongada y recurrente con formas de estatismo que entrelazaban el nacionalismo y el socialismo (véase más arriba, pág. 318). El legado ideológico y político de estas experiencias sigue informando y condicionando el presente e influyendo en él.

Sin embargo, en otras latitudes, la globalización se percibía, más que como una bendición, como una maldición, fuera por razones económicas, culturales o ambas a la vez. Desde una perspectiva económica, la globalización podría haber llevado, real o imaginariamente, al desorden de las economías nacionales, al menos para algunos sectores de la sociedad. En el ámbito cultural, la globalización determinó el contexto en que los mayores flujos migratorios llegaron de países extranjeros, mientras que el neoliberalismo reemplazó el crisol homogeneizador por el modelo ensaladera desde dentro (véase más arriba, págs. 339 y ss.). La diversidad y heterogeneidad resultantes distaban mucho de ser bien acogidas por todos. Al contrario, despertaron reacciones adversas en amplios sectores de muchas sociedades.

Por tanto, al poner el foco en los variables efectos económicos y culturales que el neoliberalismo tuvo para la vida de las personas y los grupos, se ven claramente los segmentos de la sociedad insatisfechos con el paradigma neoliberal hasta el punto de convertirse en la espina dorsal del posneoliberalismo en todo el mundo. Para las personas mejor situadas en la economía neoliberal global y tolerantes con la diversidad cultural, o incluso entusiastas de ella, el neoliberalismo ofrecía la mejor vía posible. Para un segundo grupo, la economía neoliberal era menos favorable, pero tolerante con la diversidad. Para este segundo grupo, el neoliberalismo ofrecía una solución intermedia por la que las pérdidas socioeconómicas se podían compensar con el empoderamiento identitario y la apreciación de la diversidad. En este caso, la oposición al neoliberalismo se basa-

ba principalmente en razones económicas, como demostraba la Marea Rosa de América Latina. Un tercer grupo incluía a las personas económicamente bien situadas pero intolerantes con la diversidad, una intolerancia con diferentes grados. Para este tercer grupo, el neoliberalismo ofrecía un tenso equilibrio con perspectivas confusas, cuya cuestión candente era hasta qué punto las ganancias económicas compensarían la indeseada diversidad —o si incluso sería mejor renunciar a dichas ganancias con tal de no tener que soportar la diversidad—. Por último, el cuarto grupo comprendía a aquellos para quienes el neoliberalismo generó una situación económica peor, y, al mismo tiempo, eran intolerantes con la diversidad en diferentes grados. El segmento social que pertenecía a esta cuarta categoría fue el que constituyó la espina dorsal del posneoliberalismo xenófobo.

TABLA 8. *Los orígenes sociales del posneoliberalismo.*

Dimensión cultural Dimensión económica	A favor de la diversidad de la ensaladera	A favor de la homogeneidad del crisol
Beneficiados	Ganan-ganan: firmes defensores del neoliberalismo	Ganan-pierden: equilibrio entre el éxito socioeconómico y la intolerancia cultural
Perjudicados	Pierden-ganan: equilibrio entre el estrés económico y el empoderamiento identitario	Pierden-pierden: firmes detractores del neoliberalismo

El posneoliberalismo xenófobo se enfrentó a la globalización con un aluvión de nacionalismo. En el ámbito económico, el nacionalismo fomentó el proteccionismo. En la esfera cultural, el nacionalismo adquirió un carácter etnocéntrico, religioso y xe-

nófobo que se enfrentó a todo tipo de diversidad con una intolerancia generalizada. De esta manera, el principal componente del liberalismo económico en el neoliberalismo, el libre comercio, fue recortado, al tiempo que algunas características destacadas del liberalismo político en el neoliberalismo, como el pluralismo, la libertad de opinión y la libertad de prensa, fueron restringidas. Sin embargo, es interesante que el abrumador éxito de la Tercera Ola de Democracia fuera tal que el alcance global de los regímenes democráticos, aunque solo fuera formalmente, en su mayor parte siguió en su lugar.

No obstante, los regímenes democráticos se diluyeron sustancialmente durante treinta años de neoliberalismo. Para empezar, la financiación de los comicios por parte del mundo corporativo incidió decisivamente en los resultados electorales. Después, los gobiernos elegidos estaban extremadamente limitados por las medidas de austeridad impuestas por el FMI y el BM. Por último, el resultado final fue que el Consenso de Washington se impuso pese a la orientación ideológica inicial y las agendas de la mayoría de los gobiernos electos. El posneoliberalismo diluyó aún más los regímenes democráticos al cuestionar el asimilado supuesto de que la democracia es el régimen político que encarna los valores liberales. Lo que la situación posneoliberal creó fue un divorcio entre estos dos: la democracia y el liberalismo. Los regímenes democráticos podían seguir funcionando de acuerdo con las constituciones e instituciones, aunque más o menos modificados. Pero los valores que informaban a muchos de estos regímenes democráticos no eran liberales sino etno-religioso-nacionalistas. Se trataba, pues, de democracias iliberales que expresaban, fomentaban y aplicaban la intolerancia del liderazgo y los votantes del partido gobernante. Los programas intolerantes solo se podían aplicar con medios autoritarios. La situación posneoliberal puso en primer plano a regímenes formalmente democráticos cuyo contenido combinaba nacionalismo étnico-religioso y autoritarismo. Tales «demotarianismos» nacionalistas, es decir, regímenes formal-

mente democráticos con actitudes y comportamientos autoritarios que fomentan agendas nacionalistas, proliferaron durante la última década, hasta el punto de que ni siquiera las potencias hegemónicas del mundo, la anterior y la actual, fueron inmunes a ello.

La crisis y la recesión económicas de principios de la década de 2000 en Sudamérica pusieron en marcha una variedad social del posneoliberalismo que reflejaba las demandas y aspiraciones de los votantes que experimentaban la situación de «Perdedores-Ganadores». Era el mismo tipo de base social que, tras la crisis y la recesión económicas globales, llevó a la Coalición de la Izquierda Radical, Syriza, al poder en Grecia en 2015 para hacer frente a la nueva ronda de medidas de austeridad. Era el mismo tipo de base social que transformó el movimiento de los Indignados de España en un partido político: Podemos. En las elecciones generales de 2015, Podemos se convirtió en el tercer partido nacional, con más de una quinta parte de los votos (20,65 por ciento), casi a la par que partidos bien asentados que se habían ido alternando en la aplicación del neoliberalismo desde 1982: el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Popular, con un veintidós y un 28,7 por ciento, respectivamente. Fue el mismo tipo de base social a escala paneuropea que estaba detrás de la aparición de ¡Ahora el Pueblo!, una fuerza marginal en el Parlamento Europeo. Por último, pero sin restarle importancia, fue el mismo tipo de base social que llevó a cabo o intentó la absorción de los partidos neoliberales apoyando a candidatos de izquierdas como sus nuevos líderes. Esto es lo que ocurrió en las potencias hegemónicas mundiales, antigua y actual, con la elección de Jeremy Corbyn como líder del Partido Laborista del Reino Unido en 2015 y con Bernie Sanders como el contendiente nominado del Partido Demócrata de Estados Unidos en 2015 y 2019.

Sin embargo, resultó que las potencias hegemónicas mundiales, antigua y actual, se embarcaron en la dirección opuesta del posneoliberalismo. Tomaron el camino xenófobo, apoya-

dos por los votantes que vivían la situación de «Perdedores-Perdedores» junto con el apoyo adicional proveniente de las situaciones de «Ganadores-Perdedores» e incluso de «Perdedores-Ganadores». La crisis financiera global y la Gran Recesión no solo dieron lugar al movimiento Occupy y al amplio apoyo a Bernie Sanders en Estados Unidos, sino también al auge del Tea Party y a la traumática victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de 2016. No solo estaban el Occupy de Londres, Edimburgo, Glasgow y Cardiff, y Jeremy Corbyn como líder del Partido Laborista en Gran Bretaña, sino también el ascenso del Partido Independiente y la impactante victoria en el referéndum celebrado en 2016 sobre la salida de la Unión Europea. Y también en toda la Unión Europea, el posneoliberalismo xenófobo fue progresando de forma sustancial.

En medio de la crisis migratoria que trajo más de un millón y medio de inmigrantes de África y Oriente Medio a Europa entre 2015 y 2018,⁷ el posneoliberalismo llegó al poder en Italia en 2018 con la coalición de corta vida entre el Movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo y la Liga del Norte de Matteo Salvini. En este mismo contexto, aunque no con el mismo alcance, partidos de derechas asentados —como el Frente Nacional Francés y el Partido de la Libertad de Austria— y partidos recién formados —sobre todo Alternativa para Alemania, que se convirtió en el tercer mayor partido del Bundestag, junto con el Foro para la Democracia holandés, el Partido Popular Danés y los Demócratas de Suecia— representaron un fenómeno generalizado en toda Europa. Todos estaban montados en la ola posneoliberal xenófoba que había estado creciendo sin descanso, como evidencian los extraordinarios resultados electorales en Europa occidental. Mientras tanto, en Europa oriental, lo sorprendente de los resultados electorales fueron las repetidas victorias, el ascenso y perpetuación en el poder de esta orientación. Así ocurrió con el partido Ley y Justicia de Jaroslaw Kaczynski en Polonia desde 2015 y el partido Fidesz de Viktor Orbán en Hungría desde 2010, mientras que otros partidos con

similares programas etno-religiosos nacionalistas, antinmigración y euroescépticos, como los Patriotas Unidos de Bulgaria, el Partido Nacional Esloveno y la Alianza Nacional de Letonia, participaron en las coaliciones gubernamentales.

Los regímenes democráticos escasean en toda Asia. En el aislado par de casos de Oriente Medio, hasta el 2023, Recep Tayyip Erdoğan y Benjamín Netanyahu pudieron ofrecer con éxito y al mismo tiempo la globalización y el neoliberalismo a los más adinerados y el nacionalismo étnico-religioso a los más desfavorecidos de la sociedades turca e israelí durante los últimos veinte y catorce años, respectivamente. Las protestas sociales en Estambul en 2014 y Tel Aviv en 2011, lideradas por votantes procedentes principalmente de la situación de «Perdedores-Ganadores» y enmarañadas con oleadas de protestas globales, fueron en vano. Aún con un menor margen, Erdoğan volvió a imponerse en las elecciones. Mientras que Netanyahu tuvo que congelar temporalmente su reforma judicial antidemocrática ante una movilización social sin parangón en la sociedad israelí.

Hay que dar un gran salto hacia el este para llegar a la siguiente democracia del continente, que resulta ser la mayor del mundo. En la India, el Partido del Congreso Nacional (PCN) había pasado con éxito de la implementación del entramado de nacionalismo y socialismo, acogida desde la independencia del país en 1947, al neoliberalismo a partir de en torno a 1977. Sin embargo, el PCN no supo contener la ola del nacionalismo étnico-religioso procedente de votantes que vivían en la situación de «Perdedores-Perdedores» con apoyo adicional de otros en la situación de «Ganadores-Perdedores» e incluso de «Ganadores-Ganadores». En 2014, Narendra Modi y su nacionalista Partido Popular Indio llegaron al poder, un poder que no ha dejado de hacerse más fuerte.

Y hay que dar otro gran salto para cruzar todo el continente, de hecho, hasta llegar al océano Pacífico y las naciones-isla y una nación peninsular para alcanzar unos pocos regímenes

democráticos más en Corea del Sur, Japón, Taiwán, las Filipinas, Indonesia, Australia y Nueva Zelanda. También en estos países fueron en aumento las señales de la llegada del nacionalismo étnico-religioso y el demotarianismo (véase más arriba, págs. 397-398). Por ejemplo, el Partido Liberal Democrático de Shinzo Abe se propuso reformar la «Constitución de la Paz» para reinstaurar al emperador como jefe de Estado (y que dejara de ser una figura simbólica), garantizar a las Fuerzas de Defensa de Japón el derecho a declarar la guerra y asegurar el homenaje a la bandera y el himno nacionales. Rodrigo Duterte es el ejemplo más claro de demotarianismo, con serias denuncias de miles de asesinatos sin juicio previo y la represión de la prensa.⁸

La mayor parte del resto de los países de Asia y África está gobernada por regímenes autoritarios que fomentan sus propias agendas étnicas, religiosas y nacionales. Por ejemplo, en Myanmar los musulmanes rohinyás están perseguidos por un régimen cuya máxima figura fue hasta hace poco la premio Nobel Aung San Suu Kyi. En Tailandia, una dictadura militar, la segunda desde 2006 con un intermedio de seis años de democracia entre 2008 y 2014, ha intentado persistentemente eliminar al siempre reemergente partido Thai Rak Thai, dirigido por los hermanos Shinawatra, que por su programa y su electorado recuerda a los partidos de la Marea Rosa. La lista de regímenes autoritarios es larga. Sin embargo, los pesos pesados que encabezan esta lista no son otros que los Estados antihegemónicos más poderosos: Rusia y China.

La inversión de la situación geopolítica e internacional de Rusia, desde la intrusión y el declive del poder a la expansión de su reafirmación (véase más arriba, pág. 346), está relacionada directamente con una transición temprana, drástica y rápida del modelo neoliberal de gobernanza al del posneoliberalismo. Boris Yeltsin abrió la economía rusa a inversores extranjeros y a las entidades financieras internacionales que dirigieron la aplicación del Consenso de Washington con su versión de «terapia de choque» —es decir, con la eliminación inmediata y

completa de todos los controles de la economía por parte del Estado, por ejemplo, sobre la moneda, los precios, el comercio y la banca, además de la privatización de los activos de propiedad pública y la retirada de las subvenciones y los programas públicos—. Las consecuencias para la economía y la sociedad rusas fueron devastadoras. Entre 1991 y 1994, la esperanza de vida disminuyó cinco años y, en 1998, el PIB se había contraído en torno a un cuarenta por ciento.⁹ El ascenso de Putin al poder, como ocurrió con el de la Marea Rosa en América Latina, coincidió con la eclosión del precio de los productos. En esas circunstancias, la economía rusa se benefició de la exportación de petróleo y el gas a precios muy elevados, de modo que los ingresos del Estado aumentaron, con la consiguiente renovada fuerza de este y la reafirmación del estatismo para afrontar las imposiciones económicas llegadas de fuera y abordar la crisis social desde dentro. De paso, Putin se coronó a sí mismo como líder indiscutible, y como tal sigue desde hace veinticuatro años.

Y si se produce cualquier tipo de discusión, la completa eliminación de todo tipo de oposición y de la libertad de prensa hará que se acalle, sin que por ello desaparezcan las formalidades de las apariencias democráticas. El caso de Rusia fue uno de los primeros de demotarianismo étnico, religioso y nacionalista y probablemente haya sido el más influyente e inspirador. Otros regímenes aspiraron a seguir su camino, lo imitaron, recibieron apoyo o fueron presionados. Es interesante que, una vez más, Rusia tuvo que cargar con la función de mostrar al mundo el camino a un modo alternativo de gobernanza. Tal fue su papel tras la Revolución Francesa, devolviendo el Concierto de Europa a su camino autocrático en medio del imperialismo liberal de Gran Bretaña como potencia hegemónica mundial (véase más arriba, pág. 51). Ese fue asimismo su papel al mostrar un horizonte alternativo en medio del auge de Estados Unidos como hegemonía mundial. Era un horizonte que podían ver no solo otros regímenes comunistas, sino también toda una serie de Estados-partido antihegemónicos de todo el mundo.

Y sigue siendo aún el papel de Rusia, mientras hemos ido pasando de la globalización neoliberal al demotarianismo étnico, religioso y nacionalista desde el inicio del siglo XXI. (véase más arriba, págs. 397-398). En este caso crucial, la Rusia de Putin ofrece una zanahoria cultivada con gas y petróleo, sostiene un garrote desarrollado a lo largo de una extensa tradición autoritaria y proyecta un sueño de orgullo revigorizado transmitido en línea por troles y fuera de línea por la fuerza de las armas.

Sin embargo, en lo que a sueños se refiere, ha sido China la que ha anunciado públicamente uno: el Sueño Chino. Si el implícito Sueño Ruso trata de revigorizar el orgullo perdido con el desplome de la URSS, el chino pretende ocuparse de un agravio de larga duración a la vez que de un ambicioso objetivo para el futuro. El Sueño Chino se enfrenta a la pesadilla de dos siglos de humillación por parte de múltiples potencias mundiales (véase más arriba, pág. 57) como consecuencia de ir rezagada tras ellas en los ámbitos económico, tecnológico y militar. Al mismo tiempo, el sueño se sirve de su asombrosa recuperación económica, tecnológica y militar para imaginar que su suerte va a cambiar por completo. China pasará a ser la nueva hegemonía mundial emergente tras el declive de Estados Unidos. Con ello, China recuperará la posición que le corresponde como Nación Central o Reino del Medio: 中国.

El sueño lo anunció oficialmente Xi Jinping, con ocasión de su nombramiento como presidente en 2013, como una prolongación del proyecto «Socialismo con caracteres chinos» imaginado por Deng Xiaoping. El ascenso de Xi Jinping al poder marca la transición del neoliberalismo con caracteres chinos de Deng Xiaoping al actual nacionalismo étnico y religioso con caracteres chinos. En este caso, el régimen no constituye una democracia iliberal ni un demotarianismo, sino un régimen autoritario consumado de larga data.¹⁰

¿Qué queda, mientras tanto, del Sueño Americano hegemónico mundial, que en su día fue el único? De la mano de un garrote de cuatro cabezas desgastado que ha dejado a los alia-

dos en el limbo desde Europa a Asia oriental, pasando por Oriente Medio y una gigantesca zanahoria financiarizada que ha abandonado a los económicamente desfavorecidos, el seductor Sueño Americano lidia ahora con una espantosa pesadilla.

En esta pesadilla, el bienestar que transmite la visión hegemónica de «No hay camino como el camino americano» es sustituida por un ambiente compuesto de intolerancia, racismo, xenofobia, antisemitismo y misoginia, todo ello acompañado del acceso irrestricto a rifles de asalto para todos, que se ha traducido en múltiples tragedias en las fronteras y en el interior del país. Una pesadilla en la que se mezclan los mayores gastos sanitarios per cápita (casi el doble, si se comparan con los de otros países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OCDE) con una progresiva imposibilidad de acceder a la sanidad para un ocho y medio por ciento de su población (en el año 2017), en medio de una crisis opioide que ha ocasionado una cantidad creciente de fallecimientos cada año (ciento seis mil seiscientos noventa y nueve muertes por sobredosis en 2021) y de una esperanza de vida en declive, que sitúa a la potencia hegemónica en el puesto cuarenta y seis de la clasificación mundial. Una pesadilla en la que la propuesta «una persona, un voto» está distorsionada por la manipulación de los distritos electorales hasta el punto de que, en combinación con el sistema de colegios electorales, la mayoría del voto popular pierde los comicios. Una pesadilla en la que el lema «una persona, un voto» está sesgado también por la concesión de la condición de persona política a las corporaciones al tiempo que se rechazan las restricciones de la financiación de las campañas electorales, como hizo el Tribunal Supremo en 2010, hasta el extremo de que las elecciones son fuertemente influenciadas por el dinero de los grandes dominantes.¹¹

¿Es posible que la tierra de estas pesadillas sea la Tierra de la Libertad? ¿Cómo de estas realidades cotidianas puede sur-

gir un sueño que seduzca a personas de todo el mundo expuestas a ellas de forma regular por los medios globales de comunicación masiva? En resumen, la potencia hegemónica mundial no solo está perdiendo el control geopolítico que en su día poseía con su garrote cuádruple. Ni siquiera se trata solo de una combinación de esto con una reducción proporcional de la zanahoria, provocado por unos competidores innovadores que la ponen en entredicho. Se trata también de la pérdida del aura de un lugar deseable, quizá el más deseable del mundo, como lo fue para muchas personas que quisieron trasladarse a él y también para otras enraizadas en sus países pero que intentaron copiar cualquier elemento asequible del estilo de vida americano en su propia tierra. La inspiración del Sueño Americano está menguando.¹²

Desde 2003, la hegemonía mundial de Estados Unidos se ha ido desmoronando y su caída se va acelerando. También a partir de 2003, empezó a fusionarse un nuevo orden mundial posneoliberal con el auge de la Marea Rosa y la consolidación de la Rusia de Putin como dos de sus primeras y más firmes expresiones. Casi veinte años después, la versión xenófoba del posneoliberalismo ha echado raíces con fuerza no solo en Rusia, sino en todo el mundo. En cambio, la Marea Rosa que anunció el inicio del posneoliberalismo en su variante prosocial no solo disminuyó en Sudamérica, sino que, en realidad, llegó a ser desplazada por el demotarianismo étnico, religioso y nacionalista (véase más arriba, págs. 397-398). En Brasil, el estado con mayor poder de la región, donde originariamente se inició la Marea Rosa en 2003, la ciudadanía votó al posneoliberalismo xenófobo, con lo que entregó el poder a Jair Bolsonaro, que fue nombrado presidente en 2018. Ese mismo año, no obstante, la elección de Andrés Manuel López Obrador en México y su posneoliberalismo prosocial representó el relanzamiento de la Marea Rosa en América Latina. Para el resto del mundo, en los últimos diez años, el demotarianismo ético, religioso y nacionalista se ha consolidado como el nue-

MAPA 19. *Regímenes políticos en 2020: democracias (en negro), no-democracias (en blanco) y democracias iliberales (en gris). (Compárese con el mapa 18 anterior, en pág. 345).*

A la larga, este declive de la hegemonía mundial de Estados Unidos se produce en un ciclo secular de auge y declive de las potencias hegemónicas mundiales. Asimismo, la actual ola de autoritarismo y democracia iliberal (de 2003 en adelante) aparece como una oscilación pendular adicional, esta vez alejándose de la Tercera Ola de Democracia (1974-2003), a su vez una oscilación que se alejaba de la segunda ola de Estados-partido antihegemónicos y regímenes autoritarios (1945-1974) que desplazaron a la Segunda Ola de Democracia (1945-1974). Exactamente igual que la primera ola de Estados-partido antihegemónicos y regímenes autoritarios (1917-1945)

había sobrepasado a la Primera Ola de Democracia (véase más arriba, pág. 34). En cambio, cuando nos ponemos a evaluar nuestra situación actual de la tecnología y el medioambiente, parece que estamos al borde de unos cambios sin precedentes.

UNA VORÁGINE DE CAMBIOS TECNOLÓGICOS Y ECOLÓGICOS

El camino de esta *Breve historia del presente* empezó hace unos dos siglos, en el momento en que una trascendental transformación, la Revolución Industrial, había madurado hasta el punto de reconfigurar la economía, la sociedad, la política y la cultura. Supuso un momento crucial en el que por primera vez unos entes inorgánicos, es decir, las máquinas, eran capaces de asimilar la energía y canalizarla para transformarla en movimiento. De este modo, las máquinas empezaron a competir con los únicos entes que hacían esto mismo anteriormente y a desplazarlos: las personas y los animales, cuya fuerza muscular había estado generando la mayor parte de la producción económica de la que la historia había sido testigo, salvo unas pocas excepciones en que las corrientes de agua y el viento también se aprovechaban para los procesos de producción (véase más arriba, pág 25).

Después de ese manifiesto cambio, la Revolución Industrial produjo innovaciones permanentes que periódicamente se traducían en avances cualitativos. Así pasó a ocupar el primer plano la Segunda Revolución Industrial (década de 1870-1914), aportando una serie de innovaciones, entre ellas, la electrificación, las industrias químicas y sistemas científicos de planificación y gestión del trabajo como el taylorismo y el fordismo, todo lo cual se tradujo en la llegada de la producción en serie (véase más arriba, pág. 191). Con la producción en serie instalada y avanzando cada vez con mayor rapidez, menos gastos y

mayor eficacia, el siguiente salto importante se produjo en los campos de la información y la comunicación, que permitían mayor disponibilidad, capacidad de almacenamiento y difusión, y otras funciones de ambas en todos los aspectos de la vida social. Y así, esta tercera ronda de la Revolución Industrial, también conocida como la Revolución de la Información, no fue una mera versión cualitativamente actualizada de la anterior, al modo en que la segunda revolución representó una versión actualizada de la original. Al contrario, representó un importante alejamiento de la primera y segunda revoluciones industriales, en el sentido de que no solo actualizó los procesos de fabricación mediante el procesamiento de la información, el automatismo y la puesta en marcha de nuevas manufacturas electrónicas. También fomentó una nueva economía de los servicios, basada en la información y la comunicación, que reemplazó a la economía industrial y promovió otra postindustrial. Este salto cualitativo se reconoce no tanto como la Tercera Revolución Industrial sino como la Revolución de la Información (véase más arriba, págs. 333 y ss.). La Cuarta Revolución que hoy está ya en camino es el resultado de esta Revolución de la Información original, en el sentido de que se alimenta de los avances originales de las tecnologías de la información y la comunicación. Sin embargo, del mismo modo que la Segunda Revolución Industrial representó un alejamiento cualitativo de la Revolución Industrial original, esta inminente Segunda Revolución de la Información, conocida también como la Cuarta Revolución o Revolución de la Inteligencia Artificial, va mucho más allá de los confines de la Revolución de la Información original.

Actualmente nos encontramos al borde de otra transformación fundamental de proporciones comparables con las del punto de inflexión que supuso la Revolución Industrial. El completo despliegue de la Revolución de la Inteligencia Artificial representa otro momento esencial, con fuerzas potencialmente transformadoras del calibre de la Revolución Industrial original, que marcó un antes y después en la historia de la hu-

manidad y del planeta. La Revolución de la Inteligencia Artificial es el momento crucial en el que por primera vez entes inorgánicos, es decir, los ordenadores, están adquiriendo la capacidad de asimilar y crear información para canalizarla hacia la toma de decisiones. De este modo, los ordenadores han empezado a competir con los únicos entes anteriormente capaces de hacer esto mismo y a desplazarlos: los seres humanos, poseedores de un cerebro cuyo poder ha estado decidiendo todo tipo de asuntos relacionados con sus sociedades, el planeta Tierra y más allá. Es posible que hoy estemos llegando al punto en que la Revolución de la Inteligencia Artificial desplace a los cerebros humanos del mismo modo en que la Revolución Industrial lo hizo con los músculos de las personas y los animales.

El primer movimiento específico en este sentido se produjo en 1956, cuando un taller multidisciplinar de tormenta de ideas realizado en el Darmouth College concluyó que la inteligencia humana se puede describir con tal precisión que es posible fabricar una máquina que la simule.¹ Al volver la vista a este temprano punto de partida, al estancamiento y a los contratiempos ocurridos durante cuarenta años, se hace evidente que la Revolución de la Inteligencia Artificial avanzó como una gradualidad (una revolución gradual. Sin embargo, en los inicios del siglo XXI, los imponentes éxitos acumulativos de la Revolución de la Información, como el incremento de la potencia de la computación, las enormes cantidades de datos recogidos siempre en aumento y una mejor comprensión teórica, han ido suministrando cada vez más a los ordenadores el núcleo de las funciones cognitivas humanas de la resolución de problemas y la toma de decisiones.² Para conseguirlo, se programan instrucciones minuciosas y precisas conocidas como algoritmos, algunos de los cuales son capaces de aprender de los datos, utilizar nuevas estrategias para reaccionar ante ellos e incluso formular otros algoritmos.³

Este conjunto de capacidades ha sido objeto de investigaciones y experimentos durante más de veinte años en toda una

diversidad de campos en los que anteriormente solo intervenían los seres humanos. En el ciberespacio, hoy la inteligencia artificial está a cargo de determinados ámbitos, como el de los motores de búsqueda, el filtrado de correos basura y la determinación de destinatarios de la publicidad en línea. En el campo del juego, la inteligencia artificial ha demostrado repetidamente su superioridad. Ya en 1997, Deep Blue, un ordenador IBM que jugaba al ajedrez, derrotó a Garri Kaspárov, por entonces campeón mundial. Siguió una posterior secuencia de ordenadores y programas que derrotaban a campeones mundiales en muy diversos juegos. En 2011, otro ordenador IBM, Watson, un sistema de preguntas y respuestas, derrotó a Brad Rutter y Ken Jennings, los campeones de un popular programa de la televisión estadounidense, *Jeopardy! (Riesgo)*, basado en preguntas sobre conocimientos generales. En 2016, el programa informático AlphaGo derrotó a Lee Sedol, campeón mundial de Go, un juego de estrategia aún más complejo que el ajedrez.⁴ Con fines más prosaicos pero útiles y de importantes consecuencias, la competición se sigue desplegando en múltiples campos, entre ellos, los del transporte y las telecomunicaciones, la medicina, la ciencia, la jurisprudencia, las finanzas, el *marketing*, la economía, la agricultura, la industria, los recursos humanos, la enseñanza, el gobierno, el ejército, los medios de comunicación y las artes. En resumen, casi en todos los campos de la actividad humana.

Cada una de las tres revoluciones tecnológicas anteriores han tenido repercusiones sociales de largo alcance. La Revolución Industrial dio a luz a los obreros urbanos industriales y proveedores mineros. Fue el naciente proletariado, es decir, una nueva clase social que únicamente poseía su propio poder de mano de obra y el de sus hijos («proles», en latín; de ahí «proletariado»). Esa era la clase social que nada tenía que perder a no ser sus cadenas. Cuando la polarización social aumentó y los contrastes entre los avances tecnológicos en los medios de producción y su régimen de propiedad concentrado en unas

pocas manos se agudizó, esta fue la clase social que debía unirse en una revolución mundial.⁵ Sin embargo, la Segunda Revolución Industrial trajo las semillas del consumo masivo de la mano de la producción en serie. Las míseras condiciones del primer proletariado, lejos de deteriorarse como esperaban los comunistas científicos, empezaron a mejorar hacia la década de 1910 y, de forma destacada, a partir de 1945 gracias al goteo de riqueza, mejoras tecnológicas y políticas sociales que los Estados-nación no dejaban de expandir.

A medida que las economías de todo el mundo se desarrollaban, cada una a su propio ritmo —por ejemplo, las del Atlántico Norte ya en la década de 1910, la china a partir de la de 1980 y la nigeriana en la de 2000—, los proletarios fueron acumulando recursos de modo gradual. Llegaron al punto en que tenían mucho que perder, en que poseían más que su valor de mano de obra y sus hijos, y a partir de ahí dejaron de ser proletarios para pasar a formar parte de una clase media que no cesaba de crecer. Sin embargo, esta clase media diligente y empoderada fue sacudida de pleno por la sinergia de la Revolución de la Información, que fomentaba una economía posindustrial: el neoliberalismo que limitó o eliminó las políticas de la red de seguridad social y la globalización que subcontrató empleos en el extranjero.

Por tanto, desde finales de la década de 1970, en todo el mundo occidental estuvo en auge una nueva clase social: el «precariado», una clase obrera cuyas condiciones laborales y vitales se hicieron precarias. Al mismo tiempo, en las costas extranjeras al otro lado de los océanos a las que llegaban los empleos subcontratados, como China y la India, empezó a emerger y a consolidarse una nueva transición del proletariado a la clase media. El surgimiento del precariado en el mundo desarrollado reflejó de forma asimétrica, como si lo hiciera en un espejo, el ascenso del proletariado a la clase media en zonas del mundo en proceso de desarrollo. En el mundo desarrollado, el efecto goteo del siglo que media entre las décadas de 1870 y 1970 fue

sustituido por el efecto de concentración de la riqueza a partir de la década de 1980, mientras que las mejoras tecnológicas y la globalización económica llevaron al desempleo, el subempleo o el empleo intermitente. A su vez, el surgimiento del precariado en el mundo desarrollado reflejó asimétricamente el ascenso de los proletarios a la clase media en partes del mundo en desarrollo. Además, las políticas sociales dejaron al precariado sin mucha ayuda ni red de seguridad; al contrario, con impuestos más elevados y unas normas laborales flexibles que permitían prescindir de esta clase social.

En cambio, en esas partes del mundo en proceso de desarrollo, como China, la India y el Sudeste Asiático, la ascensión del proletariado a la clase media se asemeja a la emergencia de esa clase en el Atlántico Norte un siglo antes de los pasados años ochenta, pero a un ritmo notablemente acelerado y sin gran parte de las ayudas del Estado de bienestar. Entretanto, en las economías avanzadas, la clase media se redujo a las personas que tenían acceso profesional a la economía postindustrial, en resumen, aquellos que trabajan casi en todos los campos para los que la Revolución de la Inteligencia Artificial está preparando ordenadores. ¿Cuáles serán, pues, las repercusiones sociales de largo alcance de esta importante cuarta revolución tecnológica? ¿El riesgo del desempleo masivo? ¿La generalización de la condición del precariado?

Evidentemente, las nuevas tecnologías de la era industrial han desencadenado nuevas dinámicas sociales. También se vislumbran perspectivas sombrías adicionales. La Revolución Industrial liberó a la humanidad de una de sus peores calamidades recurrentes: la catástrofe o trampa malthusiana. Así llamada por el nombre (Thomas R. Malthus) del estudioso escocés que formuló el modelo, esta catástrofe propia de las sociedades agrícolas fue consecuencia del descompasado crecimiento demográfico y económico. Las poblaciones humanas crecían siguiendo secuencias geométricas (es decir, según una ratio común, por ejemplo, la de duplicarse en la secuencia 3, 6, 12, 24,

48, 96, etc.). En cambio, las economías crecían siguiendo secuencias aritméticas (es decir, siguiendo una diferencia común, por ejemplo, la de +3 que resulta de la secuencia 3, 6, 9, 12, 15, 18, etc.). Con unas poblaciones cuyo crecimiento hacía que constantemente aumentaran más que los recursos disponibles, aparecían periódicamente los Cuatro Jinetes del Apocalipsis —la peste, la guerra, el hambre y la muerte— para equilibrar esa diferencia numérica. En estas condiciones, el crecimiento de la población humana ha sido muy gradual durante miles de años. Tan gradual, que tuvieron que pasar doscientos mil años para que los humanos alcanzaran los primeros mil millones de personas en torno a 1800.

Uno de los sellos distintivos de la Revolución Industrial fue el desmantelamiento de la catástrofe malthusiana. El crecimiento constante de la producción que supuso la industrialización igualó el aumento de la demografía y el de la economía. Hasta tal punto, que la trampa malthusiana no se repetía ni siquiera cuando el crecimiento demográfico se aceleraba a una velocidad inimaginable. Tras la Revolución Industrial, bastaron ciento veinticinco años para que los primeros mil millones de personas se duplicaran: en 1927 habitaban el planeta en torno a dos mil millones de personas. Cuando, de forma progresiva y global, la Revolución Industrial se impuso, el crecimiento demográfico se aceleró aún más. Treinta y tres años después de la fecha anterior, en 1960, se calcula que los habitantes del planeta sumaban tres mil millones. Después, se sumaron otros mil millones a la población mundial a intervalos de entre doce y catorce años, es decir, mil millones más en 1974, 1987, 1999, 2012. En 2023, ya somos ocho mil millones.

Pero los efectos acumulativos de las revoluciones tecnológicas van más allá del desmantelamiento de la trampa malthusiana y el crecimiento de la población mundial por un factor de ocho en menos de dos siglos. Estas revoluciones tecnológicas también hicieron mucho más ricas a esas personas. Las estimaciones del PIB per cápita (en dólares estadounidenses de 1990

redondeados a los cien más aproximados) son de novecientos dólares en 1870, mil quinientos en 1913, dos mil cien en 1950, cuatro mil cien en 1973, seis mil quinientos en 2003 y siete mil ochocientos en 2010. Estas subidas del PIB per cápita, unidas a un crecimiento demográfico multiplicado por ocho, suponen que el PIB mundial (en dólares internacionales de 2011 redondeados a los cien más próximos) ha pasado de casi dos billones de dólares en 1870 a casi noventa en 2010.⁷

Y, sin embargo, después de unos dos siglos metidos en estas maravillas del crecimiento demográfico y económico combinados, todos los días se nos recuerda que no hay comidas gratis. Hoy se nos está pasando la factura acumulada en forma de cambio climático, calentamiento global, biodegradación medioambiental e impacto geológico. Estos son solo cuatro de los muchos jinetes del antropoceno, la Era Humana —es decir, el período de la historia de la Tierra en que la actividad humana afecta profundamente al planeta.

Los seres humanos, claro está, afectaron al planeta muy pronto, provocando incendios y, como cazadores, la extinción de especies. Pero fue con las cuatro olas de revolucionarios avances tecnológicos derivados de la Revolución Industrial, unos avances que se intensificaron a partir de la segunda mitad del siglo xx, cuando el rápido y sostenido crecimiento económico y demográfico provocó una contaminación generalizada, la lluvia radioactiva, la acumulación de plásticos, la deforestación, las invasiones de unas especies y la extinción masiva de otras. Todos estos impactos y otros han inaugurado una nueva era geológica grabada en piedra, despertando preocupaciones por actuar de forma urgente para garantizar la viabilidad de las condiciones de vida en la Tierra en el futuro cercano.⁸

De modo que si, en el momento actual, volvemos la vista atrás, podemos reconocer nuevas olas de mareas perfectamente conocidas en la política, la economía y las sociedades en los ámbitos nacionales e internacionales. Algunas de ellas son la oposición a la hegemonía mundial, la supresión de la integra-

ción económica global, las oscilaciones de los regímenes políticos que, actualmente, siguen alejándose de la democracia y los mayores niveles de concentración económica y desigualdades sociales. Pero, al mismo tiempo, este momento actual nos enfrenta a unos retos tecnológicos y medioambientales sin precedentes. Ya en los días de la Revolución Industrial, cuando las sociedades humanas tenían ante sí problemas que nunca habían conocido, se formularon nuevos modos de pensar para abordarlos. Así es como nacieron las ciencias sociales y las ideologías modernas. Hoy, al enfrentarnos a retos antiguos y nuevos, falta por ver si los cruciales problemas con que hoy nos encontramos —y nos seguiremos encontrando de manera más acuciante en el futuro— nos llevarán a determinadas formas de vigor y fortaleza intelectual e ideológica con las que podamos afrontarlos y darles solución.

VISIÓN DE CONJUNTO: PATRONES GENERALES EN MEDIO DE ACONTECIMIENTOS COMPLEJOS



BREVE RECAPITULACIÓN DE ACONTECIMIENTOS COMPLEJOS

Hay muchas formas de contar una misma historia y *Breve historia del presente* no es una excepción. El punto de partida (1851-1914) fue el auge y la consolidación de la hegemonía mundial británica derivada de las transformaciones tecnológicas, económicas, sociales y políticas representadas en la sinergia de las revoluciones Industrial y Democrática. Junto con las ideas y las políticas del libre comercio y la ventaja comparativa, se articuló plenamente una economía global con la cultura británica —y, de modo más amplio, la europea occidental—, haciendo incursiones en las cuatro esquinas del mundo. En el segundo acto (1914-1945), la reacción a la hegemonía mundial británica en forma de dos guerras mundiales —con la Revolución Rusa generando ondas sísmicas que promovían o desencadenaban Estados-partido antihegemónicos en todo el mundo, en medio de una depresión económica global— hundió esa posición hegemónica al mismo tiempo que implosionó la globalización económica. A continuación, emergió un nuevo mundo feliz (1946-1973), un mundo bipolar y con una nueva potencia hegemónica mundial: Estados Unidos. Esta nueva potencia hegemónica era muy distinta de la anterior porque, entre otras muchas razones, la hegemonía mundial estadounidense coexistía con un rival contrahegemónico. En medio de esta confrontación, los países del mundo consiguieron cierto margen de maniobra para experimentar con estrategias de desarrollo destinadas a converger con las economías avanzadas. Unos experimentos,



sin embargo, que cesaron cuando se produjo la convergencia global (1973-2003). No obstante, esa convergencia global no fue la que se pretendía para conseguir un desarrollo económico equilibrado. Esa convergencia global, por el contrario, fue la responsable de que se empleara el mismo estilo de gobernanza en todo el mundo. El neoliberalismo, la ideología y la práctica a las que se unieron ambas potencias hegemónicas mundiales, la antigua y la nueva, echó raíces en todo el mundo a la vez que se producía un importante avance tecnológico: La Revolución de la Información, que supuso la cristalización de la globalización económica tal como hoy la conocemos, la desaparición de la Unión Soviética y la coronación de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial incuestionable. Pero su privilegiada posición tuvo una vida corta (2001-2020) y, en gran medida, debido a errores propios. Esto ha dejado al mundo en el actual atolladero mientras nos enfrentamos a retos cruciales de una revolución tecnológica cualitativamente diferente y al cambio climático.

Estos muchos acontecimientos que se mueven en direcciones múltiples, inesperadas, retorcidas e indomables son los que caracterizan el caótico despliegue de la historia. Pero, pese a esta conmoción prolongada e imparable que la *Breve historia del presente* describe, también hemos intentado visualizar las principales tendencias que aportan un orden que se puede divisar por debajo del caos aparente. Ese orden quedó resumido por la imagen de dos sucesivas curvas de campana que describen las trayectorias de cinco dimensiones cruciales: la hegemonía mundial, la globalización económica, los regímenes políticos, la desigualdad económica y los avances tecnológicos. De modo que, a estas alturas, no solo se han determinado y asimilado algunos de los giros fundamentales del caótico devenir de la historia, sino que también se ha expuesto la evolución de estas cinco variables. Esto nos ha permitido observar más de cerca su interrelación para poder discernir algunos patrones recurrentes actuales que indican unas regularidades y, por consiguiente, un orden.



Identificar estos patrones nos puede ayudar a comprender mejor trayectorias pasadas, contextualizar nuestro particular momento actual en un patrón reconocible e imaginar posibles trayectorias futuras si estos patrones han de seguir repitiéndose como lo han hecho en el pasado. Sin embargo, los patrones tienen sus límites porque experimentan cambios, llegan a puntos muertos o son marginados por unas dinámicas emergentes más decisivas.

PATRONES GENERALES: CORRESPONDENCIAS QUÍNTUPLES

El emparejamiento de las trayectorias de la hegemonía mundial y la globalización económica marca un claro punto de partida en el análisis de la interacción entre las cinco trayectorias. La interacción entre las dos anteriores se rige por una sólida correspondencia. Los días de la hegemonía mundial británica (1851-1914) y los de la hegemonía mundial de Estados Unidos a partir de 1945 coinciden con períodos en que se articuló e integró la economía mundial. Asimismo, cuando la hegemonía de Estados Unidos pasó a ser incuestionable en 1991, esa integración económica consiguió un alcance global, más volumen, mayor velocidad y efectos más intensos. En cambio, durante el período en que el liderazgo de la hegemonía mundial quedó vacante, entre 1914 y 1945, con una Gran Bretaña incapaz de asumirlo y unos Estados Unidos no dispuestos a hacerlo, la integración económica global empezó a decaer, alcanzando sus niveles más bajos tras la Depresión Global de 1929. Por último, en el momento actual, parece que las dudas sobre el futuro de la hegemonía mundial de Estados Unidos y la globalización económica de nuevo van de la mano.

La observación de la coevolución de la hegemonía mundial y los avances tecnológicos deja entrever una secuencia similar. Además de todos los otros ámbitos —el económico, el político, el de potencia militar y el atractivo ideológico y cultural—, la

potencia hegemónica mundial lideró sin ningún género de dudas la innovación tecnológica. Así ocurrió claramente con la emergencia y consolidación de Gran Bretaña como la potencia hegemónica mundial, que se desplegaba a la vez que su liderazgo tecnológico. La Revolución Industrial que había nacido en su casa aprovechó la potencia hidráulica y la tecnología del motor de vapor (por ejemplo, la bomba de vapor de agua Newcomen para la extracción del carbón, la hiladora Jenny, el telar mecánico), el transporte (por ejemplo, la locomotora y los barcos de vapor) y las comunicaciones (por ejemplo, el telégrafo) para transformar la producción hasta dejarla irreconocible. En cambio, el camino hacia el Gran Brexit fue pavimentado por la pérdida británica del liderazgo en la innovación tecnológica durante la Segunda Revolución Industrial (1870-1920) incentivada por la electrificación, la industria química y la línea de ensamblaje de producción en serie, en la que tanto Alemania como Estados Unidos —dos de los advenedizos— habían tomado la delantera. La erosión y caída de la hegemonía mundial británica entre 1914 y 1945 coincidió plenamente con la postergación de Gran Bretaña de su anterior función como líder tecnológico del mundo.

Estados Unidos emergió como potencia hegemónica mundial en 1945 con el dominio de la energía nuclear. Sin embargo, la Unión Soviética, como potencia contrahegemónica, supo ponerse a la altura en esta tecnología poco después e incluso superar brevemente a la hegemonía mundial en determinados campos. Así ocurrió en la tecnología de los cohetes y la capacidad de exploración del espacio. Estas circunstancias coinciden con una firme contención de la hegemonía mundial de Estados Unidos, que tenía negado el acceso a una parte importante del mundo y cuyo modelo social fue descartado como el único y exclusivo que las naciones debían seguir en su camino hacia el futuro.

Sin embargo, fue precisamente en este contexto de la competencia generada por esa pasajera y específica preeminencia

tecnológica soviética, donde la potencia hegemónica mundial acabó por propiciar la Revolución de la Información. Y así, Estados Unidos reafirmó su liderazgo tecnológico y también su hegemonía mundial, situándose en un nivel completamente nuevo al dismantelar el mundo bipolar de la Guerra Fría y reemplazarlo por un mundo globalizado.

Hoy en día, Estados Unidos es el líder de la «Revolución Industrial 4.0» o Revolución de la Inteligencia Artificial. Por tanto, cabe esperar que, según la prolongada correspondencia entre el liderazgo tecnológico y la hegemonía mundial, esta Cuarta Revolución Industrial llevará aún más lejos la hegemonía estadounidense. Pero, a diferencia de la Revolución de la Información, que fue liderada decisiva y exclusivamente por Estados Unidos, la Revolución Industrial 4.0 se promueve de forma simultánea, independiente e interdependiente dentro de la Unión Europea, China y otros países más. Esto equivale a un panorama potencialmente distinto del liderazgo tecnológico y la hegemonía mundial. La incertidumbre en lo que respecta a la continuidad de la correspondencia entre el liderazgo tecnológico de Estados Unidos y su hegemonía global genera dudas paralelas sobre el futuro de la hegemonía mundial de este país y la globalización económica.

Anteriormente ha habido claras correspondencias entre estas dos parejas: la hegemonía mundial y la globalización económica; la hegemonía mundial y el liderazgo tecnológico. No cabe sorprenderse de que esto también suponga que estos tres factores se puedan alinear de forma coherente. Durante la hegemonía mundial británica, coincidente con su liderazgo en los importantes avances tecnológicos de la Revolución Industrial, se fusionó, extendió e intensificó una economía globalizada. La pérdida del liderazgo tecnológico en pleno despliegue de la Segunda Revolución Industrial corrió paralela con la oposición a la hegemonía mundial británica por dos rivales emergentes: Alemania, que le intentó arrebatarse ese papel con medios militares, y Estados Unidos, que acabó por hacerse con él tras el fracaso de Alemania.

A lo largo de esta fase de cuestionamiento de la hegemonía mundial, la economía global establecida en el siglo XIX fue sacudida en sus cimientos y la primera ola de globalización industrial acabó por diluirse. El gradual auge de la segunda ola de globalización, iniciada después de que concluyera la Segunda Guerra Mundial, se correspondió con la confirmación de Estados Unidos, que ya lideraba la tecnología, como la nueva potencia hegemónica mundial. Estas tres dimensiones —el alcance, el volumen y la rapidez de la globalización, la presencia de la potencia hegemónica mundial y la expansión continua de las fronteras tecnológicas— continuaron creciendo de modo sincronizado. Así se demostró una vez más con el avance tecnológico que representó la Revolución de la Información, la ratificación de Estados Unidos como la potencia hegemónica mundial con un alcance global sin límites, y modelo único y exclusivo que señalaba la dirección hacia el futuro, y la articulación de una economía global de pleno derecho a una escala, rapidez e intensidad sin precedentes.

Esta triple correspondencia se puede extender a una cuarta variable: la desigualdad socioeconómica. Dicho de forma sencilla, las dos fases de la globalización económica regida por una potencia hegemónica mundial que se correspondía con importantes avances tecnológicos también coincidieron con el aumento de las desigualdades socioeconómicas absolutas en y entre las sociedades.

Así ocurrió claramente entre las sociedades durante la primera ola de globalización con la hegemonía británica. La brecha que no dejaba de abrirse, consecuencia de la Revolución Industrial primero en Gran Bretaña, después en Europa occidental y luego en Estados Unidos, se definió aquí con las ideas de la Gran Divergencia y la Divergencia Americana (véase más arriba, págs. 333 y ss.). La creciente brecha abierta en el seno de las sociedades en proceso de industrialización consistía en la aparición de una nueva sociedad piramidal en los centros urba-

nos, extremadamente polarizada entre los propietarios de las ascendentes industrias y las masas cada vez mayores de obreros que trabajaban en ellas.

De manera similar, cuando la segunda ola de globalización con la hegemonía de Estados Unidos entró en su fase carente de limitaciones, después de sustituir el mundo bipolar de la Guerra Fría por el de la globalización contemporánea, se observó de nuevo una creciente brecha socioeconómica de desigualdades en el seno de las sociedades y entre ellas. Esta vez, la brecha cada vez mayor, a la que se ha llamado la Gran Bifurcación, derivó de un nuevo avance tecnológico, la Revolución de la Información, junto con una serie de políticas económicas, conocidas como neoliberalismo, que sintetizaban algunas de las estrategias empleadas durante la primera ola de globalización.

Esta Gran Bifurcación tuvo lugar en su mayor parte tanto entre las sociedades como dentro de ellas mismas. Sin embargo, el arranque desmesurado de China durante este período puso en entredicho esta tendencia general. Este país tuvo el notable éxito de reducir su brecha de desigualdad con las economías más prósperas. Esta vía china la emularon los países del Sudeste Asiático con economías en proceso de crecimiento y, por tanto, redujeron la brecha de desigualdad con los países más desarrollados. Al mismo tiempo, sin embargo, China y el Sudeste Asiático no fueron ninguna excepción al incremento de las desigualdades dentro de las sociedades, ya que en realidad representaron casos extremos de esta tendencia (véase más arriba, pág. 57).

Merece la pena insistir en que la coherencia de esta clara cuádruple correspondencia entre la hegemonía mundial y la globalización económica, el liderazgo en los avances tecnológicos y las desigualdades socioeconómicas se observa de modo independiente en tres casos distintos del pasado global. Primero, durante el período que va de 1851 a 1914 y, por segunda vez, desde la década de 1970 hasta los inicios del siglo XXI. La presencia de una clara potencia hegemónica mundial se corres-

pondría con una economía globalizadora, un importante avance tecnológico y unas crecientes brechas de desigualdad en y entre las sociedades. Por el contrario, en el período intermedio de estas dos fases (1914-década de 1970), una cuádruple correspondencia al revés evidencia aún más la afinidad entre estas cuatro variables.

En este período intermedio, la hegemonía mundial fue cuestionada, con el Gran Brexit (1914-1945), o contenida, con la Guerra Fría. En ambas circunstancias, la globalización económica disminuyó de volumen, intensidad y/o alcance. El Gran Brexit se correspondió con el desmantelamiento de la economía globalizada de la primera ola de globalización. En los tiempos de la Guerra Fría, pocos apostaban por una economía global y era imposible que despegara una nueva ola de globalización de pleno derecho. Es verdad que se produjeron importantes avances tecnológicos en ese período, particularmente en la aviación, la energía nuclear y la tecnología de los cohetes. Pero el impacto de estas tecnologías de vanguardia, por cruciales que fueran para fines militares y para la exploración del espacio, no transformó la economía ni la sociedad en la misma medida que antes lo habían hecho la Primera y la Segunda Revolución Industrial y, después, la Revolución de la Información.

En lo que se refiere al desarrollo de la desigualdad socioeconómica entre las sociedades y dentro de ellas mismas, este período se caracteriza como la Gran Compresión, es decir, una etapa de cierre de las brechas socioeconómicas, a nivel nacional e internacional. Esta compresión empezó trágicamente durante el Gran Brexit cuando la completa devastación autoinfligida por la sociedad europea cerró, sin pretenderlo, la gran brecha abierta durante la Gran Divergencia. El mismo proceso de destrucción de riqueza y capital explica el hundimiento de la desigualdad interna de las sociedades europeas.

Sin embargo, más allá de este sistema negativo de conseguir la igualdad simplemente con la destrucción de la riqueza y el capital, después de la Primera Guerra Mundial, la Depresión

Global y, sobre todo, la Segunda Guerra Mundial, se buscó activamente una vía positiva que promoviera la igualdad. En todo el mundo se establecieron diferentes medidas de redistribución del capital, la riqueza y/o los ingresos, desde las más radicales de eliminar la propiedad privada en los regímenes comunistas, pasando por múltiples formas de redistribución de la riqueza (por ejemplo, el reparto de la tierra) y los ingresos (por ejemplo, el Estado de bienestar). Durante el período que va de 1914 hasta mediados de la década de 1970, y de forma más destacada a partir de 1945, se carecía de una potencia hegemónica mundial incuestionable, una sólida globalización económica y unos avances tecnológicos que transformaran la producción. También fue el período que se correspondió con la reducción de las brechas en y entre las sociedades.

A la hora de interpretar la cuádruple correspondencia dando prioridad a una de las cuatro variables sobre las demás, se pueden formular modelos lineales. Por ejemplo, si se considera que la innovación tecnológica es la principal variable, la disponibilidad de una tecnología innovadora se puede entender como una condición previa para conseguir que una potencia hegemónica mundial se imponga a todos los demás Estados en lo referente al poder económico, político y militar, además del atractivo cultural. Asimismo, la disponibilidad de tal tecnología se puede entender simultáneamente como una condición previa o, cuando menos, una condición facilitadora, para articular la economía mundial en la globalización, dadas sus aportaciones a la producción, el transporte, la comunicación y/o la información. Por último, un avance tecnológico genera o agrava la brecha de la desigualdad entre las sociedades y dentro de ellas, entre quienes tienen o no tienen acceso a las nuevas tecnologías innovadoras. El contraste entre las sociedades industrializadas y no industrializadas, así como la brecha de riqueza e ingresos entre los empresarios de las industrias y los obreros, ilustra este punto en lo que se refiere a la segunda mitad del siglo xix. En el caso de los últimos años del siglo xx, el vínculo



entre tecnología y desigualdad lo ejemplifica la división digital (véase más arriba, pág. 333).

Dada la poderosa fuerza innovadora de la tecnología, se puede caer en la tentación de aceptar esa serie de sucesos lineales regidos por la innovación tecnológica. Sin embargo, esa primacía tecnológica no excluye funciones esenciales para las otras variables. Por ejemplo, además de esta dinámica impulsada por la tecnología, la existencia de una potencia hegemónica capaz de estabilizar el orden mundial se puede considerar una condición previa necesaria para abrir el comercio del mundo y articular la globalización económica. A lo largo de la historia, las dos olas de globalización económica estuvieron precedidas por el auge de una potencia hegemónica mundial. Y, al contrario, la ausencia de una potencia hegemónica mundial coincidió con la desaparición de la economía globalizada. A su vez, una economía globalizada crea nuevas oportunidades a los que puedan beneficiarse de la apertura económica y, al mismo tiempo, causar perjuicios al resto. Esta globalización ha amplificado históricamente los niveles de desigualdades económicas absolutas dentro de las sociedades y entre ellas.

Pero, pese a todo, tales desigualdades socioeconómicas se pueden asumir no solo como el resultado de este proceso lineal, sino realmente como su propio punto de partida. Porque las condiciones previas para la mayor parte de los avances tecnológicos se producen en las sociedades y organizaciones más acomodadas del mundo: las que cuentan con recursos económicos y conocimientos punta y, por tanto, invierten en la enseñanza, la investigación y el desarrollo. De modo que las sociedades que ocupan los primeros puestos de la división global de la riqueza y el poder representan una cuna tanto para grandes avances tecnológicos como para potenciales candidatos a la hegemonía mundial.

Dicho esto, dar un giro para pasar de una interpretación tecnológica lineal a otra igualmente lineal cuyo punto de partida sea la desigualdad socioeconómica es menos útil que visua-



lizar el bucle de retroalimentación que interviene entre estas cuatro variables. La desigualdad socioeconómica, los avances tecnológicos, la hegemonía mundial y la globalización económica han estado girando conjuntamente, con un efecto final distinto a los de sus respectivos sumandos, como ha demostrado la sincronicidad de sus correspondientes tendencias. El avance tecnológico, la consolidación de una potencia hegemónica mundial, la globalización económica y las crecientes desigualdades fueron claramente en aumento entre 1851 y 1914 y a partir de la década de 1980. En cambio, esta sinergia estuvo ausente entre 1914 y la década de 1970.



DIAGRAMA 5. *El modelo lineal frente al sinérgico.*

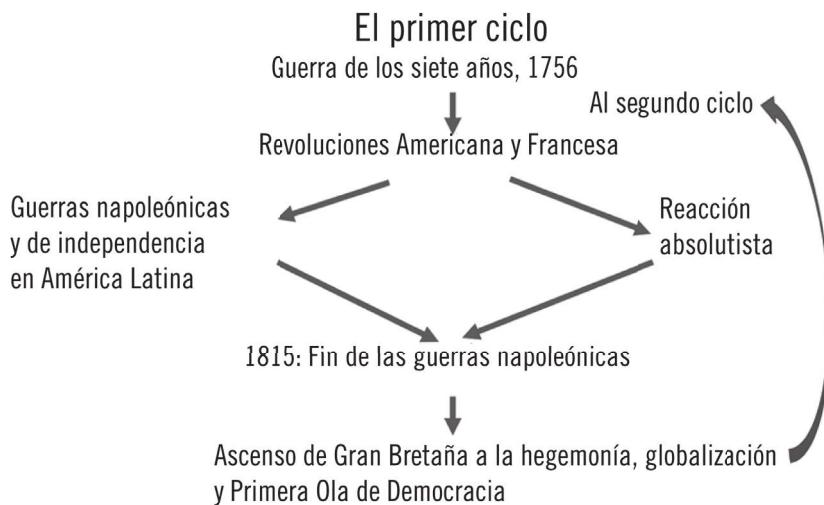
Aparte de estas sinergias, cada proceso se desarrolla según su propia dinámica. Por ejemplo, es verdad que un avance tecnológico era una condición necesaria para que una potencia hegemónica mundial alcanzara su privilegiada posición. Sin embargo, no fue así como se produjo el ascenso de Gran Bretaña o Estados Unidos a la condición de potencia hegemónica mundial. La llegada a la hegemonía mundial es un proceso político que se consigue con medios políticos o, más exactamente, con una definitiva demostración de fuerza de proporciones globales, concretamente una guerra mundial antes de la era nuclear o una «guerra fría» durante esta. Este proceso está estrechamente relacionado con las tendencias de los regímenes políticos, la

quinta variable, hasta ahora ausente del modelo de análisis de correspondencias.

Al trazar los vínculos entre el auge de las potencias hegemónicas mundiales y las tendencias de los regímenes políticos, también se puede observar un patrón claro y coherente. Tal patrón consiste en la siguiente secuencia: (1) una guerra imperial no decisiva (2) desencadena una revolución, que (3) provoca una reacción en su contra, así como (4) su difusión a otras sociedades. A continuación, (5) se produce una guerra imperial decisiva, tras la cual la potencia victoriosa se convierte en potencia hegemónica mundial. Y con el auge de la potencia hegemónica mundial (6) se forma una nueva ola de democracia. Este patrón de seis fases de ascenso a la hegemonía mundial y el auge de la democracia ha tenido lugar en tres ciclos.

Hegemonía mundial y regímenes políticos





El tercer ciclo



DIAGRAMA 6. *Ciclos de la hegemonía global y los regímenes políticos.*

El primer ciclo empezó en 1756 con el estallido de la Guerra de los Siete Años. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) dio origen al segundo ciclo. Por último, el tercer ciclo fue consecuencia de la Guerra Fría. Las nefastas condiciones en que se encontraron las sociedades implicadas en estos conflictos hicieron que estallara una revolución en una o más de ellas. De esta forma, la Guerra de los Siete Años está relacionada directamente con el inicio de la Revolución Americana, cuyos participantes se negaron a pagar la factura de esa guerra. La Guerra de los Siete Años a la que siguió la Revolución Americana, que Francia apoyó como revancha contra Gran Bretaña, también se relacionó con el avance de la Revolución Francesa después de que, en 1789, se reunieran los Estados Generales para discutir cómo pagar esas campañas.

La segunda vez que se dio esta relación entre «la guerra imperial no decisiva y la revolución» fue al cabo de más de tres años de guerra total entre julio de 1914 y el estallido de la Re-

volución Comunista en Rusia en noviembre de 1917. El tercer caso se desarrolló en plena Guerra Fría, con la aparición de la descomunal segunda oleada de Estados-partido antihegemónicos, el despliegue de la descolonización y el arranque de múltiples revoluciones en el Sur Global. Todos estos tres desarrollos revolucionarios se produjeron de forma casi simultánea y, en muchos casos, coincidieron. La secuencia de «descolonización-revolución-auge de los Estados-partido antihegemónicos», tal como la vivieron muchas sociedades, ejemplifica esas coincidencias.

Cada una de estas revoluciones que se produjeron tras unas guerras imperiales no decisivas potenciaron una de las ideologías más radicales de la época: el republicanismo y liberalismo en el mundo monárquico de 1756, el comunismo en el mundo capitalista de 1914 y diversas combinaciones de nacionalismo y socialismo en el mundo colonial del Sur Global a partir de 1947. Por su parte, estas tres rondas de revoluciones y el fomento de sus ideas provocaron una de dos reacciones. La primera era, efectivamente, pura y simple: una confrontación reaccionaria. Es decir, un rechazo forzoso de las nuevas ideas y una eliminación violenta de sus partidarios. Los monárquicos, los absolutistas, los conservadores, los lealistas (al rey) reaccionaron contra el republicanismo y el liberalismo. El siglo XIX ofreció un amplio campo de batalla para el enfrentamiento entre estas ideologías. El fascismo, el nazismo, el conservadurismo y el liberalismo reaccionaron contra el comunismo y sus defensores durante el segundo cuarto del siglo XX. El conservadurismo y el liberalismo, casi siempre en forma de dictadura militar y otros modos de autoritarismo, reaccionaron contra los Estados-partido antihegemónicos, con mayor intensidad entre 1955 y 1989.

La segunda reacción posible a las revoluciones fueron los intentos de difundirlas. El primer canal para tal difusión era ideológico. El republicanismo, el liberalismo, el comunismo y las combinaciones de nacionalismo y socialismo ganaron adeptos más allá de las fronteras de los estados en que se produjeron esas revoluciones. Los defensores de estas ideas intentaron fo-

mentarlas en sus propias sociedades. Esto es lo que hicieron los liberales alemanes en 1848 y los comunistas alemanes en 1918, por ejemplo. Esto es lo que hizo Nkrumah por primera vez en África (en Ghana, 1957), siguiendo las huellas que Nehru dejó en la India diez años antes. A veces, además, el Estado revolucionario exportaba su revolución más allá de sus fronteras. Supuestamente, Napoleón invadió Europa llevando consigo el mensaje republicano, aunque en la práctica también él había entronizado a varios monarcas. La Unión Soviética apoyó en diferentes grados los intentos revolucionarios comunistas de Alemania, Finlandia y Bulgaria. Nasser ayudó a la República Árabe de Yemen en su revolución y al Frente de Liberación Nacional (FLN) de Argelia a poner en marcha la lucha por la independencia.

Posteriormente, en medio de las convulsiones revolucionarias y reaccionarias, estallaba la guerra imperial definitiva. Resultado de la Revolución Francesa fueron las Guerras Napoleónicas con las que Francia pretendía aplastar a las dinastías absolutistas mientras estas querían hacer lo mismo con los franceses. La Revolución Comunista de Rusia condujo a la creación del Comintern, cuyo objetivo era exportar la revolución. Estos movimientos facilitaron la subida al poder del fascismo y el nazismo. Poco después, estos dos regímenes reaccionarios desencadenaron la Segunda Guerra Mundial. La segunda ola de Estados-partido antihegemónicos inspirados, respaldados o aplastados por la Unión Soviética se enfrentó país tras país a otros golpes militares apoyados por Estados Unidos. En 1980, la distensión entre las superpotencias (1969-1980) fue desplazada por el inicio de la Segunda Guerra Fría.

Por último, cada una de estas guerras imperiales decisivas entronizó a la potencia emergente de mayor poder como potencia hegemónica. Las Guerras Napoleónicas lo hicieron con Gran Bretaña, que estaba claramente en auge desde la Guerra de los Siete Años. La Segunda Guerra Mundial lo hizo con Estados Unidos, que se estaba claramente imponiendo desde la Primera Guerra Mundial. La Guerra Fría consiguió sembrar dudas sobre la hege-

monía de Estados Unidos pero la Segunda Guerra Fría aseguró su posición. Cada uno de estos tres ciclos (1756-1914; 1914-1945; 1947-1991) concluyó con el ascenso de una potencia hegemónica mundial y se correspondió con cada una de las tres olas de democracia. Cada uno de estos tres ciclos fue desencadenado por el antagonismo entre las dos potencias de mayor poder (Francia y Gran Bretaña; Gran Bretaña y Alemania; Estados Unidos y la URSS), cuya explosión acabó en una conflagración brutal.

¿Existen hoy en el horizonte desencadenantes de este tipo? ¿Descubriremos en retrospectiva que la Nueva Guerra Fría es la guerra no decisiva que inauguró el cuarto ciclo? ¿Podemos considerar que la Revolución de la Diversidad es la revolución que se difunde por todo el globo y contra la que se reacciona en medio del despliegue de esta guerra? ¿Se está preparando una guerra hegemónica decisiva y definitiva? Y, de ser así, ¿existe una potencia hegemónica mundial que vaya a imponerse como ocurrió en los tres ciclos anteriores? ¿Y cuál será esa potencia?

ÚLTIMA MIRADA AL PASADO: TRAYECTORIAS GLOBALES QUE HAN CRISTALIZADO EN CUATRO REGÍMENES GLOBALES

Sin dejar de lado las limitaciones, de la secuencia de acontecimientos complejos junto con los patrones subyacentes de seis trayectorias principales se pueden sacar dos conclusiones importantes acerca de cómo evolucionan las sociedades del mundo a lo largo del tiempo y a través del espacio. Los desarrollos de mayor trascendencia desde 1851 hasta hoy: la gira global del libre comercio y la ventaja comparativa tras las revoluciones Industrial y Democrática; la Primera Guerra Mundial, la Segunda y las guerras frías; la descolonización; el ascenso y la caída de una esfera contrahegemónica comunista con repercusiones para todo el mundo en ambos casos; y las recesiones y depresiones económicas globales (de 1873, 1929 y 2008, respectivamente). Todos ellos tuvieron un alcance global en tiem-

po real. Es decir, todas las sociedades del mundo se vieron afectadas por estos importantes acontecimientos de forma simultánea y consecutiva, con unos efectos más o menos duraderos en cada caso. En otras palabras, estos desarrollos de alcance global convirtieron a los últimos ciento setenta años de historia en globales en su ámbito espacial. Las sociedades del mundo, con todas sus singularidades y especificidades, experimentaron una historia compartida unificadora, aunque las consecuencias de estos mismos acontecimientos globales les afectaron en diferentes medidas y de diversas maneras.

Además, las sociedades del mundo no solo influían en los mismos importantes desarrollos y sufrían los efectos de estos de forma simultánea y subsecuente, sino que formaban parte y estaban embarcadas en las mismas tendencias generales expuestas en esta *Breve historia del presente*. Como tales, todas las sociedades mundiales participaron en la misma trayectoria dominante compuesta por la convergencia de estas cinco tendencias durante los últimos ciento setenta años. Todas las sociedades estaban sometidas a la notable sincronía con la que oscilaba la quintuple correspondencia, con su cadencia de expansiones y contracciones, de hegemonía mundial y globalización económica, de avance tecnológico, de cambios en las desigualdades socioeconómicas y en los ciclos de los regímenes políticos. Tanto es así que esta sincronía de los desarrollos y patrones globales nos permite visualizar cuatro regímenes globales que han gobernado sobre nueve generaciones globales durante los últimos ciento setenta años a lo largo del mundo.

Un régimen global consiste en una serie de supuestos, dominantes en todo el mundo, que determinan el modelo de sociedad que se desea, el reparto del poder en ella y el ámbito geográfico en el cual la actividad económica debe desarrollarse. Estos supuestos responden a las preguntas: ¿cuál es el modelo deseable de sociedad que se pretende construir?, ¿cómo repartir el poder en la sociedad?, ¿cuál es la unidad relevante en que ha de regir la economía?

Una forma de representar la distribución del poder en la sociedad es determinar en qué medida se concentra en cada uno de los tres principales sectores constituyentes que componen toda colectividad moderna: el conjunto de instituciones gubernamentales a cargo de la esfera política; los propietarios de los medios de producción y servicios que dominan la actividad económica; y una sociedad civil formada por la inmensa mayoría de los miembros de la colectividad agrupados en familias y organizaciones voluntarias, gobernadas por los organismos del gobierno y que trabajan y consumen los productos y servicios generados por la economía. A continuación, el ámbito geográfico de la actividad económica es una cuestión de escala que define las unidades que constituyen la diana de esa actividad: ¿las supuestas fronteras de la actividad económica se solapan con las del imperio o del Estado-nación, o son esos límites los que se han derribado con el fin de que las economías puedan ir más allá de las fronteras políticas? La decisión fundamental es si hay que proteger más, menos o nada la actividad económica local que se lleva a cabo dentro de las fronteras soberanas de la actividad económica procedente de cualquier otro sitio. En resumen: proteccionismo o liberalismo. Por último, dos claves para definir el modelo deseable de sociedad son el grado de tolerancia o intolerancia tanto de la desigualdad socioeconómica como de la heterogeneidad cultural. Es decir, ¿hasta qué punto son aceptables las desigualdades en los niveles de riqueza e ingresos entre los miembros de la sociedad?, ¿hasta qué punto son aceptables las variaciones en las identidades personales y colectivas?

A lo largo de la trayectoria global descrita por la quintuple correspondencia, se produjeron cambios importantes en las formas de entender y articular esos supuestos fundamentales. Definir quién ostenta el mayor grado de poder —el gobierno, los propietarios de los medios de producción o la sociedad civil—, determinar un marco económico cerrado o abierto y establecer los grados de tolerancia de desigualdad socioeconómica y hete-

rogeidad cultural aceptables resultaron en la constitución de cuatro regímenes globales que han estado rigiendo los destinos de las sociedades del mundo. Estos regímenes globales son: el liberalismo imperialista, el estatismo, el neoliberalismo y, actualmente, aún en proceso de formación, el demotarianismo etno-religioso-nacionalista (véase más arriba, págs. 397-398).



DIAGRAMA 7. *Cuatro regímenes globales, 1850-2023.*

1850-2020: CUATRO REGÍMENES GLOBALES

El liberalismo imperial, activo entre 1851 y 1914, gobernó un mundo repartido entre una docena de imperios (el chino, el otomano, el ruso, el alemán, el austrohúngaro, el británico, el francés, el belga, el neerlandés, el español, el portugués y el estadounidense); sus colonias (la mayor parte de ellas en África y el Sur y el Sudeste asiáticos), protectorados y dominios (por ejemplo, Nueva Zelanda, Australia, Canadá, Egipto y Hong Kong); y estados independientes integrados con fuerza en las redes de imperios informales (sobre todo las repúblicas oligárquicas de América Latina). Este régimen global era extremadamente jerárquico, con las metrópolis imperiales en la parte superior, las

colonias en la inferior y los protectorados, los dominios y los estados independientes integrados informalmente en los imperios en el centro de este esquema. En este régimen imperialista liberal, el poder estaba concentrado en manos de los imperios, a su vez dispuestos en orden jerárquico, con el Imperio británico a la cabeza de todos ellos. Dadas las ideas y políticas del libre comercio y la ventaja comparativa que esta potencia hegemónica aplicó a partir de 1851, se imaginaba que el ámbito geográfico de la actividad económica era global y trascendía las fronteras de las soberanías nacionales.

Tal objetivo se encontró con la oposición de las políticas proteccionistas de los dos imperios contendientes de mayor poder, el alemán y el estadounidense, además de con un interludio proteccionista tras la Gran Recesión de 1873. En general, sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, el mundo estuvo abierto sobre todo al libre comercio. En cuanto al modelo de sociedad que se deseaba, era como la estructura del poder mundial: una sociedad altamente jerárquica y muy tolerante con la desigualdad socioeconómica y muy poco o nada tolerante con la heterogeneidad cultural. Una de las tareas que el imperialismo se autoimpuso fue su misión civilizadora de difundir la cultura superior del imperio en el propio país y fuera de él, sin que importaran las consiguientes y flagrantes desigualdades socioeconómicas.

El estallido de la Primera Guerra Mundial marcó el principio del fin de la hegemonía mundial británica, la globalización económica y la Primera Ola de Democracia. Por entonces, la Segunda Revolución Industrial estaba firmemente asentada y un nuevo régimen global, el estatismo, empezaba a emerger apuntando a su consolidación en la década de 1930. En su fomento intervinieron la Primera Guerra Mundial, la Revolución Comunista en Rusia y sus repercusiones, la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. La desaparición del régimen estatista global empezó a mediados de la década de

1970, y en los primeros años de la de 1990, fue completamente desplazado.

Más que cualquier otro régimen global, el estatismo fue encarnado por una amplia variedad de regímenes políticos tan diferentes entre sí como los comunistas, fascistas y democráticos con sus economías de mercado. Pero, aparte de estas notables diferencias, existían elementos comunes fundamentados en los supuestos básicos sobre cuál es el centro neurálgico del poder, el tipo de inserción en la economía mundial y el modelo de sociedad que se deseaba. Para este segundo régimen global, el poder debía estar concentrado en manos de los Estados-nación. Este período coincide con el progresivo desmantelamiento de los imperios a partir de 1918, la independencia de las antiguas colonias, los protectorados y los dominios y la reafirmación de la soberanía nacional y la independencia económica por parte de Estados-nación ya existentes que habían sido atrapados en las redes de los imperios informales. En este régimen global, los Estados-nación ampliaron su radio de acción más allá de la simple esfera política para intervenir también en la economía y la sociedad. Con ello, los Estados-nación regulaban y controlaban las interacciones entre sus economías nacionales y la economía mundial más amplia, así como la dirección de la actividad económica doméstica. La excepción a esta tendencia fue la creciente injerencia de la nueva potencia hegemónica mundial —Estados Unidos—, que progresivamente consiguió hacer cada vez más incursiones en las economías de sus aliados y sus Estados satélite, restringiendo sus políticas proteccionistas y forzando la adopción de un comercio más libre. El intervencionismo del Estado se veía también en la falta de tolerancia tanto ante las desigualdades socioeconómicas como ante la heterogeneidad cultural. El régimen global estatista condujo a la Gran Compresión y al «crisol» (véase más arriba, págs. 260 y ss.).

A la Revuelta Global de 1968 le siguió una cadena de acontecimientos que conmocionó al régimen global dominante y culminó con la Revuelta Global de 1989. Durante esos treinta años,

el régimen global estatista se fue desmontando gradualmente para ser sustituido por el régimen global neoliberal, que en 1990 había cristalizado por completo. En este punto, el mapa del mundo estaba dividido en casi doscientos estados independientes, la mayoría de ellos heredados de la época del régimen global estatista. Estos Estados-nación siguieron en su sitio, pero perdieron gran parte de su poder sobre los propietarios de los medios de producción y los servicios, unos propietarios que, en su mayor parte, eran las grandes corporaciones. La función que el Estado había ejercido desde el estallido de la Primera Guerra Mundial en la activación y gestión de la economía y la sociedad fue reemplazada por un desmontaje de dichas competencias: la economía fue privatizada y desregulada, el gasto público disminuyó y, con ello, la redistribución de la riqueza y los ingresos mermó bruscamente. El vacío dejado por la retirada del Estado como principal depositario del poder social enseguida fue ocupado por instituciones internacionales, bloques comerciales regionales y empresas multinacionales. La desregulación también supuso la apertura de las economías nacionales a la economía global. Por último, igualmente radical fue la transformación que implicó el auge del régimen neoliberal global para el modelo de sociedad buscado en el cual destaca un alto grado de tolerancia tanto con la desigualdad económica como con la heterogeneidad cultural. De ahí que este régimen global fomentara la Gran Bifurcación socioeconómica, es decir, la polarización social, y la ensaladera cultural, es decir, el multiculturalismo.

El régimen neoliberal global sigue presente en gran medida. Sin embargo, desde la última recesión mundial, la emergencia de un nuevo régimen global empezó a hacerse más visible, alcanzando su preeminencia en la década de 2010, y sigue avanzando hacia su plena concreción en la de 2020. En este cuarto régimen global en auge, el demotarianismo etno-religioso-nacionalista (véase más arriba, págs. 397-398) está consolidando su presencia como centro neurálgico del poder mediante el papel intervencionista del gobernante —por lo general, un líder

populista y carismático— y, en diferentes grados, de su partido. No se trata en modo alguno de una vuelta a los Estados intervencionistas de la época del estatismo. Ahora, las corporaciones retienen e incluso aumentan su concentración del poder. Las intervenciones de quien gobierna en este nuevo régimen global emergente están orientadas, por un lado, hacia su perpetuación en el poder y, por otro, a ocuparse de los agravios que el régimen neoliberal infligió a su electorado. Para aquellos países que consideraban que el globalismo del régimen anterior fue perjudicial, la respuesta es el proteccionismo. Para los

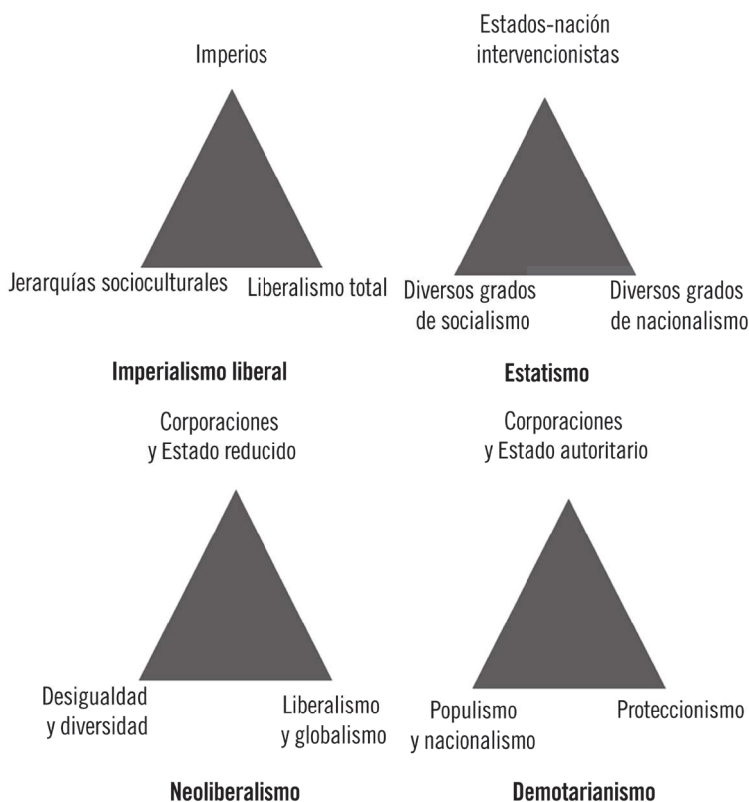


DIAGRAMA 8. *Los pilares de los cuatro regímenes globales.*

electores castigados por la creciente desigualdad socioeconómica y/o descontentos por la diversidad cultural, la respuesta es una intolerancia reaccionaria contra la flamante ensaladera cultural de la época anterior y la afirmación de nuevas formas de identidades etno-religioso-nacionalistas primordiales que en su día ocuparon el centro del crisol. La desigualdad económica raramente se aborda mediante políticas redistributivas reminiscentes de las de la era estatista.

En la época del imperialismo liberal, no había dos imperios, colonias ni dominios que fueran iguales. En la época del estatismo, existía una enorme diferencia entre los regímenes políticos. La implementación global del neoliberalismo fue el más completo, sistemático y homogéneo de los cuatro regímenes globales, con su epicentro en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial y sus principios unificadores grabados en piedra como el Consenso de Washington. Pero incluso entonces, cada país reconfigurado por el neoliberalismo tenía sus singularidades. De igual manera, ahora, cuando los múltiples regímenes autoritarios y democracias iliberales gobiernan sus economías y sociedades, mientras los regímenes democráticos son embestidos por fuerzas autoritarias e iliberales desde dentro y fuera, asoma claramente cierto grado de similitud entre diferentes países, aunque es evidente que cada uno de ellos tiene sus peculiaridades. Por tanto, está claro que hay mucho que decir sobre cada caso en términos particulares o, puesto en términos metafóricos, sobre cada árbol. De hecho, los estudios sobre cada uno de ellos no dejan de acumularse. Sin embargo, siguiendo esa metáfora, aún queda espacio para intentar comprender el bosque en su conjunto. Lejos de excluirse mutuamente, el estudio de las singularidades de cada árbol no debe apartarnos del intento de visualizar el bosque en su conjunto.

Con una visión panorámica de los acontecimientos de mayor impacto acaecidos en todo el mundo, se ven con claridad los patrones recurrentes y los cuatro regímenes globales subyacentes que han gobernado las sociedades mundiales durante los



últimos ciento setenta años. La prueba del *pudding*, dice el proverbio inglés, es probarlo. En nuestro caso, para probarlo sirve el siguiente ejercicio: observe el lector un mapa del mundo. Elija un país, posiblemente el suyo propio. Considere su trayectoria. ¿Se ajusta a la secuencia de los cuatro regímenes globales? Repita el ejercicio cuantas veces desee, cuantas más mejor. Obviamente, serán necesarios múltiples matices y reservas, con pequeños ajustes del tiempo del inicio y el final de cada época. No hay duda de que habrá que especificar más. Pero, en general, podemos apreciar en qué medida la sincronía temporal tuvo un alcance total, de modo que las trayectorias expuestas en la *Breve historia del presente* son realmente globales. Todos estamos embarcados en estas trayectorias que nos han traído hasta el momento actual.

UNA MIRADA AL PRESENTE, ¿Y AL FUTURO?:

PATRONES GENERALES Y ALGUNAS CUESTIONES CANDENTES

En el presente, y posiblemente en el futuro cercano, nos toca lidiar con el demotarianismo etno-religioso-nacionalista como régimen global emergente. Una visión panorámica de los últimos ciento setenta años con el fin de abordar cuestiones relativas a la evolución de los regímenes políticos evidencia el notable desarrollo estelar por el que ha pasado la democracia para ganarle terreno al perenne autoritarismo. Sin embargo, la trayectoria histórica también demuestra que el auge global de la democracia, lejos de seguir una línea recta constante, ha sufrido importantes reveses, entre los años veinte y cuarenta, los sesenta y setenta del siglo pasado y ahora mismo. Los regímenes democráticos echaron raíces profundas y alcanzaron un estatus permanente solo en las sociedades situadas en el vértice de la pirámide mundial de la riqueza y el poder: los países del Atlántico Norte y sus dominios (por ejemplo, Australia y Nueva Zelanda). Para el resto del mundo fue, o bien una fluctuación recurrente



entre períodos dictatoriales y democráticos (por ejemplo, las repúblicas de América Latina y las repúblicas africanas), o dictaduras constantes (por ejemplo, Rusia, Asia central y China), con la notable excepción de la mayor democracia del mundo: la India. Solo con la Tercera Ola de Democracia este tipo de régimen se ha generalizado en todo el globo. Muchos de los logros de la Primera Ola de Democracia y la mayor parte de los de la segunda fueron arrasados por olas no democráticas. En este sentido, no parece que la Tercera Ola de Democracia vaya a ser distinta.

Además, a pesar de que la Tercera Ola de Democracia se fue extendiendo en las décadas de 1990 y 2000 a muchos países, existían sólidas limitaciones a su naturaleza democrática. En primer lugar, las elecciones democráticas están mediatizadas por los grupos de interés y la financiación de los comicios. Esto permite que el gran dinero hable en voz muy alta a través del poder de la publicidad para manipular al electorado. En segundo lugar, en el contexto de una economía global intercontinental estrechamente interdependiente, el margen de que los gobiernos elegidos disponen para maniobrar libremente en la toma de decisiones políticas ha sido y es muy limitado. Actualmente, la confluencia de los efectos de Internet, los medios sociales, las «noticias falsas» y los algoritmos de la Revolución de la Inteligencia Artificial que identifican la razón de que cada uno actuemos como lo hacemos abre un sofisticado espacio para manipular con mayor eficacia los resultados electorales. Tal manipulación la ejercen los partidos políticos que contienden en el seno de una democracia, pero también Estados extranjeros dispuestos a inmiscuirse en el destino de otros países. De modo que las democracias de la tercera ola se enfrentan hoy a una perjudicial oscilación que se aparta de la democracia, como ya ocurrió anteriormente, pero que ahora se suma al impacto de estas nuevas herramientas tecnológicas que dan aún mayor vigor a las prácticas antidemocráticas.

Esta preocupación por la función de las nuevas tecnologías en la vida política actual y la futura se puede equiparar a inquietu-

des similares relativas a la vida social y económica. Esta evolución de la revolución tecnológica también se muestra como un medio para agudizar las desigualdades socioeconómicas. En el más distópico de los escenarios, se espera que estas desigualdades alcancen niveles cualitativos sin precedentes. Para algunos comentaristas, tales desigualdades pueden provocar no solo un enfrentamiento entre las clases sociales, sino entre diferentes especies humanas: una derivada de una nueva clase que no tiene utilidad alguna; la otra, de las oligarquías gobernantes. Al seguir el rastro de la interacción entre la innovación tecnológica y la desigualdad a lo largo de ciento setenta años, se observa, en efecto, una estrecha correspondencia entre las revoluciones tecnológicas y el ensanchamiento de las brechas socioeconómicas.

Este fue el caso de la Revolución Industrial, que consolidó una estructura urbana social piramidal, y el de la Revolución de la Información, que añadió una división digital a las acumuladas desigualdades socioeconómicas. Pero, pese a todo, las sustanciales innovaciones que trajo consigo la Segunda Revolución Industrial coincidieron con un período en que las brechas socioeconómicas se redujeron. En cierta medida, tal resultado era intrínseco a los tipos específicos de innovaciones tecnológicas que llevaron a la producción en serie y, por tanto, exigían la redistribución de la riqueza para que fuera posible el consumo masivo y el ciclo empresarial tuviera éxito. Pero la reducción de las desigualdades sociales y la importante ola de innovación tecnológica fueron también consecuencia de unas políticas gubernamentales destinadas con decisión a tal propósito. Así pues, lo que demuestra esta secuencia de interacciones entre las tres principales olas de innovaciones tecnológicas anteriores y las fluctuaciones de las desigualdades socioeconómicas es que corresponde a la voluntad política determinar cómo las innovaciones van a afectar a las desigualdades. Al igual que cuando se produjeron todos los anteriores avances tecnológicos, las economías más sólidas pueden afianzar aún con mayor fuerza

en su trono a los propietarios de los medios de producción y alejarlos todavía más del resto de la sociedad. La alternativa es que los frutos de las tecnologías más avanzadas se pongan al servicio del conjunto de la sociedad.

Otra causa de la desigualdad socioeconómica es la globalización de la economía. Con el desarrollo de la globalización, han emergido a la vez una élite empresarial global, una clase media global y un precariado global. Un amplio abismo separa a estas tres clases globales. Actualmente, la globalización se enfrenta a un contragolpe proteccionista cuyo epicentro inicial fueron las políticas de «América primero». La trayectoria de los últimos ciento setenta años demuestra que la globalización va y viene en sincronía con el declive de la potencia hegemónica global. Justo cuando la espiral descendente de medidas proteccionistas parecía llegar a una tregua, cuando no a su fin, el brote de la epidemia del Covid-19, con sus repercusiones económicas inmediatas y a largo plazo, planteó un problema más. La moraleja del pasado respecto a la globalización es que, para sostenerla, hay que hacer esfuerzos de colaboración.

El período anterior de desglobalización económica (1929-década de 1970) fue testigo de una importante reducción de las desigualdades socioeconómicas en y entre las sociedades, la llamada Gran Compresión. Las circunstancias, sin embargo, eran completamente distintas. Por entonces, las brechas se cerraron debido simplemente a la devastación provocada por dos guerras mundiales; a los intentos deliberados de todo el Sur Global de industrializarse y ponerse al día; y, por último, pero igualmente importante, a las políticas redistributivas de la riqueza y los ingresos a las que se recurrió en todo el mundo. En el momento actual, a medida que la globalización se detiene, las desigualdades socioeconómicas siguen aumentando. El comercio justo es mejor que el libre comercio para disminuir las disparidades entre las sociedades, mientras que las políticas redistributivas han demostrado ser la mejor forma de hacer lo mismo en el ámbito nacional.

El tratamiento de la globalización también tiene importantes repercusiones en cómo afrontar el cambio climático. Para resolver este problema de índole global, es necesaria una mayor colaboración mundial. También se requiere más globalización para difundir la advertencia sobre las principales fuentes de contaminación que provocan el cambio climático, empezando por la industria ganadera. Sin embargo, paradójicamente, también es necesaria *menos* globalización. El consumo de proximidad y viajar menos para reducir la huella de carbono del transporte son actuaciones obligatorias. Es decir, consumir de forma responsable, «rechazando, reduciendo y reutilizando» artículos de consumo con el fin de disminuir las emisiones perjudiciales.

Actualmente, el cuestionamiento y los mayores riesgos para la economía globalizada y también para la democracia global van a la par de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Por esta *Breve historia del presente*, sabemos que la globalización económica se puede evaporar si se acaba la hegemonía mundial; lo mismo se puede decir de la preeminencia de los regímenes democráticos. Sin embargo, sabemos por patrones anteriores que cuando se desarrolla esta triple correspondencia, las desigualdades económicas menguan, algo que no está ocurriendo en la actualidad, pues estas no dejan de aumentar. También sabemos que el declive hegemónico va precedido del desplazamiento del liderazgo tecnológico, algo que no le está ocurriendo a Estados Unidos, por mucho que la competencia tecnológica sea más ajustada de lo que jamás haya sido. Los patrones o modelos tienen sus límites, pero pueden servir de orientación por su capacidad heurística.

En lo que al presente y al futuro de la hegemonía mundial se refiere, de momento, parece que, en efecto, hemos iniciado un cuarto ciclo (véase arriba, pág. 431). Ahora mismo estaríamos en plena fase (1) de la disputa hegemónica no decisiva. La posesión de armas nucleares ha convertido a la Segunda Guerra Mundial en la última de alcance global, de momento. De ahí

que, durante el tercer ciclo, las disputas hegemónicas, decisivas o no, adoptaran la forma de «guerras frías» con contiendas indirectas en lugar de mundiales. La actual situación internacional, en los inicios de este cuarto ciclo, también se puede considerar una guerra fría renovada, con un estallido de contiendas indirectas en Georgia (2008), Siria (2011-2020) y Ucrania (primera fase, 2014-2022). Estados Unidos no participó de manera decisiva en ninguno de estos tres conflictos. Rusia se lanzó con determinación y prevaleció en los tres. Esta dinámica cambió drásticamente con la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, en que la determinación rusa pasó a ser osadía y la reticencia estadounidense determinación, con toda la OTAN por detrás.

Al mismo tiempo, la confrontación por la hegemonía viene adoptando la forma de una escalada de las tensiones económicas y militares entre Estados Unidos y China, que saltaron por los aires con el estallido de una auténtica guerra comercial después de cuarenta años de colaboración sostenida desde 1979. Era evidente que Estados Unidos había perdido la preponderancia económica que lo distinguía del resto del mundo en 1945 así como el claro liderazgo que lo convirtió en la potencia hegemónica mundial indiscutible en 1990. El reconocimiento de estas dos pérdidas forma parte de lo que hay detrás de la idea de «Hacer que América vuelva a ser grande». La administración de Trump ha abordado la disminución de la competitividad económica de Estados Unidos con políticas proteccionistas, lo cual implica el reconocimiento de la pérdida de la posición hegemónica, ya que una potencia hegemónica mundial indiscutible fomenta el libre comercio («vamos todos a competir y que nosotros solos —la potencia hegemónica mundial— prevalezcamos») (véase más arriba, pág. 435). A su vez, se ha retirado del acuerdo comercial Trans-Pacífico y ha renegociado el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Además, exigió de sus aliados políticos y militares (por ejemplo, la OTAN, Japón, Corea del Sur) que paguen una parte mayor de la factura militar. Desde la perspectiva de los aliados, tales exi-



gencias pueden ser percibidas como una necesidad económica, pero también reflejan y agudizan la pérdida del liderazgo político debida a rápidas retiradas militares (de Siria, Irak, Afganistán), que ponen en peligro el futuro de los antiguos aliados. Sin embargo, pese a todas estas considerables pérdidas, su desmoronamiento y las reacciones de los contendientes, competidores y descontentos aliados, Estados Unidos sigue siendo la potencia hegemónica mundial. La fase actual de la guerra en Ucrania iniciada por la invasión rusa de febrero de 2022 ha confirmado dicho liderazgo ante los ojos de los aliados de Estados Unidos y del mundo entero.

En lo que se refiere a los contendientes, por tanto, la lista la encabeza Rusia, un Estado militar y geoestratégico poderoso, como lo ha sido durante más de dos siglos, al mando del tercio oriental de Europa y la mitad septentrional de Asia. Los imperios marítimos creados por las potencias atlánticas tuvieron su proceso de descolonización; en cambio, no ocurrió lo mismo con el Imperio continental ruso. Consecuencia: el mayor país de la Tierra. El equivalente sería, por ejemplo, España mientras mantuvo las Américas, desde California a la Tierra del Fuego. Sin embargo, la economía de este poderoso estado depende en gran medida de sus recursos naturales, que posee en grandes cantidades, quizás hasta un tercio del total del planeta. Rusia es fundamentalmente una economía exportadora de gas y petróleo con una industria armamentista excelente y de grandes proporciones. Estos son sus puntos fuertes, pero también sus limitaciones.

Los puntos fuertes de China van mucho más allá de los de Rusia, con una economía que, después de crecer a una media anual del diez por ciento durante treinta años, se ha convertido en la segunda mayor del mundo. Si hay una característica destacable de las potencias hegemónicas mundiales antigua y actual es que, en su momento, han sido la «fábrica del mundo». En esto se ha convertido China. Sin embargo, Gran Bretaña y Estados Unidos alcanzaron tal posición durante la era industrial,



mientras que China asumió este papel en la era posindustrial, cuando las fuentes de mayores riquezas y poder están en otro sitio. No obstante, durante más de diez años, la economía china, aunque siga siendo el principal centro de producción industrial, también se ha movido más allá del desarrollo de su sector industrial. Una de las direcciones que ha seguido el crecimiento ha sido la del sector financiero, con sus inversiones en todo el mundo. La otra dirección se ha encaminado a situar sus industrias en peldaños superiores de la escalera tecnológica, consiguiendo que las industrias de alta tecnología ocupen los puestos más altos.

Sin embargo, la insistencia en el ascenso y las perspectivas de China como futura potencia hegemónica mundial no tiene del todo en cuenta los problemas ocultos bajo ese visible éxito. El crecimiento económico de China se está ralentizando. Desde la década de 2010, el crecimiento anual del PIB ha sido de un solo dígito y bajó hasta el seis por ciento en 2019, el año anterior a la pandemia del Covid-19, cayendo por debajo del tres por ciento en 2020 y 2022 y esperando su estabilización entre el cuatro y el cinco por ciento para el resto de la década. La mayor parte de las economías se sentirían más que satisfechas con tal índice de crecimiento. Pero no necesariamente la población china, que ha asegurado su tolerancia a un régimen autoritario siempre y cuando los beneficios económicos sigan creciendo. ¿Podría ser que una ralentización continua y que, quizá, se vaya agravando, alterara la postura ciudadana de tolerancia incuestionable al régimen autoritario del Partido Comunista?

En los márgenes de China, la contienda es manifiesta en Hong Kong y notable en la región de Xingjian, basada en la absoluta represión de la población uigur. Incluso en el caso de que la economía fuera lo suficientemente satisfactoria, el daño ecológico seguirá agravándose, por lo que provocará desafección con un régimen cuyo éxito económico no puede comprar aire respirable para sus súbditos. En resumen, los términos estándar del debate sobre el futuro de la hegemonía mundial tienden a

poner el énfasis en el declive de Estados Unidos y el auge de China. Pero se impone una reflexión al respecto: China sufre sus propios declives.

Un problema de mayores proporciones para la hegemonía mundial de Estados Unidos sería una alianza estratégica entre estos dos poderosos Estados: Rusia y China. Esta relación triangular se desarrolló con fuerza en las anteriores rondas de la disputa hegemónica. La victoria del Partido Comunista en la Guerra Civil china (1949) fue un importante estímulo para la Unión Soviética y una preocupación no menos importante para Estados Unidos, que a partir de entonces se ha implicado aún con mayor intensidad en Asia oriental. Sin embargo, la visita de Richard Nixon a China en 1972 agrandó la brecha entre las dos potencias comunistas alejadas desde la división chino-soviética que empezó a evolucionar en 1956. En 1979, la diplomacia estadounidense redibujó el mapa de las alianzas estratégicas al excluir a la China comunista de la esfera soviética y situarla en el campo hegemónico.

En estos momentos, somos testigos de un proceso que actúa de forma inversa, con Rusia y China acercándose progresivamente al tiempo que se alejan más de Estados Unidos. La consolidación de esta alianza representa a la vez un reto mayor para la hegemonía mundial de Estados Unidos y una reiterada confirmación para los regímenes y los partidos autoritarios de todo el mundo dispuestos a unirse en torno a esta poderosa coalición autoritaria. Tales socios estarían dispuestos a acoger el sueño autoritario, el único que esta asociación estratégica parece ofrecer: no existe ningún «sueño ruso» y el «sueño chino» está hecho exclusivamente a la medida de los chinos.

En este proceso de una alianza estratégica ruso-china, la Unión Europea (UE) podría haber desempeñado un papel importante. Como gran consumidora de las exportaciones de petróleo y gas rusos, la UE podría haber sido un contrapeso a la seductora aceptación de una alianza estratégica con China. Para que así ocurriera, la UE debería haber articulado una política exterior

que esté unificada desde dentro y sea independiente de Estados Unidos. De haberlo logrado, no solo hubiera podido arrancar a Rusia de los brazos de su alianza de conveniencia con China. La Unión Europea, la mayor economía del mundo, centro neurálgico de la investigación y el desarrollo con la vista puesta en una economía que deje atrás a los combustibles fósiles, se podría haber convertido en candidata a potencia hegemónica mundial por mérito propio. Y, si no a potencia hegemónica, al menos a ser una cuarta contendiente por la hegemonía mundial.

Tal escenario podría haber transformado el orden mundial hegemónico en otro genuinamente multipolar, con cuatro Estados importantes colaborando y compitiendo de forma simultánea en configuraciones múltiples y cambiantes: China en su constante vaivén de colaboración con Rusia y Estados Unidos; Rusia con China y la Unión Europea; y Estados Unidos y la Unión Europea entre sí y con China. Estas colaboraciones multilaterales entre los dos bastiones de la democracia son posibles. Por otro lado, las democracias tienen una amplia historia de colaboraciones estrechas con regímenes autoritarios en los últimos ciento setenta años. La invasión rusa de febrero de 2022 ha revertido estas tendencias y posibilidades, descartando drásticamente este escenario. En cambio, se han consolidado dos alianzas estratégicas: Estados Unidos y la UE, hegemónicos y democráticos, en el Atlántico Norte; Rusia y China, antihegemónicos y autoritarios, en Eurasia. La confrontación entre estos dos bloques hoy determina la forma de la disputa hegemónica no decisiva en el marco de la guerra en Ucrania, instancia crucial de guerra indirecta en la Nueva Guerra Fría.

De acuerdo con el patrón recurrente en tres ciclos previos, esta instancia posible de nueva guerra hegemónica no concluyente podría resultar en una revolución con repercusiones de carácter global, tal como lo fueron las revoluciones americana y francesa en el primer ciclo, la rusa en el segundo, y la descolonización del Sur Global en el tercero. De entre las guerras indirectas de la Nueva Guerra Fría, que vienen confrontando a

Rusia y Estados Unidos, la Guerra Civil siria comenzó durante la Primavera Árabe, en la que se intentaron múltiples revoluciones. La mayoría de esos intentos acabaron en diferentes formas de fracaso: el caos en Libia, la guerra civil en Siria y Yemen, y la restauración del autoritarismo en Egipto y Siria y, con toda probabilidad, también en Libia y Yemen. Esta reafirmación de los regímenes autoritarios como reacción a esos intentos revolucionarios es, a su vez, parte del mayor aluvión de regímenes autoritarios y democracias iliberales en auge desde la década de 2010.

Por otra parte, la presente conflagración por la hegemonía mundial se está desarrollando a la par de otro desarrollo global con destellos potencialmente revolucionarios, aunque se trate de una revolución diferente en su naturaleza a las de los tres ciclos anteriores. Se trata de la revolución propulsada por una serie de ideologías más o menos convergentes que se las puede colapsar bajo la rúbrica genérica de la ideología de la diversidad, la equidad y la inclusión (DEI). No se trata de una revolución política, como en los tres ciclos anteriores, sino de una revolución sociocultural con implicaciones más radicales por confrontar premisas primordiales firmemente arraigadas en nuestras sociedades. Premisas ancestrales y atávicas tales como el patriarcado (que data de unos 5.000 años), la supremacía blanca (que data de unos 500 años), y la heteronormatividad. La confrontación contra cada una de estas lacras tiene larga data. La supremacía blanca ha sido confrontada desde finales del siglo XVIII por parte del movimiento abolicionista de la esclavitud durante un siglo hasta acabar con esa forma de discriminación y explotación contra la población negra en las Américas en 1888, con la abolición de la esclavitud en Brasil. Sin embargo, la discriminación racial continuó incólume motivando un creciente movimiento en favor de los derechos civiles de dicha población (ver arriba pág. 277). El patriarcado ha sido confrontado por los movimientos feministas desde mediados del siglo XIX. En sucesivas olas, dichos movimientos consiguie-

ron empezar a equipar las condiciones de las mujeres en relación con los hombres en lo referente a derechos políticos, laborales, personales, así como en cuanto a normas y roles sociales. El cuestionamiento de las premisas básicas de la heteronormatividad, es decir, concepciones según las que solamente existen dos géneros y las relaciones heterosexuales son las únicas apropiadas o preferibles, es más reciente. Salvo por algunos precedentes a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el movimiento de liberación gay data de la década de 1960, en la cual comenzó a impulsar la transición de la vergüenza socialmente impuesta al orgullo franco y abierto.

Estas tres familias de movimientos en favor de la diversidad, equidad, e inclusión, a pesar de sus orígenes dispares y divergencias múltiples comenzaron a confluír a partir de la década de 1960, cuando cada uno de ellos alcanzó nuevas cimas de movilización social en el contexto de la Revuelta Global del 68 (ver arriba, págs. 436 y ss.). En 1989, coincidente en el tiempo con la Revolución Global, fue acuñado el término de interseccionalidad en referencia al entrecruzamiento de discriminaciones originadas en los supremacismos clasistas, racistas, machistas y homófobos. En el presente, las plataformas digitales y medios sociales han dado un nuevo ímpetu a estos reclamos dándole mayor prominencia que nunca. Los femicidios y abusos sexuales dispararon movimientos globales tales como Ni Una Menos (2015) y #MeToo (2017), respectivamente. El asesinato de George Perry Floyd Jr., filmado durante los nueve minutos y medio de su ejecución y retransmitido globalmente, catapultó la atención que el movimiento Black Lives Matter venía suscitando desde su aparición en 2013 por el mundo entero. También los reclamos igualitarios de la comunidad transgénero se tornaron más prominentes de forma creciente durante la última década. En las sociedades gobernadas por regímenes democráticos y liberales, individuos, movimientos y organizaciones de la sociedad civil, medios de comunicación, corporaciones y gobiernos han ido haciéndose eco de las demandas de

diversidad, equidad e inclusión por desplazar las primacías racistas, sexistas y homófobas enquistadas en dichas sociedades. La atención adecuada a estas demandas requiere un replanteamiento de la división del trabajo, el capital y el poder en cada sociedad nacional y en la sociedad global. Con ello las vidas privadas y la vida de la esfera pública se verían radicalmente transformadas. Se trata, por tanto, de desarrollos potencialmente revolucionarios en sus consecuencias, aun siendo diferentes que las revoluciones políticas de los ciclos anteriores. Este potencial revolucionario ha disparado una intensa ola reaccionaria dedicada a confrontar las agendas DEI y a contraatacar aspirando a preservar y restituir las supremacías y sus privilegios. A su vez, en las sociedades regidas por regímenes autoritarios y democracias iliberales las agendas misóginas, homófobas, y xenófobas —en diferentes permutaciones según la sociedad de que se trate— reinan supremas.

De acuerdo con estos planteos, el cuarto ciclo de correspondencia entre confrontación hegemónica y oscilaciones de regímenes políticos basado en el modelo descrito (ver arriba, pág. 445) se vería así:



DIAGRAMA 9. *Ciclos de la hegemonía global y los regímenes políticos.*

Dado que la revolución DEI consiste en un proceso gradual (sí, otra “gradación”, ver arriba, pág. 332), es difícil datarla con precisión. Sin embargo, el asesinato de Floyd el 25 de mayo del 2020 sirve como referente de un nuevo momento de ímpetu sobresaliente. De aquí que, a diferencia del modelo abstracto y de los tres ciclos anteriores, la revolución no sigue a la guerra ni está causalmente relacionada con ella. Se trata de fenómenos paralelos y cercanos en el tiempo (la invasión rusa de Ucrania que abrió esta nueva fase de la guerra aconteció el 24 de febrero de 2022), pero totalmente independientes. Sin embargo, existen solapamientos que son de destacar. Por regla general, y con importantes excepciones, las fuerzas de la coalición que apoya a Ucrania, centralmente Estados Unidos, Gran Bretaña, y la UE, apoyan o al menos permiten la evolución de la revolución DEI. Entre las excepciones figuran gobiernos tales como el polaco de Mateusz Morawiecki, anti-DEI y pro-Ucrania, o a la inversa, tales como el gobierno argentino de Alberto Fernández o el brasilero de Lula da Silva, pro-DEI y filo-ruso-chino. Por otra parte, y de manera taxativa, el régimen ruso es un bastión intolerante opuesto a las agendas de la revolución DEI y así los son sus aliados también. De esta forma, la disputa geopolítica por Ucrania es a la vez una guerra indirecta en el marco de la disputa hegemónica en su fase no decisiva, al tiempo que una confrontación ideológica entre los ideales de la diversidad, la equidad y la inclusión frente al rechazo e intolerancia de estos. Esta colisión ideológica tiene además un correlato en el tipo de régimen político que rige en cada bando: democracias liberales en el primero, regímenes autoritarios en el segundo, con las democracias iliberales cayendo de uno u otro lado de la línea divisoria. Por último, las fuerzas iliberales en las democracias son anti-DEI mientras que las tenues oposiciones liberales bajo los autoritarismos son favorables a la revolución DEI. El resultado es la encrucijada contemporánea, que mantiene a muchas sociedades nacionales, particularmente aquellas bajo regímenes democráticos, divididas en partes casi iguales entre los que apo-

yan la agenda DEI como la forma actual de la revolución democrática permanente y sus detractores, simpatizantes de sus versiones locales del proyecto etno-religioso-nacionalista.

Estos son algunos de los lineamientos salientes de la encrucijada en que estamos metidos. *La breve historia de presente* pretendió mostrarnos cómo hemos llegado hasta aquí y cómo seguir pensando nuestro presente y nuestro futuro.

BREVE GLOSARIO DE TÉRMINOS BÁSICOS

GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA

La globalización económica es el proceso que crea una economía que funciona a nivel global a través de los flujos comerciales, de capital y de mano de obra. Estos flujos son posibles gracias a una combinación de políticas y tecnologías. Para que se produzca la globalización, las formas de gobierno por las que se rigen los mayores centros de producción, servicios y consumo de todo el mundo deben aplicar políticas liberales que permitan traspasar fronteras con amplia libertad. Al mismo tiempo, son necesarias infraestructuras y redes de información, comunicación y transporte de alcance global para que estos centros puedan mantener una interacción constante y duradera. Con el progresivo desarrollo de la globalización económica, las interacciones transnacionales y transregionales aumentan en relación con la cuota de interacciones locales, nacionales y regionales. Al mismo tiempo, este cambio transforma las economías domésticas al aumentar la producción de bienes y servicios para la exportación y reducir aquellos bienes y servicios que se pueden obtener a mejor precio mediante su importación. La financiación y la mano de obra para estos cambios de escala también se pueden obtener a través de estas mismas interacciones económicas transnacionales y transregionales. De esta forma, la globalización económica aumenta la proporción de toda la producción, las finanzas y el trabajo que cruza las fronteras internacionales.¹

La adopción de políticas neoliberales por la mayor parte de los Estados-nación de todo el mundo, a partir de la década de 1990, unida a la velocidad y el volumen de la información, la comunicación y el transporte que las nuevas tecnologías en telecomunicaciones, informática e Internet, el transporte aéreo y el de contenedores han hecho posibles, ha estado fomentando la globalización económica como nunca antes había ocurrido. Pero nuestra actual globalización económica, destacada desde los últimos diez años del siglo xx, tiene su precedente en el siglo xix, bien que a un ritmo y con un volumen diferentes. También entonces los avances que supusieron el telégrafo, el barco de vapor y el ferrocarril, así como infraestructuras como el canal de Suez y el de Panamá, facilitaron de modo hasta entonces desconocido el flujo de información, comunicación y transporte. Junto con las políticas liberales, estas innovaciones se tradujeron en flujos del comercio, el capital y el trabajo a escala global. Tanto fue así que la proporción de activos extranjeros como porcentaje del PIB mundial se acercó al veinte por ciento en 1910, mientras que la relación entre las exportaciones y el PIB mundial llegó a casi al diez por ciento en 1913, a las puertas del estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que marcó el principio del declive de esa globalización económica del siglo xix.

Todos estos porcentajes de la inversión extranjera y el comercio global se iban a alcanzar de nuevo en la década de 1990, cuando la *globalización* se convirtió en palabra de moda en los medios de comunicación de masas y la conciencia pública, como si nos encontráramos ante un fenómeno completamente nuevo. Sin embargo, lo que realmente se ha producido es que se ha levantado otra vez una nueva ola de un fenómeno ya existente, después de la obligada interrupción debida a las catástrofes del siglo xx: la Primera Guerra Mundial, la Segunda y la Guerra Fría. Tan largo y profundo era el valle de la desintegración comercial que dividía los dos picos de la globalización económica —el primero surgido en torno a 1850 y el segundo, en

torno a 1990—, que cuando el segundo pico estaba emergiendo, parecía que nadie se acordaba ya del primero. Así pues, el paisaje histórico de la globalización parece tener forma de U, con sus puntos más elevados surgidos entre la década de 1850 y 1914, y desde 1990 en adelante. Todo ello tiene su moraleja: la globalización llega, la globalización puede desaparecer. ¿Qué ideas puede inspirar la primera ola a la segunda?²

HEGEMONÍA MUNDIAL

La hegemonía mundial es la posición privilegiada de que disfruta el Estado más poderoso del mundo y le permite influir o forzar a otros entes políticos y establecer reglas, normas y valores para el sistema internacional. Este poder supremo se consigue uniendo la abundancia económica y el liderazgo político y el poder militar, además de la inspiración ideológica y el atractivo cultural. La potencia hegemónica mundial representa para la mayoría del resto de los gobiernos el horizonte deseable hacia el que fijar el rumbo, una imagen de cómo va a ser el mundo del futuro. Como tal, la potencia hegemónica mundial se convierte en un objetivo que los demás aspiran a alcanzar, incluso en el sueño de Estados y sociedades de todo el mundo. Sobre la base de este entramado de atributos, la potencia hegemónica mundial pasa a ser el principal modelo que otros Estados intentan imitar y con el que se sienten empujados a colaborar. La alternativa, para aquellos Estados y sociedades que no están dispuestos a ceder ante el hechizo de la potencia hegemónica mundial o tienen sus reservas al respecto, es el enfrentamiento, sea de forma abierta o encubierta; sea económica, política, militar, ideológica y/o cultural; o una combinación de todo ello.

Desde mediados del siglo XIX, ha habido dos ocasiones en que un estado alcanzó la hegemonía mundial y se enfrentó a múltiples cuestionamientos de tal condición. A partir de 1815, Gran Bretaña fue consolidando su hegemonía mundial después

de derrotar a la Francia napoleónica. En 1851, cuando Londres dejó boquiabiertos a quienes habían ido a ver la «Gran Exposición de los trabajos de la industria de todas las naciones», Gran Bretaña pasó a ser la potencia hegemónica mundial de pleno derecho. Una hegemonía, sin embargo, que fue cuestionada por el que en su día fue el principal aliado de Gran Bretaña en la coalición antinapoleónica: el Imperio ruso. Desde 1830, el imperio marítimo más poderoso y el mayor imperio continental llevaban enfrentados en un prolongado litigio conocido como el «Gran Juego»; lo que estaba en juego era nada menos que el control de Asia. En 1907, a la vista del auge y el creciente poder del Imperio alemán, los antiguos aliados se dispusieron a colaborar de nuevo, con el fin de sobreponerse a la amenaza de la más reciente potencia, que les llegaba desde el propio corazón de Europa. Por entonces, sin embargo, se estaba gestando una nueva confrontación hegemónica. En la secuencia de la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, el derrotado imperio del káiser y el Tercer Reich, respectivamente, pusieron fin a la hegemonía mundial de Gran Bretaña.

El final de la Segunda Guerra Mundial también marca la consolidación de Estados Unidos como la nueva potencia hegemónica mundial. Como antes, los antiguos aliados, la potencia marítima de mayor poder y el mayor imperio continental —ahora Estados Unidos y la Unión Soviética, respectivamente— iniciaron un persistente conflicto conocido como la «Guerra Fría» (1947-1989). Las apuestas por Asia eran de nuevo muy altas y derivaron en tres guerras devastadoras en China, Corea y Vietnam. Esta vez había apuestas por todo el mundo, y la mayor de todas ellas era el riesgo de la Destrucción Mutua Asegurada (DMA). Pero, pese a los muchos y formidables retos que este conflicto suponía, Estados Unidos mantuvo su hegemonía mundial durante toda esa contienda y parecía que se dirigía a nuevas alturas con el declive y la posterior caída de la Unión Soviética (1991). Sin embargo, en poco más de diez años, Estados Unidos se enredó en la Segunda Guerra del Golfo, socavando así su

posición de principal modelo que otros Estados intentan imitar y con el que se sienten empujados a colaborar.

Es interesante observar que el auge y la consolidación de las hegemonías mundiales de Gran Bretaña y Estados Unidos coinciden con el fortalecimiento de la globalización económica durante los dos picos de su trayectoria en forma de U. Asimismo el reto contra estas dos potencias hegemónicas provocó actitudes que cuestionaban la globalización económica. La consecuencia de la desaparición de la hegemonía mundial británica fue la desglobalización de la economía mundial. Es evidente que el papel protagonista de la potencia hegemónica mundial en la provisión de un horizonte motivador, influyendo en otros Estados o frenándolos, y fijando reglas, normas y valores para el sistema internacional, ha sido fundamental para el avance de la globalización económica. ¿Qué giro tomará la globalización actual como consecuencia del declive hegemónico de Estados Unidos?

DEMOCRACIA

La democracia es un régimen político basado en el imperio de la ley y en el que los ciudadanos participan en los procesos de toma de decisiones públicas, habitualmente mediante su voto en unas elecciones libres a las que concurren múltiples partidos políticos. Este régimen representa la personificación del liberalismo, la ideología que fomenta la separación del poder en sectores independientes del gobierno, los derechos a la propiedad privada y la economía de mercado y una sociedad abierta con las libertades políticas y los derechos civiles para todos los ciudadanos.

Este tipo de régimen político fue una excepción marginal durante la mayor parte de la historia humana hasta mediados del siglo XIX. Los Estados habían empezado a emerger hacía unos cinco mil años. El tipo habitual de régimen que los gobernaba era una forma u otra de autocracia. Una única autoridad

—el rey, el emperador, el general o el dictador— y un grupo muy reducido de subordinados supervisaban la toma de decisiones sobre asuntos públicos sin excesivo control ni responsabilidad para el resto de los humanos. Las cuentas se rendían exclusivamente a entes metafísicos como los dioses o el cielo, mientras que el conjunto de la sociedad estaba convencido o forzado a pensar que así debía ser. La democracia ateniense (desde el siglo v a.C. hasta la conquista de Grecia por parte de Macedonia en el año 322 a.C.) es la excepción más conocida de cinco milenios de gobierno autocrático. La República romana (509-27 a.C.) y toda una diversidad de instituciones legislativas representativas, iniciadas con las Cortes de León en 1188 hasta llegar el Parlamento de Inglaterra (1215-1707) y los Estados Generales franceses de 1789, representaron adicionales burbujas democráticas limitadas flotando en un mar autocrático.

No fue hasta las revoluciones americana (1776) y francesa (1789) cuando la toma de decisiones públicas empezó a evolucionar hacia electorados cada vez más numerosos. Fruto de la Revolución Americana fue la adopción de la Constitución de Estados Unidos (1787), que establecía las reglas para elegir un gobierno al tiempo que protegía los derechos y las libertades civiles de quienes no eran esclavos y el derecho al voto de los varones blancos y dueños de propiedades. La Revolución Francesa condujo a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano por la Asamblea Nacional Constituyente y la elección, por todos los varones, de un breve (1792-1795) cuerpo legislativo: la Convención Nacional.

Aparte de estas revoluciones, también se abrió un camino gradual hacia la democracia. En 1214, el rey Juan de Inglaterra perdió la mayor parte de sus ancestrales tierras en Francia, que pasaron al rey francés, Felipe Augusto, y se ganó el apodo de «Sin tierra». Por entonces, el rey Juan había gravado durante diez años la riqueza de sus barones con sus impuestos. En 1215, con su popularidad y su fuerza en su nivel más bajo, los barones le impusieron la Carta Magna, un acta constitutiva que

obligaba al rey a no poner impuestos sin el consentimiento de ellos. Este principio no solo supo dar con el camino revolucionario, como bien indica la exigencia de las Trece Colonias de «no impuestos sin representación». También echó sus raíces en el gradual crecimiento del poder parlamentario inglés. En un sentido más amplio, a lo largo de los siglos, las fuerzas parlamentarias encontraron en la Carta Magna un áncora y un pilar para recortar las reivindicaciones del poder absoluto por parte de los monarcas. Cuando las revoluciones aportaron incipientes alternativas democráticas a la dictadura monárquica en Estados Unidos y Francia, en Inglaterra el camino gradualista había llevado a la sustitución de la monarquía absoluta por una monarquía constitucional. La Revolución Gloriosa (1688) fue el trampolín crucial para que el Parlamento, constituido por representantes elegidos, limitara progresivamente el papel de los monarcas al de simples figuras decorativas. El Acta de Unión (1707) y las Actas de Unión (1800) ampliaron las competencias parlamentarias.

Estos puntos de partida revolucionarios y gradualistas posibilitaron el despegue de la Primera Ola de Democracia durante el siglo XIX. En su marco, la Revolución Americana entró en una nueva fase democrática, conocida como la democracia jacksoniana. El Partido Demócrata, liderado por Andrew Jackson, se impuso en las elecciones nacionales de 1828. Su elección representó el fin del monopolio de la élite socioeconómica y con estudios americana para el cargo de presidente. Además, el derecho a votar se extendió a la mayoría de los varones blancos. Entretanto, tres nuevas repeticiones de las revoluciones francesas en 1830, 1848 y 1871 sustituyeron el principio de la monarquía por la soberanía popular y establecieron la Segunda República y la Tercera. El sufragio universal de los varones quedó reconocido definitivamente en 1848. En el caso del gradualista Reino Unido, la Ley de Representación del Pueblo de 1832 casi duplicaba el número de votantes, hasta más o menos una quinta parte de la población masculina.

Mayor importancia tiene aún que, además de la ampliación social del reconocimiento del derecho al voto en los países democráticos, la primera ola también agrandó el espacio geográfico de la democracia. En su punto culminante, esta primera ola trajo consigo la emergencia de unos veintiséis regímenes democráticos en Europa, las Américas, Nueva Zelanda, Japón y Etiopía. Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial y hasta el final de la Segunda (1918-1945), la democracia estuvo en retirada y puso fin a la primera ola. No fue hasta la década de 1950 cuando la democracia comenzó a extenderse de nuevo, llegando a treinta y seis países democráticos en 1962 en todo el mundo. Esta leve recuperación democrática representó la Segunda Ola de Democracia.

El alcance fundamental, aunque limitado, de las dos primeras olas nos ayuda a apreciar la magnitud de la Tercera Ola de Democracia, en la que más de sesenta países de todo el mundo cambiaron sus regímenes autoritarios por otros democráticos. Partiendo del sur de Europa a mediados de la década de 1970, la ola siguió expandiéndose en la década siguiente por América Latina, el Pacífico asiático, Europa oriental y, a partir de 1989, el África subsahariana. La fuerza de esta tercera ola unida al legado de las dos anteriores invita a ver la historia del siglo xx como un avance sin descanso de la democracia sobre la dictadura. En los últimos años de ese siglo, la victoria de la democracia fue declarada nada menos que el final de la historia.

El estallido de la Primavera Árabe en 2011 parecía anunciar un nuevo eslabón de esta cadena de la tercera ola en una parte del mundo, Oriente Medio, a la que la democracia ni siquiera había rozado. Sin embargo, las protestas masivas en favor de la democracia dieron paso al regreso de las dictaduras. Casualmente, por entonces la democracia liberal había empezado su actual declive en todo el mundo. Como en el pasado, cada reflujo de una ola democrática coincidía con la nueva emergencia de regímenes iliberales. Cuando la Primera Ola de Democracia remitió, las dictaduras de la Europa y la América

Latina de entre guerras se consolidaron (1920-1945). Cuando la Segunda Ola de Democracia estaba alcanzando sus límites, proliferaron las dictaduras de toda Europa oriental, América Latina, África y Asia surgidas después de la Segunda Guerra Mundial (1945-1989). Actualmente, la retirada de la democracia no solo va de la mano del auge de las dictaduras, sino también de un divorcio entre los procedimientos democráticos y los valores liberales. Desde la primera ola democrática, democracia y liberalismo actuaron codo con codo; eran exactamente lo mismo. Ya no es así. Hoy (2023) los procedimientos electorales y gubernamentales democráticos que actúan en marcos constitucionales permiten la puesta en práctica de políticas, prácticas y una retórica iliberales que favorecen ideas tales como el conservadurismo, el nacionalismo, el etnocentrismo, la xenofobia, el proteccionismo económico y el aislacionismo, unas ideas que se mezclan con ataques a la división de poderes, los medios de comunicación, la libertad de expresión, las minorías, la oposición y el pluralismo. Esta tendencia actual va mucho más allá de los países con antecedentes democráticos preocupantes para hacer incursiones en los propios pilares en que está asentada la democracia, han mantenido los órdenes mundiales durante dos siglos y forjaron la globalización en forma de U: la Gran Bretaña del Brexit y los Estados Unidos de Trump. El creciente éxito electoral de la extrema derecha en Europa, ejemplificado por el Frente Nacional de Marine Le Pen, amenaza incluso el mismísimo lugar de nacimiento de la Revolución Democrática. ¿En qué condiciones florecieron las democracias o las dictaduras a lo largo de las fluctuaciones de los regímenes políticos?

LA DESIGUALDAD SOCIOECONÓMICA EN Y ENTRE LAS SOCIEDADES

La desigualdad socioeconómica se refiere a las disparidades en la distribución de la riqueza, los ingresos o ambos dentro de

una sociedad y entre sociedades distintas. En una determinada sociedad delimitada por sus fronteras nacionales, la desigualdad socioeconómica se suele medir por el llamado coeficiente de Gini, que va de 1 a 0. El número 1 representa la máxima desigualdad (toda la riqueza o todos los ingresos de ese país pertenecen a una única persona); el número 0 representa la máxima igualdad (cada miembro de la sociedad posee la misma cantidad de riqueza o recibe los mismos ingresos). En las sociedades equitativas, el coeficiente de Gini es tan solo de 0,3 o inferior. Tales sociedades se pueden visualizar gráficamente en forma de rombo: el grueso de la población se sitúa en el centro de la distribución de la riqueza, los ingresos o ambos, con pequeños grupos ubicados por encima o debajo de la mayoría. Cuando el valor del coeficiente de Gini sube por encima de 0,3 y, de modo particular, si pasa el umbral del 0,5, indica grandes desigualdades en la distribución de la riqueza, los ingresos o ambos. La mejor representación gráfica de una sociedad de este tipo es una pirámide, en la que el grueso de la población está en los niveles más bajos de la distribución de la riqueza y/o los ingresos. Muy por encima de ella, una pequeñísima minoría ocupa el vértice y una capa más o menos gruesa situada entre ambos niveles representa un tercer grupo de riqueza y/o ingresos medios. La trayectoria general de las sociedades del mundo en lo que respecta a la desigualdad socioeconómica durante los dos últimos siglos es la de transición de las estructuras sociales piramidales a las estructuras en forma de rombo, seguida por otra en sentido opuesto nuevamente hacia estructuras sociales piramidales. Las pirámides empezaron a convertirse en rombos a partir de la década de 1920 hasta mediados de la de 1970, cuando comenzó una vuelta a las pirámides. Es evidente e innegable que la desigualdad económica dentro de las sociedades ha ido aumentando globalmente a partir de mediados de la década de 1970. Por ejemplo, en 1920, en las economías más desarrolladas, el uno por ciento más rico que ocupaba la parte superior ganaba, dependiendo de los países, entre un doce y un

veintiocho por ciento del total de ingresos nacionales. En 1980, su cuota había bajado hasta el cuatro-once por ciento. En 2014, la cuota del uno por ciento superior había subido de nuevo hasta el siete-veintiuno por ciento.³

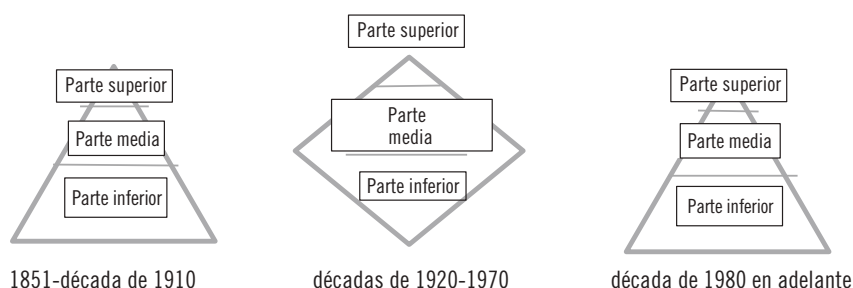


DIAGRAMA 10. *Las formas cambiantes de las estructuras sociales.*

La desigualdad económica entre las sociedades se mide por el producto interior bruto (PIB) per cápita ajustado por paridad con el poder adquisitivo (PPA) de cada sociedad del mundo. El PIB es el valor de todos los bienes y servicios finales producidos en un país cada año. Per cápita, o por persona, significa dividir el valor del PIB por el número medio de personas que viven en ese país en ese mismo año (las personas nacen y mueren, hay unas que llegan y otras que se van). La PPA mide el coste de comprar las mismas cosas en diferentes lugares, una especie de tipo de intercambio por el precio de la misma cesta de bienes y servicios en diversos lugares. Por ejemplo, el PIB per cápita de Egipto es de dos mil quinientos setenta y tres dólares americanos, mientras que el de Suiza es de ochenta y dos mil novecientos cincuenta dólares. Sin embargo, si se incluyen los precios de unos tres mil bienes y servicios en cada país, la brecha real entre estos dos PIB per cápita ajustados por PPA se sitúa en trece mil trescientos sesenta y seis dólares frente a sesenta y cuatro mil cuatrocientos noventa y nueve.⁴ Como ocurre con las sociedades individuales dentro de los límites de las fronteras naciona-

les, también la sociedad global compuesta por todos los estados del mundo se puede imaginar como una pirámide, cuando existen enormes disparidades entre los PIB per cápita de la mayoría de los estados situados en la base en comparación con los PIB per cápita muy superiores de los situados en la cima. Las pocas economías situadas en la parte superior cuentan con enormes cantidades de capital acumulado y tecnología punta; numerosas economías en la base, con poco capital y tecnologías obsoletas; y una cantidad variable de economías en la capa intermedia, con algún capital acumulado y cierta capacidad tecnológica. Las economías de la cima pueden ofrecer al mundo bienes y servicios que solo otras pocas pueden ofrecer, si es que hay alguna que pueda hacerlo. Tal situación supone que la competencia sea muy escasa o nula, y, por consiguiente, se aseguran enormes beneficios que siguen alimentando la espiral ascendente de la acumulación de capital y el desarrollo tecnológico. Las economías situadas en la base de la pirámide, por el contrario, dependen de la exportación de materias primas y/o bienes y servicios que muchas otras economías similares también ofrecen. La fuerte competencia deja escaso margen de ganancia, con lo que se perpetúa la espiral descendente de escasa acumulación de capital y progreso tecnológico. Las economías del centro se sitúan en un punto u otro a lo largo de ese espectro.

Las economías situadas en la cúspide de esta pirámide sostienen a unas sociedades con un gran porcentaje de su población que gana buenos salarios, altamente consumista, casi sin ningún tipo de explotación ni coerción. En cambio, las economías de la base solo se pueden permitir sociedades cuya mayoría de miembros son obreros escasamente cualificados que perciben ingresos muy bajos y consumen poco, unas sociedades donde la explotación y la coacción son elevadas. Las sociedades de la zona intermedia de la pirámide combinan, en diferentes proporciones, ambos escenarios a la vez. Desde un punto de vista institucional, las economías situadas en la cima de la pirámide global disponen de una amplia base fiscal sobre la que un

Estado poderoso puede gobernar con eficacia su ámbito nacional y simultáneamente buscar sus intereses en el extranjero al tiempo que proyecta su poder. En cambio, las sociedades de la base de la pirámide con sus limitados recursos están abocadas a un Estado débil y habitualmente corrupto, con un ejército cuya principal función es controlar y reprimir el descontento social doméstico. Así ocurre en particular en los estados pequeños. Los grandes pueden consolidar una amplia base fiscal gracias simplemente a su elevada población, aunque los ingresos per cápita sean relativamente escasos. La fuerza de los estados situados en la parte intermedia de la pirámide global varía según su situación en el espectro económico y su tamaño.

TABLA 9. *Desigualdades socioeconómicas entre las sociedades.*

	PIB per cápita ajustado a la PPA más de 35.000 dólares internacionales	PIB per cápita ajustado a la PPA entre 10.000 y 35.000 dólares internacionales	PIB per cápita ajustado a la PPA entre <2.000 y 10.000 dólares internacionales
Economía	Productos cuasi-monopolio, alta acumulación de capital, alto desarrollo tecnológico, dominan la economía mundial	Combina en diferentes medidas características de los otros dos grupos	Basada en materias primas y/o productos que se enfrentan a una dura competencia. Margen de ganancia más estrecho que el de los productos cuasi-monopolio. Baja acumulación de capital, bajo desarrollo tecnológico

	PIB per cápita ajustado a la PPA más de 35.000 dólares internacionales	PIB per cápita ajustado a la PPA entre 10.000 y 35.000 dólares internacionales	PIB per cápita ajustado a la PPA entre <2.000 y 10.000 dólares internacionales
Sociedad	Salarios elevados, alto consumo, baja explotación y baja coacción. Formulan el discurso que interpreta el mundo	Sociedades que varían dentro del espectro creado por los otros dos patrones	La mayoría de los miembros de estas sociedades son trabajadores escasamente cualificados, que ganan muy poco, consumen poco, sufren la explotación y la coacción
Política	Amplia base fiscal, burocracia eficaz, ejércitos poderosos y Estados fuertes cuyo objetivo es fomentar el bienestar de sus sociedades. Establecen las reglas del sistema interestatal	Sociedades que varían dentro del espectro creado por los otros dos patrones	Estados débiles y normalmente corruptos. El principal objetivo de los Estados débiles periféricos es reprimir a sus empobrecidas sociedades, a menos que sean Estados de grandes dimensiones

MAPA 20. *Desigualdad socioeconómica entre las sociedades.*

Desde la perspectiva de la desigualdad socioeconómica entre las sociedades, la estructura piramidal experimentó una transición muy limitada en el tiempo y en su alcance hacia una estructura en forma de rombo entre las décadas de 1940 y 1970. A partir de entonces, la estructura piramidal volvió a primar. Muchas sociedades mostraron una notable movilidad ascendente o descendente dentro de la estructura piramidal durante este período. Por ejemplo, se produjo una movilidad descendente en Europa occidental durante la primera mitad de la década de 1940, en la India y China hasta mediados de la de 1970, en América Latina a partir de la mitad de la de 1970 y en África de modo continuado. Los países del Atlántico Norte experimentaron una fuerte movilidad ascendente durante la segunda mitad del siglo xx, América Latina vivió una moderada movilidad ascendente entre las décadas de 1940 y 1960 y China, una intensa movilidad ascendente a partir de la década de 2000.

Dadas estas tendencias de la movilidad, ¿la sociedad global se está moviendo hacia una mayor o menor desigualdad socioeconómica? Dicho de forma abreviada, depende de si se adopta una vara de medir relativa o absoluta. Por ejemplo, en Estados Unidos, el PIB per cápita ajustado a la PPA ascendía a veinticinco mil novecientos cincuenta y seis dólares americanos en 1975; en China había subido hasta los mil cuatrocientos veinticinco dólares americanos. En 2016, el PIB de Estados Unidos ajustado a la PPA llegó a los cincuenta y tres mil quince dólares americanos; en China había subido hasta los doce mil trescientos veinte dólares americanos. En 1975, el PIB per cápita ajustado a la PPA de China representaba el cinco y medio por ciento del de Estados Unidos, mientras que en 2016 representaba el 23,2. En este caso, hubo una importante reducción relativa de la desigualdad socioeconómica entre los dos países. Sin embargo, la brecha de veinticuatro mil quinientos treinta y un dólares americanos de 1975 aumentó en 2016 hasta los cuarenta mil seiscientos noventa y cinco dólares. En este caso, se trató de un crecimiento absoluto (en términos de dólares) de la desigualdad entre ambos países.

Por último, por útil que sea el PIB per cápita ajustado a la PPA para visualizar la pirámide de la desigualdad social, esta medición se basa en la división del PIB de forma uniforme entre los miembros de la sociedad. Si este fuera el caso en la realidad, el coeficiente de Gini referente a la desigualdad socioeconómica interna del país en cuestión sería de cero. Sin embargo, los números de Gini han continuado subiendo durante más de cuarenta años en la mayoría de las sociedades (véase más arriba, pág. 464). Así pues, ante la creciente desigualdad interior de todos los estados del mundo durante las cuatro últimas décadas y la reducción de la desigualdad entre los países durante los últimos veinte años, cuando menos en términos relativos, ¿en qué estado se encuentra hoy la desigualdad social? ¿Cómo y por qué hemos llegado hasta aquí?

LAS INNOVACIONES TECNOLÓGICAS

La actual ola de innovaciones en los campos de la robótica, la inteligencia artificial, la nanotecnología, la computación cuántica, la biotecnología, la edición genética, el Internet de las cosas (IoT), las impresoras 3D, las tecnologías inalámbricas de quinta generación (5G), los vehículos completamente autónomos, la exploración de combustibles y sistemas de energía alternativos, y muchos más, es el eslabón actual de la larga cadena de la revolución tecnológica permanente iniciada por la Revolución Industrial. Desde el avance tecnológico fundamental que supuso el motor de vapor en los inicios del siglo XVIII, el de poder asimilar energía y transformarla en movimiento, el impulso de mecanizar cada vez más actividades humanas, así como sustituir tecnologías más antiguas por otras más eficaces, no ha dejado de acelerarse. En este impulso reside el proceso de innovación tecnológica desde los albores de la Revolución Industrial. Ha generado una larguísima lista de nuevas tecnologías que se fusionaron en cuatro grandes olas de tal magnitud que transformaron la vida social a escala global.

El punto de partida es la trascendental transformación en que unos motores de vapor acoplados a una imparable serie de máquinas, por ejemplo, bombas, telares, barcos y locomotoras, comenzaron a desplazar la fuerza de los músculos de los animales y los seres humanos, del viento y de las corrientes de agua. La producción de carbón, hierro y tejidos, así como el tendido de vías férreas y el establecimiento de líneas de navegación, son algunos de sus principales resultados. A mediados del siglo XIX, siglo y medio después de su comienzo, estas nuevas tecnologías habían transformado completamente las primeras sociedades en proceso de industrialización del Atlántico Norte y se hicieron famosas en todo el mundo. Esta Revolución Industrial original puso las bases de futuras innovaciones tecnológicas, no solo como el punto de partida que sentó precedentes sino, de

modo más trascendental, por alimentar una mentalidad deseosa de la investigación y el desarrollo continuos.

A continuación, una sucesión de avances tecnológicos adicionales a partir de la década de 1870 —entre ellos, la producción de acero, la síntesis de sustancias químicas, la electrificación, la telecomunicación y el transporte (el automóvil, el avión y la adopción de la gasolina como combustible del motor de combustión interna)— inauguraron una nueva fase en la historia de la Revolución Industrial. Unida a nuevos sistemas de gestión destinados a reducir el tiempo, los conocimientos especializados y el esfuerzo en la secuencia del trabajo productivo, esta Segunda Revolución Industrial hizo posible la producción en serie y el consumo masivo. La consiguiente incorporación de más innovaciones tecnológicas durante todo un siglo, hasta la década de 1970 —por ejemplo, el aprovechamiento de la energía nuclear y las primeras fases de la informática—, aumentaron el alcance, la profundidad y la diversificación de esta Segunda Revolución Industrial en más rincones del planeta, mayores sectores de las sociedades del mundo y aspectos adicionales de la vida cotidiana. En tan solo un siglo, la Segunda Revolución Industrial hizo realidad las promesas de la Revolución Industrial original.

Además, con las primeras incursiones en la informática, la segunda Revolución Industrial también sembró las semillas de la imparable tercera ola: la Revolución de la Información. El desarrollo de los ordenadores, que comenzaron a mejorar los procesos de fabricación mediante el procesamiento de la información y el automatismo, también permitió una nueva economía de los servicios. Esta economía se basaba en la información y la comunicación gracias a los ordenadores personales, las comunicaciones por satélite, los teléfonos móviles e Internet. En tan solo veinte años, en la década de 1990 nació una nueva economía de alta tecnología fundamentada en los conocimientos, también conocida como economía posindustrial. Otros veinte años de progresiva acumulación de mayores cantidades de da-

tos, el desarrollo de los algoritmos y más investigación y desarrollo desencadenaron la Revolución Industrial 4.0 que hoy vivimos. ¿Cuáles fueron las consecuencias de las tres anteriores olas de innovaciones tecnológicas? ¿Qué se puede aprender de todo ello al afrontar la cuarta?

EL CAMBIO CLIMÁTICO

La consolidación de la Revolución Industrial en torno a 1850 coincidió con el declive de la Pequeña Edad de Hielo. Más o menos, a partir del año 1300, varias regiones del planeta experimentaron, en diferentes momentos, períodos de temperaturas gélidas en algún punto a lo largo de los seis siglos siguientes. Un fenómeno que tal vez pueda ser explicado por la disminución de las poblaciones humanas debido a las conquistas y las epidemias de aquellos siglos. La devastación masiva ocasionada por las conquistas mongoles y la peste negra en Eurasia durante los siglos XIII y XIV y la extinción de la mayor parte de la población de las Américas tras las conquistas europeas a partir de 1492 provocaron un pronunciado descenso de la actividad agrícola. El paso siguiente fue la reforestación, que supuso un progresivo desgaste del dióxido de carbono de la atmósfera cuya consecuencia fue una bajada de las temperaturas. Estas explicaciones compiten con otras hipótesis, o las complementan, que apuntan a causas no humanas; por ejemplo, la disminución de la radiación solar, la mayor actividad volcánica, los cambios en la circulación de las corrientes oceánicas y las variaciones en la órbita del planeta y la inclinación axial.

Es interesante señalar que la explicación de la Pequeña Edad de Hielo basándose en causas humanas es similar, aunque asimétrica, a la interpretación que hoy se hace del actual calentamiento global: más personas, mayores emisiones de gases de efecto invernadero (dióxido de carbono y metano), con menos masa arbórea que afecte al carbono. Sin embargo, en lo que res-

pecta al calentamiento global contemporáneo, sabemos a ciencia cierta que este es provocado por la actividad humana. En la era industrial, la actividad humana ha causado progresivamente la subida de las temperaturas globales. Algunos de los efectos del calentamiento global son el deshielo de los glaciares, que afecta a muchas especies y provoca una subida del nivel de los mares que pone en peligro a las ciudades costeras donde vive la mayor parte de la población del mundo; los cambios regionales de las precipitaciones, responsables de inundaciones y sequías; fenómenos climáticos extremos más frecuentes como las olas de calor, períodos monzónicos prolongados y huracanes y tifones de mucha mayor fuerza; efectos relacionados con el calor y las plagas en la agricultura, la desertificación y la extinción de especies.

El cambio climático ha sido una característica constante del planeta Tierra. El actual calentamiento global ha desplazado a la Pequeña Edad de Hielo, que desplazó al Período Cálido Medieval (950-1250), que reemplazó a la Última Pequeña Edad de Hielo de la Antigüedad (536-660), que hizo lo mismo con el Período Cálido Romano (250 a.C.-400 d.C.), etc. La novedad del actual cambio climático es su simultaneidad en todo el globo y su indiscutible origen en las actividades humanas.

AGRADECIMIENTOS

A Perry Anderson, William McNeill, Charles Tilly e Immanuel Wallerstein, a quienes no conozco personalmente, pero de quienes intenté aprender a pensar en grande, y a Yuval Harari, quien, sin pretenderlo, me mostró cómo escribir de manera (más) accesible.

A mis colegas y alumnos de la Universidad de Pittsburgh, la Universidad Hebrea de Jerusalén y de todo el mundo, por su estímulo intelectual.

Gracias de corazón a Raja Adal, Shigeru Akita, Yoshiko Ashiwa, Rudrajit Banerjee, Gibran Bautista y Lugo, José Ignacio Díez, Mariano Esteban de Vega, Genevieve Galan Tames, Claudia Adela García Rojas, Gerardo Gurza, Michel Gobat, Bernd Hausberger, Mariko Iijima, Daniel Kent Carrasco, Miyuki Kobayashi, Sandra Kuntz, Jonathan Lewis, Sandra Ataíde Lobo, Héctor Maldonado Félix, Malgorzata Markoff, Iñaki Martín Viso, Guillermo Mira Delli-Zotti, Mauricio Meglioli, Fabio Morales, Raúl Moreno Almendral, Scott Morgenstein, Bo Young Park, Stanley Payne, James Pickett, Carlos Riojas López, Israel Sanmartín, Boram Shin, Matilde Souto Mantecon, Tornike Sreseli, John Tortorice, David Wank y Moshe Zimmerman, por su entrega y ayuda.

Gracias en especial a Reid Andrews, Benjamin Kedar, Ezequiel Lein y John Markoff, por su amistad y su implicación en mi trabajo. Con todo mi afecto, gracias a las familias Ejdem, Olstein, Zaselsky y Lerner, por su cariño y su apoyo, y a mi querida familia —Irit Lerner-Olstein, Racheli, Ariel y Maya Holshtein—, por el gozo y la alegría de nuestra vida conjunta.



NOTAS

CAPÍTULO I. TODOS FUIMOS BRITÁNICOS

1. 3.200 millones de personas vieron la Copa del Mundo de la FIFA en 2014, y 1.000 millones vieron la final. Consultado el 16 de diciembre de 2015 en <http://www.fifa.com/worldcup/news/y=2015/m=12/news=2014-fifa-world-cuptm-reached-3-2-billion-viewers-one-billion-watched--2745519.html>.

2. Robert C. Allen, *The British Industrial Revolution in Global Perspective* (Cambridge University Press, 2009), pp. 80-105.

3. Christopher Harvie y H. C. G. Matthew, *Nineteenth Century Britain: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2005), pp. 10-12.

4. C. Schonhardt-Bailey, *From the Corn Laws to Free Trade: Interests, Ideas, and Institutions in Historical Perspective* (Cambridge, MA: MIT Press, 2006), pág. 239.

5. K. Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, 2ª ed. Prefacio de E. Stiglitz; introducción de Fred Block. (Boston: Beacon Press, 2001). (Trad. cast.: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, 2016, Virus editorial).

6. Kaoru Sugihara, «Global Industrialization: A Multipolar Perspective», en *The Cambridge World History*, eds. J. R. McNeill y Kenneth Pomeranz (Cambridge University Press, 2015), pp. 106-135.

7. Derek Heater, *Citizenship in Britain: A History* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2006), pp. 107-136. (Trad. cast.: *Ciudadanía: una breve historia*, 2007, Alianza Editorial).

8. Eric J. Hobsbawm, *The Age of Revolution (1789-1848)* (Nue-

va York: New American Library, 1962). (Trad. cast.: *La era de la revolución*, 1783-1848, 2003, Editorial Crítica).

9. Howard G. Brown, *War, Revolution, and the Bureaucratic State* (Oxford: Clarendon Press, 1995), pág. 35. Timothy C. W. Blanning, *The French Revolutionary Wars: 1787-1802* (Londres: St. Martin's Press, 1996), pp. 120-121.

10. Curiosidades: ¿Realmente hay 4.000 millones de personas que ven el Tour de Francia? - Noticiario de la BBC.

11. Richard Graham, *Independence in Latin America: A Comparative Approach* (Nueva York: McGraw-Hill, 1994).

12. Chaim Rosenberg, *The Life and Times of Francis Cabot Lowell* (Blue Ridge Summit, PA: Lexington Books, 2011).

13. David Ricardo, «On Foreign Trade,» en *On the Principles of Political Economy, and Taxation*, ed. con una introducción de R. M. Hartwell (Harmondsworth: Penguin, 1971), pp. 115-124. (Trad. cast.: *Principios de economía política y tributación*, 2003, Ediciones Pirámide).

CAPÍTULO 2. DOS PAREJAS DE GEMELOS EN UNA GIRA MUNDIAL

1. David S. Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to Present*, 2ª ed. (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 2003).

2. Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, Vol. 3 (Chicago: University of Chicago Press, 1974), pp. 1-133. Douglas E. Streusand, *Islamic Gunpowder Empires: Ottomans, Safavids, and Mughals* (Taylor & Francis, 2010). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=625184>.

3. K. Roy, «Horses, Guns and Governments: A Comparative Study of the Military Transition in the Manchu, Mughal, Ottoman and Safavid Empires, Circa 1400 to Circa 1750», *International Area Studies Review* 15, no. 2 (2012), pp. 99-121. <https://doi.org/10.1177/2233865912447087>. Gábor Ágoston, «Military Transformation in the Ottoman Empire and Russia, 1500-1800», *Kritika: Explorations in Rus-*

sian and Eurasian History 12, n.º 2 (2011): 281-319. doi:10.1353/kri.2011.0018.

4. Robert Service, *A History of Modern Russia: From Tsarism to the Twenty-first Century* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009).

5. Sina Akşin, *Turkey From Empire to Revolutionary Republic: The Emergence of the Turkish Nation from 1789 to the Present* (Washington Square, NY: New York University Press, 2007).

6. Ervand Abrahamian, *A History of Modern Iran* (Cambridge University Press, 2008). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=352961>, pp. 66-97.

7. Barbara D. Metcalf y Thomas R. Metcalf, *A Concise History of Modern India* (Cambridge University Press, 2006). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=274880>, pp. 81-91, 124-130, 217-222.

8. Michael Dillon, *China: A Modern History* (Londres y Nueva York: I. B. Tauris, 2010), pp. 29-64, 145-196.

9. Andrew Gordon, *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present* (Nueva York: Oxford University Press, 2020), pp. 47-55.

10. K. Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (Princeton: Princeton University Press, 2001).

11. D. Abernethy, *The Dynamics of Global Dominance: European Overseas Empires, 1415-1980* (New Haven, CT: Yale University Press, 2002), pp. 45-63.

12. I. Abernethy, *Dynamics of Global Dominance*, pp. 1-103.

CAPÍTULO 3. LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN Y LA BRITANIZACIÓN

1. D. Flynn y A. Giráldez, «Path Dependence, Time Lags and the Birth of Globalisation: A Critique of O'Rourke and Williamson», *European Review of Economic History* 8 n.º 1 (2004), pp. 85-108. K. O'Rourke y J. Williamson, «When Did Globalisation Begin?» *European Review of Economic History* 6 (2002), pp. 23-50.

2. Douglas Northrup, *How English Became the Global Language* (Palgrave Macmillan, 2013).
3. Eric Hobsbawm, *The Age of Empire (1875-1914)* (Nueva York: Vintage Books, 1989), pp. 35-37. (Trad. cast.: *La era del imperio 1805-1914*, 2003, Editorial Crítica).

CAPÍTULO 4. TRES CASOS EXCEPCIONALES

1. Dietrich Orlow, *A History of Modern Germany: 1871 to Present* (Taylor & Francis, 2018). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=5453468>, pp. 13-23, 59-62.
2. U. S. Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970 (1976)* series A-1 and A-2, (U. S. Bureau of the Census, 1976), 8.
3. U. S. Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970 (1975)* series K-1 - K-16 (U. S. Bureau of the Census, 1975), 437.
4. Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* (Nueva York: H. Holt and Company, 1920), (Trad. cast.: *La frontera en la historia americana*, 1961, Editorial Castilla).
5. Jonathan Steinberg, «The Tirpitz Plan,» *Historical Journal* 16, n.º 1 (1973), pp. 196-204.
6. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, trad. del alemán de Samuel Moore (Harmondsworth: Penguin, 1967). (Trad. cast.: *Manifiesto comunista* [parte de obra completa], 2007, Ediciones Folio).
7. Friedrich Engels, *Principles of Communism*, trad. Paul Mayor (Nueva York, Monthly Review, 1952). (Trad. cast. *Principios del comunismo*, 2020, Ediciones de intervención cultural).

CAPÍTULO 5. EL «GRAN BREXIT» (1914-1945)

1. Peter Hart, *The Great War: A Combat History of the First World War* (Oxford: Oxford University Press, 2015). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?>

docID=1192584, (Trad. cast.: *La Gran Guerra 1914-1918: historia militar de la Primera Guerra Mundial*, 2015, Editorial Crítica).

2. Gordon Alexander Craig, ed., *World War I, A Turning Point in Modern History: Essays on the Significance of the War* (Nueva York: Knopf, 1967).

3. Richard Pipes, *The Russian Revolution: 1899-1919* (Londres: Collins Harvill, 1990), pp. 386-391. (Trad. cast.: *La revolución rusa*, 2022, Editorial Debate).

CAPÍTULO 6. UNA REVOLUCIÓN COMUNISTA GLOBAL

1. Vladimir Ilich Lenin, *El estado y la revolución*, 2019 (1917), Alianza Editorial.

2. G. F. Krivosheev, en *Soviet Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century*, pp. 7-38 (Greenhill Books, 1997).

3. Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes* (Nueva York: Pantheon Books, 1994), p. 64.

4. Silvio Pons, *The Global Revolution: A History of International Communism 1917-1991* (Oxford: Oxford University Press, 2014). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitte/books/detail.action?docID=1767696>, pp. 7-42.

5. Ralph Darlington, *Syndicalism and the Transition to Communism: An International Comparative Analysis* (Farnham, UK: Ashgate Publishing, 2008), p. 185.

6. Alexander J. De Grand, *Fascist Italy and Nazi Germany: The «Fascist» Style of Rule* (Nueva York: Routledge, 2004).

7. Michael Dillon, *China: A Modern History* (Londres; Nueva York: I. B. Tauris, 2010), pp. 145-187.

8. Michael L. Conniff, ed., *Populism in Latin America* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1999), pp. 75-96.

9. Diane P. Koenker, William G. Rosenberg y Ronald Grigor Suny, eds., *Party, State, and Society in the Russian Civil War* (Bloomington: Indiana University Press, 1989), pp. 58-80.

10. Lewis H. Siegelbaum, *Soviet State and Society: Between Revolutions, 1918-1929* (Cambridge University Press, 1992), p. 90.

11. España bajo el capitán general Miguel Primo de Rivera (1923-1930), Portugal (1926-1974), Polonia (1926-1939) bajo el primer

mariscal de Polonia Józef Pilsudski y su Movimiento de Sanación, Lituania bajo el anticomunista y utranacionalista Antanas Smetona (1926-1940), Albania (1928-1939) bajo el presidente y después rey Ahmet Zogu, Yugoslavia (1929), Hungría (1932), Austria (1933), Estonia (1934), Letonia (1934), Bulgaria (1935), Grecia (1936) y Rumanía (1938).

12. Cyrus Ghani, *Iran and the Rise of the Reza Shah: From Qajar Collapse to Pahlavi Power*. I. B.Tauris, 2001.

13. Lawrence A. Clayton et al., *A New History of Modern Latin America* (Berkeley, CA: University of California Press, 2017). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=4811719>, pp. 258-274.

14. António Costa Pinto, *Latin American Dictatorships in the Era of Fascism: The Corporatist Wave*, Routledge Studies in Fascism and the Far Right (Routledge, 2019). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=5789260>, pp. 27-114.)

15. Arthur O. Lovejoy (1964), *The Great Chain of Being: A Study of the History of an Idea* (Cambridge, MA: Harvard University Press). (Trad. cast.: *La gran cadena del ser*, 1983, Icaria Editorial).

CAPÍTULO 7. UN MUNDO SEGURO PARA LA DEMOCRACIA

1. Estados Unidos. Presidente (1913-1921: Wilson). Discurso del presidente de Estados Unidos, pronunciado en una sesión conjunta de la Cámara de Representantes y el Congreso el 8 de enero de 1918. Washington: [Government printing office], 1918.

Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007).

2. John E. Moser, *Global Great Depression and the Coming of World War II* (Taylor & Francis, 2015). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=3384679>.

3. Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation* (Londres: Arnold, 1985). Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes* (Nueva York: Pantheon Books, 1994), p. 93.

4. David White, *Bitter Ocean: The Battle of the Atlantic, 1939-1945* (Nueva York: Simon & Schuster, 2008), p. 2.
5. Andrew N. Buchanan, *World War II in Global Perspective, 1931-1953: A Short History* (John Wiley & Sons, 2019). ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/pitt-ebooks/detail.action?docID=5683100>.

CAPÍTULO 8. CUANDO NOS CONVERTIMOS EN AMERICANOS O SOVIÉTICOS (1946-1973)

1. Al hablar aquí de «América» nos referimos a los Estados Unidos de América. El sustantivo *América* también se emplea para nombrar a todo el continente, desde el polo Norte al polo Sur, pero uno de los privilegios que comporta la hegemonía mundial es adueñarse en exclusiva del nombre y que el resto del mundo la reconozca. Tal incautación se puede impugnar por referirse específicamente a Estados Unidos. Sin embargo, el nombre de Estados Unidos también puede aludir a los Estados Unidos de México o los Estados Unidos de Brasil. Únicamente el nombre completo de Estados Unidos de América identifica con propiedad a Estados Unidos de América. Pero, aun así, la apropiación del nombre del continente por parte de uno de sus países sigue intacta.
2. 25 *World's Most Popular Sports (Ranked by 13 factors)*, Total Sportek, <http://www.totalsportek.com/most-popular-sports/>
3. Adam Tooze. *The Deluge: The Great War, America and the Remaking of the Global Order, 1916-1931* (Penguin Books, 2014). (Trad. cast.: *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial, 1916-1931*, 2016, Editorial Crítica).
4. Barbara Daly Metcalf y Thomas R. A Metcalf, *A Concise History of Modern India* (Nueva York: Cambridge University Press, 2006), pp. 56-91.
5. James Belich, *The New Zealand Wars and the Victorian Interpretation of Racial Conflict* (Auckland: Penguin, 1986), pp. 204-205.
6. Barbara Watson Andaya y Leonard Y. Andaya, *A History of Malaysia* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 1984).
7. Alan Palmer, *Alexander I: Tsar of War and Peace* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1974), p. 86.

8. G. Barton y B. Bennett, «Forestry as Foreign Policy: Anglo-Siamese Relations and the Origins of Britain's Informal Empire in the Teak Forests of Northern Siam, 1883-1925», *Itineraries* 34, n.º 2 (2010): pp. 65-86. doi:10.1017/S0165115310000355.

9. Muriel E. Chamberlain, *Pax Britannica? British Foreign Policy 1789-1914* (Nueva York: Routledge, 2014): p. 88.

10. «Aquí [Concord, Massachusetts, 1775] una vez los granjeros se levantaron en pie de guerra, y dispararon el tiro que se escuchó en todo el mundo». Himno que se cantó al terminar el monumento de Concord, el 19 de abril de 1836, en *The Complete Works of Ralph Waldo Emerson*, Vol. 9, ed. Edward Waldo Emerson (Boston; Nueva York: Houghton, Mifflin, 1903-1904), p. 159.

11. Ray Raphael, *A People's History of the American Revolution: How Common People Shaped the Fight for Independence* (Nueva York: The New Press, 2001), p. 244.

12. Ralph Keyes, *Who Said What, Where, and When* (Nueva York: St. Martin's Griffin, 2006), p. 387.

13. Jay Sexton, *The Monroe Doctrine: Empire and Nation in Nineteenth-Century America* (Nueva York: Hill and Wang, 2012).

14. John A. Crow, *The Epic of Latin America*, 4ª ed. (Berkeley: University of California Press, 1992), p. 676.

15. George C. Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776* (Nueva York: Oxford University Press, 2008).

16. Otto Schoenrich, «The Venezuela-British Guiana Boundary Dispute», *American Journal of International Law* 43, n.º 3 (julio de 1949): pp. 523-526.

17. Dirk Bönker, *Militarism in a Global Age: Naval Ambitions in Germany and the United States before World War I* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2012).

18. John Avlon, *Washington's Farewell: The Founding Father's Warning to Future Generations* (Nueva York: Simon & Schuster, 2017).

19. Thomas Jefferson, «First Inaugural Address», (4 de marzo de 1801), en *The Papers of Thomas Jefferson* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006).

20. Fotograma del cortometraje *Preludio a la Guerra* de Frank Capra (director y productor), parte de la serie W: *Why WE Fight?*

(¿Por qué luchamos?) (War Activities Committee of the Motion Pictures Industry, 1942).

21. Christian Tomuschat, ed., *The United Nations at Age Fifty: A Legal Perspective* (Boston: Brill, 1995), p. 77.

22. James MacGregor Burns, *Roosevelt: The Lion and the Fox* (Nueva York: Harcourt, 1956), p. 438. (Trad. cast.: *Roosevelt: el león y el zorro*, 1973, Grijalbo). William Hardy McNeill, *America, Britain, and Russia: Their Co-operation and Conflict, 1941-1946* (Nueva York: Oxford University Press, 1953), pp. 772-790.

23. Para una comparación entre las dos potencias mundiales con el énfasis puesto en las diferencias, véase Niall Ferguson, *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power* (Nueva York: Basic Books, Reprint edition, 2004) y Niall Ferguson, *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire* (Nueva York: Penguin Books; Reprint edition, 2005). Para una comparación entre las dos potencias mundiales con el énfasis puesto en las similitudes, véase Julian Go, *Patterns of Empire: The British and American Empires, 1688 To the Present* (Nueva York: Cambridge University Press, 2011).

24. Edward Ingram, *In Defense of British India: Great Britain in the Middle East, 1775-1842* (Londres: Frank Cass & Co, 1984), pp. 7-19.

25. Ingram, *In Defense of British India*; véase también Michael Ellman y Sergei Maksudov, «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe Asia Studies* 46, n.º 4 (1994), pp. 671-680.

26. David Vine, «Where in the World Is the U.S. Military?», *Politico*, julio/agosto 2015. <https://www.politico.com/magazine/story/2015/06/us-military-bases-around-the-world-119321>. David Vine, «The United States Probably Has More Foreign Military Bases Than Any Other People, Nation, or Empire in History. And It's Doing Us More Harm than Good», *The Nation*, 14 de septiembre de 2015. <https://www.thenation.com/article/the-united-states-probably-has-more-foreign-military-bases-than-any-other-people-nation-or-empire-in-history/>

27. Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA* (Nueva York: Doubleday, 2007), p. 702. (Trad. cast.: *Legado de cenizas: la historia de la CIA*, 2008, Editorial Debate).

28. William Blum, *Killing Hope: U.S. Military and C.I.A. Inter-*

ventions Since World War II--Updated Through 2003 (Monroe, ME: Common Courage Press, 2008).

29. Christopher E. Paine, Thomas B. Cochran y Robert S. Norris, *The Arsenal of the Nuclear Weapons Powers: An Overview*, Canberra Commission Issue Paper (Washington, D.C.: Natural Resources Defense Council, 4 de enero de 1996).

30. Christopher E. Paine, Thomas B. Cochran y Robert S. Norris, *The Arsenal of the Nuclear Weapons Powers: An Overview*, Canberra Commission Issue Paper (Washington, D.C.: Natural Resources Defense Council, 4 de enero de 1996).

31. David Reynolds, *The Origins of the Cold War in Europe: International Perspectives* (New Haven, CT: Yale University Press, 1994).

32. Joseph Gabriel Starke, *The ANZUS Treaty Alliance* (Melbourne: Melbourne University Press, 1965).

33. Elie Podeh, *The Quest for Hegemony in the Arab World: The Struggle over the Baghdad Pact* (Boston: Brill, 1995). Michael J. Cohen, «From 'Cold' to 'Hot' War: Allied Strategic and Military Interests in the Middle East After the Second World War», *Middle Eastern Studies* 43, n.º 5 (2007): pp. 725-748.

34. Angus Maddison, *Monitoring the World Economy, 1820-1992* (París: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, 1995). Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective* (París: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, 2001). (Trad. cast.: *La Economía mundial: una perspectiva milenaria*, 2002, Ediciones Multi-Prensa).

35. Douglas A. Irwin, *Peddling Protectionism: Smoot-Hawley and the Great Depression* (Princeton University Press, 2011).

36. Michael H. Hunt, *The World Transformed: 1945 to the Present* (Nueva York: St. Martin's, 2003), pp. 194-195.

37. Donald Markwell, *John Maynard Keynes and International Relations: Economic Paths to War and Peace* (Oxford: Oxford University Press, 2006); Benn Steil, *The Battle of Bretton Woods: John Maynard Keynes, Harry Dexter White, and the Making of a New World Order* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2013).

38. Jonathan Schlefer, «There is No Invisible Hand», *Harvard Business Review*, 10 de abril de 2012. <https://hbr.org/2012/04/there-is-no-invisible-hand>

39. Carol Berkin et al., *Making America, Volume 2: A History*

of the United States: Since 1865 (Boston: Cengage Learning, 2011), pp. 629-632.

40. Martin A. Schain, *The Marshall Plan Fifty Years Later* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2001). Tony Judt, *Postwar: A History of Europe since 1945* (Nueva York: Penguin, 2005) (Trad. cast.: *Posguerra: Una historia de Europa desde 1945*, 2006, Taurus). USAID, *USAID Congressional Budget Justification, FY2020* (U.S. Department of State, Foreign Operations, and Related Programs, 2020), <https://www.usaid.gov/results-and-data/budget-spending>

41. Todos los datos proceden de la Oficina del Censo de Estados Unidos. *Statistical Abstract of the United States: 1954 (1955)*. Table 1075, 899-902 archivo edición online 1954-08.pdf, <https://www2.census.gov/library/publications/1954/compendia/statab/75ed/1954-08.pdf?#https://www.usinflationcalculator.com/>

42. Bruce W. McCalley, *Model T Ford: The Car That Changed the World* (Iola, WI: Krause Publications, 1994). David Reynolds, *America, Empire of Liberty: A New History of the United States* (Nueva York: Basic Books, 2009).

43. Vicki Howard, *From Main Street to Mall: The Rise and Fall of the American Department Store* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2015). Lisa Scharoun, *America at the Mall: The Cultural Role of a Retail Utopia* (Jefferson, NC: McFarland, 2012).

44. United Nations, *International Migration Report* [highlights] (United Nations 2017), https://www.un.org/en/development/desa/population/migration/publications/migrationreport/docs/MigrationReport2017_Highlights.pdf.

45. UNWTO, *Tourism Highlights* (UNWTO, 2017), <https://www.e-unwto.org/doi/pdf/10.18111/9789284419029>.

46. Robert Sobel, *ITT: The Management of Opportunity* (Nueva York: Times Books, 1982). Robert Sobel, *The Rise and Fall of the Conglomerate Kings* (Nueva York: Beard Books, 1999).

47. Jeff Hecht, *City of Light: The Story of Fiber Optics* (Nueva York: Oxford University Press, 1999).

48. «ITT in Chile,» NACLA, 25 de septiembre de 2007, <https://nacla.org/article/itt-chile>

49. Christopher Hitchens, *The Trial of Henry Kissinger* (Nueva York: Verso, 2001). (Trad. cast.: *Juicio a Kissinger*, 2012, Editorial Anagrama). Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dos-*

sier on Atrocity and Accountability (Nueva York: The New Press, 2003), p. 171. (Trad. cast.: *Pinochet: los archivos secretos*, 2013, Editorial Crítica). Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA* (Nueva York: Anchor Books, 2007), p. 361. (Trad. cast.: *Legado de cenizas: la historia de la CIA*, 2008, Editorial Debate). Peter Winn, «Furies of the Andes» en Greg Grandin y Gilbert Joseph, eds., *Century of Revolution* (Durham, NC: Duke University Press, 2010), pp. 239-275.

50. «Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation» vol. I/II, pp. xxi-xxii. (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 1993). (Digitalizado y publicado con el permiso de University of Notre Dame Press, 22 de febrero de 2020 https://www.usip.org/sites/default/files/resources/collections/truth_commissions/Chile90-Report/Chile90-Report.pdf. «El informe Vallech» (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, Comisión Asesora para la calificación de Detenidos Desaparecidos, Ejecutados Políticos y Víctimas de Prisión Política y Tortura (archive.org).

«Chile reconoce 9.000 víctimas más del regimen de Pinochet», *BBC News*, 18 de agosto, 2011.

51. Samuel E. Moffett, «The Americanization of Canada» (Tesis doctoral, Universidad de Columbia, 1907). W. T. Stead, *The Americanization of the World* (Nueva York: Horace Markley, 1901). Volker R. Berghahn, «The Debate on 'Americanization' Among Economic and Cultural Historians», *Cold War History* 10, n.º 1 (febrero de 2010): pp. 107-130. Ralph Willett, *The Americanization of Germany, 1945-1949* (Nueva York: Routledge, 1989).

52. Alan E. Bryman, *The Disneyization of Society* (Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 2004). John Dicker, *The United States of Wal-Mart* (Nueva York: TarcherPerigee, 2005). Steven Flusty, *De-Coca-Colonization* (Nueva York: Routledge, 2004). George Ritzer, *The McDonaldization of Society* (Los Ángeles: Pine Forge Press, 2009) (Trad. cast.: *La McDonaldización de la Sociedad*, 2006, Edición Popular). Reinhold Wagnleitner, *Coca-Colonization and the Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994).

53. David Northrup, *How English Became the Global Language* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013).

54. David McCullough, *Truman* (Nueva York: Simon & Schuster, 1992), p. 547. Michael Hunt, *Crisis in U.S. Foreign Policy: An International History Reader* (Yale University Press, 1996), p. 159.

55. R. J. Rummel, «Statistics of Vietnamese Democide» Charlottesville, Virginia: Center for National Security Law, School of Law, University of Virginia, 1997, <http://www.hawaii.edu/powerkills/SOD.TAB6.1B.GIF>

56. Michael A. Hunt, *A Vietnam War Reader: A Documentary History from American and Vietnamese Perspectives* (The University of North Carolina Press, 2010), docs. 76, 79, 83.

57. Arthur Schlesinger, Jr., «The American Empire? Not so Fast», *World Policy Journal* 22, n.º 1 (2005), <http://www.worldpolicy.org/journal/articles/wpj05-sp/schlesinger.html>

58. Lars Schoultz, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998), pp. 39-58.

59. Supuestamente el presidente Franklin D. Roosevelt acuñó la expresión «nuestro hijo de puta» para referirse al despiadado dictador nicaragüense Anastasio Somoza (el padre) o al brutal dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo. Era una expresión del enfoque realista de la política exterior estadounidense. Hugh Thomas, *Cuba: The Pursuit of Freedom* (Picador, 2001), p. 650.

60. Gerald Segal, *The Simon & Schuster Guide to the World Today* (Simon & Schuster, 1987), p. 82.

61. Jeffrey Mass and William Hauser, eds., *The Bakufu in Japanese History* (Stanford University Press, 1985), p. 189.

62. Frederick H. Gareau, «Morgenthau's Plan for Industrial Disarmament in Germany», *The Western Political Quarterly* 14, n.º 2 (junio de 1961): pp. 517-534.

63. T. van de Klunder y A. van Shaik, «On the Historical Continuity of the Process of Economic Growth», CEPR Discussion Paper Series n.º 850 (1993).

64. Hans Brinckmann e Ysbrand Rogge, *Showa Japan: The Post-War Golden Age and Its Troubled Legacy* (Tuttle Publishing, 2008).

65. Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988* (Penguin, 1990).

66. Nicholas Crafts y Gianni Toniolo, eds., *Economic Growth in Europe since 1945* (Cambridge University Press, 1996), p. 428.

67. Martin Schain, *The Marshall Plan: Fifty Years After* (Palgrave MacMillan, 2001).

68. David Kynaston, *Austerity Britain, 1945-1951* (Londres: Bloomsbury Publishing, 2010).

69. Nicholas Crafts y Gianni Toniolo, eds., *Economic Growth in Europe since 1945* (Cambridge University Press, 1996). Frances Cairncross y Alec Cairncross, *The Legacy of the Golden Age: 1960s and Their Economic Consequences* (Routledge, 1994). Stephen A. Marglin y Juliet B. Schor, *The Golden Age of Capitalism: Reinterpreting the Postwar Experience* (Oxford University Press, 1992). Michael John Webber y David L. Rigby, *The Golden Age Illusion: Rethinking Post-war Capitalism* (Guilford, 1997).

70. W. David McIntyre, «Britain and the Creation of the Commonwealth Secretariat», *Journal of Imperial and Commonwealth History* 28, n.º 1 (enero de 2000): pp. 135-158.

71. Juan Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe* (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1996), pp. 93-94.

72. Christie Davies, «Jokes as the Truth About Soviet Socialism», *Electronic Journal of Folklore* 46 (2010), 18, <http://www.folklore.ee/folklore/vol46/davies.pdf>

73. Richard Millington, *State, Society and Memories of the Uprising of 17 June 1953 in the GDR* (Palgrave Macmillan, 2014). Jonathan Sperber, «17 June 1953: Revisiting a German Revolution», *German History* 22, n.º 4 (2004), pp. 619-643.

74. Jenő Györkei, Alexandr Kirov y Miklos Horvath, *Soviet Military Intervention in Hungary, 1956* (Nueva York: Central European University Press, 1999), p. 350.

75. Matthew Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy* (Chapel Hill; Londres: University of North Carolina Press, 2003). Tony Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945* (Penguin Press, 2005). (Trad. cast.: *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, 2006, Taurus).

76. Walter Scheidel, *The Great Leveler: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2017). (Trad. cast.: *El gran nivelador: violencia e historia de la desigualdad entre la Edad de Piedra y el siglo XXI*, 2018, Editorial Crítica).

77. Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution*, 3ª ed. (Oxford:

Oxford University Press, 2008), p. 140. Leslie Holmes, *Communism: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2009), p. 32. Jisheng Yang, «The Fatal Politics of the PRC's Great Leap Famine: The Preface to Tombstone», *Journal of Contemporary China* 19, n.º 66 (2010), pp. 755-776. Yang Jisheng, *Tombstone: The Great Chinese Famine, 1958-1962* (Farrar, Straus and Giroux, 2013). Peng Xizhe, «Demographic Consequences of the Great Leap Forward in China's Provinces», *Population and Development Review* 13, n.º 4 (1987), pp. 639-670. Frank Dikötter, *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating Catastrophe, 1958-62* (Walker & Co., 2010). (Trad. cast.: *La gran hambruna en la China de Mao: historia de la catástrofe más devastadora de China, 1958-1962*, 2017, Acantilado).

78. Nikita Krushchev, *Khrushchev's Memoirs* (Little Brown & Company, 1970), pp. 250-257. (Trad. cast.: *Memorias*, 1975, Editorial Euros).

79. Dwight Perkins, «China's Economic Policy and Performance *Memorias*, 1975, Editorial Euros *Memorias*, 1975, Editorial Euros *Memorias*, 1975, Editorial Euros, en *The Cambridge History of China, Volume 15*, eds. Roderick MacFarquhar, John K. Fairbank and Denis Twitchett (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), pp. 483-493.

80. David R. Shearer, «Social Disorder, Mass Repression, and the NKVD During the 1930s», *Cahiers du Monde russe* 42/2-4 (2001), pp. 505-534. <http://journals.openedition.org/monderusse/8465>; doi:10.4000/monderusse.8465.

Michael Ellman, «Soviet Repression Statistics: Some Comments», *Europe-Asia Studies* 54, n.º 7 (2002): pp. 1151-1172.

81. Roderick MacFarquhar y Michael Schoenhals, *Mao's Last Revolution* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006), p. 262. Jung Chang y Jon Halliday, *Mao: The Unknown Story* (Londres: Jonathan Cape, 2005), p. 569.

82. Helwig Schmidt-Glintzer, «The Politics of Memory. 70 per cent good, 30 per cent bad. China Has Found a Simple Formula to Assess Mao Zedong's Legacy», *International Politics and Society* 10.08.2017. <https://www.ips-journal.eu/in-focus/the-politics-of-memory/article/show/70-per-cent-good-30-per-cent-bad-2216/>

83. Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story of Its Foreign Operations from Lenin to Gorbachev* (Harpercollins, 1992).

84. Mark Kramer, «The Soviet Bloc and the Cold War in Europe», en Klaus Larres, ed., *A Companion to Europe Since 1945* (Wiley, 2014), p. 79.

85. Graeme Gill, «The Soviet Leader Cult: Reflections on the Structure of Leadership in the Soviet Union», *British Journal of Political Science* 10 (1980): p. 167. Catriona Kelly, «Riding the Magic Carpet: Children and the Leader Cult in the Stalin Era», *The Slavic and East European Journal* 49 (2005): pp. 206-207.

86. David M. Levy y Sandra J. Peart, Sandra J., «Soviet growth and American Textbooks: An Endogenous Past», *Journal of Economic Behavior & Organization* 78, nos. 1-2 (2011): pp. 110-125. Paul A. Samuelson, *Economics: An Introductory Analysis*, 5ª ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 1961), p. 830.

CAPÍTULO 9. EL AUGE GLOBAL DE LOS ESTADOS-PARTIDO ANTIHEGEMÓNICOS

1. Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina* (Buenos Aires: Emecé-Colihue, 2007).

2. Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1992). Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention* (Austin, TX: University of Texas Press, 1982). Stephen M. Streeter, *Managing the Counterrevolution: The United States and Guatemala, 1954-1961*. (Athens, OH: Ohio University Press, 2000).

3. Forrest Hylton y Sinclair Thomson, *Revolutionary Horizons: Past and Present in Bolivian Politics* (Londres; Nueva York: Verso, 2007), pp. 78-79.

4. Daniel M. Masterson, *Militarism and Politics in Latin America: Peru from Sánchez Cerro to Sendero Luminoso* (Westport, Ct: Greenwood Publishing Group, 1991), pp. 228-248. Enrique Mayer, *Ugly Stories of the Peruvian Agrarian Reform* (Durham, NC: Duke University Press, 2009). Cristobal Kay, «Achievements and Contradictions of the Peruvian Agrarian Reform», *Journal of Development Studies* 18, n.º 2 (1982): pp. 141-142.

5. Peter Winn, «The Furies of the Andes: Violence and Terror in

the Chilean Revolution and Counterrevolution», en Gilbert Joseph y Greg Grandin, eds., *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence During Latin America's Long Cold War* (Durham, NC: Duke University Press, 2010), pp. 239-275.

6. William Cleveland, *A History of the Modern Middle East* (Boulder, CO: Westview Press, 2016). Mark J. Gasiorowski y Malcolm Byrne, *Mohammad Mosaddeq and the 1953 Coup in Iran* (Syracuse, NY: Syracuse University Press, 2004).

7. Trevor Jones, *Ghana's First Republic 1960-1966: The Pursuit of Political Kingdom* (Londres: Methuen, 1976).

8. Ansa Asamoah, *Socioeconomic Development Strategies of Independent African Countries: The Ghanaian Experience* (Accra: Ghana Universities Press, 1996), pp. 48-87.

9. Lista de otros casos: en América Latina: el justicialismo (Argentina, 1946-1955), *Partido Trabalhista Brasileiro* (Brasil, 1951-1954); Movimiento Nacionalista Revolucionario (Bolivia, 1952-1964); Árbenz (Guatemala, 1951-1954); Organizaciones Revolucionarias Integradas (Cuba, 1959-); Partido Revolucionario Dominicano (República Dominicana, 1963); Frente Popular (Chile, 1970-1973). En Asia: Partido Comunista (Vietnam 1945-1986; la Indonesia de Sukarno (1945-1967); Congreso Nacional Indio (India, 1947-1985); Partido Comunista (China, 1949-1976). En Oriente Medio: el Irán de Mossaddegh (1951-1953); los «oficiales libres» y el Partido Baaz (Irak, 1958-1979); el Partido Baaz (Siria, 1963-); los «oficiales libres» (Libia, 1969-2011). En África: Frente de Liberación Nacional (Argelia 1954-1988); Partido Popular de la Convención (Ghana, 1957-1966); *Partie Démocratique de Guinée* (Guinea 1958-1984); *Union Sudanaise du Rassemblement Democratique Africain* (Mali, 1960-1968); *Tanganika African National Union* (Tanzania, 1964-1985); *Uganda People's Congress* (Uganda, 1966-1971); *Avant-Garde de la Révolution Malgache* (Madagascar, 1975-1982).

10. Jason Hickel, *The Divide: A Brief Guide to Global Inequality and its Solutions* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 2018), pp. 99-100, 119.

11. Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Harvard University Press, 2017).

12. Scheidel, *The Great Leveler*.

13. Samuel Bowles, David M. Gordon, and Thomas Weisskopf,

Beyond the Wasteland: A Democratic Alternative to Economic Decline (Verso Books, 1985).

¹⁴ Scheidel, *The Great Leveler*.

¹⁵ Hickel, *The Divide*, 53-54, p. 150.

¹⁶ David Turnock, *The East European Economy in Context: Communism and Transition* (Routledge, 1997).

CAPÍTULO 10. LOS PROCESOS REVOLUCIONARIOS

1. En América Latina los Estados-partido antihegemónicos fueron eliminados por dictaduras militares con el apoyo Estados Unidos o incluso con su intervención directa. El Estado-partido antihegemónico (EPAH) de Guatemala (1954) fue echado del poder por la intervención de Estados Unidos. Los EPAH de Brasil (1954, 1964), Argentina (1955), República Dominicana (1963), Bolivia (1964) y Chile (1973) fueron derribados por dictaduras militares. En cambio, en Asia solo un golpe militar acabó con el poder de Sukarno en 1967. Los demás EPAH se transformaron ellos mismos liberalizando sus economías y entrando en la economía global y el orden hegemónico salvaguardando la continuidad institucional. China siguió este camino después del fallecimiento de Mao en 1976, India a partir de 1985, y Vietnam desde 1986. También en Oriente Medio la transformación interna llevada a cabo por los propios regímenes acabó con los EPAH. Pero, a diferencia de Asia, la principal fuerza impulsora no fue la liberalización económica. El EPAH de Egipto se convirtió en un régimen autoritario al mismo tiempo que Sadat se aliaba con EE. UU. en 1976. S. Hussein transformó el EPAH Baath de Irak en un régimen autoritario en 1979 con una purga del partido, implantando el terror en la sociedad y aliándose con EE. UU. en su coalición hegemónica. También en Siria el EPAH Baath se transformó en un régimen autoritario. Por consiguiente, solo el primer intento antihegemónico ensayado por Mossaddeq fue derrotado por una fuerza exterior orquestada por la CIA en 1953. La desaparición del EPAH en África ofrece ejemplos de diversas suertes observadas en el resto de las zonas del mundo. Los EPAH de Ghana (1966) y Uganda (1971) fueron derrocados por sendos golpes militares. Los EPAH de Guinea (1984), Tanzania (1985) y Madagascar (1982) adoptaron una política de reconciliación con el

FMI ante su desesperada situación económica, consecuencia de sus políticas. El EPAH de Argelia se plegó a las protestas de las masas en 1988.

CAPÍTULO II. 1968: UNA REVUELTA GLOBAL

1. «World Population by Year», *worldometer*, <http://www.worldometers.info/world-population/world-population-by-year/>

2. «GDP growth (annual %)\», The World Bank, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG>

3. Gastón Espinosa y Mario García, *Mexican American Religions: Spirituality, Activism, and Culture* (Durham, NC: Duke University Press, 2008), p. 108. Mario García, *The Gospel of César Chávez: My Faith in Action* (Sheed & Ward Publishing, 2007), p. 103.

4. «From the archive, 15 June 1968: British students talk about a revolution». *The Guardian*, sábado 15 junio de 2013, <https://www.theguardian.com/theguardian/2013/jun/15/student-politics-lse-revolution-1968>.

Anthony Barnett, «A Revolutionary Student Movement», *New Left Review* 53 (enero-febrero 1969).

5. Rex Cathcart, *The Most Contrary Region* (The Blackstaff Press, 1984), 208. Kenneth Lesley-Dixon, *Northern Ireland: The Troubles: From The Provos to The Det, 1968-1998* (Barnsley, UK: Pen and Sword Books, 2018), p. 13.

6. Eiji Oguma, «What Was ‘The 1968 Movement’?» Japan’s Experience in a Global Perspective», *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus*, 1 de junio de 2018, <https://apjif.org/-Oguma-Eiji/5155/article.pdf>.

7. Eiji Oguma, «Japan’s 1968: A Collective Reaction to Rapid Economic Growth in an Age of Turmoil», *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus*, 23 de marzo de 2015, <https://apjif.org/-Oguma-Eiji/4300/article.pdf>.

8. Talukder Maniruzzaman, «‘Crises in Political Development’ and the Collapse of the Ayub Regime in Pakistan», *The Journal of Developing Areas* 5, n.º 2 (enero de 1971), pp. 221-238. Riaz Ahmed Shaikh, «1968-Was It Really a Year of Social Change in Pakistan?», *Sixties Radicalism and Social Movement Activism* (Nueva York: Anthem Press, 2012).

9. Fernando Herrera Calderón y Adela Cedillo, *Challenging Authoritarianism in Mexico: Revolutionary Struggles and the Dirty War, 1964-1982* (Nueva York: Routledge, 2012).

10. Juan Carlos Cena, ed., *El cordobazo: una rebelión popular* (Buenos Aires: La Rosa Blindada, 2000). Beba C. Balvé y Beatriz S. Balvé, *El '69: huelga política de masas-rosariazo, cordobazo, rosariazo* (Buenos Aires: Razón y Revolución y CISCO, 2005). James Brennan, «Working Class Protest, Popular Revolt, and Urban Insurrection in Argentina: The 1969 'Cordobazo'», *Journal of Social History* 27 (1993): pp. 477-498.

11. Kieran Williams, *The Prague Spring and Its Aftermath: Czechoslovak Politics, 1968-1970* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997).

12. George Katsiaficas, *The Imagination of the New Left: A Global Analysis of 1968*, (South End Press, 1999), pp. 66-70.

13. Madigan Fichter, «Yugoslav Protest: Student Rebellion in Belgrade, Zagreb, and Sarajevo in 1968», *Slavic Review* 75, n.º 1 (2016): pp. 99-121.

14. Kieran Williams, *The Prague Spring and Its Aftermath: Czechoslovak Politics, 1968-1970* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), pp. 153-158.

15. Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of détente* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003).

16. Roy Licklider, «The Power of Oil: The Arab Oil Weapon and the Netherlands, the United Kingdom, Canada, Japan, and the United States», *International Studies Quarterly* 32, n.º 2 (1988): pp. 205-226.

17. Un breve vídeo sobre las largas colas que se formaban en las gasolineras en los años 1973 y 1974, da una idea visual de cuál era la situación: <https://www.youtube.com/watch?v=hmG5KcinVSI>. Una dimensión de la crisis es la subida de los precios. En el vídeo se apunta que el precio del galón (3,78 litros) era de 0,44 dólares, un precio que ya quisiéramos en la actualidad. Pero antes del embargo, el precio del galón era de 0,38 dólares. En junio de 1974 alcanzó los 0,55 dólares. La otra dimensión es la productividad. Sobre este tema, uno de los personajes del vídeo dice: «Recuerdo aquellos días. Recuerdo perder un día de trabajo por la imposibilidad de encontrar gasolina en alguna parte».

18. David S. Painter, «Oil and Geopolitics: The Oil Crises of the 1970s and the Cold War», *Historical Social Research/Historische Sozialforschung* (2014): pp. 186-208. Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money, and Power* (Nueva York: Simon and Schuster, 2008), pp. 570-594.

19. Robert B. Barsky y Lutz Kilian, «Oil and the Macroeconomy Since the 1970s», *The Journal of Economic Perspectives* 18, n.º 4 (2004): pp. 115-134.

20. Roy Licklider, *Political Power and the Arab Oil Weapon: The Experiences of Five Industrial Nations*, Studies in International Political Economy (Berkeley, CA: University of California Press, 1988).

21. David Commins, *The Wahhabi Mission and Saudi Arabia* (Londres y Nueva York: I.B. Tauris, 2006), pp. vi-viii.

22. Ibrahim M. Oweiss, «Economics of Petrodollars», en Haleh Esfandiari y A. L. Udovitch, *The Economic Dimensions of Middle Eastern History* (Westerham, UK: Darwin Press, 1990), pp. 179-199. David Spiro, *The Hidden Hand of American Hegemony: Petrodollar Recycling and International Markets* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1999), pp. 74-75.

23. Clifford Gaddy y Barry Ickes, «Russia's Dependence on Resources», en *The Oxford Handbook of the Russian Economy*, Michael Alexeev y Shlomo Weber, eds. (Oxford University Press, 2013), pp. 543-550.

24. Michael Ross, *Oil Curse: How Rich Oil and Gas Raw Material Deposits Shape Development of States* (Moscú: Gaidar Institute, 2015), pp. 155-157.

25. Nikki Keddie, *Modern Iran: Roots and Results of Revolution* (New Haven, CT: Yale University Press, 2003). (Trad. cast.: *Las raíces del Irán moderno*, 2006, Belacqva de Ediciones y Publicaciones).

26. James G. Blight et al., *Becoming Enemies: U.S.-Iran Relations and the Iran-Iraq War, 1979-1988* (Rowman & Littlefield Publishers, 2012). Bryan R. Gibson, *Covert Relationship: American Foreign Policy, Intelligence, and the Iran-Iraq War, 1980-88* (Westport, CT: Praeger Publishers, 2010). Bruce Jentleson, *With Friends Like These: Reagan, Bush, and Saddam, 1982-1990* (Nueva York: W. W. Norton, 1994). Mark Phythian, *Arming Iraq: How the U.S. and Britain Secretly Built Saddam's War Machine* (Boston: Northeastern University Press, 1997).

27. M. Meisner, *Mao's China and After: A History of the People's Republic Since 1949* (Free Press, 1986), pp. 334-366.
28. Daily Report: People's Republic of China, Editions 240-249 (1993), pág. 30.
29. Hung Li, *China's Political Situation and the Power Struggle in Peking* (Hong Kong: Lung Men Press, 1977), pág. 107.
30. Citado en *The Economist*, 31 de mayo de 2001.
31. Erróneamente atribuido o apócrifo. Los medios occidentales suelen atribuir esta frase a Deng, pero no existen pruebas fehacientes.
32. Jin Wang, «The Economic Impact of Special Economic Zones: Evidence from Chinese Municipalities», *Journal of Development Economics* 101 (marzo de 2013), pp. 133-147. Ezra Vogel, *Deng Xiaoping and the Transformation of China* (Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press, 2011), p. 398.
33. David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007), pp. 145-146. (Trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, 2015, Ediciones Akal).
34. Max Hastings y Simon Jenkins, *The Battle for the Falklands*. (Macmillan, 2012).
35. David V. Khabaz, *Manufactured Schema: Thatcher, the Miners and the Culture Industry* (Troubadour, 2007), p. 226.
36. Andrew Marr. *A History of Modern Britain* (Pan Books, 2009), p. 411.
37. David Parker y Stephen Martin, «The Impact of UK Privatisation on Labour and Total Factor Productivity», *Scottish Journal of Political Economy* 42, n.º 2 (1995): pp. 216-217.
38. Kenneth O. Morgan, *Oxford Illustrated History of Britain* (Oxford: Oxford University Press, 2009), p. 581.
39. Mark Bevir y Rod A. W. Rhodes, «Narratives of 'Thatcherism'», *West European Politics* 21, n.º 1 (1998): pp. 97-119.
40. Gail Stokes, ed., *From Stalinism to Pluralism: A Documentary History of Eastern Europe since 1945* (Oxford: Oxford University Press, 1996), p. 125.
41. William Taubman, *Gorbachev: His Life and Times* (Nueva York: Simon and Schuster, 2017), pp. 91-98. (Trad. cast.: *Gorbachov: vida y época*, 2018, Debate).
42. Michael Hunt, *The World Transformed: 1945 to the Present* (Oxford University Press, 2015), pp. 315-316.

43. Declaración de Mikhail Gorbachev (8 de junio de 1990), citada en Quentin Grafton et al, *The Economics of the Environment and Natural Resources* (Wiley-Blackwell, 2004), 277.

44. Angus Maddison, *The World Economy. Volume 2: Historical Statistics* (París: Development Centre Studies-OECD, 2006), pp. 478-479.

CAPÍTULO 12. 1989: UNA REVOLUCIÓN GLOBAL

1. Dingxin Zhao, *The Power of Tiananmen: State-Society Relations and the 1989 Beijing Student Movement* (Chicago: University of Chicago Press, 2001), pp. 64, 215.

2. Philip Pan, *Out of Mao's Shadow: The Struggle for the Soul of a New China* (Simon and Schuster, 2008), pp. 273-275. Zhao, *The Power of Tiananmen*, pp. 143-159.

3. Lian Zhang, comp., Andrew Nathan y Perry Link, eds., *The Tiananmen Papers: The Chinese Leadership's Decision to Use Force, in Their Own Words* (Nueva York, Public Affairs, 2001), pp. 355-362.

4. Louisa Lim, *The People's Republic of Amnesia: Tiananmen Revisited* (Oxford University Press, 2014). «China: 15 Years After Tiananmen, Calls for Justice Continue and the Arrests Go On», Amnesty International UK, 3 de junio de 2004. Consultado el 30 de mayo de 2009. Kris Cheng, «Declassified: Chinese Official Said At Least 10,000 Civilians Died in 1989 Tiananmen Massacre, Documents Show», *Hong Kong Free Press*, 21 de diciembre de 2017. Consultado el 22 de diciembre de 2017. Adam Lusher, «At Least 10,000 People Died in Tiananmen Square Massacre, Secret British Cable from the Time Alleged», *The Independent*, 24 de diciembre de 2017. Consultado el 24 de diciembre de 2017.

5. Tsao Tsing-yuan, «The Birth of the Goddess of Democracy», en Jeffrey N. Wasserstrom y Elizabeth J. Perry, eds., *Popular Protest and Political Culture in Modern China* (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pp. 140-147.

6. Mary Fulbrook, *History of Germany, 1918-2000: The Divided Nation* (Wiley-Blackwell, 2002), 256. (Trad. cast.: *Historia de Alemania*, 2009, Akal Ediciones).

7. Hunt, *The World Transformed*, pp. 323-324.
8. Gregory Feifer, *The Great Gamble: The Soviet War in Afghanistan* (Nueva York: Harper, 2009).
9. Nicholas Lemann, «Reagan: The Triumph of Tone», *The New York Review of Books*, 10 de marzo de 2016.
10. Vojtech Mastny, «How Able Was ‘Able Archer’? Nuclear Trigger and Intelligence in Perspective», *Journal of Cold War Studies* 11, n.º 1 (2009): pp. 108-123.
11. Pavel Podvig, «Did Star Wars Help End the Cold War? Soviet Response to the SDI Program», *Science & Global Security* 25, n.º 1: pp. 3-27. DOI: 10.1080/08929882.2017.1273665. Ken Adelman, *Reagan at Reykjavik: Forty-Eight Hours that Ended the Cold War* (Broadside Books, 2014).
12. Harvey, *A Brief History*, p. 26.
13. Robert W. Crandall, *The Continuing Decline of Manufacturing in the Rust Belt* (Washington, D.C.: Brookings Institution, 1993). Ted McClelland, *Nothin’ But Blue Skies: The Heyday, Hard Times, and Hopes of America’s Industrial Heartland* (Nueva York: Bloomsbury Press, 2013). Steven C. High, *Industrial Sunset: The Making of North America’s Rust Belt, 1969-1984* (Toronto: University of Toronto Press, 2003).
14. Matthew Lyon y Katie Hafner, *Where Wizards Stay Up Late: The Origins of The Internet* (Simon & Schuster, 1999), pp. 27-39.
15. Simson Garfinkel y Hall Abelson, eds., *Architects of the Information Society: Thirty-Five Years of the Laboratory for Computer Science at MIT* (Cambridge, MA: MIT Press, 1999).
16. Mariana Mazzucato, *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Sector Myths* (Anthem Press, 2013).
17. Simon Johnson y James Kwak, *13 Bankers: The Wall Street Takeover and the Next Financial Meltdown* (Nueva York: Pantheon Books, 2010), p. 63.
18. Afganistán, Alemania, Arabia Saudí, Argentina, Australia, Baréin, Bangladés, Bélgica, Canadá, Corea del Sur, Checoslovaquia, Dinamarca, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Honduras, Hungría, Italia, Kuwait, Marruecos, Níger, Noruega, Nueva Zelanda, Omán, Países Bajos, Pakistán, Polonia, Portugal, Qatar, Reino Unido, Senegal, Sierra Leona, Siria, Singapur, Suecia y Turquía.

19. Discurso del presidente Bush ante el Congreso, 6 de marzo de 1991 (extractos), <https://web.archive.org/web/20110531214717/http://www.al-bab.com/arab/docs/pal/pal10.htm>

20. «File:Gallup Poll-Approval Rating-Ronald Reagan.png», *Wikimedia Commons*, https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Gallup_Poll-Approval_Rating-Ronald_Reagan.png.

21. John Peters, «Labour Market Deregulation and the Decline of Labour Power in North America and Western Europe», *Policy and Society* 27, n.º 1 (2008): pp. 83-98. DOI: 10.1016/j.polsoc.2008.07.007

Jong H. Park, «The East Asian Model of Economic Development and Developing Countries», *Journal of Developing Societies* 18, n.º 4 (2002): pp. 330-353.

CAPÍTULO 13. LA CONVERSIÓN EN CIUDADANOS GLOBALES

1. Dwivedi, *Macroeconomics*, 3E. (Tata McGraw-Hill Education, 2010), p. 372.

2. Ruth Umoh, «CEOs Make \$15.6 Million on Average», *CNBC* make it, 22 de enero de 2018, <https://www.cnbc.com/2018/01/22/he-res-how-much-ceo-pay-has-increased-compared-to-yours-over-the-years.html>. «CEO Pay Soars to 361 Times that of the Average Worker», AFL-CIO, 22 de mayo de 2018, <https://aflcio.org/press/releases/ceo-pay-soars-361-times-average-worker>

3. Martin Hilbert, «When is Cheap, Cheap Enough to Bridge the Digital Divide? Modeling Income Related Structural Challenges of Technology Diffusion in Latin America», *World Development* 38, n.º 5 (2010): pp. 756-770.

4. Martin Hilbert y P. López (2011). «The World's Technological Capacity to Store, Communicate, and Compute Information», *Science* 332, n.º 6025: pp. 60-65.

5. Martin Hilbert, «The Bad News is that the Digital Access Divide is Here to Stay: Domestically Installed Bandwidths Among 172 Countries for 1986-2014», *Telecommunications Policy* 40, n.º 6 (2016).

6. «ICT Facts and Figures 2005, 2010, 2017», Telecommunication Development Bureau, International Telecommunication Union (ITU). Consultado el 7 de mayo de 2019. Measuring the Information Society Report (itu.int)

7. Hickel, *The Divide*, pp. 25, 28.
8. Hilbert, «When is Cheap, Cheap Enough».
9. Hickel, *The Divide*, pp. 2, 16.
10. Mark Purdy, «China's Economy, in Six Charts», *Harvard Business Review*, 29 de noviembre de 2013, <https://hbr.org/2013/11/china-economy-in-six-charts>.
11. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Verso, 2016). Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914* (Palo Alto, CA: Stanford University Press, 1976).
12. «The Nineties. Can We All Get Along?» emitido por la CNN, minuto 18, 23 de julio de 2017.

CAPÍTULO 14. 2003: LA SACUDIDA DE LA HEGEMONÍA MUNDIAL DE ESTADOS UNIDOS

1. Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa* (Palo Alto, CA: Stanford University Press, 1998), p. 364.
- Lee Stacy, *Mexico and the United States: Volume 3* (Marshall Cavendish, 2002), p. 869.
2. Timothy J. Runyan y Jan M. Copes, *To Die Gallantly: The Battle of the Atlantic* (Boulder, CO: Westview Press, 1994), capítulo 7.
3. Robert C. Mikesch, *Japan's World War II Balloon Bomb Attacks on North America* (Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1973). Johnna Rizzo, «Japan's Secret WWII Weapon: Balloon Bombs», *National Geographic*, 27 de mayo de 2013, <https://news.nationalgeographic.com/news/2013/05/130527-map-video-balloon-bomb-wwii-japanese-air-current-jet-stream/>.
4. Matthew J. Morgan, *The Impact of 9/11 on Politics and War: The Day that Changed Everything?* (Palgrave Macmillan, 2009), p. 222.
5. Patrick Tyler, «A New Power in the Streets», *The New York Times*, 17 de febrero de 2003, <https://www.nytimes.com/2003/02/17/world/threats-and-responses-news-analysis-a-new-power-in-the-streets.html>.
6. «World View of US Role Goes From Bad to Worse», BBC World Service Poll, 23 de enero de 2007, http://news.bbc.co.uk/2/shared/bsp/hi/pdfs/23_01_07_us_poll.pdf. «Most people 'want Iraq pull-

out'», *BBC News*, 7 de septiembre de 2007, http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/6981553.stm.

7. «Iraq War Illegal, Says Annan», *BBC News*, 16 de septiembre de 2004, http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/3661134.stm. Ewen MacAskill y Julian Borger, «Iraq War Was Illegal and Breached UN Charter, Says Annan», *The Guardian*, 15 de septiembre de 2004, <https://www.theguardian.com/world/2004/sep/16/iraq.iraq>.

8. «Body Count-Casualty Figures after 10 Years of the 'War on Terror'-Iraq Afghanistan Pakistan», archivado el 30 de abril de 2015 en la Wayback Machine, por IPPNW, PGS y PSR, 1.^a edición internacional (marzo de 2015). http://www.ippnw.de/commonFiles/pdfs/Frieden/Body_Count_first_international_edition_2015_final.pdf. Gabriela Motroc, «U.S. War on Terror Has Reportedly Killed 1.3 Million People in a Decade», *Australian National Review*, 7 de abril de 2015. Archivado a partir del original el 5 de mayo de 2015, <https://web.archive.org/web/20150505004045/http://www.australiannationalreview.com/war-terror-reportedly-killed-13-million-people-decade/>

9. Neta Crawford, «War-related Death, Injury, and Displacement in Afghanistan and Pakistan 2001-2014», Costs of War Series, Brown University, 22 de mayo de 2015, <https://watson.brown.edu/costsofwar/files/cow/imce/papers/2015/War%20Related%20Casualties%20Afghanistan%20and%20Pakistan%202001-2014%20FIN.pdf>

10. Rod Nordland y Mujib Mashal, «U.S. and Taliban Edge Toward Deal to End America's Longest War», *The New York Times*, 26 de enero de 2019, <https://www.nytimes.com/2019/01/26/world/asia/afghanistan-taliban-peace-deal.html>

11. «New Study Estimates 151,000 Violent Iraqi Deaths Since 2003 Invasion», Organización Mundial de la Salud, 9 de enero de 2008, <https://www.who.int/mediacentre/news/releases/2008/pro2/en/>

12. Antonio Guterres, «High-Level Segment of the 66th session of the Executive Committee of the High Commissioner's Programme on the Afghan Refugee Situation», ACNUR, 6 de octubre de 2015, <https://www.unhcr.org/en-us/admin/hcspeeches/5613bd406/high-level-segment-66th-session-executive-committee-high-commissioners.html>.

13. «Global Policy Forum Report on Iraq: Displacement and Mortality in Iraq», *globalpolicy.org*, junio de 2007, <https://www.globalpolicy.org/humanitarian-issues-in-iraq/consequences-of-the-war-and-occupation-of-iraq/35742.html>.

14. «Estimated Cost to Each U.S. Taxpayer of Each of the Wars in Afghanistan, Iraq and Syria», https://comptroller.defense.gov/Portals/45/documents/Section1090Reports/Section_1090_FY17_NDAA_Cost_of_Wars_to_Per_Taxpayer-March_2019.pdf. Rod Nordland y Mujib Mashal, «U.S. and Taliban Edge Toward Deal to End America's Longest War», *The New York Times*, 26 de enero de 2019, <https://www.nytimes.com/2019/01/26/world/asia/afghanistan-taliban-peace-deal.html>

Daniel Trotta, «Iraq War Costs U.S. More than \$2 Trillion: Study», Reuters World News, 14 de marzo de 2013, <https://www.reuters.com/article/us-iraq-war-anniversary-idUSBRE92DoPG20130314>

Linda Bilmes y Joseph Stiglitz, *The Three Trillion Dollar War: The True Cost of the Iraq Conflict* (W. W. Norton & Company, 2008) (Trad. cast.: *La Guerra de los tres billones de dólares: el coste real del conflicto de Iraq*, 2008, Taurus), Gordon Lubold, «U.S. Spent \$5.6 Trillion on Wars in Middle East and Asia: Study», *The Wall Street Journal*, 8 de noviembre de 2017, <https://www.wsj.com/articles/study-estimates-war-costs-at-5-6-trillion-1510106400>.

15. Toby Harnden, «Barack Obama Declares the 'War on Terror' Is Over», *The Telegraph*, 27 de mayo de 2010, <https://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/barackobama/7772598/Barack-Obama-declares-the-War-on-Terror-is-over.html>.

16. Thom Shanker, Michael Schmidt y Robert Worth, «In Baghdad, Panetta Leads Uneasy Moment of Closure», *The New York Times*, 15 de diciembre de 2011, <https://www.nytimes.com/2011/12/16/world/middleeast/panetta-in-baghdad-for-iraq-military-handover-ceremony.html>.

17. Elise Labott, «Clinton to Syrian Opposition: Ousting al-Assad Is Only First Step in transition». CNN, 6 de diciembre, 2011, <https://www.cnn.com/2011/12/06/world/meast/clinton-syrian-opposition/index.html>.

Mark Landler, «U.S. Considers Resuming Nonlethal Aid to Syrian Opposition», *The New York Times*, 9 de enero de 2014, <https://www.nytimes.com/2014/01/10/world/middleeast/syria-aid-may-resume-despite-fears-over-where-it-will-go.html>.

Ian Black, «US Axes \$500m Scheme to Train Syrian Rebels, Says NYT», *The Guardian*, 9 de octubre de 2015, <https://www.theguardian.com/world/2015/oct/09/us-to-axe-5-scheme-train-syrian-rebels-nyt>.

18. «Obama: U.S. Underestimated Rise of Isis in Iraq and Syria», *CBS News*, 28 de septiembre de 2014, <https://www.cbsnews.com/news/obama-u-s-underestimated-rise-of-isis-in-iraq-and-syria/>

Helene Cooper, Mark Landler y Alissa J. Rubin, «Obama Allows Limited Airstrikes on ISIS», *The New York Times*, 7 de Agosto de 2014, https://www.nytimes.com/2014/08/08/world/middleeast/obama-weighs-military-strikes-to-aid-trapped-iraqis-officials-say.html?_r=0.

Jane Timm, «Fact Check: Trump's Right, ISIS Did Lose Almost All Its Territory in Iraq and Syria», *NBC News*, 30 de enero de 2018, <https://www.nbcnews.com/card/fact-check-trump-s-right-isis-did-lose-almost-all-n843111>.

19. Fawaz A. Gerges, *A History of ISIS* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2016), pp. 21-22.

20. Julian Borger, Patrick Wintour y Kareem Shaheen, «US Military to Maintain Open-Ended Presence in Syria», *The Guardian*, 17 de enero de 2018, <https://www.theguardian.com/us-news/2018/jan/17/us-military-syria-isis-iran-assad-tillerson>.

Karen DeYoung, «Trump Agrees to an Indefinite Military Effort and New Diplomatic Push in Syria, U.S. Officials Say», *The Washington Post*, 6 de septiembre de 2018, https://www.washingtonpost.com/world/national-security/in-a-shift-trump-approves-an-indefinite-military-and-diplomatic-effort-in-syria-us-officials-say/2018/09/06/0351ab54-b20f-11e8-9a6a-565d92a3585d_story.html?noredirect=on&utm_term=.64ca5d9e6fe9

Mark Landler, Helene Cooper y Eric Schmitt, «Trump Withdraws U.S. Forces from Syria, Declaring 'We Have Won Against ISIS'», *The New York Times*, 19 de diciembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/12/19/us/politics/trump-syria-turkey-troop-withdrawal.html>.

W. J. Hennigan, «The U.S. Will Withdraw from Syria. No One's Sure What Comes Next», *Time*, 19 de diciembre de, 2018, <https://time.com/5484972/donald-trump-syria-withdrawal/>.

Julian Borger y Martin Chulov, «Trump Shocks Allies and Advisers with Plan to Pull US Troops out of Syria», *The Guardian*, 20 de diciembre de 2018, <https://www.theguardian.com/us-news/2018/dec/19/us-troops-syria-withdrawal-trump>.

21. Mark Kramer y Joshua R. Itzkowitz Shiffrinson, «NATO Enlargement—Was There a Promise?» *International Security* 42, n.º 1

(2017): pp. 186-192. https://doi:10.1162/isec_c_00287. Joshua R. Itzkowitz Shiffrin, «Deal or No Deal? The End of the Cold War and the U.S. Offer to Limit NATO Expansion», *International Security* 40, n.º 4 (2016): pp. 7-44. https://doi.org/10.1162/ISEC_a_00236 Dave Majumdar, «Newly Declassified Documents: Gorbachev Told NATO Wouldn't Move Past East German Border», *The National Interest*, 12 de diciembre de 2017, <https://nationalinterest.org/blog/the-buzz/newly-declassified-documents-gorbachev-told-nato-wouldnt-23629>

22. Steven Erlanger y Steven Lee Myers, «NATO Allies Oppose Bush on Georgia and Ukraine», *The New York Times*, 3 de abril de 2008, <https://web.archive.org/web/20190305061544/https://www.nytimes.com/2008/04/03/world/europe/03nato.html?pagewanted=all>.

Denis Dyomkin, «Russia Says Georgia War Stopped NATO Expansion», Reuters World News, 21 de noviembre de 2011, <https://in.reuters.com/article/idINIndia-60645720111121>

23. Marc Champion y Andrew Osborn, «Smoldering Feud, Then War Tensions at Obscure Border Led to Georgia-Russia Clash», *The Wall Street Journal*, 16 de Agosto de 2008, <https://www.wsj.com/articles/SB121884450978145997>.

Luke Harding, «Georgia Calls on EU for Independent Inquiry into War», *The Guardian*, 19 de noviembre de 2008, <https://www.theguardian.com/world/2008/nov/19/georgia-russia-eu-media-inquiry>.

24. Roy Allison, «Russia Resurgent? Moscow's Campaign to 'Coerce Georgia to Peace'», *International Affairs* 84, n.º 6 (2008): pp. 1145-1171, http://www.chathamhouse.org.uk/files/12445_84_6allison.pdf.

Asher Moses, «Georgian Websites Forced Offline in 'Cyber War'», *The Sydney Morning Herald*, 12 de Agosto de 2008, <https://www.smh.com.au/technology/georgian-websites-forced-offline-in-cyber-war-20080812-gdsqac.html>.

Andrew North, «Georgia Accuses Russia of Violating International Law over South Ossetia», *The Guardian*, 14 de julio de 2015, <https://www.theguardian.com/world/2015/jul/14/georgia-accuses-russia-of-violating-international-law-over-south-ossetia>.

Resolución de 17 de noviembre de 2011 en la que se recogen las recomendaciones al Consejo, la Comisión y el Servicio Europeo de Acción Exterior sobre el Acuerdo de Adhesión entre la UE y Georgia (2011/2133 [por iniciativa propia]). Línea Iii. <http://www.europarl>.

europa.eu/sides/getDoc.do?type=TA&language=EN&reference=P7-TA-2011-0514

25. Steven Erlanger y Steven Lee Myers, «NATO Allies Oppose Bush on Georgia and Ukraine», *The New York Times*, 3 de abril de 2008, <https://www.nytimes.com/2008/04/03/world/europe/03nato.html>

26. T. Korotkyi y N. Hendel, «The Legal Status of the Donetsk and Luhansk ‘Peoples’ Republics», en S. Sayapin y E. Tsybulenko, eds., *The Use of Force against Ukraine and International Law* (La Haya: T.M.C. Asser Press, 2018), https://doi.org/10.1007/978-94-6265-222-4_7

27. Robert Legvold, *Return to Cold War* (Cambridge: Polity, 2016). Stephen F. Cohen, «If America ‘Won the Cold War’, Why Is There Now a ‘Second Cold War with Russia’?» *The Nation*, 14 de febrero de 2018, <https://www.thenation.com/article/if-america-won-the-cold-war-why-is-there-now-a-second-cold-war-with-russia/>.

Robert D. Crane, «Psychostrategic Warfare and a New U.S.-Russian Cold War», *The American Muslim* (Tam), 12 de febrero de 2015, <http://theamericanmuslim.org/tam.php/features/articles/psychostrategic-warfare-and-a-new-u.s.-russian-cold-war>. Alex Vatanka, «Russian Bombers in Iran and Tehran’s Internal Power Struggle», *The National Interest*, 16 de agosto de 2016, <https://nationalinterest.org/feature/russian-bombers-iran-tehrans-internal-power-struggle-17379>

28. U.S. Congress, House, «House Permanent Select Committee on Intelligence Report on Russian Active Measures: Majority Report, March 22, 2018—Final Report of the Republican Majority», https://docs.house.gov/meetings/IG/IG00/20180322/108023/HRPT-115-1_1-p1-U3.pdf

U.S. Congress, House, «House Permanent Select Committee on Intelligence Report on Russian Active Measures: Minority Views, March 26, 2018—a 98-page Response by the Democratic Minority», <https://docs.house.gov/meetings/IG/IG00/20180322/108023/HRPT-115-2.pdf>

29. Congressional Research Service, «U.S. Sanctions on Russia», actualizado el 11 de enero de 2019, <https://fas.org/sgp/crs/row/R45415.pdf>

30. Edward Wong, «China Hedges Over Whether South China Sea Is a ‘Core Interest’ Worth War», *The New York Times*, 30 de marzo de 2011, <https://www.nytimes.com/2011/03/31/world/asia/31beijing.html>.

31. Wade Shepard, «Why the China-Europe ‘Silk Road’ Rail Network Is Growing Fast», *Forbes*, 28 de enero de 2016, <https://www.forbes.com/sites/wadeshepard/2016/01/28/why-china-europe-silk-road-rail-transport-is-growing-fast/#7415b948659a>. Salvatore Babones, «The New Eurasian Land Bridge Linking China and Europe Makes No Economic Sense, So Why Build It?» *Forbes*, 28 de diciembre de 2017, <https://www.forbes.com/sites/salvatorebabones/2017/12/28/the-new-eurasian-land-bridge-linking-china-and-europe-makes-no-economic-sense-so-why-build-it/#7d3241545c9c>.

32. World Bank, *Belt and Road Economics: Opportunities and Risks of Transport Corridors*, Advance Edition (Washington D.C.: World Bank, 2019). License: Creative Commons Attribution CC BY 3.0 IGO, <https://openknowledge.worldbank.org/bitstream/handle/10986/31878/9781464813924.pdf>

33. «Defense Spending by Country (2020)», *GlobalFirePower.com*, <https://www.globalfirepower.com/defense-spending-budget.asp>. «The world’s biggest defense budgets in 2019», *Army-technology.com*, 13 de junio de 2019. <https://www.army-technology.com/features/biggest-military-budgets-world/>

CAPÍTULO 15. 2007: LA SACUDIDA DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

1. U.S. Federal Reserve, *U.S. Household Debt Relative to Disposable Income and GDP 1980-2011* (U.S. Federal Reserve, 2012). «The End of the Affair», *The Economist*, 20 de noviembre de 2008. <https://www.economist.com/united-states/2008/11/20/the-end-of-the-affair>

Gwynn Guilford, «House Flippers Triggered the US Housing Market Crash, Not Poor Subprime Borrowers», *Quartz*, 29 de agosto de 2017, <https://qz.com/1064061/house-flippers-triggered-the-us-housing-market-crash-not-poor-subprime-borrowers-a-new-study-shows/>

Stefania Albanesi, Giacomo De Giorgi y Jaromir Nosal, «Credit Growth and the Financial Crisis: A New Narrative», NBER Working Paper n.º 23740 (agosto de 2017). doi:10.3386/w23740

2. Joe Nocera, «Lehman Had to Die So Global Finance Could Live», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2009, <https://www.nytimes.com/2009/09/12/business/12nocera.html>

3. Eric Dash, «\$5 Billion Said to Be Near for WaMu», *The New York Times*, 7 de abril de 2008, https://www.nytimes.com/2008/04/07/business/07cnd-wamu.html?_r=1&oref=slogin

Kimberley Amadeo, «Stock Market Crash of 2008», *The Balance*, 22 de Agosto de 2019, <https://www.thebalance.com/stock-market-crash-of-2008-3305535#targetText=The%20stock%20market%20crash%20of,rejected%20the%20bank%20bailout%20bill>. Mike Collins, «The Big Bank Bailout», *Forbes*, 14 de julio de 2015, <https://www.forbes.com/sites/mikecollins/2015/07/14/the-big-bank-bailout/#1f1ed89b2d83>

4. Aaron Smith, «Eurozone Unemployment Hits Record High», *CNN Business*, 3 de octubre de 2012, <https://money.cnn.com/2012/10/31/news/economy/euro-unemployment/index.html>.

«Eurozone Unemployment at Record High in May», *CBS News*, 1 de julio de 2013.

5. Floyd Norris, «United Panic», *The New York Times*, 24 de octubre de 2008, <https://economix.blogs.nytimes.com/2008/10/24/united-panic>.

Monica Singhania y Jugal Anchalia, «Volatility in Asian Stock Markets and Global Financial Crisis», *Journal of Advances in Management Research* 10, n.º 3 (2013): pp. 333-351.

6. David Goldman, «Summary of U.S. Government Financial Commitments and Investments Related to the Crisis», *CNNMoney.com's bailout tracker*, <https://money.cnn.com/news/storysupplement/economy/bailouttracker/index.html>. Collins, «The Big Bank Bailout».

Michael J. Fleming, «Federal Reserve Liquidity Provision during the Financial Crisis of 2007-2009»,

Federal Reserve Bank of New York Staff Reports, n.º 563, julio de 2012, https://www.newyorkfed.org/medialibrary/media/research/staff_reports/sr563.pdf.

7. Jon Swaine, «Bank Bailout: Alistair Darling Unveils £500-billion Rescue Package», *The Telegraph*, 8 de octubre de 2008, <https://www.telegraph.co.uk/finance/financialcrisis/3156711/Bank-bailout-Alistair-Darling-unveils-500billion-rescue-package.html>.

8. Ken Bensinger, «Public isn't Buying Wall Street Bailout», *Los Angeles Times*, 26 de septiembre de 2008, <https://www.latimes.com/archives/la-xpm-2008-sep-26-fi-voxpath26-story.html>.

9. David M. Herszenhorn, «House Approves Bailout on Second

Try», *The New York Times*, 3 de octubre de 2008, <https://www.nytimes.com/2008/10/04/business/economy/04bailout.html>.

10. <https://www.zillow.com/home-values/>

Emmie Martin, «Here's How Much Housing Prices Have Skyrocketed over the Last 50 Years», *CNBS Make It*, 23 de junio de 2017, <https://www.cnb.com/2017/06/23/how-much-housing-prices-have-risen-since-1940.html>.

Jacob Passy, «These Homes Are Still Worth Less Than They Were in 2007», *Market Watch*, 22 de septiembre de 2017, <https://www.marketwatch.com/story/these-homes-are-still-worth-less-than-they-were-in-2007-2017-09-21#targetText=In%20August%2C%20the%20median%20national,April%20when%20it%20hit%20%24198%2C000.> «Inflation Adjusted Housing Prices», *InflationData.com*, <https://inflationdata.com/articles/inflation-adjusted-prices/inflation-adjusted-housing-prices/>. «US Inflation Calculator», <https://www.usinflationcalculator.com/>.

11. «FRED Economic Data: Stock Market Capitalization to GDP for United States», Federal Reserve of St. Louis, https://fred.stlouisfed.org/series/DDDM01USA156NWDB?utm_source=series_page&utm_medium=related_content&utm_term=related_resources&utm_campaign=categories.

«Stock Market Capitalization, Percent of GDP-Country Rankings», *TheGlobalEconomy.com*, https://www.theglobaleconomy.com/rankings/Stock_market_capitalization/

12. «Commodity Prices: Cocoa Beans», Index Mundi, <https://www.indexmundi.com/Commodities/?commodity=cocoa-beans&months=360>

13. J. B. Maverick, «How Big Is the Derivatives Market?», *Investopedia*, 6 de junio de 2018, <https://www.investopedia.com/ask/answers/052715/how-big-derivatives-market.asp#targetText=According%20to%20the%20most%20recent,significantly%20less%3A%20approximately%20%2412.7%20trillion>.

Kathrin Brandmeir, Michaela Grimm y Arne Holzhausen, *Allianz Global Wealth Report 2018* (Múnich: Allianz SE, 26 de septiembre de, 2018). «GDP (current US\$)», The World Bank, <https://data.worldbank.org/indicator/ny.gdp.mktp.cd>

14. Jason Fang y Michael Walsh, «Made in China 2025: Beijing's Manufacturing Blueprint and Why the World Is Concerned», *ABC*

News, 28 de abril de 2018, <https://www.abc.net.au/news/2018-04-29/why-is-made-in-china-2025-making-people-angry/9702374>. Ana Swanson, «U.S. and China Expand Trade War as Beijing Matches Trump's Tariffs», *The New York Times*, 15 de junio de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/06/15/us/politics/us-china-tariffs-trade.html>. Lily Kuo, «'There Will Be conflict': US Has Underestimated Huawei, Says Founder», *The Guardian*, 21 de mayo de 2019, <https://www.theguardian.com/technology/2019/may/21/there-will-be-conflict-huawei-founder-says-us-underestimates-companys-strength>.

15. Mattathias Schwartz, «Pre-Occupied: The Origins and Future of Occupy Wall Street», *The New Yorker*, 20 de noviembre de 2011, <https://www.newyorker.com/magazine/2011/11/28/pre-occupied>.

16. Lizzy Davies, «Occupy Movement: City-by-City Police Crackdowns So Far», *The Guardian*, 15 de noviembre de 2011, https://www.theguardian.com/world/blog/2011/nov/15/occupy-movement-police-crackdowns?CMP=tw_t_gu <https://web.archive.org/web/20130514230107/http://www.occupytogether.org/>.

17. Derek Thompson, «Occupy the World: The '99 Percent' Movement Goes Global», *The Atlantic*, 15 de octubre de 2011, <https://www.theatlantic.com/business/archive/2011/10/occupy-the-world-the-99-percent-movement-goes-global/246757/>. Karla Adam, «Occupy Wall Street Protests Go Global», *The Washington Post*, 15 de octubre de 2011, https://www.washingtonpost.com/world/europe/occupy-wall-street-protests-go-global/2011/10/15/gIQA7kimL_story.html. «As 'Occupy' Protesters Promise New Strategies for 2012, Global Citizens Are in the Dark but Sympathetic», *Ipsos*, 20 de enero de 2012, <https://www.ipsos.com/en-us/occupy-protesters-promise-new-strategies-2012-global-citizens-are-dark-sympathetic>.

18. Megan Leonhardt, «The Lasting Effects of Occupy Wall Street, Five Years Later», *Money*, 16 de septiembre de 2016, <http://money.com/money/4495707/occupy-wall-street-anniversary-effects/>.

CAPÍTULO 16. EL COLAPSO. VUELTA AL NACIONALISMO

1. Steve Ember, «Latin American Economic Crisis», en *The News*, *VOA Learning English*, 9 de Agosto de 2002, <https://learningenglish.voanews.com/a/a-23-a-2002-08-09-4-1-83109052/119706.html>

2. Jim Saxton, «Argentina's Economic Crisis: Causes and Cures», *Joint Economic Committee*. Washington, D.C.: United States Congress, junio de 2003.
3. Argentina Memorandum of Economic Policies», International Monetary Fund, 14 de febrero de 2000. <https://www.imf.org/external/np/loi/2000/arg/01/index.htm>
4. Clifford Krauss, «Argentina Scrambles for I.M.F. Loans», *The New York Times*, 11 de diciembre de 2001, <https://www.nytimes.com/2001/12/11/business/argentina-scrambles-for-imf-loans.html?page=wanted=print>.
5. Bolivia: Evo Morales (2006-2019), Chile: Michelle Bachelet (2006-2010; 2014-2018), República Dominicana: Leonel Fernández (2004-2012), Ecuador: Rafael Correa (2007-2017), El Salvador: Mauricio Funes (2009-2014), Honduras: Manuel Zelaya (2006-2009), Nicaragua: Daniel Ortega (2007-hasta hoy), Paraguay: Fernando Lugo (2008-2012), Uruguay: Tabaré Vázquez (2005-2010).
6. José Antonio Ocampo, «Commodity-Led Development in Latin America», *International Development Policy* 9, (2017): pp. 51-76. <https://journals.openedition.org/poldev/2354>. Angus Deaton, «Commodity Prices and Growth in Africa», *Journal of Economic Perspectives* 13, n.º 3 (1999): pp. 23-40.
7. Mark Goldberg, «European Union Releases Facts and Figures for Migrant and Refugees Arrivals in 2018», *UN Dispatch*, 11 de diciembre de 2018, <https://www.undispatch.com/european-union-releases-facts-and-figures-for-migrant-and-refugees-arrivals-in-2018/>.
8. Vergel O. Santos, «The Philippines Just Became More Authoritarian, Thanks to the People», *The New York Times*, 24 de mayo de 2019, <https://www.nytimes.com/2019/05/24/opinion/philippines-du-terte-election-senate.html>
9. Judy Dempseyjan, «Study Looks at Mortality in Post-Soviet Era», *The New York Times*, 16 de enero de 2009, <https://www.nytimes.com/2009/01/16/world/europe/16europe.html>. Andrei Shleifer y Daniel Treisman, *A Normal Country*, Harvard Institute of Economic Research Discussion, Paper Number 2019 (Cambridge, MA: Harvard University, 2003), p 41.
10. Mingfu Liu, *The China Dream: Great Power Thinking and Strategic Posture in the Post-American Era* (CN Times Beijing Media

Time United Publishing Company Limited, 2015). «What does Xi Jinping's China Dream mean?» *BBC News*, 6 de junio de 2013.

11. Citizens United v. Federal Election Commission. Legal Information Institute. <https://www.law.cornell.edu/supct/cert/08-205>

12. Alison Faupel et al., «Hate Crimes Are on the Rise. What Does It Take to Get State Governments to Respond?» *The Washington Post*, 13 de Agosto de 2019, <https://www.washingtonpost.com/politics/2019/08/13/hate-crimes-are-rise-what-does-it-take-get-state-governments-respond/>. Bradley Sawyer y Cynthia Cox, «How Does Health Spending in the U.S. Compare to Other Countries?» *Peterson-KFF Health System Tracker*, 7 de diciembre de, 2018, <https://www.healthsystemtracker.org/chart-collection/health-spending-u-s-compare-countries/#item-start>.

Jasmine Kim, «Rate of Uninsured Americans Rises for the First Time Since Obamacare Took Effect in 2014», *CNBS*, 10 de septiembre de 2019, <https://www.cnbc.com/2019/09/10/rate-of-insured-americans-decreases-for-the-first-time-since-obamacare.html>. «Overdose Death Rates», National Institute of Drug Abuse. Consultado en enero de 2019, <https://www.drugabuse.gov/related-topics/trends-statistics/overdose-death-rates>. Grace Donnelly, «Here's Why Life Expectancy in the U.S. Dropped Again This Year», *Fortune*, 9 de febrero de 2018, <https://fortune.com/2018/02/09/us-life-expectancy-dropped-again/>. Anthony McGann, *Gerrymandering in America: The House of Representatives, the Supreme Court, and the Future of Popular Sovereignty* (Cambridge University Press, 2016). Nicholas Confessore, Sarah Cohen y Karen Yourish, «Buying Power: The Families Funding the 2016 Presidential Election», *The New York Times*, 10 de octubre de 2015, <https://www.nytimes.com/interactive/2015/10/11/us/politics/2016-presidential-election-super-pac-donors.html>.

CAPÍTULO 17. UNA VORÁGINE DE CAMBIOS TECNOLÓGICOS Y ECOLÓGICOS

1. Stuart J. Russell y Peter Norvig, *Artificial Intelligence: A Modern Approach*, 3ª ed. (Upper Saddle River, NJ: Prentice Hall, 2009), p. 17.

2. Andreas Kaplan y Michael Haenlein, «Siri, Siri, in My Hand: Who's the Fairest in the Land? On the Interpretations, Illustrations,

and Implications of Artificial Intelligence», *Business Horizons* 62, n.º 1 (2019): pp. 15-25. doi:10.1016/j.bushor.2018.08.004

3. Pedro Domingos, *The Master Algorithm: How the Quest for the Ultimate Learning Machine Will Remake Our World* (Basic Books, 2015).

4. Pamela McCorduck, *Machines Who Think*, 2ª ed. (Natick, MA: A. K. Peters, Ltd., 2004), 480-483. John Markoff, «Computer Wins on 'Jeopardy!': Trivial, It's Not», *The New York Times*, 16 de febrero de 2011, <https://www.nytimes.com/2011/02/17/science/17jeopardy-watson.html>. «Artificial Intelligence: Google's AlphaGo Beats Go Master Lee Se-dol», *BBC News*, 12 de marzo de, 2016, <https://www.bbc.com/news/technology-35785875>

5. Marx y Engels, *El manifiesto comunista*.

6. Vaclav Smil, «Global Population: Milestones, Hopes, and Concerns», *Medicine & Global Survival* 5, n.º 2 (1998): pp. 105-108.

7. Hunt, Michael, The World Transformed, 436. Max Roser, «Economic Growth» *Our World in Data*, <https://ourworldindata.org/economic-growth>.

8. Erle C. Ellis, *Anthropocene: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2018). Anthropocene Working Group, International Commission on Stratigraphy, «Results of Binding Vote by AWG», Subcommission on Quaternary Stratigraphy, 21 de mayo de 2019, <https://web.archive.org/web/20190605091924/http://quaternary.stratigraphy.org/working-groups/anthropocene/>. Meera Subramanian, doi:10.1016/j.bushor.2018.08.004

Anthropocene Now: Influential Panel Votes to Recognize Earth's New Epoch» *Nature*, 21 de mayo de, 2019, <https://www.nature.com/articles/d41586-019-01641-5>.

BREVE GLOSARIO DE TÉRMINOS BÁSICOS

1. K. O'Rourke y J. Williamson, «When Did Globalisation Begin?» *European Review of Economic History* 6 (2002): pp. 23-50. C. Chase-Dunn, «Globalization: A World-System Perspective», *Journal of World-Systems Research* 5, n.º 2 (1999): pp. 194-197. C. Chase-Dunn, Y. Kawano y B. Brewer, «Trade Globalization since 1795: Waves of Integration in the World System», *American Sociological Review* 65, n.º 1 (2002): pp. 77-95.

2. O'Rourke y Williamson, «When Did Globalisation Begin?» 26. Michael Bordo, «Globalization in Historical Perspective», *Business Economics* 72 (2002): pp. 20-29. R. Baldwin y P. Martin, *Two Waves of Globalization: Superficial Similarities, Fundamental Differences*, NBER Working Paper 6904 (Cambridge, 1999). J. A. Scholte, *Globalization: A Critical Introduction* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005), pp. 117-119. R. Feenstra, «Integration of Trade and Disintegration of Production in the Global Economy», *Journal of Economic Perspectives* 12 n.º 4 (1998): pp. 31-50. J. Sachs y A. Warner, *Economic Reform and the Process of Global Integration*, Brookings Papers on Economic Activity 1 (1995): pp. 1-118. J. Williamson, *Globalization and Inequality Then and Now: The Late 19th and Late 20th Centuries Compared*, NBER Working Paper 5491 (Cambridge, 1996). K. O'Rourke y J. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy* (Cambridge: MIT Press, 1999). (Trad. cast.: *Globalización e historia: la evolución de una economía atlántica desde el siglo XIX*, 2006, Prensas de la Universidad de Zaragoza).

3. Max Roser, «Global Economic Inequality», *OurWorldInData.org*, 2020, <https://ourworldindata.org/global-economic-inequality>. «Average gross domestic product», World Inequality Database, *wid.world*, https://wid.world/world/#agdpro_pop100_z/US;FR;DE;CN;ZA;GB;WO/last/eu/k/p/yearly/a/false/o/75000/curve/false/country.

4. «The Big Mac Index», *The Economist*, 11 de julio de 2018. «World Economic Outlook», Fondo Monetario Internacional, abril de 2019, <https://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2019/01/weodata/>.

5. Klaus Schwab, «The Fourth Industrial Revolution: What It Means, How to Respond», *webforum.org*, 14 de enero de 2016, <https://www.weforum.org/agenda/2016/01/the-fourth-industrial-revolution-what-it-means-and-how-to-respond/>.



PARA SEGUIR EXPLORANDO LA BREVE HISTORIA DEL PRESENTE

<https://www.youtube.com/@AtilioBoron> Análisis sociológico, político, e internacional

<https://www.youtube.com/@BBCMundo> Noticias globales

<https://www.youtube.com/@CosasMilitares> Análisis militar

<https://www.youtube.com/@danielgeohistoria> Geografía e Historia

<https://www.youtube.com/@ElMapadeSebas> Historia y actualidad

<https://www.youtube.com/@Filosofiaparalavida> Filosofía e ideologías

<https://www.youtube.com/@HistoriaGeopolitica> Análisis geopolíticos.

<https://www.youtube.com/@HistoriaIncompredida> Videos de Historia.

<https://www.youtube.com/@IntervencionesGringas> Intervenciones estadounidenses.

<https://www.youtube.com/@MegaVisionMundial> Análisis geopolíticos y demográficos.

<https://www.youtube.com/@MemoriasDePez> Conflictos internacionales e historia.

<https://www.youtube.com/@MemoriasDeTiburon> Economía e historia económica.

<https://www.youtube.com/@oscarvara> Economía y geopolítica.

<https://www.youtube.com/@VisualPolitik> Política y relaciones internacionales.



ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

A

- acuerdo de destructores por bases,
164, 173, 178
- Acuerdo General sobre Aranceles
Aduaneros y Comercio (GATT),
180
- Adenauer, Konrad, 212
- Afganistán, 75, 137, 166, 311, 312,
356, 360-363, 446
- África, 30, 56, 62, 65, 73-79, 9, 101,
117, 131, 148, 153, 161, 216,
217, 248, 251, 255, 262, 263,
287, 311, 334, 337, 344, 362,
375, 395, 397, 430, 434, 462,
463, 469
- Agencia Central de Inteligencia, 174
- Agencia de Proyectos de Investigación
Avanzados de Defensa (DARPA),
315
- al-Assad, Hafez, 248, 361-363
- Al-Qaeda, 346, 349, 355-356, 361,
362
- Albania, 117, 129, 148, 222, 308
- Alemania, 25, 39, 73, 75, 76, 80, 85,
87-94, 98-105, 108, 109, 111,
135, 137, 139, 141-150, 161, 165,
168, 169, 172, 177, 187, 200-202,
208, 209, 212-221, 278, 308, 354,
358, 364, 418, 419, 430, 431
- Alemania nazi, 142-148, 169, 172,
195, 196, 199-201, 209, 219
- Alemania Oriental (República
Democrática Alemana), 203,
221, 308
- algoritmos, 406, 441, 473
- alianza franco-rusa, 102, 103
- Allende, Salvador, 189, 190, 241
- América Latina, 30, 66, 70, 71, 72,
83, 93, 121, 132-133, 155, 159,
160, 161, 176, 238, 239, 241-
244, 263, 276, 296, 311, 337,
344, 351, 375, 387-393, 398,
401, 434, 441, 462, 463, 469
- americanización, 82, 173, 186, 192-193
- Anglo-américa, 72
- Angola, 73, 312
- antropoceno, 411
- Arabia Saudí, 187, 288, 312, 361
- Árbenz, Jacobo, 239-240, 242
- Argelia, 243, 255, 430
- Argentina, 22, 71, 80, 151, 155, 159-
160, 236-239, 242, 244, 245,
272, 282, 295, 296, 320, 325,
351, 386-387
- Armenia, 51, 309
- Asia meridional, 51, 55-57, 60, 78,
93, 131, 248, 251, 263, 337
- Atatürk, Mustafá Kemal, 131
- Australia, 153, 175, 176, 216, 374,
397, 434, 440
- Austria, 37, 87, 101, 137, 146, 167,
208, 308, 395
- autoritarismo, 11, 12, 31, 70, 71, 78,
130, 131, 133-134, 137, 138,
282, 305, 318, 335, 342, 344,
361, 387, 393, 402, 429, 440,
450, 453

B

baby boom (eclosión demográfica),
274, 284, 329, 343
Banco Mundial (BM), 179, 289, 334,
369, 380, 439
Bangladés, 52, 56, 176, 329
Bélgica, 47, 73, 80, 85, 101, 103,
129, 147, 188, 215
Bhutto, Zulfikar Ali, 281
Blair, Tony, 326
Bloque Oriental, 195, 203, 221,
222, 254, 259, 264, 272, 290,
310, 364
Bolivia, 64, 240, 242, 276
Bosch, Juan, 240
Bosnia y Herzegovina, 146
Brasil, 39, 64, 71, 238, 239, 242,
244, 386-387, 401, 450, 453
Brexist, 97-111, 125, 149, 169, 179,
262, 324, 327, 418, 422, 463
Brézhnev, Leonid, 220, 221, 299,
300, 304, 311, 320
britanización, 25, 79-83, 105, 107,
111, 192, 193, 269
Bulgaria, 101, 114, 129, 146, 20,
218, 305, 308, 364, 396, 430
burbuja inmobiliaria, 372-374
Burundi, 73
Bush, George W., 350, 357, 358, 364
Bush, George W. H., 326

C

Cabo Verde, 74
Camboya, 205
Cameron, David, 97
Camerún, 73, 76, 104, 154
Canadá, 80, 150, 153, 216, 287,
357, 434
Cárdenas, Lázaro, 121, 122, 128,
199
Carta Magna, 460-461
Castro, Fidel, 206, 240
Cinturón del Óxido, 314
Clinton, Bill, 326, 343, 350
coeficiente de Gini, 464, 470
Colombia, 52, 80
colonialismo y colonias, 156-157,
169, 335

Commonwealth británica, 216
Comoras, 74
comunismo, 25, 109, 110-112, 125,
133, 137, 138, 168, 169, 213,
218, 240, 260, 262, 295, 299,
311, 322, 327, 429
comunismo de Guerra, 112, 122,
123, 127
Conferencia de Berlín, 74, 153
Conferencia de Bretton Woods,
Consenso de Washington, 178-179,
215, 334
Conversaciones para la Limitación de
las Armas Estratégicas (acuerdos
SALT), 206-207
Corea, 60, 175, 176, 181, 202-204,
211, 213, 216, 217, 223, 259,
326, 344, 367, 374, 383, 397,
445, 458
Costa Rica, 80, 344
Crisis de los Misiles cubanos, 172,
202, 206, 208, 275, 312
crisis del petróleo, 287, 291, 378, 388
crisol, 339-343, 352, 391, 392, 436,
439
Croacia, 146
Cuba, 90, 158, 173, 188, 205-208,
240, 259, 275, 312, 344
cuenca del Caribe, 159
Chávez, Hugo, 387
Checoslovaquia, 137, 175, 202, 218,
222, 283-284
Chiang Kai-shek, 118-119, 224, 227
Chile, 80, 83, 104, 189, 190, 241,
242, 325
China, 52-53, 57-61, 79, 118-120,
125-129, 131, 132, 155, 161,
162, 167, 169, 175, 181, 187,
189, 199, 202, 204, 211, 213,
217, 224-231, 237, 254, 259,
264, 271, 278, 292-295, 303,
306, 307, 309, 310, 321, 322,
326, 329, 334, 337-339, 357,
358, 363, 367-371, 374, 381,
388, 397, 399, 408, 409, 419,
421, 441, 445-449, 469-470
Chipre, 350

D

da Silva, Luiz Inácio Lula, 387, 453
 democracia, 135-149
 democracia liberal, 11, 399, 402
 deportes, 150, 151
 derechos civiles, movimientos por los, 277, 279, 450
 desglobalización, 12, 258, 260, 263, 264, 443, 459
 desigualdad socioeconómica, 258-261, 329, 336-339, 343, 346, 381, 420, 422, 424-425, 433, 435, 439, 443, 463-464, 469-470
 Destrucción Mutua Asegurada (DMA), 171, 193, 275, 312, 458
 deuda exterior, 289
 Díaz, Porfirio, 120
 Dinamarca, 87, 129, 215
 dinastía Qing, 52, 57, 58, 104, 117-118
 Divergencia Americana, 62-72, 78, 420
 diversidad, 104, 188, 340-343
 Doctrina Monroe, 159-162, 176
 Dubček, Alexander, 222, 283, 308

E

edad de oro del capitalismo, 214, 215, 271
 Egipto, 73, 75, 148, 154, 238, 243-248, 285, 286, 361, 434, 450, 465
 El Salvador, 312
 el-Sadat, Anwar, 248
 Emiratos Árabes Unidos, 187
 Engels, Friedrich, 91, 92, 99, 110, 112, 113
 ensaladera, 339-343, 352, 391-392, 437, 439
 era Showa de Japón, 147, 195, 200, 209
 Eritrea, 312
 esclavitud, 450
 Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, 147, 211, 217
 Eslovaquia, 146, 364
 Eslovenia, 396
 España, 38, 65, 73, 74, 129, 150, 156, 158, 160, 166, 187, 188,

205, 209, 215, 218, 296, 344, 354, 374, 383, 384, 394, 446
 Estado de Guerra Total, 105-106, 108, 111, 112, 114, 115, 123, 127
 Estado Islámico, 362
 Estado-partido antihegemónico, 99, 100, 114-115, 117, 119, 121, 125-128, 132, 135, 138, 141, 143, 145, 147, 149, 197-200, 218, 221-227, 235, 245, 248-260, 263-264, 270, 272, 292, 311, 318, 320, 326-327, 338, 398, 402, 415, 429, 430
 Estados Unidos, 25, 35-40, 52, 59, 64, 70, 71, 84, 85, 88-90, 94, 98-101, 105, 121, 135, 138, 139, 140, 147, 149-208, 212-216, 228, 231-236, 241, 248, 251, 258, 260, 263, 264, 269-280, 285-291, 312-317, 320, 321, 326, 330, 333-335, 343, 345, 349-382, 388, 394-395, 398-299, 416-421, 430, 444-453, 458-463, 470
 estalinismo, 220
 estatismo, 318, 324, 338, 339, 342, 343, 350, 352, 391, 398, 434-439
 Estenssoro, Víctor Paz, 240
 Estonia, 129, 137, 146, 218, 308, 364
 Etiopía, 73, 117, 137, 312, 462
 Eurasia, 24, 48, 61-63, 66, 93, 209, 368, 449, 473

F

Filipinas, 90, 158, 173, 176, 181, 211, 344, 362, 367, 397
 financiarización, 316, 322, 377, 379, 381
 Finlandia, 108, 114, 129, 137, 146, 371, 430
 Fondo Monetario Internacional (FMI), 179, 180, 185-186, 263, 289, 334, 335, 338, 386-388, 393
 Francia, 35, 36, 38, 39, 47, 65, 72, 73, 75, 85, 87, 92, 100-104, 108, 109, 111, 126, 129, 131, 137, 139, 146, 147, 156, 160, 163, 166-169, 172, 175, 176, 187,

200, 205, 208, 209, 214, 217,
218, 225, 278, 357, 428, 430,
431, 458, 460, 461

Freikorps, 142

G

Gambia, 73

Gasperi, Alcide de, 214

Generación X, 329

Generación Z, 329

Georgia, 51, 364, 366, 445

Ghana, 73, 238, 252-255, 430

glasnost, 299-304, 307, 309, 322

globalización, 11-13, 25, 63, 79-84,

98, 101, 139, 192, 193, 198,

199, 257, 258, 260, 263, 267-

346, 351-353, 372-399, 408,

415-425, 432, 435, 443

golpes militares, 133, 270, 430

Gorbachov, Mijaíl, 272, 299-304,

309, 310, 313, 321, 322

Gran Bifurcación, 329-333, 337,

339, 344, 351, 381, 383, 421,

437

Gran Bretaña, 23-25, 28-31, 34-47,

51-60, 66, 70-77, 82-90, 97-101,

104, 108, 111, 124, 126, 129-

131, 136-140, 145-179, 187-228,

235, 249, 269, 272, 279, 287,

291, 296, 320, 326, 337, 353-

357, 366, 395, 398, 417-420,

425, 427, 430, 446, 456

Gran Compresión, 259-260, 274,

284, 287, 318, 333, 337, 442,

436, 443

Gran Depresión, 84, 149, 152, 178,

180, 182, 184-185, 191, 195,

199, 234, 258, 261, 325, 350,

374, 388-389, 435

Gran Divergencia, 61-62, 66, 93, 98,

420, 422

Gran Juego, 75, 166-172, 193, 458

Gran Recesión (2007-2009), 350,

395, 435

Gran Salto Adelante, 228-230, 293,

305, 338

Granada, 320

Grecia, 101, 129, 148, 169, 215,

218, 296, 344, 350, 374, 384,

394, 460

Guatemala, 239-242, 312

guerra civil americana, 70

guerra civil china, 127, 204, 448

guerra civil española, 117

Guerra de Corea, 213, 216

Guerra de Crimea, 51, 53-54, 58,

166-167, 193, 225

Guerra de la Triple Alianza

(Sudamérica), 70

Guerra de las Islas Malvinas o

Falkland, 295-299

Guerra de Secesión, 70, 71, 152, 160

Guerra de Vietnam, 205, 276, 277,

280, 369, 370

Guerra de Yom Kippur o Guerra del

Ramadán, 271, 285

Guerra del Opio, 53, 59, 155

Guerra Fría, 151, 171-175, 185, 193-

195, 198-204, 206, 207, 212-

216, 237, 240-241, 251, 254,

257-258, 261, 275, 285, 291,

311-317, 322, 336, 345, 355,

358-359, 364, 366, 367, 370,

419, 421, 422, 425, 428-431

Guerra Hispano-Estadounidense, 173

Guerra Sucia, 282

guerras napoleónicas, 40, 154, 156,

163, 167, 430

Guevara, Che, 206, 275-276

Guillermo II, 90

Guinea, 73-74, 255

Guinea Ecuatorial, 74

H

Haití, 344

Hamilton, Alexander, 152

Hawái, 90, 355

hegemonía, 21-24, 34, 38-40, 47,

61, 66, 72, 77, 84, 88, 98-100,

135, 136, 139, 141, 149, 151,

152, 156-166, 171-173, 178-180,

185-198, 200, 208, 211, 214,

217, 231, 262, 264, 269-272,

287, 311, 314, 317, 333, 345,

349-371

Hitler, Adolf, 100, 143, 164, 354

Hollywood, 186

Hungría, 101, 114, 129, 137, 146,
202, 208, 221, 222, 305, 307-
308, 364, 395

Hussein, Saddam, 248, 292, 317,
349, 357, 362

I

Imperio alemán, 85, 87, 88, 458

Imperio austrohúngaro, 101, 146,
200

Imperio británico, 23, 65, 76, 83, 88,
93, 136, 151, 154, 190, 435

Imperio chino, 49, 53, 117, 155, 224

Imperio francés, 36, 38, 154

Imperio otomano, 49, 51, 54, 58, 75,
101, 104, 130, 131, 146, 166,
200

Imperio ruso, 51, 54, 58, 115, 124,
137, 158, 166-167, 193, 218,
226, 227, 366, 458

Imperios de la pólvora, 24, 48-50,
53, 55, 56, 58-59, 61-63, 66, 73,
78, 93, 126, 129-131, 224, 230,
262-263, 291

India, 44, 51-53, 56-60, 79, 83, 153,
154, 175, 181, 238, 248-251,
374, 383, 396, 408, 409, 430,
441, 469

Indonesia, 153, 181, 202, 238, 329,
383, 397

Inteligencia Artificial, Revolución de
la, 12, 34, 352, 405-406, 409,
419, 441

Internacional Comunista, 113

Irak, 176, 245-248, 317, 349, 357,
359-363, 369, 384, 446

Irán, 51, 53, 55, 130, 131, 176, 243,
246, 247, 291, 292, 360, 361, 363

Irlanda, 80, 129, 215, 279, 350

Islandia, 215

Israel, 175, 182, 285-286, 288, 292,
361

Italia, 39, 73, 80, 101, 114, 115, 132,
142-144, 148, 169, 208-210,
212-214, 218, 395

Italia fascista, 117, 132, 196, 199-
200, 209

J

Japón, 58-61, 99, 101, 120, 131-132,
147-148, 161, 165, 174, 176,
178, 181, 195, 200, 204, 208-
215, 217, 224, 225, 263, 276,
279, 280, 287, 288, 290, 334,
355, 367, 375, 397, 445, 462

Jaruzelski, Wojciech, 222

Jefferson, Thomas, 163, 205

Jinping, Xi, 368, 399

Johnson, Lyndon, 205, 240, 275, 277

Jomeini, ayatolá Ruhollah, 291

Jordania, 286

Juárez, Benito, 160

K

Kazajistán, 368

Kennedy, John F., 275

Kérensky, Aleksandr, 108

keynesianismo global, 182, 215, 258,
260, 261, 263, 265, 271, 287,
297, 299, 318, 325, 327, 334,
376, 377

Khan, Ayub, 280-281

King Jr., Martin Luther, 277

Kirchner, Néstor, 387

Kruschev, Nikita, 207, 220, 228, 230,
231, 271, 300-302, 309, 322

Kuomintang, 118-119, 127, 128,
199, 204, 224-225, 227

Kuwait, 317, 361

L

Laos, 205, 312

Lenin, Vladimir, 108, 111-113, 123,
168, 302

Letonia, 103, 129, 137, 146, 218,
308, 364, 396

Leyes de los Cereales, 29, 44, 86

Líbano, 361

Liberia, 137

Libia, 81, 148, 243, 247, 384, 450

libre comercio, 24-25, 40-44, 46, 47,
52, 53, 56, 57, 62, 66-71, 80,
82, 84, 85, 88, 92, 93, 107, 120,
124, 126, 140, 152, 155, 162,
167, 178, 180-182, 191, 193,
196-198, 294, 324, 327-329,

331-336, 346, 388, 393, 415,
431, 435, 443, 445

Lituania, 129, 137, 146, 218, 364

locos años veinte, 139, 140

Luxemburgo, 103, 215

M

Madagascar, 255

Malaui, 77

Mali, 255

mandatos de Palestina, Siria y

Mesopotamia, 131

mar Mediterráneo, 51, 75, 81, 104,

117, 136, 148, 166, 170

mar Negro, 101, 104, 146

Marea Rosa, 351, 387, 389-392,

397, 398, 401

Marruecos, 75-76, 246

Marx, Karl, 91, 110, 112, 113

McKinley, William, 90

México, 64, 69, 79, 105, 120-121,

125, 126, 128, 132, 157-160,

163, 199, 281, 282, 354, 401

milagro económico, 212-213, 299

Minh, Ho Chi, 204

monarquías absolutas, 63-64

Mongolia, 114, 122, 199, 308

Monroe, James, 159-162, 176

Mosaddegh, Mohammad, 291

movimiento de países no alineados,

245

Movimiento *Occupy*, 382-384, 395

Mozambique, 73, 312

Mubarak, Hosni, 361

Mussolini, Benito, 116, 143, 209

Myanmar, 52, 397

N

nacionalismo, 13, 107, 133, 138,

169, 196, 230, 234, 238-265,

270, 287, 289, 317, 323, 324,

333-339, 352, 384, 386-403,

429, 463

Naciones Unidas, 178, 204, 213,

286, 304, 356, 359, 360

Namibia, 73, 77

Nasser, Gamal Abdel, 238, 244-245,

248, 286, 430

Nehru, Jawaharlal, 238, 430

neoliberalismo, 271-273, 324-334,

337-338, 340, 342, 350-352, 377,

384-385, 387, 389-397, 399, 401,

408, 416, 421, 434, 439

New Deal, 180, 185, 260

Nicaragua, 83, 312

Nigeria, 73, 154, 408

Nkrumah, Kwame, 238, 252

Norte Global, 336-338, 375, 378

Noruega, 129, 215

Nueva Política Económica, 123, 302

Nueva Zelanda, 99, 153, 175, 176,

216, 375, 397, 434, 440, 462

O

Obama, Barack, 350, 361-362

obsolescencia, 183-185

océano Índico, 74-75, 101, 104, 166,

176, 251, 369

océano Pacífico, 48, 52, 90, 101,

131, 148, 158, 161, 166, 170,

176, 203, 204, 344, 354, 367,

369, 371, 396, 445, 462

Omán, 154, 293

OPEP (Organización de Países

Exportadores de Petróleo), 287-

289

Operación Libertad Duradera, 356,

362

Organización del Tratado del

Atlántico Norte (OTAN), 175-

176, 181, 186, 203, 215, 356,

354-365, 371, 445

Organización del Tratado del Sureste

Asiático (SEATO), 176, 186

Oriente Medio, 131, 154, 172, 182,

243, 246-248, 263, 288, 337,

361-363, 366, 395, 396, 400,

462

P

Pacto de Varsovia, 203, 222, 232,

284

Pahlevi, Mohammad Reza, 55, 58,

130, 131, 247, 291

Países Bajos, 47, 85, 129, 150, 156,

166, 208, 215, 287, 360

- Pakistán, 52, 56, 175-176, 182, 251, 280-282, 312, 360, 363, 369
- Panamá, 192, 456
- Papúa Nueva Guinea, 104, 153
- Paraguay, 71
- Partido Baaz Árabe Socialista, 246-248
- perestroika*, 272, 299, 301, 303-304, 307, 309, 322
- Perón, Juan Domingo, 235-245, 282
- Perú, 241
- Plan Marshall, 181, 203, 212, 214, 215, 232, 278
- Plan Schlieffen, 103, 105, 146, 147
- Plan Tirpitz, 90
- planes de austeridad, 334
- Política de Puertas Abiertas, 162, 204
- Polonia, 108, 129, 137, 146, 202, 218, 222, 364, 395
- populismo, 242, 351
- Portugal, 38, 42-44, 73, 129, 156, 166, 209, 215, 287, 296, 344, 350
- posneoliberalismo, 389-396, 401
- Potencias Centrales, 101-103, 137, 146
- potencias del Eje, 147-148, 195, 214-216
- Primavera Árabe, 245, 361, 384, 450, 462
- Primavera de Praga, 222, 284, 299, 301, 304, 308
- Primera Guerra del Golfo, 272, 317, 356-357
- Primera Guerra Mundial, 23, 32, 54, 60-61, 98-100, 105, 107, 111-118, 121-131, 134-139, 141, 146, 153-154, 163-164, 169, 177, 184, 196, 199-201, 209, 211, 216-217, 287, 354, 422, 428, 430, 431, 435, 437, 456, 462
- Primera Ola de Democracia, 34, 66, 99, 195, 403, 435, 441, 461, 462
- proteccionismo, 70-71, 78, 88, 152, 155, 178, 180, 182, 257-258, 392, 433, 438, 463
- Putin, Vladimir, 364-367, 398-399, 401
- R**
- Reagan, Ronald, 312-314, 316, 320, 321, 326, 350
- Reino Unido, 28, 29, 31, 97, 150, 394, 461
- República de Corea (Corea del Sur), 203
- República del Congo, 76
- República Dominicana, 240, 242
- República Popular China, 204, 217, 226, 293
- repúblicas oligárquicas, 24, 66, 93, 115, 132-133, 238, 263, 388, 434
- Restauración Meiji, 59, 211
- Revolución Americana, 35, 40-41, 153, 157, 428, 460, 461
- Revolución Cultural, 230, 292, 305, 338
- Revolución de la Información, 12, 34, 315, 322, 332, 333, 352, 353, 405-408, 416, 419, 420-422, 442, 472
- Revolución Francesa, 36, 38-40, 398, 428, 430, 460
- Revolución Gloriosa, 31, 35, 461
- Revolución Industrial, 12, 25-27, 30, 33-35, 39, 40, 49, 60, 87, 91, 110, 151, 178, 184, 191-192, 333, 352-353, 405-407, 409-412, 418-420, 422, 435, 442, 471-473
- Revolución Industrial 4.0, 352, 419, 473
- Revolución Mexicana, 121, 199
- revoluciones gemelas, 23, 33, 34, 48, 65
- Ricardo, David, 40, 42
- Roosevelt, Franklin Delano, 164, 168, 172-174, 180, 260
- Ruanda, 73
- Rumanía, 101, 103, 129, 146, 202, 218, 222, 308, 364
- Rusia, 37, 51, 60, 80, 98-101, 103-104, 108, 109, 111-113, 115, 116, 118, 123, 126-132, 141, 146, 148, 166-172, 187, 190, 202, 208, 209, 224-226, 230-231, 309-310, 357-358, 363-368,

371, 397-399, 401, 429, 430,
435, 441, 445-446, 448-450

S

Segunda Guerra del Golfo, 363, 458
Segunda Guerra Mundial, 77, 100,
114, 117, 137, 141, 144-147,
149, 151, 152, 163, 165, 169-
171, 174, 176, 177, 178, 180,
184, 188, 191, 193-202, 204,
208, 209, 212, 214, 216-221,
224-227, 232-237, 243, 257,
258, 261, 264, 269, 270, 274,
277, 278, 285, 287, 310, 311,
317, 322, 337, 346, 353, 355,
369-371, 384, 388-390, 420,
423, 430, 435, 444, 458, 463
Segunda Ola de Democracia, 402,
462-463
Segunda Revolución Industrial, 34,
87, 404, 405, 418, 419, 422,
435, 442, 472
Serbia, 101
Shikai, Yuan, 118
Sierra Leona, 73, 154
Singapur, 83, 367
Siria, 131, 137, 243, 245-248, 286,
326, 360-363, 366, 445, 446, 450
Smith, Adam, 40
socialismo, 138, 169, 195, 196, 218,
230, 234, 238-243, 246-248,
255, 256, 270, 283, 287, 289,
292, 294, 298, 302, 317, 323,
324, 333, 335, 337, 339, 352,
384, 388, 389-391, 396, 429
socialismo en un solo país, 125, 195,
218-219, 230
Sociedad de Naciones, 119, 131, 154,
164
Sri Lanka, 52
Stalin, Iósif, 124, 125, 147, 202, 218-
221, 227, 229, 230, 233, 302
Sudáfrica, 76-77, 153, 216, 287
Sudán, 76
Sudán del Sur, 75
Suecia, 129, 215, 371, 395
Suiza, 80, 102, 108, 129, 146, 215,
379, 465

Sukarno, 238, 346
Sur Global, 336-338, 378, 429, 443,
449

T

Tailandia, 137, 176, 187, 312, 397
Tanzania, 73, 255
taylorismo y fordismo, 191, 404
Telegrama Zimmerman, 105, 354
Telón de Acero, 193, 201
Telón de Bambú, 193
Tercer Mundo, 238, 257, 259-264,
269, 272, 276, 278, 284, 288,
289, 291, 295, 310, 312, 317-
320, 326-327, 329, 334, 336,
378
Tercer Reich, 458
Tercera Ola de Democracia, 296,
335, 344-346, 393, 402, 441,
462
Thatcher, Margaret, 296-299, 320,
321
Timor Oriental, 312
Tito, Josip Broz, 237
Togo, 73, 104
Tokugawa, Shogunato, 59, 211
totalitarismo, 219
trampa malthusiana, 409-410
Tratado de Versalles, 144, 164, 200
Tratado Interamericano de Asistencia
Recíproca (TIAR), 176
Triple Entente, 100, 101, 103, 104,
208
Truman, Harry, 201, 236
Trump, Donald, 350, 363, 366, 371,
395, 445, 463
Túnez, 384
Turquía, 54, 130, 131, 137, 146,
176, 206, 215

U

Ucrania, 108, 364-367, 371, 445-
446, 449, 453
Uganda, 255
Unión de Repúblicas Socialistas
Soviéticas (URSS), 114, 118, 124,
127, 148, 169, 172, 173, 175,
196, 197, 199, 200, 203, 220,

221, 224, 228, 231-234, 271,
290, 303, 309-310, 322, 399,
431
Unión Soviética, 113-115, 118, 119,
123-125, 127, 146-148, 169-171,
174, 175, 193, 195-203, 206,
218-234, 237, 241, 251, 254,
259, 264, 271, 272, 285, 286,
289, 290, 300-304, 308, 309,
311-313, 315, 321, 322, 344,
345, 364, 366, 370, 416, 418,
430, 448, 458
United Fruit Company, 240
Uruguay, 71
USAID - Agencia de los Estados
Unidos para el Desarrollo
Internacional, 181

V

Vargas, Getulio, 238, 239, 244
Velasco Alvarado, Juan Francisco,
241
Venezuela, 160, 344, 387
ventaja comparativa, 24-25, 40-44,
46, 52, 56-57, 62, 66-71, 78, 80,
82, 84-85, 88, 92-93, 107, 126,
140, 152, 178, 180, 182, 191,

193, 196, 198, 324, 327-336,
346, 415, 431, 435
ventaja del atraso, 87, 89
Victoria, reina, 153
Vietnam, 169, 202, 204, 205, 217,
223, 259, 275-277, 280, 312,
318, 320, 369, 370, 458

W

wahabismo, 288
Washington, George, 162-163
Wilson, Woodrow, 135, 163-164,
204

X

Xiaoping, Deng, 230, 231, 272, 292-
294, 298, 303, 305, 307, 309,
321-322, 326, 338, 399

Y

Yat-Sen, Sun, 118-119
Yeltsin, Boris, 364, 397
Yemen, 312, 361, 363, 384, 430, 450
Yibuti, 74

Z

Zedong, Mao, 226, 271, 292, 294

